

EL PANTEÓN DE LOS MITOS

*Estados Unidos y
el nacionalismo mexicano*

Sergio Aguayo Quezada

grijalbo



ACERCA DEL AUTOR

Sergio Aguayo Quezada (La Rivera de Guadalupe, Jalisco, 1947) es licenciado en Relaciones Internacionales por el Colegio de México (1975), diplomado de Estudios Internacionales por el Bologna Center (1977), maestro y doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Johns Hopkins (1984). En la misma universidad hizo un posdoctorado en Estudios de Seguridad (1987).

Desde 1977 es profesor de tiempo completo del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Además, ha impartido cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Iberoamericana, la Universidad de Guadalajara y la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Ha sido profesor e investigador visitante de diversas instituciones del extranjero. Entre otras, la Universidad de Chicago, la Fundación Ortega y Gasset (España) y la New School for Social Research de Nueva York.

En su carrera académica ha hecho investigaciones pioneras sobre refugiados, seguridad nacional, relaciones México-Estados Unidos, análisis del contenido de los medios de comunicación, y el papel de la sociedad civil en las transiciones a la democracia. Sobre esos temas ha publicado monografías, artículos académicos y libros. Entre otros, *El éxodo centroamericano; Escape from Violence. Refugees and Social Conflict in the Third World* (con Aristide Zolberg y Astri Suhrke); *Las seguridades de México y Estados Unidos en un momento de transición* (con John Bailey como compiladores); *En busca de la seguridad perdida. Ensayos sobre seguridad nacional mexicana* (con Bruce Bagley como compiladores) y *Urnas y pantallas. La batalla por la información* (con Miguel Acosta)

El autor ha desarrollado una intensa actividad periodística. Fue socio fundador del periódico *La Jornada* (durante 12 años publicó una columna semanal); socio fundador y director editorial de la revista *Este País*. Actualmente publica su columna semanal en el diario *Reforma* y en 15 de los principales periódicos mexicanos.

También ha participado activamente en la promoción de los derechos humanos y la democracia. Fue presidente de la Academia Mexicana de Derechos Humanos y es miembro de la Coordinación Nacional de Alianza Cívica.

**EL
PANTEÓN
DE LOS
MITOS**

Sergio Aguayo Quezada

**EL
PANTEÓN
DE LOS
MITOS**

El autor agradece la colaboración de Miguel Acosta
en el análisis de distintas partes del contenido



grijalbo

EL PANTEÓN DE LOS MITOS

© 1998, Sergio Aguayo Quezada

D.R. © 1998 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.

Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282

Argentina Poniente 11230

Miguel Hidalgo, México, D.F.

© 1998 por EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco núm. 20

Código Postal 01000

México, D.F.

*Este libro no puede ser reproducido,
total o parcialmente,
sin autorización escrita del editor.*

ISBN 970-05-1001-8

IMPRESO EN MÉXICO

*Para Eugenia Mazzucato, creadora
de espacios e impulsos. Por lo que hizo
y por lo que dejó de hacer
para que nacieran y crecieran Cristina,
Andrés, este libro y muchas cosas más.*

ÍNDICE



Prefacio y agradecimientos, 13

Índice de siglas, 19

IDEAS Y PALABRAS

Los propósitos y el método, 23

Ideas e instituciones en Estados Unidos, 45

El entendimiento entre Estados Unidos y México, 55

LOS ROSTROS DEL ENTENDIMIENTO ENTRE 1946 Y 1960

México y Estados Unidos en la guerra fría, 69

Las cumbres presidenciales, 75

Las diversas caras de la relación, 84

El mito de la democracia mexicana, 101

Optimismo económico, 115

LOS TURBULENTOS AÑOS SESENTA

Estados Unidos en transición, 123

Una política exterior bidimensional, 139

Economía, conciencia, nacionalismo y hegemonía, 155

Descorriendo el velo del sistema político mexicano, 166

LA AGONÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA ENTRE 1970 Y 1986

- Periodistas, profesores y becarios, 181
Esperanza y crisis, 194
José López Portillo: la renovación de la esperanza, 212
La crisis de 1982 y sus consecuencias, 227
La llegada de los tecnócratas, 241
La muerte de la Revolución mexicana, 253

EL PANTEÓN DE LOS MITOS

- Bajo el dominio neoliberal, 271
Estados Unidos y el nacionalismo mexicano, 292

Apéndice A. Metodología y manual de código, 309

Referencias del apéndice B. Gráficas, 321

Apéndice B, 324

Notas, 381

Bibliografía y entrevistas, 407

Índice de nombres, 435

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS



En el mundo hay pocos vecinos tan diversos como Estados Unidos y México. No se trata sólo de disparidades en riqueza; también hay diferentes actitudes ante la vida que vienen de historias profundamente divergentes. Después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos se convirtió en una potencia con una riqueza y una influencia en el mundo que no tiene precedentes en la historia.

Los mexicanos salimos de la segunda guerra mundial como habíamos entrado, como una sociedad encerrada en sí misma, y regida por un autoritarismo que regulaba la vida diaria y nos explicaba a su manera el pasado, el presente y el futuro. En esa visión del mundo la frontera y el nacionalismo eran las murallas que frenaban a extranjeros avariciosos, dispuestos a lanzarse sobre nuestras riquezas naturales y espirituales, pero también eran el límite fuera del cual no debíamos contar nuestros problemas. De los extranjeros el más peligroso era Estados Unidos, de quien venía toda una historia de agresiones. Como poco podíamos hacer, la actitud hacia los vecinos continuaba siendo la indiferencia.

Entre las muchas consecuencias resultó que la mayoría de los mexicanos sabíamos muy poco de Estados Unidos. En mi caso, crecí en Jalisco, y por muchos años "el norte" era un lugar contradictorio y extraño: "de allá" venían amenazas, pero también los braceros cargados de aparatos eléctricos e historias idealizadas sobre un Estados Unidos que sólo existía en su imaginación, tal y como lo comprobé durante una larga estancia en la frontera y en California.

De Jalisco brinqué, sin escalas, a estudiar la licenciatura en Relaciones Internacionales en El Colegio de México durante los primeros años de la década de los setenta, cuando empezaban a aparecerle grietas al México creado por la Revolución. Grupos de lo más diverso intentaban sacudirse los modos autoritarios, mientras el presidente Luis Echeverría

devoraba brechas y aeropuertos predicando cómo debían cambiar México y el mundo, y recordándonos de diferentes maneras la insidia de los extranjeros... y del estadounidense.

En la capital me di cuenta de nuestra profunda ignorancia sobre Estados Unidos. Influidos por las clases de Josefina Vázquez, Lorenzo Meyer y Mario Ojeda, decidí orientar mis estudios de posgrado a un área entonces exótica: Estados Unidos. La pregunta que debía responder era el grado en el que la vecindad con la potencia había condicionado nuestra economía, sistema político y relaciones con el mundo. Me sabía de memoria la historia de agresiones y saqueos que habíamos sufrido, pero ¿seguía teniendo validez la convicción nacionalista de que la principal amenaza a la soberanía mexicana venía del norte? Aceptando que Estados Unidos conspirara permanentemente contra México, ¿cómo y con qué instrumentos lo hacía?

Con esas preguntas llegué a Washington en 1975. En la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados (SAIS) de la Universidad Johns Hopkins descubrí que no había respuestas fáciles. Había nativos que se apegaban a la caricatura del "gringo" arrogante, pero otros (muchos más de lo que hubiera imaginado) se salían del molde. Contra lo que yo esperaba, sobre México pensaban poco, sumidos como se encontraban en aquel psicodrama colectivo de recriminaciones mutuas, autoflagelaciones y dudas sobre sus orígenes y su futuro. Así estaban después de la derrota política en Vietnam, de Watergate, de la rebelión de las minorías y de una juventud que se sublevó, al compás del rock and roll y entre nubes de marihuana, contra el materialismo de la sociedad industrial y la intervención en un lejano país.

Esos antecedentes me llevaron a dedicar la tesis doctoral al estudio de la forma en que la élite estadounidense percibió a México después de la segunda guerra mundial. Mi razonamiento era que si entendía cómo veían a México, podría entender cómo nos agredían y contribuir a que nuestro país se defendiera mejor. En ese momento ignoraba los enredos en que me iba a meter con mi pretencioso objetivo de estudiar las ideas y el pensamiento de una sociedad tan compleja como la estadounidense.

Defendí la tesis en 1984, pero tuvieron que pasar trece años para considerar que el trabajo estaba listo para su publicación como libro. En ese tiempo incursioné en otras áreas del conocimiento mientras se modificaban el mundo, Estados Unidos y México. Por ejemplo, en 1990 el gobierno de Carlos Salinas de Gortari nos informó que ya habíamos cambiado de rumbo y de opinión, porque vivir junto a Estados Unidos ya no era un infortunio, sino una oportunidad que México debía aprovechar para inser-

tarse en los mercados mundiales, salir de una vez por todas de la crisis económica y acercarse a la justicia social y (tal vez) a la democracia. Vino el Tratado de Libre Comercio y cuando nos preparábamos para entrar al primer mundo, en enero de 1994 estalló una rebelión en Chiapas y en diciembre de ese mismo año México se hundió en una profunda crisis económica que nos ha hecho más dependientes de Estados Unidos. Simultáneamente, cambió la sociedad y con ella el sistema político. Con las elecciones federales del 6 de julio de 1997 se incrementó la posibilidad de transitar rápidamente a un régimen democrático.

A pesar de tantas transformaciones, sigue siendo indispensable entender lo que piensan los vecinos sobre nosotros y la influencia que ejercen sobre nuestra vida. Eso planteó una complicación. Al correr de los años fui bordando amistades y relaciones de trabajo con muchos colegas estadounidenses cuyo trabajo comento en este libro. Una opción era seguir el camino marcado por Raymond Vernon, quien en su libro *The Dilemmas of Mexican Development* (1963) dijo que no iba a incluir los nombres de los mexicanos que le dieron ideas, porque algunos de ellos se hubieran sentido "avergonzados por verse asociados a conclusiones que no compartían".¹

Otra alternativa más moderna fue la planteada por Judith Hellman, quien informó en el prefacio de su libro *Mexico in Crisis* (1978) que diría las "cosas tal y como eran [...] sin temor a ofender amigos mexicanos muy queridos porque incluso ellos querrían que escribiera sobre esos temas tan objetiva y reveladoramente como fuera posible".² Este espíritu inspira el presente libro: abordar con la mayor objetividad y rigor la forma en que funcionarios, académicos y periodistas estadounidenses escribieron sobre México, señalando sus aciertos y carencias, sus verdades y mitos.

El libro no se queda en ese objetivo original. La investigación tomó un giro inesperado, porque a medida que entendía cómo nos vieron y el efecto de las ideas en la realidad, también fui reinterpretando algunos aspectos de nuestra historia reciente. En ese proceso confirmé, modifiqué o sepulté algunos mitos sobre nosotros, y sobre el papel de Estados Unidos en nuestra historia reciente. Pese a lo difícil que resulta contradecir creencias arraigadas, estoy satisfecho de haberlo realizado porque en los momentos de redefinición que vivimos nada sería más dañino que seguir engañándonos sobre lo que hemos sido y somos.

Con los años he contraído una serie de deudas y lo menos que puedo hacer es expresar públicamente mi agradecimiento a algunas de las personas e

instituciones que hicieron posible este trabajo. Como dije, una primera versión fue una tesis doctoral defendida en la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados (SAIS) de la Universidad Johns Hopkins (Washington, D.C.). Pude estudiar la maestría y el doctorado por las becas que recibí del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), del Instituto de Educación Internacional (la "Lincoln-Juárez"), y de SAIS.

Después de recibir el grado, la transformación de la tesis en libro se hizo gracias al respaldo de diversas personas e instituciones. En primer lugar, quiero mencionar a los seis directores del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México (lugar al que ingresé como profesor en 1977) que han vivido pacientemente la conclusión del libro. En orden cronológico, Lorenzo Meyer, Rafael Segovia, Blanca Torres, Soledad Loaeza, Ilán Bizberg (el entusiasmo y generosidad de Ilán fueron determinantes en la última etapa) y Celia Toro. Pese a las ocasionales diferencias, nunca me regatearon los apoyos solicitados. El libro también se enriqueció con las opiniones de un buen número de compañeros y amigos de El Colegio, entre otros, Jorge Padua, Manuel García y Griego, Gustavo Vega y el personal de la Unidad de Computo. A Bernardo Mabire y a Lorenzo Meyer les extiendo un agradecimiento especial por la lectura final del texto y por las múltiples sugerencias que me hicieron. También recibí el apoyo de un buen número de colegas de otras instituciones: Diana y Mario Bronfman, Laura Mues y Julio Sotelo.

Una influencia indirecta, pero muy importante, fue la experiencia que tuve en el periódico *La Jornada*. Uno de los principales nutrientes de esta investigación es el material periodístico, y el haber participado intensamente en la construcción de ese diario (en donde escribí durante doce años) me permitió entender esa neurótica y creativa pasión que surge con la elusiva —y a veces inútil— búsqueda de la objetividad bajo la implacable presión de "la hora del cierre". Ahora continúa en otro gran periódico, el *Reforma*, mi experiencia de escribir columnas que también publican diversos diarios mexicanos. Otra influencia determinante en la orientación que tienen algunos capítulos fueron las ideas y el espíritu de los compañeros y amigos de la Academia Mexicana de Derechos Humanos, de Alianza Cívica y de tantas otras organizaciones con las que he vivido la aventura inacabada de contribuir a la construcción de un México democrático y justo.

De Estados Unidos quiero reconocer, en primer lugar, el aliento de Riordan Roett, Bruce Bagley, Piero Gleijeses y Ekkehart Krippendorff de la Universidad Johns Hopkins, y seguidamente el respaldo que me dio Wayne Cornelius en 1981 cuando, en un momento especialmente difícil de mi

vida profesional en El Colegio, me extendió una invitación para trabajar en el espacio de tranquilidad del Centro de Estudios México-Estados Unidos que acababa de fundar en la Universidad de California en San Diego. El entusiasmo de Kevin J. Middlebrook —segundo director de ese centro— y su cuidadosa lectura del texto fueron el estímulo justo en el momento preciso. Sin ellos, tal vez seguiría batallando con algunos capítulos.

El respaldo financiero de fundaciones estadounidenses fue determinante, porque me permitió revisar archivos, hacer entrevistas y sufragar algunos de los costos del libro: la oficina en México de la Fundación Ford y la Fundación John T. and Catherine MacArthur; esta última a través de dos de sus programas, el de "Paz y Cooperación Internacionales" que administra el Social Science Research Council, y el de "Investigación y Redacción" que maneja el Programa de Paz y Seguridad Internacionales; la Fundación Hewlett también contribuyó por medio del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Empecé la revisión final del manuscrito en la Escuela de Graduados de la New School for Social Research de Nueva York, institución donde colaboré como profesor visitante en el otoño de 1995 y recibí el apoyo y aliento de Judith Friedlander y Aristide Zolberg.

Finalmente, quiero mencionar a quienes participaron directamente en la búsqueda, captura y organización de la información. Entre otros, Mónica Guadalupe Mora, Betty Strom, Blanca María Jouliá, Noel Thomas y, sobre todo, Yolanda Argüello y Laura Valverde. En las revisiones y correcciones de muchos manuscritos me ayudaron Patricia Bourdon y Virginia Arellano, y en la etapa final Doris Arnez Torrez y en especial Fernando Ramírez Rosales, quien puso entusiasmo y seriedad. La señora Antonia Fierro Mota me brindó afecto y alimento durante los meses de aislamiento en Tepec, Morelos, y se convirtió en la confidente de mis silencios. La rápida publicación del libro se debe al entusiasmo de Martí Soler, Marta Prieto, Cecilia Solís y Consuelo Andrade Gil de El Colegio de México.

Pero a quienes quisiera extender un agradecimiento especial es a cuatro personas. A Miguel Acosta, quien realizó con enorme paciencia, responsabilidad y alegría una de las partes más tediosas y complejas, aunque fascinantes, de la investigación. Juntos aprendimos las reglas del análisis de contenido. A mi esposa Eugenia le entrego con toda justicia la dedicatoria principal, y no puedo dejar de mencionar a mis queridísimos hijos, Cristina y Andrés, por el escepticismo y buen humor con que vivieron la larguísima hechura de este trabajo.

ÍNDICE DE SIGLAS



CIA	Central Intelligence Agency
CIG	Central Intelligence Group
DA	Department of the Army
DAF	Department of the Air Force
DOD	Department of Defense
DOS	Department of State
EMW	Embajada de México en Washington (México)
IHT	International Herald Tribune
JCS	Joint Chiefs of Staff
JIC	Joint Intelligence Committee
JSPC	Joint Strategic Plans Committee
NACLA	North American Congress on Latin America
NAW	National Archives of Washington
NSC	National Security Council
NYT	<i>New York Times</i>
SDN	Secretaría de la Defensa Nacional (México)
SRE	Secretaría de Relaciones Exteriores (México)
USC	United States Congress
USIA	United States Information Agency
WD	War Department
WH	White House

IDEAS Y PALABRAS



LOS PROPÓSITOS Y EL MÉTODO*



Un boceto del libro

Este libro fue creciendo con la investigación. Originalmente pretendía describir la evolución de la visión de la élite estadounidense sobre México a partir del final de la segunda guerra mundial. Aunque la intención se mantuvo, después consideré indispensable aclarar por qué había cambiado la visión, y eso me llevó a intentar explicar el impacto que tuvieron las ideas en las relaciones entre México y Estados Unidos. Ya en ese camino fue inevitable evaluar los efectos positivos y negativos de Estados Unidos sobre México, lo que hago concentrándome en el sistema político. Al terminar había reinterpretado distintos aspectos de la historia contemporánea de México.

Después de algunos antecedentes históricos, el análisis inicia en 1946, año en que empieza una nueva era en la historia mundial caracterizada por el enorme poder que alcanzó Estados Unidos; creó instituciones y afinó los mecanismos que le permitieron ejercer su dominio. En la evolución de la gran estrategia estadounidense, México ha tenido un papel fundamental al que regresaré posteriormente.

En México el sistema político, la economía y las relaciones internacionales tomaron rasgos bien definidos durante la presidencia de Miguel Alemán Valdés, que también empezó en 1946. En dicho sexenio se afianzó

* *Aclaración.* Para hacer menos pesada la consulta de notas al final del texto, decidí usar un estilo de referencias abreviado: apellido del autor, año en que se publicó el libro o documento y página. El lector interesado puede encontrar la ficha completa en la bibliografía. En el caso de los documentos oficiales, utilicé las siglas de la dependencia, año y página. La bibliografía final contiene un desglose de estas siglas. *The New York Times* se cita como *NYT*, seguido del día en números arábigos, del mes en números romanos, y de los años identificados con los dos últimos dígitos. Las referencias a los artículos de opinión del *NYT* aparecen completas. Todas las citas del inglés, francés o italiano fueron traducciones mías.

el presidencialismo centralista, corporativo y autoritario; la economía afinó esa mezcla ecléctica de economía privada y social regulada por un Estado fuerte; y las relaciones con el mundo adquirieron esa bidimensionalidad tan peculiar de una diplomacia independiente que coexiste con un vínculo muy estrecho hacia Estados Unidos.

Cronológicamente el análisis termina a mediados de 1997, lo que incluye el sexenio de Carlos Salinas y la crisis económica y política que tienen metido a México en una transición que tuvo un parteaguas en las elecciones del 6 de julio de 1997. Sin embargo, dedico mucha atención a 1986, porque fue entonces cuando la clase gobernante mexicana se comprometió con Estados Unidos a dismantelar el modelo económico, e inevitablemente esto forzó un gradual abandono de la diplomacia independiente. Lo que tardó más en modificarse, fue el respaldo total de Washington a la élite gobernante mexicana. Hasta la visita de William Clinton a México en mayo de 1997 salieron indicios de un cambio.

Aunque el libro aborda diferentes aspectos de la vida mexicana, subraya el sistema político y las relaciones con Estados Unidos. Uno de los temas que me interesa sobremanera es la capacidad que ha tenido el régimen para controlar a la sociedad con una inteligentísima mezcla de coerción y hegemonía (aclararé posteriormente el significado de esos términos), y los repetidos esfuerzos de diversos grupos por romper ese control.

En esta historia se conoce poco, casi nada, sobre el peso que ha tenido y tiene el factor externo en el sistema político. Incluirlo es una de las novedades del libro porque, con algunas excepciones, la literatura sobre transición a la democracia concede poca importancia al factor externo¹ y porque, en relación con otros regímenes autoritarios, la transición mexicana ha sido poco tratada.

Me propongo demostrar que las características, evolución y duración del autoritarismo mexicano se entienden mejor si se incorpora lo que ha hecho, y ha dejado de hacer, la élite de Estados Unidos. Para ser más preciso sostengo que el principal factor tras la fortaleza del régimen mexicano (o si se quiere la lentitud en la degradación y decadencia de la clase gobernante mexicana) ha sido el respaldo recibido de la élite de Estados Unidos, y ésa es una de las razones por las que resulta importante comprender la forma en que México fue percibido a través del prisma de la visión del mundo, las ideologías y los mitos estadounidenses.

Una advertencia inicial tiene que ver con la originalidad en la metodología y con las interpretaciones incluidas en este libro. Lo nuevo inquieta y

por ello pido al lector algo de paciencia en tanto voy abordando un problema muy complejo y multidimensional, para lo cual llevé al límite una reflexión de Lucien Goldmann: "no existe una regla general o universal para la investigación, salvo la de adaptarse a la realidad concreta del objeto estudiado".²

Las ideas

¿Qué pensaron los estadounidenses sobre México entre 1946 y 1997?, ¿cómo se transformaron esas ideas, y qué provocó los cambios?, ¿qué grado de objetividad y veracidad tuvo su entendimiento de México?, ¿cómo afectaron sus ideas otros aspectos de la realidad?, ¿sirve de algo a los mexicanos saber lo anterior? Para responder estas preguntas escribí un libro que empiezo por el principio, por la materia prima, por las ideas, a partir de una tesis central: ninguna idea viene de la nada, todas tienen una razón de ser, una explicación.

Capturar en palabras el significado de "ideas", "palabras" o "conciencia" constituye una incursión en los breñales inhóspitos del conocimiento, un ejercicio agobiante porque filósofos, psicólogos y biólogos todavía discuten el significado de estos términos.³ Sobre las ideologías la bibliografía es abundante, pero en ella aparecen "muchos significados, algunas veces difíciles de distinguir entre sí".⁴ Tampoco hay consenso sobre la importancia de las ideas en el cambio social. Pese a las dificultades es necesario acotar el sentido que tendrán en este libro, porque delimitan el marco teórico, dan dirección a la metodología, permiten sistematizar la información e hilvanan las partes del presente trabajo.

Las ideas son representaciones mentales que los humanos hacemos de objetos concretos percibidos a través de los sentidos, o de abstracciones hechas con base en otras ideas y expresadas en palabras que son los "instrumentos del pensamiento".⁵ Las ideas pueden ser expresadas en palabras o imágenes visuales (por ejemplo, la caricatura) y el lenguaje o el dibujo se convierten en instrumentos del pensamiento.

A través de esas ideas (que pueden sustentarse en hechos rigurosamente demostrados o en juicios subjetivos sin comprobación) los individuos, los grupos y las sociedades van elaborando explicaciones —falsas o verdaderas— sobre sí mismos y sobre su entorno que le sirven de guía para la acción. Como veremos al referirnos a las ideas que tuvo la élite estadounidense y al control que ha ejercido el régimen mexicano sobre las ideas que llegan a la sociedad, es indudable que existe una relación entre lo que hacemos y lo que pensamos y sentimos. Para aclarar, empiezo con los cuatro conceptos capitales: visión del mundo, mito, conciencia y relaciones de dominación.

Visión del mundo e ideologías

El concepto de visión del mundo está utilizado en el sentido que le da Lucien Goldmann.⁶ Para este filósofo francés, la visión del mundo es una interpretación general de la realidad que tiene una sociedad o un grupo social. Esta visión se forma y expresa en documentos fundacionales (la Constitución y/o los escritos de personas consideradas excepcionales), en valores estéticos, filosóficos, y en un *panteón* de héroes y mitos. Su función es explicar la realidad, así como dar pautas para la organización de los grupos sociales que la adoptan, y sobre la dirección que deben tomar. Por ejemplo, hay sociedades con una visión más científica del mundo que otras.

Cuando se habla de visión del mundo generalmente se piensa en los Estados-nación, pero John Plamenatz precisa que las visiones del mundo también pueden surgir en regiones geográficas que incluyen varios países o "en sectas diminutas que sólo se encuentran en un pequeño rincón del mundo".⁸ La aclaración es necesaria porque permite concebir ese complejo mapa de las ideas que no coincide con las fronteras (las trasciende en ocasiones las modifica).

En la terminología que estoy empleando, las ideologías están muy relacionadas con la óptica mundial pero ocupan una categoría inferior (y otros autores son el concepto globalizador), porque tienen una capacidad explicativa más reducida al proporcionar una idea parcial de la realidad.⁹ En una colectividad pueden coexistir varias ideologías y las relaciones serán fluidas y armoniosas cuando compartan los postulados fundamentales de una visión del mundo, o cargarse de tensiones cuando una de las ideologías quiera destruir y sustituir a la idea dominante, lo que en ocasiones logra.

El mito

Al evaluarse las visiones del mundo y las ideologías, uno de los criterios más utilizados es su grado de veracidad para reflejar la realidad. Para hacer la clasificación frecuentemente se utiliza el concepto de mito que tiene dos significados.

Uno, bastante común, lo asocia con la mentira, con una explicación falsa de la realidad. Frazer es representativo de esta corriente cuando dice que los mitos son "explicaciones erróneas de fenómenos, sean éstos de la vida humana o de naturaleza externa [...] Surgen de la ignorancia o error, porque si fueran verdaderos, dejarían de ser mitos".¹⁰ De ahí se

prende que la validez explicativa de las visiones del mundo y de las ideologías dependerá de qué tantas falsedades tengan los mitos. Una forma aceptada de separar lo falso de lo verdadero es recurriendo al método científico, lo cual obliga a respaldar cualquier afirmación con hechos comprobables. Resumiendo en una frase: la ciencia es la crítica de los mitos.¹¹

El otro significado del mito lo asocia a las aspiraciones de un grupo social (o de un individuo). Para Henry A. Murray el mito es un "sueño colectivo" que expresa metas futuras que le dan sentido a la acción y a la vida. Se han construido muchos mitos sobre la creencia de que la instauración de un régimen político con determinadas características resolverá los problemas de una sociedad, o del mundo. Esto tiene una enorme trascendencia para el cambio social, porque con el "sueño colectivo" un grupo humano se imagina un futuro mejor, y en aras de ese porvenir los integrantes del grupo pueden hacer enormes sacrificios, y transformar su entorno.¹² Sólo cuando se instaura ese régimen puede evaluarse el grado de veracidad o falsedad de la propuesta inicial, lo que no anula el hecho de que imaginarse un futuro diverso sea fundamental para el cambio.

En síntesis, las visiones del mundo y las ideologías mezclan hechos objetivos e incontrovertidos con mitos que tienen diferentes y cambiantes combinaciones de falsedades y verdades, de aspiraciones y frustraciones. En este libro explico la percepción que ha tenido la élite estadounidense sobre México para hacer algunas consideraciones sobre la veracidad o falsedad de sus principales variables. En los capítulos iniciales y en los apéndices describo el método utilizado.

La conciencia

En el estudio de las ideas, uno de los conceptos centrales es el de la conciencia; ésta tiene muchos significados y ha provocado agrios debates.¹³ Es necesario, entonces, aclarar el significado de conciencia real y potencial. Para Goldmann la "conciencia real" es una especie de fotografía instantánea de lo que piensan un país, un grupo o un individuo sobre diversos temas en un momento determinado. Un ejemplo son las encuestas de opinión pública, que reducen a indicadores cuantificables (y muchas veces confiables) grandes volúmenes de información para decirnos qué piensa un grupo en un momento determinado.

Una de las carencias de las encuestas de opinión es que muestran las modificaciones que van teniendo las ideas pero no explican cómo y por qué

se dieron estos cambios. Para este propósito hay que incorporar otros elementos y conceptos como el de "conciencia potencial", que se refiere a los horizontes máximos que puede tener la capacidad de comprensión de una persona o un grupo (una pregunta inquietante es si la razón humana tiene límites). Es evidente la posibilidad de ampliación o reducción de los márgenes de la conciencia real de una persona o grupo. Goldmann escribió que:

Cada grupo tiene un conocimiento adecuado de la realidad, pero ese conocimiento sólo puede llegar hasta un horizonte máximo, compatible con su existencia. Más allá de ese horizonte sólo podrá recibir información si se transforma la estructura del grupo, tal como sucede con los individuos donde en algunos casos podrán recibir información sólo si modifican su estructura psíquica.

En otras palabras, hay información o ideas que en un momento dado no pueden ser recibidas porque existen límites que "trascienden la conciencia potencial máxima del grupo, país o individuo".¹⁴ Por eso la historia se interpreta en ocasiones como una batalla entre el conocimiento y la ignorancia.¹⁵ A lo largo del libro iré mostrando las cambiantes fronteras que fue teniendo la conciencia en México y Estados Unidos y cómo los obstáculos pueden encontrarse en la inteligencia, en el estado del conocimiento, o en intereses creados. Cuando entran en juego los intereses es frecuente que la ignorancia sea fingida y deliberada.

Bernard Lonergan llamó "escatomas" (*scotosis*) al fenómeno que lleva a los individuos a excluir aspectos que permitirían alcanzar una "opinión balanceada y completa" porque excluyen las "preguntas relevantes" sobre un tema.¹⁶ De ello se desprenden varias preguntas: ¿cómo saber si la exclusión es voluntaria o involuntaria?, ¿qué papel juegan los intereses económicos y políticos?, ¿cuál es la importancia de la historia individual frente a la grupal?

Es obvio que la función del psicoanalista es ampliar al paciente sus capacidades de introspección y percepción para que entienda y supere aspectos que le impiden pensar y funcionar adecuadamente. Las sociedades no tienen psicoanalista; su equivalente serían los científicos, intelectuales o periodistas que, después de formular las "preguntas relevantes", producen y difunden nuevos conocimientos e ideas con los que amplían la conciencia de la sociedad. Estos individuos —cuya función es producir ideas— interactúan permanentemente con sus grupos de referencia y con la sociedad.

Relaciones de dominación

Al hablar de relaciones de dominación utilizo un término que permite enlazar los conceptos anteriores con la vida política.

En las sociedades y en el sistema internacional hay desigualdades, y es natural que el orden establecido sea aceptado y defendido por los que se benefician de él. Lo que no resulta obvio es por qué lo aceptan los dominados, quienes obtienen poco o ningún beneficio del orden establecido. La respuesta está en los conceptos de coerción y hegemonía.

Cuando un miembro del grupo transgrede sus reglas escritas e implícitas, quien ejerce la dominación, quien gobierna, tiene como alternativa la coerción para obligarlo a aceptar las normas que sostienen el orden establecido. En una frase repetida hasta la saciedad, Max Weber aseguró que el "Estado es una asociación que reclama el monopolio del *uso legítimo de la violencia*".¹⁷ Los métodos de coerción y su legalidad o legitimidad varían en tiempo y espacio: hace apenas un par de siglos, en Europa bastaba con invocar el mito del derecho divino de los gobernantes para poder eliminar físicamente a quien se opusiera; la tortura estaba legitimada y su aplicación reglamentada en códigos legales (uno de los casos más espeluznantes es la ley austriaca *Constitutio Criminalis Theresiana* de 1769). En 1997 la tortura todavía se practica, pero está proscrita legalmente y no goza de legitimidad alguna.

No es necesario que la coerción se aplique todo el tiempo; por lo general basta con que los miembros de la sociedad interioricen la posibilidad de un castigo potencial (por razones pedagógicas las torturas y las ejecuciones eran públicas). "El castigo disciplinario —asegura Michel Foucault— tiene por función reducir las desviaciones. Debe, por lo tanto, ser esencialmente *correctivo*."¹⁸

La noción de hegemonía tiene una lógica y una intención diferentes: los dominados incorporan a su conciencia la certidumbre de que las relaciones de dominación y la desigualdad son naturales, inevitables o incluso deseables. Esto puede venir de factores que generalmente aparecen combinados: la ignorancia del dominado, el disimulo con que se ejerce, la interiorización de sentimientos de inferioridad e impotencia, que el orden establecido tenga más ventajas que desventajas, que la rebelión sea vista como irreal o riesgosa, etcétera.¹⁹

La hegemonía requiere de ideas que la legitimen apoyándose en la razón o en la tradición. Ya formuladas deben promoverse y difundirse y pa-

ra ello las políticas de comunicación y propaganda son fundamentales. En esta promoción, el papel del Estado varía de acuerdo con el régimen. En los países autoritarios o totalitarios, el gobierno dedica mucha energía a controlar el flujo de ideas, sobre todo las contrarias a su visión. Describir a los opositores como herejes, comunistas o capitalistas y asignarles el epíteto de enemigos de Dios o de la patria, ha justificado su despido, encarcelamiento o eliminación.

En los países democráticos modernos el Estado también intenta controlar las ideas y utiliza la coerción, pero tiene menos capacidad de hacerlo porque las relaciones de dominación funcionan con otras reglas. Por ejemplo, la sociedad intenta que el Estado (el agente principal en la instrumentación de las relaciones de dominación) sea un poder imparcial que regule las relaciones y los conflictos sociales en su calidad de representante de los intereses de la sociedad.²⁰ En ese tipo de régimen la ciudadanía renueva el pacto social periódicamente a través de elecciones; académicos, medios de información y grupos ciudadanos de lo más diverso, monitorean el comportamiento gubernamental, lo que trae como resultado que la "estructura" política y las instituciones sean más legítimas y estables.²¹ A consecuencia de ello, se estrechan los márgenes que tiene la coerción para ser utilizada y las relaciones de dominación son menos visibles o más tolerables.

Si, con este enfoque, uno lanza una ojeada a la historia, es obvio que la coerción estatal no ha desaparecido, pero sí se ha limitado la brutalidad con que se aplicaba y hasta los regímenes autoritarios o totalitarios se sienten inhibidos para utilizarla. Esto ha traído como consecuencia que en los últimos dos siglos haya aumentado la importancia de la hegemonía como forma de dominación; y que cada vez tenga que justificarse más el uso de la fuerza. Incluso en países como México, la hegemonía es más importante que la coerción.

En suma, la mezcla de coerción y hegemonía, y la naturaleza de los mitos, son diferentes en cada país y cambian con el tiempo en función de la cultura, la historia, la situación geopolítica, la fortaleza de la sociedad y/o del Estado, etcétera. El tipo de combinación determinará el perfil y peso de los instrumentos utilizados para preservar las relaciones de dominación: ideológicos, económicos, políticos, diplomáticos o militares.²² Es incluso posible analizar a una sociedad a partir de la forma en que los gobernantes utilizan y justifican la coerción o la hegemonía, y de las resistencias que les pone la sociedad.

Las ideas y el cambio histórico

La coerción y la hegemonía se justifican y se aplican con ideas ordenadas en visiones del mundo e ideologías cuyo contenido de mitos y realidades está determinado por la conciencia potencial.

Durante su esplendor, los nazis convencieron o impusieron a amplios sectores de su propia sociedad y de otros países la validez de una visión del mundo que incluía mitos de contenido falaz porque no tenían el respaldo del método científico, pero que partían de la propuesta de que el futuro sería mejor. De ese y muchos otros casos se desprende que la importancia de algunas ideas también depende del poder que las respalde; y no sólo de su coherencia interna. Existen también las ideas sustentadas en la autoridad moral o intelectual de quien las pronuncia.

Esto me lleva al difícil tema de la relación de las ideas con la economía, la política, la cultura o la fuerza militar y con los determinantes del cambio social.²³ En particular me interesa el peso que tienen las ideas en la transformación o mantenimiento de un régimen. Una afirmación de Nicos Poulantzas resume el criterio que adopto para este libro: los "factores económicos" son determinantes en el largo plazo, pero esto "no quiere decir que siempre tengan el papel dominante".²⁴ Por tanto, las ideas tienen una cierta autonomía y en algunos momentos pueden ser el factor determinante.

Todos los regímenes intentan mantenerse en el poder mediante la violencia o el convencimiento. Independientemente de lo que quieran, la historia ha demostrado una y otra vez que su transformación es inevitable. El cambio social puede controlarse o posponerse por un tiempo, pero no eliminarse. Siempre surge el individuo o el grupo insatisfecho, total o parcialmente, con el orden establecido, con las ideas dominantes, y vienen los intentos, pacíficos o violentos, de modificar lo que consideran erróneo o maléfico. Este cambio puede alcanzar a una parte de la vida social o a todo el régimen.

Para tener éxito, la persona o grupo insatisfecho desarrolla una ideología alternativa, que para consolidarse y transformarse en visión del mundo debe tener la capacidad intelectual necesaria para hacer una propuesta de futuro que tal vez adquiera peso político. En esta etapa de gestación, el mito como "sueño colectivo" adquiere una relevancia fundamental, porque brinda a los dominados e inconformes la promesa de un porvenir más atractivo, a cambio del cual tienen que hacer sacrificios. En sus *Reflexiones sobre la violencia*, Georges Sorel propuso como método para llegar al socia-

lismo la "huelga total", a la que llamó "*mito* en el cual está comprimido el socialismo".²⁵ Años después Mohandas K. Gandhi propuso la *Satyagraha* (resistencia pasiva, desobediencia civil) como el "arma con la que el débil" lograría, a partir de un acto de conversión interna, modificar las leyes injustas y mejorar su situación.²⁶ Dos perspectivas, dos métodos en el perenne esfuerzo por transformar las relaciones de dominación.

De las revoluciones o cambios sociales ocurridos en los últimos siglos, la que ha tenido enorme trascendencia es la Revolución francesa, que arrasó con las instituciones del viejo régimen y alteró radicalmente las relaciones sociales y el pensamiento, al considerar a la igualdad como el criterio para las relaciones sociales y a la racionalidad como el ingrediente de toda legitimidad. Desde entonces este ingrediente es fundamental. Como resumiera Hegel en su *Enciclopedia*: "en nuestra época tan reflexiva y razonadora, no llegará muy lejos quien no sepa aducir una razón fundada para todo, por muy malo y errado que ello sea".

La utilización de los conceptos en la investigación

Las relaciones interamericanas, el entendimiento entre México y Estados Unidos, y el sistema político mexicano pueden explicarse con el marco teórico que acabo de plantear.

Por ejemplo, las relaciones interamericanas están marcadas por el poderío de Estados Unidos, que ha utilizado diferentes combinaciones de coerción y hegemonía para mantener un orden que le beneficia. En el verano de 1953 Washington concluyó que el régimen guatemalteco, encabezado por Jacobo Arbenz, se orientaba hacia el comunismo y que debía ser derrocado. Después de una compleja campaña de aislamiento y desestabilización, en julio de 1954 vinieron la invasión y la renuncia de Arbenz a la presidencia. En Estados Unidos la opinión pública no protestó: la inmensa mayoría de los que se interesaban en los asuntos guatemaltecos aceptó y respaldó la decisión gubernamental.

Tres décadas más tarde, el Consejo de Seguridad Nacional del presidente Ronald Reagan tuvo que aceptar en un documento interno que su política hacia América Central —que perseguía el derrocamiento del sandinismo nicaragüense y la contención y destrucción de la insurgencia salvadoreña— tenía "serias dificultades con la opinión pública y el Congreso", lo que dificultaba "mantener su orientación".²⁷ La sociedad había ampliado su conciencia e impuesto límites a la voluntad de su gobierno.

Transformaciones similares ha vivido la opinión estadounidense sobre México. En 1960 un memorándum interno de la Casa Blanca cita al expresidente Dwight Eisenhower: "Si viéramos que los comunistas llegan al poder en México, muy probablemente tendríamos que ir a la guerra".²⁸ Casi treinta años después, en 1989, el exdirector de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), William Colby, me comentó en una entrevista que "si la nueva izquierda mexicana o Cuauhtémoc Cárdenas llegan al poder, esto no representaría una amenaza a la seguridad de Estados Unidos".²⁹ Es evidente la mayor flexibilidad de opinión entre miembros de la élite estadounidense.

Los centenares de estadounidenses que escribieron sobre México en decenas de miles de cuartillas, también fueron cambiando sus puntos de vista sobre nuestro país. Entre 1946 y 1986 los once corresponsales que tuvo *The New York Times* escribieron 1,328 artículos, cada uno de los cuales es la expresión de un momento en una historia individual, pero también de las influencias que recibió ese corresponsal de sus editores en Nueva York, de los funcionarios de la embajada de Estados Unidos, de los miembros del gobierno mexicano y de la sociedad mexicana. Los académicos y funcionarios que cito en el libro también se vieron sometidos a esas influencias en el momento de decidir tema, énfasis, marco teórico, metodología y fuentes.

En las opiniones de la élite se dio uno de los cambios más notables sobre la forma de ejercer la dominación en América Latina. La tendencia general fue reducir los espacios para el uso de la coerción e incrementar la utilización de la persuasión o hegemonía. Pero ¿cómo y por qué ocurrieron estas modificaciones? Una forma de responder es hurgando en historias personales para detectar los momentos decisivos en la educación, la experiencia laboral o en alguna revelación mística. Sin negar lo útil de ese método me interesa más la conciencia social que enmarca la evolución que tuvieron las conciencias individuales.

Edward Carr escribió que el historiador, y en realidad todo analista social, es "parte de la historia [y que el lugar de la] procesión en que se encuentre, determinará su ángulo de visión sobre el pasado". Puesto de otra manera, "antes de empezar a escribir historia, [el historiador] es producto de ésta".³⁰ En otras palabras, la percepción que uno tenga está influida por el grupo (o grupos) a los que se pertenece. El rigor académico del cientista social supone que éste debe tener conciencia de que es juez y parte en el estudio de la sociedad. De esta manera puede poner distancia intelectual y apreciar en una dimensión más justa la realidad. En consecuencia, y siguiendo a Carr: "antes de estudiar la historia hay que estudiar al historia-

dor [...] antes de estudiar al historiador es preciso estudiar su entorno histórico y social. El historiador, como individuo, es producto de la historia y de la sociedad".³¹

Goldmann plantea ideas similares desde un enfoque diferente:

cada manifestación de las ideas es el trabajo de su autor individual y expresa sus pensamientos y su forma de sentir. Pero estas formas de pensar y de sentir no son entidades independientes respecto a las acciones y el comportamiento de otros hombres. Existen y pueden ser entendidas sólo en términos de las relaciones intersubjetivas que explican su contenido y riqueza.³²

Una forma de comportamiento o un texto serán expresiones de la "conciencia colectiva en la medida en que la estructura" que expresan no sea peculiar a su autor, sino que la compartan los "diversos miembros que forman el grupo social".³³

En sociolingüística también se dice que los individuos son representantes —conscientes o no— del grupo social en el que están inmersos; son "hablantes colectivos".³⁴

Debido a que existe una conciencia colectiva derivada de ideología y visión del mundo, diferentes individuos que escribieron sobre México (algunos de los cuales jamás se conocieron entre sí) expresan ideas similares en medios diversos. No equiparo a tales individuos con megáfonos repetidores de las ideas de los grupos a los que pertenecen; aceptarlo anularía la potencialidad de la mente humana y de la conciencia, y significaría que los humanos nos quedaríamos repitiendo, una y otra vez y por toda la eternidad las mismas ideas, como pasa con los discos rayados de tecnologías pretéritas. |

La relación entre una persona y su grupo social es más dinámica y puede estar cargada de tensiones porque toda colectividad busca, en mayor o menor medida, homogeneizar el pensamiento de sus miembros. Aun así, siempre ha habido y siempre habrá una o varias personas que piensen diferente, que estén dispuestas a imaginar y a soñar con un futuro diverso, a tomar riesgos e ir más allá de los confines marcados por la colectividad para después regresar a su grupo a sugerirle cambios en su manera de ver al mundo. El riesgo está latente en la medida en que, al pensar diferente, se pueden producir aberraciones o disparates y convencer de ellos a algunos o muchos.

Existen aventureros del pensamiento y de la acción que han sido seres excepcionales, porque según Hegel, ponen en "palabras los deseos de

su época, le dicen a ésta cuál es su voluntad y la instrumentan".³⁵ Generalmente, las contribuciones son más modestas y las transformaciones más graduales. En la etapa durante la que revisaré la visión que tuvo la élite estadounidense sobre México, siempre hubo individuos que rebasaron la visión mayoritaria, y en algunos casos y cuando las condiciones fueron propicias, modificaron la percepción de su grupo y de su país en un proceso constante, aunque desigual. No ignoro que el fenómeno inverso es más frecuente; Foucault, entre otros, ha demostrado en sus investigaciones que el grupo social busca disciplinar y castrar la imaginación individual e imponer controles o marginar al otro, al que piensa diferente.

Por todo esto es necesario distinguir el "tiempo individual" del "tiempo histórico" de grupos, clases y países.³⁶ Por ejemplo, en la cultura estadounidense es central el papel que se le asigna al individuo y resulta natural que quienes estudian el periodismo de Estados Unidos frecuentemente se concentren en los "tiempos individuales". Por ello es que Walter Lippmann explica el producto que "llega al lector" como el resultado de toda una serie de decisiones individuales sobre lo que "debe publicarse, cuánto espacio debe ocupar y qué énfasis debe tener".³⁷

No dudo del valor de los "tiempos individuales", pero en la realización de un estudio de la amplitud de éste, hubiera necesitado varias vidas para hacer las biografías intelectuales de los principales académicos, periodistas y funcionarios que cito. Con toda la fascinación que me despiertan algunos de ellos, oriento este trabajo al "tiempo grupal". Vistas así las cosas, enfatizaré más los puntos de acuerdo, en los que señalaré los aportes individuales que marcan la ampliación de la conciencia. Por otro lado, me interesan la validez de la percepción estadounidense, el peso de los intereses, el funcionamiento de las relaciones de dominación y el efecto de las ideas en otros aspectos de la realidad (en especial el autoritarismo del sistema político mexicano).

Como la elaboración de estas respuestas se encuentra mediada por mis propias ideas, mitos e intereses es posible que se dude de mis interpretaciones y conclusiones. El sistema que utilizo para detectar y corregir las limitaciones de mi conciencia, y con el que recupero, organizo y proceso la información se basa en el método científico.

A la caza de las ideas en Estados Unidos

La complejidad y heterogeneidad de la sociedad estadounidense hubiera hecho ilusorio estudiar sistemáticamente las múltiples formas en que los di-

versos grupos sociales han visto a México y "lo mexicano". También me hubiera resultado imposible cubrir las percepciones de grupos y regiones específicas (California, por ejemplo, requiere de un tratamiento especial). Por lo tanto, hice a un lado las referencias que aparecen en la literatura, el arte, el cine o la televisión y me concentré en la percepción de funcionarios públicos, académicos, empresarios y periodistas que se interesan y participan en los asuntos externos estadounidenses (el llamado *establishment*).

En esta élite incluyo a individuos en la cúspide del poder político, militar y económico, con el poder para "realizar su voluntad aunque otros les hagan resistencia", o para tomar decisiones que afectan a países como México. Entre las instituciones que comparten este poder se encuentran el Congreso, el Departamento de Estado, las fuerzas armadas, los servicios de inteligencia, el Tesoro, el Departamento de Justicia y organismos multilaterales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Este grupo también incluye a las grandes empresas transnacionales y la banca privada. Se trata de personas concentradas en Washington y Nueva York, que tienen una conciencia de grupo y que funcionan e interactúan de acuerdo con reglas formales e informales bastante elaboradas.³⁸

Estrechamente vinculados a dicha élite están los medios de información y las universidades que, entre otras funciones, tienen la de generar y reproducir ideas, información y conocimientos. No se trata de meros apéndices, sino de instituciones con autonomía en una relación muy intensa aunque no antagónica, porque el periodista, el congresista, el analista de la CIA y el académico comparten los mismos valores, aunque los interpreten y defiendan de manera diferente. La sociedad es otro actor fundamental que interactúa e influye de diversas maneras con esta élite.

En la formulación de la política exterior participaron grupos muy reducidos porque la sociedad estadounidense ha tendido a encerrarse en sí misma. En el medio siglo que reviso, se dio una modificación fundamental a esta regla. Por la efervescencia de los años sesenta —en especial la guerra en Vietnam— grupos sociales relativamente amplios decidieron intervenir en asuntos de política exterior y con ello originaron un fenómeno que no se ha revertido y que está teniendo implicaciones de todo tipo en el México de los años noventa.

Para recuperar las ideas de esta élite utilicé entrevistas, documentos oficiales, investigaciones académicas, artículos periodísticos y realicé centenares de entrevistas y conversaciones. Encontré que esa comunidad de "mexicanólogos" tiene una visión mucho más compleja e informada

que la que se puede encontrar en la cultura popular, y hasta los prejuicios se expresan más sutilmente. Entre ellos se comunican permanentemente a través de relaciones formales e informales y confluyen y difieren en sus interpretaciones a partir de una visión compartida del mundo.

Por otro lado, comparé lo escrito por los estadounidenses con estudios elaborados por mexicanos y con la interpretación que formuló la prensa mexicana sobre algunos hechos clave. Esto último me permitirá ejemplificar los mecanismos con que el régimen mexicano controla las ideas. Reconozco que no incorporo la enorme riqueza de la investigación producida en México, pero la naturaleza del libro me hizo poner el acento en la literatura estadounidense.

Los documentos oficiales que utilizo son de uso restringido y público. Los que alguna vez fueron confidenciales o secretos tienen la enorme ventaja de que en ocasiones son muy explícitos sobre lo que piensa de México la burocracia estadounidense y sobre las estrategias y políticas que siguen para defender sus intereses. En la investigación encontré materiales muy valiosos del Departamento de Estado y la embajada de Estados Unidos en México, las fuerzas armadas, la CIA y la Reserva Federal. Lo ideal sería tener acceso irrestricto a estos materiales, y aunque obtuve centenares de ellos, desconozco la representatividad de la muestra porque es imposible saber cuántos siguen clasificados.

En lo referente a los materiales públicos, los más útiles fueron las memorias de los expresidentes estadounidenses y de otros altos funcionarios, y los informes que desde 1976 presenta cada año el Departamento de Estado al Congreso sobre la situación de los derechos humanos en México y el mundo. Otra colección que aproveché fueron los artículos dedicados a México en 27 revistas militares de Estados Unidos, entre 1949 y 1988.³⁹ Estos materiales muestran lo que han pensado los militares estadounidenses sobre México.

Los libros o artículos escritos por académicos ocupan un lugar especial porque la élite estadounidense otorga gran importancia al conocimiento y porque los académicos tienen la función social de generarlo, y en lo que fueron escribiendo aparecen los niveles que alcanzó dicho conocimiento estadounidense sobre México. En total cito los trabajos de más de un centenar de académicos que escribieron sobre México después de la segunda guerra mundial.⁴⁰ Por otro lado, cubro el flanco izquierdo de la geometría académica estadounidense e incorporo todo lo publicado sobre México en la revista *NACLA Report on the Americas* que empezó a aparecer en 1967.

De todos ellos sólo tomo en cuenta sus principales obras sin detenerme en su evolución a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en los años cincuenta Robert Scott describió con gran optimismo al sistema político mexicano, pero en 1980 hizo correcciones fundamentales.⁴¹ Si mi intención hubiera sido explicar los motivos de esa conversión individual habría hecho una biografía de Scott, lo que no intento por las razones ya expuestas.

El tercer tipo de fuente comprende artículos sobre México publicados por la prensa. Una de las ventajas que ofrece, es que aparece diariamente, y ello la convierte en un barómetro de la forma en que se transformaron las percepciones y la agenda estadounidenses en fotografías instantáneas. Por ello emplearé casi siete mil artículos que complemento con documentos oficiales, trabajos académicos y entrevistas. Dada la importancia que tiene el material periodístico, dedicaré algunas páginas a explicar su representatividad y los métodos y técnicas con las cuales analicé su contenido.

Tengo la confianza de haber capturado lo esencial de la visión de la élite por una consideración adicional: la cultura política estadounidense es más abierta que la mexicana y resulta más sencillo obtener información. Por tanto los materiales periodísticos y académicos, los documentos oficiales y las entrevistas me dieron una idea muy clara de la forma de pensar de la élite estadounidense, y con la información que contienen elaboro una explicación coherente del México contemporáneo.

Prensa y sociedad en Estados Unidos

La prensa es un reflejo de la sociedad donde se genera, por lo que para comprender cabalmente los periódicos es preciso entender a la sociedad de la que vienen.

La sociedad estadounidense es heterogénea, por lo que resulta lógico que uno de los rasgos más distintivos de su prensa sea la diversidad. En 1990 se publicaron 1,611 periódicos —matutinos y vespertinos— cuya circulación promedio diaria fue de 62,327,962 ejemplares. Ninguno se puede considerar verdaderamente nacional; cada uno es reflejo de la ciudad, región o grupo social a que está dirigido. Esta variedad dificulta hacer afirmaciones definitivas sobre la representatividad de la prensa escrita estadounidense.

Pese a la heterogeneidad, los periódicos estadounidenses comparten tres características (existen algunas excepciones pero son poco significativas). Primero, son empresas privadas que buscan obtener ganancias con la venta de publicidad y de ejemplares. Segundo, se rigen por un código de

comportamiento que llaman de "responsabilidad social", según el cual los medios representan al interés público y tienen el compromiso de informar y educar con objetividad a los lectores, de vigilar las acciones gubernamentales —lo que supone independencia económica y política— y de contribuir a identificar aquellos temas que deben estar en la agenda de la discusión nacional.⁴² Finalmente, y más importante, en sus páginas se expresan de diferentes maneras los valores, creencias y mitos de las ideologías y de la visión del mundo estadounidense.

Por ejemplo, son abundantes los estudios sobre el periodismo estadounidense que giran en torno de los actores individuales. En el caso de los dueños son famosas las descripciones del manejo dictatorial que el coronel Robert McCormick —del *Chicago Tribune*; o William Randolph Hearst, dueño de la cadena del mismo nombre— hacía de la línea editorial, que utilizaba como un simple "megáfono o conducto para la transmisión de sus prejuicios", y de la manera en que manipulaba sus medios en defensa de sus negocios. Hearst fue el modelo para aquel *Ciudadano Kane*, tan arrogante en su individualidad y en su riqueza y tan bien descrito por Orson Welles en una de las mejores películas en la historia del cine. También se sabe que los Ochs-Sulzberger —propietarios de *The New York Times*— se cuidan mucho de no ejercer la influencia que tienen como dueños.⁴³ En síntesis, es posible entender a Estados Unidos a través de su prensa.

Por razones prácticas decidí seleccionar un solo periódico como la base del estudio. Es decir, carecía de tiempo para hacer una comparación en una etapa tan grande. Forzosamente, tenía que ser lo más representativo posible de la visión de la élite estadounidense; con este fin examiné *Los Angeles Times*, *Boston Globe*, *Chicago Tribune*, *Dallas Morning News*, *Miami Herald*, *The New York Times*, *USA Today*, y *The Wall Street Journal*. Tomé en cuenta el número de ejemplares publicados, su influencia y calidad (según los especialistas en prensa), la consistencia de su cobertura internacional, la existencia de índices que facilitarían la localización de artículos sobre México, y si habían contado con un corresponsal en nuestro país durante el tiempo considerado para el presente estudio.

The New York Times

Al final seleccioné a *The New York Times* (en adelante, NYT o *Times*) como el periódico más representativo de las ideas que han circulado entre la élite estadounidense sobre México.

Un primer motivo para elegirlo fue su cobertura. En 1991 imprimió 1'209,225 ejemplares diarios de lunes a sábado y 1'762,015 los domingos. Ciertamente no son muchos en relación con los 62 millones impresos diariamente en un país que, según el censo de 1990, tiene 249 millones de habitantes. No obstante, en número de ejemplares sólo lo superaron *USA Today* y *The Wall Street Journal* (cabe mencionar que el primero es una publicación muy reciente, y que el segundo no aparece los fines de semana).

El *Times* comparte los principios rectores de la sociedad y la élite estadounidenses. Sus propietarios lo conciben como una "catedral" del liberalismo que tiene los mismos fines que el país: "la conservación del sistema democrático y del orden establecido". A lo largo de la historia han demostrado una y otra vez que Estados Unidos y el *Times* están "comprometidos con el capitalismo y con la democracia", y que lo que ha sido "malo para la nación [con frecuencia ha sido] malo para el *NYT*".⁴⁴ Con base en estos principios dicho cotidiano (y otros medios de información) se compromete a informar de manera objetiva y profesional a sus lectores, a vigilar permanentemente a gobernantes y empresarios, y a generar utilidades a sus accionistas.

Los materiales que publica se rigen por los mismos criterios utilizados en universidades y centros de análisis gubernamentales para generar conocimiento. Es decir, en Estados Unidos la formulación de un documento supone el manejo objetivo de los hechos y la incorporación de diversas opiniones. También se exige independencia y sus colaboradores tienen prohibido aceptar regalos o subsidios de las organizaciones o individuos que van a cubrir.

En un documento sobre la política del *NYT* hacia los conflictos de interés se dice que "la integridad del *Times* requiere que sus empleados rechacen empleo o cualquier otra obligación, relación o inversión que cree o parezca crear un conflicto de interés [...] o que comprometa la independencia y prestigio" del cotidiano. Quienes trabajan en la sección de negocios y finanzas del diario no pueden participar, directa o indirectamente, en la compra o venta de acciones.⁴⁵ El rigor con que aplica estos criterios profesionales ha generado un enorme respeto para un periódico con la sofisticación intelectual de una de las ciudades más cosmopolitas del mundo.

Ese respeto aparece por doquier. Irving Kristol asegura que el *NYT* "es más grande, rico y poderoso que cualquier otro periódico en el mundo" y que nunca ha habido un diario "tan dedicado al interés público, tan incondicionalmente comprometido con los criterios periodísticos más elevados".⁴⁶ Otra razón de la influencia del *Times* es que, según John C. Ottin-ger, los directores de periódicos de todo Estados Unidos "consultan la

primera plana del *Times* como punto de referencia, si no es que como guía para sus decisiones".⁴⁷

El *NYT* también es seguido con atención en otros países. Ottinger asegura que no hay "un jefe de gobierno que no sea lector del *Times*".⁴⁸ La afirmación parece un tanto exagerada —hay mandatarios que no leen inglés y algunos que con trabajo leen en su idioma materno—, pero es indudable la atención con que se sigue al *NYT* en el mundo, en parte por el poderío estadounidense. Es decir, la presencia internacional de un diario depende de su calidad y del poder del país en que se edita. Estados Unidos desplazó a Inglaterra como potencia mundial, y el *NYT* adquirió la preeminencia internacional que alguna vez tuvo el *Times* de Londres.

Un aspecto que hizo particularmente atractivo a este diario fue su internacionalismo (una característica neoyorquina). La sociedad estadounidense es notablemente ignorante de lo que pasa en el mundo, pero cuenta con una élite conocedora de asuntos internacionales de notable especialización. El establishment de política exterior al que me refería anteriormente se nutre del *NYT* y lo alimenta, y por eso forma parte del "pequeño grupo de periódicos especializados en asuntos exteriores en Estados Unidos. Es leído por todos aquellos en el gobierno que tienen un interés o una responsabilidad frente a asuntos externos".⁴⁹

Incluso sus críticos le reconocen ese mérito al *Times*. Vitali Petrusenko —soviético de los de antes, de los que se construyeron un prestigio académico denunciando al imperialismo yanqui— reconocía que en Estados Unidos este diario es "la mejor fuente de noticias, especialmente extranjeras".⁵⁰ En síntesis, el *NYT* es lo que algunos académicos llaman "un periódico de prestigio": el órgano de opinión sobre asuntos externos de la élite gobernante de un país.⁵¹ Así, pues, lo que hice fue seguir la recomendación de Claire Sellitz: "seleccionar al periódico que comúnmente se cita como la principal autoridad o que tiene el mayor prestigio en el país que se estudia, por ejemplo, *The New York Times* en los Estados Unidos".⁵²

Por otro lado, éste quiere ser el diario que publique "todas las noticias dignas de ser publicadas", quiere convertirse en un primer borrador de la historia, y ese énfasis en las cifras, hechos y declaraciones me resultó muy útil en la reinterpretación que elaboro de la historia de México del último medio siglo.

Después de revisar con detalle la forma en que el *NYT* trató a México, y de compararlo con lo dicho por académicos y funcionarios de Estados Unidos y México, confirmé lo acertado de algunos elogios y lo representa-

tivo que es de la élite. Sin embargo, también tiene carencias de diverso tipo. Por ejemplo, hay una insuficiente representación del pensamiento conservador y de los puntos de vista regionales, y en la cobertura de México hay aspectos tratados de manera insuficiente y otros totalmente ignorados. Es revelador que aparecieran carencias similares en la producción de académicos y funcionarios.

Así, pues, el mejor periódico de Estados Unidos y los mejores especialistas académicos y gubernamentales tuvieron aciertos y deficiencias similares. Durante el medio siglo que abarca el estudio, algunas debilidades se fueron subsanando, mientras que otras persisten, lo que permite determinar la evolución que tuvo la conciencia. El porqué de estos cambios y límites será el propósito de los capítulos siguientes.

El análisis de contenido aplicado al NYT

Una vez seleccionado el diario más representativo quedaba por definir cuántos y cuáles artículos sobre México debería incorporar al estudio, con qué criterio, y cómo analizar unidades diversas (editoriales, crónicas, reportajes, etcétera).

Entre las varias opciones elegí el camino más largo, difícil y tedioso, aunque también el más seguro: incluir todos los artículos sobre México que aparecieron entre el primero de enero de 1946 y el 31 de diciembre de 1986: en total 6,903 reportajes, opiniones, notas informativas y editoriales sobre política, sociedad, economía, finanzas y otros temas. Para localizar estos artículos trabajé con los *índices* que publica anualmente el periódico, y después de revisar 31 encabezados puedo asegurar que la muestra es representativa del universo total.

Esta información, recuperada de microfilms, la sometí a un análisis de contenido que, de acuerdo con Philip J. Stone, es una "técnica de investigación que permite hacer inferencias a través de una identificación sistemática y objetiva de características especificadas de un texto".⁵³ En otras palabras, el análisis de contenido hace disecciones de los textos para detectar las ideas, las intenciones y el estilo de quienes los preparan. Con los resultados se puede establecer la frecuencia de dichas ideas y así, junto con las relaciones que hay entre diferentes textos, evaluar su efecto en las "actitudes o actos de los lectores o escuchas".⁵⁴

Cada una de las 6,903 unidades sobre México fue analizada con 215 variables que revisan las características visibles (página, tamaño, sec-

ción, etcétera); el tipo de fuentes de información que utilizaron (funcionarios, diplomáticos, opositores), y los aspectos más relevantes de la economía, el sistema político, la política exterior y el carácter del mexicano.

La codificación de cada artículo dependió de la cantidad de temas abordados y de si las ideas fueron positivas, negativas o informativas (neutras). La forma como garanticé la objetividad del codificador se explica en el apéndice A, en donde también aparece una lista de todas las variables y una discusión más técnica. El procesamiento de esa información generó un banco de datos rico y versátil que permite hacer todo tipo de comparaciones y afirmaciones sobre la evolución de las ideas en Estados Unidos. El apéndice B incluye algunas de las gráficas que concentran la información y en los capítulos incorporo las cifras más relevantes o hago referencia a las gráficas del apéndice.

Si bien en las últimas décadas se han popularizado los análisis de contenido, todos los que conozco cubren un tiempo relativamente corto o se basan en muestras representativas; ninguno comprende un periodo tan extenso, ni incluye un universo tan amplio como el utilizado para este trabajo; ésa fue una de las razones por las que tardó tanto tiempo en gestarse este libro.

La base de datos generada por el análisis es muy rica. Un ejemplo son las fuentes utilizadas por el cotidiano. En las 6,903 unidades analizadas aparecieron las opiniones de 10,254 personas o instituciones. De ellas, 59% se atribuyó a funcionarios públicos, 12% a empresarios, 7% a otros periódicos y solamente 4.5% a opositores (véase la gráfica 8). En otras palabras, de 1946 a 1986 el rotativo citó, sobre todo, a miembros de la élite. Demostrado este punto, quisiera agregar un aspecto revelador: de las citas mencionadas un porcentaje alto corresponde a mexicanos. Eso quiere decir que, buscando la opinión de los estadounidenses, también apareció la de los mexicanos, lo que no altera el objetivo de esta investigación porque fueron estadounidenses quienes eligieron a quién citar y seleccionaron cuál de sus ideas iban a incorporar.

Los mexicanos más citados fueron funcionarios y empresarios; esto permite demostrar una hipótesis que a veces se menciona pero pocas veces se documenta: existen grandes similitudes en el pensamiento de las élites de México y Estados Unidos, lo que es resultado de un entendimiento que enmarca y condiciona la relación bilateral, el sistema político y el nacionalismo mexicano. Sustentar esta idea con un acercamiento exclusivamente numérico a la realidad tiene limitaciones obvias que se compensan incluyendo los documentos oficiales, los trabajos académicos y las entrevistas.

En resumen, el análisis cubre varios ámbitos y se alimenta de grandes cantidades de información, parte de la cual se maneja con una metodología original. Toca al lector juzgar la validez de los resultados. No pretendo haber resuelto todas las incógnitas planteadas por los fenómenos de la conciencia, por la evolución que tuvo el conocimiento estadounidense sobre México, por la relación bilateral o por la naturaleza del sistema político mexicano. Aun así, hay bastante material para iluminar algunos rincones del conocimiento y reinterpretar los últimos cincuenta años de la historia de México y de su relación con Estados Unidos.

IDEAS E INSTITUCIONES EN ESTADOS UNIDOS



La visión del mundo

La sociedad estadounidense es extraordinariamente compleja, diversa y, en algunos sentidos, contradictoria.¹ Pese a estos rasgos, los estadounidenses comparten una visión del mundo consolidada en leyes e instituciones, y a finales del siglo XX su experimento se ha convertido en un modelo para buena parte del planeta.

Esta visión del mundo se sustenta en la versión estadounidense del capitalismo económico que exalta la propiedad privada, las fuerzas del mercado y la iniciativa individual, y el liberalismo que tiene como objetivo último dar mayor libertad a los individuos que en el papel tienen los mismos derechos y oportunidades ante la ley.² En Estados Unidos se privilegia al individuo, y una idea constante es la subordinación de las instituciones gubernamentales a éste, quien tiene la responsabilidad y el derecho de participar en la conducción de los asuntos públicos. Al gobernante hay que controlarlo rigurosamente porque el poder público corrompe y agrede al ciudadano.

Cuando el expresidente Harry S. Truman (1945-1950) afirmó que “el Estado existe para beneficio del hombre, no el hombre para beneficio del Estado” sólo reiteraba una de las obsesiones estadounidenses.³ En la cultura —cine, novelas, teatro— se celebra al héroe individual que se enfrenta, y generalmente derrota, al poder gubernamental y a todo tipo de amenazas externas. También se exalta, una y otra vez y de las formas más diversas, el mito del “sueño americano”: la creencia de que cualquiera puede pasar de pobre a multimillonario o a presidente, porque Estados Unidos es el país de las oportunidades y de la libertad; es la tierra prometida donde todo es posible para quien respeta el estilo de vida.

El individuo defiende sus derechos mediante diversos mecanismos. Uno de ellos lo constituyen organizaciones grandes o pequeñas con las que

se ha armado un tejido social impresionante. Por todas partes y en todos los temas aparecen grupos que representan los múltiples intereses de comunidades que practican la democracia participativa o "directa" y supervisan y controlan a sus gobernantes.

El amplísimo espacio otorgado a los individuos está apoyado, pero también acotado en las restricciones y condicionantes que imponen las leyes y costumbres. Por ejemplo, se considera que acumulando riquezas el individuo cumple con sus responsabilidades, aunque se espera que regrese parte de ellas a la comunidad. La recompensa para el filántropo serán honrras fiscales y espirituales: pagar menos impuestos y darle su nombre a una fundación, a un edificio o a un salón de clases.

La exaltación del individuo, su desconfianza del Estado, su repulsa por las organizaciones intermedias, lo lleva a tratar con desdén y ver con reticencia, los sistemas de ideas políticas estructuradas formalmente en ideologías, porque las asocia con instituciones que inhiben o limitan la libertad de decisión individual. Por eso es que en el sistema político estadounidense los partidos políticos no tienen militantes, ni rígidas plataformas de principios. A diferencia de otros países, en Estados Unidos los partidos cambian de programa según la región, la elección, el periodo o la persona. Por ello es que su debate político usualmente gira en torno de temas (*issues*) específicos.⁴

Pese a la diversidad y heterogeneidad del tejido social, y al rechazo que inspiran las ideologías, en ese país existen cuerpos de ideas estructuradas que explican la realidad y orientan la acción. La mayor parte de la ciudadanía y las fuerzas políticamente más representativas comparten la visión del mundo dominante aunque luego se inclinan por alguna variante de las ideologías liberal y conservadora, que coinciden en principios y difieren en temas específicos.

Conservadores y liberales han estado en desacuerdo, entre otras cosas, sobre qué tanto debe intervenir el Estado en la solución de los problemas de individuos marginados o de grupos vulnerables, o sobre las políticas que debe adoptar la "ayuda" a otros países. Expresado de manera muy esquemática, el conservador asigna mayor responsabilidad al individuo y el liberal tiene mayor conciencia del grupo y de la responsabilidad de la comunidad de atender el bienestar social.⁵ Respecto de la ayuda a otros países, el conservador insiste en que la mejor forma de practicarla es mediante la inversión privada y el comercio, y el liberal le concede un mayor papel a los recursos gubernamentales o multilaterales.

Republicanos y demócratas, independientes y libertarios, están hermanados en lo esencial, aunque difieran y luchen en la arena política sobre la forma de lograr metas comunes. Esta diversidad, construida sobre la unidad, esa enorme capacidad de lograr consensos de manera pacífica, son la causa de la fortaleza que tienen las instituciones estadounidenses.

El optimismo, el pragmatismo y la impaciencia también caracterizan a la cultura política estadounidense. Están convencidos de que la humanidad progresa permanentemente, y eso lo confirman con los constantes avances tecnológicos a los que, por otro lado, están predispuestos, porque la sociedad estadounidense siempre le ha dado una gran prioridad a la educación y a la creación del conocimiento. Es tanta su confianza en la tecnología y en la acción que esperan encontrar la solución a cualquier problema, siempre y cuando lo aborden con la técnica y el método adecuados, y se pongan rápidamente a "hacer algo" (*do something*) para resolverlo.⁶

En síntesis, entre los pilares de la visión del mundo dominante estadounidense están la igualdad y libertad individuales, el respeto a la propiedad privada, la libre competencia y el convencimiento de ser excepcionales (a discutir en la próxima sección). Con estas ideas rigen su existencia, se perciben a sí mismos y a otros países. Así, en las ciencias sociales y en el periodismo hay insistencia en presentar los hechos de manera objetiva, y tomar en cuenta diferentes puntos de vista.

La "mejor esperanza del mundo"

Los estadounidenses están absolutamente convencidos de que tienen el mejor sistema político, económico y social que haya existido en la historia de la humanidad. Están seguros de que son excepcionales y de que, como escribiera Stanley Hoffman, son los "favoritos de la historia".⁷ Hasta hace unos cuantos años los soviéticos respondían que los elegidos eran ellos, y el choque de egos nacionales alimentaba el conflicto entre las dos superpotencias.

La autoestima y el autoelogio no son nuevos, siempre han formado parte de la historia de Estados Unidos. Recién independizados de Inglaterra, Thomas Jefferson dijo que su país era "la mejor esperanza del mundo"; años después, Abraham Lincoln agregaría que era "la última y la mejor esperanza sobre la tierra"; y bien entrado este siglo Ronald Reagan aseguró que los ciudadanos estadounidenses eran "más libres que [los de] cualquier otro pueblo" y que habían tenido "más logros que ninguno".⁸

Estas creencias influyen sobre la política exterior. Con frecuencia han creído tener el deber mesiánico de llevar al mundo su versión de la democracia, de la economía y de la organización social. Ha sido igualmente frecuente que insistan en que esa promoción de las ideas estadounidenses es para beneficio de los demás, y de los Estados Unidos, porque si actuaran por puro egoísmo no serían excepcionales. Hay una implicación espiritual en la política exterior y por eso las iniciativas presidenciales se llaman "doctrinas", como si formaran parte del derecho canónico de la religión. La certeza de ser un pueblo excepcional ha justificado actos de agresión contra países más débiles. Eso, la arrogancia y el éxito que han logrado, provoca reacciones encontradas en todo el mundo. Algunos los aplauden y elogian por la riqueza que han sabido producir, los avances en el conocimiento, la capacidad de organización, el sentido práctico, los amplios espacios de libertad que disfruta buena parte de su sociedad, los controles sobre sus gobernantes y la generosidad que pueden tener. Entre sectores de todo el mundo el *estilo de vida americano* es un modelo a ser emulado.

Otros critican sus defectos e incongruencias y sacan a relucir el racismo, la pobreza de su cocina, el mal gusto de su vestuario, lo elemental e infantil de su sentido del humor, la soledad de las grandes ciudades, la drogadicción, la violencia y crueldad tras la civilidad, y la proliferación de personalidades angustiadas y enfermas, que obsesionadas por el éxito, adoptan conductas extravagantes (imitar a Elvis Presley, fundar religiones o descuartizar al vecino). También se menciona la hipocresía de la política exterior que, mientras predica la democracia, respalda gobernantes corruptos o represores.

En los capítulos que siguen, me alejo de los extremos y me dedico a entenderlos y explicarlos porque es una experiencia histórica fascinante, y porque va en el interés de los mexicanos. Con eso en mente, revisaré la creencia que tienen de ser excepcionales, y por este medio daré un vistazo a la historia estadounidense y a su relación con México.

Las razones para considerarse excepcionales

Sin negar las cualidades que tiene su sistema, es inevitable incorporar al análisis que la historia los ha tratado bien.

En su lucha por la independencia, la ausencia de instituciones feudales y la escasa oposición presentada por Inglaterra hicieron innecesaria la creación de un poder central que destruyera el viejo orden.⁹ El costo hu-

mano que pagaron fue reducido: tras ocho años de guerra, las fuerzas estadounidenses perdieron 4,435 hombres en batalla. Esto, aunado a la claridad que tuvieron sus primeros líderes, hizo posible que se establecieran las bases de un sistema donde los ciudadanos pudieran gozar de amplios márgenes de libertad.

La buena estrella los acompañó durante el siglo XIX cuando ampliaron su territorio avasallando vecinos débiles, aislados por la geografía de las intrigas europeas. En la invasión a México (que a nosotros nos costó la mitad del territorio) tuvieron 1,733 bajas en batalla y gastaron 170 millones de dólares (calculados con el valor que tenía el dólar en 1972).¹⁰ En 1867 compraron Alaska a los rusos y en 1898, tras una fácil victoria sobre un imperio español agotado, ocuparon Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

De esta expansión sacaron una base material inmensamente rica que explotaron con inteligencia y diligencia. Por si eso no bastara, el experimento estadounidense se convirtió en un imán que atrajo una marejada de inmigrantes dinámicos y emprendedores. No todos vivieron la experiencia de la misma manera. Indígenas, negros, chinos, mexicanos e inmigrantes pobres, entre otros, pagaron el costo social del experimento estadounidense.

Luego vino el cisma entre dos visiones del mundo opuestas, la del norte y la del sur, que desembocó en una sangrienta guerra civil (1861-1865) y dejó cicatrices profundas por su ferocidad. Murieron centenares de miles y en proporción al número de habitantes fue el conflicto en que sufrieron más bajas en combate. En el terreno de las ideas, la visión del mundo sureña fue sometida parcialmente, aunque como sabemos, la segregación se mantuvo sancionada por las leyes "Jim Crow".

Al terminar esa guerra se embarcaron en una redefinición y consolidación de su visión del mundo. Un momento clave fue el "progresivismo" de finales del siglo XIX y principios del XX, cuando eliminaron los aspectos burdos del capitalismo y le quitaron justificación a la entonces vigorosa izquierda socialista estadounidense que, con sus ideas y con algo de fuerza política, planteaba una visión del mundo alternativa.¹¹ En 1917 Estados Unidos entró en la primera guerra mundial y los bolcheviques tomaron el poder en Rusia, iniciándose un enfrentamiento mundial entre las dos visiones del mundo diametralmente opuestas que han marcado la historia del siglo XX. Dentro de Estados Unidos la élite gobernante desató una campaña contra la izquierda (el llamado "miedo rojo" de los años veinte) que amainó cuando la eliminaron como propuesta alternativa.

La mezcla de coerción y hegemonía tuvo éxito y se consolidó la visión del mundo. Cuando llegó la peor crisis del capitalismo, la gran depresión de 1929, el nazismo y el fascismo devastaron las democracias europeas, mientras en Estados Unidos las protestas políticas más importantes no se salían de la legalidad ni de las reglas del sistema.

Al terminar la segunda guerra en 1945, Estados Unidos tenía un poder sin precedentes en la historia de la humanidad. Además del crecimiento económico, la mayor parte del costo humano y material de la guerra fue cubierta por otros países. Para dar algunas cifras comparativas: en la primera guerra, Estados Unidos tuvo 116,516 muertos en combate y Rusia 1'700,000; en la segunda, Estados Unidos sufrió 291,557 bajas y la Unión Soviética 6'115

Unidad y división en la posguerra

El último medio siglo puede dividirse en tres periodos. Los primeros los sintetiza Henry Kissinger en un texto de 1975: "cuando salí de la segunda guerra mundial éramos un pueblo unido, con la creencia de que nuestra causa era justa, nuestro propósito benigno ... [Cuando salimos de] Vietnam éramos una nación dividida, llena de dudas y sin confiar en la bondad de nuestro destino".¹² La tercera parte inicia en los ochenta y todavía se mantiene. En capítulos posteriores ampliaré algunas características que aquí sólo bosquejo.

La victoria obtenida por Estados Unidos en la segunda guerra reforzó su creencia de ser excepcionales y les mostró que era indispensable participar en asuntos mundiales, y fue así como se resolvió la vieja disputa entre aislacionistas e internacionalistas. Estados Unidos peleó la guerra con la bandera de los principios liberales: libertad individual, libre comercio y autodeterminación. Si en el campo de batalla había confirmado su excepcionalidad, ahora tenía que ratificarla en la competencia con la URSS.

Durante la guerra fría, Estados Unidos arrasó con lo que quedaba de la izquierda en su territorio y afianzó la unidad y el consenso tras la división del mundo afinando los mecanismos con que funcionaban y se intensificaban las relaciones de dominación. Aunque utilizaron la coerción (el comunismo, por ejemplo), por lo general el punto de vista mayoritario se puso a través de la hegemonía instrumentada por el gobierno y los medios de información que machacaban una y otra vez los principios de la vida del mundo. Triunfaron con relativa facilidad porque la sociedad estadounidense es predisuelta a creerle todo a su gobierno.

Entre las consecuencias se contaron la homogeneización de la sociedad y el debilitamiento de la diversidad cultural creada por oleadas de inmigrantes. Dice Paul Piccone que "la taylorización, la tecnología intensiva en capital, la industria de la cultura y el consumismo se combinaron con un sistema productivo que, basado en el automóvil y el gasto militar, facilitó la penetración de las relaciones capitalistas en todos los resquicios de la vida diaria".¹³

Fue en los años cincuenta cuando, de acuerdo con Herbert Marcuse, la cultura estadounidense se hizo "unidimensional": la mayoría de los estadounidenses decidió adaptarse a la realidad, al orden establecido, y se olvidó de imaginar un futuro diferente que, al cuestionar la validez y legitimidad intelectual del presente, sustentara una visión alternativa del mundo. En la terminología de este libro, se diluyó la capacidad de formular "sueños colectivos".

Marcuse piensa que muy probablemente "el logro más singular de la sociedad industrial avanzada [fue que la teoría crítica se quedara sin] la racionalidad para trascender la sociedad".¹⁴ Derrotado en el campo de la política y en el de las ideas, el pensamiento crítico se vio disociado por algunos años de todo grupo o clase social significativo. La visión del mundo alternativa se mantuvo como propuesta intelectual, pero relegada a las bibliotecas o a conciliábulos de grupos radicales que deambulaban en los ghettos de la marginalidad política.

Este carácter unidimensional de la sociedad estadounidense, este aletargamiento, terminó en los años sesenta y setenta, cuando el orden establecido se estremeció con las protestas por las desigualdades étnicas, políticas, económicas o de género, con la rebelión contra los vicios (reales e inventados) de la sociedad industrializada y con los efectos de la guerra en Vietnam y del escándalo de Watergate. El golpe más fuerte que llegó del exterior fue la intervención en Vietnam, en donde Estados Unidos sufrió 58,135 bajas en una guerra que perdió políticamente. Este fracaso, según Stanley Hoffman, fue catastrófico para un pueblo que nunca había vivido una derrota en el exterior.

Los fracasos de esa etapa pusieron en duda la excepcionalidad de Estados Unidos y se resquebrajó la confianza que la sociedad le había entregado a los gobernantes, y por primera vez en la historia, grupos muy amplios se interesaron críticamente por la política exterior. Es decir, la mayor parte de la población concluyó que los gobernantes debían ser vigilados permanentemente y eso incluía lo que hacían en otros países. A ello se

refería Kissinger cuando escribió que Estados Unidos salió de Vietnam como una "nación dividida, llena de dudas y sin tener confianza en la bondad de su destino".¹⁵

Durante la década de los años ochenta recuperaron parcialmente la confianza en la excepcionalidad de su sistema, pero mantuvieron la desconfianza hacia el gobierno, que fue característica de los años sesenta y setenta. En la política exterior el aumento en los niveles de conciencia significó una actitud diferente, una mayor disposición a entender y a tolerar las diferencias de otras sociedades y una notable reticencia a la utilización de la fuerza militar para imponer su voluntad. Esto se ha mantenido aun después de terminada la guerra fría.

Un cambio que se dio en esos años fue la imposición de su dominio por medio de instrumentos económicos y de instituciones multilaterales que en apariencia tienen el consenso o la aceptación de la mayoría de los gobiernos del mundo. La promoción de la democracia y de la paz comienzan a manifestarse a través de la Organización de las Naciones Unidas, mientras que la imposición de programas de ajuste económico se hace por medio del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Se trata de un replanteamiento sobre la forma como se regulan e implementan la relaciones de dominación, ya que estos organismos multilaterales tienen una cierta autonomía aunque Estados Unidos sigue teniendo el mayor peso.

Un marco teórico para las relaciones interamericanas

Relaciones de dominación, hegemonía y coerción son conceptos utilizados para analizar eventos en el interior de un Estado-nación en donde hay un gobierno que detenta el monopolio de la violencia. Utilizarlos para el estudio de las relaciones internacionales puede parecer un exceso, porque el sistema internacional carece de una autoridad supranacional encargada de ejercer la coerción. Pese a ello, pienso que los conceptos son útiles, ya que en dicho sistema internacional hay países fuertes y débiles, y los primeros recurren a la fuerza y al convencimiento para imponer su voluntad.

Los objetivos de la política exterior de Estados Unidos siempre han estado orientados a defender sus intereses, combatir las amenazas y promover (a veces imponer) su estilo de vida y su forma de organización económica y política. Lo que ha evolucionado es la forma de promoverlos, la que a su vez sufre variaciones que dependen del momento, de la región y

del país. Durante el siglo XIX Washington tuvo pocos escrúpulos en enviar marines o cañoneras para imponer su voluntad mediante la violencia. A finales de este siglo empezó una transición. En esos años las potencias europeas se lanzaban a la ocupación de territorios en África y Asia, mientras Estados Unidos se contentaba con exigir que abrieran sus puertas al capital y a las mercancías estadounidenses. Era un "imperialismo anticolonialista" porque quería dominar sin ocupar territorio (lo que facilitó el entendimiento Morrow-Calles de 1927).

Había razones para la modificación en los instrumentos de la dominación: la opinión que tenían de sí mismos, la naturaleza de su sistema político y los cambios en la agenda de la comunidad internacional hicieron que el convencimiento se fuera haciendo cada vez más necesario. Un informe del Consejo de Seguridad Nacional de marzo de 1953 (NSC-144) presenta de manera muy clara las alternativas de política hacia América Latina después de la guerra.

El NSC-144 parte de que "el rasgo político más sobresaliente" del hemisferio occidental era el "predominio de Estados Unidos".¹⁶ Análisis de inteligencia compartían la idea que los soviéticos no podían proyectar su poder y que "el comunismo en las Américas" era una "amenaza potencial".¹⁷ Ante esa situación el NSC-144 planteaba tres opciones:

1. Una "política de coacción", definida como el regreso a "la fuerza militar, las sanciones económicas y las presiones políticas para obligar a América Latina a actuar de acuerdo" con los deseos de Estados Unidos. Concluyeron que en ese momento ello sería "desastroso".

2. Una "política de indiferencia" que en ocasiones otorgara "favores y en circunstancias urgentes [desplegara] la fuerza militar". Lo rechazaban porque, dada la competencia con los países comunistas, podría facilitarse "el surgimiento y preeminencia de fuerzas contrarias a los intereses estadounidenses".

3. Una "política de cooperación" que acentuara la "comunidad de intereses, la estrecha interdependencia y la similitud de objetivos de todos los países del hemisferio occidental, incluido Canadá". En el corto y largo plazos ésta era la política que "mejor servía a los intereses de Estados Unidos".

Un aspecto importante del documento está en la forma en que lograrían sus objetivos: explícitamente aceptaban que lo mejor sería convencer a los latinoamericanos de que iba en beneficio de sus "intereses colaborar" con Estados Unidos, con quien tenían una "similitud de objetivos".¹⁸ El Departamento de Estado consideraba como objetivo de la polí-

tica exterior estadounidense persuadir a los países de América Latina de que les convenía orientar sus "políticas hacia [los] objetivos" fijados por Washington, y convencerlos de que Estados Unidos los trataba con "justicia, especialmente en lo que se refiere a aspiraciones económicas y sociales".¹⁹

Para cumplir con su cometido desarrollaron varios métodos. Mientras los sistemas de inteligencia averiguaban lo que pensaban las élites, las encuestas de opinión eran "instantáneas" que mostraban lo que pensaban las sociedades. En 1947 un organismo de inteligencia de Estados Unidos utilizaba una encuesta de opinión para concluir que "la mayoría de la opinión latinoamericana no sólo es católica y patriótica, y por tanto intrínsecamente anticomunista, sino que también es firmemente prodemocrática y reformista [dentro de un] marco predominantemente capitalista".²⁰

En algunas de esas encuestas aparecen cifras que hacen dudar de las actitudes antiestadunidenses de los mexicanos. Según la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA, por sus siglas en inglés) México y Brasil eran los países donde Estados Unidos recibía el "mejor tratamiento por parte de la opinión pública". Para la "mayoría" de los mexicanos y brasileños las "políticas económicas de Estados Unidos [eran] una ayuda" y tenían una actitud favorable hacia la "inversión privada extranjera".²¹

Su preferencia por la hegemonía no significaba renunciar a la coerción para la que tenían una amplia gama de instrumentos militares, económicos y diplomáticos. Para justificarla recurrían a diversas argumentaciones. En un documento interno de 1952 el Departamento de Estado consideraba que el principio de no intervención no era "una doctrina de Estados Unidos: [fue impuesta por] la voluntad unánime de los Estados latinoamericanos como el precio de su participación en el sistema interamericano" y estaba dirigida "solamente contra [Estados Unidos]".²² Según otro documento uno de sus objetivos en América Latina era "prevenir el desarrollo de la irresponsabilidad, el nacionalismo extremo y la creencia de que [esa región] podía ser inmune al ejercicio del poder estadounidense".²³ En los próximos capítulos explicaré las diferentes combinaciones de hegemonía y coerción y las ideas con que las justificaban.

EL ENTENDIMIENTO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO



Todos los libros sobre México y Estados Unidos hablan de los contrastes entre los dos países, lo que resulta inevitable porque aunque compartimos una enorme frontera y algunos intereses, nuestros orígenes étnicos, religiosos y culturales, nuestros modelos de organización económica y política, y nuestra evolución histórica han sido radicalmente diferentes.

Pese a lo estudiado sobre esta relación, hay todavía muchos puntos oscuros o paradojas no explicadas. Un aspecto peculiar es que, a partir de la Revolución de 1910, México siguió políticas que se apartaban de los paradigmas propuestos por Estados Unidos. Es decir, México tenía una política exterior independiente, donde Estados Unidos era presentado como una amenaza potencial. El modelo económico mexicano sustentaba un régimen de propiedad mixto, en el que el Estado desempeñaba un papel muy activo y era muy proteccionista; finalmente, el sistema político unipartidista, autoritario, corporativo y presidencialista se alejaba del paradigma liberal.

Si México es un país vital para Estados Unidos (por ejemplo, sólo Canadá y México están "asignados" a los jefes de Estado Mayor conjuntos en Washington, mientras que los otros países del hemisferio están asignados al Comando del Sur) y si durante la guerra fría Estados Unidos se caracterizaba por la intolerancia hacia lo diverso, ¿por qué, en lugar de hostilidad o alarma, mostraron indiferencia y cordialidad hacia la élite mexicana?, ¿cómo lograron los gobernantes mexicanos impulsar un modelo tan diferente a la sombra de Estados Unidos? Para responder analizaré la relación con una óptica diferente.

Herencias de la historia

Las diferencias en cultura y sistema político y las asimetrías en el poder dejaron una herencia de estereotipos y de sentimientos encontrados

de amor y odio, de admiración y miedo, de atracción y desdén, entre dos sociedades con un fuerte contenido nacionalista y racista obligadas por la geografía a convivir. En los primeros siglos de la historia común, las colonias, que luego formarían Estados Unidos, eran la parte débil, y la Nueva España la potencia regional. Pese a las disparidades, había tanto alejamiento entre los centros de población y entre el poder de ambos, que esa etapa dejó pocas marcas. Cuando Estados Unidos y México se hicieron independientes las historias empezaron a chocar.

Al independizarse Estados Unidos se estableció una forma de organización política novedosa para su tiempo, y profundamente atractiva para grupos que buscaban transformar otras sociedades. Entre ellos estaban los líderes de la independencia mexicana, quienes tuvieron muy presente, e intentaron emular, la experiencia de Estados Unidos. La élite estadounidense reaccionó con indiferencia y desdén porque de México sólo les interesaban las riquezas materiales.

Tras esas actitudes estaba el menosprecio hacia los mexicanos, a los que endilgaron estereotipos utilizados contra los españoles, a quienes Timothy Pickering definió en 1799 como crueles, flojos, "corruptos y afeminados". Se popularizó entonces la idea de que los latinoamericanos somos incapaces de tener un gobierno democrático. Para John Adams no podía haber "democracia entre los pájaros, las bestias y los pescados, ni entre los pueblos de la América Hispana".¹ Estos razonamientos justificaban que un pueblo excepcional (ellos) se aprovechara de los inferiores (nosotros) y cumpliera con su responsabilidad histórica de someterlos.

Existe un interesante paralelismo entre el Destino Manifiesto y el *Manifiesto del Partido Comunista* que aparecieron por la misma época. Tras cada una de estas visiones de la historia está la certeza de ser el actor predestinado y excepcional, el elegido para redimir a la humanidad. Estas ideas van a generar un enfrentamiento entre dos visiones del mundo antagónicas y a servir para cometer atrocidades.

En 1848 un México debilitado por los conflictos internos y derrotado en los campos de batalla se vio obligado a ceder la mitad de su territorio a Estados Unidos.² La guerra dejó una herida profundísima en la conciencia mexicana y modificó la actitud hacia Estados Unidos. Si en las primeras décadas del siglo XIX el experimento estadounidense fue elogiado y estudiado, con la derrota, México se encerró en sí mismo e hizo lo posible por ignorar a Estados Unidos. Una consecuencia fue la suspensión de la investigación sobre Estados Unidos, la cual se reanudó hasta los años se-

tenta del presente siglo XX.³ Es obvio que los perjudicados fuimos nosotros: no haberlos estudiado nos privó de instrumentos para defender nuestros intereses.

Con ignorarlos no desaparecieron. Estados Unidos siguió entrando en los cálculos y obsesiones de los gobernantes mexicanos que siempre han tenido que negociar y llegar a acuerdos con una potencia acostumbrada a actuar unilateralmente. Esa realidad me llevó a revisar sistemáticamente el nacionalismo de los funcionarios mexicanos y su relación con la élite de Estados Unidos, que ha preferido la certeza de una estabilidad garantizada por gobernantes fuertes que las incertidumbres del cambio.

Estados Unidos ante dos revoluciones

Cuando empezaba este siglo México no preocupaba a Estados Unidos. Aunque había enormes problemas sociales el país crecía económicamente, controlado por un dictador respetuoso de los intereses extranjeros. Para la mayor parte de la élite estadounidense, ése era el tipo de régimen adecuado para los mexicanos, incapaces de gobernarse a sí mismos.

La Revolución mexicana sacaría a la luz una actitud diferente aunque temporal. El presidente estadounidense Woodrow Wilson simpatizó con la Revolución y creía que sería capaz de demostrar que la democracia podía funcionar en países hispanoamericanos. Para ayudar a Venustiano Carranza en su guerra contra Victoriano Huerta, invadió Veracruz, manejó la venta de armas y el reconocimiento diplomático. Los experimentos democratizadores de Wilson fueron diluyéndose a medida que Estados Unidos se preparaba para entrar en la primera guerra mundial (abril de 1917). Cuando triunfan los bolcheviques en Rusia la percepción de la Revolución mexicana tiene un viraje fundamental.

Las revoluciones en México y Rusia coincidieron en el tiempo, lo cual me permite hacer comparaciones. Al triunfar la Revolución de Octubre, Estados Unidos mostró su profundo desagrado con las democracias revolucionarias y participativas y con las transformaciones bruscas. Sus preferencias se orientaron hacia el cambio gradual y pacífico dentro de una democracia formal en la que el crecimiento económico se apoye en el respeto absoluto a la iniciativa y la propiedad privadas y a los contratos (sobre todo cuando han sido firmados por sus ciudadanos). Ante cualquier revolución, el referente principal ha sido el de los intereses y necesidades estadounidenses.

Empezó entonces una etapa de hostilidad que terminó a finales de los años veinte, cuando aceptaron a la Revolución mexicana y siguieron combatiendo a la soviética. La diversidad en el trato viene de las diferencias entre las dos transformaciones sociales. Los bolcheviques hicieron lo posible por eliminar la propiedad privada de los medios de producción, las diferencias de clase y la democracia liberal, e intentaron exportar su modelo al mundo entero. Eso los llevó a un choque frontal con Estados Unidos y otras potencias occidentales.

La hostilidad hacia México venía del nacionalismo económico del artículo 27 constitucional y de los principios de la política exterior plasmados en la Doctrina Carranza: igualdad jurídica entre las naciones, no intervención, autodeterminación y derecho a controlar los recursos naturales. En la forma y las razones por las que Londres y Washington terminaron rompiendo con la Revolución mexicana está la clave del entendimiento que regula la relación.⁴

Entre las causas del entendimiento destacaron la moderación y el pragmatismo del triunfador grupo de Sonora. A diferencia de los bolcheviques, sus políticas económicas nunca contemplaron la eliminación de la propiedad privada, ni les interesaba exportar su revolución. Tampoco querían construir la democracia, pero esto tenía sin cuidado a buena parte de la élite estadounidense que seguía convencida —como el embajador estadounidense James Sheffield— de que los mexicanos eran “indios latinos” a los que no entendían “ningún argumento, salvo la fuerza”.⁵

La Revolución mexicana venía cargada de un fuerte sentimiento nacionalista alimentado por los abusos cometidos por extranjeros y, en especial, por estadounidenses. Ese nacionalismo, que sirvió como un elemento cohesionador de los mexicanos, fue un sentimiento difuso expresado en enunciados generales como la Doctrina Carranza. Como argumenta Aldo Córdoba, su “objetivo era recuperar las riquezas del país en manos de los extranjeros, dar a México un modelo de desarrollo independiente del mundo, una imagen de la ‘verdadera’ sociedad mexicana”, representada por los “campesinos, los obreros, el hombre de trabajo”.⁶

Es decir, los revolucionarios no querían romper con las potencias de la época o con Estados Unidos, sino ser tratados con el respeto que creían merecer; eran nacionalistas y tenían ilusiones para México sí, pero también eran gobernantes pragmáticos, hombres de poder que comprendían que si querían consolidarse (y mantenerse) en el poder e instrumentar parte de su programa, debían tomar en cuenta las necesidades y las inquietudes de Wash-

ton y de las otras potencias. Para hacer la reforma agraria o recuperar al menos parte del control sobre los recursos naturales buscaban, necesitaban, el reconocimiento y estaban dispuestos a hacer algunas concesiones. En los Acuerdos de Bucareli (1923) el gobierno de Álvaro Obregón cedió en algunos puntos del artículo 27, en el pago de la deuda externa y en el espinoso tema de las reclamaciones de ciudadanos estadounidenses afectados por el conflicto. A cambio de ello, Washington reconoció diplomáticamente al gobierno revolucionario, lo que permitió a Obregón enfrentar la sucesión presidencial del año siguiente.⁷ Pero los Acuerdos de Bucareli no resolvieron las diferencias.

Hacia el entendimiento

Plutarco Elías Calles fue presidente de México entre 1924 y 1928. En los dos primeros años se montó en la veta radical de la Revolución, lo que provocó tensiones fuertes con Estados Unidos.

Para mediados de 1925 las relaciones entre México y Estados Unidos estaban tan deterioradas que el Departamento de Estado decía que "el gobierno de México [estaba] siendo juzgado ante el mundo" y el embajador Sheffield calificaba a Calles de "asesino, ladrón y violador de su palabra de honor".⁸ Su opinión de los otros revolucionarios no era mejor porque, de acuerdo con otro cable, lo único que distinguía a funcionarios y bandidos era la "diferencia que hay entre el éxito y el fracaso".⁹ Tanta hostilidad provenía de la preocupación que les causaba la inestabilidad, la nostalgia que sentían por el porfiriato y la irritación que les despertaba el nacionalismo económico expresado en las leyes agraria y petrolera. Mientras Washington rumiaba la posibilidad de intervenir militarmente, Inglaterra se movía en un sentido diverso.

En diciembre de 1925 Londres dio un paso importante en la normalización de las relaciones con México y nombró como ministro plenipotenciario a Esmond Ovey, quien mostró una actitud diferente hacia la Revolución y elaboró las bases conceptuales que llevaron al entendimiento entre México y Estados Unidos. En los despachos de Ovey a la Foreign Office empezó a reinterpretarse la Revolución. Para Ovey el porfiriato tuvo debilidades estructurales que hicieron inevitable la Revolución, que, por otro lado, estaba en proceso de consolidación bajo un liderazgo (el del grupo de Sonora) que no era tan radical como parecía. El embajador inglés recomendaba respeto y comprensión hacia los mexicanos que, sin te-

ner el refinamiento de los porfiristas, estaban dispuestos a llegar a acuerdos con las potencias. En síntesis, México debía ser readmitido en la comunidad internacional.¹⁰

Estas ideas empezaron a circular en Washington y se fortalecieron con la oposición de diversos sectores estadounidenses que no deseaban una guerra con México y proponían una revaluación de su importancia. Por la Revolución, Estados Unidos dedicó aproximadamente la mitad de sus fuerzas armadas a vigilar la frontera cuando se acercaba la primera guerra mundial.¹¹ La inestabilidad en México sacudió profundamente la conciencia de los estrategas estadounidenses, quienes desde entonces incorporaron esa estabilidad mexicana en sus consideraciones de seguridad. Es importante recordar que la historia acostumbró a Estados Unidos a márgenes de seguridad muy amplios, de ahí que reaccione con mucha inquietud ante cualquier riesgo.

Por todo ello, Washington modificó su postura y en 1927 Sheffield fue retirado y el presidente Calvin Coolidge envió a Dwight Morrow con instrucciones de "mantener a Estados Unidos fuera de una guerra con México". Coolidge definió la nueva política como la de "un compromiso firme con nuestros derechos y un respeto escrupuloso por la soberanía mexicana [...] acompañados de paciencia y tolerancia".¹² Las tesis de Ovey habían sido adoptadas por los estadounidenses y son un ejemplo del efecto que tienen los cambios en la percepción sobre políticas.

Un embajador simpático

La gestión de Dwight Morrow como embajador en México es fundamental en la historia de las relaciones entre los dos países y en la longevidad del autoritarismo mexicano.

La importancia que tendría este embajador se expresó desde que el tren que transportaba a Morrow entró a la ciudad de México el 23 de octubre de 1927. Una multitud entusiasta le dio una "bienvenida como nunca en la historia de México se había dado a diplomático alguno".¹³ En la cultura política mexicana, la calidez de las multitudes ha sido uno de los instrumentos utilizados por el gobierno para ganarse la buena voluntad de los mandatarios estadounidenses o de otras nacionalidades.

El nuevo embajador era un banquero que remplazó la confrontación por un pragmatismo sazornado de buenas relaciones personales y preparado con un método que utilizó con notable éxito en México: su primer

objetivo fue obtener la información más relevante antes de empezar a formular la política; el segundo, "intentar penetrar la mente de la persona con la que se va a negociar, ver los problemas como él los ve y entender lo que es importante para él"; y el tercero, buscar una solución que fuera del interés de ambos.¹⁴

A dos días de haber llegado, ya desayunaba en privado con Calles y empezaba a establecer líneas de comunicación directa con los principales funcionarios y a practicar la simpatía y las relaciones públicas. Pese a que Morrow nunca habló el español (a las señoras les decía "sonora", en medio de las sonrisas benévolas de los generales revolucionarios) se convirtió en un especialista sobre México. Para ganarse la buena voluntad de los mexicanos, tuvo la delicadeza de cambiar el nombre de "Embajada Americana" por el de "Embajada de los Estados Unidos", y logró que el héroe de héroes, Charles A. Lindbergh, volara sin escalas entre Washington y México en el "Espíritu de San Luis".

Morrow presentó aspectos menos simpáticos, como su indiferencia hacia la violación de los derechos de los mexicanos. A poco de llegar a México, en noviembre de 1927, el gobierno fusiló, sin pruebas ni juicio, al sacerdote jesuita Miguel Agustín Pro Juárez y a otras tres personas acusándolas de planear un atentado contra Álvaro Obregón. Pese a tratarse de una violación escandalosa de la legalidad, Morrow aceptó acompañar a Calles en un viaje por el norte del país haciendo a un lado las críticas, porque, según dijo, las ejecuciones eran un "asunto doméstico" y "si voy a obtener algo en México no puedo empezar por ofender" al general Calles.

Para Lorenzo Meyer los éxitos de Morrow fueron "espectaculares" y la forma en que se resolvió el diferendo sobre las compañías petroleras, se convirtió en un patrón que se había ensayado en los Acuerdos de Bucareli y que todavía se utiliza: Calles hizo concesiones muy importantes a las petroleras, con las que preservó la imagen nacionalista de su régimen. A sugerencia de Morrow, Calles propició que la "Suprema Corte mexicana declarara anticonstitucional la nacionalista ley petrolera que amenazaba a los inversionistas extranjeros, y la nueva legislación [aprobada por el Congreso] reflejaba los esfuerzos de Morrow y del secretario de Industria, Comercio y Trabajo".¹⁵ Este y otros acuerdos fueron posibles por el pragmatismo conservador del grupo gobernante.¹⁶

Ese arreglo simboliza un compromiso de apoyo mutuo entre las élites de los dos países que se mantuvo firme desde el primer día. Cuando Obregón fue asesinado en julio de 1928, Morrow hizo lo que pudo para

apoyar a Calles (por ejemplo, asistió al famoso Informe, en el que aseguró que había terminado el tiempo de caudillos y llegado el de instituciones, y fue el primero en aplaudir al presidente mexicano en un grito cargado de simbolismo). Cuando el general Gonzalo Escobar se rebeló en marzo de 1929, Estados Unidos aplicó rigurosamente el embargo de armas y congeló las cuentas de los rebeldes en Estados Unidos, canalizó pecunias y asesoría técnica al gobierno (Lindbergh fue uno de los asesores que envió algunos buques de guerra a costas mexicanas para mostrar quién eran los favoritos de Washington. Durante las elecciones presidenciales de noviembre, Morrow apoyó a Pascual Ortiz Rubio, quien utilizó los recursos oficiales y la violencia para derrotar a José Vasconcelos en el primero de los grandes fraudes electorales de la era posrevolucionaria.

Morrow dejó México en 1930. Al irse, el presidente Ortiz Rubio alabó y aseguró que las relaciones entre los dos países habían llegado al "cúspide de la cordialidad".¹⁷ En los años cincuenta otro de los presidentes de esa época, Emilio Portes Gil, escribió que la "política de la buena voluntad la inició un gran embajador, por cierto republicano, el señor Morrow. Por él se conjuraron graves conflictos que estuvieron a punto de llevar a una guerra a nuestros pueblos".¹⁸

Las piezas del entendimiento

El entendimiento entre Dwight Morrow y Plutarco Elías Calles estableció el marco que desde entonces ha regulado las relaciones, y los elementos de desarrollo a continuación.

Recapitulemos. En un diálogo informal y personal, discreto y confidencial, el embajador de Estados Unidos le sugiere al presidente mexicano una forma práctica para resolver las diferencias sobre un asunto vital para México: el petróleo. El presidente mexicano necesitaba el acuerdo de Washington y acepta la idea discretamente; ordena a la Suprema Corte que declare anticonstitucionales las leyes que justificaban la posición mexicana. En ese acto aparecen el vigor del presidencialismo y lo maleable del nacionalismo, el poco respeto a las leyes que hay en México y el creciente servadurismo del régimen callista.

Las petroleras estadounidenses preservaron sus privilegios y el gobierno mexicano se ganó el apoyo de Washington, que correspondió sirviendo la imagen nacionalista del régimen. El 28 de marzo de 1930 el Departamento de Estado emitió un comunicado en el que aseguraba

las "medidas tomadas *voluntariamente* por el gobierno mexicano parece que llevarán a una conclusión práctica las discusiones que empezaron hace diez años".¹⁹ Washington también respaldó al gobierno mexicano ignorando las violaciones a los derechos humanos y canalizando ayuda económica, militar y política al régimen cuando éste la necesitó. El control que tenía el gobierno de México sobre los medios le facilitó mantener la imagen nacionalista.

En resumen, fue un entendimiento entre políticos acostumbrados al poder, que se convirtió en un marco flexible que evolucionó y se adaptó a los nuevos tiempos porque otorgaba beneficios a las élites de los dos países. Sobre los motivos de Plutarco Elías Calles y los otros revolucionarios es difícil hacer afirmaciones definitivas. Es indudable que los márgenes de acción obtenidos por el entendimiento permitieron a sucesivos gobiernos mexicanos realizar diversos experimentos de crecimiento económico y política social y desarrollar una política exterior progresista e independiente. En ese sentido el entendimiento fue un buen arreglo, hecho inevitable por la asimetría en el poder. Habría ahí una dosis de auténtico nacionalismo, modulado, eso sí, por el deseo de preservar el poder y sus privilegios.

Si se aceptara la posibilidad de un pragmatismo bien intencionado también sería indudable que el gobierno de México manipuló tanto la relación con Estados Unidos como el nacionalismo para controlar a la población. Apareció entonces esa visión incompleta y distorsionada de la realidad que atribuía intenciones malévolas a Estados Unidos y un nacionalismo heroico al régimen que exigía la unidad y obediencia de los mexicanos. También se condenó todo acercamiento a Estados Unidos fuera de los canales oficiales, lo que impuso a los mexicanos un doble sello: ni salíamos al exterior a explicar lo que pasaba en México, ni la comunidad internacional se interesaba por asuntos mexicanos. Esta manipulación, que ignoraba los matices creados por la realidad, fue posible por la ignorancia sobre asuntos estadounidenses.

A la élite estadounidense también le resultó conveniente el entendimiento. Sus intereses económicos habían sido respetados, tenía garantizada la estabilidad en su flanco sur y, en casos de crisis, estaba convencida del respaldo mexicano.²⁰ Un arreglo de este tipo era necesario porque la vecindad limita sus posibilidades de acción (una intervención excesiva puede repercutir negativamente en su territorio). Que México estuviera aislado del mundo no desagradaba a Estados Unidos, quien no tenía interés en intimar con el vecino.

Entre 1927 y 1946 el entendimiento probó en la práctica su capacidad. La expropiación petrolera y la colaboración durante la segunda guerra mundial son los dos hechos más relevantes. En 1938 el general Lázaro Cárdenas se vio obligado a doblegar la arrogancia de las petroleras internacionales y nacionalizó el petróleo. Lo importante de esta acción fue la sensibilidad del embajador Josephus Daniels y de Washington, quienes influidos por el contexto internacional, dieron una gran prioridad a mantener la amistad con México dentro de los discretos preparativos que estaban realizando para enfrentar una posible guerra en Europa.

Esa flexibilidad fue posible porque aun cuando la expropiación petrolera fuera el punto culminante del nacionalismo mexicano, Lázaro Cárdenas tuvo un cuidado extremo de no ir más allá de los límites no escritos del interés estadounidense. Por ejemplo, nunca intentó nacionalizar la minería, que era el otro gran enclave extranjero, e hizo todo lo que estuvo a su alcance para demostrar cuánto le interesaba mantener vigente la Doctrina Morrow. La elección del moderado Manuel Ávila Camacho como candidato a sucederlo fue la mejor demostración de ese pragmatismo.

Durante la segunda guerra, México colaboró de diversas maneras: concentrando o vigilando a extranjeros potencialmente hostiles a los aliados; enviando trabajadores por medio de los convenios braceros; aumentando las exportaciones de materias primas; creando la Comisión México-Norteamericana de Defensa Conjunta, y declarando la guerra al Eje. Es decir, el gobierno de México le demostró a Washington que era un vecino confiable.²¹

En el medio siglo que ha transcurrido desde el final de la guerra, revisaré ese entendimiento de extraordinaria solidez que descansa en un compromiso de apoyo mutuo sustentado en intereses compartidos. No ha requerido de tratados formales ni de complicados protocolos, pero ha sido eficaz para resolver conflictos y diferencias de manera discreta. México y Estados Unidos tienen acuerdos formales en diferentes temas pero éstos se inspiran en ese entendimiento informal de 1927, en esa Doctrina Morrow nutrida por las ideas de un diplomático británico.

El entendimiento no se mantuvo inmutable sino que fue modificándose gradualmente. El aislamiento de México empezó a romperse por exigencias económicas y por el acercamiento entre partidos políticos, intelectuales y organismos no gubernamentales de ambos países. Por su parte, los gobiernos empezaron a tener tensiones porque Washington nunca estuvo totalmente satisfecho con el experimento mexicano. Washington siem-

pre deseó y esperó que su vecino abrazara el capitalismo, instaurara un régimen liberal y se convirtiera en su aliado estrecho en el sistema internacional. Tuvieron paciencia y en los años ochenta el deterioro económico mexicano le permitió a Washington forzar un cambio en el modelo económico. Lo que se transformó muy poco fue el sistema político, en parte porque la élite estadounidense, obsesionada por la estabilidad, decidió mantener su apoyo al Partido Revolucionario Institucional. En 1997 esta decisión parece estar cambiando.

Resulta natural que todas estas transformaciones desdibujaran los objetivos y la esencia del nacionalismo mexicano. De ser el mecanismo que permitía armar los consensos para que la unidad posibilitara la ampliación de los márgenes para el desarrollo y la diplomacia independiente, se convirtió en un escudo que aislaba y protegía las acciones del presidente y del grupo en el poder. Como veremos en los próximos diecisiete capítulos, al desdibujarse el régimen, el nacionalismo —y el papel de Estados Unidos en la historia nacional— entraría en una etapa de transición todavía no resuelta.

LOS ROSTROS DEL ENTENDIMIENTO ENTRE 1946 Y 1960



MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA FRÍA



De la euforia a la paranoia

Para apreciar la percepción que de México se tiene en Estados Unidos es indispensable recuperar una idea que circulaba obsesivamente en ese país después de la segunda guerra mundial. En 1954, un documento militar estadounidense aseguraba que se habían convertido en la “nación más poderosa del mundo [en lo] económico, militar y moral”.¹ El último atributo ha sido criticado por analistas de ideologías diversas, pero los dos primeros nadie los pone en duda.

Al terminar la guerra se inicia un periodo sin precedentes en la historia: por primera vez existe una potencia verdaderamente mundial. En 1945 Estados Unidos producía 40% de la riqueza del planeta, y tenía el monopolio atómico, mientras las potencias tradicionales estaban agotadas. Parecía que sólo hacía falta la voluntad para alcanzar el sueño de Woodrow Wilson —refrendado por Roosevelt en la Carta del Atlántico de 1941— de un orden internacional favorable a Estados Unidos que evitara otra gran depresión. Resulta natural que se popularizara la idea de que iniciaba el “siglo americano”.

Para que éste fuera posible, la mayoría de los países debían regirse por una economía capitalista y un sistema político liberal, y los conflictos internacionales debían resolverse o regularse por la recién creada Organización de las Naciones Unidas. También se consideraba que Estados Unidos tenía que participar en asuntos internacionales para evitar que una potencia hostil dominara Europa, porque un mundo cerrado alteraría —en perjuicio de Estados Unidos— el equilibrio del poder mundial.

Estados Unidos pasó de la euforia a la preocupación y la angustia a medida que se deterioraba su relación con la URSS. El tránsito fue rápido. Todavía en julio de 1945 la URSS era tratada con simpatía por *Life*, y al poco tiempo ya se había convertido en la principal amenaza para Estados Unidos y para los valores que sustentaban su visión del mundo. El cambio de actitud vino por el

deterioro de la situación en Europa central, donde tomaron el poder comunistas aliados con la URSS; por la guerra civil en Grecia; por las tensiones en Turquía e Irán; y por la posibilidad de que los partidos comunistas de Francia e Italia llegaran al poder. Fue igualmente determinante que la URSS efectuara su primera prueba nuclear en agosto de 1949 y que poco después, en octubre, los comunistas chinos ocuparan Pekín.

Los documentos que capturan esa muda de ánimo fueron los informes del consejero presidencial Averall Harriman, los telegramas enviados desde Moscú por el entonces joven diplomático George Kennan, y el artículo que este último firmó como "Mr. X" en la revista de política exterior del establishment, *Foreign Affairs*. La tesis de estos documentos era que Rusia siempre había sido expansionista, y que la Unión Soviética continuaba esta tradición exportando su ideología y sistema dictatorial a Europa del Este y a otras partes del mundo. Ello amenazaba la seguridad estadounidense dependiente de un mundo favorable a las instituciones liberales y a la economía capitalista. La solución, según Kennan, estaba en la "contención" de la URSS y el comunismo; y a eso se dedicaron durante los siguientes cuarenta años.²

La contención fue el lente a través del cual Estados Unidos vio las relaciones internacionales durante varias décadas. El mundo se dividió entre buenos y malos, quienes libraban una guerra sin cuartel, fronteras o límites. Para instrumentar esta contención y manejar su influencia y poder en distintas partes del mundo, se ajustaron viejas y nuevas instituciones que determinaron la forma en que se organizaron las relaciones internacionales en la segunda mitad del siglo XX. De entonces vienen, entre otras, la CIA y la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la Organización de Estados Americanos, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Sabemos lo que pensaban porque consignaron en documentos ahora conocidos las ideas que orientaban su acción. En abril de 1950 los secretarios de Estado y Defensa prepararon un informe para el Consejo de Seguridad Nacional, el NSC-68, que desarrolló la lógica maniquea de la contención: la amenaza era global y total, y las naciones del mundo debían elegir entre la libertad o la esclavitud, esta última representada por la URSS, que según el NSC-68 quería "retener y consolidar su poder absoluto. Primero en la Unión Soviética y después en las áreas actualmente bajo su control y en otros países fuera de su órbita". El principal obstáculo a los designios soviéticos era Estados Unidos, quien debía responder en todos los frentes y de todas las maneras posibles a la amenaza.³

Estos acontecimientos se presentaban como en una película; los malos y los buenos enfrentados en una lucha mortal que sólo podía terminar con la muerte de uno de los adversarios. Como un objetivo general, los comunistas querían destruir el capitalismo, pero después de la guerra Stalin no deseaba enfrentar a Estados Unidos, de quien esperaba lo peor. Soviéticos y estadounidenses amplificaron la magnitud de la amenaza y fomentaron un ambiente paranoico en el que los análisis mezclaron verdades y mitos sin fundamento.

Los resultados fueron la ansiedad, el temor y el odio, y las campañas políticas se transformaron en competencias para ver quién presentaba más apocalípticamente el "problema" soviético y comunista.⁴ Joseph McCarthy hizo una meteórica e impactante carrera para denunciar una conspiración monstruosa que se había infiltrado en las instituciones estadounidenses. El razonamiento del senador por Wisconsin partía de que si Estados Unidos era tan excepcional y poderoso, los avances comunistas se debían a la traición de intelectuales y funcionarios estadounidenses. El deber de un patriota era identificarlos y expulsarlos de sus lugares de trabajo.

Las propuestas de McCarthy afectaron profundamente a los productores y transmisores de ideas y las campañas para neutralizarlos, la "cacería de brujas", tuvo resultados devastadores en la producción del conocimiento, y de paso lastimó derechos civiles fundamentales. La tolerancia se redujo y la ideología conservadora se impuso a la liberal, y cargó la visión del mundo hacia la derecha.⁵

El auge que alcanzó el conservadurismo en la visión del mundo fue posible porque la sociedad aceptó la lectura de la realidad que hacían sus gobernantes. Los estadounidenses se encontraban convencidos de que estaba en riesgo la seguridad de la nación, y las relaciones con el exterior se dejaron al establishment, que las manejó a su antojo sabiendo que pocos grupos pondrían en duda sus decisiones.

El periodismo durante la guerra fría

El periodismo norteamericano compartió el esquematismo de la época por convencimiento o por miedo a la coerción conservadora. Fue una etapa de intensa "colaboración entre prensa y gobierno, que llevó a aquélla a no cumplir con su responsabilidad social de vigilar a éste". Los medios de información evitaron "todo examen serio [...] de los supuestos básicos que sustentaban la política exterior".⁶ La prioridad era contener a los comunistas, y a ello subordinaron las garantías individuales y la objetividad. Cuando Allen Dulles fue nombrado director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en

1953, "una de sus primeras medidas fue explorar las posibilidades de estrechar las relaciones de trabajo con la prensa [...] para obtener información y diseminar propaganda". Quería que los periodistas "al igual que los demás ciudadanos, colaboraran con el gobierno y demostraran su patriotismo".⁷ Y la prensa participó porque en esa etapa puso en primer lugar el llamado de su gobierno olvidando su responsabilidad social.

La conspiración norteamericana para derrocar al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz ejemplifica las obsesiones y el acuerdo entre prensa y gobierno. Salvo contadas excepciones, los medios de información de Estados Unidos respaldaron la campaña contra el régimen guatemalteco, porque creyeron en el argumento oficial de que se trataba de un régimen comunista que amenazaba la seguridad de Estados Unidos.⁸ El *NYT* no fue la excepción; sus editores cedieron a una petición del Departamento de Estado y retiraron al corresponsal Sidney Gruson, quien llevaba el seguimiento de Guatemala en un momento crucial de la campaña orquestada por la CIA.⁹ En suma, los medios contribuyeron al derrocamiento de un gobierno legítimo y a la instauración de un régimen militar que se convertiría en uno de los principales violadores de los derechos humanos en América Latina.¹⁰

Pese a la solidez del consenso en política exterior, sí hubo diferencias en el tratamiento concedido a temas internos en medios de información conservadores y liberales. Los primeros estaban convencidos del dogma anticomunista y de la necesidad de combatir a los enemigos sin contemplaciones. Ello se comprueba en el *Time-Life* de Henry R. Luce, o en el *Chicago Tribune*, que auspició la cruzada del senador McCarthy contra la infiltración comunista en Estados Unidos al publicar una serie de artículos Willard Edwards en 1950. *Los Angeles Times* también adoptó un conservadurismo muy marcado y criticó toda "influencia extranjera" y al "socialismo, los sindicatos y el comunismo, así como a la vivienda popular auspiciada por el Estado".¹¹

La prensa liberal se diferenció de la conservadora en que, si bien apoyó al gobierno en sus esfuerzos por construir "una fortaleza en Europa occidental contra la Unión Soviética y el comunismo", preservó las actitudes liberales en temas internos.¹² El *Times* defendió como pudo el derecho de los estadounidenses a pensar de manera diferente, y protestó por "la violación a las libertades civiles que el periódico había defendido de manera explícita durante años en su página editorial".¹³ Aun así, la comunidad del *NYT* —cuenta uno de sus cronistas— vivió "tiempos extraños, inquietantes y de vergüenza; tiempos de suspicacias y conflictos".¹⁴ Estas ideas, ese ambiente, van a colorear la forma en que Estados Unidos vio a México durante la guerra fría.

México en la lógica estadounidense

Durante todo el siglo, los objetivos de Estados Unidos en México han sido los mismos: estabilidad, progreso y amistad. Lo que se ha modificado de acuerdo con las circunstancias, han sido los niveles de atención y la forma como han entendido a México. Durante la guerra fría el tratamiento que recibió fue de una cordial indiferencia.

México es poco mencionado en los documentos fundamentales de la política de seguridad hacia América Latina.¹⁵ El Plan de Defensa Continental de Estados Unidos de 1949 —uno de los documentos militares más importantes— tiene cincuenta cuartillas a renglón cerrado. En él, México, el vecino autoritario, estatista y nacionalista, sólo merece siete líneas.¹⁶ En los artículos sobre México que se publicaron en todas las revistas militares de Estados Unidos durante la guerra fría aparecieron menos de veinte artículos, y todos dedicados a asuntos históricos. Para los militares estadounidenses el interés por México estaba en recuperar historias o anécdotas de la “guerra mexicana” de 1846-1848. Del México contemporáneo sólo les interesaban las condiciones de vida en Guadalajara, ciudad que habían bautizado como “paraíso” para militares estadounidenses retirados.¹⁷

La indiferencia también se manifiesta en la producción académica sobre México, que fue escasa, dispersa, sin continuidad y de pobre calidad. Los dos libros más importantes de fines de los años cincuenta (Tucker, 1957 y Scott, 1959) tenían planteamientos teóricos bastante defectuosos, si bien —como asegura Roderic Camp— sirvieron para que se diera la transición de una “bibliografía esencialmente descriptiva a interpretaciones analíticas más sólidas de las funciones políticas y sus consecuencias”.¹⁸ Los libros de viajeros fueron escasos y los publicados seguían anclados en el anecdotario que alimentaba la imagen de un México enigmático y profundamente diferente, que les despertaba sentimientos encontrados de amor y odio.¹⁹

Para el *NYT* México tampoco fue asunto prioritario, aunque la indiferencia no significaba falta de interés, porque dicha publicación siempre mantuvo aquí un corresponsal. Lo que publicaban era de tamaño reducido y es notable la ausencia de artículos de opinión o grandes reportajes. En los cuarenta y un años analizados, el *NYT* publicó 3,080 notas pequeñas (menos de diez centímetros de una columna) y entre 1946 y 1959 salieron 1,433 de ellas, es decir, 44%. Igualmente significativo es que en esos catorce años sólo aparecieron seis artículos de opinión de un total de 114 (véase

gráfica 7). La atención creció por el petróleo (1946 y 1947 y de 1951 a 1954), por la situación en Guatemala y por la guerra de Corea.

La indiferencia era consecuencia de su tranquilidad. En México había estabilidad y el régimen controlaba todos los hilos del poder, mientras que la oposición era débil. El autoritarismo, el estatismo y la independencia en política exterior no afectaban sus intereses. México tenía crecimiento económico y era estable; con eso les bastaba.²⁰ Además de ello, estaban convencidos de que, en caso de necesidad, contarían con el respaldo del régimen. Esa certeza aparece, por ejemplo, en el Plan Continental de Defensa. De las siete líneas dedicadas a México, dos de ellas reiteran una tesis fundamental: "en caso de guerra [...] o de cualquier otra situación crítica] México será un aliado de Estados Unidos".²¹

Esta idea fundamental también aparece en otros documentos representativos de la lógica estadounidense. Para John Foster Dulles (secretario de Estado durante el gobierno de Eisenhower) "no hay lugar a duda: de surgir una crisis, México estará de nuestro lado".²² El embajador Frances White aseguró en 1955 que "si los comunistas forzaran un enfrentamiento con nosotros, México estaría definitivamente de nuestro lado".²³ Finalmente, el *NYT* decía satisfecho en un editorial que "sabemos que cuando surja una crisis estaremos lado a lado".²⁴ En síntesis, la élite de Estados Unidos aceptaba a México como era, porque puestos todos los elementos en la balanza, el resultado, de acuerdo con la CIA, era favorable a sus intereses.²⁵

Aunque tranquilo, Estados Unidos tenía —siempre ha tenido— peticiones concretas que hacerle a México. En un memorándum militar de 1955 aparecen sus reivindicaciones del momento; entre otras, convencer al gobierno mexicano de quitar a los comunistas de las altas posiciones que tenían en el gobierno; proteger los intereses estratégicos estadounidenses, de ser posible con inversiones en el campo petrolero; persuadir al gobierno mexicano de abandonar la tendencia hacia la nacionalización de la industria y el socialismo de Estado, y establecer una estrecha relación de colaboración entre los dos gobiernos. De acuerdo con otro documento, preferían convencer a México porque de acuerdo con su razonamiento "obtendríamos nuestros objetivos más rápidamente si el gobierno y el pueblo reconocieran que los intereses nacionales de México están mejor servidos por una estrecha colaboración militar, económica, política, científica y cultural con Estados Unidos".²⁶

Estas ideas fueron la matriz sobre la que construyeron las explicaciones respecto a México y con las que elaboraron las justificaciones a su política. Como veremos a continuación, a estas explicaciones también contribuyeron los mexicanos.

LAS CUMBRES PRESIDENCIALES



Con las cumbres presidenciales se abre la discusión, porque los encuentros entre los presidentes de México y Estados Unidos se iniciaron en la segunda guerra mundial, y porque la principal pieza del sistema político mexicano es el presidente. Analizar estos eventos permitirá ver el estado de la relación a través de la óptica estadounidense, apreciar personalidades y estilos de los diversos mandatarios y detectar características de los respectivos sistemas políticos.

Un presidente simpático

Los estadounidenses entienden perfectamente el papel tan importante del presidente mexicano (Robert Scott lo calificó de "patrono de todo el sistema político").¹ Por lo tanto, dedican considerable tiempo a detectar la orientación ideológica, la personalidad y las intenciones hacia Estados Unidos de cada presidente mexicano. Cuando se observan algunos de los perfiles biográficos y psicológicos que hacen los servicios de inteligencia sobre los presidentes mexicanos resulta evidente lo bien informado que está Washington.

Durante los seis años que fue presidente, Miguel Alemán recibió 166 aprobaciones y una sola crítica en el *NYT*. Eso lo convierte en el presidente mexicano que más elogios recibió en Estados Unidos; es probable que Carlos Salinas lo supere, pero no sometí su periodo a un análisis de contenido tan riguroso. Es obvio que entre Alemán y Salinas hay varios paralelismos. Ambos fueron aplaudidos por la orientación de sus políticas, pero también influyó su capacidad para descifrar los códigos de la cultura política estadounidense. Si hiciéramos un concurso para saber quién fue más astuto en su manejo de imagen ante Estados Unidos, Alemán lo ganaría, porque su éxito venía, sobre todo, de la intuición. Algunas fuentes ase-

guran que Alemán hablaba inglés (en privado, nunca en discursos públicos), pero no hizo estudios de posgrado en Estados Unidos como Salinas.

Miguel Alemán quería la amistad de la élite estadounidense y, para lograrla, cuando era candidato visitó la embajada para dar garantías sobre su orientación ideológica.² Además de los acercamientos privados, alimentó públicamente (lo que era poco común para un político mexicano) el formidable ego estadounidense. Sólo un presidente en control de la situación podía permitirse declaraciones como las que reproduciré a continuación. En una entrevista otorgada como candidato al *NYT*, aseguró que la historia mexicana hubiera sido más fácil si nuestro "primer presidente hubiera sido un estadista del calibre de George Washington". En otras palabras, México sería un mejor país si fuera como ellos. Para apreciar la eficacia de este halago hay que recordar que, en el ambiente de la guerra fría, Estados Unidos competía ferozmente con la URSS para ver cuál de los dos era el mejor modelo para la humanidad.

A diferencia de la cultura política estadounidense, en México no es común que los políticos hablen de sus vidas personales. En la misma entrevista, Alemán se olvidó de la tradición y le narró a Anita Brenner parte de su accidentada biografía (padre revolucionario fusilado, infancia llena de carencias). Con eso, y con la simpatía personal que, como a Salinas, todos le reconocen, cautivó a la periodista, quien le dedicó uno de sus mejores elogios al decir que "el ascenso de Miguel Alemán es una historia típicamente estadounidense: de voceador a presidente, al estilo mexicano". Alemán fue presentado como ejemplo del "sueño americano" y adornado con un rosario de adjetivos: honesto, pragmático, centrista, encantador, elegante, amigo de los estadounidenses e impulsor de políticas adecuadas.³ Más adelante discutiré cómo ignoraron los aspectos que contradecían la imagen que habían decidido darle.

Una característica típicamente estadounidense es la de reducir las historias de sociedades a biografías individuales. Alemán fue clasificado como el presidente joven que iba a reformar a México y a transformarlo en un país moderno; es decir, próspero, democrático y amigo de Estados Unidos. Con ese diagnóstico entregaron su confianza al mexicano, a quien ayudaron a reorientar la vida de México. En el afianzamiento de estas percepciones revistieron una gran importancia los encuentros entre Alemán y Truman (similar a la amistad que desarrollaron Carlos Salinas y George Bush a partir de noviembre de 1988).

Dos viajes históricos

En los primeros meses de 1947, Miguel Alemán sostuvo dos cumbres presidenciales que no han sido valoradas suficientemente pese a su trascendencia.

Harry S. Truman viajó a México, en donde lo esperaba un Miguel Alemán decidido a capturar la buena voluntad estadounidense (que por otro lado le era indispensable para llevar a cabo el proyecto industrializador). Siguiendo la misma pauta iniciada con el embajador Dwight Morrow en 1927, el gobierno mexicano le organizó una multitudinaria y entusiasta recepción (las multitudes son un termómetro del estado de ánimo y de las intenciones del gobierno mexicano) en donde recibió un baño de retórica veracruzana. Alemán lo llamó públicamente "nuevo campeón de la solidaridad y el entendimiento entre las repúblicas americanas [...] noble líder por la causa de la unidad, de la independencia y de la justicia [...] el estadista más grande de Estados Unidos".⁴ Tantos calificativos mostraron un ángulo del nacionalismo oficial mexicano muy interesante (y que todavía se mantiene): es políticamente correcto elogiar a un mandatario estadounidense, pero no a su país o sus instituciones. Se alaba al individuo, pero no al sistema del que forma parte.

Truman demostró que en Estados Unidos no se quedan atrás en el tejido de verbos y adjetivos. Aseguró que nunca en su vida "había tenido una bienvenida" igual, y que si el sistema interamericano fuera como las relaciones México-Estados Unidos, el hemisferio sería "el lugar más feliz del mundo". Sobre Alemán dijo que era "un caballero [...] y un amigo de Estados Unidos, del cual estaba muy orgulloso".⁵ Hasta donde he podido establecer fue a partir de ese primer encuentro que algunos sectores de la élite estadounidense calificaron a Alemán como "Mister Amigo".

A fines de abril y principios de mayo de ese mismo año, Alemán hizo un viaje de nueve días a Estados Unidos donde tuvo una recepción extraordinaria, sin paralelo en la historia de las relaciones entre los dos países. Washington es una ciudad que difícilmente se entusiasma con los poderosos del mundo y sorprende que, según las conservadoras estimaciones del NYT, entre 600 mil y 800 mil personas salieran a recibir al presidente mexicano. Truman llegó a extremos sin precedentes para su cultura: declaró un día de asueto para la burocracia federal y sacó a los niños de las escuelas con el fin de engordar las multitudes, en una versión sajona de nuestro vernáculo acarreo.⁶ Alemán fue muy bien tratado. El Congreso le

abrió sus puertas y fue el primer presidente mexicano (y latinoamericano) en pronunciar un discurso ante el pleno de representantes y senadores. Para el NYT, todo ello era una demostración de "la cálida amistad con que el pueblo estadounidense veía a Alemán y a su pueblo".⁷

En Nueva York la recepción fue todavía más espectacular. De acuerdo con el NYT, Alemán fue aclamado por un millón de personas, pero otras fuentes, como *The New York Mirror*, pusieron la cifra en dos millones, y en México *Excelsior* la subió a dos millones y medio.⁸ Para llegar a esos niveles de asistencia las autoridades neoyorquinas también sacaron a los niños de las escuelas y Alemán fue cubierto de honores y distinciones, lo que reforzaría una estrecha amistad entre el presidente mexicano y el alcalde de Nueva York, William O'Dwyer, que evolucionaría por caminos harto interesantes.

Durante su estancia en Estados Unidos, Alemán lanzó señales muy claras de que, para él, los dos vecinos eran aliados y que México estaba dispuesto a respaldar a Washington. Su instrumento fue un discurso político que embonaba con la ideología conservadora que controlaba la visión del mundo dominante en Estados Unidos. Alemán declaró que México y Estados Unidos tenían "instituciones similares y un amor común por la libertad", y que marchaban por el camino de la democracia. También reiteró en varias ocasiones su "absoluta fe en la democracia".⁹ Y para no dejar dudas de que la versión de democracia a la que se refería era la misma de Estados Unidos, Alemán dijo que cuando "el Estado limita la libertad individual para imponer su voluntad o la de un partido político, la civilización se debilita".¹⁰

Por esos años, una de las prioridades de Washington era reorientar "política y militarmente a América Latina hacia una colaboración regional para la defensa hemisférica".¹¹ Alemán tocó el tema en repetidas ocasiones. En su discurso ante el Congreso aseguró que si "la democracia no está respaldada por la fuerza, alimenta el apetito de los dictadores". Frente a otro público insistió en "la interdependencia de las naciones americanas" y advirtió que la "debilidad de una de ellas podría amenazar la seguridad de todas y la del mundo". En la academia militar de West Point fue todavía más claro: "ustedes —dijo a los cadetes— pertenecen a la generación en cuyas manos el destino ha puesto la necesidad imperiosa de reforzar la seguridad colectiva". Luego agregó que México contribuía al esfuerzo común enviando trabajadores a Estados Unidos, y dando una cálida recepción a inversionistas extranjeros.¹²

La reacción estadounidense fue entusiasta y la prensa se llenó de comentarios que celebraban al mexicano y a la relación los dos países. En la

cobertura que hizo el *NYT* de los dos encuentros presidenciales aparecen 52 menciones positivas, 12 informativas y una sola negativa (véanse gráficas 54 y 55). De todas las entrevistas presidenciales, éstas fueron las mejor comentadas y tratadas.

Algunos significados de los encuentros entre presidentes

En los encuentros presidenciales se puede detectar el estado de la relación y de las tendencias que la van moldeando.

En 1947 había disposición de los mandatarios a apoyarse mutuamente. Durante la visita de Alemán, Washington informó de un préstamo por cien millones de dólares para financiar la construcción de carreteras que comunicarían a los dos países.¹³ Se inició así una costumbre que todavía se mantiene: con una que otra excepción, cada encuentro presidencial incluye el anuncio del otorgamiento de algún préstamo a México. Lo que en 1947 fue motivo de alegría y celebración iría transformándose en inquietud y en pesadilla a medida que crecía, incontrolable, el monto de la deuda externa. Ese endeudamiento muestra la esquizofrenia de la política exterior de México: a pesar de los intentos por adoptar un modelo de desarrollo autónomo, la relación económica con Estados Unidos sentó las bases de la gradual integración de las dos economías.

Vistos a la distancia, esos encuentros son otro indicador de la asimetría en el poder de los dos países. En sus memorias Miguel Alemán Valdés dedica un capítulo de nueve páginas a explayarse sobre el significado que tuvo ese viaje.¹⁴ Truman, por el contrario, concedió una escasa importancia a sus encuentros con Alemán. Pese a los emotivos discursos que se pronunciaron y a los millones de personas que salieron a la calle, en sus memorias Truman jamás menciona a Miguel Alemán, y a su viaje a México le dedica una fría frase.¹⁵ La actitud de Truman no es excepcional: salvo Jimmy Carter, que se extendió por el disgusto que tenía contra José López Portillo, todos los demás presidentes de Estados Unidos dedican poco espacio a nuestro país.

En esa cumbre también aparecieron rincones poco frecuentados de la relación. El alcalde de Nueva York, William O'Dwyer, que se había hecho amigo de Miguel Alemán, fue nombrado embajador ante México en agosto de 1950. Desafortunadamente (para O'Dwyer) el cargo le llegó en medio del escándalo, porque coincidió con el establecimiento de un comité especial creado por el Senado para investigar el "Crimen Organizado en el Comercio In-

terestatal". Este comité concluyó que el "problema del crimen organizado podía resumirse en las vidas paralelas" del gangster Frank Costello y del embajador en México William O'Dwyer. Costello cometía los delitos y O'Dwyer lo protegía. Este último contribuía "directa o indirectamente, al crecimiento del crimen organizado".¹⁶ Desde entonces, en todos los estudios sobre el crimen organizado en Estados Unidos, O'Dwyer aparece mencionado.¹⁷ O'Dwyer renunció al cargo en 1952, justo al terminar el sexenio de Miguel Alemán, pero se quedó a vivir en México, donde instaló un próspero bufete. Este recoveco de la relación muestra rincones oscuros que merecen una incursión más sistemática. Uno de ellos sería buscar si existe algún patrón en la costumbre de algunos diplomáticos de quedarse a hacer negocios en México; otro sería la forma en que se fueron creando redes delictivas binacionales. Es inevitable preguntarse si durante su estancia en México, O'Dwyer estableció relaciones con el coronel Antonio Serrano, fundador de la temida Dirección Federal de Seguridad, creada por Miguel Alemán. De acuerdo con la CIA, Serrano "abusaba del considerable poder que tenía porque toleraba, y hasta realizaba, actividades ilegales como el tráfico de narcóticos".¹⁸ En virtud de los nexos de O'Dwyer con la mafia, ¿estamos ante el posible origen de alguna red binacional que promovería el tráfico de drogas entre México y Estados Unidos?

El entusiasmo de políticos y comunicadores mexicanos

La cobertura que dio la prensa mexicana muestra la falta de distancia que había entre medios y gobierno en esa época.

Los medios de comunicación mexicanos entraron en una competencia para ver cuál de ellos elogiaba más a Miguel Alemán. A continuación reproduzco el pie de una fotografía aparecida en la primera plana de *Excelsior* del primero de mayo de 1947, de la que he respetado la sintaxis y ortografía:

ALEMÁN, TRUMAN [...] ¡que optimista sonrisa en ambos rostros! Sonrisa que es augurio de una amistad noble, bien cimentada y sincera, entre dos pueblos que se comprenden y se aman, como que ven más ancho y más luminoso el camino de su progresista provenir que, sustentado en la Democracia, seguirá un curso seguro y magnífico. Porque el destino geográfico quiso que la vida de ambas naciones estuviera por siempre estrechamente relacionada.¹⁹

Al día siguiente, *El Nacional* informó sobre el discurso de Alemán en el Congreso con el siguiente encabezado: *Sensacional discurso [...] fue ruidosamente aclamado*. La entrada a esa nota podría formar parte de una antología de la retórica política del México posrevolucionario: "el ideario del pueblo mexicano" fue "desentrañado y expuesto con diáfana franqueza por el presidente, licenciado Miguel Alemán, ante el Congreso. De esa gallarda exposición desglosamos (algunos) conceptos esenciales [...]"²⁰

Los enviados especiales que acompañaron al presidente no evadieron competir en el exceso. En una nota de primera plana el legendario periodista Luis Spota aseguraba que "uno de los grandes días de la vida de Alemán" fue cuando "habló ante el Congreso de los Estados Unidos y cosechó la más estruendosa ovación jamás oída en la sala cuadrangular de las grandes decisiones". Para el no menos famoso Carlos Denegri, "horas después de la solemne sesión en el Congreso, el presidente de México resistía brillantemente [...] la prueba más dura de su vida: la de enfrentarse, sin otra ayuda que la de su propia inspiración, a la representación mundial de la prensa que lo bombardeó a preguntas y fogonazos camariles".²¹

La recepción para Alemán en México fue gigantesca; su magnitud se aproximó a la de las grandes fiestas patrias. El periodista de *Excelsior*, Luis Ochoa, confió a sus lectores que:

personas enteradas de nuestros fastos, no pudieron resistir la tentación de establecer comparaciones. Y juzgaron que ni el recibimiento que la metrópoli tributó a Francisco I. Madero, al triunfo de la Revolución de 1910, es comparable a la acogida que se otorgó al presidente Alemán, a su regreso de su fecundo viaje a los Estados Unidos.²²

Como el avión de Truman en que viajó Alemán ("La Vaca Sagrada") aterrizó entrada la noche, las autoridades suspendieron las labores de la capital al día siguiente para que los centenares de miles que asistieron a la recepción de Alemán "pudieran descansar".

La cobertura del viaje incluyó la publicación de los discursos íntegros del presidente, y abundantes notas que cubrían hasta los aspectos más triviales con una actitud de cursilería cortesana. Es indudable que el recibimiento otorgado a Alemán en Estados Unidos fue tan excepcional que nunca se repetiría y que merecía resaltarse, pero el exceso muestra la falta de autonomía de los medios.

Fue notable la carencia de análisis mínimamente sensatos sobre el significado de los encuentros para las relaciones entre los dos países o para la sociedad mexicana. Nadie reflexionó sobre la evidente superficialidad del nacionalismo: bastó una recepción amistosa a Miguel Alemán para que se diluyera cualquier desconfianza ante la potencia. Hechos como éste confirmaron la conveniencia de revisar con cuidado el mito sobre el nacionalismo mexicano.

El estilo contrastante de Ruiz Cortines

La discreción y medida que caracterizó el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines se expresó en sus dos encuentros con Eisenhower (las cumbres de Alemán tuvieron 64 menciones en el *NYT* y las de Ruiz Cortines 26 —véanse gráficas 54 a 57).

En octubre de 1953 los dos presidentes se reunieron por primera vez para inaugurar una presa en la frontera común. Eisenhower habló de cuán agradable era tener vecinos como México y aprovechó la ocasión para rechazar "el totalitarismo, esa atractiva promesa con una práctica siniestra". Ruiz Cortines le respondió: "la fortísima aversión mexicana a cualquier injusticia" y "la intensa devoción de los mexicanos a la causa de la paz y, sobre todo, [...] su gran amor por la libertad". Defendió asimismo el principio de la autodeterminación y el derecho de los pueblos a elegir un gobierno y un sistema económico a su gusto.²³

Los comentarios del mexicano fortalecían la imagen de independencia de la política exterior, lo que no deja de tener significado porque unos meses antes Eisenhower había aprobado el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala. Si ésa fue la intención del discurso de Ruiz Cortines, Eisenhower no parece haberse preocupado demasiado, porque en sus memorias sólo mencionó que en la reunión surgió una "amistad gratificante con el presidente mexicano que permitió crear una línea de comunicación efectiva" para resolver los problemas que se avecinaban.²⁴

La segunda reunión se llevó a cabo en 1956 en un balneario de Virginia occidental. Promovida por Eisenhower, contó con la presencia del primer ministro de Canadá, Louis St. Laurent, y fue el primer encuentro entre los jefes de Estado de los tres países de América del Norte. Un documento confidencial revela que Ruiz Cortines habló sobre la migración de trabajadores (un tema con el que se había enfrentado a Washington), las exportaciones de algodón y el problema de las pesquerías. Eisenhower, por

su parte, estaba más interesado en la subversión soviética y en que las aerolíneas norteamericanas obtuvieran derechos de aterrizaje en México.²⁵ El *NYT* reprodujo una declaración del mandatario mexicano donde afirmaba que "la seguridad continental no se había discutido".²⁶ Las minutas de lo tratado en esa reunión confirman la declaración de Ruiz Cortines.²⁷

En síntesis, Alemán y Ruiz Cortines enviaron a los estadounidenses un mensaje similar, aunque en tonos diferentes: México estaba dispuesto a mantener la relación dentro del marco del entendimiento al que habían llegado en los años veinte. En otras palabras, los presidentes mexicanos mantenían una relación muy funcional y práctica con los estadounidenses como forma de garantizarse los márgenes que necesitaban para impulsar la economía mixta, la diplomacia independiente y mantenerse en el poder. Para la potencia esto significaba que si México no suscribía acuerdos militares, abría las puertas de su industria petrolera a la inversión extranjera o se pronunciaba abiertamente contra Arbenz, no era por falta de voluntad del presidente sino porque éste tenía que apaciguar a los nacionalistas y los comunistas.²⁸ En un editorial del *NYT* se aseguró en 1958 que los problemas de la relación eran menores porque ya habían muerto "los viejos odios, salvo para unos cuantos miles de comunistas profesionales".²⁹ Como veremos a continuación, la lectura optimista de la realidad mexicana y de la relación se alimentaba de lo que acontecía en otros aspectos de ésta.

LAS DIVERSAS CARAS DE LA RELACIÓN



La relación entre México y Estados Unidos es un agregado de diversas relaciones conectadas entre sí pero relativamente autónomas. Durante la guerra fría el gobierno de México se sometió en algunos asuntos a los dictados de Washington, pero en otros logró márgenes de autonomía e independencia notables. Con este enfoque revisaré algunas caras de la relación y empezaré a establecer los nexos que ello tiene con el sistema político.

La política exterior mexicana es como la de cualquier gobierno: la mayoría de las veces responde a los intereses del país o del grupo gobernante, y los principios aparecen ocasionalmente y en temas poco relevantes. El objetivo generalmente ha sido ampliar lo más posible los márgenes de autonomía frente a una potencia acostumbrada a salirse con la suya. En algunos casos lo logró, en otros fracasó. Independientemente de los resultados, una constante fue el discurso que exaltaba el mito de la independencia y de la soberanía. Con estas ideas el grupo gobernante lograba apaciguar a la izquierda nacionalista y a los sectores progresistas internacionales.

Este capítulo revisa cuatro casos de la relación: el derrocamiento de Jacobo Arbenz, en 1954; el rechazo a la inversión extranjera en la industria petrolera; la negativa a formar una alianza militar con Estados Unidos, y la migración mexicana. La diversidad de los asuntos permite exhibir el caleidoscopio de una relación montada sobre un entendimiento básico entre las dos élites gobernantes.

¿Una diplomacia independiente?

¿Impone Estados Unidos límites a la política exterior mexicana? La respuesta del México posrevolucionario era negativa. Según el mito, la política exterior es de principios y se rige por la autodeterminación, la no intervención y la resolución pacífica de conflictos.

Washington ignoraba esas venerables tesis de la diplomacia independiente mexicana. Un documento militar de 1946 explica el porqué:

la política exterior mexicana siempre ha mostrado que entiende con claridad que su posición sería débil hasta el punto de la indefensión si Estados Unidos en algún momento se decidiera a utilizar la fuerza militar o a ejercer una intensa presión económica o política durante un periodo largo. Dentro de los límites impuestos por este entendimiento, México busca consolidarse como poder independiente en asuntos internacionales. En consecuencia, podemos esperar que en asuntos de *importancia secundaria* México esté frecuentemente en desacuerdo con Estados Unidos.¹

Esta aclaración sobre la política exterior se complementa con la certidumbre, mencionada anteriormente, de que "en caso de guerra [...] (o de cualquier otra situación crítica) México será un aliado de Estados Unidos".² En los años cincuenta el caso que permite contrastar estas ideas con la realidad es la Revolución guatemalteca.

Cuando Jacobo Arbenz se convirtió en presidente de Guatemala en 1950, se aceleró el proceso de reformas en ese país. Aunque los cambios eran bastante moderados, en el verano de 1953 Washington decidió derrocar a Arbenz porque pensaban que su régimen estaba dominado por los comunistas y que ello amenazaba la seguridad estadounidense. Para lograrlo armaron una compleja estrategia que combinaba los diversos instrumentos de la hegemonía y la coerción.³

La variante diplomática del plan norteamericano contemplaba el aislamiento de Guatemala, lo que requería convencer a los otros países del hemisferio. En la Décima Reunión Interamericana de la Organización de los Estados Americanos (Caracas, marzo de 1954), Estados Unidos propuso una resolución para hacer una advertencia "simple, clara y directa" al comunismo internacional de que se mantuviera fuera del hemisferio. Para todos era evidente que el destinatario era la Guatemala de Arbenz.⁴

En esa reunión México respaldó a Guatemala y defendió los principios de la no intervención y la autodeterminación. Sugirió una serie de enmiendas a la resolución propuesta por Washington que, según el *NYT*, pretendían "debilitar" la postura estadounidense.⁵ Estados Unidos se molestó tanto con las enmiendas que públicamente tildó a la posición mexicana de "vaga, legalista e inaceptable".⁶ Al final, las objeciones diplomáticas mexicanas fueron un sim-

ple irritante porque la resolución tuvo 17 votos a favor, uno en contra (Guatemala) y dos abstenciones (México y Argentina).⁷

Está documentado que en Caracas los diplomáticos mexicanos defendieron gallardamente los principios de nuestra política exterior. De acuerdo con un documento oficial estadounidense, el entonces secretario de Relaciones Exteriores, Luis Padilla Nervo, le dijo a su homólogo, John Foster Dulles, que recordaba:

la época en que México estaba solo; eran los tiempos en que llevábamos a cabo reformas económicas y sociales, eran los años de la Revolución. Si en ese momento se hubiera convocado una junta de los países americanos para que nos juzgaran, probablemente hubiésemos sido culpables de cierto grado de sometimiento a influencias extranjeras.

Para Dulles las palabras de Padilla Nervo no se inspiraban en principios; eran el resultado de "una verdadera infiltración comunista o su equivalente, en el propio gobierno mexicano".⁸

En esas palabras de Dulles aparece una idea constante entre los conservadores estadounidenses: la Secretaría de Relaciones Exteriores es un nido de izquierdistas que provoca irritación pero no preocupación. Esto es así porque el activismo de la secretaría siempre fue interpretado como parte de un juego de equilibrios mexicanos que raramente afecta sus intereses. Para ellos, lo fundamental ha sido lo que piense y haga el presidente, porque de él depende la orientación de la política exterior mexicana. Entre 1953 y 1954 apareció en el *NYT* el número más alto de referencias negativas a esta política, sin que ello afectara la visión optimista de México (véanse gráficas 52 y 53).

En la tragedia guatemalteca hubo un periodo en el que dudaron de México. El corresponsal del *NYT* en México, Sidney Gruson, definió la posición del gobierno de Ruiz Cortines en Caracas como "antiyankee".⁹ Sin embargo, a medida que avanzaba la operación encubierta, en el *Times* se diluía el enojo estadounidense hacia México. Las cifras son elocuentes: en 1953 la variable que registra las relaciones bilaterales tuvo 14 menciones negativas, y en 1954 sólo cuatro (véase gráfica 49). La metamorfosis se explica porque el presidente y el gobierno mexicanos modificaron su posición independiente.

Según el *NYT*, el 10 de junio de 1954 México dio "marcha atrás en su posición sobre Guatemala". Ese día el secretario de Relaciones Exteriores

res, José Gorostiza, anunció —y comunicó a Washington— que México “favorecía una nueva reunión de las repúblicas americanas para enfrentar la cuestión del comunismo en Guatemala”.¹⁰ Olga Pellicer y Esteban Mancilla confirman que días después, cuando se lleva a cabo la invasión de Guatemala organizada por la CIA, el gobierno de México “no estuvo a la altura de su decidido apoyo al principio de no intervención”, porque guardó silencio e hizo oídos sordos a las desesperadas peticiones de ayuda que le enviaba Jacobo Arbenz.¹¹

La interpretación de Gruson (corresponsal del NYT) al viraje mexicano confirma el pragmatismo de nuestra política exterior. El gobierno de México abandonó a Guatemala en el momento decisivo por tres razones: a) Ruiz Cortines quería contrarrestar “la impresión de muchos observadores mexicanos y extranjeros [de que era] procomunista y antiestadunidense”; b) el presidente mexicano recibió información de Estados Unidos que mostraba lazos muy estrechos entre “los líderes soviéticos y los comunistas guatemaltecos”, y c) el peso se había devaluado en abril de 1954 y, como el mismo Gruson advertiera, “el progreso o el estancamiento económico de México bien puede depender de la calidad de sus relaciones oficiales con Estados Unidos”.¹²

Después del derrocamiento de Arbenz, México siguió colaborando con Estados Unidos. El 27 de junio de 1954 Jacobo Arbenz renunció a la presidencia de su país y pidió asilo diplomático en la embajada de México en Guatemala. Después de 73 días pudo obtener un salvoconducto y viajó a la ciudad de México con su familia. Tras instalarse en la capital (donde prometió seguir peleando contra el nuevo gobierno guatemalteco) viajó a Europa en diciembre de 1954. Se fue con una promesa oficial (seguramente de la Secretaría de Gobernación) de que se le otorgaría visa para regresar a nuestro país. Pero ya en París, la embajada mexicana rechazó su solicitud porque “no era el momento adecuado”. Arbenz insistió en su petición, porque quería “vivir los últimos momentos de su vida cerca de Guatemala”. No obstante, las autoridades mexicanas mantuvieron su negativa hasta 1970, año en que finalmente regresó a México donde murió meses después, en enero de 1971.¹³ Esta historia matiza el mito de México como país de asilo.

Con Guatemala aparecieron las cambiantes facetas que puede tener la política exterior mexicana. En Caracas impulsó con gran dignidad una diplomacia de principios, pero poco después, cuando entró en juego la necesidad de mantener buenas relaciones con Estados Unidos, el go-

bierno mexicano abandonó esos principios. En mi opinión, el ajuste vino por una combinación del pragmatismo oficial mexicano con presiones estadounidenses cuya magnitud e intensidad todavía desconocemos porque pertenecen a un episodio insuficientemente estudiado. Por otro lado, Guatemala es un ejemplo de la habilidad que tuvo el gobierno mexicano para mantener la imagen de una política exterior independiente que no coincide con los hechos.

El estratégico petróleo

El petróleo mexicano muestra otra cara de la óptica estadounidense y de la capacidad que tenía México para resistir las presiones de Estados Unidos, cuyo interés por este recurso natural era tan grande como su disgusto hacia las empresas estatales (véase gráfica 72).¹⁴

De acuerdo con un informe de 1948 del Congreso, Estados Unidos necesitaba "obtener un suministro adecuado, especialmente de petróleo, para enfrentar cualquier amenaza a [su] seguridad".¹⁵

Por ello, el Departamento de Estado alentaba a las petroleras estadounidenses para que "ampliaron sus operaciones en las áreas donde hubiera posibilidades de explotar fuentes adicionales de petróleo para ayudar a la defensa nacional". Lógicamente, el desarrollo de la industria mexicana era parte integral de "la defensa del hemisferio occidental".¹⁶ Pero en México el petróleo era explotado por una compañía estatal formada tras la nacionalización de bienes propiedad de extranjeros, y las leyes prohibían la inversión externa en este campo.

Washington detestaba cualquier nacionalismo que no fuera el suyo: el Departamento de Estado lo definió como "una racionalización emocional de los fracasos políticos, económicos y sociales" latinoamericanos.¹⁷ Para la élite estadounidense las nacionalizaciones eran sinónimo de expropiaciones, y como se dijera en el *NYT*, para los empresarios eso equivalía a "ponerle un capote rojo al toro".¹⁸ Otra forma de evaluar lo que pensaban sobre la "expropiación" del petróleo mexicano está en sus opiniones sobre Lázaro Cárdenas, el presidente menos querido por el *NYT* (véanse gráficas 19 y 20).

En un editorial del *NYT* sobre la nacionalización del petróleo por Irán, se preguntaban "si los iraníes se habían tomado el trabajo de estudiar" lo ocurrido en México, que podía ser uno de los principales productores de crudo, pero había sido incapaz de producir "un solo nuevo campo rico en trece años".¹⁹ En otro editorial se decía que "los comunistas y otros

que no nos quieren", criticaban a las compañías estadounidenses por "explotar a los países en los que hacen negocios". En Venezuela, "Creole Petroleum 'explotaba' el petróleo venezolano, no a su gente ni a su gobierno. Lleva a Venezuela mucho más de lo que saca".²⁰

En concordancia con estos razonamientos, Estados Unidos presionó a México para que Pemex aumentara la producción, y abriera el campo a la inversión extranjera. Washington también se resistió a otorgar préstamos o cualquier tipo de apoyo a la compañía petrolera mexicana. Sin embargo, estas actitudes se modificaban con los acontecimientos. En 1950 un memorándum del Departamento de Defensa consideraba que "en el futuro cercano [Estados Unidos no tiene] ningún interés militar importante [en que se] desarrolle la producción petrolera mexicana".²¹ Cuando Irán nacionalizó el petróleo un año después, en 1951, Oscar L. Chapman, secretario del Interior y administrador del petróleo para la Defensa, hizo una visita a México, donde declaró que Estados Unidos deseaba "que se descubrieran y explotaran nuevas fuentes de petróleo en nuestro hemisferio".²² En esos momentos México solicitaba préstamos e intentaba comprar los bienes de capital estadounidense que necesitaba.

En las negociaciones de estos préstamos volvió a aparecer la inconsistencia en el nacionalismo de algunos funcionarios mexicanos y la disposición de la élite estadounidense a cuidar la imagen nacionalista de esos funcionarios. El juego consistía en que algunos mexicanos le decían en privado a los estadounidenses que estaban dispuestos a hacer concesiones, pero daban marcha atrás si había la posibilidad de que el hecho se hiciera público. Un memorándum del Departamento de Estado fechado en 1952 asegura que en unas negociaciones:

las condiciones planteadas por [Estados Unidos] para un préstamo petrolero fueron bien recibidas cuando se expresaron oralmente [...] [pero] cuando las mismas condiciones aparecieron en forma escrita, los [funcionarios] mexicanos se sintieron obligados a reaccionar con mucha fuerza para que [su inconformidad quedara] por escrito y terminar con las negociaciones.²³

Los estadounidenses aceptaban las inconsistencias porque las interpretaban como una forma de calmar a los nacionalistas mexicanos y contribuir a la estabilidad. El nacionalismo, aun el representado por el expresidente Lázaro Cárdenas les inquietaba, aunque en la documenta-

ción revisada no aparece una argumentación bien fundamentada sobre las razones por las que le daban tanta importancia.

En todo caso, había un juego de imágenes que daba resultados tangibles a los dos gobiernos. La élite de México podía frenar las ambiciones estadounidenses, un país del que desconfiaba. Entretanto, Washington obtenía algunas concesiones. La primera inversión estadounidense data de 1948, diez años después de la "expropiación" petrolera;²⁴ a ésta siguieron, en 1949, otros contratos, ninguno de los cuales satisfizo completamente a Estados Unidos porque eran de poca monta y marginales. Según el influyente columnista Arthur Krock, las concesiones se hacían "dándole la vuelta a la ley mexicana" para evitar problemas políticos.²⁵ Comentarios en este sentido explican que durante los años cuarenta y mediados de la década de los cincuenta aumentara el número de menciones a la corrupción mexicana (véase gráfica 93).

De mayor importancia era que el presidente mexicano daba garantías en privado de que, en situaciones críticas, contarían con el crudo mexicano. Documentos del gobierno de Estados Unidos dicen que el presidente Miguel Alemán informó al embajador estadounidense en enero de 1947 que "ante una emergencia que afecte a Estados Unidos o a este hemisferio, los recursos petroleros de México estarán a disposición inmediata".²⁶

No era un acuerdo totalmente satisfactorio para los estadounidenses, pero era el posible dentro de las reglas del entendimiento. En lugar de compromisos verbales o concesiones basadas en interpretaciones de la ley, los estadounidenses hubieran preferido claridad y certidumbre en las reglas, o apertura total de la industria petrolera a sus inversionistas. Si aceptaban las condiciones era por los márgenes que había logrado México y porque el balance de la relación era positivo para sus intereses.

La distante relación militar

De todos los temas de la relación, en lo militar México logró el mayor nivel de independencia pese a la colaboración que prestó durante el conflicto mundial.

Al terminar la segunda guerra y como parte de una estrategia global, Washington fue incorporando a los países de América Latina en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1948, que luego se complementó con acuerdos militares bilaterales.²⁷ En ese tema el gobierno mexicano expresó su desacuerdo y argumentó en favor de la ayuda econó-

mica a la región, porque “naciones económicamente débiles” no podían actuar “con rapidez y decisión contra los agresores”.²⁸ Las diferencias no quedaron ahí, sino que México —el vecino inmediato de la potencia— decidió no participar en el TIAR y tampoco firmó un acuerdo bilateral.

Esta postura modificaba la intensa colaboración militar de la segunda guerra. Estados Unidos quiso prolongar el acuerdo a la posguerra y existen indicios de que el ejército mexicano no rechazaba la posibilidad. En marzo de 1945 se reunieron en México los estados mayores de ambos países. La Secretaría de la Defensa Nacional preparó un informe secreto en el que se manifestaba una inclinación de los militares mexicanos a desempeñar un papel internacional más activo, lo que suponía una relación más estrecha con Estados Unidos. En ese documento, se dicen “preparados para asumir cualquier obligación internacional que pueda ser acordada en la próxima Conferencia de San Francisco” (a realizarse un mes después, cuando se creó la ONU).²⁹

Los gobernantes civiles mexicanos pensaban en forma diferente y limitaron la relación militar de los ejércitos con Estados Unidos. Pese a ello, el Pentágono siguió buscando durante varios años vínculos más estrechos con las fuerzas armadas;³⁰ lo que quería era un tratado bilateral.³¹ El periodo en que pusieron más empeño en obtenerlo fue el sexenio de Miguel Alemán, durante el cual la variable de relaciones militares México-Estados Unidos fue el tema más importante de la agenda estadounidense.

Este marcado interés tenía su origen en la vecindad y en la guerra con Corea, que empezó en 1951. Estados Unidos quería de México “una señal concreta de solidaridad expresada en el envío de una fuerza simbólica a pelear” en Asia.³² Los mexicanos se negaron y Estados Unidos insistió, y en 1952 llegó una misión militar a nuestro país esperando encontrar en el nuevo presidente, Adolfo Ruiz Cortines, una actitud diferente.³³ Las pláticas no prosperaron, y para julio de 1953 la Casa Blanca ya había “renunciado a la esperanza de obtener un acuerdo con México”.³⁴ El desenlace molestó a los estadounidenses y entre 1953 y 1954 se publicaron ocho de las nueve menciones negativas —en 41 años— a las relaciones militares entre los dos países; simultáneamente, en 1954 se publicó un número alto de referencias al sentimiento nacionalista que ellos ligan a actitudes antiestadunidenses (véase gráfica 94).

El gobierno mexicano se escudaba en los siguientes razonamientos: la resolución pacífica de los conflictos le impedía enviar tropas al exterior. Los estadounidenses nunca responsabilizaron al presidente; culparon

al "Partido Comunista y sus aliados de la izquierda" de aprovecharse del sentimiento antiestadunidense de muchos mexicanos.³⁵

Otra explicación fue que los gobernantes civiles utilizaron los principios para alejar a los militares de los estadounidenses y evitar exponerlos a doctrinas e ideas extranjeras, lo que embonaba con el objetivo general de mantener aislado a México. Tal vez tuvieron una gran perspicacia, porque según Lawrence Whitehead, "acontecimientos subsecuentes demostraron que el costo a largo plazo de [recibir apoyo militar del] Pentágono fue muy elevado para la autoridad política y la estabilidad de [los] gobiernos latinoamericanos".³⁶

Una forma de ver las cosas es preguntarse sobre los motivos que llevaron a Estados Unidos a tolerar los rechazos de México. La explicación podría incluir varias partes: Washington no quería una fuerza expedicionaria mexicana en Corea por motivos bélicos, sino por el simbolismo político, y presionar más a México habría alterado los equilibrios políticos internos, que sí estaban dentro de sus prioridades. Otro factor importante es que el distanciamiento entre los militares no se extendía a otras áreas de la seguridad en donde sí había una colaboración estrecha: el FBI tenía una oficina en México y los servicios de inteligencia intercambiaban regularmente información con la Secretaría de Gobernación y con la Dirección Federal de Seguridad.

En todo caso, es indudable que en asuntos militares México preservó su independencia frente a Estados Unidos, quien dejó de insistir por un largo tiempo en el acercamiento. Fue hasta finales de los años ochenta cuando se revertiría la tendencia; la relación crecería a niveles notables en los años noventa.

La migración mexicana, un asunto estadunidense³⁷

La migración mexicana hacia Estados Unidos fue un asunto que dicho país manejó como doméstico, y del cual excluyó totalmente a México. Dicho tema también servirá para hablar sobre la conciencia estadunidense, sobre el control impuesto por el gobierno mexicano a la información, y sobre la coerción como instrumento de dominación, porque el único caso en que la emplearon con éxito fue en los años cincuenta, obligando a México a aceptar sus condiciones.

La migración de mexicanos ha sido el tema de la relación bilateral más discutido por el NYT (véase gráfica 58) y por los académicos. Esta aten-

ción viene de que siempre la han considerado como un asunto interno, lo que los lleva a actuar unilateralmente, sin tomar en cuenta el punto de vista mexicano.

La migración creció en importancia con la segunda guerra mundial, cuando las necesidades bélicas y la falta de mano de obra llevaron a la firma del primer convenio bracero en 1942; al terminar el conflicto, dicho movimiento se mantuvo porque la economía estadounidense requería de esta mano de obra, que por otra parte, la economía mexicana era incapaz de absorber. La migración se reguló con los "convenios braceros" vigentes hasta el 31 de diciembre de 1964. Durante esos años la opinión estadounidense se dividió en bandos, que en 1996 todavía mantenían algunos de los argumentos de esta época (aunque hubo ideas que se incorporaron con posterioridad).

La mayor parte de la sociedad estadounidense no estaba enterada ni se preocupaba por lo que pasaba con los mexicanos, quienes discretamente cultivaban los campos estadounidenses. Quienes se interesaron pueden dividirse en tres grandes grupos: los que estaban a favor de esta situación porque se beneficiaban económicamente con la mano de obra mexicana; los que se oponían por sentirse perjudicados; y, finalmente, los que invocaban otros motivos (seguridad pública, seguridad nacional y/o consideraciones humanitarias) para aprobarla o rechazarla.

Entre los defensores de los migrantes por razones económicas destacaban, claro está, los agricultores, quienes alegaban necesitar grandes cantidades de trabajadores eventuales, porque la oferta estadounidense de mano de obra era insuficiente y cara.³⁸ La migración, decían, beneficiaba a las dos sociedades: los mexicanos recibían un salario mejor y los estadounidenses pagaban menos por los productos agrícolas. Con razón o sin ella, tuvieron fuerza económica y política suficiente para mantener abierta la frontera y pagar lo menos posible por la mano de obra mexicana.

Esa capacidad se manifestó de muchas maneras. En 1951 el estado de Arizona promulgó un código sanitario para mejorar las condiciones de los campesinos mexicanos, pero dio marcha atrás cuando las organizaciones de agricultores decidieron que no era una buena idea porque "de cumplirse, los llevaría a la bancarrota".³⁹ En Washington, organizaciones de granjeros lograron una y otra vez que el Congreso rechazara, por márgenes significativos, todas las "enmiendas" orientadas a penalizar o hacer difícil el flujo migratorio.⁴⁰ Entre las propuestas que intentaron aprobarse, sin éxito, estuvieron las de incrementar el castigo a quien contratara indocumentados, y aumentar el presupuesto a las instituciones encargadas de con-

trolar el flujo de población.⁴¹ No sólo eso, sino que la "cláusula de Texas" (Texas Proviso), adoptada en marzo de 1952, eximió a los empleadores de cualquier multa o castigo por contratar a indocumentados.

Entre los que se oponían por razones económicas estaban, en primera fila, los sindicatos, quienes argumentaban que el problema no estaba en la falta de mano de obra norteamericana, sino en los bajos salarios y en las malas condiciones laborales. Añadían que los mexicanos, además de ser explotados, desplazaban a los jornaleros locales, aumentaban el desempleo y obstaculizaban la organización de los trabajadores agrícolas.⁴² Por todo ello, pedían al Congreso "sanciones adecuadas" contra quienes contrataran indocumentados, y recursos para el Servicio de Inmigración y Naturalización.⁴³

Estaban luego los que rechazaban la migración por razones de lo más diverso, que fueron variando con el tiempo. Algunos insistían en que la migración llevaba a aumentos en la criminalidad,⁴⁴ otros la ligaban al contrabando de "opio y marihuana",⁴⁵ y no faltaba quien invocara problemas sanitarios y raciales. Emmanuel Celler, congresista por Nueva York, expresaba su inquietud por las condiciones de trabajo de los migrantes, pero también por los peligros morales y sanitarios que éstos acarreaban. Criticaba a aquellos granjeros que cerraban la frontera al ganado enfermo pero aceptaban la llegada de "mexicanos, sin que se examinaran su salud y su moralidad. ¿Y qué con el contagio de tracoma, lepra y viruela?", preguntaba. Convencido de la buena salud de los europeos, Celler recomendó que se contrataran "agricultores italianos como residentes permanentes, en lugar de trabajadores migratorios temporales mexicanos".⁴⁶

Quisiera por último referirme a las objeciones propias de esa época, como las que ligaban a la migración con la seguridad nacional. En 1953 se habló de la "posibilidad de que comunistas [...] [estuvieran] infiltrando agentes a Estados Unidos", disfrazándolos de campesinos mexicanos. Un tal Walter P. Reuther añadió que los braceros participaban en "actividades quintacolumnistas de subversión y sabotaje"; en 1954 un funcionario del Servicio de Inmigración declaró ante el Congreso que "alrededor de cien miembros actuales o pasados del Partido Comunista" entraban diariamente a Estados Unidos desde México.⁴⁷ La cifra está teñida de la exageración de aquellos años porque el Partido Comunista Mexicano tenía unos cinco mil militantes, y de ser cierto lo que decían, México habría exportado a todos sus comunistas en cincuenta días.⁴⁸

El NYT, la conciencia y el análisis de contenido

Lo primero que salta a la vista es la cantidad de información que publicó el NYT sobre la migración, y el tratamiento preferencial que le concedió a este fenómeno (véase gráfica 58).

La línea editorial del cotidiano fue de oposición a la presencia de los migrantes, pero defendió su derecho a recibir un trato decente. En un editorial del 27 de marzo de 1951, el periódico respaldó el control de la inmigración porque ésta tenía un efecto nocivo sobre el mercado de trabajo, pero exigió que terminara "la despiadada explotación" de que eran objeto los braceros. En otro editorial de ese mismo año, se unió a quienes pedían penalizar a empleadores y asignar recursos suficientes a los funcionarios encargados de aplicar la ley.⁴⁹

Un aspecto notable de este periódico es el esfuerzo tan serio que hizo para entender las complejidades de la migración, y de esa manera el rotativo amplió la conciencia máxima sobre el tema. Gladwin Hill—el mejor periodista que escribió sobre asuntos mexicanos durante este periodo y pionero en los estudios sobre migración mexicana—informó con mucho detalle acerca de las terribles condiciones que sufrían los migrantes mexicanos, de la extorsión que sufrían a manos de funcionarios en México, y de la explotación a que eran sometidos ya en Estados Unidos; demostraba que los sindicatos norteamericanos tenían bases muy sólidas para las críticas que hacían a la migración.⁵⁰

Una forma de evaluar los avances que tiene la conciencia de una persona, grupo o sociedad consiste en considerar lo que no discute o toma en cuenta (los escatomas de qué hablaba Lonergan). En el Estados Unidos de la guerra fría no se discutían las causas de la migración, ni se incorporaban las opiniones del gobierno mexicano. Pese a ello, de cuando en cuando fueron apareciendo ideas que se harían comunes en los años setenta y ochenta. Cuando esto ocurría, el individuo que escribía el texto rebasaba la conciencia máxima del grupo. Por ejemplo, en un largo artículo de 1950, Albert Steinberg escribió que "la repentina invasión [de braceros] surge de la grave depresión e inflación generalizada" en México. Su conclusión fue, de hecho, notable para esos años: "es difícil decir si existe una respuesta [al problema de] los espaldas mojadas sin antes tener una solución general a los males económicos de México".⁵¹

Otra muestra de los destellos que anunciaban hacia dónde se dirigiría la comprensión en años futuros, aparece en un editorial del NYT don-

de se dice que "los bajos niveles de vida y de ingresos en México" eran lo que empujaba a los mexicanos a salir de su país.⁵² Existía, finalmente, la preocupación de que la migración llevara a la pérdida de control de las fronteras. En 1953, un artículo en primera plana del *NYT* ya advertía que "no hay nada que detenga a toda la nación mexicana si decide venir a Estados Unidos".⁵³ Como veremos más adelante, todas estas ideas se generalizarán en décadas posteriores.

Quisiera, en este momento, hacer una breve pausa y comentar las ventajas y limitaciones de la técnica del análisis de contenido que utilizo como uno de los soportes del libro. La metodología es muy eficaz para determinar con gran precisión cuántas veces aparece una información o una idea, pero tiene problemas para capturar sutilezas. Por ejemplo, en la gráfica 58 es evidente que la mayoría de las menciones a los migrantes es negativa (210 menciones contra 62 positivas). Es indudable que la línea editorial del *NYT* iba contra la migración, y así fue codificado, pero lo que escapa al análisis numérico es que también defendía los derechos del migrante.

Otra limitación del análisis de contenido es que no puede medir la influencia de un periódico o de un artículo. Sabemos que lo publicado en el *NYT* es leído por la élite, pero no es fácil saber qué efecto tiene en sus decisiones. Para eso habría que utilizar otras técnicas. Una de éstas podría basarse en el conteo de las veces que aparece citado el *NYT* en el *Diario de los Debates* del Congreso de Estados Unidos, y en observar si algunas decisiones coincidieron con lo recomendado por el periódico.

Fricciones y coerciones

Si se examina el tema desde otras coordenadas, es claro que la indiferencia estadounidense a lo que sucedía o se pensaba en México sobre el tema de la migración, se debía en parte a que no había actores mexicanos que tuvieran el conocimiento, la voluntad o la fuerza suficientes para influir en los debates de la élite de Estados Unidos.

Los migrantes eran pobres y no estaban organizados. El tema era poco estudiado en las universidades, dentro de una indiferencia generalizada sobre lo que pasaba en Estados Unidos (una excepción notable era Daniel Cosío Villegas, que ya entonces se adelantaba a su época e insistía en la necesidad de entender a la potencia). La izquierda mexicana criticaba las causas de la migración y la explotación y discriminación que padecían, pero era poca su influencia en México, y nula su credibilidad en Estados Unidos. La prensa me-

xicana trataba el asunto con enorme superficialidad y con un mínimo de independencia en comparación con la visión oficial.

Para el gobierno mexicano la migración de trabajadores era una solución natural a la insuficiencia de empleos, una fuente de divisas que alimentaba el proyecto industrializador y una forma de satisfacer el apetito de dinero fácil por parte de los funcionarios y políticos que extorsionaban sistemáticamente, y de diferentes maneras, a los campesinos que iban a Estados Unidos.

Hubo, es cierto, funcionarios y diplomáticos que intentaron proteger a nuestros compatriotas de los malos tratos, la explotación y la discriminación (como Adolfo Ruiz Cortines), pero fue poco lo que lograron hacer ante la asimetría en el poder de los dos países. Si querían mejorar de raíz las condiciones de los braceros en Estados Unidos, el único instrumento de presión efectivo con que contaban era interrumpir el flujo de mano de obra, lo que intentaron con resultados bastante mediocres porque salieron a la luz la debilidad mexicana y la arrogancia y unilateralismo estadounidenses.

En 1947 el gobierno mexicano intentó detener la migración legal de braceros, con la esperanza de que obtuvieran mejores condiciones laborales y económicas mediante un convenio que en ese momento se estaba negociando. La respuesta de Washington no se hizo esperar. En El Paso, Texas, la oficina local de la patrulla fronteriza (Border Patrol) decidió abrir —sin tener la autorización de Washington— “la frontera a miles de mexicanos que luego entregaron a los granjeros estadounidenses”.⁵⁴ Las autoridades mexicanas denunciaron el acuerdo que, después de una disculpa diplomática del Departamento de Estado, se aprobaría casi un año después.

En 1954 surgieron diferencias más graves y la coerción estadounidense fue más evidente. Las pláticas para renovar el convenio no avanzaban y como necesitaban a los trabajadores, los departamentos de Estado, Trabajo y Justicia empezaron la contratación unilateral en enero de 1954. El ejecutivo no tenía la autoridad legal para hacerlo, y detuvieron la contratación por unas semanas, hasta que en febrero la cámara de representantes aprobó una ley que permitía a los empleadores contratar a trabajadores mexicanos directamente, “estuviera o no de acuerdo el gobierno de México”.⁵⁵ El presidente Adolfo Ruiz Cortines se molestó a tal grado que desde principios de enero desplegó en la frontera agentes de migración y unidades del ejército para detener a quienes intentaran cruzar la frontera y presionar, de esa manera, a Estados Unidos. La intención fraca-

só y hubo penosos enfrentamientos entre campesinos enfurecidos porque no los dejaban ir a trabajar a Estados Unidos y soldados desconcertados que tenían la orden de detenerlos.⁵⁶

Esos incidentes permitieron detectar, una vez más, la forma en que las autoridades mexicanas controlaban la información. Entre enero y febrero de 1954 tres diarios de la ciudad de México (*Excelsior*, *El Nacional* y *El Universal*) presentaron un panorama optimista de los acontecimientos en la frontera, totalmente diverso al divulgado por la prensa estadounidense. Una de las técnicas que siguieron fue la de poner como noticia de primera plana las declaraciones de altos funcionarios o de personalidades favorables al régimen. Por ejemplo, *El Universal* desplegó en sus ocho columnas la siguiente cabeza: "Mínimo e intrascendente es el problema bracero". Ese titular no se apoyó en hechos o cifras, sino en una declaración de Gustavo Díaz Ordaz, oficial mayor de la Secretaría de Gobernación durante el sexenio de Ruiz Cortines y presidente de México entre 1964 y 1970.

El licenciado Díaz Ordaz habló de esta manera: "gran parte de las informaciones publicadas relativas a los braceros en la frontera norte del país, han sido deformadas y alteradas considerablemente [...] Con criterio sensacionalista, a costa de la verdad y abultando un problema que en su base es mínimo e intrascendente, esas informaciones transmitidas carecen de valor".⁵⁷ Opiniones interesantes, pero que no se apoyaron en hechos ni coincidían con la realidad.

Un editorial de *El Nacional* muestra otra forma de minimizar los motines que ocurrían en la frontera:

[...] la nación, patrióticamente aplaude y apoya la actitud del presidente Ruiz Cortines. No sólo eso, sino que según una noticia oficial centenares de "espaldas mojadas" que se habían internado ilegalmente en los Estados Unidos han vuelto a cruzar la frontera, esta vez hacia México, hacia la patria que reclama su esfuerzo y no quiere verlos convertidos en parias, demuestra que el llamamiento de las autoridades y el fraternal deseo de sus conciudadanos están siendo atendidos por los aspirantes a braceros.⁵⁸

Otro mecanismo que utilizaron para presentar una visión parcial del asunto fue abstenerse de publicar fotografías sobre lo que sucedía en Mexicali y otras partes de la frontera (algo que sí hizo el *NYT*). Un aspecto curioso es que dos de los periódicos (*Excelsior* y *El Universal*) reprodujeron

los cables de agencias internacionales que desmentían las declaraciones de los funcionarios tomadas como base para los titulares. Aunque los cables eran minimizados y generalmente enviados a páginas interiores, un lector cuidadoso percibía inmediatamente la contradicción.⁵⁹ En esta comparación de la prensa de los dos países ya aparecen disparidades que en los años ochenta y noventa serán importantes.

Meses después, factores económicos y políticos provocaron que Washington cambiara totalmente de opinión y decidiera expulsar a los trabajadores indocumentados de su territorio ("Operación Espalda Mojada" del verano de 1954). El gigantesco operativo incluyó el traslado de mexicanos a lugares alejados de la frontera en aviones, trenes y autobuses fletados ex profeso.⁶⁰ El gobierno mexicano también cambió de opinión y aceptó la política, a cambio de que Estados Unidos se comprometiera a contratar más braceros.

La evolución posterior del fenómeno

Ambas partes buscaban soluciones a un problema estructural porque la migración de trabajadores a Estados Unidos era un síntoma de la demanda estadounidense y de las insuficiencias del modelo económico adoptado por la élite gobernante mexicana; las propuestas que hacían siempre eran insuficientes porque no incorporaban a su análisis las deficiencias en el desarrollo de México, ni la dependencia que tenía la economía estadounidense de los trabajadores mexicanos.

La migración volvió a discutirse con mucha intensidad durante los primeros años de la década de los sesenta, cuando se debatió la renovación de los convenios de braceros, que finalmente terminaron el 31 de diciembre de 1964, aunque no ocurrió lo mismo con la migración, que se hizo indocumentada. Legal o ilegal, los Estados Unidos siguieron viendo al flujo de mexicanos como un asunto interno. Por muchos años, los cabilderos de los agricultores obtuvieron victorias en el Congreso (tanto así que un secretario del Trabajo los calificó como el "grupo de presión más duro" que había visto en su vida).⁶¹ Al mismo tiempo, otros grupos censuraban —por varios motivos— la explotación y las condiciones en que vivían los migrantes.⁶² El gobierno mexicano continuó haciendo declaraciones en las que exigía respeto a los derechos humanos y legales de los migrantes, aunque después de 1954 (cuando se enfrentó a Washington sin éxito) ya no volvió a cuestionar la voluntad de Estados Unidos en este terreno.

El *NYT* no cesó en sus críticas a los granjeros que no respetaban los derechos laborales de los mexicanos, pero aceptaba que éstos competían por trabajos en un momento de recesión y por ende proponía establecer mayor control sobre su presencia (véanse gráficas 63 y 64).⁶³ Sin embargo, el número de condenas a la migración se redujo notablemente y las referencias informativas aumentaron (véanse gráficas 63 y 64), y esto se debía a que los años mejoraron la comprensión sobre la naturaleza del fenómeno. En un artículo publicado en 1961 —es decir, ya influidos por la Revolución cubana— se mencionaba que la suspensión de los convenios de braceros tendría “un serio impacto sobre México”.⁶⁴

Poco a poco se infiltraría la tesis (que se generalizó en la década de los setenta) de que cualquier modificación en el flujo migratorio afectaría a México y a Estados Unidos. Entonces se reconocería que los dos países eran interdependientes. Pese a estos cambios en la percepción, éste fue uno de los temas en que Estados Unidos actuó de forma más unilateral y utilizó la coerción cada vez que lo consideró necesario. Pero todo esto, es obvio, volverá a ser comentado en capítulos posteriores.

La revisión de estos casos tan diferentes muestra la complejidad de la relación. Cada uno de ellos pareciera regirse por una lógica diferente que se estableció de manera espontánea y natural. Cada aspecto de la relación respondía a su propia lógica, aunque todas se montaban en el acuerdo implícito, el entendimiento, de apoyarse mutuamente en caso de necesidad.

Otro aspecto que se advierte una y otra vez, es el enorme pragmatismo de la política exterior de México: abandonaron a los migrantes y a Arbenz, mantuvieron al ejército alejado de Estados Unidos y preservaron el control estatal sobre el petróleo atendiendo a consideraciones muy prácticas. Si se considera la asimetría en el poder, el balance para México no fue malo y hasta es posible que constituyera la mejor estrategia para ampliar los márgenes de maniobra en algunos asuntos, sobre todo si tomamos en cuenta el unilateralismo con que actuaba Estados Unidos durante la guerra fría. La migración mostró que cuando Estados Unidos se decidía a usar la coerción, México tenía pocos instrumentos para defenderse. Sin embargo, esto es sólo una parte de la historia.

EL MITO DE LA DEMOCRACIA MEXICANA



Durante la guerra fría los estadounidenses estaban convencidos de que el sistema político mexicano era (casi) una democracia, lo cual constituía una exageración, un mito, provocado por escotomas (brechas u hoyos) en el conocimiento. Discutirlo permitirá hablar de la forma en que manejaron la información para adecuarla a ideas preconcebidas y mantener, al mismo tiempo, la imagen de objetividad que tienen sobre sí mismos. Esa forma de ver a México tuvo efectos en el sistema político mexicano.

Ingredientes del autoritarismo mexicano

En la década de los años cuarenta el sistema político mexicano alcanzó su plenitud. El país estaba firmemente controlado por un grupo que gobernaba con una eficaz mezcla de coerción y hegemonía, y que contaba con la flexibilidad necesaria para adaptarse a situaciones cambiantes y para dar una fachada democrática al permitir que hubiera elecciones y partidos de oposición, aunque éstos fueran rigurosamente controlados. La oposición era débil y poco eficaz y resultaba notable la poca atención que la comunidad internacional daba a México. A Washington le bastaban el crecimiento económico, la estabilidad política y la amistad del régimen y no le preocupaba cómo lo obtenía.

Una medida empleada para mantener la fortaleza era la cohesión del grupo gobernante, que compartía la flexible y ambigua visión del mundo creada por la Revolución mexicana y seguía con disciplina unas reglas igualmente ambiguas que iban siendo interpretadas por el presidente y su partido, y que con frecuencia se alejaban de la letra y el espíritu de las leyes. Otro elemento aglutinador más mundano era el "sueño mexicano": el derecho a enriquecerse con el cargo.

El régimen era fuerte porque contaba con el respaldo (activo o pasivo) de la mayor parte de las fuerzas organizadas que participaban en la vi-

da pública por medio de un partido creado desde el poder. El crecimiento económico permitía distribuir beneficios a grandes segmentos de la población y satisfacer algunas de las demandas de los grupos organizados. Es cierto que había una gran desigualdad en el reparto del poder y la riqueza, pero la población tenía la expectativa de un futuro que en la mitología de la Revolución mexicana siempre sería mejor.

En este periodo los gobiernos revolucionarios mostraban el cuidado con que aplicaban una represión selectiva y su preferencia por la hegemonía, lo que explica la prioridad otorgada al control de los flujos de información y conocimiento. Para ello, desarrollaron una tupida red de mecanismos legales e ilegales. Entre otros, monopolizaron la producción y venta del papel periódico, entregaron concesiones (renovables periódicamente) para operar estaciones de radio y televisión a individuos o grupos cercanos al PRI y establecieron un eficiente sistema de cooptación y/o corrupción de periodistas e intelectuales que les permitía regular la versión que conocería el público.

Pese a estos y otros controles, en México siempre ha habido inconformes (periodistas, intelectuales, líderes campesinos y populares, etcétera) con el orden establecido y, ante ellos, la reacción gubernamental ha tenido una enorme complejidad. Cuando surge algún opositor o crítico, la primera reacción gubernamental es de una calculada indiferencia acompañada por un cuidadoso escrutinio de sus intenciones y capacidades.

Aquellos que empiezan a convertirse en un riesgo potencial reciben mayor atención, porque otra característica del régimen es el interés que concede a las amenazas potenciales (los límites de lo permisible varían de acuerdo con el criterio del gobernante). La reacción normal es atender algunas peticiones o demandas, al mismo tiempo que se busca controlar al movimiento mediante la seducción de sus líderes. Para lograr esto último investigan las características de cada sujeto y así intentan detectar sus debilidades. A partir de ese conocimiento viene la discreta oferta de los símbolos de prestigio, o la incorporación al "sueño mexicano", es decir, al reparto de las riquezas públicas. Si el opositor independiente persiste en su actitud viene una estrategia de ahogamiento, de limitación del crecimiento. Esto se logra dividiendo al grupo o creando movimientos políticos similares para confundirlo. En este propósito los medios de información controlados por el régimen juegan un papel central.

Si pese a todo lo anterior aumenta la importancia o la eficacia del opositor, también crece la intensidad del hostigamiento que tiene una amplia gama: auditorías fiscales, despidos, encarcelamientos, amenazas de

muerte, etcétera. La presión sube en relación con la magnitud del reto, hasta llegar, en los casos extremos, a la eliminación física, que generalmente consiste en el asesinato o la desaparición selectiva, y en algunas ocasiones el empleo de la represión indiscriminada. Estas etapas varían en cada estado; una rápida comparación entre los casos más conocidos de violencia estatal muestra que los campesinos y obreros son más reprimidos que los profesionistas de clase media.¹

Para aplicar la coerción, el régimen cuenta con instituciones especializadas que han tenido una interesante evolución. Hasta los años setenta fue común la utilización del ejército en el medio rural y cuando debían enfrentar manifestaciones muy numerosas. Para la represión selectiva (del hostigamiento al asesinato) la organización preferida fue la temida Dirección Federal de Seguridad (DFS) creada por Miguel Alemán en 1947 y desaparecida en 1985. Vendría después una amplia variedad de policías federales, estatales y municipales, además de grupos paramilitares.

La efectividad de esa mezcla de hegemonía y coerción (que depende de un uso discrecional de los recursos públicos) alcanzó el máximo de esplendor en los años cincuenta y sesenta. Ya después la capacidad del régimen empezó a reducirse, al mismo tiempo que aparecían o se fortalecían los medios de información y las organizaciones independientes y que se abría el país al exterior.² Los resultados del 6 de julio de 1997 representan un duro golpe en esta estructura de control. En la historia del autoritarismo mexicano, Estados Unidos ha desempeñado un papel importantísimo que se entenderá al revisar la forma en que la élite estadounidense percibió a México entre 1946 y 1960.

La lógica estadounidense

El Departamento de Estado tenía claros sus objetivos en América Latina: utilizar su influencia y poder "para impulsar una evolución ordenada hacia la democracia en todo el hemisferio" y así lograr que "todos acepten y practiquen [...] los mismos principios políticos, económicos y sociales" de Estados Unidos.³

Periodistas y académicos coincidían con la meta. Ya el *NYT* recomendaba por medio de sus editoriales que Estados Unidos orientara a los latinoamericanos para que comprendieran lo "mejor posible esas fuerzas 'políticas y filosóficas' en que se apoyan las naciones más afortunadas del mundo", entre las que se encontraban en primerísima fila, ellos mismos.⁴

Robert Scott pensaba igual: Estados Unidos era el "prototipo político" para otros países.⁵

Lógicamente, el grado de avance democrático se medía por el "parecido con el [sistema político] de Estados Unidos o del Reino Unido".⁶ El razonamiento era que en esos países sajones existían "aquellas instituciones que permiten la participación social" y hacen funcionar la democracia.⁷ Los enemigos de la democratización estaban bien identificados: o eran nacionalistas, como Juan Domingo Perón, o eran los comunistas que se aprovechaban, según el Departamento de Estado, de la "inestabilidad, las deficiencias y la demagogia".⁸

Con estas ideas evaluaron a México, y sus conclusiones son notables. Eran conscientes, como mencionara el corresponsal del *NYT* en 1952, de que "pocos, si es que alguno, pueden pretender que la democracia exista actualmente" en México.⁹ Un editorial del *Times* reconocía que el sistema político mexicano "no es exactamente como el nuestro".¹⁰ Pero estas advertencias, no eran tomadas en cuenta. El consenso andaba por el optimismo: la variable "balance político general" registró 107 menciones positivas y sólo 24 negativas; la que medía la democratización política recibió en esa década 65 aprobaciones por siete condenas (véanse las gráficas 35 a 37). En algunas ocasiones hasta lo pusieron de modelo para otros países.¹¹ Las alabanzas venían de que en su opinión, México se parecía cada vez más a ellos. Para Scott, México estaba adquiriendo "una cultura política que funciona en el sentido occidental".¹² Aunque no había llegado a un "estado de perfección" como el de Estados Unidos, ya habíamos "cumplido con los requisitos básicos de un sistema político occidental".¹³

El dictamen tenía varios soportes. Uno era la existencia en México de clases medias que "proporcionaban la base amplia que necesitan los partidos moderados y centristas", y que las diferencias entre clases se harían cada vez "más tenues hasta que, como en Estados Unidos, casi todos pertenezcan emocional, si no es que económicamente, a las clases medias". En ocasiones concedían a la inversión estadounidense parte del crédito. Sears Roebuck contribuyó a mejorar "las condiciones económicas y sociales" y a formar una "clase media más grande". El entusiasmo por las clases medias era generalizado. Para Seymour Lipset, éstas "recompensan a los partidos moderados y democráticos y castigan a los extremistas" y atemperan el conflicto social.¹⁴

La existencia de partidos políticos y elecciones también contribuía al optimismo estadounidense. Para el corresponsal del *NYT* los partidos eran "de lo mejor, en la opinión" de aquellos "interesados en ver al país evolu-

cionar hacia una democracia política, tal como se entiende el término en Estados Unidos".¹⁵ Para Scott, el hecho de que se realizaran elecciones probaba que el sistema mexicano era "mucho más parecido al de Estados Unidos de lo que en la superficie aparenta ser".¹⁶

Presidentes y técnicas para la evasión

En México, las clases medias, los partidos o las elecciones carecen de la centralidad del presidente. Los estadounidenses eran conscientes de esa importancia porque en las cuatro décadas que cubre el análisis de contenido, los presidentes fueron mencionados en 2,360 ocasiones, mientras que los humildes y sumisos legisladores 348 veces y el poder judicial 80 (véase la gráfica 18).

De un presidente querían conocer, antes que nada, su orientación ideológica. Por lo tanto, cada vez que el PRI nominaba a un candidato a la presidencia, aparecía una pregunta planteada en 1946 por el corresponsal del NYT, Milton Bracker: "¿El sucesor de Ávila Camacho [se refiere a Miguel Alemán] significará un retorno a Cárdenas y llevará a la nación hacia la izquierda, o se orientará hacia las políticas centristas?". La respuesta aparece en la gráfica 19: de los siete presidentes que tuvo México entre 1946 y 1986, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, Gustavo Díaz Ordaz y Adolfo López Mateos ocupan los cuatro primeros lugares de la aprobación general; es decir, los que estuvieron en el poder entre 1946 y 1970.

Entre 1946 y 1960, los estadounidenses opinaron sobre tres presidentes. A Miguel Alemán lo definieron de "derecha moderada".¹⁷ Adolfo Ruiz Cortines fue clasificado desde un primer momento como "un moderado [...]" que siempre ha expresado su amistad por los Estados Unidos.¹⁸ En 1958 Daniel James resumió su opinión sobre Adolfo López Mateos: "pese a sus estrechas relaciones con los sindicatos" es un símbolo de la "creciente clase media"; lo ubicaba en "el centro ya bien ensayado por Ruiz Cortines".¹⁹

El dictamen sobre su orientación ideológica y las acciones de los presidentes mexicanos hicieron que la élite estadounidense los tratara muy bien, pese a que los elogios a veces no fueran tan merecidos. Para resolver tal incongruencia utilizaron varios mecanismos que habré de explicar debido a que continúan empleándose: la disociación, el manejo de los tiempos, la fe en la perfectibilidad de los políticos mexicanos, la crítica selectiva y el silencio sobre las acciones de Estados Unidos.

Cuando en México ha habido elecciones competidas lo común es que el partido oficial recurriera al fraude electoral. En 1946 y en 1952 los candi-

datos priístas a la presidencia (Aleman y Ruiz Cortines) tuvieron competidores, y el régimen cometió todo tipo de irregularidades para garantizar el triunfo de sus candidatos. Pese a ello, el *NYT* los legitimó. Una forma de lograrlo fue disociando a los candidatos del PRI de lo negativo de la elección. Los estadounidenses siempre han condenado a los caciques (véanse las gráficas 40 y 44). Paul P. Kennedy consideraba que gobernaban con "la fuerza de sus pistolas", mientras que otro corresponsal aseguraba que habían sido "notablemente malos por siglos". Establecida la maldad del cacique procedían a separarlo del presidente. Entonces decían que los caciques no tenían ninguna "lealtad particular al PRI o a su candidato Aleman", y si aparentaban respaldarlo era por "razones personales".²⁰ De ahí viene la tesis que les ha permitido describir a los presidentes de la crisis, de Echeverría a Zedillo, como reformistas enfrentados a los dinosaurios, lo que es impreciso. Generalmente ignoran a la escuela que argumenta que los presidentes y los caciques, los tecnócratas y los dinosaurios forman parte del mismo sistema, aunque cumplen funciones diferentes.

Otra técnica muy utilizada es el manejo de los tiempos: el presente siempre es mejor que el pasado y se mantiene la esperanza sobre el futuro (cuando se quiere condenar se ordenan los tiempos de otra manera). Durante las elecciones presidenciales de 1946, Virginia Lee Warren describió con un dejo de indignación los "trucos que *en el pasado* se han empleado para violar la voluntad popular" y agregó que había "buenas razones para creer" que las elecciones de ese año serían diferentes.²¹

En un editorial sobre las elecciones de 1952, el *NYT* prometía que si México seguía por ese camino llegaría a ser "todavía más democrático". Estaban seguros que "en seis o doce años", los mexicanos disfrutaríamos de una "verdadera opción electoral para presidente".²² En otro editorial agregan una justificación más: México se encuentra en "el largo, difícil y lento ascenso hacia la verdadera democracia. Sería ingenuo esperar que una nación que durante un siglo sólo conoció el caos, los derramamientos de sangre y la revolución, se convierta en una democracia al estilo anglosajón de la noche a la mañana".²³

Tras esta confianza se encuentra una fe casi religiosa en la perfectibilidad de los presidentes mexicanos. Sólo tienen que pronunciar un discurso sobre las reformas que piensan hacer, realizar una acción simbólica y exagerar las dificultades, para que se crea en ellos o reciban el beneficio de la duda. Una característica de la élite estadounidense es su disposición a creer (o pretender que creen) la versión oficial mexicana, sin contrastarla con la realidad, tal y como lo hacen en la vida pública de su país.

Uno de los ejemplos más claros de lo anterior está en la forma tan selectiva en que trataron la corrupción. En las gráficas 91 y 93 se observa que en 1946 y 1947 hay 33 menciones a la corrupción en México; entre 1948 y 1951 hay solamente seis; y entre 1952 y 1953 el número de referencias vuelve a dispararse y llega a 36. Esto quiere decir que durante el auge del poder alemánista (1948-1951) el NYT guardó un discreto silencio sobre la corrupción que caracterizó a ese régimen. Cuando Alemán terminaba su gestión la mesura desapareció y se dispararon las críticas. En un editorial de 1952, el NYT dijo que "sería deshonesto cerrar los ojos al extraordinario grado de corrupción en los altos círculos".²⁴ Un año después, en 1953, el corresponsal Sidney Gruson escribió sobre "la práctica del expresidente de enriquecer a sus amigos personales".²⁵ Ese mismo año, el NYT incluyó en un editorial una idea que se generalizaría en los años ochenta: "el soborno y la corrupción se habían convertido en parte del sistema mexicano".²⁶ Este patrón apareció en otros sexenios.

La crítica selectiva de la corrupción también se manifestaba en la forma de tratar las periódicas y frecuentes campañas con las que los presidentes mexicanos prometían erradicarla. Cuando Ruiz Cortines inició uno de esos programas contra la corrupción, el corresponsal lo calificó de "nueva era llena de promesas para México". Inmediatamente agregó que Ruiz Cortines era un "hombre sabio" porque realizaba su "campaña de limpieza sin recriminar a regímenes anteriores ni tratar de llevar ante la justicia a aquellos culpables de soborno o corrupción". Una limpieza a fondo del sistema, agregaba, era "una tarea imposible y hubiera hecho pedazos al partido gobernante".²⁷ En un editorial donde aceptaban la "corrupción y los abusos de poder" del alemanismo, recomendaban paciencia porque el futuro sería mejor.²⁸ (Están a favor de cambiar la corrupción siempre y cuando no afecte la estabilidad.)

Estas técnicas también se utilizaban al tratar otros problemas como el abstencionismo, las manifestaciones, etcétera (véanse las gráficas 35 a 38 y 40 a 44), y la forma en que han evolucionado permite detectar cambios en la percepción de México.

Las amenazas al sistema

La reacción de la élite estadounidense ante las amenazas al sistema político mexicano confirma su respaldo al autoritarismo y permite apreciar la relevancia que tiene observar el manejo de las fuentes.

Por su visión del mundo resulta natural que Estados Unidos censurara acremente a la izquierda. Entre 1940 y 1960 la crítica tuvo una altísima

frecuencia: el Partido Comunista Mexicano (PCM) recibió 154 menciones negativas y sólo dos positivas; el Partido Popular (PP) obtuvo 57 en contra y ninguna a favor; y la oposición de izquierda en general fue blanco de 145 referencias negativas y cuatro positivas. Por la paranoia de la guerra fría daban una importancia excesiva a la izquierda: de 1946 a 1960 el *NYT* mencionó más veces al PCM que a cualquier otro partido, incluido el PRI (recomiendo consultar las gráficas 28 a 33). La atención no se justificaba, porque el número de comunistas en México no superaba los cinco mil, y su presencia política era bastante reducida, aunque es indudable que la izquierda no cejaba en sus intentos de influir en el movimiento popular.²⁹

Si le dedicaban tanto espacio a la izquierda era por los márgenes tan amplios de seguridad que querían disfrutar. El Consejo de Seguridad Nacional reconocía que en América Latina el comunismo era "un peligro potencial [...] no especialmente grande". Lo inquietante venía de que, como razonara el Departamento de Estado, los comunistas podían "explotar y articular aspiraciones nacionalistas, y proporcionar la organización y el liderazgo a todos los elementos antiestadunidenses".³⁰

Cuando se ubica una amenaza en la nebulosa potencialidad es fácil caer en excesos. En esa época atribuyeron todo tipo de males a conspiraciones de comunistas (algo parecido hacía la izquierda cuando culpaba al imperialismo yanqui de los males de la humanidad). Por ejemplo, después de exhibirse una película que trataba un tema especialmente incómodo para Estados Unidos como es el racismo, se produjo un incidente afuera de un cine mexicano. La interpretación que dio el corresponsal Paul P. Kennedy, sin dar evidencia, fue que éste había sido "un plan organizado para llevar la exhibición de la película a terrenos políticos".³¹ Después añadiría que era "generalmente aceptado" que las críticas en nuestro país a la discriminación racial en Estados Unidos eran "el trabajo de un grupito organizado".³²

En un ambiente tan esquemático se borraban los matices que alimentan la objetividad/ lo que traía consigo la pobreza analítica reflejada en su tratamiento de temas o líderes opositores. Vicente Lombardo Toledano fue un político de izquierda a la mexicana: como líder obrero respaldó la candidatura de Miguel Alemán, y cuando fue expulsado de la oficialista Confederación de Trabajadores de México (CTM), fundó el Partido Popular (PP), que existía (y existe) sobre una alucinante mezcla de tesis marxistas y nacionalistas. Para el PP, y más tarde para su heredero, el Partido Popular Socialista (PPS), la principal amenaza para los mexicanos era el imperialismo estadounidense, lo que los llevaba a postular que debía apoyarse

al grupo gobernante, que era nacionalista, y del que ese partido recibía subsidios. Lombardo y el PPS son el símbolo de esa izquierda domesticada y subsidiada tan funcional al sistema como los caciques.

En 1947, los servicios norteamericanos de inteligencia aseguraban que, aun cuando Lombardo no se definía como comunista, era "visto en toda la región como el vocero de los comunistas en asuntos laborales".³³ Lo mismo pensaba el NYT, según el cual "casi ningún político mexicano toma en serio" la diferencia marcada por Lombardo entre marxismo y comunismo. Los estadounidenses estaban convencidos de que Lombardo era "el mentor del sindicalismo guatemalteco", que tenía como objetivo "organizar una federación sindical latinoamericana atada al liderazgo soviético".³⁴ Scott también lo consideraba un "marxista".³⁵

Esta falta de matices en la comprensión de la orientación política de algunos actores también apareció con el general Miguel Henríquez Guzmán, priísta que decidió salirse del partido oficial para competir por la presidencia contra Ruiz Cortines en 1952.³⁶ Henríquez era un político de derecha, y en un primer momento el NYT lo catalogó correctamente como "un buen conservador burgués"; sin embargo, quería ganar la presidencia y echó mano de esa ductilidad ideológica que caracteriza a tantos políticos mexicanos: buscó una alianza con la izquierda en una maniobra que, según el corresponsal neoyorquino, había sido "inspirada por el Cominform". En esos momentos fue etiquetado como izquierdista. El dictamen del NYT cambió a medida que Henríquez recorría la geometría política para cumplir su objetivo de llegar a la presidencia, hasta que finalmente se le calificó de izquierdista.³⁷

El respaldo de la élite estadounidense al orden establecido también se expresaba en su condena a los sindicatos independientes que, en ese período, recibieron 62 menciones negativas y ninguna positiva, y a las manifestaciones (condenadas 25 veces y aprobadas siete). De la represión gubernamental se informó 88 veces, pero fue censurada en sólo 13 ocasiones, 11 de ellas por el corresponsal Camile Cianfarra, debido a la masacre de León ocurrida en enero de 1946 (gráficas 40 a 43).

Para censurar a los movimientos independientes utilizaban diversos métodos. Uno, en el que coincidían con el gobierno mexicano, era guardar silencio sobre los casos de represión (esta técnica la discutiré con más detalle en capítulos posteriores). Otro es el manejo de las fuentes: citaron con mayor frecuencia a las fuentes oficiales e ignoraron a los opositores, a quienes descalificaban acusándolos, sin dar pruebas, de ser comunistas o instrumentos de éstos. Sería absurdo negar la presencia en México

de una izquierda hostil a Estados Unidos; sin embargo, ello no justifica que los periódicos o académicos estadounidenses ignoraran la posibilidad de que el descontento también viniera de factores objetivos como la pobreza, los fraudes electorales o los liderazgos corruptos.³⁸

No sólo ignoraban los argumentos de los opositores, sino que en algunos casos justificaban la represión de que eran objeto. El corresponsal del *NYT* aceptó la tesis de que los petroleros en huelga en 1947 estaban infiltrados por los comunistas y aprobó la mano dura de Miguel Alemán. Consideró saludable que se aplicara "la ley al problemático sindicato petrolero" y concluyó, junto con "todos los observadores extranjeros", que podía ser el "momento culminante en la historia del manejo mexicano de sus recursos petroleros".³⁹ Poco después, el banquero mexicano Juan Monasterio presumía en Estados Unidos de que antes que Truman iniciara su campaña contra el comunismo, "el presidente de México ya había sacado a los comunistas del poder".⁴⁰ Cabe agregar que por haber respaldado a Miguel Alemán durante la huelga, Lombardo Toledano dejó de ser, temporalmente, el blanco de las críticas.⁴¹

Algo similar sucedió con los movimientos campesinos. Estos fueron mencionados poco en los años cuarenta y cincuenta (véase la gráfica 40) porque en ese periodo el campo mexicano no era prioritario, y los corresponsales rara vez salían de la capital. Pese a su ignorancia, condenaron los movimientos campesinos contra el régimen. El caso más notable fue un artículo publicado en 1954 sobre Rubén Jaramillo, líder campesino de Morelos que había sido candidato a gobernador en 1952, cuando el general Henríquez quería ser presidente, y que en los años cincuenta organizó un movimiento guerrillero.

El *NYT* lo describió como "un bandido de a caballo que carga pistola al viejo estilo y que ha estado aterrizando al estado de Morelos". Para el cotidiano, Jaramillo era el líder de "un grupo de unos ochenta desesperados" que andaba por el cerro como "si Pancho Villa hubiera saltado de la pantalla de un cine para aparecer en el paisaje mexicano". Para ellos, Jaramillo "se autonombra revolucionario" y a veces se disfrazaba de "sacerdote y a veces de pastor protestante"; en ocasiones viajaba en "una carreta de mulas cargada de suministros" y en otras se "desplazaba por brechas polvosas en un Cadillac largo y brillante".⁴²

Lleno de adjetivos y ataques infundados, este artículo carece de objetividad y está plagado de errores históricos. En él se recurre a los estereotipos más trillados de las novelas de vaqueros que presentan al campesino mexicano como un ser violento, pérfido, sucio, mal vestido y ladrón, que vive observando con lujuria a la joven blanca de ojos azules.⁴³ Dada la colaboración que

en aquel tiempo existía entre la CIA y la prensa estadounidense, es posible que esa nota fuera una "gacetilla" (propaganda que aparece como noticia).

Quince años después, en 1969, cuando Estados Unidos se liberaba de la histeria anticomunista, un escritor estadounidense publicó en el mismo *NYT* que "en 1962 un líder campesino popular, Rubén Jaramillo, su esposa y tres hijastros fueron asesinados brutalmente por las autoridades".⁴⁴ Con esta variación en el tratamiento hacia un mismo personaje, anticipo los cambios que habrá en el lugar que ocupa México en la conciencia estadounidense. Más adelante comentaré los posibles efectos que esta actitud tenía en México.

Las protestas obreras de 1958-1959

Con estos antecedentes no debe extrañar la cobertura sesgada y poco objetiva que se le dio al movimiento sindical y popular de 1958 y 1959, el más importante de los años cincuenta.

En febrero de 1958 empezaron las protestas obreras: primero los telegrafistas y luego un grupo de ferrocarrileros encabezado por Demetrio Vallejo. Desde un primer momento, el *NYT* los desacreditó y calificó como izquierdistas sin respaldo de "la mayoría de los trabajadores". El *NYT* coincidió con la tesis oficial de que la suya era una huelga ilegal y de que Vallejo estaba "cerca de los sectores sindicales infiltrados por comunistas".

El fantasma de la conspiración, alimentado por un manejo intencionado de las fuentes, era constante en los despachos del corresponsal neoyorquino. "Los izquierdistas —aseguraba— están siguiendo el patrón clásico de aprovechar el clímax del descontento que se ha venido gestando bajo la superficie durante años" (sobre el cual no había informado con anterioridad). A medida que el movimiento se extendía a petroleros, profesores y estudiantes, el periodista afirmaba que era "una acción coordinada" que formaba parte de "una ofensiva izquierdista" para controlar los servicios de transporte y comunicación. Después vendrían las críticas a López Mateos, quien había capitulado ante "las demandas de las fuerzas disidentes encabezadas por organizadores de izquierda".

En febrero de 1959 los ferrocarrileros estallaron la huelga y en marzo de ese año el gobierno, invocando la seguridad nacional (como en Estados Unidos), encarceló a los líderes y a miles de trabajadores y mandó al ejército a ocupar los lugares de trabajo. El corresponsal del *NYT*, Paul P. Kennedy, aprobó la acción porque "la huelga era un complot comunista", Vallejo estaba relacionado con la URSS (el gobierno procedió a la expulsión ritual de diplomá-

ticos soviéticos, con lo que demostraba ante la opinión pública la idea de conspiración) y los líderes ferrocarrileros habían atacado comunicaciones de ferrocarriles, corrompido a las autoridades, afectado la economía nacional y cionado al país.

Después de que fueron detenidos centenares de trabajadores, P. Kennedy reconoció que éstos “empezaron a rebelarse [...] cuando derazo nacional anunció que pospondría las demandas de aumentos reales [...] que había gran insatisfacción entre la membresía sindical a la legalidad [del comité directivo] impuesto por el gobierno [...] y que había indicios de que el gobierno obtuvo información poco confiable sobre lealtad de los trabajadores a su liderazgo”.⁴⁵ El esfuerzo por describir objetivamente a los opositores fue tibio y tardío. En total, el movimiento ferrocarrilero recibió 36 menciones negativas en el NYT, 17 informativas y ninguna positiva (véase la gráfica 41). Una investigación posterior demostró que la prensa mexicana adoptó tácticas parecidas (aunque más buenas para descalificar a los trabajadores y a su movimiento).⁴⁶

Robert Scott, el académico, condenó al movimiento ferrocarrilero en 1958 de otra manera. Aseguró en su libro que la “mayoría de los mexicanos aprobaron la aparente dureza de la reacción presidencial” contra los ferrocarrileros. Otro profesor, Karl Schmitt, confirma la tendencia a descalificar las protestas al explicar el fracaso de la huelga por las “demandas sin sentido” que provocó Vallejo y que “sólo llevaron al conflicto político y a su propia destrucción”.

Cuando Scott afirma que la “mayoría” de los mexicanos aprueba la política gubernamental no da ninguna prueba. Es posible que se apoya en lo que publicaban los medios de información —recurso que usa Schmitt explícitamente— pero éstos sólo presentaron la versión oficial. Confiar en los medios mexicanos suponía un acto de ingenuidad incomprensible en académicos rigurosos. En cuanto a la “dureza” también mencionada por Scott, ésta no era “aparente” porque el ejército ocupó centros de trabajo, despidió a miles de trabajadores, detuvo a centenares y encarceló a los líderes que permanecieron por muchos años en la cárcel.

En un epílogo escrito para la edición aparecida en 1971 de su *Mexican Government in Transition*, Scott menciona que después de “estar detenidos en la cárcel por varios años, esos hombres (se refiere a los 25 líderes detenidos) fueron juzgados y condenados en 1963 por el crimen de ‘disturbio social’”.⁵⁰ En este comentario vuelve a utilizar el recurso de la vaguedad porque no aclara a sus lectores en Estados Unidos que la Ley de Disolución Social de 1941 era violatoria de los derechos más fundamentales: el a

lo 145 de esa ley condenaba a prisión a cualquier extranjero o mexicano que "verbalmente, por escrito o por cualquier otro medio disemina propaganda política [...] con ideas, programas o formas de acción [...] que alteren el orden público o la soberanía del Estado mexicano".⁵¹

The New York Times también minimizaba el autoritarismo porque citaba casi exclusivamente los puntos de vista oficiales. Entre 1946 y 1960 reprodujo las opiniones de 1,035 funcionarios mexicanos y de 149 opositores (véanse las gráficas 8 a 11 donde se incluye parte de la información). De paso quisiera apuntar que estas cifras contradicen uno de los mitos más extendidos en Estados Unidos sobre México. Según Vincent Padgett los mexicanos eran reticentes a hablar con "extranjeros, especialmente si éstos vienen de los Estados Unidos. No es fácil establecer buenas relaciones con los políticos mexicanos".⁵² Las cifras desmienten esta afirmación porque sí existía un diálogo entre las élites, lo cual se confirma con una anécdota del viaje de Miguel Alemán a Estados Unidos.

En Nueva York, Alemán le pidió a Alejandro Carrillo (político mexicano director del periódico *El Popular*, con fama de comunista en Estados Unidos) declarar ante la prensa estadounidense que nunca había sido y no era miembro del Partido Comunista.⁵³ En otra demostración de la legendaria disciplina de los políticos mexicanos, Carrillo accedió a dar explicaciones a los estadounidenses sobre sus convicciones políticas y a exhibir el control presidencial de las ideas (y de la dignidad de los políticos).

Dentro de este patrón de poca atención a las protestas y a la represión, sí hay una diferencia con el tratamiento que recibieron los movimientos sociales de centroderecha. Rescato dos ejemplos. Cuando se perpetró la matanza de unos cincuenta campesinos de la derechista Unión Nacional Sinarquista, que protestó por un fraude electoral en León, Guanajuato, en 1946, el corresponsal del *NYT* sí se trasladó al lugar de los hechos e hizo una descripción bastante objetiva de lo que había pasado (lo que no sucedió con la rebelión de Jaramillo en el estado de Morelos).

El movimiento cívico encabezado por el doctor Salvador Nava en San Luis Potosí fue cubierto razonablemente bien y con simpatía.⁵⁴ Para Robert Scott en el movimiento navista participaron "sectores amplios de la ciudadanía que se unieron para sacar a jefes políticos atrincherados desde hacía mucho tiempo". Scott consideraba que "el desarrollo social finalmente ha llegado a un nivel en el cual la ciudadanía en general no está dispuesta a tolerar el tipo de gobierno fuerte que ha seguido controlando algunas de las unidades locales mientras que al nivel nacional evolucionan

hacia autoridades más responsables".⁵⁵ Es decir, se condenaba a los jefes locales y se defendía a las autoridades nacionales ignorando que ambos formaban parte de un mismo sistema político.

En síntesis, la élite estadounidense trató muy bien al grupo gobernante mexicano en las décadas de los cuarenta y los cincuenta. Con los opositores hablaba poco o los ignoraba. Cuando trataron con ellos, mostraron un cierto favoritismo hacia los grupos de centroderecha y expresaron su disgusto con todo lo que pareciera izquierdista o nacionalista. Resulta obvio que en aquellos sucesos, que no correspondían con su visión del mundo o con sus intereses, había menos disposición a ampliar su conciencia potencial. Para lograrlo y al mismo tiempo preservar su imagen de objetividad recurrieron a diversos métodos que expliqué en detalle porque seguirán apareciendo en la narración.

Estas parcialidades plantean una pregunta obvia: ¿cuál fue el efecto que esta actitud tuvo sobre el sistema político mexicano? Aunque hablamos de movimientos de hace varias décadas y es imposible saber qué habría pasado si se hubiera contado con información más objetiva sobre estos movimientos, es inevitable pensar que los perjudicó el silencio, porque un movimiento independiente u opositor languidece cuando no es identificado y reconocido por los medios de información.

Cuando en 1957 Herbert Matthews entrevistó a Fidel Castro para el *NYT* en la Sierra Maestra, le regresó vida a un líder y a un movimiento que se consideraban muertos, y que estaban rodeados por la barrera de silencio impuesta por un régimen autoritario.⁵⁶ El mexicano Rubén Jaramillo nunca recibió la atención de algún corresponsal estadounidense. La indiferencia a las luchas de la sociedad mexicana será una constante que seguiré abordando porque, entre otros factores, alimentó el mito de un régimen bien consolidado y de unos mexicanos pasivos y resignados.

Esto fue la manifestación de que el campeón de la democracia y de un mundo abierto, se había convertido en el defensor más celoso de un régimen autoritario y cerrado al escrutinio externo a través de la utilización del nacionalismo. A cambio de ello, Washington obtuvo la tranquilidad de tener una frontera sur estable. En los años cuarenta y cincuenta esto fue consecuencia de que el conocimiento sobre México era bastante pobre. La investigación constituía un ejercicio en el autoelogio y la búsqueda de las razones que nos impedían ser tan buenos como los estadounidenses. Ya veremos qué tanto cambiaron estas ideas en los años sesenta.

OPTIMISMO ECONÓMICO



En la evolución del pensamiento estadounidense sobre el desarrollo económico hay tres grandes etapas. Después de la guerra existía un consenso absoluto respecto a que el sector privado era su principal protagonista y de que la ayuda de Estados Unidos al desarrollo se daba por medio de sus inversionistas. Durante la efervescencia de los años sesenta los liberales modificaron esos supuestos y aceptaron que el Estado interviniera en la promoción del crecimiento y Washington transfiriera a los gobiernos ayuda económica para el desarrollo. En los años ochenta hubo un regreso al punto de partida, es decir, se le devolvió el protagonismo al sector privado, aunque con dos innovaciones: la agresividad con que impusieron sus recetas, y la utilización de los organismos financieros internacionales como el agente que impondría las "políticas de ajuste estructural".

La propuesta estadounidense

La propuesta estadounidense sobre el desarrollo económico contó con un consenso abrumador durante los años de la guerra fría: las "doctrinas" de los funcionarios, las "teorías" de los académicos y los artículos periodísticos coincidían en calificar como peligroso al subdesarrollo y convenían en las recetas que, en su opinión, lo encaminarían a la prosperidad.¹

La concepción del desarrollo estaba profundamente influida por la guerra fría.² Capitalistas y comunistas competían en y por el Tercer Mundo y uno de los terrenos donde se libraba la batalla era en las propuestas para desarrollarse. En un extremo estaba el modelo estatista y centralizado de la Unión Soviética; en el otro, el capitalista de Estados Unidos, y en medio, experimentos como el mexicano o el yugoslavo que mezclaban elementos de los dos modelos.

En la lógica de ese periodo, la prosperidad de México y de otros países entraba en el ámbito de la seguridad de Estados Unidos porque, de no remediarse el subdesarrollo, podrían "caer en manos comunistas".³ Para que se desarrollaran, Estados Unidos proponía la fórmula que habían seguido los países capitalistas maduros: respeto a la propiedad privada y las fuerzas del mercado, industrialización, modernización de la agricultura y creación de las clases medias que serían el principal instrumento para la construcción de la democracia liberal.⁴ Los avances que iban teniendo los países se medían por el aumento en "el producto per cápita y otros indicadores convencionales".⁵

Los gobiernos latinoamericanos estaban de acuerdo en términos generales con la propuesta norteamericana, pero diferían en la forma de lograrla. Para Washington la responsabilidad recaía en los empresarios y no en los fondos gubernamentales. A los gobiernos de la región les correspondía crear las condiciones para atraer esa inversión estadounidense.⁶ Los latinoamericanos, influidos por el pensamiento de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL), consideraban indispensable la intervención del Estado para promover la industrialización mediante la sustitución de importaciones y abogaban por la ayuda gubernamental.

El optimismo ante la economía mexicana

En este marco general se ubica lo que pensaron sobre la economía mexicana. Pese a que la economía mixta contradecía las ideas prevalecientes, entre 1946 y principios de los años sesenta, la élite estadounidense vio con optimismo lo que pasaba en nuestro país.

El *NYT* (y por tanto la élite estadounidense) tuvo una opinión muy positiva de la economía mexicana. Entre 1946 y 1959, la variable "situación económica general de México" tuvo 115 menciones positivas por nueve negativas (véanse las gráficas 67 y 68) y la variable "revisión general de la industria" recibió 69 citas positivas y dos negativas.⁷

Estas cifras se traducían en declaraciones del siguiente tenor: para Anita Brenner, en 1948 las políticas económicas de Alemán se merecían un "diez por sus logros";⁸ en 1951 Herbert Gaston, presidente del Eximbank, confesaba estar "francamente entusiasmado con México";⁹ al terminar el sexenio alemanista, el corresponsal Sidney Gruson aseguraba que Alemán había dejado un país "bien encaminado hacia el desarrollo de una economía moderna";¹⁰ finalmente, en 1953, la columnista Flora Lewis concluyó

que el retrato de México debía "quitarse de la galería mundial dedicada a las regiones atrasadas y ser colgado en medio, junto al grupo de los países en desarrollo".¹¹

El entusiasmo no se veía afectado por aquellos aspectos de la propuesta económica mexicana que se salían de su esquema. Lo único que hacían era criticar con frecuencia la participación del Estado en la economía (véase la gráfica 72 para una noción agregada) o el proteccionismo con que impulsaban la industrialización. También condenaban la tradición comunitaria del ejido, calificado de "chasco" por no "producir lo suficiente" y por venir de "un concepto socialista que fue la base de la Revolución mexicana".¹² Todo el tiempo propusieron que México remplazara los "métodos primitivos de cultivo tan antieconómicos, con técnicas modernas".¹³

Que lo positivo superara, con mucho, a lo negativo tiene varias explicaciones. Una era la moderación de la propuesta mexicana. Pese a la economía mixta, la empresa privada tenía un amplio espacio para desarrollarse y el régimen controlaba cualquier radicalismo económico o político del sector obrero. Además de ello, eran conscientes de que el gobierno invertía en áreas "en las que el capital privado [...] había sido inadecuado o reacio".¹⁴ Finalmente, el argumento más contundente para dejar a México en paz fue el éxito medido en cifras: la economía crecía, era el "milagro mexicano".¹⁵

Los planificadores mexicanos enfrentaron un dilema: el eje de los planes económicos mexicanos era la industrialización —en eso todos los actores estaban de acuerdo—, y ésta requería de bienes de capital, crédito e inversiones que sólo podían venir de Estados Unidos. Pero en la medida en que se fortalecieran las relaciones económicas con ese país, México entraría a un desarrollo dependiente y asociado, que erosionaría, a la larga, las tesis del nacionalismo económico.¹⁶ El equilibrio, siempre difícil, se mantuvo hasta mediados de los ochenta. Washington no intervino en el ensayo mexicano siempre y cuando se respetaran las inversiones de sus ciudadanos y, de hecho, una de las variables más importantes para medir la opinión de Estados Unidos es la política mexicana hacia la inversión estadounidense, a la que atribuyen grandes virtudes.¹⁷

Según un documento del Departamento de Estado de 1952, la inversión privada estadounidense desarrolla, produce y pone a disposición de su país "material estratégico", contribuye al "desarrollo económico de los países latinoamericanos" y promueve la "influencia y el poder de Estados Unidos".¹⁸ Para lograr estos objetivos aquella nación tenía que convencer a

los gobiernos de América Latina de que favorecía su interés el crear "un clima que atrajera a la inversión privada" (eso decía en 1953 el Consejo de Seguridad Nacional).¹⁹

Con estas ideas como fiel de la balanza, siempre tuvieron cuidado en separar la retórica de los hechos: para el *NYT* no importaban "las palabras amables sobre el capital extranjero y la empresa privada [...] [sino las] acciones".²⁰ Si Alemán y Ruiz Cortines recibieron tantos elogios fue por sus acciones a favor de la inversión estadounidense, que, en opinión del *NYT*, ayudaban a superar la "psicología" creada por "hechos acontecidos durante el régimen cardenista" (se referían a la expropiación petrolera, que en ese periodo todavía les obsesionaba).²¹

Así, pues, los elogios a la economía mexicana se apoyaban en el clima favorable que tenía la inversión extranjera (gráficas 77 a 78). Tantas alabanzas desconciertan porque la ley que la regulaba (la de 1946) tenía una marcada orientación nacionalista. La contradicción se resolvía con el mecanismo creado por el entendimiento entre Morrow y Calles de 1927: de acuerdo con un alto funcionario de la administración de Truman, en tiempos de Alemán la legislación mexicana no era "seguida en la práctica [...] eran simples dispositivos de seguridad que se utilizarían sólo si fuera necesario".²² Lo mismo pensaron del gobierno del presidente Ruiz Cortines, durante el cual siguieron siendo "excesivamente liberales en el otorgamiento [...] de exenciones a la ley tratándose de empresas consideradas benéficas para su economía".²³

Fórmulas para evadir asuntos incómodos

Otros motivos que los llevaban a conclusiones optimistas se originaban en que algunos aspectos de la realidad eran simplemente ignorados, tal vez porque estaban más allá de los límites de la conciencia.

Un pilar de la visión del mundo estadounidense es el protagonismo que se otorga al sector privado, al que se considera como motor del desarrollo porque tiene iniciativa, inventiva y disposición a tomar riesgos. Por aquellos años, buena parte del sector privado mexicano no se apegaba a estas características porque, con algunas excepciones que fueron creciendo con el tiempo, tendía a ser ineficiente y corrupto, consecuencia de su extrema dependencia del régimen. Si los estadounidenses no percibieron esos rasgos fue porque no sometieron al empresario mexicano a un escrutinio sistemático.

Es interesante que se tratara de una evasión deliberada, porque cuando había conflictos entre empresarios mexicanos y estadounidenses se exhibían las debilidades de los primeros (véanse gráficas 72 a 76). Por ejemplo, en 1959 algunos inversionistas mexicanos pidieron la nacionalización de intereses mineros estadounidenses. En un artículo donde se refirió al tema, el *NYT* los descalificó diciendo que evadían el fisco y que no invertían porque se habían "habituado a una ganancia mucho más rápida" que la acostumbrada entre los extranjeros.²⁴

La economía tenía otras deficiencias y problemas que también ellos ignoraron o minimizaron. En 1953, un informe del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento aludía a "la mala distribución del ingreso nacional mexicano" y a la costumbre de "gastarlo en bienes de lujo". El informe concluía que, para poder dirigir el capital hacia el desarrollo y transformarlo en ingreso nacional, era preciso modificar esa tendencia.²⁵

Estas referencias eran aisladas y escasas: entre 1946 y 1960 sólo mencionaron en doce ocasiones la distribución del ingreso nacional, menos de una vez por año (véanse las gráficas 82 y 83). Los niveles de vida rural y urbana, la marginalidad y la pobreza tampoco recibieron atención (véanse las gráficas 86 a 90). Estos problemas empezaban a preocuparles en los años sesenta; en los cincuenta el énfasis se ponía en la industrialización y en la necesidad de que hubiera una acumulación de capital que hiciera posible una expansión rápida de la economía.

Para minimizar los costos sociales organizaron y presentaron la información de cierta manera. Tomemos como ejemplo un artículo de Flora Lewis: reconocía estos costos, pero les quitaba prioridad al agregar que eran "el inevitable resultado de la industrialización, de una competencia más intensa y de un mercado más grande y exigente". Llegaba a esas conclusiones porque estaba convencida de que en "el largo plazo" ese proceso llevaría a "una mayor productividad y calidad y una mejor distribución del ingreso".²⁶

Lo mismo puede decirse de la forma en que abordaban la inflación. En las últimas líneas de un largo artículo escrito en 1956 se comentaba que "el resentimiento [social] por el aumento en el costo de la vida había ido creciendo". Pero esa idea estaba fuera de la tesis central de la nota periodística que aparecía en el primer párrafo: el año había sido "excepcional, y en algunas instancias sobrepasó todo lo anterior en el pasado mexicano".²⁷

En síntesis, durante la guerra fría a la élite estadounidense le molestaban pocos aspectos del modelo mexicano y su opinión era muy positiva: la economía crecía y se respetaban los intereses de Estados Unidos. Fueron

los años dorados del "milagro mexicano". Los problemas y carencias fueron evadidos, minimizados o presentados como aspectos desafortunados, pero transitorios e inevitables, como una parte de la factura que debían pagar los países que querían ser modernos.

Si acomodamos estas ideas junto a la opinión estadounidense sobre el sistema político, las diversas vertientes de la relación y los encuentros presidenciales, aparece un panorama claro de la conciencia estadounidense, de las relaciones de dominación y del sistema político mexicano. Con esa base podemos pasar a la siguiente etapa, caracterizada por los sacudimientos y ajustes que vinieron en una década de transición.

LOS TURBULENTOS AÑOS SESENTA



ESTADOS UNIDOS EN TRANSICIÓN



En Estados Unidos y México los años sesenta se asocian a protestas, a la revolución en Cuba, a la guerra en Vietnam, a los asesinatos políticos y al movimiento estudiantil del 68. Esos sucesos dramáticos fueron la consecuencia de una multitud de pequeños acontecimientos e ideas, algunos de los cuales habían empezado a modificarse en la década anterior.

Durante la guerra fría la sociedad estadounidense vivía convencida de su excepcionalidad y de la necesidad de mantenerse unida en torno del orden establecido y de las autoridades. La imagen idílica y plácida que transmitían los medios de información masiva, y en especial la televisión, empezó a sacudirse en 1954. Una decisión de la Suprema Corte (*Brown vs. Board of Education*) legitimó la batalla de los negros en contra de la discriminación y la marginación. La resistencia violenta de algunos blancos (y la solidaridad de otros) fue capturada fielmente en imágenes de televisión que mostraron a Estados Unidos y al mundo que, tras la fachada del discurso triunfalista, había problemas muy graves. El movimiento por los derechos civiles afectó a Estados Unidos con una intensidad sin paralelo desde la guerra civil.

A las protestas se unieron otras minorías étnicas o sexuales y el movimiento que reivindicaba los derechos de la mujer. Por si eso no bastara, la juventud estadounidense, educada en la abundancia, le encontró defectos —algunos reales, otros inventados— a una sociedad industrializada a la que juzgaba hipócrita. Se propagó como epidemia el escepticismo frente a la autoridad y se resquebrajó el consenso tras la política exterior. Un buen cronista describe los años sesenta como “una época explosiva, durante la cual se cuestionaron muchos aspectos del viejo orden: racial, moral, cultural, espiritual. Fue como si [de pronto] explotaran todas las fuerzas sociales que habían sido reprimidas durante dos o tres décadas, poniendo a la defensiva a las estructuras de autoridad”.¹

El sistema internacional se reajustaba por todos lados. En la URSS, a la muerte de Stalin en 1953, siguió la actitud conciliadora de Malenkov y Krushov, quienes deseaban reducir los gastos militares y concentrarse en la solución de problemas internos. El "discurso secreto" de Krushov ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956, denunciando los "excesos" de Stalin, fue acompañado por varias iniciativas internacionales: Austria se neutraliza en 1955 con la colaboración soviética; aparece el "espíritu de Ginebra", conciliador, y nace la era de la coexistencia pacífica. Los conflictos no terminaron, se desplazaron a África, América Latina y Asia, donde la derrota francesa en Indochina, durante mayo de 1954, abrió el camino a la intervención estadounidense en Vietnam.

En 1960, y cuando la guerra fría dejaba de ser noticia de primera plana, Richard Nixon perdió la elección presidencial ante John F. Kennedy, quien ejemplificaba la imagen y el estilo de los sesenta. En el terreno de las ideas su triunfo significó que las tesis liberales recuperaron terreno perdido frente a las ideologías conservadoras. Empezaba la época dorada de un liberalismo imbuido de un activismo, mesiánico y optimista, que no conocía ni quería conocer barreras en Estados Unidos, el mundo o el espacio exterior. Con ese espíritu el Washington de Kennedy se dispuso a enfrentar las amenazas —concretas o imaginarias— a la seguridad de su país.

No todo se renovó. Ellos seguían convencidos del carácter agresivo de la URSS y del comunismo, y creían que Estados Unidos estaba obligado a exportar su sistema político y económico al mundo. En relación con Kennedy, la URSS y sus aliados llevaban la delantera en la recientemente iniciada carrera espacial e incursionaban en Asia, África y América Latina (en Vietnam, El Congo y Cuba, respectivamente) y eso obligaba a revitalizar la contención. Lo original se encontraba en la magnitud y el tipo de soluciones propuestas, en la intensidad con que se instrumentaron y en la flexibilidad que mostraron en algunas ideas. Reconocieron que las viejas recetas ya no funcionaban, y para elaborar otras tuvieron que ampliar los márgenes de su conciencia potencial. De esa multiplicidad de factores en movimiento prestaré más atención a la guerra en Vietnam y a la Revolución cubana, a las relaciones interamericanas y a la revolución en las ideas.

Vietnam y la política exterior

Tras el triunfo de los comunistas en China en 1949 y la guerra en Corea, la Doctrina Truman —elaborada en 1947 para Europa— se amplió para

incluir al Sudeste asiático. Pero la incorporación de la antigua Indochina fue un ejercicio de planificación estratégica, porque Eisenhower nunca aceptó enviar tropas a ese país, pese a que desde 1955 el Pentágono aseguraba que con sólo 16 divisiones podía ganar militarmente el conflicto.

Kennedy era impetuoso y lanzó a Estados Unidos a una intervención que sería justificada con varios argumentos: Vietnam tenía que mantenerse dentro del mundo libre para evitar la pérdida de toda Asia (la teoría del dominó de John Foster Dulles); y para sostener la credibilidad de los compromisos estadounidenses, era preciso respaldar a toda costa al gobernante en turno de Vietnam del Sur (con algunas variantes, ésta sería la idea más utilizada durante el tiempo que duró la intervención).

Halberstam considera que el conflicto de Vietnam fue trascendente porque "marcó el final de una época, porque acabó con cierta inocencia. Es indudable que [...] dejó una herida en lo más profundo de la cultura estadounidense [...] [y] llevó al nacimiento de una generación de historiadores y cineastas críticos". Para Halberstam "lo más trascendente es que nos hizo preguntarnos quiénes éramos, y acabó con el mito de que éramos diferentes, de que éramos mejores".²

La principal derrota de Estados Unidos en Vietnam no fue militar, sino política y moral, porque Vietnam se enganchó con el movimiento por los derechos civiles y las rebeliones de jóvenes y minorías. La mezcla tuvo efectos devastadores porque llevó a poner en duda la legitimidad de las instituciones y, por ende, la autoestima de la sociedad. Los sesenta golpearon los mitos y los pilares de la visión del mundo, desinflando por un tiempo el robusto ego de la potencia. Otra consecuencia fue la incorporación de la sociedad a la discusión de la política exterior, modificando para siempre, la forma en que ésta se formulaba.

El soporte intelectual de tal incursión de la sociedad en la diplomacia vino de una corriente intelectual muy crítica de la política exterior estadounidense. Frente a las versiones tradicionales de analistas como George Kennan o Samuel Flagg Bemis, para quienes la política exterior de Estados Unidos estaba motivada por la moralidad y el idealismo, surgieron académicos que revisaron todos los mitos norteamericanos. El revisionismo crítico no era nuevo: en los años cincuenta se expresó en el libro de William A. Williams *The Tragedy of American Diplomacy*, pero entonces tuvo poco efecto porque rebasaba los límites de la conciencia social.

En los años sesenta y setenta, por el contrario, la corriente revisionista, llamada también radical o de nueva izquierda tuvo mucha influencia,

porque en un momento de búsqueda, el hecho de cuestionar los mitos más venerados de la historia estadounidense coincidía con la rebeldía social. Las políticas y las motivaciones de Woodrow Wilson, Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman fueron puestas en tela de juicio y, en el colmo del sacrilegio, se concluyó que gran parte de la responsabilidad de la guerra fría y de la intervención en Vietnam y Chile y de muchas tragedias más, recaía en el gobierno de Estados Unidos, que había traicionado los principios rectores de su visión del mundo. Para evitar que volviera a suceder, la sociedad debía estar vigilante y participar en la formulación e instrumentación de la política exterior.

Pese a lo corrosivo y devastador de la crítica, ésta era limitada, pues sólo censuraba el comportamiento de algunos funcionarios e instituciones por considerar que traicionaban a las tradiciones norteamericanas. Se condenó a los hombres, no las reglas centrales del sistema, a la forma y no al fondo, y esto, aunado a la falta de un movimiento político que compitiera por el poder con una visión alternativa del mundo, explica que el sistema se mantuviera y reapareciera en los ochenta redimido y reformado después de un sinfín de dramas y traumas.

La metamorfosis de la prensa y la academia estadounidense

Los medios de información reflejan a la sociedad, y en los sesenta incorporaron el espíritu social y dieron espacio a las voces críticas recuperando la autonomía entregada al gobierno a nombre de la seguridad nacional. La prensa volvió a convertirse, desde su diversidad ideológica, en activa vigilante de las autoridades y en representante de los intereses de la sociedad. Dos hechos capturan esa metamorfosis.

En 1961, *The Miami Herald*, *The U.S. News and World Report* y *The New Republic* aceptaron la petición oficial de no publicar información sobre las actividades de la CIA contra Cuba y los preparativos para invadir la isla. El *NYT*, por su parte, suprimió algunos párrafos cruciales de un artículo de Tad Szulc sobre el mismo tema. Como ocurrió durante el derrocamiento de Jacobo Arbenz, el único que mantuvo una línea editorial independiente y crítica fue el semanario *The Nation*.³ Si estos y otros medios colaboraron con Washington, fue porque aceptaban la interpretación oficial de la seguridad nacional.

Una década después, en 1971, el guión fue totalmente contrario. El *NYT* publicó los "Documentos del Pentágono", que demostraban cómo

había engañado el gobierno estadounidense a la nación respecto a Vietnam. El cotidiano tomó esta decisión sin consultar a la Casa Blanca y se enfrentó legalmente al gobierno de Nixon, que buscó detener la publicación. Con ese hecho, la prensa —apoyada por el poder judicial— recuperó su capacidad de discernir de manera independiente lo que constituía el “interés nacional”.⁴ A partir de entonces el consenso entre prensa y gobierno dejó de ser automático y fue normal que se multiplicaran los desacuerdos.

Tras esta metamorfosis se encuentra una ampliación en los niveles de conciencia de la prensa, cuyo origen provino de varios factores. Uno fue la transformación en el perfil de los periodistas que llegaban a las salas de redacción. El periodismo se hizo una actividad que exigía profesionalismo, y dejó de ser la romántica actividad de aventureros autodidactas. Sufrió la leyenda pero ganó el rigor. Y cuando los periodistas afilaron su espíritu crítico y recuperaron la tradición investigadora, tan propia de la prensa estadounidense, pusieron en duda las interpretaciones gubernamentales.⁵ Que esto fuera posible se debió a que la sociedad estaba recuperando, y ejerciendo, su actitud crítica, y el desconfiar de los funcionarios dejó de ser traición a la patria para convertirse en un deber individual y en un síntoma de salud pública.

Para que se expresara el espíritu crítico de los individuos fue necesario que la línea editorial se alejara del conservadurismo y se acercara al centro liberal, tal y como acontecía en toda la sociedad.⁶ Otis Chandler llegó a la dirección del *Los Angeles Times* en abril de 1960. Muy pronto, un periódico en extremo conservador empezó a hacerse liberal, y lo impensable sucedió en 1961, cuando publicó una serie de artículos criticando a la ultraderechista Sociedad John Birch, que tenía su base principal en el condado de Orange, California.⁷ Los estudiosos de los medios de información coinciden en que, con ritmos y matices diferentes, *NYT*, *Newsweek*, *Time*, y las cadenas de televisión CBS y ABC (entre otros) vivieron experiencias similares.

Otra innovación vino de la importancia que los periodistas concedieron a los asuntos internacionales. Cuando la prensa estadounidense empezó a dar un seguimiento más cuidadoso a lo que ocurría en otros países con la actitud crítica de los sesenta, aumentaron las dudas sobre algunas de las interpretaciones que hacía el gobierno del “interés nacional”. Un cronista de esa época comenta que “por vez primera creció nuestro deseo por ver diferentes dimensiones y matices en nuestro interés nacional”.⁸ Henry Giniger, corresponsal del *NYT* en México durante los últimos años de esa década, me comentaba que la prensa estadounidense se volvió “mucho más cautelosa, contestataria y perspicaz frente al gobierno”.⁹

Vietnam tuvo una gran importancia en esa transformación. En ese país miles de periodistas vivieron experiencias traumáticas. De acuerdo con la ácida pluma de Halberstam, el periodista llegaba a Vietnam seguro de sí mismo, pensando que Estados Unidos podía salvar a los vietnamitas quienes estaban esperándolos y les quedarían eternamente agradecidos. En un segundo momento (generalmente a los tres meses de estar en el país) reconocía que el conflicto era más complejo de lo que habían imaginado. Al cabo de seis a nueve meses culpaban a los vietnamitas (siempre vietnamitas, nunca los estadounidenses) de lo que sucedía. Luego venía el reconocimiento de que Estados Unidos perdía la guerra (o cuando menos no la ganaba). Al final, llegaba la aceptación de que "esto no está funcionando, no deberíamos estar aquí, causamos más daños que beneficios".

La guerra fría había desacostumbrado a los gobernantes estadounidenses a la crítica, y los nuevos vientos llevaron a un periodo de relaciones particularmente ríspidas con los gobiernos de Lyndon B. Johnson y Richard Nixon (este último era famoso por su dificultad para relacionarse con la prensa). El vicepresidente Spiro T. Agnew llegó a decir que los periodistas habían alentado las protestas de los años sesenta y que, por lo tanto, eran "compañeros de viaje de la contracultura".¹¹ (Cabe recordar que durante la guerra fría, decir "compañero de viaje" era una forma de referirse a alguien como aliado implícito de los comunistas.) Agnew se equivocaba y terminó renunciado, al mismo tiempo que Nixon pasaba por el calvario de Watergate.

Estos hechos, que simbolizan la independencia de la prensa estadounidense, fueron posibles porque, al igual que la sociedad, crecía la actitud crítica y la inconformidad entre algunos funcionarios. Fue un analista del Departamento de Defensa, Daniel Ellsberg, quien filtró los "Documentos del tápago" a la prensa, y fue un informante misterioso ("Deep Throat") el que desde las entrañas de la presidencia orientó a los periodistas de *The Washington Post* sobre lo que debían investigar durante el escándalo de Watergate.

En un capítulo anterior mencioné que el *NYT* fue uno de los periódicos que se mantuvieron relativamente fieles a los principios liberales durante el oscurantismo de la guerra fría. Esto, aunado a su flexibilidad, le permitió adecuarse mejor y más rápidamente a los nuevos tiempos. Durante la década de los sesenta escribió en sus páginas una nueva generación de periodistas, libre de paranoias; entre otros, Tad Szulc y H. J. Mendenberg en América Latina, y David Halberstam en Vietnam, cubrieron lo que acontecía internacionalmente con el espíritu abierto de los sesenta.¹² Con

se renovó la tradición liberal que Herbert Matthews, Harrison Salisbury, John Oakes y James Reston habían preservado en los cincuenta.

Las transformaciones nunca rebasaron ciertos límites. En los medios de información la ideología liberal recuperó fuerza, pero la conservadora no desapareció y el resultado fue un nuevo equilibrio asentado en los principios fundamentales de la visión del mundo. Al mismo tiempo se modificó la forma en que se concebían el desarrollo, la democracia, el papel del Estado y las relaciones hemisféricas.

América Latina y Cuba en Estados Unidos

En los años sesenta se transformó la percepción estadounidense sobre América Latina y el funcionamiento de las relaciones de dominación, porque se establecieron nexos entre sociedades ("redes") que influyeron a partir de entonces en los acontecimientos hemisféricos.

La ampliación de la conciencia empezó también en los años cincuenta y se aceleró a partir del accidentado viaje del entonces vicepresidente Richard Nixon a Latinoamérica en 1958. La hostilidad que encontró aumentó el interés de Washington, y el presidente Eisenhower envió a su hermano Milton a preparar un informe que contuviera una revisión a fondo del sistema interamericano. Ese mismo año, el comité de relaciones exteriores de la Cámara de Representantes de Estados Unidos se embarcó en un proceso similar que se plasmaría en siete volúmenes.¹³

No sólo crecía el interés por entender lo que ocurría en la región, sino que éste venía teñido de posiciones menos dogmáticas. En 1959 los jefes del Estado Mayor Conjunto criticaron, en un memorándum dirigido al secretario de la Defensa, la "perspectiva negativa" de Estados Unidos frente al "problema comunista" y a la persistencia de "ir contra el comunismo sólo porque Estados Unidos decía que el comunismo era malo"; consideraban que había llegado el momento de adoptar una "actitud positiva".¹⁴ No estaban a favor del comunismo; querían redefinir las estrategias empleadas para combatirlo.

En este siglo la Revolución cubana ha sido el acontecimiento latinoamericano que más ha irritado, preocupado y afectado las ideas y la política estadounidenses hacia América Latina. Es tan profunda la hostilidad de Washington que en 1995 restableció relaciones con Vietnam, pero mantiene inalterado el bloqueo económico, político y diplomático a la isla caribeña.

El enojo puede entenderse mejor si comparamos Cuba con la Revolución mexicana. Desde los años veinte los revolucionarios mexicanos concluyeron que era inevitable y necesario llegar a acuerdos pragmáticos con Estados Unidos y que la independencia del experimento mexicano tenía como límite el interés de Estados Unidos. Cárdenas mismo fue pragmático en ese sentido. La Habana adoptó una conducta opuesta. En América Latina impulsó movimientos guerrilleros en varios países (aunque no en México), llevó su activismo y sus tropas a África, donde respaldó a grupos opuestos a Estados Unidos, y todo lo hizo en una forma estridente y provocadora, indiferente a la sensibilidad de la potencia.

Cuba tenía pocas probabilidades de éxito en un hemisferio más bien conservador. Una encuesta aplicada por la USIA en 1964 en Buenos Aires, Río de Janeiro, México y Caracas mostraba que "las grandes mayorías" veían "amistosamente a Estados Unidos, en contraste con la antipatía que expresaban por la Unión Soviética, la China comunista y la Cuba de Castro". Estos resultados coincidían con "estudios [de opinión] previos sobre América Latina".¹⁵ Por su parte, el Departamento de Defensa concluía que los militares latinoamericanos eran "probablemente los menos antiestadunidenses de cualquier otro grupo político en la región".¹⁶

Las encuestas no los tranquilizaban del todo, porque suelen conceder gran importancia a las amenazas potenciales, y Cuba los inquietaba porque podía tener éxito. En 1964 la CIA reconoció que Cuba era "observada de cerca por otras naciones" y que si la revolución mostraba su viabilidad, "podría tener un gran impacto en las tentaciones estatizadoras de toda el área".¹⁷ En 1980 el presidente Carter confirmó que la verdadera "amenaza cubana" había consistido en ofrecer un modelo alternativo para los insatisfechos con el orden existente.¹⁸

Para acabar con la amenaza al orden establecido, Washington recurrió al esquema que tan bien le había funcionado con Jacobo Arbenz y se lanzó a aplastar la Revolución cubana. Utilizó el bloqueo económico y el aislamiento diplomático, alentó la fuga de cubanos, organizó una invasión y planeó numerosos atentados contra Castro.¹⁹ La isla caribeña resistió y frenó la arrogancia estadounidense pagando un costo interno altísimo porque, para sobrevivir, el sistema político se hizo excesivamente rígido y dependiente de una sola persona.

Estados Unidos puso gran empeño en evitar el surgimiento de "otras Cubas" en el hemisferio y en "contener" la expansión del comunismo. Para ello formuló dos grandes planteamientos estratégicos. Uno era

bastante convencional y consistía en el reforzamiento de las estructuras de seguridad latinoamericanas. Esto lo efectuaron aumentando los montos de ayuda militar y la cantidad de personal involucrado en la región. Para justificar la nueva política redefinieron la doctrina de seguridad nacional y pusieron como principal amenaza a la subversión interna.

Reformismo y revolución

El segundo planteamiento estratégico fue propio de los turbulentos años sesenta. Se centró en transformaciones sociales para adelantarse a los extremistas de "derecha (la oligarquía y los militares), o izquierda (radicales y comunistas)". La expresión más acabada fue el ambicioso programa de reformas económicas y políticas contenidas en la Alianza para el Progreso (Alpro) que pretendía provocar "una revolución de la clase media, en la que los procesos de modernización económica llevarían a la clase media urbana al poder", como sintetizó en 1961 James Schlesinger, Jr., en un memorándum al presidente Kennedy.²⁰

Una propuesta así requería darle prioridad al desarrollo económico que, para Kennedy, era el "reto actual más crítico". Para lograrlo propuso un "programa serio y de largo plazo" de préstamos gubernamentales dedicados a la actividad productiva de las "regiones subdesarrolladas".²¹ Se modificaron entonces la conceptualización y el lenguaje sobre el desarrollo económico y político abandonando el maniqueísmo previo. Entre los muchos indicadores estaría el aumento en el interés por la distribución del ingreso, el reconocimiento al papel jugado por el Estado y la prioridad concedida a la necesidad de cambios.²²

La ampliación de la conciencia se expresó de múltiples formas. Un editorial del *NYT* de 1961 aceptaba que "muchos años, una inquietante revolución en Cuba y la llegada de la guerra fría al hemisferio occidental [han sido necesarios] para aceptar que [...] el crecimiento económico sin progreso social lleva a que la mayoría de la gente se mantenga en la pobreza, mientras unos cuantos privilegiados recogen los beneficios de una creciente abundancia". El periódico neoyorquino también reconocía que "la política [de Estados Unidos] ha sido, durante ciento cincuenta años, *con* las clases gobernantes y no *para* la gente de América Latina". Eso constituiría un error que debía corregirse.²³

El revisionismo, el espíritu de búsqueda, llegó a tales grados que hubo funcionarios que expresaron lo inaudito y pusieron en duda que Es-

tados Unidos pudiera ser el modelo para la región. En 1961 James Schlesinger, Jr. dirigió un largo memorándum al presidente Kennedy donde insistía en que Estados Unidos no debía intentar moldear a las "otras naciones del hemisferio a nuestra propia imagen".²⁴ El Departamento de Defensa también consideraba que "no obstante que el orden tradicional [...] [parecía estar] destinado a desaparecer" en América Latina, no era seguro que "una democracia constitucional a la usanza anglosajona tomaría su lugar, ni en el corto ni en el largo plazo".²⁵

Que funcionarios de este rango e instituciones tan conservadoras manifestaran estas dudas, muestra la profundidad que iban alcanzando la revisión de los supuestos previos y las concesiones pragmáticas que Washington estaba dispuesto a hacer con tal de evitar "otras Cubas" y defender sus intereses. Modificar sus puntos de vista fue difícil. El subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Chester Bowles, escribió sobre las "dificultades para digerir" una mayor autonomía latinoamericana por la "incuestionable tradición de liderazgo estadounidense en la región".²⁶

Este replanteamiento de la política hacia América Latina requirió de una nueva mezcla de coerción y hegemonía. En los años de Kennedy se acentuó la preferencia de Washington por la hegemonía frente a la coerción y se hizo lo posible por persuadir a los dominados de que la nueva propuesta era viable y deseable. El Departamento de Estado, por ejemplo, recomendaba a sus diplomáticos presentar el punto de vista estadounidense "como el fruto de nuestra propia experiencia, ofrecido como un referente a ser considerado por el gobierno anfitrión *en su propio interés* y no como un intento [de intervención o de prédica sobre sus asuntos]".²⁷ En ningún momento descartaron la coerción. El Departamento de Estado aclaraba en una comunicación interna que Kennedy "había decidido una política de no intervención en el hemisferio, pero eso no obligaba a Estados Unidos a la inactividad cuando estuvieran en juego sus intereses nacionales".²⁸ La tesis y el espíritu de Dwight Morrow habían permeado a la élite estadounidense convirtiéndose en el sentido común de una época.

El optimista reformismo de Kennedy padecía de una tara de origen: sus aliados, los grupos gobernantes de América Latina, estaban lejos de compartir el fervor liberal y preferían reprimir a los inconformes. Al morir Kennedy el reformismo languideció y Johnson se dedicó a atender los problemas internos y el de Vietnam; la Alpro se fue quedando en el archivo de los proyectos olvidados. No todo regresó a la normalidad: los grupos de poder locales se quedaron mejor armados y con una doctrina de seguridad que consi-

deraba como principal amenaza a la subversión interna. Mientras tanto seguían apareciendo grupos guerrilleros, que al combinarse con un deterioro en las economías provocaron una oleada de golpes de Estado cualitativamente diferente. En esta ocasión, los militares llegaron imbuidos de una nueva misión: reorganizar a fondo a la sociedad.²⁹ Para ello contaban con el respaldo estadounidense que, para entonces, quería estabilidad a cualquier costo y había elevado la importancia dada a la coerción.

Una parte de la comunidad académica estadounidense decidió respaldar a los gobiernos de Estados Unidos y América Latina en esta etapa de la lucha contrainsurgente. El caso extremo fue el "Proyecto Camelot" financiado por el ejército de Estados Unidos para detectar cualquier posible movimiento revolucionario. Que la academia se ligara a una campaña contrainsurgente provocó un escándalo a mediados de los años sesenta y mostró las divisiones dentro de dicha comunidad. No todos aceptaban colaborar con su gobierno; un número considerable deseaba mantener la autonomía de su trabajo frente al gobierno.³⁰ Esa división entre intelectuales ha bifurcado desde entonces la interpretación sobre América Latina.

Algunas consecuencias inesperadas

Es frecuente que el análisis histórico enfatice demasiado el papel de las élites e ignore a las sociedades. A partir de los años sesenta la comprensión de las relaciones interamericanas ha requerido incorporar el papel de las redes sociales formadas en estos años en tres grupos sociales diferentes.

Para alentar las reformas económicas y sociales, Kennedy estableció los Cuerpos de Paz integrados por jóvenes voluntarios, que según su director, Derek S. Singer, buscaban transformar "el sentimiento de inutilidad y de impotencia que tenían las masas de muchos países subdesarrollados". Los voluntarios debían inculcar en esas masas "una conciencia de su capacidad para mejorar sus condiciones de vida".³¹ Decenas de miles de jóvenes estadounidenses se ofrecieron como voluntarios para irse a revolucionar la conciencia de los pobres del Tercer Mundo. A principios de los años noventa, quien fuera director de los Cuerpos de Paz durante la administración de Carter, estimaba que en América Latina habían participado cerca de sesenta mil jóvenes en los treinta años que para entonces llevaba el programa.³²

Otro grupo fundamental es el de los académicos. En la cultura estadounidense se concede enorme importancia al conocimiento, y la incorporación de un tema en la agenda nacional se acompaña de financia-

mientos para investigarlo. La Revolución cubana provocó la afluencia de abundantes recursos, privados y oficiales, para el estudio de la región y vino entonces un incremento notable en el número de académicos y estudiantes interesados en América Latina como parte de un auge generalizado de los estudios internacionales.³³ Reclutas no faltaron, porque se ofrecía el aliciente nada despreciable de que al ser estudiante o voluntario de los Cuerpos de Paz se posponía la conscripción y era posible evitar una estancia en Vietnam.

El tercer sector fue el religioso. En los años sesenta hubo un abundante desplazamiento de cristianos estadounidenses a América Latina, en lo que algunos denominan una "cruzada del siglo XX". Entre los católicos, esta "cruzada" se originó en 1961, cuando monseñor Agostino Casaroli habló en nombre del papa Juan XXIII ante el Segundo Congreso Religioso de Estados Unidos reunido en la Universidad de Notre Dame. Casaroli expresó la preocupación de la jerarquía católica por la presencia de tres enemigos del catolicismo en América Latina: las iglesias protestantes, el marxismo y el espiritismo. Por ello, y por la crisis de vocaciones religiosas en la región, pidió a los católicos estadounidenses que enviaran como misioneros a Latinoamérica a un diez por ciento —un diezmo— de sus 225 mil sacerdotes, hermanos y hermanas.³⁴

El llamado fue atendido y miles de católicos estadounidenses se fueron a América Latina. En esa cruzada, México jugó el discreto papel de estación de paso y capacitación. En una de las diócesis mexicanas que adoptó la teología de la liberación (la de Cuernavaca, Morelos) se fundó el Centro Intercultural de Documentación (Cidoc), creado y dirigido por monseñor Iván Illich. En el Cidoc se capacitaba en la lengua y realidad latinoamericanas a los estadounidenses o europeos que se dirigían a los diversos países de la región.

Si vemos en su conjunto esta trinidad de procesos desatados o acelerados por la Revolución cubana, decenas de miles de jóvenes voluntarios, de académicos y de cristianos fueron a vivir en países latinoamericanos durante periodos relativamente largos. Llegaron con un entusiasmo que mezclaba las ideas y actitudes de dos épocas. Estaban convencidos de su capacidad para moldear la historia con buena fe, organización y recursos materiales, pero también iban sensibilizados por el movimiento de los derechos civiles, las protestas contra la guerra en Vietnam y el ambiente de búsqueda intelectual. Independientemente del bagaje que llevarán, hubo un choque entre lo que esperaban y lo que encontraron en América Latina.

Gerald M. Costello, quien documentó la experiencia de los católicos, escribiría después sobre su impresión al descubrir "el espectro de la opresión", los efectos trágicos de la migración de campesinos empobrecidos a las ciudades, la rigidez de las estructuras locales de poder y su resistencia al cambio.³⁵ También observaron de cerca el papel de Washington en la intervención en República Dominicana y en los golpes de Estado en Brasil y Chile, y empezaron a criticar abiertamente las acciones de su gobierno.

Por uno de esos accidentes de la historia, los estadounidenses que viajaron a América Latina llegaron a la región en un momento de efervescencia intelectual, justo cuando surgían dos importantes contribuciones latinoamericanas al pensamiento occidental: la Teoría de la Dependencia y la Teología de la Liberación. En la cultura norteamericana se respeta el "juego limpio" y la libre confrontación de las ideas, y quienes llegaron a estudiar o transformar la región se sintieron obligados a responder a los latinoamericanos.

Una parte de esas decenas de miles de estadounidenses establecieron, por vez primera en la historia, un diálogo de iguales con sus homólogos latinoamericanos. El resultado fue que quienes iban con las intenciones de enseñar, terminaron aprendiendo en lo que se conoce como "misión revertida". El proceso inverso también ocurrió porque un número importante de latinoamericanos modificó sus opiniones sobre Estados Unidos ya que, a medida que ampliaba su conciencia, separaba al gobierno de la sociedad.

Aunque siempre es difícil establecer los caminos que toman las ideas y evaluar sus efectos, existe la certeza de que la vivencia de los estadounidenses y las aportaciones intelectuales de América Latina afectaron la visión estadounidense del mundo. Si uno revisa las tesis y la bibliografía de los revisionistas que reinterpretaron la historia estadounidense, es obvio concluir que se vieron influidos por ideas latinoamericanas, en especial la teoría de la dependencia. Uno de los críticos más severos y prestigiados de las ideas dependentistas, Robert Packenham, aceptó en 1978 que durante la década de los sesenta, la teoría de la dependencia había sido "una de las más influyentes en los análisis de América Latina y del desarrollo en el Tercer Mundo" que se hacían en los "centros de investigación estadounidense".³⁶ El efecto de esta escuela puede también apreciarse en el contenido de las resoluciones de la Asociación de Académicos Latinoamericanos (LASA, por sus siglas en inglés).

Los flujos de ideas de sur a norte aparecieron de otra manera. Por primera vez en su historia, el *NYT* abrió sus páginas editoriales a intelectuales latinoamericanos, y publicó colaboraciones de Felipe Herrera y Jacques Chonchol (este último ministro en el gobierno de la Unidad Popular de

Salvador Allende).³⁷ Esta apertura, debo insistir, no era exclusiva del *NYT*. El periódico neoyorquino simplemente respondía a su manera a lo que pasaba en su entorno. El ambiente de cambio era tan acentuado entre la élite estadounidense que en 1961 el Departamento de Estado sugirió "incluir a intelectuales de izquierda en los programas de intercambio académico", lo que era inédito porque, como Departamento, reconocía haber "sido muy renuente a hacerlo en el pasado".³⁸

En este balance también debe incluirse la influencia latinoamericana en el pensamiento cristiano estadounidense. Entre 1973 y 1978 se vendieron en Estados Unidos 70 mil ejemplares del libro *Teología de la liberación* de Gustavo Gutiérrez, y fue escogido por el semanario protestante *Christian Weekly* como una de las doce obras teológicas más importantes de las quince mil que se publicaron en ese país durante los años sesenta.³⁹

En suma, durante los años sesenta se formó un núcleo de estadounidenses bilingües y biculturales, que había entendido las complejidades latinoamericanas y amplió los márgenes de su conciencia. Ellos formularon una visión de América Latina más refinada, menos etnocéntrica y claramente diferente a la de los años cincuenta. Poco a poco, esta nueva visión adquirió peso político a medida que los jóvenes, los misioneros y los académicos regresaban a Estados Unidos a incorporarse en la política, la burocracia, las universidades, las fundaciones o las jerarquías eclesiásticas. Como algunos de ellos mantuvieron sus relaciones con individuos o grupos latinoamericanos, se convirtieron en canales de comunicación que luego influirían en la formulación de la política exterior estadounidense.

Entre las múltiples expresiones que produjo está la aparición, en 1967, del primer número del Informe de NACLA (North American Congress on Latin America). Desde entonces, esta revista se ha convertido en el mecanismo de divulgación de un punto de vista de izquierda sobre América Latina. Al ser fundada por la confluencia de cristianos, activistas y académicos estadounidenses interesados en América Latina es también la expresión de un fenómeno insuficientemente comprendido, pero sin el cual no puede entenderse la resistencia que en los años ochenta se opondría en Estados Unidos a las políticas conservadoras en América Central.

De ahí que una comprensión cabal de la historia hemisférica de los últimos treinta años requiera incorporar las redes sociales que influyeron en las modificaciones a la visión del mundo estadounidense, en la formulación de su política exterior y en el funcionamiento de las relaciones de dominación hemisféricas.

México visto por Estados Unidos en los sesenta

En los años sesenta la atención a México no fue prioritaria para Washington porque mantuvo la estabilidad, siguió creciendo económicamente y respaldó a Estados Unidos en los momentos difíciles. Pese a ello, el mayor activismo internacional en nuestro país provocó algunas tensiones, mientras que los problemas de su economía y su política llevaron a los académicos a empezar a modificar los parámetros con que analizaban a México, sentando así las bases para un cambio en la percepción de éste. Es absolutamente lógico que en los primeros años de esa década aparecieran dos libros fundamentales que rompieron con los consensos de la época: *The Making of Modern Mexico*, de Frank Brandenburg y *The Dilemmas of Mexican Development*, de Raymond Vernon.

Pese a esos cambios, en los sesenta, Estados Unidos dedicó menos atención cuantitativa a México. En el barómetro que estoy usando, el *NYT*, entre 1965 y 1973 México tuvo el promedio de artículos más bajo de todo el periodo y no hubo un incremento notable en la publicación de notas importantes en primera plana, editoriales, columnas de opinión, etcétera (véanse gráficas 1, 4, 6 y 7). El patrón se confirma con la bibliografía militar. Mientras América Latina era escudriñada con nuevos ojos, México sólo merecía ensayos históricos y alabanzas por sus bajos precios. Seleccioné dos artículos escritos por esposas de militares que, pese a haber sido publicados con nueve años de diferencia (uno en 1960 y otro en 1969), comparten la frivolidad y el paternalismo hacia lo "mexicano" que caracteriza una vertiente de la visión estadounidense.

El propósito de las autoras, Joyce Douglas y Betty H. Brown respectivamente, era demostrar que Guadalajara era el "Shangri-la" para los militares retirados por las comunicaciones, el clima agradable, la belleza de la ciudad y, sobre todo, los bajos precios. En Guadalajara, decían, la "comida y el hospedaje costaban una cuarta o una tercera parte de lo que se pagaría en Estados Unidos". Los inconvenientes (agua impura, falta de higiene o "caballos, burros y vacas" pululando por calles y caminos) se compensaban por el buen carácter de los nativos: los mexicanos eran "amigables, honestos y amables" y su cultura, aunque diversa, tenía aspectos dignos de ser emulados, en especial la siesta. El entusiasmo de las autoras es tan evidente como su ignorancia de la historia de México. Cometían barbaridades históricas tan grandes como decir que en el "templo de Quetzalcóatl los aztecas habían hecho millones de sacrificios humanos" (Teotihuacan no fue

habitado por los aztecas y hablar de millones de sacrificios simplemente no se sostiene).⁴⁰

Pese a la poca atención que prestaban a México, empezaron a aparecer problemas. En lugar de atenderlos, el gobierno mexicano pospuso las reformas económicas y reprimió a los insatisfechos. La consecuencia fue una lenta agonía del modelo económico, y una prolongada degradación del régimen político. En los sesenta eso no era evidente, pero fue entonces cuando se gestaron los problemas que en la actualidad agobian a México. Por ejemplo, en esa década crece la resistencia social al autoritarismo y toma dos grandes vertientes: la pacífica, que gira en torno a los partidos y a organizaciones de diverso tipo, y la armada, que se apoya en pequeños grupos guerrilleros.

Es decir, dentro de la poca atención dada a México hay cambios fundamentales en la forma de verlo. Si uno revisa con cuidado los materiales que produjeron los estadounidenses, es obvio que se encuentra una mayor disposición a reconocer problemas antes ignorados. Entre 1946 y 1959 la distribución del ingreso en México recibió diez notas negativas, mientras que en la década de los sesenta fueron 21; el desempleo fue mencionado negativamente una sola vez en el primer periodo y nueve en el segundo; el nivel de vida rural brincó de 16 a 37 menciones negativas; el marginalismo de dos a siete; la pobreza de doce a 21, etcétera (véanse las gráficas 83, 84, 87, 88, 89 y 90). En esos años también se reconocieron problemas nuevos, como el crecimiento demográfico (para cifras agregadas véase la gráfica 81).

Esta transformación cualitativa y sutil se inició entre los académicos y fue provocada inicialmente por la Revolución cubana. En 1966 el historiador Stanley Ross reconoció que "cuando los periodistas y políticos de Estados Unidos se enfrentaron a la desagradable alternativa de un levantamiento al estilo de Castro, empezaron a presentar a la Revolución mexicana como la revolución preferida".⁴¹ Para encarar a Cuba reinterpretaron y revatoraron el sistema creado por la Revolución mexicana; mientras que en los años veinte la aceptaron a regañadientes, en los sesenta la cubrieron de alabanzas. Si los países de América Latina no podían ser como ellos, Washington prefería que fueran como México, cuya clase política hablaba mucho pero daba pocos problemas. En los próximos capítulos desarrollo y matizo estas y otras paradojas de la historia.

UNA POLÍTICA EXTERIOR BIDIMENSIONAL



Los años sesenta están llenos de claves para comprender la política exterior mexicana. Adolfo López Mateos (1958-1964) le imprimió un nuevo ritmo a la diplomacia, iniciándose, entonces, una apertura al mundo que coincidió con una transformación de las relaciones interamericanas e internacionales. El entendimiento entre México y Estados Unidos fue sometido a tensiones poco comunes que no afectaron la cordialidad en las relaciones bilaterales, en donde lo principal que puede resaltarse es la modificación en las prioridades de la agenda. Fue entonces posible detectar con mayor nitidez la bidimensionalidad y la esquizofrenia de las relaciones de México con el mundo: independientes y progresistas en una serie de temas; conservadoras y cercanas a Washington en otros.

Las declaraciones en la política hacia Cuba

Quienes presumen de que México tiene una política exterior de principios, invariablemente dan como ejemplos la decisión oficial de mantener relaciones con la Cuba revolucionaria y la defensa que el gobierno de México hizo de ese país frente a Estados Unidos, empeñado en destruirlo. Es indudable el mérito de México y la importancia que eso tuvo para la Cuba de Fidel Castro. Sin embargo, la posición mexicana siempre formó parte del entendimiento con Washington. Explicarlo me permitirá profundizar en algunos vericuetos de la relación, y en las dinámicas de la conciencia estadounidense.

Cuando empezó la Revolución cubana, el gobierno de México expresó su simpatía de múltiples y diferentes maneras. En junio de 1960 el presidente cubano Osvaldo Dorticós visitó México y "se reunieron multitudes para darle la bienvenida más cálida que un jefe de Estado visitante haya recibido en muchos años". La multitud gritaba, entre otras cosas, "Cuba

sí, *yanquis no*". En julio de 1960, López Mateos declaró que su gobierno era de "extrema izquierda dentro de la Constitución", lo que tenía un significado obvio en el momento que vivía el hemisferio. Ese mismo mes, el presidente de la comisión permanente del Congreso, Emilio Sánchez Piedra, aseguró que ante la creciente tensión entre Cuba y Estados Unidos, México estaba "del lado de Cuba".¹

Mientras las relaciones Cuba-Estados Unidos seguían deteriorándose en todos los ámbitos, funcionarios mexicanos pronunciaban declaraciones procubanas. En septiembre de 1960, Sánchez Piedra volvió a la carga y afirmó que "el pueblo cubano está metido en una revolución para librarse de fuerzas extrañas tales como el nazismo, el fascismo y el franquismo". Esto molestó a una delegación parlamentaria estadounidense, que en ese momento se encontraba de visita en México, porque dejaba "la impresión de que esta influencia extraña, en el caso de Cuba, es Estados Unidos". La mera insinuación los enfurecía, porque como precisara el NYT "toda la gente amante de la libertad [...] [sabe] desde luego, que esto no es verdad".² En 1962 el embajador ante la OEA, Vicente Sánchez Gavito, declaró que los estadounidenses se guiaban por una "mentalidad de película de vaqueros, en la que todo lo bueno lo hacen tipos rubios, y todo lo malo los extranjeros".³

Las expresiones de simpatía por Cuba y el hecho de que México fuera el único país latinoamericano que mantenía relaciones con la isla irritó a Estados Unidos. Un indicio de esto se observa entre 1959 y 1970, cuando la variable que midió las opiniones que aparecieron en el *Times* sobre la relación entre México y Cuba muestra 28 menciones negativas y una positiva. Dicho esto hay una aclaración que hacer: las declaraciones mexicanas, y las condenas estadounidenses, aparecían en notas pequeñas de páginas interiores del NYT. Dada la beligerancia estadounidense hacia Cuba, ¿por qué el periódico le daba tan poca atención a los asuntos mexicano-cubanos, y por qué Washington toleraba la relación amistosa entre estos dos países? La respuesta está en que Estados Unidos se irritaba por lo que México decía y hacía, *pero con excepción de una breve etapa a finales de los años setenta nunca se preocupó porque no catalogaba las políticas mexicanas como una amenaza a su seguridad*. En el resto del capítulo se entenderá esta precisión, clave para la comprensión de los resortes internos de la relación.

En los primeros años de la Revolución cubana, Washington sí se inquietó por los efectos que pudiera tener sobre la estabilidad mexicana. James Reston llegó a escribir que era "indudable que México, y no Cuba, es

el principal objetivo de la actividad comunista en el hemisferio". México estaba en paz, todos lo sabían, pero por sus "problemas inmensos" (que empezaban a ser reconocidos) podía perder la preciosa estabilidad.⁴ La preocupación fue pasajera porque la interpretación estadounidense se fue por otro lado. Concluyeron que la política mexicana hacia Cuba no buscaba hostigar o molestar a Estados Unidos, sino apaciguar y mantener domesticada a la izquierda mexicana. Ser progresista en el exterior ayudaba a mantener un orden establecido autoritario. El nexo que hacían entre estabilidad y diplomacia era constante. En un memorándum de 1962, el embajador estadounidense Thomas C. Mann empieza preguntándose por qué México adoptaba algunas políticas y actitudes en apariencia incomprensibles; él mismo se responde que en sus "intentos por entender las políticas del gobierno mexicano, algunas veces inexplicables [...] [había] concluido que las acciones nacionales e internacionales [del gobierno] tenían como objetivo último mantener unido al PRI".⁵

De acuerdo con otro documento del Departamento de Estado, "la política del gobierno mexicano, tanto en el caso cubano como en el dominicano [...], [buscaba erosionar] la propaganda izquierdista [mexicana] sobre estos asuntos".⁶ De tal razonamiento se desprende una política lógica hacia México que se expresa en una comunicación interna de la Casa Blanca de 1961: "no solicitar de México una postura coincidente con la de Estados Unidos en Cuba" porque "la estabilidad política de México es digna de preservarse en un mundo en efervescencia".⁷

Los hechos en la política mexicana hacia Cuba

La élite estadounidense tenía razones fundadas para no inquietarse con la política exterior mexicana. Entre las más importantes destacaba que, como en el pasado, el gobierno mexicano daba explicaciones en privado, reiterando que estaría con ellos en los momentos difíciles, y lo demostró con hechos cada vez que fue necesario.

Una y otra vez encontré evidencia de que los gobernantes mexicanos desmentían en privado el radicalismo de su discurso público. El 18 de febrero de 1959, semanas después de la entrada de Fidel Castro a La Habana, se reunieron en Acapulco Eisenhower y López Mateos. El presidente estadounidense recordó en sus memorias el "espíritu de amistad" que privó y la satisfacción que tuvo cuando el presidente:

López Mateos me sugirió que mantuviéramos la relación utilizando como intermediario viajero a mi hermano (Milton). El acuerdo resultó muy útil. Cuando el "Proyecto Mercurio" necesitaba para su éxito una estación de control en Guaymas, México, mi hermano llevó a cabo las delicadas negociaciones con el presidente López Mateos y, al final, obtuvimos la colaboración mexicana total.⁸

Alrededor de agosto de 1960, se informó al Departamento de Estado "por medio de canales informales, que México temía la influencia comunista en Cuba más que Estados Unidos".⁹ En relación con las declaraciones de Sánchez Piedra citadas en párrafos anteriores, el *NYT* precisó que un día después de que las hizo, López Mateos dio una "bienvenida de una calidez poco usual" a los representantes de Estados Unidos, y durante el desfile conmemorativo de la Independencia mexicana, el contingente norteamericano que participó recibió una "cálida ovación" que dejó a Washington "completamente satisfecho".¹⁰ Finalmente Manuel Moreno Sánchez y el canciller Manuel Tello se cuidaron de aclarar a funcionarios de la embajada que los comentarios de Sánchez Gavito en la OEA eran "opiniones personales".¹¹

En noviembre de 1964, un mes antes de que tomara posesión como presidente, Gustavo Díaz Ordaz le dijo en una conversación privada a Lyndon B. Johnson que Estados Unidos podía "estar absolutamente seguro de que, cuando llegara el momento de la verdad, México estaría inequívocamente de su lado". También agregó que "habría una ventaja considerable [para los dos países] si México pudiera seguir demostrando su independencia política y entrar en desacuerdo en asuntos relativamente menores". Aunque eso podría "crear por momentos tensiones temporales, también demostraría que los Estados de América disfrutaban de independencia".¹²

Las acciones coincidían con las palabras. Durante la invasión a Bahía de Cochinos, las autoridades mexicanas adoptaron una política de bajo perfil y el único miembro prominente del grupo gobernante que desplegó una gran actividad pública a favor de Cuba fue Lázaro Cárdenas.¹³ Sin embargo, el gobierno tuvo el cuidado de disociarse de las actividades del expresidente y estableció controles más estrictos sobre lo que se publicaba en México acerca de Cuba. En parte, por eso el *NYT* afirmó en julio de 1961 que López Mateos había "pasado de una política de izquierda a una de centro".¹⁴

Para Washington la visita del presidente Kennedy a México en julio de 1962 confirmó la buena disposición mexicana. El *NYT* la calificó de éxi-

to total (véanse las gráficas 55 a 57), porque el gobierno mexicano se lució y alrededor de "un millón de mexicanos" le dieron al presidente estadounidense una "recepción multitudinaria" que calificaron como la "más grande y la más entusiasta que se había dado a un jefe de Estado visitante en la historia de México". Tal vez no haya sido la más grande, pero fácilmente igualó la concedida a Truman en 1947, y superó con mucho la que le acababan de dar al presidente cubano. Según el rotativo neoyorquino, "la versión más ampliamente aceptada" para explicar esa bienvenida era que una "pareja joven y guapa [...] [había] cautivado la imaginación romántica de los mexicanos".¹⁵ Los Kennedy eran físicamente atractivos, sí, y habían cautivado a muchos mexicanos, sí; pero las multitudes de entusiastas mexicanos que reciben a mandatarios extranjeros raramente son espontáneas; siempre han sido uno de los instrumentos utilizados por el grupo gobernante para ganarse la buena voluntad de celebridades.

Kennedy agradeció la calidez que le brindó México, porque vino justo después de la fallida invasión a Cuba, que él mismo calificó como "la peor derrota en su carrera" y un "tipo de fracaso al cual no estaba acostumbrado".¹⁶ Kennedy correspondió a la hospitalidad del gobierno mexicano anunciando el ya tradicional préstamo y sacando una retórica grandilocuente y pletórica de las ideas y actitudes de boga en Washington. Calificó a la Revolución mexicana como un modelo digno de ser emulado y reconoció que el gobierno tenía "un papel central en estimular y complementar los esfuerzos de la empresa privada".¹⁷ Pero al igual que otros encuentros presidenciales, éste recibió una mención bastante modesta en las memorias del gobierno del presidente Kennedy, porque México, no hay que olvidarlo, ocupaba una prioridad menor para la Casa Blanca.¹⁸

Aun así, se alegraban cuando obtenían el respaldo de México en asuntos de su interés. Durante ese viaje, por ejemplo, López Mateos aprovechó la ocasión para respaldar públicamente, y por primera vez, la Alianza para el Progreso. "Los términos de su aprobación", según un editorial del *NYT*, fueron "sonoros y alentadores".¹⁹ López Mateos aprovechó también la ocasión para insistir en que México era independiente y mantendría sus relaciones con Cuba.²⁰ El que pudiera discrepar públicamente en un asunto tan delicado explica por qué se popularizó la idea de que México y Estados Unidos tenían un "acuerdo para el desacuerdo".²¹

Pese a las discrepancias, México estuvo al lado de Estados Unidos durante la crisis de los misiles de octubre de 1962. El gobierno mexicano apoyó con firmeza "la decisión del presidente Kennedy de desalojar las ba-

ses de misiles soviéticos de Cuba", ya que éstas eran "una amenaza para la paz y la seguridad del hemisferio".²² López Mateos estaba en Filipinas, pero desde allá declaró —utilizando un prudente eufemismo— que "México respaldaría a la Organización de Estados Americanos para solucionar el asunto cubano".²³ Algunos meses después, en Punta del Este, Uruguay, el ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Tello, fue más directo al "atacar al régimen de Fidel Castro" y asegurar que las acciones cubanas estaban "totalmente divorciadas de las prácticas que habían sido denominador común de las instituciones políticas de los pueblos del Nuevo Mundo".²⁴

Las aclaraciones en privado y las acciones en los momentos difíciles llevaron a la CIA a concluir en 1964 que "quizá México continúe defendiendo su política exterior 'independiente' en casos como el de Cuba, el desarme y el comercio internacional, y en ocasiones se contrapondrá con la [nuestra]". Pese a ello no tenían dudas: "el gobierno [mexicano] es en el fondo prooccidental, amistoso hacia Estados Unidos y está plenamente consciente de que sus intereses económicos y políticos están ligados con este país".²⁵ En otras palabras y a pesar de las dinámicas desatadas por la Revolución cubana, Washington corroboró una vez más que en caso de guerra o situaciones críticas, México estaría de su lado.²⁶

Como esta interpretación contradecía el nacionalismo mexicano, aparecieron los mecanismos que preservaban la buena imagen del gobierno. Una de ellas fue el ambiguo "acuerdo para el desacuerdo" que para algunos significaba que México difería en lo *sustancial* de la potencia, cuando en realidad, el desacuerdo era sobre aspectos secundarios. La Casa Blanca toleraba los exabruptos mexicanos porque ello contribuía a mantener la estabilidad, cooptar a los opositores de izquierda e inhibir a los revolucionarios cubanos que, a cambio de la política mexicana, se abstendrían de intervenir en asuntos mexicanos.

En el fondo y en la forma, la relación seguía regulándose por el entendimiento logrado en los años veinte. En las declaraciones, el gobierno mexicano invocaba principios y entraba en abierto desacuerdo con Washington, pero en los aspectos neurálgicos se mantenía dentro de límites marcados por los intereses de Estados Unidos que, por otro lado, sufrían modificaciones en la medida en que cambiaban la realidad y su visión del mundo.

Como no ha aparecido evidencia de que los dos gobiernos hubieran discutido y acordado explícitamente las reglas del entendimiento, una interpretación (apoyada en la documentación citada, en conversaciones con funcionarios de los dos países y en las acciones de los gobiernos) es

que la implementación se hacía de manera casuística con la flexibilidad necesaria para adecuarse a los tiempos cambiantes. Si persistía era por los beneficios que traía a los dos gobiernos. Estados Unidos obtenía estabilidad, y México mantenía el espacio para implementar un experimento de desarrollo propio y mantener un férreo control autoritario sobre la sociedad. Los problemas del modelo económico mexicano transformarían todo esto.

Una consecuencia, tal vez inevitable, fue que en ocasiones la élite estadounidense tomara con poca seriedad la independencia de la política exterior mexicana. Un miembro de la familia propietaria del *NYT*, Carl Sulzberger, escribió una columna cargada de jiribilla y mala leche: lo más probable, dijo, es que "si Estados Unidos hubiera tenido éxito en derrocar a Castro [con la invasión de exiliados cubanos a Bahía de Cochinos], en México habría surgido una ola de indignación fingida, seguida de una gran tranquilidad".²⁷

Otro analista conocedor de lo que piensan en Washington, Daniel James, decía que si tropas estadounidenses hubieran invadido Cuba, la reacción oficial mexicana hubiera sido la de "denunciar" el hecho, pero sólo durante una semana, después de lo cual los mexicanos habrían "aplaudido [a Estados Unidos] por su machismo".²⁸ Vale la pena mencionar, finalmente, un editorial del *NYT*: "muchos políticos mexicanos se las han arreglado para acumular fortunas. Estos hombres hablan de revolución, pero no la practican ni la alientan en México ni en Cuba".²⁹

Estoy seguro del patriotismo de muchos funcionarios mexicanos y de que estaban convencidos de que México defendía con gallardía, y a veces con éxito, una política exterior soberana y de principios, permanentemente asediada por Estados Unidos. Desafortunadamente para ellos y para México, la evidencia es que en los momentos definitorios de la política exterior, ésta se decidió en Los Pinos y en Gobernación, y respondió a una lectura pragmática de los intereses y dentro de éstos, el principal era preservar el poder. Los principios se invocaban mucho pero se utilizaban poco.

La historia de la Revolución cubana es un ejemplo de la determinación de un pueblo débil de enfrentarse a la primera potencia mundial, pero que también dio muestra de un enorme pragmatismo al poner en primer lugar, y antes que nada, su relación con el gobierno de México, desentendiéndose de la naturaleza autoritaria del régimen. Es paradójico que en las últimas décadas el punto de acuerdo más consistente entre Washington y La Habana sea ver con indiferencia lo que le pasa al pueblo de México y su compromiso con el gobierno autoritario.

China, Tito y Charles de Gaulle

En la intensa actividad internacional de Adolfo López Mateos hay otros casos que confirman la argumentación antes señalada e iluminan otros aspectos de la relación bilateral y de la conciencia estadounidense. Me referiré aquí al inicio de relaciones comerciales de México con la República Popular China, a la visita del presidente yugoslavo Tito y a la del mandatario francés Charles de Gaulle.

El triunfo de los comunistas chinos el 2 de octubre de 1949 y la creación de la República Popular constituyeron una obsesión de los conservadores estadounidenses, quienes se lanzaron a perseguir a los responsables de haber "perdido China". Para los años sesenta se habían calmado las pasiones y rencores, pero aún había reticencias a que México se acercara a la República Popular; por ende, cuando se inauguró en México un pabellón de exhibición chino, el *NYT* lo calificó como "centro de propaganda".³⁰ Confidencialmente, el Departamento de Estado aceptaba sin "objeción la expansión del comercio mexicano de mercancías no estratégicas con la China continental", aunque agregaba que era necesario "presionar al gobierno mexicano para que insistiera en una reciprocidad estricta en el número de los enviados comerciales".³¹ De este hecho quisiera resaltar la mayor flexibilidad estadounidense hacia la independencia mexicana por la ampliación de la conciencia potencial: a medida que bajaban los niveles de inquietud estadounidenses, China y el comunismo eran vistos con mayor realismo y menos paranoia.

En 1963, el líder yugoslavo Joseph Broz Tito viajó a México, y el gobierno organizó una "cálida y [...] tumultuosa bienvenida"; salieron a recibirlo 750 mil personas.³² Si recordamos que hacía poco los capitalinos se habían entusiasmado con la visita de Kennedy, no puede uno dejar de maravillarse con la capacidad de movilización del régimen, porque, descontando a algunos vagos y excéntricos, cuesta trabajo pensar que los habitantes del Distrito Federal tengan como pasatiempo hacerle valla a mandatarios extranjeros tan disímolos. Estados Unidos no se preocupó por esa gira, ya que, como se aclaraba en un memorándum del Departamento de Estado, "las misiones de Tito no son una amenaza comparable a la planteada por otros regímenes comunistas".³³ En este comentario vuelve a corroborarse el relajamiento en la rigidez anticomunista de algunos sectores de Estados Unidos.

Curiosamente, quien realmente preocupó a Washington fue uno de sus aliados, el presidente francés Charles de Gaulle, quien visitó México en

1964. La visita recibió cuatro menciones negativas a la política exterior mexicana, más que ninguna otra gira de mandatarios extranjeros (véase gráfica 46). De Gaulle era una amenaza potencial más seria porque "representaba una política de independencia [...] un viejo sueño de México y otros países latinoamericanos".³⁴ Cuando se anunció la visita, el *NYT* editorializó que Estados Unidos la veía como un "reto", aunque recomendaba mesura porque "al igual que el bloque comunista, Occidente ha dejado de ser una unidad".³⁵

La condescendencia del *NYT* se diluyó rápidamente porque tanto éste como Washington manifestaron muy pronto su irritación al ver la importancia que el gobierno mexicano otorgaba a la visita. El momento más simbólico fue cuando De Gaulle habló ante una multitud de 225 mil personas desde el balcón de Palacio Nacional: el primero y hasta ahora único jefe de Estado extranjero que haya utilizado con ese propósito tan simbólico espacio.³⁶ Además, en la cena de Estado ofrecida en su honor participaron todos los ex presidentes mexicanos, algo que no hicieron con Kennedy.³⁷ Tanta deferencia parecía proyectar el deseo mexicano de convertirse en una potencia media con márgenes de autonomía mayores, muy al estilo de la Francia gaullista.

Al insinuarse esta aspiración mexicana, Washington reaccionó con los celos de quien descubre que alguien a quien considera totalmente sometido tenga voluntad propia, y pueda ser atractivo para otras potencias. En las notas del corresponsal Paul P. Kennedy aparece la mala disposición hacia la gira. Cuando el general galo visitó la Universidad Nacional, informó que "ni siquiera [hubo] una pequeña manifestación" pese a que la institución era "conocida como un centro de manifestaciones sobre causas inmediatas y remotas".³⁸ Refiriéndose a las multitudes que recibieron a De Gaulle dijo que el consenso entre los observadores era que la bienvenida "no se acercaba, ni en tamaño ni en entusiasmo, a la ofrecida al presidente Kennedy y a su esposa en 1962".³⁹

En privado los celos estadounidenses fueron más explícitos. Un diplomático norteamericano envió un informe a Washington donde se explicaba sobre la costumbre mexicana de "acarrear en camiones" a la gente que hacía vallas y aplaudía, y decía que la recepción a De Gaulle no había tenido la "espontaneidad" de la ofrecida a Kennedy.⁴⁰ Al informar sobre la degradante costumbre oficial de acarrear mexicanos pobres a los actos públicos, el diplomático quería minimizar las atenciones a De Gaulle; en ningún documento oficial mencionaron que lo mismo pasaba cuando llegaban mandatarios estadounidenses. La conciencia es selectiva.

Poco a poco los estadounidenses recobraron la compostura. Mexicanos y franceses parecen haber percibido la molestia de Washington, pues al final del viaje hicieron lo posible por "borrar la sensación de que la visita de De Gaulle [...] [era un] reto a la supremacía estadounidense en México y en toda América Latina".⁴¹ El Departamento de Estado llegó a la misma conclusión en un informe confidencial.⁴² El corolario lo dio James Reston, que calificó a la visita de simbólica y la consideró como un "agradable éxito protocolario de importancia secundaria".⁴³

En suma, la diplomacia independiente de López Mateos inquietó poco a Washington. Se trataba de "un irritante menor" que no interfirió en las cálidas relaciones bilaterales y contribuyó a la estabilidad de México, porque satisfacía a las franjas nacionalistas y de izquierda y daba prestigio al país ante una comunidad internacional dispuesta a cerrar los ojos ante la falta de democracia y las violaciones a los derechos humanos.

El siguiente presidente, Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) prefirió concentrarse en las relaciones con Estados Unidos y en los problemas internos de México y le quitó prioridad a la diversificación de relaciones. Fue hasta 1970 cuando otro presidente mexicano, Luis Echeverría, recuperó el discurso de la independencia exterior, e intentó cumplir con el viejo sueño de diversificar las relaciones de México con el mundo.

Una relación bilateral intensa, cordial y con nuevos problemas

La cordialidad en la relación se mantuvo durante gran parte del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz, presidente que había refrendado el pacto de apoyo mutuo durante su reunión con Johnson en noviembre de 1964. Durante los años sesenta la variable "revisión general de la relación" recibió 122 menciones positivas y sólo diez negativas (véanse las gráficas 48 y 49). Pese a ello, a finales de la década aparecieron problemas y tensiones a medida que cambiaban los temas prioritarios de la agenda bilateral. Así, perdieron terreno el petróleo (de 1946 a 1959 tuvo 81 menciones, por seis en los años sesenta) y las relaciones militares (74 menciones en el primer periodo y 18 en el segundo). Las variables que adquirieron más importancia fueron las relaciones fronterizas y el narcotráfico, que empezaron a fundirse en un solo tema de preocupación. Las primeras fueron mencionadas 46 veces entre 1946 y 1959, y 149 en los años sesenta; las referencias a las drogas aumentaron de diez a 41 (véanse las gráficas 58 a 66).

La cordialidad se ratifica con hechos como el viaje de Lyndon B. Johnson a México en abril de 1966. Era un momento importante, ya que hacía poco el presidente texano había ordenado la invasión de la República Dominicana, y Estados Unidos era sacudido por las protestas contra la guerra en Vietnam. La visita de Johnson empezó de manera protocolaria y terminó siendo medicinal. El presidente de Estados Unidos quería demostrar su "preocupación por América Latina" viajando a algún país donde no encontrara una actitud "fría e incluso hostil". Eligió México para una visita "breve e informal", y se encontró con "una bienvenida popular tan grande como fue posible ante tan corto aviso".⁴⁴

Como era costumbre, funcionarios mexicanos habían pronunciado discursos condenatorios a la invasión a la República Dominicana, pero eso no fue obstáculo para que le administraran a Johnson una buena dosis de hospitalidad, ganándose así su buena voluntad. Se organizó una "bienvenida muy concurrida y llena de afecto" que, según la prensa estadounidense, fue como "un tónico reanimante" para Johnson, quien la consideró la recepción más maravillosa jamás recibida.⁴⁵ Uno de sus allegados confió a un periodista que "decir que Johnson estaba contento" era quedarse corto.⁴⁶ Todavía un año después el presidente estadounidense evocaba "el recuerdo de su visita triunfal";⁴⁷ desde México Johnson lanzó dos preguntas para la reflexión: "¿Quién dijo que no podíamos venir a América Latina?, ¿quién dijo que la República Dominicana nos desgració?".⁴⁸ (En efecto, los desgraciados fueron los dominicanos, no los estadounidenses.)

El NYT calificó editorialmente la visita como "un gran éxito": Johnson había recibido "una bienvenida llena de afecto y gracia en el país más próspero de América Latina".⁴⁹ Como se podrá observar en las gráficas 54 a 57 la cobertura periodística se caracteriza por las menciones positivas. En un documento interno, la embajada estadounidense en México resaltó "la entusiasta bienvenida ofrecida al presidente".⁵⁰ El éxito de la reunión también se debe a que Johnson y Díaz Ordaz evitaron, según se admite en las minutas de su conversación, referirse a "Cuba, a la República Dominicana o la Organización de Estados Americanos".⁵¹

Johnson mostró su gratitud de dos maneras. Primero, entregó un ramillete de retórica política estadounidense en el que resalta el uso frecuente de "grande" y "grandioso". En un breve discurso, se las arregló para hablar once veces de "lo grandioso" que es México.⁵² Segundo, anunció el acostumbrado préstamo que suele otorgarse al final de los encuentros presidenciales razonablemente exitosos. En esa ocasión fue del Eximbank pa-

ra PEMEX, con lo que se rompió el tabú que impedía al gobierno de Estados Unidos otorgar "préstamos a compañías petroleras estatales".⁵³ Pese a tanta calidez, en sus memorias de gobierno, Johnson dio una atención insignificante al viaje.⁵⁴

Esa cordialidad facilitó la decisión estadounidense de regresarle el Chamizal a México (se trata de una pequeña franja de territorio que perdió México por un cambio de cauce del río Bravo). Desde 1963, el NYT había argumentado que era tiempo de corregir "el error" cometido por Estados Unidos, al no "aceptar un arbitraje [internacional] de 1911 otorgándole ese [...] territorio a México".⁵⁵ Kennedy y López Mateos empezaron a buscar una solución al problema, pero fueron Johnson y Díaz Ordaz quienes llegaron a la resolución final en 1967.⁵⁶ Cabe resaltar, una vez más, la interpretación tan diferente del mismo hecho: mientras que en nuestro país se insistió en que obtuvimos el Chamizal gracias a las gestiones oficiales mexicanas, por la justeza de la petición y por la firmeza de los principios, para el NYT el acuerdo sobre el Chamizal y "el dedicado a reducir la salinidad del río Colorado [...] fueron posibles por concesiones de Estados Unidos".⁵⁷

Con el encuentro Johnson-Díaz Ordaz de 1967 termina una era de notable tranquilidad en las relaciones entre los dos países, y de cordialidad en las cumbres presidenciales. Por diferentes motivos ambas naciones estaban metidas en una etapa de tensiones internas a las que se agregarían turbulencias en la relación bilateral. En 1968, Johnson declinó ser candidato para un segundo periodo, frenado por las protestas contra la guerra en Vietnam; ese mismo año el gobierno mexicano se enfrentó al difícil reto político planteado por el movimiento estudiantil de 1968. En 1969 se llevó a cabo la "Operación Intercepción" que mostró la importancia cada vez mayor del narcotráfico y permitió apreciar algunos aspectos inéditos de las relaciones de dominación.

Drogas, nacionalismo y relaciones de dominación

El narcotráfico irrumpió violentamente en 1969 mostrándose como una variable independiente, suelta, que aparece de manera impredecible y afecta toda la relación bilateral y la seguridad de los dos países. El narcotráfico aclara ciertos aspectos de la relación, evidencia la naturaleza de la visión del mundo estadounidense, confirma el carácter endeble y maleable del nacionalismo oficial mexicano y demuestra el papel y la importancia de la coerción en los mecanismos que mueven las relaciones de

dominación entre México y Estados Unidos. Finalmente, echa luz a otra faceta perversa del entendimiento: hubo momentos en que Washington ignoró o minimizó el problema para no irritar al gobierno mexicano.

Si se observan las gráficas 65 y 66, hay tres momentos en los que la atención del *NYT* a la variable narcotráfico en la relación México-Estados Unidos crece de manera anormal: 1969-1970, 1976-1977 y 1985-1986. Es igualmente llamativa la grande y rápida oscilación entre menciones positivas y negativas. En 1969 hay 12 menciones negativas y ninguna positiva, y un año después, 10 positivas y dos negativas. A continuación explico las razones de dicha atención y de las oscilaciones.

El problema del narcotráfico incluye dos aspectos interrelacionados: en Estados Unidos existe una gran demanda por narcóticos, mientras que México ha demostrado ser un eficiente productor, intermediario y exportador de estupefacientes. En los años sesenta el gobierno estadounidense estaba convencido de que el problema radicaba en los países productores de drogas, que debían colaborar con Estados Unidos por su voluntad o por la fuerza.

La producción y el tráfico de drogas se había estado realizando en México durante muchas décadas sin que ello inquietara a Estados Unidos. En 1952, por ejemplo, la CIA mencionó en uno de sus informes que el coronel Antonio Serrano, un consejero cercano del presidente Alemán que controlaba la poderosa Federal de Seguridad, "tolera, y de hecho realiza, actividades ilegales como el contrabando de narcotráfico".⁵⁸ Pese a saberlo, no existen indicios de que ello les preocupara. Quien fuera director regional de la DEA, Edward Allen Heath, reconoció en 1981 que los Estados Unidos "ignoraron el creciente problema mexicano, y subestimaron excesivamente el potencial de México como país productor de heroína".⁵⁹

En los años sesenta cambiaron la percepción y la política. Ya en 1962, el sheriff de Yuma, Arizona, aseguraba ante un comité del Congreso que crecía el tráfico de drogas cultivadas por "indios y campesinos ignorantes de México". Esta actividad era "financiada, organizada y dirigida por un pequeño grupo de mexicanos ricos, inteligentes, despiadados y peligrosos".⁶⁰ En estos comentarios podemos identificar la que siguió siendo la tesis central estadounidense hasta mediados de los años ochenta: el problema del narcotráfico y el consumo de drogas en Estados Unidos era resultado de la oferta, y era en ese ámbito donde debía resolverse.

Este razonamiento era congruente con uno de los pilares de la visión del mundo estadounidense: si se consideraban excepcionales, los responsables

de que consumieran drogas eran quienes se las ofrecían. Cuando les surgieron dudas sobre esa excepcionalidad, empezaron a reconocer la importancia atribuible a la demanda y gradualmente aceptaron que ellos eran parte del problema. Pero aún faltaban muchos años para que Estados Unidos admitiera esa responsabilidad. Durante la década de los sesenta creció el tráfico de marihuana y heroína en México (todavía no se convertía en el corredor de cocaína proveniente de América del Sur), y empezaron a culpar a nuestro país. En agosto de 1969, por ejemplo, el Pentágono ordenó a los soldados norteamericanos no visitar Tijuana. Su objetivo era doble: evitar que sus efectivos adquirieran drogas y presionar al gobierno mexicano para que actuara con más energía contra el narcotráfico.⁶¹

En septiembre de ese mismo año, en una reunión entre presidentes, Nixon informó a Díaz Ordaz que su gobierno pensaba hacer "algo" sobre el problema de las drogas.⁶² Casi al mismo tiempo, un "grupo especial" creado por el ejecutivo estadounidense concluía que "la responsabilidad principal en la erradicación de la producción y procesamiento del opio y la marihuana en México [...] [recae en su gobierno] y en sus instancias legales" y que no se debía "hacer nada para quitarle esa responsabilidad".⁶³ A finales de septiembre, sin informar ni consultar al gobierno mexicano, Washington puso en marcha la "Operación Interceptación", consistente en revisar con detenimiento todos los vehículos o personas que entraran a Estados Unidos desde México. En nuestro periodo de estudio, ésta fue la primera ocasión en que nuestros vecinos utilizaron tan abierta y brutalmente la coerción.

Con la operación querían aplicar "sanciones económicas limitadas en contra de México" para que el gobierno de este país colaborara más en el combate al narcotráfico. El éxito de las sanciones fue indiscutible: el comercio y el turismo fueron "pulverizados lentamente, hasta interrumpirse".⁶⁴ La opinión del gobierno estadounidense se sintetiza en un comentario de un supervisor de aduanas, quien aseguró que México "pagaba un precio justo por haber fracasado en sus acciones contra los abastecedores de marihuana". Según este mismo funcionario, su país quería mostrar que tratándose de narcóticos, la corrupción "[de la] policía y los políticos mexicanos [era] asunto de Estados Unidos". Si México no colaboraba, se pondría en marcha la "fase 2" de la operación y se publicarían "los nombres de veinte personalidades mexicanas involucradas en el narcotráfico".⁶⁵

Cabe aclarar que parte de la élite estadounidense se opuso a la coerción aplicada por Washington. El *NYT* aseguró en un editorial que "desde

cualquier punto de vista [...] [la operación era un] gran error", y que mostraba la "mediocridad de las políticas de Nixon hacia América Latina". Se criticó el uso de la coerción porque sólo tomaba en cuenta factores internos de Estados Unidos ignorando implicaciones internacionales. Según el cotidiano neoyorquino, la operación sólo buscaba demostrar que se cumplía "la promesa de la campaña [de Nixon] de 'ley y orden'".⁶⁶

Las autoridades mexicanas reaccionaron con una notable energía [...] declarativa. Díaz Ordaz aseguró indignado que las acciones de Washington "habían levantado una gran muralla en la relación de México con Estados Unidos".⁶⁷ Funcionarios mexicanos —que prefirieron permanecer en el anonimato— objetaron que la operación reforzara la imagen de México como "la causa del problema de las drogas en Estados Unidos".⁶⁸ Entre los mexicanos siempre ha existido la opinión contraria: en el tema de las drogas Estados Unidos le crea los problemas a México.

También criticaron a Estados Unidos porque intentaba imponer a terceros las políticas que pensaba debían seguirse en el combate al narcotráfico. Washington quería, por ejemplo, que México aceptara rociar los cultivos de marihuana y amapola con productos químicos.⁶⁹ Por último, a las autoridades mexicanas les molestaba el carácter unilateral de la política estadounidense. Se repetía "la vieja historia de decisiones políticas de Estados Unidos que afectan profundamente a un país latinoamericano y que son tomadas por razones políticas internas sin consultar a quien se afecta".⁷⁰ Como parte de la reacción mexicana, la Confederación Nacional de Cámaras de Comercio (Concanaco), entonces dirigida por Francisco Cano Escalante, organizó la "Operación Dignidad", que logró convencer a un gran número de mexicanos para que dejaran de comprar productos estadounidenses. Esta operación recibió el apoyo explícito del presidente de la república.⁷¹

Al mismo tiempo que esto ocurría, los gobiernos mexicano y estadounidense iniciaron negociaciones. "De la noche a la mañana" Washington canceló la operación y jamás informó sobre la identidad de los veinte prohombres mexicanos involucrados en el narcotráfico.⁷² A cambio, México firmó varios acuerdos antinarcóticos con Estados Unidos que se presentaron a la opinión pública como "Operación Cooperación". Según un editorial del NYT, "México prometió intensificar sus esfuerzos de frenar la producción y exportación de narcóticos".⁷³

Esto quiso decir que México concedió a la Drug Enforcement Administration (DEA) mayor control sobre la forma en que se combatirían las drogas en México, aceptó rociar los campos de marihuana y opio con her-

bicidas e intensificó la campaña contra productores, traficantes y consumidores. Estableció la "Campaña Permanente contra el Tráfico de Drogas", que involucró a buena parte de las fuerzas de seguridad interna mexicanas, incluido el ejército, que aceptó esta misión pese a los riesgos que implicaba (las fuerzas armadas de Estados Unidos, cabe señalar, se negaron por décadas a involucrarse en la guerra contra las drogas).⁷⁴

En otras palabras, la coerción forzó al gobierno mexicano a cooperar y hacer la voluntad de Estados Unidos. Esta interpretación se confirma con las memorias de G. Gordon Liddy, uno de los responsables de la operación y que posteriormente fue encarcelado por su papel en el escándalo de Watergate. Dice Liddy que la operación "fue diseñada para doblegar a México y lograr que actuara de acuerdo a nuestra voluntad. Consideramos que México podía aguantar [la presión] un mes, pero de hecho se rindió después de dos semanas, y conseguimos lo que deseábamos"; añade que fue "una extorsión internacional pura, simple y efectiva".⁷⁵ Los estadounidenses confirmaron que la coerción funciona, y en 1970 el subsecretario de Estado, Elliot Richardson, declaró que "el éxito más grande en los esfuerzos bilaterales [de Estados Unidos]" para detener el flujo de drogas a su país "ha sido con México".⁷⁶

El narcotráfico permitió ver con claridad que la coerción es una parte de las relaciones entre México y Estados Unidos y que las grandes líneas estratégicas de la política antinarcóticos mexicana fueron decididas por Estados Unidos. Pese a ello Washington ha hecho todo lo posible para ayudar a México a mantener las apariencias y proyectar la imagen de que su política exterior se mueve por principios.



En los años sesenta la actitud estadounidense hacia la situación económica en México empezó a modificarse. Aunque siguieron las alabanzas, aparecieron voces de alarma, comentarios críticos y recomendaciones a los gobernantes mexicanos. Es importante aclarar que en aquel momento los estadounidenses no buscaban echar por tierra el modelo de desarrollo mexicano; sólo querían que funcionara mejor la economía mixta porque las cifras de crecimiento eran la mejor defensa del experimento mexicano.

A medida que avanzó la crisis y se debilitó el régimen iría desapareciendo la tolerancia. En ese contexto documenté un acto de posible deslealtad de un embajador mexicano que ilustra el funcionamiento de la hegemonía en las relaciones de dominación y permite abordar el estilo diplomático mexicano en Washington.

Una visión ambivalente y pragmática

La ambivalencia de la percepción norteamericana aparece en dos textos de 1959. Por un lado, México era visto como el país que tenía "importantes lecciones" que ofrecer a los "países subdesarrollados que estaban buscando la clave para empujar a sus sociedades estancadas hacia el siglo XX".¹ Por el otro, existía mayor disposición a reconocer las insuficiencias y carencias de México. Un estudio del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de 1959 aceptaba que México enfrentaba, entre otros problemas, el de "elevar el nivel de vida de millones de campesinos y de reducir el analfabetismo".²

Su disposición de percibir a México con ojos más críticos fue consecuencia de la apertura que caracterizó esa etapa durante la cual incorporaron a su pensamiento económico aspectos e indicadores del desarrollo previamente ignorados: distribución del ingreso, pobreza, analfabetismo, nivel de vida.³ Es decir, estaba cambiando su concepción del desarrollo.

La élite estadounidense conservaba la fe en la iniciativa privada y seguía creyendo que la industrialización era el camino más corto para el desarrollo y la democracia. Sin embargo, tenía urgencia por encontrar métodos más rápidos que le permitiera "sofocar los hábiles esfuerzos de los comunistas para explotar la crisis económica en América Latina".⁴ Ello incrementaba su disposición a tomar en cuenta ideas antes menospreciadas.⁵ Fue en ese ambiente donde el gobierno de Kennedy llegó al concepto de "desarrollo total", que suponía, entre otras cosas, "una reforma social en los países latinoamericanos".⁶

En aras de este desarrollo, el asesor de Kennedy James Schlesinger, Jr. le comentó al presidente que Estados Unidos se complicaría la "vida en forma desmedida" si insistía en ver a la inversión privada como "el único motor para lograr el desarrollo económico". En consecuencia, sugería "abandonar posiciones doctrinales", como la que impedía hacer "préstamos a empresas propiedad del Estado".⁷

Concederle mayor protagonismo al Estado supuso una revolución en uno de los supuestos centrales del pensamiento liberal que, como sabemos, dominaba en esos momentos la cúspide del poder político. En 1962, Carl Sulzberger se preguntó bajo qué sistema podían avanzar más rápidamente los países: si "bajo el socialismo o en un régimen de empresa privada". Aceptaba que "la respuesta podía ser una combinación de ambas", y que Estados Unidos tal vez tendría que "tragarse muchas de sus preferencias ideológicas y reconocer que una versión modificada del socialismo podría ser la forma más efectiva de gobierno para los latinoamericanos".⁸

Aceptar que el socialismo podía tener algo de mérito significaba una enorme concesión ideológica que sólo se entiende por la sensación de emergencia y por las sacudidas que estaban viviendo los mitos y creencias.⁹ Esta actitud es bien reveladora del pragmático carácter estadounidense: si el socialismo resultaba atractivo para los países pobres era porque el capitalismo no resolvía sus problemas. En consecuencia, además de detener al comunismo debían competir y demostrar en los hechos la excepcionalidad y superioridad del capitalismo.

De acuerdo con el *Times*, Occidente debía probar que su "sistema democrático y de libre empresa es mejor que cualquier versión del socialismo". Por su parte, Kennedy aseguró que "la tarea aún sin cumplir" de Estados Unidos, era "demostrarle al mundo entero que es más fácil lograr las aspiraciones humanas de progreso económico y justicia social con trabajadores libres, dentro de un marco de instituciones democráticas".¹⁰

Ante México, un optimismo más crítico

En la década de los años sesenta algunas de las variables que evaluaban la economía mexicana continuaban siendo positivas: el *NYY* hizo 75 menciones a las "condiciones generales de la economía", de las que sólo dos fueron negativas ante 63 positivas y diez informativas. Hubo 23 referencias positivas a la situación financiera, y una negativa. La industria se mencionó 34 veces, y sólo una nota fue negativa.

El optimismo reflejaba una realidad: México seguía experimentando un crecimiento económico notable y avanzaba en la "industrialización" (considerada como "la única respuesta para una población tan grande en un país tan pequeño").¹¹ Según la opinión de Estados Unidos, México estaba listo para evolucionar de "una economía estática, predominantemente agraria, a una industrialización moderna";¹² "se encontraba en el punto de arranque (TAKE-OFF) hacia el crecimiento sostenido".¹³

El entusiasmo creció exponencialmente porque revaloraron la experiencia mexicana, que presentaron como alternativa a la Revolución cubana. En 1962 Daniel James escribió que Argentina estaba en "crisis permanente", Brasil era "un gigante dormido incapaz de despertar", Castro estaba "arruinando las posibilidades que tenía Cuba de convertirse en un ejemplo brillante" y, en consecuencia, sólo México "podía mostrar el camino".¹⁴ En los años sesenta aparecieron 24 menciones positivas al "modelo creado por la Revolución mexicana" (véase la gráfica 71) y ésta fue reinterpretada positivamente, lo que resulta evidente en la gráfica 13.

Era tanto lo que estaban modificándose las ideas que algunos personajes le encontraron méritos y virtudes al sistema de propiedad mixta. Para el senador Jacob K. Javits, México debía "convertirse en líder y guía [para mostrar al resto de los países latinoamericanos cómo] aplicar exitosamente la actividad del sector privado y estatal a la promoción del desarrollo económico nacional".¹⁵ Incluso la conservadora CIA reconoció que "el sector privado [mexicano] tenía algunas insuficiencias [...] [como por ejemplo el] arriesgar poco capital, tener un bajo volumen de producción y [buscar] altas tasas de ganancia".¹⁶ Este tipo de frases se refleja claramente en el análisis de contenido: se redujeron las críticas al proteccionismo y a la intervención del Estado en la economía (para un acercamiento al tema véase la gráfica 73).

En donde no hubo modificaciones fue en su convencimiento de las bondades de la inversión extranjera, que seguía siendo bien recibida en México. El sentir generalizado aparece en el análisis del *NYY*: de las 48 men-

ciones al papel de la inversión extranjera en México, 42 fueron positivas (véanse las gráficas 74 a 76), mientras que las referencias a la política mexicana sobre inversión extranjera y al clima para la inversión estadounidense fueron mayoritariamente positivas (véanse las gráficas 77 a 79). En un documento de 1964, la CIA aseguraba que México era "atractivo para el capital extranjero".¹⁷

Durante esa década los estadounidenses sólo pusieron en duda la actitud mexicana hacia la inversión extranjera en tres ocasiones. La primera fue cuando el empresario mexicano Bruno Pagliai declaró que la política exterior mexicana hacia Cuba había llevado a muchos inversionistas a estar "renuentes a invertir en México".¹⁸ Sin embargo, sus dudas se disiparon a medida que el gobierno de México demostraba que sus lealtades estaban con la potencia.¹⁹

La segunda ocurrió en 1962, cuando el Congreso mexicano aprobó una ley que obligaba "a empresarios mexicanos y extranjeros" a repartir utilidades con los trabajadores. Los inversionistas extranjeros respondieron con "duras críticas".²⁰ Rápidamente dejaron de preocuparse porque, como explicara el banquero mexicano Aníbal Iturbide, "después de una amplia serie de deducciones de las utilidades, los trabajadores recibirían un pago anual de alrededor de dos semanas extra como reparto de utilidades".²¹ El desenlace se debió a la creciente fortaleza del sector privado, que ya ensayaba su capacidad de vetar, o de obstaculizar, la voluntad gubernamental. Este reajuste en el poder de los actores fue detectado por la CIA en 1965, quien advirtió sobre la existencia de "un sector privado agresivo" capaz de "frenar" políticas oficiales.²²

La tercera ocasión en que se advirtió inquietud fue cuando el gobierno de Díaz Ordaz impulsó la mexicanización de la inversión extranjera e intentó convencer a sus representantes de vender parte de sus acciones a mexicanos.²³ El gobierno alentaba la mexicanización otorgando concesiones económicas, y algunas empresas extranjeras —entre otras la General Electric— aceptaron vender 10% de sus acciones a mexicanos.²⁴ Pero esta expresión del nacionalismo económico mexicano tuvo una corta vida y no alteró el clima favorable a la inversión.

Lo que les preocupaba de México

Lo verdaderamente original en el pensamiento estadounidense de los años sesenta radicó en la forma como percibieron los problemas del modelo económico mexicano.

Raymond Vernon publicó en 1963 *The Mexican Dilemmas of Mexican Development*, donde se alejaba de las comparaciones esquemáticas con Estados Unidos y concluía que el desarrollo mexicano había llegado a una encrucijada que presentaba severos cuellos de botella.²⁵ Entre otros problemas, se percibía una "disminución reciente en el crecimiento, que podía ser un reflejo de las insuficiencias de la estructura, y una advertencia sobre el futuro".²⁶ El *NYT* coincidía: la sustitución de importaciones había "llegado a un punto en el que ya se habían cubierto las posibilidades más promisorias y razonables".²⁷ En estas dos citas aparece el germen de un importante consenso: la economía mexicana necesitaba reformas.

Las reformas que sugerían no eran integrales; se orientaban a problemas muy específicos. Por ejemplo, les preocupaban la distribución del ingreso (entre 1946 y 1959 tuvo doce referencias y en los años sesenta éstas llegaron a 23), el desempleo (diez menciones en el primer periodo y 16 en el segundo), y el marginalismo, que pasó de dos a once comentarios (y posteriormente a 52 en los años sesenta); por último, las menciones negativas del nivel de vida rural aumentaron de 19 a 39 (véanse las gráficas de 82 a 90). El contraste sería la corrupción que mereció menos menciones en los años sesenta (véase la gráfica 93). Las referencias aparecieron en notas más importantes (como las editoriales), pero en esos momentos la corrupción no era vista como uno de los grandes problemas mexicanos, sino como algo más bien anecdótico y consustancial al carácter mexicano.

La inquietud por los problemas sociales tuvo múltiples expresiones. La obra del antropólogo Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, (1961) se convirtió en un éxito pese a incluir una cruda descripción de "la cultura de la pobreza", de la vida de millones de mexicanos marginados del milagro económico. Washington también incorporó estas preocupaciones. En un memorándum de 1962, la embajada estadounidense recordaba que "casi la mitad de la población todavía vive en condiciones semiprimitivas".²⁸

Un editorial de 1961 del *Times* es ilustrativo de esta actitud más crítica. Según este documento, la Revolución mexicana era simple "retórica de los líderes políticos", porque "en 1960, cerca de 60% de la población estaba mal alimentada, mal vestida y sin vivienda; aproximadamente 40% era analfabeta y casi 45% de los niños no estaba matriculado en la escuela. La riqueza nacional ha aumentado de manera significativa desde 1940 —continuaba—, pero la brecha entre ricos y pobres es todavía más impactante que en el pasado, [a pesar del] mejoramiento en el nivel general de vida".²⁹

Otro problema que adquirió notoriedad durante los años sesenta fue el crecimiento demográfico. Las referencias a este fenómeno empezaron a incrementarse en esta década en una tendencia que no se detendría y que tuvo en James Reston al comentarista que articuló las inquietudes y temores de sus compatriotas. Pero no era el único. El presidente del Banco Mundial decía que ese fenómeno amenazaba con "anular todos nuestros esfuerzos por elevar los niveles de vida en muchos de los países más pobres".³⁰ En 1964 la CIA aseguró que los problemas de México se originaban en el aumento del número de habitantes.³¹

Para los estadounidenses, la responsabilidad recaía en el gobierno mexicano. En 1967, Henry Giniger escribió que "el mexicano común y corriente" estaba "preparado para aceptar un programa de control de la natalidad [...] pero su propio gobierno [no estaba listo para efectuarlo]".³² Juan de Onís agregaría que eso constituía "un serio obstáculo para el mejoramiento de vida de las mayorías pobres de México".³³ Concentraron más su atención en el medio rural, porque ahí esperaban el brote de problemas políticos.

El agro mexicano como prioridad de Estados Unidos

Vietnam y Cuba eran dos de los países donde la insurgencia tenía una fuerte base rural, y por aquellos años una escuela muy influyente sostenía que las revoluciones se originaban en el agro empobrecido. En 1961 el subsecretario de Estado, Chester Bowles, insistió sobre la necesidad de "poner especial atención a las áreas rurales que en América Latina [representan] peligros potenciales".³⁴ Ésa fue una de las razones que motivaron el incremento en la atención concedida a los problemas del campo mexicano (véase como ejemplo la gráfica 88).

En los años sesenta los colaboradores del *NYT* se interesaron por primera vez desde 1946 en el campo mexicano, y lo que encontraron los alarmó. Después de una visita a Sonora, Giniger escribió que el campo mexicano había "retrocedido al viejo sistema prerrevolucionario de grandes propiedades, en el que unos cuantos controlaban la riqueza agrícola del país".³⁵ En 1966, tras la publicación de una larga serie de artículos de Giniger, un editorial del *NYT* aplaudió los "logros mexicanos", pero advirtió que "la mayor parte de la población" todavía estaba integrada por "campesinos sin educación y muy pobres" que trabajaban "la tierra con métodos primitivos y tradicionales".³⁶

Subyaciendo estos comentarios se encontraba la vieja inquietud por la estabilidad mexicana. Para Paul P. Kennedy "los campesinos sin tierra de una nación representan su problema más grande".³⁷ En otro artículo dijo que eran una "amenaza constante al equilibrio nacional".³⁸ Finalmente, Ginniger sintetizaría en 1966 la inquietud que le provocaba el campo: "uno empieza a preguntarse cuánto tiempo se podrá mantener la paz" en México.³⁹ La inquietud era compartida por la CIA. En 1964 el servicio de inteligencia concluyó que "el sector agrícola" se mantenía "rezagado", y eso podría afectar la estabilidad del país.⁴⁰ Un año después la misma organización preparó un análisis de acuerdo al cual "la pobreza y la agitación entre los campesinos constituyen una amenaza constante a la estabilidad".⁴¹

Tanta preocupación venía de que "la extrema izquierda" pudiera estar preparándose para hacer uso "de un gran número de campesinos, quienes habían sido oprimidos por el proceso de industrialización".⁴² El Departamento de Estado concordaba con esta opinión, y en 1963 aseguraba que la "línea dura" de los comunistas mexicanos tenía un "potencial evidente para causar daños si la inconformidad agraria continúa creciendo".⁴³ Estos razonamientos permeaban su visión de las regiones pobres latinoamericanas.

Tad Szulc argumentaba que "las condiciones para una situación revolucionaria [...] [eran cada vez más] evidentes en todo el vasto nordeste brasileño, azotado por la pobreza y aquejado por la sequía".⁴⁴ Alimentaba sus preocupaciones el trabajo de una corriente de la izquierda latinoamericana que estaba convencida de que el campesinado era el sujeto de procesos revolucionarios.

Cuando los estadounidenses detectan un problema, inmediatamente le buscan soluciones. Para la CIA era imprescindible una "reforma económica y social en el México rural".⁴⁵ La reforma ideal aparece en un memorándum de Schlesinger a Kennedy de 1961: "el pequeño agricultor" impulsaría a una "revolución de la clase media" en América Latina.⁴⁶ El *NYT* era de la misma opinión y proponía que en México se favoreciera al "pequeño propietario, porque cuando [éste] ha recibido grandes extensiones de tierra, ha mostrado mayor eficiencia que los ejidatarios".⁴⁷ No tuvieron éxito en lograr las reformas, pese a que contaron con la colaboración del embajador mexicano en Washington.

A partir de los años sesenta la élite estadounidense observó con más atención y minuciosidad la evolución de la economía mexicana. En esa década le reconocían un papel positivo al sector público y sólo proponían

ajustes que permitieran la continuación del milagro mexicano. En esos momentos México tenía condiciones ideales para decidir sobre el tipo y el ritmo de los ajustes al modelo. Por las rigideces del sistema (en especial los enormes poderes del presidente) pospuso las reformas, y con ello aceleró las condiciones para la gestación de crisis económicas periódicas que han inflingido un enorme costo a la sociedad y han incrementado la vulnerabilidad mexicana frente a Estados Unidos. Otro ingrediente de este proceso ha sido la actitud de los miembros de la élite.

Nacionalismo, lealtad y hegemonía

Estados Unidos siempre ha sido un referente obligado del nacionalismo mexicano. En la visión del mundo posrevolucionario existe la idea —bien alimentada por la historia— de que el intervencionismo de Estados Unidos es la principal amenaza potencial a la soberanía nacional.

De ahí se desprenden otros razonamientos: el gobierno se presentaba como el mejor capacitado para defender la soberanía, y se descalificaba (o se lanzaban sombras de duda) sobre quienes dialogaran contra los estadounidenses. Eso hicieron los partidarios de Miguel Alemán contra el candidato opositor Ezequiel Padilla cuando éste concedió una entrevista a *The New York Times* en 1946. Por su parte, los opositores también utilizaron a Estados Unidos para descalificar al gobierno. En 1952 los partidarios del general Henríquez acusaron a Adolfo Ruiz Cortines de haber colaborado con los estadounidenses cuando éstos ocuparon Veracruz en 1914.

Las acusaciones mutuas oscurecen la realidad. La historia y las encuestas de opinión muestran un panorama diferente: hay, por una parte, mexicanos que admiran todo lo estadounidense y han estado dispuestos a colaborar con ellos, y por otra están los que rechazan todo lo que venga de esa sociedad. En el medio se encuentra todo tipo de posiciones. Nos ha faltado revisar estas relaciones con ojos más críticos y rigurosos para establecer, con base en los hechos, los criterios para separar el diálogo normal de los actos de deslealtad. Con estas advertencias discutiré el caso de un embajador mexicano en Estados Unidos.

Walt Rostow fue un académico especializado en problemas del desarrollo que incursionó en la vida pública. En 1963 viajó a México y fungió como responsable del Consejo de Planeación Política del Departamento de Estado. Después de unos cuantos días regresó a Washington, donde redactó un plan maestro de reformas para el campo mexicano en el que pro-

ponía una mayor liberalización. En consecuencia, Rostow consideró que el "reto clave" era "ampliar el mercado y modernizar las áreas rurales atrasadas". De hacerle caso, Rostow garantizaba que en diez años —ni uno más, ni uno menos—, México "llegaría a ser la Suecia de América Latina". Para transformar a los mexicanos en suecos, Rostow preparó una receta que debía ser conocida y aprobada por el presidente mexicano Adolfo López Mateos, quien, como todos sabían, era la pieza clave del sistema.⁴⁸

La forma en que Rostow presentó sus ideas al presidente de México es una demostración de cómo funcionan las relaciones de dominación por hegemonía (es decir, por el convencimiento de los dominados), y de las maleables ambigüedades que existen en el nacionalismo de algunos funcionarios mexicanos. En un memorándum al presidente Kennedy le adjunta una carta que el entonces embajador en Washington, Antonio Carrillo Flores, envió al presidente López Mateos. Esa carta, dice Rostow, "delinea la estrategia que desarrollé [...] y sugiere que sea considerada por la próxima administración mexicana".

En la carta del embajador mexicano éste califica a Rostow como "un distinguido funcionario [...] un eminente intelectual americano [...] y autoridad en problemas del desarrollo económico". Carrillo Flores agrega que "me parece que deben conocerse sus ideas (de Rostow) para ser tomadas en cuenta en la formulación del programa de gobierno del siguiente gobierno". En consecuencia, hace un resumen del documento y de una conversación con Rostow. Después de ello Carrillo Flores envió una copia de su carta a Rostow.⁴⁹

Esta correspondencia es un ejemplo claro de la forma en que se manejan las relaciones de dominación, porque no hay evidencia de que Rostow hubiera presionado a Carrillo Flores (quien sería secretario de Relaciones Exteriores bajo la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz). El embajador mexicano adoptó voluntariamente ideas y políticas sugeridas por un funcionario estadounidense y las presentó al ejecutivo mexicano como si fueran propias; ¿cómo interpretar las acciones del embajador mexicano?

Para responder es necesario tomar en cuenta que los diplomáticos acreditados ante el gobierno de Estados Unidos deben conciliar el nacionalismo gubernamental con su obligación de lograr el acceso a los círculos de poder en Washington. Es posible que en este rejuego terminaran por ser convencidos y simpatizaran con las posiciones estadounidenses, o que todo formara parte de una simulación diplomática orientada a ganarse la confianza de los estadounidenses.

En este sentido hay una serie de hechos que tal vez confirmen un patrón. En uno de sus libros Daniel Cosío Villegas habla del Porfirio Díaz "anticlerical rabioso, liberal jacobino y xenófobo y anti-imperialista". En esa época expidió varios decretos que afectaban los intereses estadounidenses, lo que dio lugar a todo un rejuergo diplomático. En 1877 se reúnen José María Mata y John W. Foster y "conversan sobre la misión de aquél en Washington y las gestiones de éste en México". En esa confidencia entre diplomáticos, Mata le "cuenta que manifestó al subsecretario [William H.] Seward la opinión de que México debía acceder al paso recíproco de tropas, así como que era correcta su interpretación del artículo 29 de la Constitución, en la cual Foster fundaba la inconstitucionalidad de los préstamos forzados".⁵⁰

El caso de un representante mexicano que concede la razón al estadounidense no es excepcional. A los tres días de la expropiación petrolera de marzo de 1938, el embajador Francisco Castillo Nájera informó al subsecretario de Estado Sumner Welles que, en su opinión, la "medida expropiatoria debía recindirse y efectuarse una modificación general de la política cardenista".⁵¹

Alexander M. Haig, Jr. (secretario de Estado con Reagan) narra un incidente parecido. En 1981 coincidió en una cena del Alfalfa Club con el embajador mexicano Hugo B. Margáin, quien le preguntó si habría interés en abrir una discreta línea de comunicación con los rebeldes salvadoreños; Haig cuenta: "exploté: Washington ya no negociaría en secreto con insurgentes que querían derrocar a gobiernos legales". Según Haig, el embajador Margáin se sintió liberado y "agarró mi mano calurosamente. Por años —dijo fervientemente— he esperado que un estadounidense diga este tipo de palabras. ¡Esta noche iré a casa y dormiré bien!".⁵²

Pareciéramos estar ante un patrón sistemático que debe explorarse con mayor cuidado. Es posible que sea un recurso diplomático, o la disposición de algunos mexicanos a colaborar con Estados Unidos por interés o por convicción y, que en algunos casos, ha llegado a situaciones extremas. Durante la intervención estadounidense en México (1846-1848), el general Winfield Scott tuvo una "compañía de dos mil espías mexicanos, los cuales sirvieron tan bien durante la guerra que al terminar ésta, algunos de ellos recibieron como recompensa 20 dólares y un viaje a Texas".⁵³

Es imposible conocer los motivos de Carrillo Flores, o los de Miguel Alemán o Carlos Salinas, por mencionar sólo algunos de los que han dado muestras de cercanía a Estados Unidos. La única posibilidad sensata es la de documentar cada hecho para entender la dinámica que se da cuan-

do chocan el nacionalismo y la relación con la potencia. En el caso de Carrillo Flores, los documentos muestran que un embajador mexicano adoptó como propias las ideas sugeridas por un funcionario estadounidense y que con ellas intentó influir en las políticas oficiales. No se trata necesariamente de un acto de deslealtad o traición, sino de dominación por hegemonía. Sobre este difícil tema regresaré más adelante.

DESCORRIENDO EL VELO DEL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO



En los años sesenta los académicos estadounidenses iniciaron una revisión más cuidadosa del sistema político que incluyó una renovación de la metodología. Como resultado de ello el conocimiento que tenían sobre México se amplió notablemente. Aunque se mantuvo el consenso mayoritario de que la permanencia del PRI era lo mejor, empezaron a sugerir reformas y hasta le recomendaron a las víctimas que tuvieran paciencia con el régimen.

Un supuesto central de esos razonamientos era la creencia de que la mejor solución estaba en una reforma pacífica y gradual del sistema político. No ignoraban la brutalidad en que podía incurrir el régimen, pero estaban convencidos que el gradualismo era lo mejor para Estados Unidos y para México. Quien ilustra esta actitud —no exenta de contradicciones— es el académico que escribió una obra clásica sobre el sistema político mexicano: Frank Brandenburg, quien dedicó su trabajo a la “familia revolucionaria”, que había “elevado a México a una posición ejemplar entre las naciones latinoamericanas”, y posteriormente señaló, en diversas partes de su texto, las “costumbres autoritarias y los fracasos” de esta misma “familia”.¹ Este tipo de supuestos y juicios de valor explica la orientación de buena parte de la bibliografía, e influyó en la lentitud de una transición que apenas empieza a culminar a finales de los años noventa.

La revaloración de México

En términos generales la élite estadounidense hizo una evaluación positiva de los acontecimientos políticos mexicanos. A excepción de 1968, las variables que miden el comportamiento político de México en el *NYT* (“revisión política general”, “orientación del gobierno federal” y “democratización”) recibieron más menciones positivas que negativas (véanse las gráficas 16, 17, 36 y 37).

Como fue señalado anteriormente, Cuba les hizo valorar la estabilidad mexicana y olvidar las formas a veces utilizadas para mantenerla. En las primeras etapas de la Revolución cubana, Washington sentía inquietud por la posibilidad de que México estuviera en la mira del comunismo internacional.² Cuando entendió que los revolucionarios cubanos colocaron a México en un nicho especial y que ni por equivocación alentarían a la oposición interna, se relajaron y empezaron a alabar al sistema político mexicano que súbitamente se convirtió en un modelo para presumir.³

Brandenburg reconocía que "para influir en los movimientos populares actuales [de América Latina], debemos presentar alternativas aceptables al marxismo-leninismo, y el ejemplo de los Estados Unidos ha demostrado ser inaplicable". Brandenburg pensaba que en México, en ese vecino exitoso, se encontraba lo que "necesitamos saber para inyectarle nueva vida a nuestra política global".⁴ El Departamento de Estado coincidía con el diagnóstico y aseguraba que la Revolución mexicana es "un ejemplo de la gran transformación que puede darse en América Latina" sin soluciones comunistas.⁵ En síntesis, y como lo aceptara explícitamente el *Times*, "gracias a Cuba" los norteamericanos entendieron las ventajas de "un México estable, democrático y próspero, estrechamente ligado a Estados Unidos en materia económica, amistoso y por completo soberano".⁶

Mientras que en los años veinte despotricaban contra la Revolución mexicana, en los sesenta la elogiaban y hasta decían que México podía sentirse orgulloso de haberla experimentado porque ya no tenía "la tentación de hacerse comunista"; en una metáfora bastante macabra compararon a México con "una persona afortunada que después de tener una enfermedad se vuelve inmune".⁷ Como consecuencia identificaron la estabilidad con los gobiernos del PRI,⁸ el cual, repetían frecuentemente, era legítimo porque tenía la capacidad de incorporar a todas las fuerzas políticas.⁹

Se consolida entonces el mito de que sin el PRI México iría a la catástrofe. En 1962 el embajador estadounidense en México, Thomas C. Mann, escribió que "la destrucción del PRI podría traer el caos".¹⁰ Vernon coincidió con "muchos mexicanos de inteligencia y discreción que se aterrorizaban con la posibilidad de un rompimiento de la hegemonía priísta" y que se preguntaban "si un sistema multipartidista no terminaría en un espectáculo sangriento de uso de la fuerza y de represión".¹¹ Este mito ha tenido una importancia extraordinaria en la vida de México, porque si el PRI es insustituible, cualquier alternancia en el poder es riesgosa. El efecto de esta consideración en la situación política interna fue una inyección de fuerza y poder al autoritarismo

mexicano, y una reducción en los espacios de las agrupaciones opositoras que empezaron a proliferar durante los años sesenta.

Los presidentes en los años sesenta

Entre los presidentes mexicanos y la élite estadounidense se ha ido estableciendo una relación intensa y peculiar. Estados Unidos los observa con enorme interés por la importancia que tienen en el sistema político, y los mandatarios mexicanos parecen haber entendido los puntos débiles, las angustias y esperanzas de los estadounidenses, y se aprovechan de ello en una especie de chantaje por demás interesante. Aunque la interacción adquiriría su máxima intensidad durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, en los años sesenta ya se manifestaban algunos de sus rasgos.

Adolfo López Mateos es uno de los presidentes que mejor ejemplifican el barroquismo de las relaciones México-Estados Unidos. Pese a declararse de "extrema izquierda", pese a su respaldo a Cuba y a su activismo internacional, fue el presidente mexicano menos criticado entre 1946 y 1986 (Aleman fue el más aplaudido). De 246 menciones que recibió López Mateos en el NYT, sólo dos fueron negativas (véanse las gráficas 19 a 27). Las cifras se explican porque según Paul P. Kennedy aun con los exabruptos de radicalismo que salían del sexenio de López Mateos, en Estados Unidos siempre pensaron que "era más conservador que de izquierda".¹² Si concebían al radicalismo mexicano como ejercicio retórico era porque recibían garantías en privado de los presidentes.¹³

Gustavo Díaz Ordaz fue otro presidente poco criticado por la élite estadounidense, quien nunca dudó de su orientación ideológica (véase la gráfica 19). El cotidiano neoyorquino informó que cuando los inversionistas extranjeros se enteraron de que había sido designado candidato, se "zambulleron en el mar de la euforia".¹⁴ Eufemísticamente decían que con Díaz Ordaz, México se "iba un poco más a la derecha del centro".¹⁵ La oficina de la CIA en México concordaba con esta evaluación e informó a sus suscriptores que "los grupos financieros y empresariales [habían] reaccionado favorablemente" ante la candidatura de Díaz Ordaz y que se esperaba que su gobierno fuera "más conservador" que el de López Mateos.¹⁶ El entusiasmo creció cuando el poblano integró un gabinete "prooccidental y particularmente proestadunidense", y nombró a un secretario de Gobernación que había "tratado duramente las manifestaciones procomunistas".¹⁷

Y ya que hablamos de presidentes, el tratamiento que otorgaron a Cárdenas en los sesenta confirma la ampliación que se estaba operando en la conciencia estadounidense. Aunque persistieron algunas condenas, también se publicaron opiniones positivas respecto a Cárdenas, en claro contraste con las expresadas en décadas anteriores (véase la gráfica 19 para las cifras totales de menciones positivas y negativas). En 1962 un editorial del *NYT* aseguró que pese a una "creencia muy extendida en Estados Unidos, Cárdenas no es antiestadunidense y ciertamente nunca fue, ni es, un comunista. Su posición en la historia es la de un mexicano patriota y defensor del pueblo".¹⁸

Su beneplácito con los presidentes mexicanos se expresó en la costumbre de seguir separando al presidente de los aspectos negros del sistema. En un párrafo de su libro, Vernon dice que el presidente estaba metido en una "camisa de fuerza política: en contra de crecientes obstáculos intenta ganarse la lealtad de cada una de las fuentes de poder que había en el país".¹⁹ Concebir al presidente mexicano como el fiel de la balanza en el equilibrio político, es otra forma de disociarlo del sistema y de atribuirle las mejores intenciones. Es muy posible que algunos presidentes mexicanos detectaran las posibilidades que daba este razonamiento y se aprovecharan presentándose ante los estadounidenses como reformistas enfrentados a las fuerzas oscuras del sistema. Ser ungidos como democratizadores de corazón facilitaba el respaldo estadounidense y ensanchaba los márgenes para la acción autoritaria. Pero sobre esto regresaré más adelante.

Un mayor realismo

Al mismo tiempo que apoyaban al autoritarismo o que abrazaban tesis poco sustentables (como la de la vocación democrática de los presidentes), fue clarísima la disposición de Estados Unidos a ver con mayor cuidado y atención lo que pasaba en México. Una repercusión fue el abandono de la absurda pretensión de describir a México como una democracia.

Por ejemplo, a diferencia de los autores de los años cincuenta, Brandenburg cita publicaciones comunistas y hace una atinada descripción del funcionamiento del sistema político mexicano. Ese autor desarrollaría tesis e ideas que luego formarían parte de la conciencia colectiva: México era "gobernado por una élite" que giraba en torno de un ejecutivo, equiparable a "un sol político", a un "monarca" que surgía y se ocultaba en ciclos sexenales.²⁰ Brandenburg no era un caso aislado, como lo demuestra la aparición en 1969 del libro de John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*.²¹

La CIA también ampliaba su conciencia y en 1964 aseguraba que México tenía "un régimen paternalista de un solo partido" que desafiaba cualquier "definición convencional". El servicio de inteligencia consideraba que aun cuando el gobierno "hablara y gastara grandes sumas en el desarrollo de los preceptos socialistas de la Revolución", era "en esencia pragmático."²² Tres años después, en 1967, la CIA aclaraba que la democracia mexicana era simple imagen porque el gobierno "controlaba cuidadosamente la apariencia de adhesión a los principios del multipartidismo y al gobierno representativo".²³

El *NYT* hacía su propio esfuerzo por entender la originalidad mexicana. Para un columnista, México estaba políticamente "bastante alejado de nuestra concepción de la democracia",²⁴ y en 1964 se dijo que las elecciones presidenciales en este país eran "una pretensión de democracia occidental", porque en realidad lo único que contaba era "la selección" que el presidente hacía del candidato.²⁵ Sin saberlo, los académicos, funcionarios y periodistas estaban sentando las bases intelectuales que llevaron, pocos años después, a un rompimiento definitivo con la imagen del sistema político mexicano que habían construido durante los años cuarenta y cincuenta.

No todo se renovó. Se mantuvieron ideas del periodo anterior (como la preocupación por los comunistas).²⁶ Pero aun en esos casos, cambió la forma de tratar a la izquierda y se redujo la absurda prioridad que llegaron a darle. En los años cincuenta, los calificaban de "rojos", en los sesenta de izquierdistas, y el rotativo le dedicó menos atención a los partidos tradicionales de izquierda y más a organizaciones de izquierda independiente como la Central Campesina Independiente (CCI) o el Movimiento de Liberación Nacional (véase la gráfica 33).

Tras la moderación estaba el reconocimiento de que la izquierda mexicana no amenazaba, ni remotamente, al sistema. Para la embajada de Estados Unidos, la "extrema izquierda está terriblemente dividida y es incapaz de competir de manera efectiva con la organización, la ideología y el poderío del PRI". Más aún, consideraba que difícilmente se revertiría esa situación en el "futuro cercano".²⁷ La CIA agregaría que Lombardo Toledano tenía un acuerdo con el gobierno que lo "subsidiaba parcialmente" para "obtener información sobre las actividades comunistas y dividir, así, a los grupos comunistas".²⁸ Es curioso que en otros documentos la CIA siguiera calificándolo de "antiguo colaborador" de organizaciones comunistas.²⁹ Seguramente era ambas cosas, porque en México algunos podían ser de izquierda y andar del brazo de la familia revolucionaria.

Rebeliones sociales, coerción estatal e indiferencia ante la violencia

En los años sesenta las preocupaciones de la élite estadounidense por México giraron en torno del malestar y la pobreza en el campo, de la posible división de la "familia revolucionaria" y de la rebelión de las clases medias expresada, entre otros, en los movimientos de médicos y estudiantes.

El análisis de contenido es muy útil para detectar prioridades. Por ejemplo, el *NYT* aumentó su cobertura sobre los campesinos y les concedió artículos más importantes.³⁰ La razón está en lo que se trató en el capítulo anterior: México era un país esencialmente rural, y consideraban que "la paz y el bienestar del país" dependían de "las condiciones en el campo".³¹

Su inquietud aumentaba porque en enero de 1963 se fundó la CCI, que de inmediato fue clasificada por el *NYT* como "políticamente de izquierda y opuesta en lo fundamental a Estados Unidos y al gobierno mexicano".³² Pese a que el *NYT* nunca publicó una descripción o evaluación de los orígenes y objetivos de la nueva central, las referencias a la CCI fueron mayoritariamente negativas. Sus críticas a la CCI se asociaban con el expresidente Lázaro Cárdenas, una figura que les provocaba reacciones encontradas. Aunque, como decía anteriormente, revaluaron su opinión, les preocupaba que Cárdenas pudiera convertirse en el líder de un grupo "o bien anti yankee [...] [o con] ideas económicas y políticas tan radicales que podían entrar en conflicto con las políticas y los ideales estadounidenses".³³ Cárdenas representaba un riesgo potencial por tener "un amplio grupo de seguidores entre los campesinos y los indios", con los que hubiera podido "orientar su acción política por canales muy problemáticos".³⁴ Por si eso no bastara, tenía simpatía por la Revolución cubana.

Otro aspecto es la forma en que percibieron el uso de la fuerza. En los años sesenta se estableció un patrón: México fue escenario de crecientes inconformidades que fueron reprimidas por el gobierno e ignoradas por los medios de información y los académicos estadounidenses. Eso confirma que cualquier análisis de contenido debe completarse con lo no publicado. Quisiera mencionar brevemente algunos casos de violación de garantías individuales que aparecieron en la prensa mexicana y no fueron difundidos en Estados Unidos.

Ni el *NYT* ni ningún académico estadounidense hicieron referencia a que el 30 de diciembre de 1960 hubo una matanza de trece campesinos en Chilpancingo, capital del estado de Guerrero. No se puede aducir ignorancia porque esa noticia apareció en las primeras planas de los periódicos de la ciudad de México.³⁵

En 1961 se efectuaron elecciones para gobernador en San Luis Potosí. Un popular líder cívico, el doctor Salvador Nava, se presentó como candidato independiente. Para evitar su triunfo, el partido oficial com un fraude bastante escandaloso. Los navistas organizaron una protesta el 15 de septiembre de 1961 que fue disuelta con violencia por el ejército. La cobertura que dio la prensa de la ciudad de México se caracterizó por una presentación parcial de la realidad orientada a desprestigiar al navista. Un editorial del periódico *El Universal* muestra la parcialidad de ese momento. Al doctor Nava lo acusan de "adoptar actitudes histriónicas que no se compaginan con el decoro que exige toda intervención en la vida pública. Otro afán que ocupar, por cualquier medio, la silla de mando". El comentario de Nava, continúa el rotativo capitalino, "contrasta vivamente con el programa siempre rico y siempre enriquecido de una Revolución en marcha que se cumple por la vía de las instituciones".³⁶ Pese a que la información sobre el asunto apareció en las primeras planas de los diarios, el responsable del NYT ignoró el tema.

En mayo de 1962 fue asesinado con su familia el líder campesino Benjamín Jaramillo. La prensa del Distrito Federal publicó la información en sus páginas interiores y el NYT lo ignoró a pesar de que en los años cincuenta había publicado un pésimo artículo (el peor en 41 años) sobre ese líder campesino.

Del 15 de noviembre de 1964 al 15 de septiembre de 1965 se registra el movimiento de los médicos, que tampoco fue comentado por la prensa estadounidense. Un año después llegó a México una investigadora estadounidense, Evelyn Stevens, quien hizo una cuidadosa investigación de ese movimiento sobre el cual "los medios de comunicación publicaron cantidades de información excepcionalmente amplias" en su etapa inicial.³⁸ También sabemos que esos mismos medios fueron los instrumentos que utilizó el régimen para desacreditar y destruir a un movimiento que tampoco encontró aliados en Estados Unidos. En otro capítulo comentaré el significado de la llegada de Stevens.

En 1967 se perpetró otra matanza de campesinos en Guerrero. El 19 de mayo de ese año, *Excelsior* informó en páginas interiores que "en refriega a tiros y puñaladas entre policías y padres de familia, ocurrida en Atoyac de Álvarez, en la Costa Grande, nueve personas resultaron muertas y más de veinte heridas".³⁹ Después de este acto de represión surgió un movimiento armado en Guerrero que, junto con la aparición de grupos guerrilleros en diversos estados, conforma una de las vertientes de la violencia mexicana de los últimos treinta años.⁴⁰

El Partido Acción Nacional, por su parte, no dejaba de participar en elecciones. En los comicios para municipios y congreso estatal de Baja California del 2 de junio de 1968 el PAN obtuvo la victoria en Mexicali y Tijuana. Para revertir el avance, el Congreso local anuló las elecciones.⁴¹ Este hecho recibió la atención de la prensa nacional pero no fue informado por el *NYT*.

Dicho abanico de protestas se caracteriza por la pluralidad y la diversidad geográfica. Ahí se insertaban grupos campesinos radicalizados, pero también profesionistas conservadores. En estos y otros casos la actitud de la élite estadounidense fue la de ignorarlos o minimizarlos pese a que sabía que el régimen autoritario destruía o ahogaba, con diferentes mezclas de coerción y persuasión, a quienes se oponían a su voluntad. En algunos casos se trataba de una indiferencia deliberada porque la élite de Estados Unidos siempre conoció los métodos que empleaba el gobierno. En 1965 la CIA mencionaba en un documento interno la capacidad del gobierno mexicano para "suprimir" amenazas a la estabilidad.⁴² En otro documento la agencia reconocía que las estructuras de seguridad mexicanas cumplían con su "tarea cuando así se les ordenaba [...] sin preocuparse demasiado por la legalidad".⁴³

En el *NYT* por cada mención negativa de la represión gubernamental en los sesenta, aparecían tres informativas (véanse las gráficas 40 y 43). Ahora bien, si observamos la evolución que sufrió esta variable a lo largo del tiempo, es evidente que a medida que avanzaba la década, se manifestaba una tendencia a ver cada vez más críticamente los abusos de autoridad cometidos por el gobierno mexicano.

Aunque resulta difícil evaluar el efecto de la indiferencia estadounidense en la evolución del sistema político mexicano, acontecimientos posteriores y comparaciones con otros países hacen pensar que su falta de interés amplió los márgenes de maniobra para el gobierno mexicano, decidido como estaba a emplear la violencia contra los inconformes. Estados Unidos no era el único país indiferente a México. Lo mismo hacían países del Tercer Mundo o del campo socialista que, por diferentes motivos, habían decidido no criticar al gobierno mexicano, ni apoyar a sus opositores. Todo ello retrasó el crecimiento y consolidación de estos movimientos y ayudó a la exasperante lentitud de la transición.

El movimiento de 1968

En la historia de México, el movimiento estudiantil de 1968 es un parteaguas que simboliza el inicio de una transición. En la reacción que tu-

vo la élite de Estados Unidos se manifiestan una mejor comprensión de la realidad mexicana, un sólido respaldo al régimen y una obsesión por que el cambio fuera pacífico y controlado.

Se ha dicho que el movimiento del 68 tomó por sorpresa a los observadores de la vida política mexicana. Esto es parcialmente cierto, porque en 1967 la CIA prendió una señal de alarma al mencionar en uno de sus documentos internos que el éxito del sistema educativo mexicano había conducido a las clases medias a "un nivel de sofisticación que las llevaría al conflicto con el sistema mexicano de gobierno paternalista".⁴⁴

Cuando surgió el movimiento estudiantil algunos estadounidenses demostraron estar preparados para entender su naturaleza, lo cual fue un avance notable si se compara con la forma en que trataron al movimiento ferrocarrilero de 1958. Dos terceras partes de las referencias al movimiento del 58 en el *NYT* habían sido negativas, y diez años después sólo una cuarta parte de las menciones periodísticas censuraba a los estudiantes. La represión gubernamental fue criticada sólo dos veces en 1958 y 16 en 1968 (véase la gráfica 43). Finalmente, el *NYT* otorga atención a las voces opositoras al gobierno. En su cobertura del movimiento ferrocarrilero de 1958, el rotativo citó a nueve opositores por su nombre y a 18 durante el movimiento de 1968; en el caso de las citas anónimas no incluyó a algún mexicano opositor en 1958, y a 20 en el movimiento estudiantil. La conclusión es evidente: empezaban a darle voz a los opositores al régimen.

El individuo que mejor ejemplifica la mayor apertura fue el entonces corresponsal del *NYT*, Henry Giniger, quien pese a haber demostrado su poca simpatía por el radicalismo universitario,⁴⁵ hizo una cobertura excelente del movimiento estudiantil de 1968, que contrastó notablemente con la información que enviaron otras agencias internacionales de noticias o la inmensa mayoría de los medios de información mexicanos.⁴⁶ Por la fidelidad de sus reportajes recibió el Premio del Club de Prensa Estadunidense.

Para Giniger el gobierno mexicano intentaba presentar "la violencia estudiantil como un complot subversivo, alentado por agitadores comunistas y extranjeros".⁴⁷ En su opinión, los "problemas venían de que la policía se había sobrepasado" y de que la prensa mexicana cubría los acontecimientos de manera parcial y prejuiciada.⁴⁸ Para él, los estudiantes tenían un programa muy moderado: "proteger las reformas constitucionales", frenar la corrupción y protestar por la falta de democracia.⁴⁹ Años después, en una entrevista, comentó que aun cuando los estudian-

tes mexicanos "a veces exageraban y hacían acusaciones que no podían probar", él pensaba que había sido "un movimiento liberal que buscaba abrir el sistema".⁵⁰

Giniger se esforzó por entender el movimiento estudiantil y concluyó que las reformas exigidas eran necesarias para que México fuera un país democrático, lo que, en su razonamiento, beneficiaría a éste y a Estados Unidos. Es importante resaltar que Giniger pudo publicar su punto de vista gracias al apoyo de los directivos del periódico en Nueva York, y eso fue posible porque hacia finales de la década de los sesenta, en Estados Unidos la ideología liberal recuperaba espacio frente a la conservadora.

La masacre del 2 de octubre en Tlatelolco es, por su brutalidad, referente obligado que separa las interpretaciones. La versión del gobierno mexicano aparece en un editorial del periódico *Novedades*:

al llegar a la zona, el ejército fue recibido a balazos por francotiradores apostados en los edificios y en las casas de las inmediaciones [...] los agresivos grupos insurrectos, cuya actitud antipatriótica queda a la vista en consideración al inminente compromiso mundial que México tiene por delante, dejaron en su alevoso ataque al ejército un saldo todavía indeterminado de soldados muertos, y las heridas recibidas por el general José Hernández Toledo.⁵¹

Es decir, toda la responsabilidad recaía en los estudiantes.

Paul P. Montgomery —el enviado que cubría el movimiento— tras haber estado en Panamá informando sobre un golpe de Estado, publicó su artículo en forma totalmente diferente a la del editorial antes citado: "las tropas federales dispararon contra los estudiantes [...] mataron a 20 personas e hirieron a más de 100", y luego presentó una descripción detallada de los acontecimientos.⁵² Esta interpretación fue respaldada por otros periodistas del *Times*.⁵³

Lo interesante del caso es que en este diario también aparecen interpretaciones cercanas a la visión oficial. En abierta contradicción con lo publicado por Montgomery, Sidney Thomas Wise aseguró que el 2 de octubre "al menos 34 personas fueron heridas durante un salvaje enfrentamiento entre el ejército y los estudiantes". Este autor desacreditaba a los estudiantes por haber sido controlados por "un grupo de agitadores de izquierda y políticos frustrados [...] [cuya estrategia] parecía más bien destinada a ridiculizar al gobierno y fomentar el desorden que a buscar

solución a los problemas estudiantiles". Casi todas las demandas, añadía Wise, eran "negativas y destructivas".⁵⁴

La vigencia del entendimiento

Por otro lado, el movimiento estudiantil de 1968 mostró la vigencia que tenía el entendimiento, el pacto de apoyo mutuo, entre las élites de Estados Unidos y México.

Durante el movimiento, voces cercanas al régimen —y que se expresaron en el periódico *El Día*— aseguraron, en diversas ocasiones, que la movilización estudiantil era el resultado de una conspiración internacional en la que participaban la CIA y el FBI.⁵⁵ Al igual que en las acusaciones de "traidor" que los alemanistas lanzaron a Ezequiel Padilla porque le concedió una entrevista al *Times*, Washington absorbió las acusaciones guardando un discreto silencio que en términos políticos significaba un respaldo. Entretanto la embajada de Estados Unidos suscribía las tesis del gobierno mexicano y criticaba la cobertura de Henry Giniger.⁵⁶

En el interior del gobierno estadounidense hubo quienes pensaron diferente. Por las revueltas estudiantiles en varias partes del mundo, el Departamento de Estado creó un Grupo de Estudio sobre la Inquietud Estudiantil, que llevó a cabo un análisis comparativo entre varios países. El documento final —terminado en 1969— adopta la tesis gubernamental sobre la masacre del 2 de octubre, al aceptar que fueron "enfrentamientos sangrientos".⁵⁷ Sin embargo, luego contradice la tesis del gobierno mexicano sobre la incidencia de factores externos. Para el Departamento de Estado, "aun con la ayuda de extranjeros [...] [los estudiantes mexicanos] difícilmente hubieran podido mantener la huelga por tanto tiempo si su insatisfacción no hubiera sido tan amplia y extendida". Sobre el papel de los comunistas en el movimiento, decía que éste se mencionaba "mucho más de lo que se confirmaba". Los estudiantes, concluía, pudieron simplemente haber sido "el detonador de acontecimientos que de cualquier forma iban a surgir".⁵⁸

Pese a estas diferencias de opinión, la élite de Estados Unidos (gobierno, medios e intelectuales) respaldó al grupo en el poder de México aunque empezó a proponer reformas graduales, pacíficas y desde la cúspide (ésta ha sido la tesis seguida hasta 1997). En el informe del Departamento de Estado se decía que "no obstante la gran deshonestidad del PRI, los estudiantes tenían que convencerse de que el partido es todavía, o vol-

verá a ser, una fuerza vital tanto para el cambio político y social como para el crecimiento económico".⁵⁹ Es revelador de su lógica que la responsabilidad de ser maduros y sensatos la esperaban de las víctimas del autoritarismo. Este enfoque ha permanecido hasta los noventa.

La línea editorial del *NYT* siguió una lógica en esencia similar. El rotativo hizo una recomendación muy reveladora: "si el Partido [Revolucionario Institucional] pretende seguir siendo el instrumento de una revolución permanente, tiene que abrir espacios a la nueva generación [...] [y mostrar su] preocupación por las desigualdades sociales y la corrupción en la vida mexicana". Para el *NYT*, "la represión no [llevará a] la renovación revolucionaria que el partido dice representar".⁶⁰ Es decir, sugirió discreta y educadamente al régimen una reforma pacífica, gradual y voluntaria.

En suma, aunque entendieran mejor a México adecuaron su conciencia al respaldo que la mayoría de ellos le brindaba a un gobierno que, a pesar de ser corrupto, represor y antidemocrático, mantenía la preciada estabilidad y era amistoso con Estados Unidos. Era una política de paciente espera que se explica porque México seguía creciendo económicamente y por la indudable fortaleza del régimen. Su esperanza estaba en que se reformara por sí solo el sistema. Aunque es difícil decir qué hubiera pasado en caso de percibir de manera diferente los hechos, sus razonamientos van a explicar el amplio margen de maniobra que concedieron a Luis Echeverría, el presidente que después de 1970 se lanzó a reformar México con los modales de un huracán embravecido.

LA AGONÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA ENTRE 1970 Y 1986





Pese a la lentitud de la transformación del sistema político, de 1968 hasta finales de los años noventa México ha vivido cambios extraordinariamente importantes que pueden ordenarse en tres grandes variables:

1. Se ha deteriorado la capacidad del grupo gobernante para mantener vigentes las relaciones de dominación autoritarias; es decir, ha ido perdiendo fuerza la vieja combinación de hegemonía y coerción. Entre los síntomas están la desaparición, en 1985, de la principal policía política (la Dirección Federal de Seguridad) y el agotamiento y sustitución del modelo económico creado por la Revolución mexicana.

2. Se han consolidado o han surgido fuerzas sociales independientes del régimen en todo el espectro de la geometría política y social —partidos opositores, medios de información, movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales (ONG).

3. Se ha incrementado la importancia del factor externo (en especial Estados Unidos) en los asuntos nacionales. Los efectos han sido muy variados. Sin que disminuyera el respaldo al grupo gobernante, crecieron los obstáculos al uso de la coerción estatal y eso creó condiciones propicias para el deterioro del régimen y la aparición de nuevas fuerzas.¹

Para desarrollar el análisis de la importancia e interacción que han ido adquiriendo las variables se modificó el orden de presentación de la investigación. Entre 1946 y 1970 ésta se organizó en dos grandes etapas subdivididas a su vez en política exterior, economía y política. A partir de ahora, los periodos serán sexenales y la narración será cronológica y mezclará estos grandes temas. Los hilos conductores se mantendrán idénticos: la percepción de México en Estados Unidos y la importancia que tiene dicha potencia en la vida de México, y en especial en su sistema político.

Aumento en el interés y cambio en las actitudes

A partir de 1968 no ha dejado de crecer el interés por México entre académicos, periodistas y funcionarios estadounidenses.

La gráfica 1 presenta el número de artículos que aparecieron cada año en el *NYT* a partir de 1946. Aunque son evidentes los ciclos de interés e indiferencia, después de 1976 se supera el promedio anual de 1968. Además del incremento numérico, lo verdaderamente importante es el aumento del espacio y de la prioridad concedida a México (véase la gráfica 4). Por ejemplo, en cuarenta y un años el *NYT* publicó 441 artículos con una extensión de 60 a 121 centímetros, un tamaño más que decoroso; de ellos, 344 (78%) aparecieron entre 1970 y 1986. Los artículos que rebasaron la media plana fueron 158, de los cuales 118 (75%) se publicaron después de 1970. Finalmente, entre 1980 y 1986 se concentra la tercera parte de los artículos publicados en la primera plana del *NYT*. Un patrón similar aparece en los despachos de corresponsales, los editoriales, los artículos de opinión y las cartas a la redacción. De los 1,328 artículos firmados por corresponsal, 456 fueron escritos entre 1980 y 1986 (el promedio anual de envíos de corresponsal había sido 32, pero en los años ochenta llegó a 65; véanse como ejemplo las gráficas 6 y 7).

Desafortunadamente, por la cercanía temporal las leyes de Estados Unidos limitan el tipo y la cantidad de memorándums o informes oficiales que pueden publicarse y ello redujo el número de estos materiales que pueden utilizarse. Pese a ello, me basta un documento para demostrar la creciente importancia de México para Washington. En 1978 el presidente Carter ordenó, por primera vez en la historia, que se preparara un memorándum presidencial para evaluar las relaciones entre los dos países: ése es el origen del "Presidential Review Memorandum 41" (PRM-41), citado en diferentes secciones.

Roderic Camp hizo una excelente reseña de los principales trabajos académicos publicados en Estados Unidos sobre México después de la segunda guerra mundial: incluyó dos obras de los años cincuenta, 17 de los sesenta, 31 de los setenta y 43 de los ochenta.² En otras palabras, de los 93 trabajos académicos considerados por Camp, aproximadamente 80% fue publicado después de 1970, por una generación que se vio influida por las ideas y el espíritu de los años sesenta y setenta.³

Los profesores citados por Camp no son los únicos que estudian o han estudiado a México. Entre 1975 y 1984 se escribieron 1,080 tesis de doctorado sobre México en universidades de Estados Unidos; en el *Natio-*

nal Directory of Latin Americanists de 1985 que publicó la Biblioteca del Congreso se incluyen 4,915 nombres, de los cuales 1,400 decían estudiar a México; de los 2,600 miembros de la Latin American Studies Association (LASA), 518 se identificaron a sí mismos como "especialistas en México"; finalmente, el Comité de Estudios Mexicanos de la Conferencia sobre Historia Latinoamericana tenía 227 miembros.⁴ Estos investigadores se encuentran dispersos en un gran número de instituciones y en unos cuantos centros especializados.

Otra forma de evaluar tal interés es mediante el análisis de las revistas militares. De los 35 artículos recuperados entre 1949 y 1988, quince fueron realizados entre 1949 y 1969, y 20 entre 1970 y 1988. Aunque numéricamente no es muy grande la diferencia entre los dos periodos, sí hay una variación temática, ya que en la segunda etapa se presentó mayor atención a los problemas del México contemporáneo y éstos se abordaron de una forma cualitativamente diferente.

Hubo un cambio de actitud muy notable en temas muy espinosos como la "guerra mexicana". En el pasado se responsabilizaba a México de esa guerra, pero en los años setenta aparecieron comentarios opuestos. En uno de ellos citan a Ulysses S. Grant cuando dice que la intervención en México fue "una de las guerras más injustas que libró un país fuerte contra otro débil".⁵ En los años sesenta las revistas dedicadas a temas militares publicaron crónicas entusiastas sobre lo maravilloso de Guadalajara y Chapala para los militares que se iban al retiro. En 1979 apareció en la revista *Air Force Times* un escrito totalmente diferente sobre el mismo tema. Para el autor, Fred Reed, Guadalajara no era el paraíso perdido ni los estadounidenses la raza excepcional. En Guadalajara podían vivir bien los oficiales porque su pensión les permitía pagar "distinción, simpatía, elegancia y sirvientes", pero los que sólo habían sido "soldados, marineros y marines" difícilmente sobrevivían en los barrios pobres de "la Perla de Occidente".

Reed clasificaba a la comunidad de siete mil retirados con varios criterios. De un lado estaban los que se entretenían en algo, y del otro, los que sólo bebían. "Noche tras noche, y en todos lados —cuenta Reed—, uno se encuentra a borrachos arrogantes, a borrachos sentimentales, a borrachos llorosos." También dividía a la comunidad entre las "viudas (los hombres no duran tanto como las mujeres) y las que pronto lo serían [...] [porque aquella era] una comunidad de viejos, y los viejos mueren".

Finalmente, Reed criticaba "la notable capacidad de los estadounidenses de vivir en un país sin realmente ser parte de él, de pasarse tres años

en Alemania sin aprender el alemán. Y ahora, en el retiro, de ser parte de México, sin vivir realmente en México". Las relaciones con los mexicanos no eran malas, eran inexistentes. "Los mexicanos parecieran tolerar a los estadounidenses porque los consideran tontos más que odiosos" y las mujeres vivían obsesionadas por "tener la cartera bien agarrada, por mantener las piernas cerradas y, sobre todo, por no beber agua". La creencia de que todos los mexicanos querían aprovecharse de ellos "borda en la paranoia".⁶

El lenguaje de Reed es tan ácido como el de Malcolm Lowry. Al igual que la "generación perdida" de principios de siglo (John Dos Passos, Lincoln Stephens o John Reed), México era el pretexto para reflexionar críticamente sobre su cultura. Lo extraordinario no era eso, sino que una revista hecha por y para los militares publicara una crítica tan severa sobre ellos mismos. Pero eran los años setenta, cuando todo estaba bajo sospecha y todo era o parecía posible.

Los periodistas

En Estados Unidos los grupos encargados de producir y difundir ideas, ya no aceptaron como acto de fe lo que decían los funcionarios, desplazaron su punto de equilibrio ideológico hacia el centro y recuperaron la responsabilidad de vigilar la acción gubernamental.

El espíritu de la época fue igualmente evidente entre los periodistas. Para Howard Bray "las movilizaciones sociales y las políticas de protesta" llevaron a una "actitud nueva y revolucionaria hacia el gobierno y la autoridad en general".⁷ David Halberstam considera que "una generación [de periodistas] que había cubierto Vietnam nunca más volvería a tener tanta confianza en su gobierno".⁸ Esta actitud modificó la relación de Washington con los medios: en febrero de 1976 George Bush, entonces director de la CIA, envió una "directiva" limitando los casos en que podían colaborar la prensa y el servicio de inteligencia.⁹

El distanciamiento no implicaba antagonismo. Los medios de información seguían dispuestos a defender el interés y la seguridad nacionales pero ya no les bastaba la palabra de los funcionarios; el gobierno tenía que demostrar que la seguridad nacional estaba en riesgo y los medios debían estar de acuerdo con el diagnóstico. En 1977, un año después de la "Directiva Bush", la CIA logró que algunos medios pospusieran —por razones de seguridad— la publicación de noticias sobre un proyecto cuyo fin era recuperar un submarino soviético hundido en el Pacífico.¹⁰ Este patrón

se mantiene hasta nuestros días: cuando hay consenso en que la seguridad nacional o "la preservación de los intereses estadounidenses" están en juego, la prensa está dispuesta a colaborar con su gobierno.¹¹ En la mayoría de las ocasiones cada quien se va por su lado y cumple con las funciones asignadas en el contrato social.

Para los años setenta la sociedad se había desplazado al centro del espectro ideológico. Aumentó el número de lectores educados y críticos, lo que obligó incluso a aquellos periódicos famosos por su conservadurismo a que modificaran sus prejuicios. El dueño y director del *Los Angeles Times* se vio obligado a reconocer que "los periódicos sobreviven sólo si se adaptan al nuevo público".¹² Y la adaptación requirió de una nueva generación de reporteros, más educados, críticos y dispuestos a hacerse las "preguntas relevantes", lo que los llevaba a ampliar su comprensión de la realidad: su conciencia. El nuevo periodista quería "interpretar y analizar, no sólo 'reportear'".¹³

Estos ajustes impusieron un código profesional que exige objetividad, condena la ideologización y prohíbe la defensa deliberada de los intereses creados.¹⁴ No se eliminaron las preferencias ideológicas o los intereses de los medios; simplemente se hicieron más sutiles porque se redujo la permisividad de la guerra fría que aceptaba distorsiones muy groseras de la realidad.

Los estudiosos de los medios de información estadounidenses coinciden en que estas transformaciones fueron evidentes en las secciones internacionales donde habían aparecido "los prejuicios políticos más fuertes de un periódico".¹⁵ Subyaciendo a la percepción renovada de México, estaba el mundo académico que fijaba, como siempre, las grandes pautas interpretativas que normaban la línea editorial de los medios de información.

Los profesores

Desde los años setenta ha crecido la cantidad y la calidad de la investigación sobre México.

Esto es el resultado, en primer lugar, de la amplitud temática cubierta por los jóvenes que llegaron a México en los años sesenta a preparar su tesis doctoral: D'Antonio y Form estudiaron el panismo en Ciudad Juárez; Graham revisó las condiciones políticas en Guanajuato, mientras que Fagen y Tuohy lo hacían en Xalapa, Veracruz. David Ronfeldt elaboró una interpretación muy compleja de los mecanismos de control autoritarios en el campo y Karl Schmitt investigó al Partido Comunista Mexicano.¹⁶

Desde entonces han seguido diversificándose los temas: la creciente influencia de los tecnócratas, el papel de los empresarios, la relación entre economía y política, las oposiciones al régimen, la burocracia, las biografías, la situación de los campesinos, las fuerzas armadas, los estudiantes y la política, los sindicatos, el movimiento urbano, los organismos no gubernamentales, etcétera.¹⁷ Es cierto que muchos temas fueron ignorados, y que otros, como el ejército, recibieron una atención desigual.¹⁸ Buena parte de quienes hicieron sus tesis abandonaron luego los estudios sobre México. No obstante, se creó la base de una numerosa generación de mexicanólogos, aunque desigual en calidad.

En la avalancha de trabajos hubo algunos que sobresalieron por su mala calidad. Éste sería el caso de la obra de James Dalessandro, quien escribió erróneamente que el movimiento estudiantil de 1968 buscaba la "renuncia o derrocamiento del gobierno".¹⁹ Otro texto notablemente malo es el de un coronel Rex Applegate, quien afirmaba en 1985 que México reunía la "mayor parte de elementos y condiciones necesarios para una toma del poder inspirada en los comunistas" porque la "economía mexicana" estaba "virtualmente socializada".²⁰ Tal vez a ellos se refería Sol Sanders cuando afirmaba que los estudios latinoamericanos en Estados Unidos son el refugio de "académicos de tercera".²¹ Otros citados en capítulos posteriores son notables por su complejidad.

Pero independientemente de su orientación ideológica, las oleadas de mexicanólogos mostraban en lo general una actitud más abierta. Uno de los cambios más importantes fue la gradual desaparición de las comparaciones explícitas y groseras entre México y Estados Unidos. Esta diferenciación aparece en los años sesenta. Brandenburg partió de las "diferencias insuperables" entre los dos países y recomendó analizar a México tal cual era, pues cualquier otro enfoque sólo llevaría a "una victoria de la irracionalidad, de las verdades parciales y falsedades".²² Cuando Oscar Lewis explicó la metodología utilizada para escribir *Los hijos de Sánchez*, aclaró que no quería ver a México "a través del tamiz mental de la clase media estadounidense".²³ Las comparaciones —en las que Estados Unidos siempre se llevaba la mejor parte— no desaparecieron; se hicieron cada vez más sutiles.

Todo lo anterior también trajo consigo una renovación en la metodología. Hasta entonces quienes escribían sobre México utilizaban fuentes secundarias, salían poco de la capital e incorporaban más anécdotas que rigor. La rebelión estudiantil en 1968 y la respuesta tan violenta del régimen, comenta Wayne Cornelius, contradijeron lo que había estado escribiendo

la mayoría de los observadores sobre México.²⁴ Surgieron nuevas preguntas que condujeron a la búsqueda de nuevos datos; algunas investigaciones las hicieron ellos mismos, otras se produjeron en México. Pablo González Casanova publicó en 1965 su influyente *Democracia en México*.

Esta actitud renovada es ejemplificada por Evelyn Stevens, quien inició en 1965 una investigación pionera sobre las protestas sociales y los mecanismos que utilizaba el régimen para controlarlas.²⁵ Uno de los mitos sacudidos por Stevens fue el silencio del mexicano ante el extranjero. Vincent Padgett había escrito que los "políticos mexicanos no son fácilmente cultivables". El político mexicano debe conocer muy bien al observador antes de romper el silencio. Padgett aseguraba que ésa era una de las razones por las que había muchos aspectos desconocidos sobre la política mexicana.²⁶

Padgett escribía estas líneas en 1965, el mismo año en que Stevens empezaba una investigación en la que encontró una actitud "comunicativa" entre los 203 participantes de esos movimientos que entrevistó. Stevens afirmaba que era "como si hubieran estado esperando a alguien dispuesto a escuchar sus experiencias", sin importar que fuera un académico extranjero.²⁷ Susan Eckstein tuvo una experiencia similar entre los pobres urbanos cuando preparaba su libro *The Poverty of Revolution* (1977). Eso mismo encontró Henry Giniger durante sus encuentros con los estudiantes del movimiento de 1968, y el análisis de contenido muestra que de 1970 a 1986 creció el número de opositores que dieron su opinión al *NYT*. En síntesis, la desconfianza de los mexicanos hacia el extranjero mencionada por Padgett y otros autores es una falacia. La mayoría de los mexicanos siempre han estado dispuestos a hablar, y lo que ha faltado han sido investigadores que tengan esa misma disposición para hacer las preguntas relevantes y sentarse a escuchar.

Kenneth Johnson (*Mexican Democracy: A Critical View*) anuncia desde el principio de su libro que éste se apoyará "muchísimo en un tipo de literatura que no está bien representada en los anales de la academia estadounidense, es decir, la literatura clandestina de protesta" de derecha e izquierda; (como consecuencia de su enfoque el gobierno mexicano lo deportó al año siguiente de que apareciera su libro). Johnson es un académico poco valorado pero que hace unos señalamientos importantes, uno de los cuales es que menciona el esfuerzo deliberado del gobierno mexicano por cooptar a los académicos estadounidenses. Criticando abiertamente a su maestro Vincent Padgett, Johnson precisa que es "mucho lo desconocido sobre la política mexicana porque los académicos [...] prefieren la ruta segura de un 'contrato amoroso' con el PRI. El sistema político mexicano

—reflexiona Johnson— tiene una curiosa anomalía: una vez que el invitado es aceptado en la familia oficial, no es fácil que pueda relacionarse con los grupos opositores”.²⁸

La izquierda también se hizo presente en el análisis de México. Uno de los autores más fecundos y sólidos de esta corriente es Cockcroft.²⁹ En 1964 apareció una revista de izquierda, el *Report* del North American Congress on Latin America (NACLA). Muchas organizaciones que surgieron en los años sesenta desaparecieron a medida que se diluía la rebeldía y el cabello largo canecía, adelgazaba o se iba. NACLA ha sido una excepción y todavía a fines del siglo continúa produciendo trabajos sólidos desde una perspectiva altamente de izquierda. En los treinta años de NACLA puede analizarse la evolución de esa vertiente del pensamiento estadounidense de izquierda: a principios del radicalismo estridente y activista de los años sesenta y setenta —cuando para algunos de los fundadores de dicho organismo parecía que la “revolución y la represión estaban a la vuelta de la esquina”— se fue haciendo más silenciosa y reflexiva sin perder el filo crítico.³⁰

Durante muchos años las prioridades de NACLA no incluían a México. Empezaron resaltando las políticas de Estados Unidos hacia América Latina, después vino el entusiasmo con el gobierno de la Unidad Popular en Chile y la angustia por el golpe de Estado y los estados de seguridad nacional en el Cono Sur. En los ochenta los reflectores se fueron hacia las guerras centroamericanas. México recibió poca atención, aunque lo poco que se distingue rápidamente. Fue en NACLA donde apareció una entrevista a un guerrillero mexicano y donde se documentó el primer estudio sobre las “colonias” de estadounidenses en México.³¹

El conocimiento sobre el sistema político mejoró por los avances que hubo en la teoría política. En 1964 el teórico español Juan Linz introdujo la dicotomía entre regímenes democráticos y totalitarios y propuso una categoría de regímenes autoritarios.³² En 1973 apareció un artículo de Hans Kaufman Purcell, quien utilizó esa distinción y clasificó a México como autoritario, un término que desde entonces se ha generalizado.³³

Hay una diferencia notable en la evolución del tratamiento que dieron a la economía y a la política. A medida que pasaba el tiempo se agriaban los comentarios y el tono de las críticas al modelo económico. En los años sesenta Vernon fue muy cuidadoso en sus afirmaciones, y sus recomendaciones se orientaron a mejorar el modelo existente. En 1973 apareció un análisis muy duro de Roger Hansen, *The Politics of Mexican Development*.³⁴ En los ochenta, cuando empezó el auge del pensamiento

liberal, la condena llegó a niveles violentísimos porque Washington ya quería forzar un cambio de raíz en el modelo de desarrollo. En el caso de la política, por el contrario, hubo una continuidad en el cuidado de la crítica y la benevolencia con que disculpaban al régimen.

Finalmente deben considerarse las carencias en la comprensión estadounidense de México que marcan los límites de la conciencia posible o potencial. Aunque hay excepciones, como los libros de Sylvia Maxfield y Roderic Camp sobre la relación entre empresarios y políticos,³⁵ existen huecos notables en su comprensión del sector privado mexicano, en el uso de la coerción estatal, en algunos aspectos del sistema político y en los efectos negativos de las políticas de Estados Unidos sobre la vida en México. En algunos casos la ignorancia es incomprensible; por ejemplo, Alan Riding escribió desde México para el *NYT* entre 1970 y 1983. En total, el rotativo neoyorquino le publicó 434 artículos, 33% del total publicado por once corresponsales que envió a este país en casi medio siglo (véase la gráfica 6). Tras retirarse de la corresponsalía en México, Riding escribió un best-seller sobre nuestro país de indudable calidad. Riding es inteligente y perspicaz y tuvo el acceso a todos los sectores, lo que le hubiera permitido profundizar en aquellos aspectos de la vida mexicana que le interesaran. Pese a ello, nunca exploró algunos temas y si lo hizo fue de una manera superficial y aislada; ¿se trató de una decisión deliberada, o de escatomas (hoyos de la conciencia) sobre los que no tenía control? En los próximos capítulos habrá un espacio para discutir estos aspectos.

Diálogo entre profesores y sociedades

Uno de los fenómenos más interesantes y menos estudiados de la relación bilateral es la forma en que se fue estableciendo un diálogo entre las sociedades. En las próximas páginas se bosquejan los elementos de esta historia donde los académicos jugaron un papel central. Eso plantea uno de los problemas de más difícil respuesta: ¿hasta dónde llega la responsabilidad de los extranjeros para entender a México, y cuál es la responsabilidad de los mexicanos?

De los asuntos que hemos revisado, algunos acontecimientos mexicanos recibieron poca atención en Estados Unidos, lo que puede explicarse por la astucia política del gobierno mexicano, quien con su política exterior independiente cooptaba y mediatizaba a los progresistas del mundo y a su poca disposición. También ha influido la insuficiente capacidad de los mexica-

nos para articular una visión alternativa y presentarla ante otras sociedades; si durante mucho tiempo no lo hicieron fue porque México estuvo cerrado al mundo. Esta actitud se modificó al parejo de la apertura del país, que condujo al establecimiento de relaciones entre las sociedades. Ni las relaciones interamericanas, ni el México de los últimos treinta años se entienden sin incorporar este diálogo social tan poco entendido.³⁶

En algún capítulo anterior se hablaba de que en los años sesenta se crearon redes sociales entre Estados Unidos y América Latina y en esos procesos participaron académicos, cristianos y voluntarios de los Cuerpos de Paz. Debido al aislamiento de México dichos Cuerpos de Paz no llegaron a México y hubo pocos misioneros. Por tanto tocó a los académicos sentar las bases para ir cerrando un distanciamiento de siglos. Después de las pésimas experiencias con Estados Unidos en la primera parte del siglo XIX y del trauma de la invasión y pérdida de territorio, la reacción mexicana fue ignorar a esta nación, que dejó de ser un tema de interés para la investigación académica.

Después de la segunda guerra, el proceso de acercamiento lo iniciaron los historiadores; en esa tarea debe reconocerse el trabajo pionero de Daniel Cosío Villegas, Josefina Vázquez y José Luis Orozco. En los años sesenta y setenta, y como parte de la gradual apertura de México al mundo, se crearon centros para los estudios internacionales en la Universidad Nacional y El Colegio de México. En esas instituciones, Mario Ojeda, Olga Pellicer y Lorenzo Meyer, entre otros, empezaron a insistir en la necesidad de entender a Estados Unidos, lo que coincidió con el mayor interés por México que surgió entre la comunidad académica estadounidense.

El diálogo empezó a establecerse con lentitud pero con pasos firmes. Uno de los indicadores que permiten medir esta evolución es la inclusión de mexicanos y estadounidenses en un mismo volumen. Este hecho, en apariencia tan simple, significa un reconocimiento de igualdad académica, y en el caso de los mexicanos un cierto riesgo político, porque hasta hace algunos años era común que se viera con sospecha a los mexicanos interesados en Estados Unidos (la acusación más común era la de ser agente de la CIA).

La iniciativa provino de los estadounidenses. Por ejemplo, en 1966 Stanley Ross publicó una compilación de artículos donde se incluyeron los trabajos de algunos mexicanos. Tanto gustó la iniciativa (*Is the Mexican Revolution Dead?*), que en 1972 la Secretaría de Educación Pública publicó una edición en español donde aparecieron algunos mexicanos que habían estado ausen-

tes de la versión inglesa, entre ellos el mismo presidente de la república, Luis Echeverría Álvarez, lo que fue una señal por demás interesante.³⁷

La colaboración se amplió a otros sectores y en 1977 se publicó el primer libro dedicado al autoritarismo en México, compilado por un mexicano y un estadounidense (Reyna y Weinert, *Autoritarianism in Mexico*). La costumbre se generalizó y para 1994 ya se habían publicado 19 compilaciones donde figuraban autores binacionales; además de éstas, hubo variaciones en la práctica, entre las que se encuentran aquellos libros donde colaboran un coautor estadounidense y otro mexicano, como Daniel Levy y Gabriel Székely, quienes en 1983 publicaron *Mexico, Paradoxes of Stability and Change*. En 1988 vio la luz el libro de Robert Pastor y Jorge G. Castañeda, *Limits to Friendship*, del que ambos son coautores, aunque con excepción del prefacio y de un capítulo de conclusiones firmados por ambos, el resto está integrado por capítulos escritos por uno u otro.

En la creciente relación académica surgió un punto por resolver: ¿qué autor debería ir en primer lugar cuando hubiera igualdad en los aportes? En 1990, en un libro sobre seguridad nacional mexicana, Aguayo y Bagley adoptaron una fórmula muy sencilla que se ha ido generalizando: en la edición en español el nombre del mexicano aparece primero, y en la inglesa el del estadounidense. En resumen, la tendencia es clara: hay un aumento cuantitativo y cualitativo en el diálogo académico en donde desaparecen las suspicacias (esta actitud se extendería gradualmente a otras actividades).

En la evolución de la investigación y el intercambio de ideas sobre México y en el fortalecimiento de un diálogo binacional, el Centro de Estudios México-Estados Unidos de la Universidad de California en San Diego, tiene un lugar especial. De acuerdo con lo expresado por su fundador y primer director, Wayne Cornelius, el centro fue creado en 1979 aprovechando el enorme interés que había por México a raíz del descubrimiento de gigantescas reservas petroleras. "Finalmente —escribió Cornelius— México parecía tener la solución —al menos parcialmente— para un problema estadounidense importante".³⁸ Además del intercambio académico, para 1996 el centro había realizado 200 publicaciones, incluidos los libros más importantes sobre política social y economía mexicanas. Estos libros son utilizados para enriquecer los cursos sobre México que se imparten en 175 universidades y centros de investigación en Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Japón y México.³⁹ Bajo los auspicios del centro también se han elaborado catorce de las 19 compilaciones binacionales a las que me referí an-

teriormente, y bajo la conducción de su nuevo director Kevin Middlebrook se continúa promoviendo la investigación y el diálogo.

Existen otros indicadores del aumento en la comunicación entre sociedades. Ése sería el caso de los artículos que publicó el *NYT* sobre México. De 1970 a 1986 creció el número de los opositores mexicanos y de funcionarios estadounidenses dispuestos a hablar (el diario citó a funcionarios estadounidenses anónimos en 502 ocasiones, pero 69% de ellos apareció entre 1970 y 1986. En las gráficas 10 y 11 se observa esta tendencia).

En octubre de 1986 el *NYT* publicó una serie de siete artículos que incluían severas críticas a México, lo que hizo que el embajador ante Naciones Unidas, Mario Moya Palencia, bautizara a ésta como la "semana de la infamia". Es interesante clasificar a los estadounidenses que aparecen citados: de los quince identificados por nombre, ocho eran funcionarios, seis académicos y un empresario. También se muestran las ideas de funcionarios anónimos de la CIA, el ejército, el Departamento de Estado, la embajada de Estados Unidos en México, la DEA, aduanas y la oficina del censo.

En esa serie también están incluidos muchos mexicanos. Con nombre y apellido fueron citados ocho funcionarios, cinco académicos, cinco empresarios y un líder comunista. Su número es similar al de los estadounidenses, pero hay una variación en su jerarquía, lo que muestra la asimetría en el poder. Entre los mexicanos que hablaron con el *Times* se encuentran el secretario de la Defensa, el procurador general de la república, el titular de Relaciones Exteriores, destacados miembros del PRI, colaboradores cercanos del presidente y autoridades de otras secretarías. También opinaron Porfirio Muñoz Ledo, de la entonces Corriente Democrática del PRI, Arnoldo Martínez Verdugo, de la izquierda tradicional, miembros del PAN y una muestra representativa de académicos.

Becarios

El diálogo descrito anteriormente se facilitó y creció por el aumento en el número de mexicanos y de instituciones con interés en Estados Unidos. Luis Echeverría alentó ese proceso sin darse cuenta de las dinámicas que estaba desatando. A principios de los años setenta se creó en México un programa para estudiar Estados Unidos en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Simultáneamente, El Colegio de México, la UNAM y la Universidad de las Américas, entre otras instituciones, crearon programas dedicados a Estados Unidos. Para impartir dichos programas hacía falta perso-

nal académico especializado en Estados Unidos y éste provino de los miles de estudiantes mexicanos que salieron a realizar estudios de posgrado en ese país a raíz de que Luis Echeverría creara el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en 1970. Por medio de ellos se intensificó el diálogo pero también se formó la élite que sustituiría a la vieja clase política.

En una investigación pionera, John Coatsworth determinó que, entre 1975 y 1986, estuvieron inscritos en instituciones de ese país 66,950 estudiantes mexicanos, aproximadamente 5,500 por año. De los 5,460 estudiantes que Coatsworth registró para el año lectivo 1985-1986, 56.3% cursaba la licenciatura, 30% (1,638) posgrados, y 13.7% inglés.⁴⁰ Entre esos mexicanos figuraban quienes cambiarían en los años ochenta el perfil de la élite gobernante. Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, por ejemplo, hicieron posgrados en economía en Estados Unidos durante los años setenta, becados por instituciones gubernamentales mexicanas, y a su regreso demostraron que eran técnicamente muy preparados y que su modelo de país provenía de otra revolución en el pensamiento económico. Los "tecnócratas", sin embargo, mantuvieron la actitud autoritaria de los populistas.⁴¹

Con estos elementos resultará más fácil explicar la forma en que la élite estadounidense fue viendo a México —y la manera en que ha ido cambiando nuestro país— durante los sexenios de Luis Echeverría, José López Portillo y Miguel de la Madrid, y los de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo.

ESPERANZA Y CRISIS



El sexenio de Luis Echeverría Álvarez fue el primer gran esfuerzo por corregir las deficiencias del régimen que habían salido a la luz con el movimiento estudiantil de 1968.¹

En la fuerza del presidente mexicano estuvo su debilidad. Es decir, Echeverría llegó obsesionado por reformar y utilizó todos los hilos de su enorme poder. Pese a que en algunos terrenos el cambio fue indudable, el balance resultó negativo y su sexenio terminó en la primera gran crisis financiera de la era moderna en México. En esos difíciles años, Estados Unidos demostró su determinación de ayudar al gobierno mexicano, y estableció un patrón que se ha repetido varias veces.

Desde que el sistema mostró señales de debilidad, la élite estadounidense impulsó al gobierno mexicano a reformarse gradual y pacíficamente en un proceso administrado desde la cúspide. Los presidentes mexicanos actúan como si hubieran detectado esa obsesión estadounidense y para aprovecharse de ella promueven su imagen de "reformistas", sabiendo que recibirán casi automáticamente un diploma de democratizadores y un sólido apoyo. Echeverría fue el primer presidente que alimentó conscientemente esa imagen de sí mismo, y con éxito.

En junio de 1971, el corresponsal del *NYT* Alan Riding aseguraba que Echeverría se había "convertido en poco tiempo en la esperanza política más brillante que ha tenido México en generaciones" porque, pese a los obstáculos, estaba dispuesto a reformar a México.² Un cuarto de siglo después, en octubre de 1995, un editorial del *NYT* insistía en que el presidente Ernesto Zedillo "ha demostrado más compromiso hacia la reforma política que cualquier otro líder mexicano reciente. Pero se ha enfrentado a una fuerte oposición dentro de su propio partido".³ Una y otra vez, cada seis años, Estados Unidos ha entregado sus esperanzas a los presidentes mexicanos para equivocarse una y otra vez (la excepción podría ser el pre-

sidente Ernesto Zedillo, quien reaccionó como un demócrata ante las derrotas que tuvo su partido el 6 de julio de 1997). Como todo empezó con Luis Echeverría hace ya casi treinta años, veamos con más detalle los acontecimientos de entonces.

El presidente de la esperanza

En la opinión de un conocedor de la comunidad de inteligencia estadounidense, el movimiento estudiantil de 1968 y el surgimiento de grupos guerrilleros en varias regiones de México inquietaron profundamente a la élite estadounidense, que los veía como síntomas de problemas económicos y políticos muy graves. Nunca le preocupó la capacidad militar u operativa de guerrillas poco equipadas, sino que éstas hubieran surgido como reacción a una situación socioeconómica cada vez más difícil. De no corregirse, estos problemas podrían salirse de control, afectando la estabilidad de México y lesionando los intereses estadounidenses.

Conservadores y liberales concluyeron entonces que México necesitaba reformas a fondo, y que Estados Unidos debía alentarlas, pero extremando las precauciones porque su interés prioritario radicaba en la estabilidad. Esta cautela se alimentaba de que durante el sexenio de Luis Echeverría el gobierno mexicano tenía un amplio margen de autonomía y maniobra.

Echeverría los entusiasmó pese a que nada en su pasado permitía calificarlo de demócrata. Formado en los laberínticos corredores de la política mexicana, fue titular de la Secretaría de Gobernación y participó activamente en las decisiones que llevaron al aniquilamiento violento de la protesta estudiantil de 1968. Además de ello, su estilo de gobernar era "extremada, urgente e intensamente personal".⁴

Pero los estadounidenses querían creer y llenaron de elogios a Echeverría en los primeros tres años. Entre 1970 y 1973 el *NYT* hizo 40 menciones positivas y seis negativas al presidente mexicano (gráficas 24 y 25). Tanta aceptación fue el resultado de que Echeverría sorprendiera a todos con un vehemente mensaje reformista que tenía como objetivo expreso regresarle viabilidad y vitalidad al sistema creado por la Revolución mexicana. Fueron años de coincidencias fundamentales entre Echeverría y la élite estadounidense: ambos estaban convencidos de que el cambio era la clave para la supervivencia del sistema.⁵ Ninguno de los dos deseaba un cambio anárquico, sino uno que modernizara el orden existente, promovido desde "el interior del grupo gobernante actual".⁶

En palabras del *NYT*, Echeverría impulsaba "un tipo de democracia [...] adecuado a las peculiaridades del sistema"; en otras palabras, una reforma gradual y pacífica, decidida y controlada desde la cúspide.⁷ Los estadounidenses estaban satisfechos porque Echeverría parecía haber entendido que podía mantener la estabilidad sin recurrir a la represión,⁸ y había aceptado "la imposibilidad de gobernar un país de ese tamaño y complejidad con métodos autoritarios".⁹

Creían en sus promesas de democratización.¹⁰ Comentaron con admiración que alentaba a la gente a discutir sus problemas abiertamente y que, una vez en el puesto, solicitaba una crítica constructiva del gobierno. El ejemplo de tolerancia más frecuentemente citado era el periódico *Excelsior*, dirigido por Julio Scherer. Según el *NYT*, ese diario alentaba a sus "reporteros a denunciar la corrupción y la injusticia" y permitía a "columnistas y colaboradores una libertad irrestricta en la crítica".¹¹ Esto se consideraba extraordinario, porque "por décadas el diálogo entre el gobierno y la ciudadanía [había] sido virtualmente inexistente".¹² Para Alan Riding el contraste con Díaz Ordaz se hizo todavía más evidente cuando Echeverría "mostró su buena fe [hacia estudiantes e intelectuales] liberando a la mayor parte de los presos políticos del 68".¹³

En consecuencia, utilizaron el viejo método de presentarlo como un reformista asediado y disociado de la estructura autoritaria. Un artículo de Riding publicado en 1971 es sintomático: por un lado describía al PRI como una "burocracia monolítica y corrupta, generalmente insensible a las aspiraciones del pueblo mexicano", y por el otro, a Echeverría, "empeñado en un esfuerzo intrépido y difícil de modernizar su país".¹⁴

En octubre de 1971 el sector progresista de la Iglesia mexicana publicó un documento muy crítico sobre el gobierno. Riding hizo suya la versión del gobierno mexicano que aseguraba que la derecha se aprovechaba de esa "posición controvertida de la iglesia como una forma indirecta de atacar las políticas progresistas" de Echeverría.¹⁵ La cobertura de la violenta agresión de un grupo paramilitar (los "halcones") contra una marcha estudiantil el 10 de junio de 1971 siguió el mismo patrón. Para el corresponsal del *NYT* la represión fue orquestada por "opositores conservadores" del presidente, como el regente Alfonso Martínez Domínguez. Según dice Riding, esta interpretación se la proporcionaron "fuentes gubernamentales" anónimas.¹⁶ Había otros puntos de vista pero éstos les merecían poca atención. NACLA, por ejemplo, publicó una larga entrevista con un guerrillero mexicano que aseguró que el "principal halcón vivía en el palacio presidencial".¹⁷

Estados Unidos aplaudía la liberalización que estaba intentando el presidente, al mismo tiempo que guardaba silencio sobre la mano dura con que iba aplastando a algunos opositores. Los estadounidenses aceptaron como verdad lo dicho por Echeverría en su Cuarto Informe de Gobierno sobre la forma en que combatiría a los movimientos guerrilleros: "responderemos a sus provocaciones haciendo respetar el orden, pero con los procedimientos y limitaciones que la propia ley establece".¹⁸ En los primeros años del sexenio de Echeverría no se preocuparon por averiguar qué pasaba en ese frente, y por tanto, no pudieron enterarse de la masiva violación de derechos humanos (la única organización internacional que hizo una investigación independiente fue Amnistía Internacional).

El tratamiento que dieron a los movimientos guerrilleros ejemplifica la forma en que abordaron la violencia estatal. Por lo general, hablaron poco de la oposición armada, y cuando lo hicieron fue para criticarla y pocas veces para explicarla (véase la gráfica 34 para conocer algunas cifras agregadas). Una excepción fue la del corresponsal Richard Severo, quien hizo un leve intento por averiguar las causas del surgimiento de la guerrilla. En su primer despacho firmado en México citó a "observadores fuera del gobierno" que afirmaban que "había una razón política tras la agitación en Guerrero".¹⁹ Aunque nunca explicó esa razón política, su disposición a oír otras voces nos indica un esfuerzo por trascender el maniqueísmo. La actitud de Severo cambió cuando un grupo guerrillero secuestró al cónsul de Estados Unidos en Guadalajara en 1973. A partir de ese momento, adoptó la versión convencional descalificándolos como "ladrones de bancos y terroristas políticos".²⁰

Riding, por su parte, se encontraba en su etapa de cruzado del presidente y para él la guerrilla le hacía el juego a los "conservadores y al ejército" que, irritados por ese "aventurerismo de la extrema izquierda", buscaban acabar con "el experimento en democracia" impulsado por Echeverría.²¹ En otro artículo hacía patente su admiración por el presidente y aseguraba que "la extrema izquierda [recurría] a la violencia" por "temer" que las acciones de Echeverría "por democratizar a México" pudieran ganarle "apoyo popular a su gobierno".²² Estas ideas que eran muy frecuentes entre el círculo cercano a Echeverría, lo llevó a desentenderse del origen de la guerrilla y sobre la forma en que estaba siendo combatida.²³

Una actitud en esencia similar adoptó un buen número de los académicos que estudiaron a México. Susan Kaufman Purcell concluyó en 1975 que el régimen mexicano era el "ejemplo de un autoritarismo político incluyente y esencialmente no represivo".²⁴ Lo interesante de esta afir-

mación es que nunca demuestra ese carácter "no represivo" y que su artículo apareció en el momento de represión más intensa. Es cierto que no existían estudios sistemáticos sobre el tema, pero cualquier observador que siguiera los asuntos mexicanos tenía que darse cuenta de lo que pasaba.

Estaban predispuestos a creer la versión oficial en un momento en que el gobierno fomentaba deliberadamente su imagen entre periodistas y académicos extranjeros. Echeverría fue el primer mandatario que llevó a cabo una política sistemática en ese sentido (los esfuerzos de Miguel Alemán habían sido más espontáneos y esporádicos), y ello explica el aumento en la cantidad de funcionarios mexicanos citados por el *NYT* (la gráfica 10 es muy clara en este sentido).

Los fallidos intentos por reformar la economía

Echeverría dio prioridad a las reformas económicas convencido de que la Revolución mexicana "sólo había traído pobreza y desempleo a la mayoría" de los mexicanos y que eso afectaba la viabilidad del sistema político.²⁵

En su toma de posesión expresó su voluntad de alcanzar "mayor igualdad en el ingreso".²⁶ Para lograrlo siguió un camino acorde con el pensamiento de la época: afectar a quienes concentraban la riqueza. Como Echeverría no quería una revolución social, la vía políticamente correcta era una reforma fiscal, misma que anunció en su discurso de toma de posesión. Poco después aclaró que pensaba en un impuesto de 10% sobre el "consumo de lujo, un nuevo impuesto sobre las ganancias del capital" y una futura reforma fiscal.²⁷ Su propósito era ampliar los recursos para el gasto social sin endeudar al país, lo que lo ubicaba en el estante de los reformadores financieramente responsables.

Washington lo respaldaba porque su propósito de redistribuir el ingreso no chocaba con el pensamiento liberal que dominaba las ideas sobre el desarrollo de académicos y periodistas. En 1970 un editorial del *NYT* mencionaba que "lo que realmente se necesita [en México] es una mejor distribución de la creciente riqueza del país".²⁸ Roger Hansen realzó ese problema en un libro publicado en 1971.²⁹ La atención fue a otras variables como "marginalismo", que tuvo doce menciones entre 1946 y 1969, y 47 de 1970 a 1979 (véase la gráfica 89).

En los años setenta Severo y Riding dedicaron artículos cada vez más extensos e importantes a la pobreza en las ciudades mexicanas. Les llamaban la atención la pobreza y el consumismo, esa combinación de "los

peores aspectos de la sobreindustrialización y el subdesarrollo".³⁰ En términos relativos, la información recopilada por estos dos corresponsales sobre la pobreza en el campo también se incrementó sin que menguara su condena tradicional al sistema ejidal de tenencia de la tierra.³¹

En algunos aspectos, Echeverría adoptó prioridades de Estados Unidos. Ése fue el caso del crecimiento demográfico, que para ellos sería "a largo plazo, el problema central" de México,³² y que además alentaba la migración a Estados Unidos, fenómeno que recibió más menciones (véanse las gráficas 63 y 64).³³ Como candidato, Echeverría se había declarado en favor de poblar México, pero después dio un viraje de 180 grados y para 1972 aceptaba que "muchos de los problemas de la nación surgen de un aumento en la población".³⁴ Eso llevo a que el *NYT* lo pusiera como "valioso ejemplo de las técnicas para limitar el crecimiento de la población".³⁵

En el sexenio de Echeverría se cumplió el pronóstico de la CIA: el sector privado mostró que tenía la fuerza para frenar los "esfuerzos gubernamentales para reformar el anticuado sistema fiscal".³⁶ Es revelador de esa época que el *NYT* se solidarizara con el presidente mexicano y criticara al empresariado, que disfrutaba de una de las "tasas impositivas más bajas del mundo".³⁷ Incluso sugirió que Echeverría buscara "el apoyo de las masas".³⁸ En ese contexto se dio un hecho inédito, excepcional y de corta duración: el *NYT* empezó a contar historias sobre la corrupción e ineficiencia del sector privado (véase la gráfica 74).

Para Riding, los grupos empresariales y los terratenientes se sentían "amenazados por el celo reformista de Echeverría" porque estaban acostumbrados a "un estatus privilegiado", que en esos momentos era puesto en riesgo por las políticas presidenciales.³⁹ Ahora bien, ese enfoque no lo extendía a los empresarios extranjeros; éstos no eran criticados, y no porque ignoraran su naturaleza, sino por los límites que su conciencia les imponía. Podían enjuiciarlos dentro de Estados Unidos, pero los protegían en el exterior. El único sector estadounidense que condenaba a las empresas multinacionales era la izquierda, pero ésta tenía poca influencia.⁴⁰ El punto de vista más común era el del *NYT*, y éste les era abrumadoramente favorable: de 1946 a 1986 hizo 202 menciones positivas y 85 negativas, y es a partir de los setenta cuando se percibe una actitud más crítica (véanse las gráficas 72 y 76).

La orientación del diario se hizo obvia cuando Echeverría intentó controlar la inversión extranjera. En septiembre de 1972 envió varias iniciativas de ley al Congreso para regular las transferencias de tecnología y la inversión extranjera, y promover la inversión mexicana. Poco después, el

embajador Robert McBride preguntó públicamente si habían "cambiado las reglas del juego" ante la inversión estadounidense.⁴¹ Además de que estaban de por medio sus intereses, se hallaban convencidos de que la inversión norteamericana beneficiaba a quienes la recibían.

Fue una inquietud pasajera, porque Echeverría pronto dio marcha atrás y el corresponsal lo justificó con un viejo argumento: el presidente mexicano no era "un izquierdista doctrinario sino un político pragmático que hace lo que hace para mantener a su país en una situación equilibrada".⁴² Así, pues, el sector privado frenó las reformas y defendió sus privilegios, lo que no afectó el empeño de Echeverría por resolver todas las injusticias nacionales. Para lograrlo aumentó la participación del Estado en diversas actividades económicas, entre las cuales estaba la banca que, se alegaba, tenía políticas crediticias "demasiado conservadoras".⁴³ Para financiar sus actividades el gobierno empezó a caer en un gigantesco déficit presupuestario y en el endeudamiento con el exterior.⁴⁴

El frenesí diplomático

Cuando Echeverría llegó a la presidencia, sus ambiciones no trascendían el ámbito interno. Pero hacia 1972, cuando no pudo o no quiso resolver los problemas internos, le nació una vocación internacionalista. Inició entonces su meteórica e intrascendente carrera de redentor de injusticias internacionales y campeón en la lucha contra los imperialismos, en especial el estadounidense. No corrigió los males universales pero logró cooptar a las izquierdas de México y el mundo.

Echeverría sacudió a la política exterior mexicana. De una actitud defensiva y legalista pasó a un activismo reformista que colocó a México en la vanguardia de los países progresistas del Tercer Mundo, lo que provocaría interesantes reacciones en Estados Unidos. Por un lado, la diplomacia mexicana fue criticada como nunca antes: en sólo dos años (1975 y 1976) la política exterior mexicana obtuvo el porcentaje más alto de menciones negativas de todo el período (véase la gráfica 46). Pero por el otro, recibió apoyo cuando lo necesitó.

En 1972 Echeverría empezó a respaldar "la posición de otros países en desarrollo, en temas como recursos naturales y control de las corporaciones multinacionales".⁴⁵ En consecuencia, peleó por el derecho mexicano a 200 millas de mar patrimonial,⁴⁶ y junto con su homólogo venezolano, Carlos Andrés Pérez, promovió iniciativas como la creación de "una nueva

organización regional [el Sistema Económico Latinoamericano, SELA] para defender el precio de las materias primas y fortalecer la posición latinoamericana frente a Estados Unidos".⁴⁷

Por si eso no bastara, invitó al país latinoamericano más odiado por Washington, Cuba, a unirse al Sela, y en 1974 viajó a siete países de la región con el fin de persuadir a sendos gobiernos de que levantarán "el bloqueo contra Cuba".⁴⁸ Un año después fue a la isla caribeña y elogió los "éxitos" de la Revolución cubana y sus triunfos sobre "las amenazas y presiones del exterior", haciendo una referencia poco sutil a la Unión Americana.⁴⁹

Echeverría también apoyó al gobierno de Salvador Allende en Chile y después del golpe de Estado de Pinochet en 1973, "le recordó frecuentemente a Washington su papel en el derrocamiento [de Allende]". En relación con el Canal de Panamá, declaró que "Latinoamérica estaba impaciente" porque Estados Unidos no reconocía la soberanía panameña.⁵⁰ Finalmente, siguió utilizando la política de asilo como un "instrumento activo de la política exterior", que evidenciaba cuán progresista era el gobierno mexicano.⁵¹

Pronto le quedó chica América Latina, y empezó a viajar frenéticamente por todo el mundo y a firmar acuerdos y promover iniciativas como la de un nuevo orden económico internacional (NOEI) que para él era "una alternativa a la guerra" entre las potencias y una forma de denunciar las prácticas de las corporaciones multinacionales.⁵²

Cabe señalar que, por lo general, los planteamientos de Echeverría estaban acordes con lo que pensaban sectores liberales extranjeros. Recordemos que en los años setenta la necesidad de una mayor justicia económica internacional era una demanda generalizada. En 1974, por ejemplo, el Club de Roma publicó un estudio donde se aseguraba que para evitar una catástrofe mundial, la humanidad debía "cerrar la brecha entre países ricos y pobres".⁵³ En consecuencia, no eran una extravagancia radical sus propuestas de controlar a las corporaciones multinacionales, sino una idea compartida por muchos países. Lo condenable estaría en la manera frívola, atrabancada, y por tanto ineficaz y costosa en que fue manejado el asunto.

El enfriamiento del entusiasmo

Entre 1975 y 1977 las opiniones sobre Echeverría en el *NYT* se invierten y pasan a ser 49 negativas y seis positivas (véanse las gráficas 24 y 25). Alan Riding es el mejor ejemplo de este tránsito del elogio a la condena.

En 1972 se inicia un gradual y sutil distanciamiento entre el corresponsal y el gobierno echeverrista que se manifiesta en sus artículos de *The Financial Times* de Londres (en 1972 y 1973 sólo publicó dos artículos en el *NYT*, véase la gráfica 6). En una entrevista, Riding explicó que su desencanto surgió de las incongruencias de Echeverría y de que "las políticas económicas del gobierno" estaban llenas de contradicciones.⁵⁴ En un artículo que molestó mucho al régimen, Riding escribía que "mientras las declaraciones públicas [del presidente] apuntan en una dirección, sus acciones se orientan en otra", y concluía que aquél debía "asumir buena parte de la responsabilidad" de la incertidumbre que esto provocaba.⁵⁵ Conforme avanzaba el sexenio, crecía el distanciamiento.

Riding no era el único que ponía distancia con Echeverría. Para James Reston, la Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados estaba desequilibrada y "Estados Unidos se oponía a sus términos [en lo referente a] expropiación y precios de materias primas, y a su apoyo a los cárteles de productores". Para este columnista, las propuestas de Echeverría favorecían a "la Unión Soviética y el Tercer Mundo" y, en caso de instrumentarse, conducirían a una "revolución económica".⁵⁶ Reston descalificó los motivos del presidente debido a que en su labor de "misionero viajero" buscaba cambiar al mundo como parte de una campaña para convertirse en secretario general de Naciones Unidas.⁵⁷

En 1975 Francisco Franco ejecutó a cinco opositores y Echeverría urgió a la ONU a que impusiera un "boicot político, diplomático, económico y de comunicaciones a España".⁵⁸ El Consejo de Seguridad ni siquiera aceptó discutir la petición, lo que fue calificado editorialmente por el *NYT* como una decisión "inteligente" porque, insistieron, el radicalismo de Echeverría se debía a sus deseos de suceder a Kurt Waldheim. De pasada el diario le recordó el papel que tuvo como secretario de Gobernación en la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco, lo que confirma que siempre conocieron de las violaciones a los derechos humanos.⁵⁹

Ese mismo año, Echeverría ordenó a la delegación mexicana apoyar una resolución de la Asamblea General de la ONU que definía al sionismo como "una forma de racismo y de discriminación racial".⁶⁰ Esto molestó sobremanera a la élite estadounidense. En un violento editorial sin precedentes, el *NYT* calificó el voto de México y otros países como "un abandono de la moralidad que 'deshonra' a la ONU y 'reducía' la autoridad de la Asamblea General a cero".⁶¹

Para Alan Riding, Washington estaba molesto por "la demagogia" de Echeverría y por sus continuos viajes, en los que se hacía "alabar por

funcionarios de partidos serviles".⁶² También lo irritaba su retórica, que ponía a Estados Unidos como "el blanco implícito de muchos de [sus] ataques a las naciones industrializadas".⁶³ Esto, según los diplomáticos estadounidenses, "creaba antagonismos hacia Estados Unidos".⁶⁴

Como en ocasiones anteriores, las condenas a Echeverría reflejaban enojo, pero no preocupación, porque los estadounidenses no tomaban demasiado en serio ni a Echeverría ni al nacionalismo oficial mexicano. Un editorial de julio de 1976 incluye una frase muy reveladora: Echeverría "navegó las tormentosas aguas de la vida política mexicana apropiándose de los símbolos del radicalismo".⁶⁵

Esta interpretación se apoyaba en hechos que embonan en un patrón ya descrito. En diferentes momentos comprobaron el frágil radicalismo de Echeverría. En las memorias de Richard Nixon, éste dedica seis líneas a recordar una visita del presidente mexicano el 15 de junio de 1972: "tuvimos una larga plática sobre los problemas de la salinidad del agua y terminamos con una discusión intensa pero amistosa sobre el tratamiento que tenían las empresas estadounidenses en América Latina. Al final me dijo *que creía que mi reelección era de importancia vital para el mundo*".⁶⁶ Echeverría, el reformista radical, apoyando al conservador. En 1976 Alan Riding comentó que Echeverría decía en privado a los corresponsales que interpretarían su radicalismo como una "necesidad política destinada exclusivamente al consumo doméstico".⁶⁷

Por otro lado, los estadounidenses seguían recibiendo garantías en los hechos. Las políticas hacia la inversión extranjera que tanto preocuparon al embajador McBride ya se habían resuelto para diciembre de 1974, cuando México volvía a buscar "inversiones extranjeras". Según Riding, las leyes en esta materia habían sido "menos hostiles de lo previsto" y, en la práctica, el gobierno mexicano parecía estar "más dispuesto a hacer excepciones" a la regla (que los extranjeros sólo podían tener 49% de la propiedad de las empresas). De 103 solicitudes para excepciones, 74 habían sido aprobadas⁶⁸ (en lo referente a la evolución del clima para la inversión estadounidense, véanse las gráficas 78 y 79).

Cuando México apoyó la resolución de Naciones Unidas que denunciaba al sionismo como racismo, sufrió un boicot turístico por parte de organizaciones judías que recomendaron que se "cancelaran los viajes" a México.⁶⁹ Echeverría reaccionó con una de esas frases lapidarias que suelen ponerse en letras de oro sobre un muro o un pedestal: dijo que prefe-

ría "morir antes que pedir perdón".⁷⁰ Ciertamente que no se retractó personalmente, pero envió a un miembro de su gabinete a dar la cara.

Días después de las declaraciones del presidente Echeverría, el ministro de Relaciones Exteriores, Emilio O. Rabasa, llegó a Israel. En el aeropuerto se refirió a ese país como la "tierra de Sión [...] creada para un pueblo que merece nuestro respeto y admiración". Para no dejar dudas sobre el motivo de su visita, depositó una ofrenda "sobre la tumba del doctor Theodore Herzl, fundador del movimiento sionista".⁷¹ Pasados diez días del viaje de Rabasa, México declaró ante la ONU que "sionismo y racismo" no eran equiparables.⁷² El 31 de diciembre de 1975 Rabasa presentó su renuncia. Meses después, Echeverría dio un viraje total en su postura en el Medio Oriente y se unió a "Estados Unidos y sus aliados tradicionales" para oponerse a una resolución de la Asamblea General que definía a Israel, la Unión Americana y otras potencias como colaboradores de África del Sur.⁷³

Colaboración en el narcotráfico

En los años setenta el tema del narcotráfico tomó rumbos inesperados. A medida que la colaboración lograda con la "Operación Intercepción" se estabilizaba, los estadounidenses empezaron a expresar su preocupación por las condiciones en que se encontraban sus compatriotas detenidos en nuestro país. Además, surgió en Estados Unidos un movimiento para proteger la salud de los consumidores de marihuana rociada con el herbicida Paraquat, lo que llevó a Estados Unidos a presionar a México para que dejara de utilizarlo.

En julio de 1970, el corresponsal Juan de Onís publicó en la primera plana del *NYT* el primero de una serie de artículos sobre la suerte de los norteamericanos en cárceles mexicanas. Éste, y otros que aparecieron a lo largo del sexenio, expresaban su indignación porque sus conciudadanos compartían con "criminales mexicanos la inseguridad personal, el abuso sexual y la corrupción que caracterizan la vida en las prisiones mexicanas".⁷⁴ Cabe señalar que Riding no estuvo de acuerdo con presentar a los estadounidenses detenidos en las cárceles mexicanas como víctimas. En diciembre de 1977 escribió que las condiciones carcelarias en Hermosillo, Sonora, eran "relativamente buenas, e infinitamente mejores que las que se encuentran en las cárceles estatales y municipales de Estados Unidos".⁷⁵ Sin embargo, en este caso el punto de vista de Riding no era compartido por otros comentaristas.⁷⁶ Como era de esperarse, estas críticas no le ha-

cían ninguna gracia al gobierno mexicano, porque si había más estadounidenses presos en nuestro territorio se debía en buena parte al éxito de la campaña antidrogas impuesta por Washington.⁷⁷

La animadversión hacia México llegó a tal grado que algunos estadounidenses decidieron tomar la justicia en sus propias manos. El Dr. Sterling Blake Davis, texano, financió el escape de catorce presos estadounidenses de una cárcel del norte de México argumentando que "había agotado todas las opciones del sistema de extorsión mexicano". Pese a las protestas mexicanas, los fugitivos fueron liberados por las autoridades norteamericanas en Texas, y funcionarios del Departamento de Estado declararon que "la extradición [a México] era poco probable".⁷⁸

Para evitar este tipo de incidentes surgió la idea de intercambiar prisioneros, y el 5 de noviembre de 1976 se firmó un acuerdo que, "en la práctica, tenía como su objetivo casi exclusivo atender el problema de los estadounidenses".⁷⁹ Al siguiente año, México extraditó a 61 ciudadanos estadounidenses y los embarcó a San Diego, donde fueron recibidos como héroes, "con banderas, globos y porras".⁸⁰ El gobierno de Estados Unidos, cuenta el periódico neoyorquino, contribuyó "vistiendo a los convictos con uniformes color rojo, blanco y azul", los colores de la bandera norteamericana.⁸¹ En sus editoriales, el *NYT* apoyó el intercambio de prisioneros; decía que era "un tratado 'humano' que le permite a [Estados Unidos] repatriar" a ciudadanos en prisión y "dejarlos cumplir sus sentencias" en su país.⁸² En realidad muy pocos cumplieron su condena; para finales de 1979 "la vasta mayoría" de los prisioneros que regresaron habían "sido liberados bajo palabra".⁸³ El tema pasaría a segundo término hasta 1985, cuando irrumpió en la relación con una fuerza sin precedente.

Hacia la catástrofe económica

Los últimos dos años de Echeverría fueron difíciles para su gobierno e imagen personal, para el país y para la relación con Estados Unidos.

En 1975 Riding ya había perdido totalmente el entusiasmo hacia Echeverría y ese mismo año escribió que en el campo había "represión y una sistemática pérdida de tierras comunales", que los ejidatarios no tenían acceso a "crédito, semillas, fertilizantes y maquinaria", y que había un sometimiento político del campesino. Para el corresponsal, la Secretaría de la Reforma Agraria ejercía este control mediante "una estrategia de retórica y represión", instrumentada por "una burocracia corrupta y confusa"

que era un "monumento a la paciencia" de los campesinos. Éstos seguían siendo pobres a pesar de "los compromisos verbales de gobiernos sucesivos"; además, afirmaba, "el asesinato de campesinos [era] un asunto rutinario".⁸⁴ Nada de esto era nuevo, salvo la voluntad del periódico de escribir sobre un asunto que no mencionaba desde los años sesenta.

A medida que ejercía su independencia y espíritu crítico frente al gobierno mexicano, Riding abordó temas antes soslayados, como las causas del movimiento guerrillero. Después de la muerte de Lucio Cabañas, Riding escribió que el movimiento armado era "consecuencia de la extrema pobreza y represión que han existido por mucho tiempo en Guerrero, el estado más atrasado de México". Y la guerrilla urbana, escribió, había surgido por "la frustración y el resentimiento provocado entre los jóvenes de clase media por la forma en que el ejército aplastó el movimiento de protesta antigubernamental de 1968".⁸⁵ Era la primera vez que aparecían este tipo de explicaciones y fue un anuncio de la forma en que los liberales estadounidenses cubrirían las guerras en Centroamérica (la insurrección nicaragüense empezó en 1977).

Pese a las condenas, seguían valorando la estabilidad de México. En 1975 el mismo Riding reconocía que el reformismo característico del presidente mexicano era "la clave para la supervivencia del sistema que, pese a sus carencias, ha mantenido una estabilidad política razonable y alentado el desarrollo económico".⁸⁶ Desde una perspectiva de izquierda, McCaughan y Baird concluían en 1976 que es "claro que Echeverría está intentando representar y defender los intereses de clase de largo plazo de la burguesía" mexicana.⁸⁷ Ningún analista estadounidense explicó jamás al radicalismo interno y al activismo internacional de Echeverría como el resultado de principios. Para 1976 la situación económica de México se encontraba en unas condiciones que nadie hubiera imaginado en 1970. Aunque las causas de la crisis fueron múltiples, los estadounidenses estaban convencidos de que el principal responsable era Echeverría. Éste cometió un grave error al mantener firme la paridad del peso ante el dólar, pese a que la devaluación era inevitable. En 1973 Richard Severo informó que, en privado, funcionarios mexicanos aceptaban que el peso estaba "sobreevaluado en relación al dólar" pero que Echeverría había decidido no devaluar.⁸⁸

Para agosto de 1975, en el periódico no se discutía la posibilidad de la devaluación, sino cuándo sucedería; se pronosticaba que sería antes de julio del siguiente año, fecha de las elecciones presidenciales.⁸⁹ Para enero de 1976 Riding informaba sobre la permanente "especulación" y lo difícil

que sería evitar una devaluación "durante los próximos doce a dieciocho meses".⁹⁰ A lo largo de ese año, mientras Echeverría se mantenía firme en su decisión de sostener la vieja paridad, el *NYT* insistió en que "una devaluación puede ser inevitable".⁹¹

En plena catástrofe financiera surgió el "affaire" *Excelsior*, que mostró la endeble vocación democratizadora del régimen y la opinión que para entonces tenía la élite estadounidense sobre Echeverría y el sistema político mexicano. En julio de 1976 el director de ese periódico, Julio Scherer, fue expulsado en una acción orquestada por el gobierno de Echeverría.⁹² El rotativo neoyorquino publicó un editorial muy crítico del presidente mexicano: "Los pandilleros de Lenin en 1917 o de Hitler en 1933 no podían haber hecho un trabajo más eficiente para esclavizar un periódico libre, otrora orgulloso", por lo que el acto de "represión totalitaria desacredita a aquellos que ahora presumen de la estabilidad y la democracia mexicanas".⁹³

Durante las últimas semanas del sexenio la falta de simpatía o respeto estadounidenses era evidente; lo único que querían, al igual que muchos mexicanos, era que Echeverría entregara la banda presidencial. El *NYT* llegó a recomendarle a José López Portillo —en un editorial de "bienvenida"— que reflexionara sobre el dicho "me puedo defender de mis enemigos, pero líbreme Dios de mis amigos".⁹⁴ John Oakes escribió que Echeverría había hecho "todo lo posible con su activismo frenético y su retórica tercermundista para incrementar la tradicional desconfianza estadounidense hacia nuestro vecino del sur, considerado una turbulenta tierra de revolución".⁹⁵

En efecto, Echeverría impidió la democratización, no redistribuyó la riqueza, redujo los márgenes de independencia nacional y fracasó en la creación de un Nuevo Orden Económico Internacional. Para el *NYT* el saldo de su gestión fue "una crisis política y económica" gigantesca que desembocó en la necesidad de "recrear el clima para la expansión empresarial y la inversión de capital", y en una dependencia de la "voluntad del Fondo Monetario Internacional y de los banqueros extranjeros para continuar haciendo préstamos incondicionales que sostuvieran a la economía mexicana".⁹⁶

Es difícil justificar al régimen de Echeverría. Sin embargo, debe mencionarse que la élite estadounidense tuvo buena parte de la responsabilidad, porque conociendo la innegable corrupción, el autoritarismo y la hipocresía de la élite gobernante mexicana, la protegía y respaldaba porque disfrutaba de los beneficios de la estabilidad —asociada con la permanencia del orden establecido.

Pasando a otro punto, la crisis modificó la forma estadounidense de ver la corrupción. En la gráfica 93 aparece el patrón conocido: las referencias a la corrupción aumentaban durante el primer y el último año: al iniciarse la campaña contra la corrupción y al informar de su fracaso (justo cuando empezaba la siguiente campaña). En 1976 el *NYT* aceptó que la corrupción seguía “tan metida en la vida mexicana como siempre”.⁹⁷ El cambio fue cualitativamente importante porque empezó a decirse que es parte de “la forma de vida” en México,⁹⁸ y que sería casi imposible eliminarla. Esto colocó a la corrupción en otro plano, al mismo tiempo que los estadounidenses empezaron a preocuparse por su efecto en la estabilidad mexicana y por la proliferación del narcotráfico, que afectaba a su país en forma directa.

Una visión desde dentro

La devaluación del peso en 1976 fue el acontecimiento más difícil de la economía mexicana en muchas décadas. Para proteger las inversiones estadounidenses y para favorecer la estabilidad económica y política, Estados Unidos otorgó un apoyo decidido a México. Se conocen los razonamientos que llevaron a esta decisión gracias a la recuperación de una cantidad importante de información clasificada que se depositó en la colección de documentos de Arthur Burns, quien era entonces presidente de la Reserva Federal.⁹⁹

La colección es excepcional porque los documentos no fueron tan tachoneados como ocurrió con otros en el mismo año (pareciera depender del bibliotecario el criterio de lo que se borra). Entre las causas que se esgrimían para apoyar a México la que tuvo más peso aparece en un memorándum que el secretario del Tesoro, William E. Simon, envió al presidente Gerald Ford. En ese documento se explica el respaldo de la institución y de la Reserva Federal al gobierno mexicano como una forma de “demostrar el interés político que Estados Unidos tiene hacia México”. Es decir, preveía que el gobierno mexicano estaría bajo “intensas presiones políticas internas” y que la ayuda serviría para mantener su estabilidad, ya que el apoyo estadounidense calmaría la “situación de los mercados en México”.¹⁰⁰

En la versión estenográfica de una reunión del Consejo Ejecutivo de la Reserva Federal del 16 de noviembre de 1976, el presidente de ésta, Arthur Burns, explicó con mucha franqueza otras razones. Primeramente reconoció que un préstamo que le habían concedido anteriormente a México por 360 millones de dólares no fue “hecho con la debida deliberación y cuidado. Actuamos —agrega— un tanto mecánicamente [...] Nos pidie-

ron el dinero, les hicimos unas cuantas preguntas, gruñimos un poco y aceptamos" sin tener información suficiente.

Luego explica por qué fueron tan laxos: "México estaba cerca de la bancarrota, lo que podía llevar a una moratoria [...] Eso sería bastante desafortunado porque nuestros bancos están muy involucrados en dar préstamos a México y porque, por supuesto, ello desataría una moratoria en todo el mundo" (la deuda de México con la banca privada estadounidense ascendía a nueve mil millones de dólares en noviembre de 1976). Burns agrega que la Reserva no quería ser responsable de un hecho de esta naturaleza. Consideraba que el problema era manejable, aunque reconocía que su "confianza en las operaciones del Banco de México eran bastante limitadas".¹⁰¹

Por esas razones Estados Unidos participó activamente en el flujo de recursos que apuntalaban al gobierno mexicano. Ello suponía un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, requisito indispensable para otorgar préstamos del Tesoro, de la Reserva y de la banca privada. Un acuerdo con el FMI incluía diversas obligaciones financieras y comerciales (topes en los niveles de reservas, en el endeudamiento externo neto del sector público y en el déficit público). Lo interesante es la flexibilidad que mostró el FMI. Por ejemplo, el acuerdo entre el gobierno de México y este organismo se firmó a finales de octubre, pero los compromisos empezarían a correr a partir del primero de enero de 1977, lo que significaba que Echeverría sólo asumía la responsabilidad de la devaluación, pero no estaba obligado a imponer las políticas de austeridad.¹⁰²

Viendo esta colección de documentos desde otro enfoque, si comparamos la información que aparece en ellos con lo publicado en el *NYT*, las coincidencias son notables. En términos generales, ambos presentaban de la misma manera el origen del problema, la necesidad de la devaluación y el contenido de los acuerdos entre los gobiernos de México y Estados Unidos. En donde hay variaciones relevantes es en el grado de claridad, en lo explícito de la mención de las fuentes informativas y en su opinión sobre lo que ocurría en México.

Mientras el *NYT* utilizaba convenciones como las de "fuentes bien informadas", los documentos oficiales muestran un nivel de acceso e información simplemente extraordinario. Son frecuentes las menciones a entrevistas con el presidente de la república, secretarios de Estado o el director del Banco de México. Lógicamente la información que recibían trascendía la negociación de un préstamo. En un documento secreto de la CIA de octubre de 1976 dan como su fuente de información al "secretario

privado de López Portillo que insistía en que su jefe no tenía ninguna influencia sobre la política económica de Echeverría" en aquellos meses de rumores, incertidumbre y devaluaciones.¹⁰³

Otro cable de la CIA del 27 de octubre detalla con precisión lo que sería el programa de gobierno de José López Portillo. Es decir, 34 días antes de la toma de posesión del mexicano, el gobierno de Estados Unidos ya sabía que la prioridad de López Portillo sería "restablecer la confianza del sector privado en el gobierno", para lo cual estaba dispuesto a controlar las demandas obreras "con la fuerza, de ser necesario". También estaban enterados de que reorientaría las prioridades de la "política exterior mexicana hacia Estados Unidos y América Latina" y que los tres embajadores más importantes serían "Estados Unidos, Guatemala y Cuba". Los dos primeros por ser vecinos, y Cuba porque López Portillo quería "asegurarse que no metería las manos en México".¹⁰⁴ Es indudable que los estadounidenses tuvieron la información que les permitía formular una política adecuada y que mucha de ésta era proporcionada por funcionarios mexicanos.

El contraste con la información que entregaba el gobierno a la sociedad mexicana no puede ser más notable y es incluso detectado por los estadounidenses. Un analista de la Reserva Federal reconocía, en octubre de 1976, que el "alcance total del programa y la magnitud de los ajustes requeridos todavía no habían sido explicados al público en general".¹⁰⁵ Ese mismo mes, el director de Operaciones de la CIA informaba que el gobierno de López Portillo "centralizaría la información y la utilizaría, sobre todo, para la promoción de los objetivos económicos".¹⁰⁶ El gobierno de México informó con mayor detalle a un gobierno extranjero que a los mexicanos.

En todos estos documentos no existe un reconocimiento explícito a la naturaleza autoritaria del régimen. Aceptaban el orden establecido como algo dado y lo que les importaba era salvaguardar los intereses estadounidenses, los cuales estaban inexorablemente asociados a la permanencia del PRI en el poder. El entendimiento funcionó y se estableció un patrón que volvería a aparecer en las crisis financieras de 1982, 1985-1986 y 1994-1995. Aunque la política fue similar, las modificaciones dependieron de las condiciones que fueron imponiendo los estadounidenses.

Un balance

En cierto sentido el reformismo desaforado de Echeverría funcionó porque un buen número de los que se rebelaron en 1968 fueron incor-

porados a su gobierno; utilizó la coerción contra quienes habían tomado las armas o con los medios de información (como *Excelsior*) que se habían salido de los controles.

Con los estadounidenses tuvo sus diferencias al final, pero, en los momentos decisivos, Washington hizo todo lo que pudo para proteger al sistema político mexicano. Pese a su importancia, esto no fue incluido en la mayoría de los análisis realizados en Estados Unidos. Es muy revelador de los resortes de la conciencia que Peter Smith no considerara el factor externo en la discusión sobre la crisis. Haciendo un balance sobre Echeverría, Smith aseguraba que "al superar el problema de la sucesión presidencial, y sobrevivir la peculiar crisis de finales de 1976, el sistema autoritario mexicano demostró, una vez más, su capacidad para adaptarse y cambiar".¹⁰⁷ No hizo mención alguna al papel de Estados Unidos.

Por otro lado, Echeverría desató fuerzas sociales que llevaron al país por caminos entonces difíciles de prever. Ése sería el caso de la creación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, cuyo principal objetivo fue formar recursos humanos. Una vertiente de ese programa fueron las becas a miles de jóvenes que se marcharon a estudiar al exterior. Con el tiempo, esos mismos jóvenes provocarían una renovación profunda de la élite gobernante mexicana, que desplazaría a los políticos tradicionales del corte de Echeverría. El relevo fue muy silencioso, pero ya en el sexenio de Miguel de la Madrid 63% de los miembros del gabinete había estudiado en el exterior.¹⁰⁸

Aun cuando no existe una evaluación detallada de los efectos que tales medidas han tenido en los diferentes aspectos de la vida mexicana, la importancia de la renovación de la élite gobernante es evidente si se considera que Carlos Salinas salió a estudiar a Harvard en 1973, Ernesto Zedillo a la Universidad de Bradford en 1973 y a la de Yale en 1974, Pedro Aspe al MIT en 1974 y Manuel Camacho obtuvo una maestría en Princeton por aquellos mismos años. En esos ambientes se nutrieron de las ideas neoliberales que, combinadas con acciones irresponsables y crisis, cambiarían la historia de México.



Con José López Portillo se repitió el guión establecido durante el sexenio de Luis Echeverría. El año en que fue elegido, 1976, *The New York Times* le dedicó 30 menciones positivas y ninguna negativa. Seis años después, en 1982, el mismo personaje recibió 31 menciones negativas y ninguna positiva (véanse las gráficas 22 y 23). En esas cifras se encierra una de las etapas más frustrantes de la historia de México.

El descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo dio la oportunidad al gobierno mexicano de hacer las reformas internas (económicas y políticas) que hubieran revitalizado un experimento que se agotaba. Al no hacerlo, por las distorsiones del sistema (en especial del presidencialismo), el régimen de López Portillo concluyó, en 1982, en medio de enormes dificultades que fueron superadas gracias al respaldo de Washington.

El apoyo estadounidense se dio pese a que el sexenio de López Portillo fue excepcional en la historia de las relaciones bilaterales: por primera vez en la historia, el petróleo mexicano (y la coyuntura internacional) le otorgó a México una capacidad de influencia sobre Estados Unidos que nunca había tenido; con esa fuerza, México modificó aspectos clave del entendimiento. La frivolidad del presidente mexicano, y su incapacidad para entender la magnitud de los fenómenos que se estaban viviendo, cancelaron la posibilidad de modificar a favor de México algunos aspectos de la relación. A partir de entonces se inició un periodo en que nuestro país resintió presiones cada vez más fuertes de la élite estadounidense para que se modificara el modelo económico. Ello se combinó con el ascenso subrepticio de la tecnocracia que reemplazó a la élite gobernante, modificándose así la historia de México.

Por otro lado, el petróleo hizo que la atención llegara a niveles sin precedente. En 1979 el *NYT* superó las 250 menciones por año y creció el número de los artículos más importantes: notas informativas aparecidas en

primera plana, despachos de corresponsales y editoriales (a manera de ejemplo, véanse las gráficas 1, 4, 6 y 7). Mejoró la comprensión de México aunque sin superar las ambivalencias y limitaciones.

El optimismo inicial

Si Luis Echeverría fue clasificado como la "mejor esperanza en generaciones" porque iba a revitalizar el sistema, López Portillo fue catalogado como el "presidente de la esperanza", porque su principal tarea era "restaurar la confianza" dilapidada por Echeverría. Para el *NYT* la confianza era el "bien" que México necesitaba más "desesperadamente". Sólo así, agregaba, se estabilizaría el peso y llegarían la "inversión extranjera y más turistas".¹

Al igual que seis años antes, quisieron y creyeron encontrar en el nuevo presidente al hombre que mantendría la estabilidad interna y regresaría al país al crecimiento para, con ello, salvaguardar los intereses estadounidenses. A López Portillo le encontraron varias prendas: "más intelectual, menos retórico, más pragmático, menos soñador [...] y más proempresario" que Echeverría.²

Aunque Alan Riding todavía no se recuperaba de la decepción que tuvo con Echeverría, se mostró dispuesto a entregar su confianza al nuevo mandatario, a quien definió como un hombre obsesionado por "la eficiencia, la organización y la productividad", con "sentido del humor", que disfrutaba "la buena comida y bebida", que fumaba puro (como Riding), que coqueteaba con las mujeres y que tenía "intereses fuera de la política". Esta imagen de gobernante humano y maduro, la completaba Riding con un pronóstico erróneo: López Portillo "daba una importancia secundaria a cultivar su imagen con publicidad costosa en México o el extranjero": representaba el fin del "clima populista".³

El entusiasmo por López Portillo también se alimentaba de que, como se menciona en el capítulo anterior, un mes antes de tomar posesión ya había informado de su programa de gobierno a Estados Unidos. Confirmó el viraje modificando la retórica oficial. En su discurso de toma de posesión nunca mencionó al Tercer Mundo y, poco después, declaró que era preciso establecer un "orden mundial razonable".⁴ Otra medida bien vista fueron los nombramientos de Santiago Roel como secretario de Relaciones Exteriores y de Hugo B. Margáin como embajador en Washington; ambos eran considerados como "admiradores de Estados Unidos".⁵

Por si esto no bastara, en 1977 México anunció públicamente que no se uniría a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) —para valorar la importancia de esa postura recordemos que en ese momento México empezaba a ser considerado como una posible potencia petrolera.⁶ En 1978, el gobierno de López Portillo aceptó “suministrar a Israel, después de un breve aviso, todo el petróleo que necesite durante una emergencia”.⁷ Por todo ello se le calificaba en público como “esencialmente proestadunidense”.⁸

El acercamiento a Washington probablemente era inevitable porque la crisis heredada por Echeverría había reducido las opciones para el país: López Portillo iniciaba su gestión con una total dependencia de “la voluntad del Fondo Monetario Internacional y de los banqueros extranjeros”. Sin ellos, no podría obtener los préstamos que necesitaba la economía mexicana para sostenerse.⁹ No sin algo de sorna, Riding escribió que “los llamados a la independencia [fueron] remplazados por llamados a la interdependencia, un eufemismo [...] para la dependencia mexicana de Estados Unidos”.¹⁰

Es muy interesante que esta importancia que Riding asignaba de pasada a Estados Unidos no fuera tomada en cuenta por los académicos. El enfoque más común fue el de Peter Smith, quien escribió en 1979 que “al superar los problemas de la sucesión presidencial, y sobrevivir la peculiar crisis de finales de 1976, el sistema autoritario mexicano demostró, una vez más, su capacidad de adaptación y cambio”.¹¹ La indiferencia ante el papel de Washington distorsionaba el análisis y exageraba la capacidad de la élite mexicana, a la cual le atribuyeron virtudes sin reconocer que esa capacidad de operación venía de las acciones de Washington.

Otra tendencia que no era posible detectar en los inicios de aquel sexenio fue la renovación de las élites, porque estaban formándose en universidades estadounidenses quienes sustituirían a los “técnicos” y políticos de la vieja escuela. En su libro sobre élites políticas, Peter Smith califica a los “técnicos” del gabinete como economistas de orientación nacionalista educados en la UNAM, a dos de los cuales consideraba “marxistas”. En ese momento Smith todavía no incluía como uno de sus criterios para investigar al gabinete el hecho de que sus integrantes hubieran estudiado en el exterior.¹²

El reformismo de los primeros meses

En su primer año, López Portillo impulsó algunas reformas económicas graduales y controladas desde la cúspide. En lo político, la amnistía

ofrecida a los presos políticos, y una legislación electoral bastante limitada bastaron para que los estadounidenses lo consideraran demócrata.

La prioridad económica era recuperar la confianza de "los empresarios conservadores, alienados por el gobierno reformista de Echeverría".¹³ Para ello hizo reformas, algunas de las cuales eran el resultado de los compromisos adquiridos con el Fondo Monetario Internacional (cuyos detalles nunca hemos conocido). Una de sus primeras medidas fue la de respaldar la decisión de un juez federal de regresar "a sus antiguos propietarios" las tierras expropiadas por Echeverría poco antes de dejar el gobierno.¹⁴ López Portillo también anunció que se promovería la competitividad, se alentaría la distribución de la riqueza y se combatiría la "corrupción" (a la que él mismo calificó de "veneno" y "cáncer" de la sociedad mexicana).¹⁵ Para demostrar su compromiso con la moralización de la gestión pública "por primera vez en un siglo [...] [un exministro fue] detenido y acusado de corrupción".¹⁶

En los primeros meses de su gobierno se intentó una distribución de la riqueza más equitativa. El instrumento elegido fue el mismo que utilizó Echeverría, una "reforma fiscal". El desenlace fue idéntico: un año después "sin explicación" el presidente la "pospuso abruptamente".¹⁷ El freno a la reforma se explica por la fuerza política que tenía el sector privado. Sin dejar de alabar las virtudes de éste (véanse las gráficas 72 a 76), Alan Riding volvió a condenar a los "empresarios ultraconservadores", quienes ignoraban "los problemas del México real existente fuera de sus palacios", detenían el avance de la economía mexicana con su "ineficiencia y rapacidad", y se oponían a una "reforma fiscal muy necesitada para acabar con algunos de los mecanismos que provocan la concentración de la riqueza".¹⁸

Pese a las condenas al sector privado mexicano, el NYT mantenía inalterada su opinión positiva sobre la inversión extranjera en México (véanse las gráficas 75 y 76). Sin embargo, publicaron algunas opiniones negativas que venían de la aparición en ese medio de una perspectiva de izquierda; por ejemplo, en 1978, una columna de opinión escrita por Philip Russell del North American Council on Latin America (NACLA) critica los efectos negativos de la inversión extranjera en un país como México.¹⁹ También dieron espacio a una carta del director del Comité de los Amigos (una organización de cuáqueros), donde se resaltaba la existencia de "un sistema de castas internacional" que creaba "una injusta distribución del ingreso" entre México y Estados Unidos.²⁰

Mientras eso sucedía en Estados Unidos, López Portillo ordenaba una reducción de las "barreras proteccionistas" para aumentar la competi-

tividad.²¹ También consideraba su gobierno la posibilidad de que México se adhiriera al Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). Era tan seria la idea que, en febrero de 1979, Clyde S. Farnsworth informó desde Washington que México había aceptado formar parte del GATT después de “décadas de políticas comerciales proteccionistas” y en atención a la “exhortación de Estados Unidos”.²² López Portillo estuvo cerca de tomar la decisión de entrar al GATT pero al final se retractó, lo que fue explicado en Estados Unidos como el resultado de una alianza poco común entre “economistas de izquierda y empresarios conservadores”.²³ Según el *NYT* algunos funcionarios estadounidenses estaban consternados porque “consideraban [que el ingreso al GATT era] fundamental para mejorar las relaciones comerciales” entre los dos países y para impulsar las reformas económicas que México necesitaba.²⁴

El freno a esa y otras reformas tiene que ver con el descubrimiento de yacimientos gigantes de petróleo. El crudo fue el “sustituto a las medidas” diseñadas para reformar la economía y redistribuir el ingreso.²⁵ Esa bonanza también mostró facetas desconocidas de la élite estadounidense y de la relación bilateral.

Los inicios del auge petrolero

En octubre de 1974, todavía con Echeverría como presidente, *The Washington Post* anunció el descubrimiento de enormes yacimientos de petróleo en México. El origen de la noticia era una filtración de una de las grandes compañías petroleras estadounidenses, que con ello buscaba “erosionar la solidaridad” de la OPEP.²⁶ Con ese anuncio empezó una etapa de “petrolización” de la percepción estadounidense sobre México (Daniel Yerguin, especialista en esos temas, llegó a escribir que “la droga más adictiva que sale de México” ya no era la “mariguana, sino el petróleo”).²⁷ Tras el entusiasmo estaba la sacudida provocada por el embargo petrolero de 1973, que disparó los precios del crudo y mostró cuán interdependiente se había hecho el mundo. Esa sacudida dio un gran impulso a la teoría de la interdependencia y a las visiones globalizadoras del sistema internacional.²⁸ En esa globalización la vecindad incrementó la prioridad asignada al crudo mexicano dentro de la gran estrategia de seguridad estadounidense y aumentó el interés de quienes publicaban al respecto en el *NYT* (véase la gráfica 1).

Otro indicador de la atención que Estados Unidos prestaba a México se dio en 1978 cuando el presidente James Carter solicitó un Presi-

dential Review Memorandum, (el PRM-41), el primero en la historia de las relaciones México-Estados Unidos. De acuerdo con ese documento, México era una "potencia energética emergente" que podía reducir la dependencia de Estados Unidos respecto al Medio Oriente.²⁹ En esos momentos el contenido del PRM-41 era secreto, pero cuando fue desclasificado, resultó evidente que las ideas mencionadas con un sello de "secreto" no diferían de lo que estaba apareciendo en público. Por ejemplo, funcionarios norteamericanos confirmaban en público que los grandes yacimientos mexicanos les darían la "capacidad de romper los precios altos [...] [fijados] por la OPEP".³⁰ En público también se hablaba de romper la dependencia de Medio Oriente. Para el académico Richard Fagen, el secretario de Energía, James R. Schlesinger,³¹ y la línea editorial del *NYT*, México tenía "suficiente petróleo como para abastecer a Estados Unidos por rutas cortas y seguras durante cuarenta años".³²

Es indudable que de haber sido ciertas las cifras que se manejaban sobre las reservas, el petróleo y el gas mexicanos éstas eran la solución más rápida y cómoda para los problemas de abasto de Estados Unidos. El PRM-41 estimaba en 1978 que México podía "satisfacer 30% de las necesidades de importación estadounidenses para mediados de los años ochenta".³³

Los documentos privados y los escritos públicos partían de un supuesto central en los cálculos de Estados Unidos: México no le fallaría a Estados Unidos porque nunca lo había hecho en los momentos difíciles, ya que así estaba acordado en el entendimiento no escrito que regulaba la relación. Su desconcierto fue mayúsculo cuando López Portillo no respondió como se esperaban, por lo que se escenificó entonces un periodo fascinante en la historia de la relación bilateral, que sacó a la luz muchas de las tensiones subterráneas. El petróleo mostró cuán profundo puede ser el resentimiento mexicano hacia Estados Unidos, y cuán pragmático puede ser Washington a la hora de defender sus intereses.

Los gobernantes mexicanos estuvieron dispuestos a utilizar la fuerza que les daba el crudo; lo triste es que ni supieron ni pudieron hacerlo. Echeverría ya había insinuado que un aumento en el poder mexicano podría modificar las reglas del entendimiento. Cuando Echeverría se entrevistó con Gerald Ford en Nogales, Sonora en 1974, acababa de declarar que México explotaría su petróleo "[de una] manera nacionalista y profundamente anti-imperialista" y que solicitaría el estatus de "observador" en la OPEP.³⁴ Aceptó, durante la reunión, que "se habían descubierto cantidades sustanciales de petróleo". Acto seguido, y no sin malicia, agregó que

éstas "serían colocadas en el mercado mundial". Sin embargo, informó que estaba dispuesto a hacer una concesión a Estados Unidos y no unirse a la OPEP, a cambio de lo cual esperaba que Gerald Ford "apoyara [...] una nueva carta económica" que Echeverría estaba promoviendo para resolver los problemas del mundo.³⁵ Ford aceptó pese a que Washington veía con profunda desconfianza las campañas echeverristas.³⁶ Washington no se preocupaba porque en privado Echeverría seguía dando garantías. En una carta confidencial, el secretario del Tesoro informó al presidente Ford que el presidente mexicano había decidido no unirse a la OPEP pese a que lo declarara públicamente.³⁷

Por eso Washington estaba tan tranquilo y probablemente por ello no incluyó concesiones petroleras a cambio del apoyo financiero que otorgó a México en 1976. Estaban seguros que de una manera u otra México los abastecería del petróleo que necesitaran, y que lo haría a precios razonables. Sin embargo, también se daban cuenta de que era necesario dedicarle más tiempo, y Washington puso la relación bilateral entre sus "prioridades más altas".³⁸

Las ganas de estrechar relaciones eran generalizadas. En la elección presidencial de 1979, cuatro de los precandidatos propusieron públicamente la creación de un mercado común (entre ellos James Carter y Ronald Reagan). Carter fue claro sobre las motivaciones: de establecerse un mercado común, Estados Unidos terminaría con la "dependencia del petróleo de Medio Oriente".³⁹ Lo interesante del juego era que este tipo de afirmaciones parecían contar con el beneplácito de los gobernantes mexicanos. El influyente columnista James Reston escribió que en una entrevista a López Portillo, éste le dijo que era "posible pensar en un mercado común", lo cual es totalmente consistente con el tono de la relación que aparecía en los documentos confidenciales.⁴⁰

Los estadounidenses son pragmáticos y no evaden la autocrítica. En consecuencia empezaron a aparecer expresiones de arrepentimiento por haber tratado a México como una "potencia menor a la que tomaban como algo dado".⁴¹ James Reston escribió que cuando Carter viajó a México en febrero de 1979 no fue a "tratar el precio del gas mexicano" sino a "tratar el precio de la indiferencia" estadounidense.⁴²

La defensa de sus intereses, el pragmatismo y la ampliación de la conciencia, los hizo reinterpretar capítulos escabrosos de la historia común, como la polémica "expropiación" petrolera de 1938. En un artículo publicado en el *NYT*, el historiador Karl E. Meyer aceptó la versión del entonces embaja-

por estadounidense en México, Josephus Daniel, de que los "mexicanos tenían un agravio legítimo, y que tenían [bases legales para] la expropiación". Meyer reconoció que Lázaro Cárdenas había hecho ofertas atractivas a las compañías petroleras extranjeras y con cierta tristeza concluyó que si Estados Unidos "hubiera aceptado, actualmente México sería [su] socio".⁴³ Simultáneamente, la gráfica 20 muestra que desaparecieron totalmente las referencias negativas a Cárdenas y apareció una que otra mención positiva.

Los años de la arrogancia

Pese a los esfuerzos que hizo Estados Unidos por mejorar la relación, el presidente mexicano decidió graduar el acercamiento y embarcarse en una jornada de independencia y arrogancia por demás interesante y reveladora.

Con los ingresos petroleros México tuvo una oportunidad excepcional para desarrollarse y cumplir, finalmente, con el sueño de la Revolución mexicana de ser independiente internacionalmente, y de alcanzar (o al menos de acercarse a) la justicia social. Y López Portillo embarcó al país en lo que pomposamente llamó la "administración de la abundancia", que acarreó diversas consecuencias, algunas de ellas muy inmediatas e inesperadas.

Los desencuentros y los enojos empezaron muy pronto y se prolongaron durante varios años (entre 1979 y 1981 las referencias negativas a la relación bilateral superaron a las positivas (véanse las gráficas 48 y 49). En agosto de 1977, México firmó una carta de intención con seis compañías estadounidenses para abastecerlas de gas natural y empezó a construir un gasoducto de mil doscientos millones de dólares antes de que el gobierno de Carter hubiera aprobado el contrato. El entonces responsable de México ante el Consejo de Seguridad Nacional, Robert Pastor, asegura que ellos advirtieron con anticipación a funcionarios mexicanos que era difícil que el contrato para la venta de gas fuera aprobado, y que por tanto construir un gasoducto era prematuro y riesgoso.⁴⁴ No obstante, y por razones que nunca han sido aclaradas, el gobierno de López Portillo siguió adelante en la construcción del gasoducto.

En diciembre de ese año, el secretario de Energía, James Schlesinger cumplió con las advertencias privadas: Estados Unidos no aprobó el precio al que las gaseras iban a adquirir el gas mexicano. Schlesinger declaró con una arrogancia visionaria que "tarde o temprano" México terminaría "vendiendo su gas a Estados Unidos", al precio que este último fijara,

claro está.⁴⁵ El gobierno mexicano se quedó con su gasoducto a medio construir y el entonces director general de Pemex, Jorge Díaz Serrano, respondió que México estaba dispuesto a esperar “dos o tres años para vender su gas natural.”⁴⁶ (Sólo dos años después, en diciembre de 1979, México aceptó todas las condiciones estadounidenses y empezó a entregar el gas.)⁴⁷

José López Portillo estaba furioso y, envalentonado por la abundancia, mostró su enojo en la reunión que tuvo con Carter en febrero de 1979, en lo que ha sido el encuentro presidencial más desafortunado y accidentado de la historia. Carter venía en son de paz y con el ánimo de “reparar un cisma creciente entre las dos naciones”, porque la relación con México era “el problema prioritario en el hemisferio”.⁴⁸ López Portillo dio un indicio de lo sombrío que andaba su espíritu y de lo majadero que podía ser, cuando en el aeropuerto hizo que Carter caminara hasta donde él estaba esperándolo.⁴⁹

Por si eso no bastara, se abstuvo de dar al visitante el típico recibimiento priísta; es decir, las multitudes no salieron a celebrar la llegada de Carter como lo habían hecho durante las visitas de Truman, De Gaulle, Tito, Kennedy, Johnson y tantos más. En lugar de matracas, porras y mariachis, Carter enfrentó reproches y López Portillo, en una cena de Estado, le soltó que “nuestros pueblos quieren acuerdos definitivos, no concesiones circunstanciales”, para luego añadir que México “resentía la desconfianza, hostilidad y desdén” de Estados Unidos, y que sólo por su petróleo era que México estaba en el “centro de la atención norteamericana”.⁵⁰

Carter no esperaba una hostilidad tan explícita y tan pública, y en lugar de endurecer el tono o de marcar distancias, cometió el error de mantenerse fiel al guión que llevaba preparado. Su discurso, iniciado en medio de la tensión y de sonrisas nerviosas, era una pieza oratoria típicamente estadounidense: el chiste inicial fue sobre los problemas estomacales que tuvo Carter durante su viaje de luna de miel a México, lo que no embonaba con la regañada que le acababan de dar.

Es revelador de su cultura que aceptara con entereza las palabras de López Portillo por considerar que eran “crudas verdades”. “Durante años —escribió el corresponsal del NYT, Alan Riding— México tal vez había sido demasiado educado, y ciertamente demasiado débil, para decirlas”.⁵¹ En ningún otro encuentro de jefes de Estado, el NYT había criticado tanto a un presidente estadounidense (véase la gráfica 57). Diversos periodistas interpretaron las palabras y la actitud del presidente mexicano como un “regañó público a Estados Unidos” y a Carter no le perdonaron su debilidad.

Las relaciones entre Carter y López Portillo quedaron profundamente dañadas, y el incidente del sha de Irán terminó de deteriorarlas. Un mes antes del encuentro Carter-López Portillo (en enero de 1979) había sido derrocado el déspota persa, que empezó a errar por el mundo hasta que México le otorgó asilo. El sha se instaló a todo lujo en Cuernavaca, pero estaba enfermo y quería atenderse en Estados Unidos, y salió de México en noviembre de 1979 con la promesa de que obtendría una visa de regreso.

Cuando se encontraba en Nueva York, un grupo de "estudiantes" iraníes tomó la embajada de Estados Unidos en Irán, capturó a rehenes estadounidenses y exigió el regreso del sha a ese país. Washington confiaba en que se fuera a México lo más rápido posible, pero el gobierno de López Portillo le informó que no sería admitido. Se repitió la maniobra que le habían hecho a Arbenz —aunque ahora con un favorito de Estados Unidos—, y el sha tuvo que permanecer en territorio norteamericano.

El senador Lloyd Bentsen de Texas acusó a México de "egoísmo y cobardía" porque le había dado la espalda a Estados Unidos cuando más lo necesitaba.⁵² Quién fuera secretario de Estado, Cyrus Vance, escribiría tiempo después que nunca entendieron por qué el "presidente López Portillo renegó de sus compromisos".⁵³ En sus memorias, Carter reconoce que estaba "furioso [...] nos habían dado garantías de que el sha sería bienvenido: [...] López Portillo es un hombre sin palabra".⁵⁴ En el periodo que estoy revisando fue la primera y única vez que un presidente mexicano le fallaba a los estadounidenses. También en esta ocasión un presidente mexicano recibió mucho espacio en las memorias de un presidente de Estados Unidos.

La crisis de los rehenes fue un factor decisivo en la derrota de Carter frente a Ronald Reagan en 1980. Nunca antes acciones mexicanas influyeron tanto en los resultados de una elección presidencial. Fue un momento excepcional que también mostró los márgenes de tolerancia tan amplios que tiene la élite estadounidense con los gobernantes mexicanos. Estos márgenes no son el resultado de un respeto estadounidense a los principios mexicanos de política exterior. Como se ha demostrado en diferentes momentos, Washington no toma muy en serio al nacionalismo mexicano. Lo que realmente los inhibe es la estabilidad y la vecindad, porque lo que pasa en México repercute rápidamente en su territorio. Cuando Eisenhower escribió en sus memorias que "tenemos una frontera de más de dos mil millas sin defensas", sacaba a la luz la inquietud permanente en el pensamiento estadounidense.⁵⁵

Si la élite estadounidense toleraba las majaderías de López Portillo era porque convenía a sus intereses: su obsesión era tener acceso al petróleo y participar en el boom mexicano. En 1979, año del malogrado encuentro Carter-López Portillo, las referencias a la economía mexicana en la prensa norteamericana se caracterizaron por el optimismo (véanse las gráficas 67 y 68). Riding opinó que López Portillo estaba "apostando fuertemente a la expansión industrial" y que eso redundaría en "menor inflación y más trabajos". Para el año 2 000, pronosticaba el corresponsal, la economía mexicana estaría por completo transformada.⁵⁶

Una diplomacia temporalmente independiente

López Portillo creyó que había llegado el momento de aplicar una política exterior acorde a los recursos petroleros mexicanos. Por primera y única vez en las cinco décadas que cubre esta investigación, la independencia mexicana se salió del radicalismo retórico y protocolario e incursionó en las esferas más sustantivas e inmediatas de América Central. Como era de esperar, el cambio provocó un "conflicto con Estados Unidos en un creciente número de temas".⁵⁷

El conflicto no fue inmediato porque durante la insurrección del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua (1977-1979) hubo una relativa coincidencia entre Carter y López Portillo. El estadounidense había puesto al dictador Anastasio Somoza en la mira por sus violaciones de los derechos humanos; y el mexicano buscaba estrenar internacionalmente su poder petrolero. En México, los guerrilleros nicaragüenses encontraron un presidente dispuesto a apoyarlos plenamente (López Portillo llegó a declarar que México "defendería la causa de Nicaragua como si fuera la suya").⁵⁸

López Portillo fue un partidario decidido de los sandinistas. De acuerdo con Cheryl Eschbach, los apoyos financieros que México concedió a los sandinistas superaron los mil millones de dólares.⁵⁹ Una de las razones por las que recibieron esos recursos fue porque supieron despertar en López Portillo al revolucionario que muchos políticos mexicanos quisieran ser (Carlos Salinas, por ejemplo, es un profundo admirador de Zapata, aunque su programa de gobierno fuera contra las ideas del revolucionario). Eso provocó declaraciones tan grandilocuentes como la que el presidente mexicano le hizo a Flora Lewis en 1981. Cuando ésta le preguntó si era socialista, López Portillo le respondió, "no señora, pero soy un revolu-

cionario convencido. La Revolución mexicana de 1910 ofrece un tercer camino auténtico entre las dos grandes corrientes que se disputan la hegemonía del mundo".⁶⁰ Los sandinistas se aprovecharon de ello y, según el testimonio de uno de sus dirigentes, en los encuentros con López Portillo, "éste golpeaba algunas veces la mesa y nos preguntaba, 'Bien muchachos, ¿qué necesitan?'".⁶¹

El vigor que estaba tomando la política exterior mexicana tuvo otras expresiones. Una de ellas fue aquella declaración de agosto de 1981, en la que, junto con Francia, México reconoció al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) como una "fuerza política representativa" en El Salvador.⁶² Otra fue el apoyo a Cuba, respecto al cual López Portillo llegó a decir que era el país latinoamericano "más querido" por México y que era un ejemplo "para nuestra región, para nuestro continente y para el mundo".⁶³

El activismo mexicano era posible gracias a la riqueza petrolera, pero también porque la élite estadounidense estaba profundamente dividida sobre lo concerniente a América Central, hecho que abría espacios inéditos al modificar las reglas con las que funcionaban las relaciones de dominación. La solidaridad con América Central es, de hecho, uno de los grandes movimientos sociales en Estados Unidos. Si uno revisa la documentación de aquellos años salta a la vista el apoyo con el que contaba México entre los sectores liberales y progresistas opuestos a Reagan. Un editorial del *NYT* sugería a Washington que dejara a México y Francia asumir "los riesgos de promover un acuerdo político" en El Salvador.⁶⁴ Para Richard Fagen, las propuestas de México eran buenas, porque tenía "una comprensión histórica de las fuerzas sociales centroamericanas y caribeñas".⁶⁵ En la primavera de 1981 cien congresistas estadounidenses pidieron al Departamento de Estado considerar la iniciativa franco-mexicana que respaldaba al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y al Frente Democrático Revolucionario como actores legítimos en El Salvador.⁶⁶

Los conservadores criticaban la posición mexicana al pensar que por ingenuidad o mala fe, México estaba cometiendo un error. Los republicanos (en el poder en Estados Unidos desde enero de 1981) pensaban que nuestro país no sabía, y no quería saber, el grado en que Cuba y la Unión Soviética controlaban a Nicaragua y a los guerrilleros salvadoreños.⁶⁷

Otra faceta de la percepción de los estadounidenses se encuentra en las explicaciones que daban a la política exterior mexicana. Como en el pasado, estaban convencidos de que los gobernantes mexicanos lo hacían pa-

ra "apaciguar a la izquierda [...] que criticaba las políticas económicas conservadoras" de López Portillo.⁶⁸ Otro razonamiento muy frecuente era que la diplomacia mexicana correspondía a una potencia media emergente que buscaba "el liderazgo político en América Central y el Caribe para balancear la influencia tradicional de Estados Unidos y Cuba".⁶⁹ Era también muy común que hablaran de intereses mexicanos tras la nueva política exterior, porque era obvio que a México le convenía evitar que la región se convirtiera en el foco de las "tensiones este-oeste".⁷⁰ Es harto revelador que, en ningún momento, algún estadounidense considerara la posibilidad de que la política exterior de López Portillo se debiera a los principios tradicionales de la diplomacia mexicana. Esta idea, incorporada una y otra vez en el discurso oficial de nuestros políticos, era ignorada una y otra vez por los estadounidenses.

América Central también sirvió para acelerar la apertura de México al mundo. Por esos años algunos intelectuales mexicanos, como Carlos Fuentes y Jorge G. Castañeda, defendieron la diplomacia mexicana en periódicos y foros estadounidenses.⁷¹ La actividad fue vista con simpatía y constituyó uno de los primeros indicios de que la política mexicana empezaba a internacionalizarse, lo que con el tiempo transformaría de raíz la relación bilateral e influiría en el sistema político. Las definiciones tradicionales de soberanía y de nacionalismo se empezaron a modificar cuando algunos actores mexicanos pretendieron influir en o buscar alianzas con grupos estadounidenses que tenían un significativo interés en los acontecimientos de nuestro país y también estaban dispuestos a involucrarse en ellos. Pero eso corresponde a otra línea analítica.

Los prolegómenos de las crisis

Las diferencias sobre América Central fueron pasando a segundo término a medida que avanzaba el sexenio lopezportillista y la economía se iba deteriorando.

Para explotar los mantos petroleros que se estaban descubriendo y desarrollar la economía, el gobierno necesitaba recursos, y tomando el camino del endeudamiento externo metió al desván de los tiliches la reforma fiscal. Pedir prestado era fácil porque, con la esperanza de compartir las ganancias del auge mexicano, los banqueros extranjeros se peleaban entre sí para financiar un programa de expansión sexenal de 117 mil millones de dólares con el que se desarrollarían la industria petrolera y la economía

mexicanas.⁷² México empezó a recibir grandes cantidades de recursos por ingresos petroleros, inversión extranjera y préstamos del exterior (la deuda externa de México pasó de 20 mil millones dólares en 1976 a 80 mil millones en 1982).

En 1980 empezó a advertirse el deterioro de la economía. En agosto de ese año, Alan Riding escribió que crecía "la sensación de que el presidente López Portillo entregaría una crisis económica en diciembre de 1982".⁷³ En esta frase se sintetiza la frustración que los estadounidenses empezaban a sentir respecto a México y que tuvo algunas causas obvias y otras menos conocidas. Un hecho que agrió la percepción fue el derrame del pozo petrolero "Ixtoc" en el golfo de México. Pese a las protestas de Estados Unidos por la contaminación de sus costas, México se negó a indemnizarlo por los daños. A raíz de ese incidente —es decir, cuando se afectaron sus intereses— empezaron a aparecer las primeras críticas a "toda la política petrolera mexicana", lo que incluía menciones a la corrupción y en especial al supuesto enriquecimiento ilegítimo del director de Pemex, Jorge Díaz Serrano.⁷⁴

Algunos estadounidenses que participaron en ese debate comentaron en una entrevista que el desencanto también vino por una discreta revaluación que hicieron de la riqueza petrolera mexicana. La historia es la siguiente. Cuando se descubrieron los yacimientos, el gobierno de México aplicaba cifras de reservas estratosféricas. Incluso documentos oficiales tan cuidadosos como el "Presidential Review Memorandum" de 1979 aseguraban que México tenía 57 mil millones de barriles de reservas probadas y 220 mil millones de barriles de reservas probables. Por esa cantidad de petróleo, Washington estaba dispuesto a casi todo.⁷⁵

Al mismo tiempo que Carter ordenaba el PRM-41 (1978), el Departamento de Energía estadounidense mandaba hacer un estudio independiente para revisar las cifras que manejaba el gobierno de México. Dos años después, en 1980, David Ronfeldt, Richard Nehring y Arturo Gandara, de la RAND Corporation, terminaron la investigación donde afirmaban que México sólo tenía 18 mil 900 millones de barriles de reservas probadas y 19 mil millones de barriles de reservas probables.⁷⁶ El ajuste a la baja fue muy drástico y provocó un fuerte impacto en los círculos de decisión de Washington, quienes con esa cifra empezaron a readecuar la estrategia petrolera de Estados Unidos. Se redujo el interés estadounidense por el petróleo de México, y por ende el espacio de maniobra de su gobierno, y se confirmó la desconfianza norteamericana hacia las cifras proporcionadas por éste.

Simultáneamente, empezaron a crecer las referencias a la corrupción, que incluían el dispendio de la primera familia y los "informes sobre numerosos funcionarios importantes con intereses en compañías privadas que tienen contratos con el gobierno".⁷⁷ En 1982, último año de López Portillo, las referencias a la corrupción mexicana llegaron a su punto más alto en los cuarenta y un años revisados (gráfica 93). El caso de la corrupción es interesante, porque aunque lo mencionaron cíclicamente, jamás llegaron a realizar investigaciones serias y sistemáticas sobre el tema. Hasta 1991 fue publicado en Estados Unidos el primer libro dedicado a la corrupción.⁷⁸ La indiferencia se explica en parte porque en México tampoco había suficientes estudios sobre este tema que obligaran a una reflexión mayor en Estados Unidos.

Por todo ello se desplomó la imagen de López Portillo en el *NYT* que, mantengo, es representativo de lo que piensa la élite estadounidense. Como podemos ver en las gráficas 22 y 23, entre 1976 y 1981 la opinión que tenían de él era marcadamente a favor, porque recibió 31 menciones positivas y ninguna negativa. Subyaciendo al deterioro en la imagen presidencial estaba una economía que naufragaba.

LA CRISIS DE 1982 Y SUS CONSECUENCIAS



La devaluación de 1982 siguió el patrón establecido en 1976 aunque los ingredientes fueron diferentes. Para entender esa etapa tan fundamental hace falta bosquejar algunos de los cambios que vivían Estados Unidos y el mundo.

Del reformismo a la revolución conservadora

En los años setenta Estados Unidos demostró la vitalidad y adaptabilidad de su sistema. En esa década se institucionalizaron los cambios que se habían gestado durante la efervescencia de los sesenta: el Congreso le quitó poderes al presidente, le impuso controles a los organismos de inteligencia y fortaleció el sistema de protección a las garantías individuales. La Ley para la Libertad de Información (que permitió obtener muchos de los documentos aquí citados) viene de aquellos años.

Su política exterior también se fue ajustando a medida que Estados Unidos sufrió una pérdida relativa de influencia (que luego recuperó de manera espectacular) porque era imposible que mantuviera el poder tan excesivo que tuvo cuando terminó la guerra. La recuperación de Japón y los países de Europa occidental a partir de los años sesenta se combinó con un deterioro en la productividad económica y un aumento de la inflación y los déficit comercial y fiscal de Estados Unidos, y con el altísimo costo económico, político y humano que tuvo la guerra en Vietnam.¹ El resultado fue que durante los años setenta se hablara de una redistribución del poder mundial.

Otro de los cambios se expresó en unas audiencias organizadas en el Congreso por el representante Donald Fraser en 1973. En ellas se discutió la relación entre política exterior y derechos humanos, y en 1976 se aprobó la Ley de Seguridad Internacional y Control de las Exportaciones de Armas, que prohibía otorgar "ayuda de seguridad a los gobiernos con

un historial consistente de violaciones graves" de los derechos humanos.² A partir de ese año el Congreso ordenó al Departamento de Estado que hiciera un balance anual sobre el respeto a los derechos humanos en el mundo. Esos documentos resultaron ser un útil barómetro de la política del gobierno estadounidense hacia México.

El reajuste en las prioridades de política exterior fue instrumentado por una clase política renovada. Consecuencia de Vietnam y Watergate, los demócratas arrasaron a los republicanos en las elecciones de 1974; en la Cámara de Representantes la distribución de curules quedó en 243 contra 188*. En esa elección llegaron políticos de un nuevo corte —como el mismo Fraser—, quienes tenían una mayor sensibilidad porque habían estado en América Latina, África o Asia, como *académicos o voluntarios* de los Cuerpos de Paz, y conocían de primera mano lo que eran la pobreza y la opresión, y el papel que desempeñaba la política exterior estadounidense. Estos políticos fueron apoyados y presionados por organismos no gubernamentales de derechos humanos y por grupos religiosos que tenían lazos muy estrechos con sus contrapartes de América Latina.

El triunfo de James Carter en 1976 transformó el discurso y la política de Estados Unidos hacia América Latina. Inspirado en las recomendaciones de los Informes Linowitz de 1975 y 1976, que criticaban el intervencionismo estadounidense y pedían respeto a las soberanías nacionales y a los derechos humanos, Carter redujo y hasta suspendió la ayuda militar a Argentina, Brasil, Chile, El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Uruguay. Además de ello, Washington tomó el caso del dictador nicaragüense Anastasio Somoza como aquél que confirmaría su determinación de castigar a quienes violaran los derechos humanos, y eso facilitó el triunfo de un grupo guerrillero de izquierda, el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Su actitud hacia las violaciones de derechos humanos en México fue diametralmente opuesta, porque continuó sosteniendo la indiferencia y el silencio.

El activismo duró sólo cuatro años, y en 1980 los republicanos recuperaron la Casa Blanca. El movimiento conservador que llevó a Ronald Reagan a la presidencia, la Nueva Derecha, fue consecuencia del reacomodo de las fuerzas sociales y de la renovación en la forma de hacer política. La base de la Nueva Derecha se encontraba en los estados del suroeste, donde florecía el fundamentalismo religioso y se ensayaban nuevas estrategias de campaña. Era, además, un movimiento que había aparecido como respuesta directa a los pro-

* La Cámara tenía cuatro vacantes al principio de la sesión.

blemas socioeconómicos, a la frustración provocada por la pérdida relativa de poder en el mundo y al enojo que causaba el activismo de las minorías raciales y sexuales y de los opositores a la guerra en Vietnam.³ Buena parte del éxito de la derecha estaba en que, tras sus esquemáticos enunciados ideológicos, tenía el soporte de una propuesta intelectual bien articulada en centros de investigación generosamente financiados que producían teorías, como la "ofer-tista" o *supply-side economics*.⁴ El equivalente internacional de esta revolución intelectual y política fueron las "políticas de ajuste estructural", o neoliberalismo. Los liberales o progresistas, por su parte, cometieron el error de descuidar la producción de nuevas ideas, pese a haberse demostrado el papel fundamental que éstas tienen en la acción política.

Los conservadores llegaron decididos a modificar de raíz la política exterior. Querían revitalizar la contención y regresar a la época en que la voluntad estadounidense era ley en el mundo; el anticomunismo volvió a ser el conjuro mágico que permitía explicar, entender y manejar realidades muy, pero muy complejas. Para ellos, Carter había sido ingenuo y había puesto en riesgo la seguridad de Estados Unidos, y el ejemplo más obvio y cercano estaba en Centroamérica. El triunfo sandinista en Nicaragua y los avances de la guerrilla en El Salvador debían ser frenados, porque, como dijo el mismo Reagan, en esa región estaba en juego "la seguridad de toda América". De acuerdo con la lógica conservadora, el objetivo de los comunistas era México, la joya más preciada de su esfera de influencia hemisférica.

Y América Central vivió una década de guerras durante la cual el Washington conservador no pudo imponer totalmente su voluntad, porque ni derrocó al sandinismo ni acabó con la guerrilla salvadoreña —aunque sí desempeñó un papel importante en el debilitamiento y descomposición de ambas fuerzas, y en la devastación de los dos países. Los conservadores fracasaron en buena medida por la resistencia que enfrentaron en el interior de Estados Unidos, lo que resulta notable si se recuerda la libertad de acción de la que gozó Eisenhower, otro republicano, para derrocar a Jacobo Arbenz en 1954.

El movimiento de solidaridad con las fuerzas progresistas de América Central ha sido uno de los más importantes en la historia de Estados Unidos. Su existencia deriva de la creación de redes sociales en los años sesenta, del mejor conocimiento de América Latina, de la diplomacia desplegada en territorio estadounidense por los opositores latinoamericanos y de la aparición de otros actores internacionales en la región (Europa, Cuba y México) que tenían la voluntad y el espacio de maniobra para disentir de la política que quería imponer el gobierno de Estados Unidos. América Central demostró cuán-

to habían cambiado el mundo y Estados Unidos, porque pese al triunfo conservador y al poderío estadounidense, los republicanos fueron incapaces de imponer su voluntad en países muy pequeños.

En el fondo estaban manifestándose fuerzas que modificaban el sistema internacional. Por la globalización de la actividad económica y política, penetraron nuevos actores que rompieron con el monopolio que detentaban los gobiernos. Así, las grandes empresas privadas crearon redes económicas relativamente autónomas de los Estados-nación. Y al interior de muchos países proliferaron las organizaciones independientes que establecieron redes con sus contrapartes de otras naciones. En la defensa del medio ambiente y los derechos humanos, por ejemplo, la acción combinada de estos grupos ha podido imponer obstáculos a las políticas de los gobiernos y se han ido convirtiendo en un nuevo sujeto histórico hasta hoy insuficientemente estudiado o comprendido.

En los años ochenta hubo una modificación en la forma en que se ejercían las relaciones de dominación. Mientras en América Central se daba una intervención de corte tradicional que enfrentaba obstáculos inéditos, en la política económica se reorientaba la estrategia y cambiaba la forma de imponerla. Una historia individual que captura estas etapas es la de Robert McNamara, quien de agresivo secretario de Defensa con Kennedy y Johnson pasó a ser un liberal convencido, y como director del Banco Mundial (1968-1981) reorientó las políticas de crecimiento para que sirvieran a las necesidades humanas básicas de los más pobres.⁵ Resultaba significativo que esta conversión individual fuera socialmente aceptable, lo cual era consecuencia de las modificaciones en la visión del mundo.

Eso cambió, y en 1981 el Banco Mundial publicó el documento "Accelerated Economic Development: An Agenda for Action" (Informe Berg) que significó el final del periodo de McNamara marcado por el "crecimiento con equidad". Del norte llegaba al sur la imposición de programas de ajuste para obligarlo a "liberalizar sus regímenes comerciales, privatizar empresas estatales, reducir el gasto gubernamental, aumentar los intereses y, en general, impulsar políticas amistosas a las fuerzas del mercado".⁶ Fue éste el inicio de la revolución neoliberal que transformaría los parámetros con que se definía e impulsaba el desarrollo y que se impondría por medio de los organismos financieros internacionales.

La revolución neoliberal llegó a México por la combinación del agotamiento del modelo creado por la Revolución mexicana, la ineficacia de los grupos gobernantes, y la aparición de los "tecnócratas" encabezados

por Carlos Salinas de Gortari y José Córdoba Montoya, quienes empezaron a ocupar puestos cada vez más importantes en el gobierno de Miguel de la Madrid. La devaluación de 1982 los fortaleció enormemente porque ellos sí contaban con un proyecto de país, y con la confianza de los organismos financieros internacionales y del gobierno de Estados Unidos.

Estas grandes transformaciones redefinieron conceptos considerados inamovibles: frontera, soberanía e intervención. Hasta podría decirse que de manera casi imperceptible se fueron sentando las bases de una nueva cultura universal en extremo complicada, porque combina ideas y propuestas hasta hace poco antagónicas. Como se explicará en lo que resta del libro, estas modificaciones han ido afectando, aunque de manera desigual, a Estados Unidos, a México, a la relación bilateral y al sistema político mexicano.

El rito devaluatorio

La élite estadounidense estuvo bien informada sobre el deterioro de la economía mexicana. En 1981 empezaron a aparecer en el *NYT* las referencias negativas a la situación económica y financiera, a la inflación, el desempleo y el deterioro de vida de la población. Todo ello fue acompañado por las insistentes menciones de que el peso estaba sobrevaluado en relación con el dólar (véanse las gráficas 69 y 70).⁷

Al igual que en 1976, la devaluación del peso fue anunciada una y otra vez en el *NYT*. En enero de 1981 apareció la primera referencia en este diario a "la posibilidad de una devaluación en el futuro".⁸ El corresponsal informaba que los "grandes empresarios y funcionarios gubernamentales, todavía embriagados con los frutos de ganancias récord, salarios exorbitantes y corrupción endémica" empezaban a ponerse nerviosos.⁹ En el diario también se decía que "más del doble del dinero que entra como nueva inversión extranjera sale del país como ganancia o regalía".¹⁰

Entre tanto, en Los Pinos se vivía el ambiente cortesano que alimentaba las fantasías de un presidente que había perdido la noción de la realidad y en el que las voces de alarma se interpretaban como los augurios pesimistas de los envidiosos, de los traidores o de los "enemigos del presidente". El mundo irreal en que vivía López Portillo —resultado de la falta de controles sobre los presidentes mexicanos— puede apreciarse en un incidente que recibió amplia cobertura en Estados Unidos.

A mediados de 1981 el director de Pemex, Jorge Díaz Serrano, redujo los precios del crudo para responder a una saturación del mercado in-

ternacional. La respuesta de López Portillo fue despedirlo y, en junio de 1981, rebelarse contra el mercado internacional: giró instrucciones de que se elevara el "precio del petróleo" y se advirtiera a los clientes que en caso de no aceptar debían olvidarse de México como fuente de energía.¹¹ Los franceses se negaron a pagar y el gobierno de México les canceló varios contratos. El enfrentamiento de López Portillo con el mundo duró poco. Dos meses después, Pemex redujo los precios de su crudo tal y como lo "había propuesto Díaz Serrano".¹²

Entre tanto seguían apareciendo las referencias a una posible devaluación del peso, cuya paridad dependía de los ingresos petroleros. López Portillo respondió con fanfarronerías, como aquella famosa de que defendería el peso "como un perro".¹³ Mientras el presidente estrenaba frases lapidarias, el *NYT* seguía publicando cifras sobre el déficit mexicano en cuenta corriente, que ese año llegaría a 10 mil millones de dólares y la banca internacional seguía prestándole a México, lo que agravaba aún más el problema.¹⁴

Pese al deterioro de la situación económica, Washington seguía apoyando al gobierno de López Portillo. En agosto de 1981 firmaron un contrato de cinco años por el cual México vendería petróleo a la reserva estratégica estadounidense a un precio ligeramente superior al prometido.¹⁵ De ese trato vale la pena destacar la forma en la que el gobierno mexicano manipulaba la información entregada al público. Resulta que el gobierno mexicano mañosamente cambió la "mezcla de su crudo exportable para dar la impresión de que había obtenido un pequeño aumento en los precios".¹⁶ En el boletín oficial entregado a la prensa mexicana se ignoró este matiz, resaltándose que las ventas se harían "a los precios oficiales vigentes".¹⁷

Desde que empezó el fatídico 1982, el *NYT* informó sobre una gigantesca fuga de capitales, e insistió en que se venía "una repetición de la gran devaluación de agosto de 1976".¹⁸ El 19 de febrero ocurrió la primera devaluación de 1982, y de ahí salió aquella imagen de López Portillo como un "presidente devaluado".¹⁹ En mayo de 1982, Jesús Silva Herzog fue nombrado secretario de Hacienda y por un momento pareció que la situación económica del país podría mejorar. Hasta cierto punto así fue, porque Silva Herzog era muy respetado en Estados Unidos. Se decía que el nuevo secretario mostraba "una franqueza rara entre los responsables de la economía mexicana", y en un año en que las referencias a la corrupción llegaron a niveles nunca antes vistos, le hicieron un elogio poco común al describirlo como funcionario "escrupulosamente honesto".²⁰

Las alabanzas no evitaron que poco después, en agosto de 1982, vi-

nieran otra devaluación y otro rescate estadounidense. Aun cuando carezco de los documentos sobre las discusiones en el interior de los centros decisorios, el guión fue bastante parecido al de 1976 aunque México recibió presiones más fuertes para que hiciera concesiones. Ese mismo mes, el *NYT* citó un memorándum confidencial del Departamento de Estado dando por hecho que, por la crisis, México les vendería "más petróleo y más gas, a precios mejores", y que posiblemente reduciría las restricciones a la inversión extranjera, cooperaría en el control de la migración ilegal y negociaría un acuerdo comercial con Estados Unidos.²¹

El gobierno mexicano se enfureció con la filtración de ese documento y negó que haría alguna concesión. Al mismo tiempo que se hacían las declaraciones para salvaguardar la honra, López Portillo invitaba a un grupo de especialistas del Fondo Monetario Internacional a discutir las condiciones para otro préstamo.²² No se llegó a ningún acuerdo, y a medida que avanzaba el verano el gobierno mexicano se quedaba sin dinero; fue entonces cuando Silva Herzog viajó a Washington durante aquel famoso fin de semana a negociar un préstamo multimillonario. Con el tiempo se supo que, para obtenerlo, México hizo algunas de las concesiones anticipadas en el memorándum del Departamento de Estado.²³ Volvió a confirmarse que a los funcionarios mexicanos les sale la indignación y el fervor nacionalista cuando se publican sus arreglos con Estados Unidos, y que la soberanía y la independencia pueden violarse siempre y cuando el violador sea cuidadoso y discreto.

Las concesiones no fueron menores. Una de ellas permitió que México incrementara todavía más sus exportaciones de petróleo y gas a Estados Unidos. La transacción incluía una cláusula que le impedía aumentar el precio por arriba de 35 dólares el barril, aun cuando el petróleo rebasara esa cantidad en el mercado. "Hasta donde se sabe —escribió un especialista en energía del *NYT*— nunca antes había podido Estados Unidos obtener una protección contra el aumento en los precios". Por si eso no bastara, México se comprometió a enviar un crudo de mejor calidad. Es revelador de la visión de la élite estadounidense la naturalidad con que veía tantas deferencias; en la opinión del *NYT*, con esas concesiones México demostraba ser un buen amigo, y un "aliado" de Estados Unidos.²⁴

La historia siguió complicándose, porque una condición del préstamo "jumbo" que obtuvo Silva Herzog en Washington era la obligación del gobierno mexicano de establecer un "programa económico aceptable para el Fondo Monetario Internacional". Para lograrlo, el Banco Mundial y la Reserva Federal de Estados Unidos establecieron un comité que ayudaría a México

a "analizar el panorama total de la deuda y establecer un programa monetario y fiscal realista".²⁵ El entonces embajador en Washington, Bernardo Sepúlveda, percibió con toda claridad que los acuerdos eran "la amarga medicina que México tenía que tomar".²⁶

Lo que empezaba a negociarse en Washington era, ni más ni menos, el modelo económico creado por la Revolución mexicana. A diferencia de 1976, en 1982 se encontraba un gobierno conservador en la Casa Blanca y había cambiado profundamente el pensamiento en los organismos financieros internacionales. Es decir, la coerción ya no venía de una dependencia gubernamental, sino de un impersonal organismo financiero multilateral.

La nacionalización de la banca y el acuerdo con el FMI

Mientras todo esto sucedía, López Portillo seguía atrincherado en Los Pinos, desde donde se rehusaba a aceptar las condiciones impuestas por el FMI. Preparaba aquel informe de 1982 con el que sorprendió a todo el mundo al anunciar la nacionalización de la banca. Hay que recuperar como anécdota que la primera reacción de los bancos estadounidenses fue de beneplácito, porque la nacionalización era una forma de "salvar [a la banca privada] de la insolvencia". Una semana antes de la nacionalización, la banca internacional le había informado al gobierno mexicano que debía "reafirmar su apoyo a la banca privada o se le cortaría a éstos todo el crédito".²⁷

Después de esa reacción inicial, la élite estadounidense se unió en un gigantesco coro de condenas. La interpretaron como un golpe a la empresa privada, asestado por López Portillo "para quitarse algo de la culpa que tenía su gobierno" por la crisis económica.²⁸ Los políticos mexicanos, por su parte, aplaudieron la decisión del presidente. Riding entrevistó a un anónimo pero "influyente político gubernamental", quien le aseguró que la nacionalización se convertiría en "un símbolo político que ningún presidente futuro se atreverá a tocar".²⁹ Es incluso posible que ese mismo político hubiera estado entre los diputados que desnacionalizaron la banca cuando así lo ordenó Carlos Salinas de Gortari.

La espectacularidad de la medida no interrumpió las negociaciones entre México y el Fondo Monetario Internacional, que seguían atrapadas. López Portillo se negaba a aceptar las condiciones, como si esperara un milagro. Éste nunca llegó, y en noviembre de 1982, días antes de la toma de posesión de Miguel de la Madrid, México firmó un "programa de austeridad" con el FMI. Es muy interesante que las crónicas publica-

das en esos días por el cotidiano neoyorquino dijeran que López Portillo no quería dar la "impresión de que había aceptado que el FMI dictara las políticas económicas de México". Como Washington seguía interesado en mantener el orden establecido en México —lo que implicaba ayudar a funcionarios mexicanos a conservar intacta su imagen nacionalista—, se firmó un memorándum de entendimiento confidencial, que incluía los "detalles de las políticas de austeridad que debía aplicar De la Madrid. Entre éstas, reducir el déficit del sector público, duplicar el precio de la gasolina, aumentar los impuestos, reducir los subsidios a la comida y congelar las contrataciones gubernamentales".³⁰

La trascendencia de ese acuerdo no fue evidente en un primer momento. Estaba en juego el modelo económico de la Revolución mexicana que seguía hundiéndose, en parte por errores del mismo gobierno, que no quiso o no pudo hacer los ajustes necesarios. Lenta y discretamente empezó a abandonarse el mito, el "sueño colectivo" de la justicia social y el desarrollo independiente de Estados Unidos. No olvidemos que hasta ese momento la democracia se había sacrificado por esos dos objetivos.

El quebranto económico afectó a la política exterior. Según los estadounidenses, el activismo del presidente mexicano en América Central empezó a declinar a medida que avanzaba la crisis. Para septiembre de 1981, el *NYT* consideraba que la "confianza que México se tenía estaba sacudida por la caída de los precios del petróleo y la fuerte crítica [de otros países de la región] a su política en El Salvador".³¹ La llegada de decenas de miles de refugiados guatemaltecos a Chiapas, en los primeros años de la década de los ochenta, llevó a México a experimentar directamente algunos efectos del conflicto centroamericano y evidenció lo endeble de sus convicciones. Invocando la seguridad nacional, y pese a la tradición de asilo, el gobierno se mostró muy reacio a conceder refugio a los centenares de miles de centroamericanos que llegaron al Sureste.³² Terminó dándoles refugio obligado por la presión combinada de grupos independientes y de sectores de la comunidad internacional.

Visto desde la perspectiva de un respaldo activo a las fuerzas del cambio en Centroamérica, México empezó a transitar hacia el papel relativamente más cómodo de mediador. Desde noviembre de 1981, el *NYT* ya había informado que México ofrecía actuar como "intermediario" entre Nicaragua y Estados Unidos.³³ Para los observadores estadounidenses, el viraje significaba un regreso a la tradición diplomática mexicana, que les resultaba más conocida y cómoda y menos irritante. Era la única alternativa

posible después de que desaparecieron los sueños de abundancia petrolera y se desencadenó la pesadilla de crisis, deuda y devaluaciones.

En 1982 terminó la única etapa en nuestra historia reciente durante la cual la política exterior se movió de manera independiente y enfrentó al ejecutivo de Estados Unidos en temas de su interés. El nuevo presidente, Miguel de la Madrid Hurtado, llevó a la diplomacia mexicana por el camino de la moderación pragmática, siempre teniendo en mente la defensa de los intereses del gobierno mexicano. Lo hizo, eso sí, repitiendo una y otra vez el mito de que la política exterior mexicana es de principios, no de intereses.

La búsqueda de responsables

La élite estadounidense se quedó convencida de haber salvado a México de la bancarrota y haber logrado que siguiera el PRI en el poder. Habitados sus miembros a guardar la forma, la mayoría de ellos se reservó sus comentarios pero unos cuantos, como el columnista conservador William Safire, expresaron lo que muchos pensaban. Safire escribió que hasta hacía muy poco los "políticos mexicanos se deleitaban denunciando a Estados Unidos", y que "durante el peor momento de la escasez petrolera [esos políticos] rechazaron nuestras peticiones de petróleo y gas [...] [y se] burlaron de las necesidades del 'coloso del norte'". Pero ahora que México está en quiebra, agregó, esos "oligarcas buscan la ayuda del aliado de última instancia" (Estados Unidos).³⁴ Lo único que le faltó decir a Safire en su claridoso comentario, fue que ese "aliado de última instancia", Estados Unidos, apoyaba voluntariamente a la oligarquía mexicana porque se beneficiaba de ello.

Otro aspecto de la discusión estadounidense fue buscar al responsable de la devaluación. El consenso mayoritario culpó del desastre a las autoridades mexicanas. Sin embargo, algunos de los que conocían mejor a México, académicos o corresponsales, hicieron un balance más equitativo. Para Susan Kaufman Purcell, la devaluación era el "resultado de una conducta económica gubernamental imprudente y equivocada", pero también de la "disposición de los bancos extranjeros a seguir prestándole dinero al país".³⁵ Otros autores culparon a compañías norteamericanas que habían sido cómplices de la corrupción pagando millones de dólares a funcionarios de Pemex.³⁶ En otras palabras, hubo estadounidenses que estuvieron dispuestos a aceptar que algunos de sus conciudadanos habían contribuido parcialmente a la debacle mexicana.

Alan Riding incursionó en una vertiente interesante al incluir a "prósperos empresarios" mexicanos entre los responsables de la crisis. En 1982, és-

tos recibieron más críticas que en ningún otro año desde 1946 (gráfica 76). Según las estimaciones de Riding, la iniciativa privada y los políticos habían sacado unos 14 mil millones de dólares del país y tenían cerca de 30 mil millones de dólares en propiedades en Estados Unidos. Dijo que "incluso miembros muy cercanos de la familia presidencial [...] [habían adquirido] casas en Miami y Sevilla".³⁷ Al criticar al empresariado, Riding fue mucho más lejos que la mayoría de los analistas extranjeros. Publicó las declaraciones de un funcionario anónimo, según el cual el empresariado estaba "echado a perder. Se le dieron subsidios generosos e incentivos fiscales. Tuvo ganancias increíbles y ahora no quiere aceptar ningún sacrificio".³⁸

En un artículo publicado en ese año, el *NYT* decía que "el frenesí consumista de los ricos parece casi irreal".³⁹ Entre los ejemplos que dieron estuvo el de aquel mexicano que se había ido a Houston a "comprar sábanas de seda de 1 400 dólares para su hija de nueve años".⁴⁰ Por ese camino llegaron, en algunas ocasiones, a mencionar el costo que pagó la sociedad mexicana por los derroches, abusos e ineficiencias de sus políticos y empresarios. También mencionaron, aunque sin profundizar demasiado, que "un resultado del boom fue una concentración del ingreso todavía mayor en un país donde 10% de la población controla 50% de la riqueza".⁴¹

Los avatares de la conciencia

En el sexenio de López Portillo hubo dos tendencias: la tradicional y más fuerte que siguió viendo con el prisma color de rosa de sus intereses y que acentuó todo lo positivo ignorando los defectos, y la que presentaba una visión más crítica. En ambas es evidente el mejor entendimiento del país aunque con huecos notables.

El optimismo generalizado de un sector se apreciaba mejor si se observa lo que no decían como parte de un cálculo deliberado. El gobierno de Estados Unidos, por ejemplo, era consciente de los excesos cometidos por los cuerpos policíacos y los aparatos de seguridad, pero decidió guardar silencio. Uno de los documentos más reveladores es la sección dedicada a los derechos humanos en el "Presidential Review Memorandum-41" (PRM-41) de 1978. En ese documento se acepta que "el récord doméstico de los derechos humanos en México deja espacio para mucha mejoría". Sin embargo, concluía que "sería poco recomendable y contraproducente para nosotros el reprochar públicamente a México sus violaciones a los derechos humanos". La recomendación era "continuar nuestra cooperación

multilateral, manejar un diálogo razonable y discreto, y alentar una mejora de los derechos humanos en ambos países sin que esto tenga un costo indebido en nuestros otros intereses".⁴²

Esta indiferencia deliberada ante los abusos en los derechos humanos cometidos por el régimen autoritario mexicano se confirma con los informes que el Departamento de Estado ha elaborado anualmente, a partir de 1976, sobre la situación de los derechos humanos en el mundo. En estos documentos se manifiesta como patrón el reducir la gravedad de los problemas y el evitar una crítica al gobierno de México. Se trata de una política de Estado que trasciende a liberales y conservadores porque se ha sostenido con cuatro presidentes: Carter, Reagan, Bush y Clinton.

Esta actividad se expresa en otras formas. Por ejemplo, entendían la naturaleza del PRI, pero lo necesitaban porque era la mejor garantía para defender sus intereses. Por un lado se publicaba que el gobierno mexicano hacía concesiones para mantener "una imagen democrática", pero que esas concesiones no se extendían a "indios y campesinos y trabajadores huelguistas y organizadores de paracaidistas (invasores de tierras)", y que "los herederos de los zapatistas seguían pobres, muchos de ellos sin tierra o sustento adecuados". También se abandonó casi totalmente la costumbre de clasificar al sistema político mexicano como democrático, y se generalizó el término de autoritario para describirlo (o una mezcla de "autoritarismo y democracia").⁴³ Pero por otro, el partido oficial mantenía la estabilidad, aunque ésta fuera el "resultado de una compleja red de lealtades, favores e influencias".

Alan Riding criticaba la corrupción en unas notas y en otras soltaba halagos al PRI por considerarlo una de "las maquinarias políticas más eficientes del mundo", admirada por "muchos gobiernos que quisieran perpetuarse en el poder".⁴⁴ Peter Smith también expresaba su entusiasmo por la capacidad que tenía el sistema para superar las crisis. En suma, hacia el autoritarismo mexicano, la élite estadounidense desarrolló una actitud ambivalente que persiste hasta los años noventa. No lo respetan, pero como lo necesitan lo apoyan, y esto repercute en el fortalecimiento del régimen.

Pese a esta contradicción fundamental, es indudable la ampliación de la conciencia potencial de la élite estadounidense que abandonaba viejos prejuicios. En los años ochenta el Partido Comunista Mexicano no obtuvo ninguna mención positiva; sólo tuvo seis negativas y 42 informativas (véase la gráfica 33). La visión era más exacta porque la oposición de izquierda no recibía —como había sido el caso durante la guerra fría— más atención que el PRI. Pese a ello, la inquietud que les provocaba esta corriente ideológica no desa-

pareció totalmente, porque el Partido Comunista Mexicano recibió dos veces más menciones que el Partido Acción Nacional (véanse las gráficas 31 a 33).

Por primera vez desde 1946, el corresponsal del *NYT*, Alan Riding, entrevistó en 1977 al líder del Partido Comunista Mexicano Arnoldo Martínez Verdugo y habló de las transformaciones que vivía esa organización.⁴⁵ En otra ocasión dedicó todo un artículo a Heberto Castillo y al Partido Mexicano de los Trabajadores.⁴⁶ Seguían negando su simpatía a la izquierda, pero poseían una apreciación más realista de sus fortalezas y debilidades. Algunos comentarios de Riding retratan bien a esa agrupación. En uno aseguraba que la izquierda estaba "domesticada y era incapaz de aprovecharse de la peor crisis económica en cuarenta años".⁴⁷ En otro agregaba que persistía "el problema que por mucho tiempo había aquejado a la izquierda mexicana: la preferencia de sus líderes de controlar fracciones pequeñas en lugar de aceptar [una posición de] menos autoridad en organizaciones más grandes".⁴⁸ Qué lejos estaba 1944, cuando el embajador George Messersmith acusó ante los editores del *NYT* al entonces corresponsal Camille Cianfarra, por hablar con "más y más gente de la extrema izquierda mexicana".⁴⁹

Otro indicador de su disposición de entender a México se muestra en su interés por temas y actores hasta entonces minimizados o ignorados. Fue clarísimo el aumento en el *NYT* de las referencias a las clases medias, los intelectuales, los estudiantes, la Iglesia, etcétera (para cifras agregadas véase la gráfica 39). Por las páginas del *Times* empezaron a desfilar algunos actores hasta entonces ignorados en Estados Unidos: los artistas del grupo de teatro independiente Cleta; una "comuna maoísta" de Monterrey; los marginados de la ciudad de México, cuyo movimiento era prueba de la existencia de "un vasto pero todavía silencioso proletariado urbano"; las feministas y los intelectuales disidentes; los desaparecidos políticos; los pepenadores de basura y el control que ejercía el sistema sobre ellos.⁵⁰ Con esta base informativa, Riding escribiría su exitoso libro *Vecinos distantes*.

La actitud más abierta y crítica estaba bastante generalizada. Por ejemplo, en la sección de viajes del *NYT* —cuya característica más notable es la frivolidad— se publicó una emotiva reflexión sobre el movimiento estudiantil de 1968. El cronista habló de "golpizas en la noche; de pelotones de fusilamiento y de tanques; de los derechos de la gente; de la unión entre estudiantes, trabajadores y campesinos; de tierra y pan".⁵¹ En las páginas de opinión, el periódico también escribió sobre un mexicano exiliado en Estados Unidos,⁵² y publicó una reseña sobre una novela de Carlos Fuentes que hablaba de "un grupo de señores enriquecidos

con la corrupción" que había traicionado a la Revolución mexicana.⁵³

Simultáneamente, entre los mexicanólogos se consolidó una escuela interpretativa que contradecía el optimismo. Justo a la mitad del sexenio de José López Portillo aparecieron dos libros que muestran claramente esta evolución. En 1979, Peter Smith publicó su *Labyrinths of Power: Political Recruitment in Twentieth Century Mexico*, donde presenta los resultados de su estudio de seis mil biografías políticas mexicanas. Es un trabajo riguroso y serio en el que hace una disección de la clase política mexicana. Una de las partes más logradas es la descripción de las 22 reglas que debía seguir un político mexicano para tener éxito. La falta de principios y el oportunismo que aparecen en esas páginas, son de un realismo deprimente. Si así percibe a los gobernantes mexicanos, se entiende que la élite estadounidense jamás considerara la posibilidad de que nuestros políticos actuaran por principios.

Un trabajo mejor logrado es el libro de Judith Hellman, *Mexico in Crisis*, publicado en 1978, y que de acuerdo con el *Social Sciences Citation Index* es uno de los análisis del sistema político mexicano más citados por otros académicos.⁵⁴ Este trabajo incluye una excelente descripción de los mecanismos de cooptación, oposición y represión utilizados en México y que tienen una similitud esencial con el manejo hecho en este libro de los conceptos de hegemonía y coerción. Hay una precisión en el prefacio que ubica muy bien a Hellman en la bibliografía sobre México producida en Estados Unidos. Hellman dice que "mucho de lo que han escrito los norteamericanos sobre el México contemporáneo han sido alabanzas centradas en la estabilidad política y en el crecimiento económico creado por un sistema de partido único".⁵⁵ Su objetivo, muy bien logrado, fue presentar una visión crítica pero muy compleja.

Independientemente de la orientación de los mexicanólogos, ninguno de ellos incorporó en sus consideraciones el impacto de Estados Unidos. En la devaluación de 1982 Washington actuó para defender sus intereses, pero es inevitable preguntarse lo que hubiera pasado sin el rescate financiero de México. Aunque no hay respuestas fáciles, es posible que la crisis política se hubiera profundizado, porque, como demostraría el Partido Acción Nacional en 1983, el descontento existía para darle victorias muy importantes a los partidos opositores. Los recursos de Estados Unidos se convirtieron en un poderoso reconstituyente que permitió al autoritarismo mexicano recuperar el control. Al mismo tiempo, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial incluyeron en su financiamiento condiciones muy duras para la política económica de Miguel de la Madrid. Llegaba la era de los ajustes económicos que hicieron posible el relevo de la clase gobernante.

LA LLEGADA DE LOS TECNÓCRATAS



Entre 1982 y 1986 México vivió años trascendentales. Continuó deteriorándose la capacidad de la clase política gobernante para controlar a la población y se incrementó tanto la influencia del factor externo sobre los acontecimientos mexicanos, que en 1986 Washington impuso cambios fundamentales al modelo económico, aunque siguió teniendo mucho cuidado en guardar las formas y dejar que los gobernantes mexicanos mantuvieran la retórica nacionalista. Era un balance delicado hecho posible por el entendimiento entre los dos países.

Al mismo tiempo, aparecieron o se fortalecieron fuerzas sociales y actores políticos independientes del régimen que fueron incapaces de influir en la política económica o liberalizar el sistema político.

En los inicios del sexenio

Uno de los cambios que trajo la presidencia de Miguel de la Madrid fue la llegada de los tecnócratas a posiciones de primera jerarquía. De los integrantes de su gabinete 63% había estudiado en el exterior, lo cual constituye, precisamente, una de sus características.¹

Uno de los primeros estadounidenses que entendieron la trascendencia de ese relevo en la clase política fue el para entonces experimentado Riding. En 1981, cuando De la Madrid estaba en campaña, Riding reportó que "En los últimos cuatro años los políticos han perdido terreno frente a los tecnócratas que ahora dominan la administración pública".² El proceso, consideraba Riding, había pasado inadvertido para la élite gobernante: "por mucho tiempo acostumbrados a saborear el pasado, improvisar el presente e ignorar el futuro, los mexicanos se despertaron un día y se dieron cuenta de que eran gobernados por planificadores económicos".³

Otro aspecto propio del sexenio de Miguel de la Madrid fue la cautela de sus opiniones. Después de los traspiés que había sufrido con sus exageradas alabanzas a Echeverría y López Portillo, Riding el optimista, que siempre se las arreglaba para encontrar cosas buenas a los presidentes mexicanos, fue más bien parco en la presentación de De la Madrid, a quien calificó de "moderado", con maestría en Harvard, "popular entre el sector privado y [...] [defensor de las] buenas relaciones con Estados Unidos".⁴ En otro envío advertía a sus lectores que "el único aspecto no probado de la personalidad [del nuevo presidente] es la forma en que responderá al extraordinario poder que empieza a tener". Experimentado en los usos y costumbres de los mexicanos, recordó que los "presidentes mexicanos invariablemente se rodean de funcionarios serviles y en un momento dado pierden contacto con el país".⁵

Fuera de esa cautela la concepción que hicieron del sistema político fue bastante predecible. Como venía haciéndolo desde 1946, el *NYT* insistió en que México transitaba hacia la democracia. Las elecciones de 1982 fueron descritas, en varias ocasiones, como "un paso importante en la cautelosa marcha mexicana de un Estado de partido único hacia una sociedad más democrática".⁶ Sintomático de ese optimismo es que de las doce menciones que aparecieron sobre la democratización en 1982, ocho fueran informativas, cuatro positivas y ninguna negativa (véanse las gráficas 35 a 38).

Lo nuevo estaba en un realismo mayor, lo que "mexicanizó" la cobertura del *NYT* que se hizo surrealista. Es decir, al mismo tiempo que alababa los avances democráticos, Riding describía el "enorme aparato propagandístico puesto en movimiento" por la campaña presidencial, el alto costo —que "algunos observadores" estimaron en cerca de "300 millones de dólares"— y la canalización de recursos gubernamentales al Partido Revolucionario Institucional. Aseguró que para su campaña, De la Madrid utilizó "aviones del Banco de México, la Comisión Federal de Electricidad y Petróleos Mexicanos".⁷

En todo caso, con el sexenio de De la Madrid se modifican los patrones del tratamiento a los presidentes. Con Echeverría y López Portillo habían seguido un ciclo claramente diferenciado: al principio del sexenio había halagos, al final críticas. Con De la Madrid las menciones positivas y negativas fueron apareciendo al mismo tiempo, porque elogiaban algunas de sus políticas y censuraban otras (véanse las gráficas 22 a 27).

1983-1984: años de respiro y de costo social

Cuando Miguel de la Madrid asumió la presidencia el primero de diciembre de 1982, la economía mexicana estaba en crisis y el régimen tenía poco espacio de maniobra. No es de sorprender, por tanto, que el primer mandatario de México dedicara buena parte de su discurso de toma de posesión a anunciar un programa de austeridad inspirado en la propuesta neoliberal y en los compromisos adquiridos por López Portillo con el Fondo Monetario Internacional.⁸ Por el *NYT* sabemos que el acuerdo con el FMI "obligaba al país a hacer informes más completos sobre el progreso de la economía".⁹

La recompensa vino el 23 de diciembre, cuando el FMI dio la "aprobación final" a un préstamo de 3 mil 900 millones de dólares y aseguró que 2 mil millones más serían proporcionados por otros diez países industrializados.¹⁰ Aunque todavía no sabemos el detalle de los compromisos que México adquirió, es altamente probable que en ese acto se amarrara la decisión gubernamental (anunciada una semana después) de vender 34% de las acciones de los bancos nacionalizados.

El desmantelamiento del viejo modelo económico siguió adelante, y en mayo de 1983, el vicepresidente del Citibank, William Rhodes, informó que el comportamiento económico de México durante el primer trimestre de ese año se "apegaba a las metas fijadas en el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional".¹¹ Esto significaba que se hacía una devaluación "realista" del peso, se reducía el déficit presupuestario y se había iniciado la venta de compañías estatales "no esenciales".

Como parte del mismo proceso se ampliaron las facilidades a la inversión extranjera. Por ejemplo, el gobierno se comprometió a pagar el costo total (23 millones de dólares) de un gasoducto para una nueva planta de la Ford en Hermosillo, lo que provocó declaraciones contradictorias entre funcionarios mexicanos. Mientras el secretario de Comercio, Héctor Hernández, se esforzaba por explicar que "el gobierno no estaba relajando sus regulaciones sobre inversión extranjera", colegas suyos declaraban que el gobierno "permitiría que ciertas compañías extranjeras tuvieran propiedad mayoritaria". El momento históricamente simbólico vino cuando, después de muchas discusiones, el gobierno decidió concederle a IBM la propiedad total de una nueva planta, en un sector reservado legalmente a mexicanos.¹²

Las autoridades mexicanas mantuvieron la determinación de pagar la deuda externa cuando algunos países latinoamericanos exploraban

formas de enfrentar colectivamente los problemas creados por ésta. En la lógica estadounidense, De la Madrid actuaba correctamente al negarse a una alianza con las naciones latinoamericanas que intentaban hacer un frente común de deudores, y al rechazar una moratoria que —fieles al viejo estilo de dominación hegemónica— haría un “grave daño” a México.¹³ Cuando el país llegó a un acuerdo con la banca internacional en agosto de 1984, aumentaron los aplausos al régimen.

Lógicamente, durante esos dos años el presidente mexicano obtuvo “altas calificaciones de los banqueros” y de los organismos financieros internacionales.¹⁴ El vicepresidente del Banco Mundial, Ernest Stern, declaró que “es justo decir que la forma en que el pueblo y el gobierno de México han manejado su crisis ha llenado a todo el mundo de admiración”.¹⁵ En “reconocimiento a los avances logrados al aceptar y apegarse a un rígido programa de austeridad”, la banca internacional concedió nuevos préstamos a finales de 1983.¹⁶ Decisiones de este tipo, aunadas a una leve mejoría económica, explican las menciones positivas que aparecieron entre 1982 y 1984 en la variable que medía la situación general de la economía y las finanzas (véanse gráficas 67 a 70). En las gráficas 77 y 78 podemos observar que algo similar ocurrió con su evaluación de la política mexicana hacia la inversión extranjera.

Pese a los elogios, aumentaron las menciones al alto costo social. En esos dos años crecieron las referencias a la mala distribución del ingreso, al desempleo, a los bajos salarios, a los precios, a la inflación, a los niveles de vida en el campo y la ciudad, y a la pobreza (véanse las gráficas 82 a 90). Barbara Crossette escribió que las reducciones presupuestales estaban “haciendo más precario que nunca el cuidado de la salud en México”,¹⁷ y Richard Meislin hablaba sobre “la dramática caída en los niveles de vida de los trabajadores”.¹⁸ Estos comentarios salían a la luz a pesar de los esfuerzos que hacían funcionarios mexicanos por minimizar los daños causados por el nuevo modelo económico. Algunos de ellos intentaban convencer al corresponsal del *NYT* de que “no había [aumentado el número de] vendedores ambulantes pese al agudo deterioro económico”.¹⁹

Existía mayor interés por el costo social, pero éste no era parte de las prioridades. Por ejemplo, una variable fundamental, la “distribución del ingreso”, entre 1946 y 1986 tuvo sólo 100 menciones (79 de ellas negativas); variables muchísimo menos importantes como “vivienda” recibieron 50% más. Otra comparación reveladora es que en estos cuarenta y un años, la pobreza fue mencionada 211 veces, pero el turismo 596 y el transporte 649.

En las veredas de la renovación moral

El dispendio y la corrupción del sexenio lopezportillista fueron tan ofensivos que De la Madrid fijó como una de sus prioridades la "renovación moral". Fue en esos años cuando la corrupción mexicana entró definitivamente en la conciencia estadounidense y tomó fuerza la idea de que ésta era una parte integral de la vida mexicana. En sólo cuatro años (de 1982 a 1986) se concentran 183 referencias a la corrupción (de un total de 451 en los cuarenta y un años del análisis de contenido) (véanse las gráficas 91 y 93).

Cuando Miguel de la Madrid enarboló la bandera de la "renovación moral" se desgarraron las alabanzas. La detención del exdirector de Petróleos Mexicanos, Jorge Díaz Serrano, fue vista como un paso hacia la renovación moral; esperaban otras acciones parecidas, ya que fueron "muchos [los] políticos importantes [que] se enriquecieron ilícitamente" durante el sexenio lopezportillista. Sin embargo, la moralidad tiene un límite, y en ese mismo artículo el *NYT* aclaraba que "al más alto nivel se había tomado la decisión" de no acusar a López Portillo de corrupción, no obstante la "creencia muy extendida entre los mexicanos de que se benefició enormemente" durante su gestión.²⁰

También fue bien recibido el anuncio de que se corregiría la viciada relación del gobierno con la prensa, aunque poco tiempo después se informó que "algunas secretarías volvieron a empezar con el sistema de pagos a los periodistas".²¹ Lo mismo pasó con el sindicato petrolero, al que criticaban con frecuencia, y como no vieron acciones decididas del régimen, aceptaron con un cierto dejo de resignación, que en el caso de los petroleros "la campaña contra la corrupción ocupa un segundo lugar ante la necesidad de mantener el flujo del petróleo, y de los dólares que trae".²²

Esta falta de consistencia en la voluntad moralizadora del régimen llevó a que en 1983 apareciera en el *NYT* un comentario inédito y realista donde se reconocía que al inicio de cada sexenio había muchas buenas intenciones, pero éstas "luego se desvanecen [...] a medida que [los presidentes] se enfrentan al sistema".²³ Debe resaltarse que en esa frase se manifiesta la práctica estadounidense de disociar a los presidentes que están en el poder de los aspectos negativos de un sistema que los sostiene y del cual forman parte.

Aceptar la organicidad entre corrupción y sistema político creaba un problema adicional: ¿cómo justificar el apoyo dado a los gobernantes

mexicanos? La forma en que lo resolvieron aparece en un artículo de 1983: la corrupción es "esencial para el funcionamiento y supervivencia de la compleja y peculiar forma de gobierno [en México]. El sistema político nunca ha vivido sin ella, y probablemente se desintegre si lo intenta".²⁴ Es decir, la corrupción estaba orgánicamente unida a la esencia del régimen y era funcional para el mantenimiento de la estabilidad.

La disputa por América Central

Entre 1982 y 1984 el tema que provocó mayor tensión entre los dos países estuvo relacionado con América Central, en donde se dieron reajustes fundamentales a la política exterior de México.

Entre los conservadores estadounidenses había surgido la "esperanza" de que la crisis económica llevaría al gobierno de Miguel de la Madrid a retirar la presencia mexicana en Centroamérica. Estaban equivocados, y a principios de 1983 un memorándum del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos concluía que México "mantenía el apoyo público y encubierto a la extrema izquierda [centroamericana]" y que había cambiado "el tono, no la sustancia" de su política.²⁵ Si Washington criticaba al gobierno mexicano era por su obsesión anticomunista, ya que para Reagan "la meta de los movimientos guerrilleros [...] [era] tan simple como siniestra: desestabilizar a toda la región, desde el Canal de Panamá hasta México".²⁶ "Perder" a México era un riesgo enorme que no podía permitirse porque afectaría su postura en todo el mundo.²⁷

Para Washington el gobierno mexicano jugaba con fuego. Responsabilizó, una vez más a la Secretaría de Relaciones Exteriores, a la que calificaron de nido de nacionalistas e izquierdistas, de intransigentes y majaderos.²⁸ En ese ambiente surgió una corriente interpretativa, la cual intentaba demostrar que la frontera de México con Guatemala —con su pobreza y sus refugiados— era un débil eslabón por donde se podía infiltrar el virus revolucionario centroamericano y confirmar su teoría de que la región era un dominó.²⁹ Autores como Sol Sanders tomaban una perspectiva alarmista (el título de su libro lo dice todo: *Mexico: Chaos On Our Doorstep*), aunque incluía verdades como la de que Washington tenía un "interés creado en ver la situación mexicana con lentes color de rosa".³⁰

El gobierno de Miguel de la Madrid, por su parte, transformó el activismo lopezportillista en una política de mediación a través del Grupo Contadora. ¿Cómo pudo un gobierno conservador en lo económico, como

el de De la Madrid, disenter en el diagnóstico y oponerse a las políticas de Estados Unidos en América Central? Hay varias respuestas. La primera es que los intereses en México estaban en un acuerdo negociado y no en una prolongación del conflicto. México estaba recibiendo oleadas de centenares de miles de centroamericanos pobres, tenía diferencias muy serias con los militares guatemaltecos y existía la posibilidad de que la estabilidad del Sureste mexicano se viera influida por lo que pasaba en los países vecinos. Un aliciente adicional era mantener la imagen de independencia que durante décadas había servido para apaciguar a las izquierdas nacionales y cooptar a los sectores liberales o progresistas de otros países.

Ya se mencionó en el capítulo anterior otra razón: si México pudo disenter de una Casa Blanca tan agresiva fue porque la sociedad estadounidense estaba dividida en relación con la política a seguir en la región. En 1983 el Consejo de Seguridad Nacional aceptaba en un documento interno que la administración de Reagan tenía "graves dificultades con la opinión pública y el Congreso", y esto debilitaba la política norteamericana hacia América Central.³¹ En esa división, la política mexicana de mediación se apoyaba en y era utilizada por los estadounidenses que se oponían a la política conservadora de Reagan.

En junio de 1983 Bill Alexander, representante demócrata, pidió a otros congresistas que apoyaran al Grupo Contadora.³² Sol Linowitz dijo que Contadora era "la única avenida promisoría hacia la paz en la región".³³ Ante los ataques del senador republicano Robert W. Kasten, el representante demócrata por Wisconsin, Robert W. Kastenmeier, defendió la política mexicana.³⁴ En sus editoriales, *The Washington Post* se pronunció a favor del grupo como el mejor camino para "reducir la escalada de la guerra".³⁵ El *NYT* también respaldó al Grupo Contadora porque, como se afirmara en un editorial, era "la única alternativa creíble a una guerra brutal, ilegal e imposible de ganar".³⁶

Si la élite estaba dividida era por el recuerdo de Vietnam y por el trabajo de promoción de sus ideas que hicieron en Estados Unidos los revolucionarios centroamericanos (según fuentes bien informadas, en una etapa de los ochenta, las organizaciones centroamericanas que formaban el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional tenían a doscientos activistas de tiempo completo promoviendo la solidaridad con su movimiento). Esto era posible porque había una base social de respaldo formada, en buena medida, con las redes sociales de estadounidenses y latinoamericanos creadas durante los años sesenta.

Las críticas y presiones que México recibía de los conservadores, se transformaban en aplausos de los liberales. La política mexicana siempre fue vista como un ejercicio de pragmatismo; jamás como una expresión de principios. Era más frecuente leer que la independencia mexicana buscaba el prestigio del gobierno en el "frente interno; porque [declarar su] independencia de Estados Unidos es algo que le gusta a los mexicanos".³⁷ Desde esta óptica, entendían que De la Madrid hiciera lo posible por resaltar las diferencias con Washington, como de hecho ocurrió cuando se entrevistaron los dos presidentes en mayo de 1984 y De la Madrid públicamente planteó "su desacuerdo sobre América Central".³⁸

Es paradójico que entre las razones para el prestigio del gobierno mexicano figuraran su largo historial de relaciones cordiales con la izquierda latinoamericana y la capacidad que había tenido para controlar su propia izquierda. Es decir, la política exterior progresista de México era admirada por la élite estadounidense porque había probado sus méritos en el control de las izquierdas, no porque alentara la liberación de los pueblos. Se volvía así al juego de las simulaciones descrito en otras ocasiones: México fingía ser independiente y Estados Unidos fingía respetarlo, mientras que de manera más discreta y pragmática se negociaba y se resolvían las diferencias.

Redefiniendo la relación con Estados Unidos

Por esos mismos años, el gobierno mexicano hizo una modificación fundamental en su política hacia Estados Unidos: empezó a buscar formas de influir en las decisiones de ese país.

En un primer momento los esfuerzos fueron indirectos, y difícilmente podrían clasificarse como intervencionistas. En mayo de 1983, por ejemplo, el canciller Bernardo Sepúlveda se reunió en México con una delegación de demócratas estadounidenses opuestos a las políticas conservadoras de su país.³⁹ Otro factor que favoreció a dicha estrategia fueron los artículos de opinión críticos acerca de Reagan y elogiosos para De la Madrid publicados por diversos escritores en periódicos estadounidenses.⁴⁰

Desde que Plutarco Elías Calles publicó un artículo en octubre de 1926, fue hasta el otoño de 1984 que otro presidente mexicano escribió un ensayo para *Foreign Affairs*, la revista del establishment de política exterior estadounidense. En él, De la Madrid insistió en que ignorar "el conflicto centroamericano, significaría abandonar la responsabilidad histórica de México" y renunciar a la "defensa de nuestro propio interés nacional y se-

guridad".⁴¹ Aunque no se trataba de un cabildeo explícito, acciones de este tipo sentaron las bases para que poco a poco se aceptara en México que era legítimo promover activamente las ideas y los intereses mexicanos en Estados Unidos.

Es posible que esta gradual modificación en el entendimiento viniera como reacción a una disposición republicana de presionar más explícita y consistentemente a México, lo que hizo más costoso el disenso mexicano. En febrero de 1984 el jefe del Comando Sur estadounidense, Paul F. Gorman, declaró que en diez años México sería "el problema de seguridad número uno para Estados Unidos a menos que cambiara de manera drástica" su política. Dijo, además, que México era "un centro para la subversión" y que seguía "una política de apaciguamiento, no sólo hacia sus propios izquierdistas, sino hacia influencias izquierdistas internacionales". Por último, afirmó que México tenía "el gobierno y la sociedad más corruptos de América Central", lo que según el *NYT* "coincidía con los puntos de vista expresados por algunos funcionarios de [servicios de] inteligencia".⁴²

Este tipo de comentarios era señal de que los márgenes de tolerancia hacia el régimen mexicano se estaban estrechando en algunos sectores. En abril de 1984, la revista *Newsweek* informó que a pesar de las objeciones del Departamento de Estado y del embajador John Gavin, el presidente Reagan había firmado la "Directiva de Seguridad Nacional 124", que ordenaba la elaboración de "un plan maestro de comunicación y diplomacia" para convencer a De la Madrid y sus asesores clave de "las virtudes de la lucha [...] contra el comunismo en América Central".⁴³

En mayo de 1984 De la Madrid viajó a Washington, justo cuando la burocracia estadounidense discutía qué hacer con México. Las opiniones estaban muy divididas. En ese mismo mes había renunciado el principal analista de asuntos latinoamericanos de la CIA, John Horton, en protesta porque el director William Casey le pedía que en un informe preparado con motivo del viaje del presidente mexicano exagerara los problemas económicos y políticos de México. La agencia de inteligencia quería persuadir a la Casa Blanca de que aprobara un programa de presiones contra México.⁴⁴

Las presiones parecen haber funcionado, porque el gobierno mexicano evaluaba los méritos y desventajas de su política centroamericana. El *NYT* asegura que después de un acalorado debate, las secretarías de Hacienda y Gobernación —contra la oposición de Relaciones Exteriores— lograron establecer que si Nicaragua no pagaba los envíos de petróleo mexicano, éstos se suspenderían. Hacía tiempo que Estados Unidos le insistía a

México que adoptara esta posición. Un diplomático estadounidense lo admitió sin rodeos: "Hemos estado presionando a México porque pensamos que Nicaragua no tiene [un] gobierno que merezca este tipo de financiamiento".⁴⁵ En 1984, y de acuerdo con el *NYT*, el gobierno mexicano ejerció presión sobre "los rebeldes salvadoreños establecidos en México para que redujeran sus actividades públicas".⁴⁶ En agosto de ese año, Susan Kaufman escribió que "México finalmente parece dispuesto a tomar más en serio las preocupaciones de seguridad de Estados Unidos".⁴⁷

Ante esas versiones, el secretario de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda, aseguró que sería un "enorme error suponer que el gobierno de México puede cambiar una política de principios por las opiniones de un gobierno extranjero".⁴⁸ En Estados Unidos ignoraban sus declaraciones y explicaban que "históricamente México ha sido en extremo sensible a las afirmaciones de que su política exterior se ve influida por fuerzas extranjeras, especialmente por Estados Unidos".⁴⁹

Quizá no fue sólo por presiones extranjeras; es posible que también influyeran la crisis económica y el conservadurismo de algunos funcionarios. Lo cierto es que para 1984 ya se había modificado la orientación de la política exterior mexicana y un analista de la Fundación Heritage escribió que México se movía hacia una "posición menos ideológica, hacia una política exterior más pragmática".⁵⁰ Después de 1984, la economía, el sistema político y la relación bilateral alejaron la atención mexicana de América Central y terminaron las tensiones por ese motivo.

Surgimiento de nuevas fuerzas sociales

En los años ochenta empezaron a manifestarse actores que tendrían una enorme importancia posteriormente y cuya presencia confirmaba la erosión de los controles gubernamentales.

En esos años se inicia el crecimiento del Partido Acción Nacional (PAN) que, fundado en 1939, siempre reivindicó a las elecciones como el instrumento del cambio y de la transición hacia un régimen democrático. Entre 1983 y 1986 el PAN fue elogiado en el *NYT* (gráficas 28, 31 y 32) porque era visto como una alternativa de centro derecha, y porque estaba irritado con el gobierno mexicano.

El aumento en la importancia del PAN venía de que en julio de 1983 ese partido obtuvo triunfos electorales en doce ciudades del norte del país. El *NYT* escribió que ésta había sido "[la peor] derrota del PRI en sus 54

años de historia", resultado, en parte, de "una protesta de la clase media" contra la política económica.⁵¹ El cotidiano aplaudió "la decisión del gobierno de Miguel de la Madrid de permitir un recuento honesto del voto y ver lo que pasaba si se realizaban elecciones no fraudulentas".⁵² La primavera democrática duró poco. En septiembre de 1983, con la operación Dragón en Baja California, y con la operación Tango Papas en Mérida (noviembre de 1984), el gobierno de Miguel de la Madrid regresó a los fraudes electorales para frenar a una oposición que se revitalizaba.

Otro cambio fundamental fue el fortalecimiento de algunos medios de información independientes. En capítulos anteriores se habló de la parcialidad de una prensa controlada por el gobierno, el cual siempre ha concedido gran atención a evitar el flujo independiente de ideas (el golpe contra *Excelsior* en 1976 es una muestra de ello). Sin medios independientes es muy difícil, si no imposible, que se consoliden los movimientos sociales. El 19 de septiembre de 1984 apareció el primer ejemplar de *La Jornada* en la ciudad de México. Ese diario fue el resultado de una acumulación de experiencias de periodistas e intelectuales de centro-izquierda y se convertiría poco a poco en un representante de sectores que no tenían forma de expresarse y en un mecanismo de información indispensable para cualquier movimiento social. Al mismo tiempo, en otras partes del país habían aparecido o seguían fortaleciéndose periódicos o revistas independientes.

Uno de los sectores que se beneficiaron con ese ambiente de mayor apertura fueron las organizaciones no gubernamentales (ONG), que introdujeron a México la cultura de los derechos humanos. En 1984 se crearon la Academia Mexicana de Derechos Humanos y el Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria, en donde confluyeron funcionarios, activistas, católicos y académicos que habían estado trabajando aisladamente en la protección y la promoción de los derechos humanos. Su rápido crecimiento (para 1994 ya había más de doscientas cincuenta ONG trabajando en ese tema) era otra de las transformaciones que vivía México.

La irritación que provocaba el fraude electoral y los efectos de la crisis económica, hicieron que algunos sectores mantuvieran inalterable su diagnóstico de que era inevitable la lucha armada. Ahora sabemos que alrededor de 1983 y 1984 llegó al estado de Chiapas un grupo de sobrevivientes de la guerrilla de los años setenta a empezar el trabajo político que desembocaría en la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994.

Fue precisamente Chiapas la zona por donde llegaron refugiados centroamericanos a México. Las ONG participaron entre los principales actores nacionales que se dedicaron a protegerlos y atenderlos. Al mismo tiempo, la comunidad internacional expresó su interés en respaldar a los centroamericanos (sobre todo a los guatemaltecos). Esta confluencia permitió a los organismos sociales romper su aislamiento, lo que aceleraría la internacionalización de la política mexicana que se estaba desarrollando a medida que el país se abría al exterior obligado por las circunstancias. Estas tendencias se expresaron brutalmente en 1985 y 1986.

LA MUERTE DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



Entre 1985 y 1986 se agotó el modelo económico creado por la Revolución mexicana, el que quiso ser una alternativa al socialismo y al capitalismo. No fue una muerte totalmente natural, sino una ejecución negociada entre la clase gobernante mexicana y Washington. A cambio de ello, el PRI obtuvo el apoyo estadounidense, lo que inyectó fuerza a un autoritarismo que mostraba su degradación.

En busca de soluciones al enigma mexicano

Los años de 1985 y 1986 fueron excepcionales en muchos sentidos, y eso se manifiesta en todas las gráficas que capturan la cobertura del *NYT* sobre México. El número de artículos, y la relevancia de éstos, no tienen precedentes. En 1986 se publicó 9% de todas las notas que merecieron primera plana y 10% de todos los editoriales, y los corresponsales enviaron casi tres veces más notas de lo que había sido su promedio anual (véanse gráficas 1, 5, 6, 7, 9, 11 y 12). Un estudio realizado por John Bailey coincide con lo antes dicho. Bailey estudió la cobertura que dieron a México *The New York Times*, *The Washington Post* y las cadenas televisivas ABC, CBS y NBC entre 1979 y 1988. En todos los casos, incrementaron notablemente su cobertura en 1985 y 1986, para luego regresar a la normalidad en 1987.¹

Tanta atención fue motivada por acontecimientos que sacudían a México y por una discusión bastante intensa sobre su futuro. En 1986 Peter Smith hizo una afirmación y planteó una pregunta que resumía las inquietudes estadounidenses: "México se encuentra en una profunda transición [...] ¿Hacia dónde va?".² Las respuestas fueron de lo más variado. Algunas eran apocalípticas y extremas. El coronel Rex Applegate afirmaba en 1985 que México tenía la mayor parte de "los elementos y condiciones necesarios para que los comunistas" tomaran el poder.³ Incluso analistas más in-

formados como Brian Latell, responsable del seguimiento de México en la CIA, pronosticó que "la estabilidad de México [se vería] amenazada por una crisis que se profundiza y que es tanto económica como política".⁴ Las opiniones más extremas no lograron imponerse y el consenso sobre el futuro mexicano tomó un rumbo más optimista.

En 1984 la CIA concluyó que "la mayoría de los mexicanos todavía acepta la legitimidad del sistema dominado por el PRI".⁵ En 1985, el Departamento de Estado encargó varios estudios sobre México a un grupo de especialistas que llegó a conclusiones en esencia similares.⁶ Finalmente, en 1987 se filtró a la prensa una Estimación Nacional de Inteligencia (NIE, por sus siglas en inglés) —el análisis de inteligencia más completo que se hace en Estados Unidos— en el que se decía que lo más probable era que el "sistema político mexicano [permaneciera] intacto".⁷

Pese a esta conclusión, insistieron en la necesidad de que se llevaran a cabo reformas económicas y políticas, algo que se venía manejando desde el movimiento estudiantil de 1968 y que se incrementó en 1985 y 1986, cuando desde la óptica de la élite de Estados Unidos parecían existir condiciones ideales. La reforma podía ser dirigida por el PRI y el único partido opositor viable era el PAN, que garantizaba las reformas económicas de corte liberal que explícita, unánime y reiteradamente recomendaba o exigía. Los estadounidenses estaban confiados, además, de que con las reformas correctas México superaría definitivamente los restos del nacionalismo antiestadunidense y acabaría uniendo su economía a la de ellos.⁸ Por la forma como evolucionaron los acontecimientos, Estados Unidos terminó ejerciendo mucha presión para lograr un cambio del modelo económico, y dejó de preocuparse por las rigideces del sistema político. Ésta es la historia que habremos de contar en lo que resta del capítulo.

El regreso del narcotráfico

Diciembre de 1984 fue como diciembre de 1993: nadie preveía la tempestad que azotaría a México en 1985 cuando salieron a la luz fuerzas que habían venido acumulándose. La primera sacudida fue motivada por el narcotráfico, que seguía siendo la variable más independiente de la vida mexicana desde los años sesenta. Súbitamente se activa lo que permite apreciar que Estados Unidos sí estaba dispuesto a utilizar la coerción hacia México. En la gráfica 58 puede verse que de un total de 408 menciones, entre 1985 y 1986 aparecieron 191 de las referencias al narcotráfico en las re-

laciones bilaterales. No sólo eso, sino que se concentraron 123 referencias negativas de un total de 153.

En capítulos previos se discutieron la Operación Intercepción y el acuerdo para intercambiar prisioneros de 1976. Desde entonces las drogas habían estado fuera de la agenda bilateral. En el sexenio de López Portillo aparecían ocasionalmente, tal vez porque el auge económico había reducido el espacio para el desarrollo de los señores de la droga o probablemente porque el optimismo estadounidense con México sepultaba la crítica. Cuando en Estados Unidos se hablaba de los programas mexicanos anti-drogas era para informar y aplaudir lo que las autoridades mexicanas hacían.⁹ Eso mismo sucedió en los primeros dos años del gobierno de De la Madrid, y en 1984 un informe de un comité de representantes estadounidenses concluyó que "México era el único país donde el gobierno reconocía su obligación de detectar y erradicar el cultivo ilícito de narcóticos", alabanza que según el *NYT*, llenó de "contento a funcionarios mexicanos".¹⁰

De un momento a otro los aplausos se transformaron en insultos. En noviembre de 1984 las autoridades mexicanas, avisadas por las estadounidenses, capturaron más de 10 mil toneladas de marihuana en el rancho El Búfalo en Chihuahua. Fue el mayor aseguramiento de marihuana en la historia. Los narcotraficantes no se quedaron con los brazos cruzados y confiados en su impunidad en febrero de 1985 secuestraron en Guadalajara a un agente de la DEA, Enrique Camarena, y a su piloto mexicano, Alfonso Zavala.

A medida que pasaban los días, y que Camarena y Zavala seguían desaparecidos, empezaron a publicarse versiones en Estados Unidos de que "los secuestradores podían estar trabajando bajo la protección de funcionarios locales de Guadalajara".¹¹ Era tal su enojo que criticaron públicamente a México como nunca antes (en 1985 apareció en el *NYT* el número más alto de declaraciones poco amables; véase la gráfica 66). La reacción no se quedó en palabras. La Oficina de Aduanas y la DEA decidieron presionar más a México y, como en 1969, instrumentaron otro cierre de la frontera. El colapso de las relaciones fronterizas se observa en la gráfica 62.

A principios de marzo encontraron en Michoacán los cuerpos torturados de Camarena y Zavala. En esos momentos, el secretario de Estado George P. Shultz declaró que se había "rebasado [el] nivel de tolerancia" de Estados Unidos.¹² Un comentario en público tan fuerte no se había emitido en las últimas décadas y, a la luz del entendimiento, significaba una modificación fundamental en las actitudes estadounidenses y en el entendimiento que regula las relaciones. Después de aquel día se incrementó la crítica pública contra los

funcionarios mexicanos. En México, el embajador John Gavin afirmó públicamente que al menos dos de los cuatro secuestradores eran "policías mexicanos", lo que tuvo que ser aceptado por funcionarios mexicanos.¹³

Hay otras maneras de medir la importancia del enojo estadounidense. En 1969 Washington habló de complicidades entre funcionarios y narcotraficantes, pero nunca dio a conocer los nombres de las veinte personalidades mexicanas implicadas en el tráfico de drogas. En 1985, por el contrario, empezaron a mencionar los nombres de gobernadores, jefes de policía, ministros y hasta familiares del presidente, supuestamente involucrados en organizaciones criminales; en abril de ese año, el embajador Gavin dijo que no tenía una "confianza total en la honestidad e integridad del gabinete" de De la Madrid y agregó que "al menos un miembro de éste y el hijo de un secretario de Estado pueden tener nexos con los narcotraficantes".¹⁴

Muy relacionada con estos hechos estuvo la vehemente declaración de los funcionarios mexicanos. En el *NYT* se puede observar que en 1985 creció el número de funcionarios y académicos mexicanos dispuestos a declarar ante un medio estadounidense —o ante corresponsales dispuestos a preguntar— (gráfica 10) y si se observa la gráfica 94 se apreciará un aumento en la detección de actitudes antiestadunidenses. Estas cifras se explican por un enojo auténtico de los mexicanos, pero también por la utilización que hacía el gobierno del nacionalismo para invocar la unidad nacional, frente al intervencionismo yanqui. En 1985 todavía funcionaba la exhortación a la unidad, ya que algunos intelectuales mexicanos independientes defendieron al gobierno en la prensa estadounidense.¹⁵ Un año después, durante las audiencias organizadas por el senador Jesse Helms, se realizó, en junio de 1986, la última marcha en defensa de la soberanía donde participaron políticos del partido gobernante.

A medida que avanzaba 1985 empezó a diluirse el enojo norteamericano y aparecieron señales de que esta actitud se debía, una vez más, a una mayor colaboración del gobierno mexicano. Para noviembre de 1985, funcionarios estadounidenses ya expresaban "satisfacción porque el gobierno mexicano había incrementado su esfuerzo general [en la lucha contra las drogas] y en el combate a la corrupción".¹⁶

Otros aspectos relacionados con la droga

El asesinato de Camarena se empalmó con algunos cambios en la percepción que la élite estadounidense tenía sobre las drogas. Cuando la es-

posa del presidente, Nancy Reagan, lanzó su campaña preventiva de "Di no a las drogas" estaba reconociendo que el problema también lo creaba la demanda. Puede incluso afirmarse que las tesis mexicanas influyeron en Estados Unidos y el embajador John Gavin lo reconoció: "Lamento decir que [los mexicanos] tienen razón" sobre la importancia de la demanda.¹⁷ En un editorial del *NYT* se admite que "...el problema realmente empieza con la demanda de drogas en Estados Unidos".¹⁸

Algunas de las entrevistas realizadas hacen pensar que el asesinato de Camarena afianzó en Estados Unidos la certidumbre de que todo el sistema mexicano era corrupto, lo que pareciera confirmarse con el aumento en la cantidad de referencias a la corrupción publicadas en 1985 y 1986 (véase la gráfica 93). Sobre este tema, el asesinato de Camarena mostró dos posiciones que todavía se mantienen.

Por un lado estaban quienes proponían aplicar mayores presiones a México al sostener que la corrupción oficial era tan profunda, y afectaba tanto a Estados Unidos, que era necesario apretarle las tuercas al gobierno para realizar cambios profundos. Por el otro estaban los opositores a ejercer sanciones duras o explícitas, porque éstas sólo agravarían la crisis económica, reducirían la legitimidad del régimen, empeorarían las tensiones bilaterales y limitarían la influencia de Washington. En lugar de ello, sugerían apegarse a las reglas no escritas del entendimiento e ir procurando concesiones, cada vez mayores, del régimen. Esta última interpretación prevaleció.

En un efecto inesperado y paradójico el affaire Camarena también aceleró la degradación de los controles autoritarios sobre la sociedad. En 1985 desapareció la Dirección Federal de Seguridad, la policía política más importante que tenía el régimen y que había protegido a los señores de la droga. Esta decisión del presidente De la Madrid fue motivada en gran medida por la presión estadounidense. Y aunque no se informó a la opinión pública, éste fue un momento decisivo en el relajamiento de los mecanismos de control autoritario.

Con la desbandada de la Federal de Seguridad cayó una pieza central de la estructura de coerción gubernamental, y eso embonó con una revaluación que las fuerzas armadas hicieron de su misión y que acarreó serias dudas sobre la conveniencia de participar en la represión de movimientos opositores o independientes. En un régimen autoritario, la coerción juega un papel central, y en la medida en que ésta no se utiliza, se reduce el miedo y nacen y crecen con mayor fuerza grupos independientes y opositores al régimen. Así, pues, sin saberlo ni quererlo, y al actuar pensando sólo en la defensa de sus in-

tereses atacando la corrupción de los cuerpos de seguridad mexicanos, Washington contribuyó a la liberalización del sistema político mexicano.

Elecciones y economía

En 1985 hubo elecciones federales para renovar el Congreso, y locales para elegir gobernador en Sonora. En ambas el régimen y el partido oficial se apoyaron en irregularidades, lo que motivó que en el *NYT* surgieran opiniones negativas sobre la falta de democracia. Por ejemplo, en esos dos años apareció aproximadamente 50% de las condenas al fraude electoral que se hicieron durante todo el periodo (véanse las gráficas 35 a 38).

La mayor receptividad tal vez se explica porque Richard J. Meislin —quien fuera corresponsal desde 1983 hasta mediados de 1985— tenía una actitud más crítica que Riding. A finales de 1984 dedicó todo un artículo a un dirigente panista de Hermosillo, quien aseguraba “tener una lista de más de cien técnicas diferentes” utilizadas por el PRI para cometer fraudes.¹⁹ Además, la prensa estadounidense estaba más dispuesta a investigar lo negativo, como se infiere de la siguiente cita sobre las elecciones de 1985: “los periodistas extranjeros que observaban las elecciones del domingo encontraron lo que parecían ser varias anomalías en el procedimiento electoral. En un caso [...] un grupo detuvo un taxi y encontró tres urnas llenas de votos sin contar”.²⁰

En otras palabras, en 1985 y 1986 la línea editorial del periódico adquirió un tono más crítico. En un editorial sobre las elecciones de 1985, el *NYT* aseguró que “el sistema electoral mexicano es una anomalía antidemocrática. Los ciudadanos pueden votar por partidos de su preferencia, pero sólo se permite que uno de ellos gane, el Partido Revolucionario Institucional. Eso pone a México en la poco confortable compañía de Chile, Haití, Paraguay, Cuba y Nicaragua”.²¹

En 1985 hubo fraude electoral en las elecciones de Sonora y Nuevo León. Sam Dillon, de *The Miami Herald*, aseguró que “ningún observador independiente confía en los resultados oficiales”. Robert McCartney, de *The Washington Post*, fue muy directo: “muchos reporteros comentaron que había habido menos respeto a las leyes y a los procedimientos en Sonora, que en las elecciones que habían cubierto en El Salvador y Nicaragua”.²² Esta actitud sin precedentes estaba influida por una modificación en la agenda internacional que, promovida por el gobierno de Reagan, incluyó a la democracia como un legitimador de los sistemas políticos.

En otro orden de cosas, durante 1983 y 1984 el gobierno de Miguel de la Madrid había recibido muchos halagos por el empeño con que aplicó las políticas de austeridad acordadas con el FMI (véanse las gráficas 67 a 70). En 1985 la actitud fue más cuestionadora y empezó a crecer el coro de quienes pedían reformar a fondo el modelo económico. Un artículo del 19 de enero de 1985 es representativo. Un analista cercano a los inversionistas extranjeros le reconocía "flexibilidad al gobierno mexicano" frente a la inversión extranjera y admitía que esto le "gustaba a los estadounidenses". Pero en su opinión eso ya no bastaba: "los funcionarios [mexicanos] nos dicen 'Bueno, nosotros escribimos la ley, pero ustedes no se preocupen por ella porque no funciona'. Pues bien, nosotros nos preocupamos porque los empresarios estadounidenses quieren las cosas explicadas del 1 al 10 y de la A a la Z".²³ Esta cita reviste especial importancia porque muestra que en la medida en que aumentaban los problemas económicos de México, los estadounidenses procuraban impulsar reformas que les dieran certidumbre permanente y ello suponía una modificación más profunda del modelo económico y del orden jurídico.

La impaciencia siguió incrementándose al ritmo de los problemas económicos.²⁴ Para junio y julio de 1985 ya se había disparado la inflación, desplomado el crecimiento, devaluado el peso y reducido los precios del crudo de exportación.²⁵ Fue entonces cuando empezaron a aparecer nexos entre temas que hasta entonces habían sido ignorados. En agosto se dijo que "aunque los dos gobiernos han tenido cuidado de no ligar la ayuda económica con el esfuerzo mexicano contra el tráfico de drogas, los mexicanos saben que el precio para concesiones económicas sustanciales depende de mayores esfuerzos para frenar el flujo de narcóticos".²⁶ Ese nexo no sólo se mantendría sino que incluiría otros temas.

A principios de septiembre la situación económica se tornó desesperante y México anunció que solicitaría "nuevas negociaciones" con la banca internacional, lo que implicaba otorgar todavía más concesiones. Un estudioso de México escribió por aquellos meses que "ningún otro presidente mexicano ha respondido tanto a las necesidades y peticiones de Estados Unidos", y se preguntaba si "podía ir más allá".²⁷ Pues sí, el gobierno mexicano estaba dispuesto a hacer más, muchas más concesiones, todas las que fueran necesarias con tal de mantenerse en el poder.

Los terremotos de 1985

El 19 de septiembre de 1985 no hubo uno, sino dos terremotos. El primero fue geológico y devastó partes del centro histórico de la ciudad,

además de que sirvió para mostrar cuánto estaba cambiando la sociedad. El segundo fue el anuncio de que se había terminado la tolerancia estadounidense hacia la política económica y que ésta debía cambiar.

El temblor geológico fue cubierto de una manera excelente por el *NYT*: envió a varios reporteros y publicó más de 60 notas en las que se abordó la tragedia con sensibilidad y respeto, sin dejar de informar respecto a los aspectos negativos, ya que el cataclismo exhibió la corrupción oficial. En diversas ocasiones se mencionó que algunos edificios se habían derrumbado porque no cumplían con los reglamentos y se relató el macabro descubrimiento —en los sótanos de un edificio de la policía judicial— de cuerpos maniatados y torturados.

Otros aspectos puestos de manifiesto por el terremoto fueron la indecisión y el autoritarismo del gobierno mexicano expresados, por ejemplo, en la reacción ante la ayuda ofrecida por Estados Unidos. Al día siguiente del terremoto, el gobierno de De la Madrid informó a Washington que “declinaba aceptar [sus] ofrecimientos de ayuda financiera”. Debieron pasar cuatro días antes que se aceptaran los recursos; un vocero del presidente mexicano explicó que si no lo habían hecho antes era porque no se tenía una “comprensión total de la extensión y gravedad del problema”.²⁸ La explicación es insatisfactoria ya que inmediatamente quedó clara la magnitud de los daños.

¿Por qué se rechazó inicialmente la ayuda de Estados Unidos?, ¿por arrogancia?, ¿por resentimiento?, ¿por un orgullo herido al hacerse explícita la debilidad del país?, ¿por la falta de carácter del presidente?, ¿por la inercia autoritaria que lo llevó a querer controlar todos los hilos? Seguramente por una combinación de todo ello. De cualquier modo, el terremoto mostró cuánto se habían deteriorado los mecanismos de control.

Esta fecha también fue simbólica porque en ese día *La Jornada* celebraba su primer aniversario. Pese a enormes dificultades financieras, el periódico había logrado sobrevivir a los hostigamientos de parte del gobierno y se había convertido en el vocero de los grupos sociales que se expresarían organizadamente durante la emergencia creada por el temblor. Fue allí donde aparecieron referencias más frecuentes a ciertos actores, como las “coordinadoras” de nuevos movimientos sociales (urbano, campesino y magisterial principalmente).²⁹

Las autoridades reaccionaron con desconfianza ante las nuevas fuerzas y una prueba de ello fue que el secretario de Turismo insistió en que todas las contribuciones del exterior debían hacerse vía “la embajada mexicana o los

consulados, y no [por medio de] otras organizaciones".³⁰ Esta postura muestra la intención oficial de manejar la ayuda internacional para controlar a los organismos sociales mexicanos. No tuvo éxito porque bastantes fundaciones canalizaron recursos a este tipo de organizaciones, que a partir de entonces han tenido una mayor presencia en la vida mexicana.

El segundo terremoto, del 19 de septiembre de 1985, fue financiero. Ese día en Washington "fuentes financieras" informaron que México "había dejado de cumplir con el programa de austeridad acordado con el FMI". La sentencia era fulminante: México dejaría de "recibir 900 millones de dólares de ayuda del Fondo, lo que complicaría seriamente sus relaciones con la banca [internacional]".³¹ En otras palabras, México se quedaría muy pronto sin dinero. Como el anuncio coincidió con el otro terremoto, el Fondo Monetario Internacional tuvo la delicadeza de posponer la sentencia unas semanas. A finales de octubre llegó una delegación del FMI para empezar a "discutir los problemas económicos de México".³² Fue una discusión larga y tensa, y aunque todavía desconocemos el contenido de tales conversaciones, es indudable que estaba decidiéndose el perfil del México futuro.

Muy pronto se hicieron públicos algunos indicios de la orientación que tomaban esas pláticas confidenciales. En noviembre de 1985 el gobierno mexicano anunció que negociaría su entrada al GATT, lo que fue inmediatamente calificado por diplomáticos y economistas estadounidenses como una de las decisiones de política económica "más atrevidas" tomadas por México en "muchas décadas".³³ Aunque no lo dijeron abiertamente estaba cumpliéndose un viejo deseo estadounidense, y seguramente Julián Nava tuvo una sonrisa de satisfacción. Cinco años antes, el gobierno de López Portillo había optado por no entrar al GATT, ante lo cual Nava, entonces embajador en México, declaró que "tarde o temprano" México daría marcha atrás en su "decisión de no unirse al GATT". La clase política mexicana se le echó encima calificando su comentario como una prueba más de "las intimidaciones de Estados Unidos".³⁴

Las fiestas navideñas de 1985 fueron amargas para muchos funcionarios mexicanos. Durante el invierno cayeron vertiginosamente los precios del petróleo arrastrando al peso. El gobierno tenía tan pocas opciones que, pese a la crisis, en enero de 1986 declinó unirse a otros productores para reducir sus exportaciones de petróleo como estrategia de recuperación de los precios mundiales. Según el *NYT* no lo hizo porque eso habría afectado a la economía mexicana y porque no quería "ofender a Estados Unidos", quien se estaba beneficiando con la baja en los precios.³⁵

En febrero, México redujo en 8.65 dólares el precio por barril de petróleo, lo que puso al país al "borde del desastre económico".³⁶ El secretario de Estado George P. Shultz declaró que se trabajaba con México, con el Fondo Monetario Internacional y con los bancos para "evitar un colapso financiero mexicano".³⁷ En cada semana que transcurría resultaba más evidente la necesidad de que México llegara a un acuerdo con las instituciones financieras internacionales.

Apretando el cerco al modelo económico

Para entender la dureza de las presiones estadounidenses hay que recordar el contexto: el gobierno de Reagan estaba irritado con México por su política hacia Centroamérica, por el narcotráfico, por el fracaso de su política económica, por los fraudes electorales y por la debilidad del presidente. El enojo se mezclaba con la preocupación por la estabilidad mexicana y por las repercusiones que la ausencia de ésta pudieran tener en la seguridad estadounidense y en el esquema de poder mundial en un momento en que los conservadores estaban restructurándolo.

Todavía no existe una reconstrucción detallada de esos meses y resultó imposible obtenerla antes de cerrar el tema. Aun así no hay duda de la irritación que la élite sentía hacia México. El indicio más fuerte se evidenció en las audiencias organizadas en el Congreso por el senador Jesse Helms en mayo de 1986, donde funcionarios estadounidenses de alta jerarquía se lanzaron contra el gobierno de México, al cual acusaron de corrupto, de protector de traficantes, de delincuente electoral y de inepto en el manejo de la política económica.

El comisionado de Aduanas, William von Raab aseguró que "el problema de las drogas [en México] es una historia de horror que crece logarítmicamente y ante la cual México no está haciendo nada". La situación, añadió, está "totalmente fuera de control [...] [y] el gobierno mexicano sólo muestra su ineptitud y corrupción". Sus opiniones, aseguraba, las compartía todo el "ejecutivo".³⁸ Otros miembros del gabinete de Reagan, entre ellos el secretario asistente del Departamento de Estado, Elliot Abrams, también expresaron opiniones muy adversas.

El gobierno mexicano se enfureció con las audiencias y presentó una enérgica nota de protesta ante la Casa Blanca. Un "importante funcionario mexicano" —aunque no lo identificaron, es posible que fuera el secretario de Relaciones Exteriores— declaró al *NYT* que la forma en que

Washington respondiera a esa nota de protesta "muy probablemente determinaría el curso futuro de las relaciones".³⁹ No hay por qué dudar de la sinceridad o del patriotismo de quien lanzó ese ultimátum. Sin embargo, era una bravuconada sin contenido porque en esos momentos el gobierno mexicano tenía que tragarse todo lo que dijeran los estadounidenses, ya que su supervivencia dependía del apoyo del gobierno de Estados Unidos.

Lo que sucedió después de esa declaración fue una reedición de una obra escenificada en muchas ocasiones. Es decir, fue uno de esos exabruptos nacionalistas pensados en la imagen hacia el interior de México, pero sabiendo que los estadounidenses harían todo lo posible para que los gobernantes mexicanos preservaran su imagen de autonomía y de nacionalismo. Se informó a los mexicanos que Elliot Abrahms había enviado una carta conciliatoria al gobierno y que el procurador había tenido una conversación telefónica con su homólogo en México.⁴⁰ Esto permitió a los medios mexicanos de información destacar que la defensa de la soberanía estaba funcionando. La Casa Blanca colaboró con el lavado de imagen y el procurador Edwin Meese criticó públicamente al comisionado de Aduanas Von Raab por lo que había dicho. De acuerdo con el *NYT* eso "complació a los mexicanos, que lo interpretaron como si hubieran enfrentado al gigante y éste hubiera dado marcha atrás".⁴¹

Hay otras interpretaciones notablemente diferentes. La "fuerte nota diplomática mexicana", de la que pendía "el futuro de las relaciones", fue interpretada por el *NYT* como una maniobra del gobierno mexicano diseñada para "apaciguar a la oposición" interna.⁴² Según funcionarios estadounidenses anónimos, si Washington se preocupó por hacer algunas declaraciones para apuntalar la imagen del nacionalismo oficial mexicano fue porque los "mexicanos son excepcionalmente sensibles a las críticas de Estados Unidos. De haberse mantenido la situación [de enfrentamiento], hubiera sido difícil sacar adelante algunas iniciativas *muy importantes*".⁴³ En otra nota del *NYT* se completaba el razonamiento: Washington dejó de presionar abiertamente a México porque consideraba que "sus problemas podían tener efectos muy serios en México y en Estados Unidos" y que sería más probable obtener las reformas que buscaba "entre más estable y confiado esté el sistema [mexicano]".⁴⁴

Tenían razón, con la imagen bien cuidada, el gobierno de México hizo lo posible por satisfacer las inquietudes estadounidenses, aunque de la manera más discreta posible. En junio de 1986 se firmó un acuerdo por el cual "seis aviones estadounidenses con pilotos civiles contratados por el De-

partamento de Estado [participarían en el] programa de erradicación de campos de amapola" en México, lo que fue considerado como un acuerdo "poco usual".⁴⁵ Aprovechando esta disposición, Washington presionó para que el gobierno mexicano lo autorizara a "perseguir contrabandistas de drogas hasta 160 kilómetros dentro de territorio mexicano".⁴⁶ La petición de hacer "persecuciones en caliente" nunca prosperó y ha sido una de las peticiones estadounidenses rechazadas por el gobierno mexicano.

Pero en esos momentos, entre mayo y junio de 1986, la élite estadounidense ya no sólo quería concesiones en la política antinarcóticos. La participación de funcionarios de alto nivel en las audiencias de Helms y lo que éstos dijeron, muestra la existencia de una estrategia orientada a intentar resolver de una manera definitiva diversas características del que para ellos ha sido un país incómodo. En otras palabras, querían imponer un nuevo modelo económico, disciplinar la diplomacia mexicana (que les irritaba) y, si se podía, lograr la democratización, que tenía como principal beneficiario al PAN, pero sin afectar la estabilidad. Algunos de los que participaron en aquellos debates han incluso sugerido que Washington evaluó cuidadosamente la sucesión presidencial y decidió apoyar a Carlos Salinas de Gortari.

Al mismo tiempo que Helms y sus invitados le daban duro al gobierno de México, en el interior del gabinete de Miguel de la Madrid se debatía intensamente sobre lo que debía hacerse para enfrentar la crisis económica y las presiones de Estados Unidos. Aunque no se cuenta con mucha información sobre esos momentos cruciales, hay algunos hechos que permiten bosquejar los grandes rasgos. Las negociaciones con Estados Unidos no avanzaban y en junio de 1986 Jesús Silva Herzog insinuó la posibilidad de presentar una moratoria en el pago de la deuda, alternativa que era propuesta por los sectores nacionalistas.⁴⁷ Al poco tiempo, el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Paul Volker, viajó en secreto a México invitado por Silva Herzog en una maniobra todavía oscura. Sabemos que Volker se entrevistó con altas autoridades pero ignoramos para qué. Días después de ese viaje, Miguel de la Madrid despidió a Silva Herzog (a quien públicamente y en un acto inédito el gobierno descalificó como "desleal") y nombró a Gustavo Petricioli como nuevo secretario de Hacienda ("un hombre sin una base política propia", se dijo en Estados Unidos).⁴⁸

Durante esos días, Alan Riding estaba en México y sustituyó al entonces corresponsal del *NYT*, William Stockton. Fue Riding quien explicó el despido de Silva Herzog y dijo que éste había actuado sin "siquiera consultar al presidente" y que se había "convertido en un defensor del FMI sin

considerar las repercusiones internas". Es irónico que quien criticara a Silva Herzog fuera el secretario de Programación y Presupuesto (SPP), Carlos Salinas de Gortari, quien sería un fiel instrumentador de las políticas de ajuste del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.⁴⁹

Después de que fue despedido Silva Herzog, Salinas tomó el control de las negociaciones de la deuda, y un miembro de su equipo, Pedro Aspe, se unió al que negociaba en Washington.⁵⁰ En pocas semanas llegaron a un acuerdo fundamental sobre el futuro de México cuyos detalles se desconocen, aunque sabemos que condujo a un reajuste de la orientación económica. Para entender la intensidad que alcanzó la presión hay que reiterar la irritación que había.

En junio de 1986 la economía seguía deteriorándose, la democratización no prosperaba y en algunos medios apareció el desencanto. El corresponsal del *NYT*, Richard J. Meislin, había escrito en 1985 que "se suponía que los comicios [del verano de 1985] iban a ser diferentes. Los periodistas extranjeros creyeron en el compromiso de Miguel de la Madrid de que las elecciones serían conducidas con limpieza y que la 'renovación moral' [de su gobierno] incluiría al proceso democrático".⁵¹ En ese momento hicieron un nexo explícito entre lo económico y lo político, porque para "algunos banqueros" la crisis era el resultado de que "el gobierno había estimulado la economía en preparación de las elecciones".⁵²

En este contexto ocurrieron las fraudulentas elecciones de Chihuahua del 6 de junio de 1986. Éstas fueron cubiertas por William Stockton, quien reconoció que las "leyes electorales de [Chihuahua] marcan la baraja en contra de la oposición y son una clara invitación a que se cometa fraude a la hora de votar y contar".⁵³ Por esos comicios el *NYT* publicó un editorial importante, porque muestra cuánto se había deteriorado la imagen de México en Estados Unidos. El periódico recordó que cuando Helms y otros decían que al PRI "le faltaba legitimidad [...] [el *NYT* le imploró] a los críticos que dejaran de agredir a México y que mostraran un poco de comprensión hacia sus problemas. Pues bien, vean quién está agrediendo esta vez: las elecciones estatales del domingo estuvieron plagadas de fraudes, y los acusadores, acusados y víctimas son todos mexicanos".⁵⁴

Cuando negociaban el FMI y el gobierno mexicano apareció un editorial extraordinariamente claridoso del *Times* (11 de junio), donde se hacían una afirmación y una pregunta: "las negociaciones [con México] suponen el intercambio de dinero por algo. ¿Qué debe pedir la administración Reagan?". El *NYT* lo tenía muy claro: Washington debía aprovecharse de la situación me-

xicana para lograr una reducción del "papel del Estado en la economía y de los privilegios de los pocos favorecidos por el PRI. Es posible que los líderes mexicanos encuentren difícil erosionar los principales sustentos de su poder pero *dejémoslos ver las opciones y sentir una presión amigable de sus vecinos*".⁵⁵ Éste fue un editorial excepcional. Nunca antes el influyente periódico neoyorquino había propuesto tan abiertamente el uso de la coerción hacia México. El incorporar la calificación de "amigable" expresa ese estilo tan propio de la élite estadounidense de ejercer su influencia.

El desenlace fue un convenio con el Fondo Monetario Internacional signado el 22 de julio de 1986 en el que, de acuerdo con el *NYT*, México se comprometió a llevar a cabo "una serie de reformas económicas a cambio de 1,600 millones de dólares en ayuda de emergencia" que recibiría durante los siguientes dieciocho meses.⁵⁶ Además, tendría la posibilidad de acceder a 6 mil millones adicionales de bancos comerciales y 4,400 millones de otras fuentes oficiales estadounidenses.⁵⁷ En otro artículo se reconocía que "la clave del acuerdo fue que los mexicanos aceptaron hacer ciertos cambios estructurales en su economía para poder alcanzar las metas" fijadas.⁵⁸ Desconocemos con precisión cuáles fueron esos cambios, pero ese mismo mes México fue aceptado en el GATT.

El remache a esta etapa tan importante lo dio, tal vez sin saberlo, un grupo de influyentes mexicanólogos de Estados Unidos, algunos de ellos muy liberales, quienes invitados por la Fundación Stanley prepararon un documento. El texto incluye algunas afirmaciones excepcionalmente duras sobre el régimen mexicano: "en su incapacidad por definir el interés nacional en programas concretos, el presidente De la Madrid ha protegido las instituciones apelando a sentimientos nacionalistas, al igual que otros presidentes antes que él". México no puede, continuaron, "seguirse escudando tras ese nacionalismo patrioter y esperar que Estados Unidos le resuelva sus problemas internos".⁵⁹

Dos meses después, en diciembre de 1986, en el *NYT* se informaba que el siguiente año México haría "más ventas de empresas estatales, menos subsidios al comercio, una política hacia la inversión más abierta y otras medidas orientadas hacia el mercado". No se estaban imaginando el futuro, simplemente enunciaban lo que iba a pasar, porque tales acciones eran obligaciones adquiridas por México a consecuencia de los "nuevos programas de préstamos acordados con el Banco Mundial y el FMI".⁶⁰

Es interesante la poca atención que recibió la firma del acuerdo pese a la trascendencia que tuvo. En Estados Unidos puede explicarse porque los

temas relacionados con las drogas dominaron ese verano y oscurecieron lo que bien hubiera podido ser una noticia extraordinariamente importante.⁶¹ Otra razón fue lo novedoso del agente por medio del cual se impuso esta política de ajuste. Mientras en periodos anteriores eran las burocracias estadounidenses quienes aplicaban la coerción (la CIA, el ejército, la USIA, etcétera) en esa ocasión fueron los bancos y organismos multilaterales los que actuaban de manera aparentemente impersonal y objetiva, aunque en realidad respondían a los intereses de las potencias industrializadas. Era un mecanismo de dominación diferente, menos directo y más difuso. Era una expresión de la dominación en la era de la globalización.

El gobierno mexicano presentó el acuerdo como un triunfo, ya que tenía la capacidad de modular el tono de la información. Considerando la debilidad política y la situación económica del país tal vez lo fue. No obstante, sin que nadie se diera cuenta y sin consultar a la sociedad, las condiciones aceptadas significaron la muerte del modelo económico creado por la Revolución y su sustitución por otro acorde con los lineamientos de una propuesta que satisfacía a Estados Unidos al menos en el corto plazo. Esto llevaría a aplicar una modificación de fondo en la política exterior, que empezaría a alinearse con la potencia de manera cada vez más explícita.

Las partes más duras del acuerdo con el FMI se han mantenido en la penumbra de los documentos secretos o confidenciales. Por el rumbo de la política económica sabemos que las presiones de Washington tuvieron éxito, pero nos faltan documentos y testimonios que expliquen en detalle lo que sucedió. Necesitamos saber qué instituciones y personas en Estados Unidos aplicaron presiones y cuál fue la reacción de colaboración y resistencia de los diferentes actores mexicanos. De esa manera podrá identificarse la combinación de hegemonía y coerción que se dio en ese caso específico, tan decisivo en la historia de México.

Por otro lado, Estados Unidos hizo lo posible por darle una salida decorosa al gobierno mexicano y permitirle mantener la imagen de un régimen nacionalista e independiente, ya que decidió mantener su respaldo al sistema político autoritario existente. De todo ello se desprende una paradoja: el país que históricamente ha sido la principal amenaza a la soberanía mexicana terminó siendo el protector más decidido del nacionalismo oficial mexicano. La superpotencia que promueve la democracia en el mundo resultó ser el sostén más firme de lo que en los noventa es el sistema político autoritario más longevo del planeta. No cabe duda de que el entendimiento logrado por Morrow y Calles en 1927 funcionó.

EL PANTEÓN DE LOS MITOS



BAJO EL DOMINIO NEOLIBERAL



La investigación hubiera podido llegar hasta 1986, año en que terminó una época en las relaciones de los dos países. Si se agregó este capítulo que lleva el análisis hasta 1997 es porque estos años han sido extraordinariamente importantes en la historia de México y en su relación con Estados Unidos.

En 1989 tres ilustres mexicanólogos, Wayne A. Cornelius, Judith Gentleman y Peter H. Smith, abrieron un libro con dos preguntas: "¿A dónde se dirige el sistema político mexicano? En 1988 resultó evidente que México había empezado a experimentar una transición política fundamental, pero ¿una transición a qué?".¹ Estas interrogantes, planteadas una y otra vez, encontraron una respuesta con los resultados electorales del 6 de julio de 1997. El Partido Revolucionario Institucional perdió el control de la capital, de la cámara de diputados y de otras gubernaturas.

Las derrotas del partido dominante fueron una consecuencia lógica a la evolución de las variables mencionadas previamente. Es decir, los acontecimientos de estos años pueden explicarse por: a) el agotamiento gradual del autoritarismo mexicano y de su capacidad para controlar a la sociedad; b) el fortalecimiento y/o aparición de nuevas fuerzas sociales, y c) el impacto e importancia cada vez mayor de los factores externos, que ha sido la variable menos discutida. Como estas tendencias continuarán, puede esperarse que México seguirá avanzando hacia un sistema democrático cuyas características principales (modelo económico y relaciones con Estados Unidos, por ejemplo) serán discutidas y decididas de una manera diferente.

Deterioro de la economía

En 1986 y después de meses de forcejeo, el gobierno de México aceptó firmar una carta de intención con el Fondo Monetario Internacional obligándose a modificar su modelo económico.

Empezó una década de gobiernos de corte neoliberal, durante los cuales se han privatizado bienes públicos, reducido subsidios y déficit, derrumbado barreras proteccionistas y aplicado un estricto control financiero. Fue un ajuste estructural a fondo que trajo resultados macroeconómicos espectaculares durante el sexenio de Carlos Salinas: la inflación se redujo de 159% en 1987, a 12% en 1992; el déficit del sector público bajó de 17% del PNB en 1987, a un superávit en 1991; y después de una década de caída económica, el PNB empezó a crecer en promedio 3.9% durante los primeros tres años de la década de los noventa.²

Estados Unidos ha visto con enorme simpatía esta política económica acorde con las tesis prevalecientes en esos momentos. Sin embargo, los costos sociales han sido altos. En 1990 el desempleo alcanzaba 18% de la población económicamente activa con un subempleo de entre 25 y 40%. El salario mínimo perdió dos terceras partes de su poder de compra de 1982 a 1991. En 1990, aproximadamente 70% de las familias no ganaba lo suficiente para adquirir la canasta básica. En consecuencia, cayeron los niveles de nutrición, lo que afectó a la mitad de los niños en el medio rural y dio lugar a la aparición de enfermedades que habían sido erradicadas.³ Los costos, pagados por las mayorías, fueron vistos como necesarios e inevitables.

La indiferencia hacia las repercusiones también se debió a que la oposición se mostró incapaz de presentar una visión del mundo alternativa que ayudara a transformar el malestar en protesta efectiva, y porque los tecnócratas siguieron controlando a la población, que aceptaba resignada lo que pasaba porque, al no haber otras opciones, creían el mensaje de un mejor futuro. El triunfo de Ernesto Zedillo en las elecciones de agosto de 1994 fue interpretado por la élite de Estados Unidos como una ratificación popular del rumbo económico. La devaluación del peso en diciembre de 1994 sumió a México en una debacle financiera y económica, sacudió el optimismo y acentuó la división que se estaba dando en la percepción estadounidense. Los resultados electorales de 1997 forzarán una discusión de al menos unos aspectos de la política económica.

Deterioro de los controles autoritarios

A los tecnócratas no les interesaba liberalizar el sistema político, pero tampoco pudieron evitar que siguiera deteriorándose su capacidad de controlar a una sociedad cada vez más organizada fuera del sistema, lo

que, por otro lado, fue visto con cierta satisfacción por Washington, que prefería una transición gradual y pacífica.

Causa y efecto de la degradación autoritaria fueron los crecientes obstáculos al uso de la coerción. Como parte de la profesionalización y renovación de su misión, las fuerzas armadas están menos dispuestas a reprimir opositores pacíficos.⁴ Las corporaciones policiacas, por su parte, se enfrentan a la vigilancia constante de un vigoroso movimiento de derechos humanos y de un número creciente de medios de información independientes nacionales y extranjeros. En parte debido al impacto del narcotráfico han perdido cohesión e importancia las corporaciones policiacas y las guardias rurales, cuerpo paramilitar que llegó a contar con unos 120 mil campesinos comandados por oficiales del ejército, y que ya no son vistas como los aliados fieles del régimen.

Al reducirse la posibilidad de usar la fuerza, los ciudadanos han ido perdiendo el miedo —ese ingrediente esencial en regímenes autoritarios— a participar en los asuntos públicos y enfrentarse a sus gobernantes. Lo paradójico en México es que al mismo tiempo que se ha reducido el temor a la represión por causas políticas, ha aumentado la inquietud por la violencia criminal desatada por la crisis económica y el narcotráfico, y en todo el país proliferan grupos armados privados que limitan el poder del Estado.

La existencia de obstáculos al uso de la coerción no significa que el régimen haya perdido toda la capacidad. Es evidente el aumento en la cantidad y calidad de armamento a disposición del aparato de seguridad, y el número de asesinados por razones políticas se mantiene elevado en algunas entidades. La violencia (política, criminal o ligada al narcotráfico) introduce variables inquietantes para el futuro. Un escenario que no puede descartarse es un retroceso a estadios autoritarios, sobre todo en algunas regiones.

Escisiones en la clase gobernante

A mediados de los años ochenta empezó a romperse la legendaria disciplina del PRI a consecuencia de cambios en el perfil de la élite, por diferencias ideológicas y por disputas de poder. En algunos círculos estadounidenses creció la preocupación, lo que provocó un mayor respaldo para el régimen.

En 1986 los tecnócratas se instalaron en la cúspide del poder. Las reformas económicas que instrumentaron —algunas de las cuales eran in-

dispensables— provocaron escisiones en el interior del grupo gobernante, y en septiembre de 1986 la prensa informó que dentro del PRI se había creado una “corriente democrática” que tenía como objetivo democratizar los métodos de elección del candidato del PRI a la presidencia de la república. De la Madrid no estaba para experimentos democráticos, y los líderes de la “corriente” fueron expulsados del partido en 1987. De ahí salió la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a presidente que sacudió al sistema político durante las elecciones presidenciales de 1988. Carlos Salinas triunfó utilizando una amplia variedad de métodos ilegales e inmorales.

Salinas fue, es, un maestro de la política que carecía de ética y vocación democrática, pero que tenía un proyecto de país y un grupo preparado y bien cohesionado. Por ello, por el deterioro sistémico, por las diferencias entre grupos con estilos y proyectos diferentes crecieron las tensiones dentro de la élite gobernante que, a partir de 1994, tomaron una expresión violenta con los asesinatos políticos y las escisiones en el interior del PRI. Las derrotas electorales que está sufriendo el PRI están incrementando las diferencias al interior de un partido que era considerado el paradigma del monolitismo.

Fortalecimiento de nuevas fuerzas políticas y sociales

El aflojamiento de los controles autoritarios, la restructuración de la economía y la apertura del país facilitaron la aparición o el fortalecimiento de fuerzas políticas y sociales independientes del régimen.

Desde mediados de los años ochenta se manifestó una gran variedad de organizaciones políticas y sociales que han ido incrementando su fuerza. Hasta 1997 el caso más notable era, por supuesto, el del PAN. Ese año el Partido de la Revolución Democrática, que había resistido el feroz hostigamiento salinista, tuvo una recuperación impresionante y sentó las bases para que México tenga un sistema político multipartidista. El crecimiento del PRD confirma que en México existe la base social para un partido de centro izquierda que apenas está encontrando formas de expresión en partidos diferentes al PRI.

Los medios de información tienen una importancia estratégica para la vida política: pueden ser una columna que soporte la democracia o un instrumento utilizado por un gobierno autoritario para controlar las ideas que llegan a la población. En México, el gobierno siempre dedicó muchos recursos a controlar este mecanismo privilegiado de las relaciones de dominación.⁵ En la última década esto ha cambiado. La prensa y las es-

taciones y/o programas de radio han adquirido cada vez más independencia, y hasta la televisión muestra señales de mayor apertura.

Una presencia nueva son las organizaciones no gubernamentales (ONG) que han crecido espectacularmente y cuya fuerza aumenta al agruparse en "redes" nacionales o internacionales que son coaliciones creadas para impulsar acciones conjuntas.⁶ Estas ONG son la expresión de un "capital social" que se ha ido construyendo durante décadas y que es uno de los cimientos de la cultura democrática.⁷ Grupos como Alianza Cívica han jugado un papel determinante en la construcción de una cultura política más democrática (ése es el sentido de la movilización ciudadana en favor de elecciones libres y confiables).

Simultáneamente han seguido apareciendo movimientos sociales en todos los ámbitos de la sociedad. Se mantiene el Movimiento Urbano Popular, crece el número de sindicatos que rompen los controles corporativos (un proceso que seguramente crecerá con la muerte en 1997 del legendario y casi centenario Fidel Velázquez), aparecen organizaciones campesinas y grupos de deudores como El Barzón.

La mayoría de los observadores consideraban que las guerrillas habían sido aplastadas en los años setenta. La impresión era errónea porque en México seguía gestándose la lucha armada. En enero de 1994 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) surgió en Chiapas iniciando el viraje espectacular de las fortunas del salinismo. Cuando todavía no se solucionaba esa rebelión apareció, en junio de 1995, el Ejército Popular Revolucionario en Guerrero, Oaxaca y otros estados, agregando un toque de complejidad al futuro de México.

Una enumeración de los nuevos actores en el México de los años noventa requiere incluir el creciente poder de los grupos asociados a la producción, tráfico y distribución de narcóticos ilegales. Como señala Peter Andreas, la liberalización económica y la exitosa interdicción que hizo Estados Unidos de las rutas caribeñas fortaleció la posición de México dentro del mercado globalizado de las drogas. Todo ello ha servido para "narcotizar más al Estado y la economía mexicanos".⁸ Desde 1987 los presidentes declaran que el narcotráfico es la "principal amenaza a la seguridad nacional". Pese a las declaraciones, han sido incapaces de frenar el crecimiento de este gravísimo problema.⁹

Pero cualquier análisis será incompleto si no incluye a los actores externos, y en especial a Estados Unidos, cuya influencia no ha dejado de crecer y de hacerse más y más compleja.

El factor externo

La importancia de los actores externos está íntimamente relacionada con la apertura de México al mundo, lo que ha significado una globalización de la economía, la política y las sociedades. Entre 1986 y 1997 el gobierno y la sociedad fueron estableciendo sus agendas internacionales, entablando relaciones con grupos del exterior y creando procesos de extraordinaria complejidad. Las ideas y políticas de los actores externos se dividen entre los que apuntalan al PRI y los que respaldan a los grupos opositores o democráticos (páginas adelante se discute esta última categoría).

La influencia que tienen el gobierno y la élite de Estados Unidos sobre México creció en importancia durante estos años, al mismo tiempo que se confirmó que las élites de los dos países mantenían un entendimiento y habían logrado una sintonía perfecta, sin disonancias ni precedentes, en torno del proyecto económico. Una parte de la clase política tradicional y de los sectores nacionalistas y de izquierda mexicanos intentaron resistir este acercamiento, pero con poco éxito porque no tenían un proyecto alternativo claro y porque no encontraron el antídoto para enfrentar las peculiaridades de las relaciones de dominación en la era neoliberal.

Que sean organismos financieros internacionales (aunque dominados por Washington) los que imponen el modelo económico de una manera impersonal y difusa, pone en un brete a nacionalismos tradicionales que, como el mexicano, se armaron rechazando el intervencionismo de otros gobiernos y éste, aunque continúa, lo hace en forma difusa y amorfa.

Otra de las dificultades para articular defensas o respuestas está en la creciente preferencia que tiene Estados Unidos por una dominación hegemónica, en la cual sus políticas y prioridades son adoptadas voluntariamente por los gobernantes mexicanos. Para ello cuenta con aliados que sostienen sus ideas. En los años sesenta se documentó el caso del embajador en Estados Unidos, Antonio Carrillo Flores; en los noventa su contraparte fue un grupo encabezado por un economista educado en Harvard que entendía todos los códigos secretos de la política mexicana y se movía a sus anchas por las entrañas del sistema. Me refiero, por supuesto, a Carlos Salinas de Gortari, quien recibió un apoyo absoluto de la élite estadounidense.

Las elecciones de 1988

Durante las elecciones presidenciales de 1988 los principales periódicos, el gobierno de Estados Unidos y numerosos académicos respal-

daron al candidato del PRI, Carlos Salinas de Gortari. El apoyo se mantuvo durante su sexenio mostrando las limitaciones y parcialidades de la conciencia estadounidense.

Las elecciones estuvieron caracterizadas por la inequidad y el fraude electoral y no cumplieron con los requisitos internacionales mínimos de confiabilidad. Pese a ello, Estados Unidos hizo todo lo que pudo para legitimarlas utilizando métodos ensayados durante décadas. Entre los que más empleó destacaron: el resaltar que, pese a todo, México avanzaba hacia la democracia; el asociar esos avances con Carlos Salinas, a quien separaba explícitamente de las irregularidades; el desprestigiar a las oposiciones; el canalizar préstamos en el momento adecuado; y, finalmente, el maquillar los documentos oficiales.

Tres días después de las elecciones y cuando la autoridad electoral todavía no se pronunciaba, Salinas se declaró vencedor, al mismo tiempo que anunciaba que el "sistema unipartidista había terminado" y que la oposición había alcanzado grandes triunfos.¹⁰ Para el corresponsal del *NYT*, Larry Rother, ése fue un "discurso notable".¹¹ Que Salinas reconociera derrotas del PRI bastó para ratificarlo como reformador y demócrata, atributos que ya había recibido antes de la elección, cuando un editorial del *NYT* lo calificó de "radical dentro del sistema" y como una prueba viviente de que la "ola del cambio democrático está, finalmente, llegando a México".¹²

El *NYT* no estaba solo en la categorización de Carlos Salinas como abanderado de la modernidad democrática. El corresponsal de *The Washington Post*, William Branigin, escribió el 12 de julio de 1988 que "Carlos Salinas de Gortari parecía estar teniendo éxito en su propósito de cambiar de raíz al envejecido sistema político". Si el tecnócrata de 40 años educado en Harvard encarnaba una "glasnot al estilo mexicano" era porque estaba "aceptando pérdidas sin precedentes en la votación para presidente y para el Congreso".¹³ *The Wall Street Journal* hizo la temeraria afirmación, en un editorial del 15 de julio, de que "muchas de las maniobras en torno al conteo de los votos parecen ser intentos por desprestigiar a Salinas, que presionó a favor de elecciones limpias".¹⁴

Para justificar un dictamen tan apresurado recurrieron a la vieja tesis de que "había una lucha interna dentro del PRI". Para *The Washington Post*, en un bando estaban quienes "apoyaban a Salinas y querían reconocer las pérdidas del partido", y en el otro los "representantes de la vieja guardia que se resistían" a aceptarlas.¹⁵ Esta forma de excusar a Salinas fue una constante. En

un editorial, el *NYT* separó de manera explícita a Salinas de los "elementos más retrógradas de su propio partido" y lo consideró como un "exponente convencido y capaz de las fuerzas del mercado".¹⁶

Hasta corresponsales tan experimentados como Alan Riding se unieron al coro legitimador: "Salinas, un economista de 40 años educado en Harvard se ha comprometido en repetidas ocasiones a 'perfeccionar' la democracia". Sin embargo, dramatizó Riding, "enfrenta una resistencia muy fuerte de los jefes políticos de la vieja escuela que consideran que no se debe hacer ninguna concesión a la oposición".¹⁷ Creían en Salinas como creyeron en Echeverría o López Portillo, porque querían hacerlo. Ni en su infancia, ni en toda su carrera previa, ni durante las elecciones, Salinas había demostrado tener una vocación democrática. Lo que había enseñado era una sed de poder y una gran inteligencia, un virtuosismo en el manejo de todos los trucos y mañas de los políticos mexicanos mezclándolos, eso sí, con un proyecto económico de país que coincidía con las tesis de moda en Washington y el mundo.

Por esta coincidencia fundamental fue que apareció un editorial inaudito en un periódico que defiende principios liberales. El 18 de julio, *The Washington Post* justificó el fraude al asegurar que en México se llevaba a cabo "una extraordinaria serie de reformas, impulsada desde el interior del partido dominante. El fraude electoral merece atención —dijo—, pero es en las reformas económicas en donde está el cambio profundo e histórico".¹⁸

John Bailey realizó un estudio sobre la cobertura que recibió México en los medios estadounidenses y también encontró un esfuerzo por minimizar el fraude:

cuando se anunciaron los resultados [de las elecciones de 1988] —escribe Bailey— los reporteros transmitieron las protestas de la oposición con menor énfasis que en [las elecciones de] 1985. La prensa le dedicó la misma atención a la lucha dentro del PRI y, cuando se evaluó la elección, los comentarios editoriales fueron generalmente positivos al resaltar que con esas elecciones México había empezado la transición hacia una democracia genuina.¹⁹

La tesis del país que avanza hacia un futuro brillante es una de las ideas más viejas y constantes en la percepción estadounidense: la venían utilizando desde 1946, y la han sacado cada vez que hay una elección irregular.

Otra constante del mismo periodo fueron los esfuerzos por desprestigiar a la oposición, en especial a la de izquierda. *The Wall Street Journal* identificó a Cuauhtémoc Cárdenas como el hijo de Lázaro Cárdenas, “fundador del PRI moderno e inventor de la maquinaria para robar votos” (no hay duda del autoritarismo de Cárdenas, pero fue en la elección presidencial de 1929 cuando el PNR —antecesor del PRI— ensayó, con el apoyo del embajador Dwight Morrow, las técnicas del primer gran fraude de la era posrevolucionaria). Al Frente Democrático Nacional que postulaba a Cárdenas, *The Wall Street Journal* lo calificó de “rama echeverrista del PRI”, asegurando que mucha de su “fuerza electoral” venía de la Quina, líder del sindicato petrolero que durante mucho tiempo había sido un “baluarte priísta pero que había estado en lucha constante contra los esfuerzos del gobierno de De la Madrid por controlar la corrupción”.²⁰

Si bien los principales medios estadounidenses respaldaron a Salinas, también propusieron —aunque con menor énfasis— que se reconocieran los triunfos de izquierda y derecha. En otro editorial, el *NYT* sugería que Carlos Salinas debía “honrar su compromiso de reconocer lo que él llamó ‘nueva realidad política’ [...] Ello significa dejar que la izquierda y la derecha traduzcan sus triunfos en formas políticas institucionales”.²¹ Tampoco guardaron un silencio total sobre las irregularidades, que fueron incluidas en artículos importantes. Así, el *NYT* publicó una nota sobre la manipulación de la información que hacía la televisión, refiriéndose, en especial, al noticiero de Jacobo Zabludowsky, y otra elogiando el profesionalismo y la objetividad de *El Norte* de Monterrey.²²

Como ocurrió desde el periodo de gobierno de Miguel Alemán, el apoyo a Salinas estuvo centrado en el énfasis que los medios de información pusieron en los diversos temas y en lo que *no* escribieron. Ninguno de los grandes periódicos de Estados Unidos publicó, jamás, un reportaje serio sobre la magnitud del fraude de 1988 y el efecto que había tenido sobre la elección. La información sobre las irregularidades, sin embargo, siempre estuvo a su disposición. En 35 distritos rurales Salinas obtuvo un porcentaje de votación entre 105 y 125% del número de adultos estimados en el censo. En Chiapas, el distrito de Ocosingo aportó 105% de los incluidos en el listado de electores, y el de Comitán 124%. Chiapas, con 3% de la población nacional, aportó 6% del voto entregado a Salinas.²³

El gobierno de Estados Unidos, por su parte, hizo lo que pudo para apuntalar el controvertido triunfo de Salinas. Uno de los periodistas más prestigiados del *NYT*, R.W. Apple, Jr., comentaba que, “aunque no lo digan

públicamente, funcionarios estadounidenses están respaldando al señor Salinas en lo que consideran un esfuerzo honesto de tener un nuevo principio. No parecen preocuparles las irregularidades en el voto [...] y le están dando mucho peso a los informes desde México que sugieren que Salinas se ha aliado con un grupo reformista del PRI".²⁴

Las acciones de Washington fueron más elocuentes que cualquier declaración. El 17 de octubre de 1988 informó que había otorgado un préstamo puente de 3,500 millones de dólares que, de acuerdo con el *NYT*, tenía la intención de "respaldar las políticas existentes en un momento de gran fermento político". En esa nota, firmada por Larry Rother, un anónimo banquero estadounidense hacía un comentario profético: "no se te ocurra pensar que éste es el último capítulo. México regresará al pozo una vez más, y los Estados Unidos tendrán que ayudar otra vez porque no puede pagar el costo de negarse".²⁵

Desde 1976, el Departamento de Estado informa anualmente al Congreso sobre la situación de los derechos humanos en México y el mundo. Estos informes son uno de los barómetros más útiles y menos explotados sobre las relaciones México-Estados Unidos. Pese a un lenguaje rebuscado, que evita afirmaciones concretas, es obvio el apoyo oficial otorgado por los gobiernos demócratas y republicanos al PRI. Las técnicas con que lo hacen son similares a las mencionadas en capítulos anteriores. Por ejemplo, una forma frecuentemente utilizada ha sido señalar ciertos abusos, pero inmediatamente después se realzan los esfuerzos llevados a cabo por el gobierno para corregir los males.

En el informe sobre 1990 habla de que el "gobierno ha procesado a algunos funcionarios de policía que han obtenido evidencias o confesiones por medio de tortura"; en el correspondiente a 1991 se asegura que el "gobierno continuó los esfuerzos emprendidos en 1991 para reducir la incidencia de tortura y abusos similares".²⁶ Otra práctica ha sido la de suponer que la existencia de un marco legal incluye su cumplimiento, o aceptar versiones oficiales sin efectuar una investigación más profunda. Se incluiría, además, el uso de ambigüedades o sutilezas y el dejar de mencionar algunas fuentes, todo lo cual podrá apreciarse comparando la forma tan diferente en que trataron las elecciones de 1986 y 1988.

En el informe del Departamento de Estado correspondiente a 1986 se dice que en las elecciones de Chihuahua (julio de 1986) se cometieron muchísimas irregularidades y que las "acusaciones estaban respaldadas por periodistas de investigación mexicanos y extranjeros y por activistas partida-

rios. Además de ellos, después de las elecciones de Chihuahua destacados intelectuales de izquierda y *miembros de la jerarquía católica* denunciaron públicamente lo que consideran como un claro fraude electoral.²⁷ En este texto es claro que se dan como un hecho las irregularidades, y que la mención a periodistas extranjeros y a miembros de la jerarquía católica es una forma indirecta de respaldar la crítica.

El informe correspondiente a 1988 es notablemente diferente. Pese a la magnitud y trascendencia que tuvo ese proceso, el Departamento de Estado sólo menciona que los "partidos de oposición y otros observadores" alegaban "fraude electoral". No sólo eso, sino que justificaron las elecciones de una forma tan barroca que borda en el absurdo: "si se le compara con otros años el margen de victoria del PRI fue mucho más reducido, muchos observadores creen que el nivel de fraude electoral de 1988 fue considerablemente más reducido". Después se dedican a listar los avances del 88: entre otros, un mayor número de diputados de oposición y la presencia de la mujer en la política.²⁸ También aparece la acostumbrada mención a cuánto se preocupan por México, al que terminan identificando con el Partido Revolucionario Institucional. Así, de esta manera, es como se defiende a un régimen autoritario, manteniendo intacta la autoestima del que se considera excepcional y objetivo.

Carlos Salinas de Gortari y el Tratado de Libre Comercio

Aunque no se sometió a un análisis de contenido lo publicado por el *NYT* durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, la impresión que dejan los principales artículos publicados por la prensa extranjera durante esos años es que Salinas ha sido el presidente mexicano que más ha entusiasmado a la comunidad internacional; más aún que Miguel Alemán. Un comentario aparecido en *The Economist* en 1993, aunque excesivo, captura el espíritu de la mayor parte de la comunidad internacional: "a pesar de lo controvertido de su principio (las elecciones de 1988), a más de cuatro años de iniciado su gobierno, el señor Salinas tiene derecho a ser aclamado como uno de los grandes hombres del siglo XX".²⁹

Tanto entusiasmo tiene varias explicaciones. Una de las que se mencionan (aunque todavía no se documenta del todo) es el aparato de propaganda y de relaciones públicas montado por Carlos Salinas para alimentar una imagen que los estadounidenses estaban predispuestos a creer. El mensaje enfatizaba la idea de que los tecnócratas eran una élite moder-

nizadora sin la cual la inestabilidad sería inevitable, con la que explotaban hábilmente los miedos ancestrales de la élite estadounidense. Salinas aparecía como el mejor y como el insustituible.

No todo era propaganda, por supuesto. Salinas realizó una reorientación fundamental del proyecto nacional mexicano y es indudable que algunos de los cambios que impulsó fueron necesarios. Esos serían los casos de la excesiva participación del Estado en la economía; de la normalización de la situación jurídica de las iglesias o de la búsqueda de una relación menos tortuosa con Estados Unidos. Sin embargo, la forma apresurada y desordenada en que se ejecutaron esas reformas provocó errores costosísimos y alimentó la corrupción que, pese a llegar a niveles escandalosos, fue minimizada en Estados Unidos así como lo hicieron durante el auge petrolero.

De todas las reformas, la más importante fue la decisión de negociar un Tratado de Libre Comercio (TLC), y en ella aparecen condensadas las tendencias aquí incluidas. La fuerza del presidencialismo se aprecia claramente en la forma como México tomó una decisión tan trascendental. En una entrevista concedida por Salinas a Robert Pastor explicó que una de las razones para buscar el TLC fue que los "cambios en Europa y Asia y una aparente tendencia hacia los bloques *me convencieron* de que deberíamos intentar ser parte de un bloque económico comercial con Estados Unidos y Canadá".³⁰

La clase política tradicional instrumentó obediente una orden presidencial que significaba un viraje histórico en la forma de conceptuar y tener relaciones con Estados Unidos. Quienes se opusieron desde el gobierno o los grupos independientes no tuvieron la capacidad de influir sobre la maquinaria salinista, porque la sociedad aceptó el argumento de que con el TLC mejoraría su suerte.

En Estados Unidos la argumentación a favor del TLC giró en torno de los beneficios que traería a la economía estadounidense y de que dicho tratado sería para el bien de México. En una revisión de la bibliografía producida sobre las relaciones económicas de México con el exterior, Ricardo Grinspun y Maxwell A. Cameron demuestran que la mayoría de los analistas estadounidenses consideraban que había una cierta inevitabilidad en el TLC, y que éste sería benéfico para México. Las tesis centrales que manejaron fueron varias. De aprobarse el TLC, habría

un crecimiento estable de la economía mexicana y un flujo sostenido de capital para financiar ese crecimiento; una mejora lenta

pero segura en el nivel de vida de los mexicanos pobres a medida que mejoraran las condiciones de trabajo y los salarios; mejoras en los indicadores sociales a medida que los beneficios del crecimiento se filtraran; y una lenta pero firme liberalización del sistema político.³¹

En otras palabras, por medio de la liberalización económica se llegaría algún día a la democracia, lo que embonaba con la cronología pensada por Salinas, quien en una entrevista bastante conocida aseguró que "cuando se están realizando reformas económicas tan profundas tiene uno que asegurarse de que se construye un consenso político tras ellas. Si al mismo tiempo se realiza una reforma política radical, puede uno quedarse sin ninguna reforma. Y nosotros queremos tener una reforma, no un país desintegrado".³² El sistema político terminó liberalizándose, pero por el impulso social y contra la resistencia de la élite gobernante.

Tan entusiasmados estaban con las reformas salinistas que ignoraron o no quisieron ver los aspectos negativos de ese sexenio. Uno de los problemas más graves fue el creciente poder de los señores de las drogas. De acuerdo con *The Economist* de diciembre de 1995,

durante el sexenio de Salinas los señores de la droga consolidaron su territorio [...] los agentes antinarcoóticos estadounidenses sabían que estaba creciendo su influencia y con frecuencia se negaron a trabajar con contrapartes mexicanas que sabían corrompidas. Pero otros funcionarios estadounidenses, decididos a consolidar las reformas económicas de Salinas con el Tratado de Libre Comercio, mantuvieron una actitud ciega, a menudo haciendo declaraciones laudatorias de los esfuerzos mexicanos en el combate a las drogas, pese a la evidencia en contrario.³³

El compromiso de la mayor parte de la élite estadounidense a favor de Salinas y el TLC embona perfectamente con la historia hasta ahora contada. En abril de 1991, el embajador de Estados Unidos en México, John Negroponte, envió a Washington un memorándum confidencial que hace explícita la lógica de Washington. Recuerda que desde mediados de los años ochenta empezaron a reformarse las políticas exterior y económica, lo que se aceleró "dramáticamente cuando Salinas tomó el poder en 1988. La propuesta de un TLC es, de alguna manera, la piedra que culmina y ase-

gura estas políticas". En la política exterior el "TLC institucionalizaría la aceptación de una orientación estadounidense en las relaciones exteriores de México". En lo económico, el TLC sería un "instrumento para promover, consolidar y garantizar la continuidad de la reforma económica más allá de la administración Salinas".³⁴

Viéndolo con una perspectiva más amplia, el entendimiento entre los dos países había funcionado durante casi todo el siglo, pero había aspectos insatisfactorios para Washington. Carlos Salinas abría la posibilidad de resolver las ocasionales irritantes creadas por un país potencialmente inestable y con tendencias a ser independiente. Por Salinas, México finalmente adoptaría las tesis estadounidenses sobre la mejor forma de organizarse económica y políticamente. El TLC era, además, una solución definitiva a cualquier resabio de culpa dejado por una historia de invasiones y saqueos. En una conversación privada, un funcionario de la administración Clinton hizo una metáfora muy acertada para explicar esta faceta de la relación: Carlos Salinas fue una especie de sacerdote que absolvió de sus pecados históricos a Estados Unidos.³⁵

La internacionalización de la política

A partir de mediados de los años ochenta se expresó con mayor claridad el interés que tenían grupos sociales de los dos países por tener relaciones, al mismo tiempo que crecía la relación entre las élites de México y Estados Unidos.

La historia tiene varios afluentes que desembocan en una internacionalización de la política mexicana con dos expresiones: un número creciente de actores mexicanos incorporaron el factor externo a sus estrategias y tácticas, al mismo tiempo que algunos grupos extranjeros incrementaron su interés por México. Una consecuencia de la intensificación de la relación fue que salió a la superficie el mito de la independencia y del nacionalismo oficial mexicanos.

Durante las guerras centroamericanas, la situación geográfica de México lo convirtió en uno de los puntos de confluencia de grupos internacionales interesados en el conflicto. Las fundaciones y organizaciones que venían del norte para ayudar a los refugiados o desplazados entablaron relaciones con organizaciones mexicanas independientes, como las diócesis de San Cristóbal y de Tapachula o las ONG de diferentes partes del país.

Esas relaciones sensibilizaron a las ONG mexicanas (que muy encerradas en sí mismas vivían en una semiclandestinidad obligada por el autoritarismo) sobre lo necesario que era crear redes y desarrollar el trabajo internacional. Con ello se sentaron las bases de una relación que luego facilitaría el apoyo político y el flujo de recursos financieros en momentos tan importantes como la observación de la elección de 1994, la promoción de la paz en Chiapas o las elecciones de 1997. Actualmente existen redes entre grupos sociales de México, Estados Unidos y Canadá, lo que influye en la forma en que se conducen las relaciones entre gobiernos.

Simultáneamente se rompió el tabú de que los mexicanos no debían airear los problemas de México frente a extranjeros. Además, empezaron a aparecer comentarios bien críticos en medios estadounidenses.³⁶ En agosto de 1986 algunos miembros del Partido Acción Nacional denunciaron los fraudes y la corrupción electorales en una audiencia informal organizada por el senador Jesse Helms;³⁷ el hecho causó un escándalo en México y los panistas fueron acusados de andar buscando la intervención de Estados Unidos.

Paradójicamente ese mismo mes el gobierno mexicano había modificado discretamente su política y se embarcaba en un intento deliberado por influir en Estados Unidos. En agosto de 1986 el gobierno mexicano contrató a compañías de cabildeo estadounidenses para que promovieran la imagen oficial en Washington. Por razones que desconozco, los cabilderos exageraron en su entusiasmo y su primera actividad fue depositar catorce juegos de información sobre México, cada uno de los cuales pesaba cinco kilos en las puertas del *NYT* en Washington.³⁸

A partir de entonces la flama del patriotismo oficial fue opacándose y los ocasionales chispazos ya no tenían ni la fuerza ni la efectividad del pasado. La política económica de Salinas y la creciente cercanía entre los gobiernos de Estados Unidos y México hacían cada vez más evidente la incongruencia oficial, lo que facilitó el aumento del diálogo entre sociedades. Poco a poco, e impulsados por el trabajo pionero realizado por los académicos, grupos estadounidenses de lo más diverso empezaron a preocuparse por México. En 1986 el *NYT* publicó una carta de la sección estadounidense de Amnistía Internacional, donde expresaba su preocupación por los "más de 400 casos de desaparecidos, la tortura y los malos tratos de los prisioneros y la detención de los que consideramos prisioneros de conciencia". En su opinión México ocupaba el segundo lugar "después de Chile" como violador de los derechos humanos en el hemisferio.³⁹

En 1988 el Minnesota Lawyers International Human Rights Committee (actualmente se llama Minnesota Advocates for Human Rights) estableció el primer programa dedicado exclusivamente a México. En 1989 Americas Watch empezó una investigación sobre México para, según el entonces director ejecutivo, Juan Méndez, "responder al creciente interés de sectores no oficiales (iglesias, sindicatos y organizaciones sociales) por lo que pasaba en México".⁴⁰ La sección estadounidense de Amnistía Internacional también realizaba otra investigación, lo que era posible porque la democratización de América Latina había liberado recursos financieros y humanos que podían dedicarse a México.⁴¹ Estas organizaciones encontraron en México a ONG dispuestas a proporcionar información, liberadas ya de la preocupación de ser acusadas de traición a la patria.

A esta internacionalización contribuyó de manera involuntaria el gobierno de México. Por una coincidencia, el informe de Americas Watch ("Human Rights in Mexico: A Policy of Impunity") fue presentado en Los Ángeles en junio de 1990, días antes de que los presidentes de México y Estados Unidos anunciaran en Washington su decisión de iniciar las negociaciones para el Tratado de Libre Comercio. El presidente Salinas y su equipo entendieron que la violación de los derechos humanos en México podía obstaculizar el acuerdo comercial. La reacción fue fulminante: Carlos Salinas ordenó la creación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH); tal disposición se obedeció en tan sólo 72 horas.⁴²

La CNDH, pese a su origen y a que nació sin que se le otorgara competencia en asuntos laborales y electorales, al concentrarse en la defensa de las garantías individuales incrementó los obstáculos al uso de la coerción, y esto abrió más espacios para la creación de movimientos sociales independientes del régimen. Otra consecuencia, inesperada, radicó en el aliento que dio a la internacionalización de la política. Para mejorar la imagen del régimen, funcionarios de la CNDH iniciaron una intensa actividad internacional en la que hablaban de lo que hacía el gobierno para frenar las violaciones a los derechos humanos en México y con ello terminaron de legitimar la actividad internacional que realizaban grupos independientes.⁴³

Otro efecto se relaciona con la agenda de las ONG de derechos humanos. Por años la prioridad de éstas se orientó a la defensa de las garantías individuales. Al crearse la CNDH, las ONG ampliaron la agenda de los derechos que defendían y, a partir de 1991, incorporaron los derechos políticos y el derecho a la información, que sería una de las fuentes del vigoroso movimiento cívico a favor de elecciones confiables que se expresó en

las elecciones de los años noventa modificando la cultura política del país. Paradojas de la historia: un acto autoritario nutrió las fuerzas que iban a combatir esa forma de gobierno.

De 1994 a 1997

En diciembre de 1993 parecía que la élite gobernante podría seguir controlando al país y posponiendo la liberalización política. El primero de enero de 1994 apareció el EZLN, en agosto vendrían unas elecciones presidenciales importantísimas y en diciembre una devaluación. En esos y en otros hechos se han manifestado claramente (aunque de manera diferenciada) las variables anteriores.

El sueño salinista empezó a derrumbarse el primero de enero de 1994, cuando se inició un levantamiento indígena en Chiapas que exhibió las limitaciones e insuficiencias del proyecto económico, mostró las debilidades de la clase política y aceleró las posibilidades de la democratización. El primer impulso del gobierno fue utilizar la fuerza, pero se enfrentó a la reacción de una parte de la sociedad mexicana y de la comunidad internacional que forzaron una tregua.

Cuando parecía que la situación se normalizaba vino el asesinato del candidato del PRI a la presidencia, Luis Donaldo Colosio, en marzo de 1994, y del líder del PRI, José Francisco Ruiz Massieu, en septiembre de ese mismo año. Una división adicional se dio cuando Manuel Camacho Solís inició su alejamiento del PRI al anunciarse la selección de Luis Donaldo Colosio como candidato a presidente.

Chiapas y el asesinato elevaron la importancia de las elecciones presidenciales. Existían dos candidatos opositores fuertes, y fue novedosa la aparición de observadores electorales, entre los que destacó Alianza Cívica, una coalición de centenares de ONG y miles de ciudadanos. Las elecciones fueron cuidadosamente monitoreadas: aparecieron todas las irregularidades que se dan en una elección presidencial y la pobreza de la cultura cívica mexicana.⁴⁴ Entre otras cosas, quedó demostrado que los medios de información habían sido parciales y que no había controles sobre los gastos de campaña.

La reacción de Estados Unidos (y en general de la comunidad internacional) mostró la forma en que se había bifurcado la opinión. Ante la rebelión en Chiapas el gobierno de Estados Unidos reaccionó extendiendo todo su apoyo al gobierno mexicano. Durante las elecciones de 1994 dio

un apoyo simbólico y retórico a las fuerzas a favor de la democracia y se comprometió a garantizar que las elecciones fueran pacíficas, sin importarle que fueran democráticas. Si regresamos en el tiempo, no hay muchas variaciones en el respaldo que extendieron el régimen cada vez que hubo elecciones competidas.

Fue novedosa en esta ocasión la amplitud de la reacción de la sociedad y los medios de información estadounidenses. A los cuatro días de iniciada la rebelión en Chiapas llegó la primera organización estadounidense de derechos humanos a la región, invitada por sus contrapartes mexicanas. Para las elecciones presidenciales de 1994, organizaciones como Washington Office on Latin America y Global Exchange enviaron misiones de observadores a respaldar a sus contrapartes mexicanas, mientras que fundaciones como la John T. and Catherine D. MacArthur financiaban actividades de promoción de la democracia.

El cambio de percepción lo ejemplifica el corresponsal de *Newsweek*, Tim Padgett, quien publicó una reflexión excepcional sobre su experiencia en México. A Carlos Salinas de Gortari le reconoce haber sido un "presidente extraordinario" por las reformas económicas que impulsó. Sin embargo, luego lanza una afirmación que resume un sentir muy generalizado: "nos engañó haciéndonos pensar que había modernizado México". Salinas cambió la "imagen pero no la substancia de México". Sus "reformas económicas no modernizaron a México porque no transformó el aparato político corrupto, represivo e ineficiente que controla la economía mexicana".

"Salinas nos sedujo e hizo que olvidáramos que la política en México se maneja con reglas bizantinas, mafiosas. Me hubiera ido mejor durante su presidencia de haber recordado una regla elemental que me enseñaron como joven reportero en Chicago: 'si tu mamá te dice que te quiere, verifica el hecho'", algo que pocos corresponsales y académicos hicieron.

"¿Por qué pudo Salinas engañar a los estadounidenses?", se pregunta Padgett. La razón principal es su parecido con los estadounidenses: "Salinas tenía un diploma de Harvard y hablaba inglés. Era igual que un estadounidense. Vestía trajes conservadores marca Armani y hablaba como un corredor de Wall Street. Era como un estadounidense". Por si eso no bastara, "los columnistas dedicados al chisme aseguraban que Salinas era un aburrido en su vida sexual. *Exactamente como un estadounidense* (o británico)".

Si el expresidente mexicano pudo hacer creíble esa imagen fue por su maestría en las "relaciones públicas". Nos convenció —agrega Padgett— de que las "inversiones que hiciéramos en México transformarían a este país en

una democracia moderna con una clase media saludable y feliz. Ahí estuvo el problema: en realidad, Salinas era un aliado de la oligarquía mexicana, y no estaba interesado en promover la democracia o a la clase media".

Padgett cuenta algunos métodos de Salinas:

uno de sus trucos favoritos era volar por todo el país —siempre acompañado de periodistas estadounidenses— entregando carreteras, agua o electricidad a los pobres como si fuera un regalo suyo en lugar de los derechos que tenían esos mexicanos. Salinas era tan vanidoso como un virrey español y un emperador azteca y como era muy consciente de su corta estatura, a menudo llevaba zapatos de plataforma.

Tim Padgett —al igual que muchos otros extranjeros y mexicanos— cambió su opinión sobre Salinas y México, a raíz de la rebelión zapatista. Al observar la matanza que se perpetró en Ocosingo en los primeros días del conflicto se dio cuenta que "había algo muy malo bajo la superficie del 'milagro mexicano'".⁴⁵

Esta sensación se confirmó en diciembre de 1994 con una devaluación que incluso algunos economistas que simpatizan con el régimen aceptan que fue "provocada —sobre todo— por las políticas monetaria y fiscal seguidas durante 1994" por el gobierno de Carlos Salinas y que eran "inconsistentes con la tasa de cambio". Otro factor —también imputable al régimen— fue transformar "toda la deuda gubernamental de corto plazo (los tesobonos) contratada en pesos, a instrumentos en dólares, lo que aumentó considerablemente el riesgo de la insolvencia".⁴⁶ Es decir, el autoritarismo presidencialista y la falta de controles sobre el ejecutivo volvieron a afectar negativamente a México.

Por la devaluación fue necesario que "rescataran" otra vez a México. Como en 1976, 1982, 1985, 1986 y 1988, el gobierno mexicano volvió a depender de la buena voluntad de la comunidad internacional y de Washington. La reacción no tiene precedentes en el mundo. La Casa Blanca demostró la vigencia del entendimiento entre las élites organizando un paquete de ayuda gigantesco. A finales de enero de 1995 —un tiempo récord— el gobierno de Estados Unidos anunció que tenía listo un paquete financiero de aproximadamente 50 mil millones de dólares, integrado por préstamos del gobierno estadounidense (20 mil millones), del Fondo Monetario Internacional (17.8 mil millones), el Banco de Pagos Internacio-

nales (10 mil millones), Canadá (mil millones de dólares canadienses) y de un grupo de países latinoamericanos (mil millones).

Ese paquete de ayuda provocó un escándalo en Washington, en donde algunos sectores del Congreso acusaron a la administración Clinton de que, durante 1994, había ocultado la verdad sobre la situación económica de México.⁴⁷ Algo hay de verdad en eso. La "certificación" anual que hace el Departamento de Estado sobre la colaboración de México en el combate a las drogas provocó reacciones muy fuertes en algunos sectores. El senador Robert F. Bennett comentó:

si el propósito es determinar qué está pasando en México, es obvio que la certificación es una broma. Al mismo tiempo, entiendo que se hizo [...] porque el presidente [Clinton] consideró que no podía debilitar al presidente Zedillo al grado de que el problema pudiera empeorarse. En consecuencia, mentimos. No podemos descertificar a México. Tenemos que mentir sobre lo que está pasando porque nuestra relación con México es tan importante que no podemos dejar que se arruine.⁴⁸

Otras críticas, como la hecha por el representante David Bonior, argumentaban que Estados Unidos no debía "enviar dinero a México para apuntalar a una nación con la tasa de crecimiento de multimillonarios más grande del mundo". La administración Clinton, por su parte, esgrimió razones económicas, de seguridad nacional y de prestigio para defender su decisión (muy similares, por cierto, a las manejadas para mantener la guerra en Vietnam). El secretario de Estado, Warren Christopher, testificó ante el Congreso que Estados Unidos tenía mucho en juego en la estabilidad mexicana, y la pérdida de ésta afectaría la "prosperidad y estabilidad de América Latina y de las economías emergentes de todo el mundo". Además de ello, agregó, era una "prueba del liderazgo estadounidense".⁴⁹

Para contrarrestar estas críticas y para garantizar sus intereses, el gobierno estadounidense impuso condiciones sin precedentes al gobierno de México, el cual se vio obligado a profundizar todavía más la reestructuración económica que estaba realizando.

Durante esta década se hizo evidente que el efecto estadounidense en México ya no es unidimensional. Es decir, aunque Washington sigue apoyando al gobierno mexicano como siempre, existen grupos interesados en la paz y la democracia en México que han fortalecido los espacios del

cambio. En Chiapas, y en la batalla por elecciones limpias y confiables, se manifestaron estas fuerzas que, aunque minoritarias, tienen la capacidad de obstaculizar las políticas autoritarias como fue parcialmente demostrado durante la búsqueda de la paz en Chiapas y la lucha por elecciones confiables que dio un salto fenomenal durante las elecciones de 1997.

En síntesis, entre 1986 y 1997 quedó demostrado que el entendimiento mantenía su vigencia aunque se vio gradualmente modificado. Por otro lado, resulta evidente que para entender mejor la historia mexicana de este siglo debe incluirse el papel jugado por los Estados Unidos. La evidencia que he presentado en este sentido me permite concluir que el apoyo externo que recibió el PRI le permitió mantener el control e hizo considerablemente más lenta la transición.

Con esta óptica, la decisión del presidente Clinton de reunirse con los presidentes de los partidos de oposición durante su visita a México de mayo de 1997, fue una clara señal de que Washington había entendido la inevitabilidad de un México más democrático. La acción no determinó los resultados electorales pero mostró un cambio de política.

Los resultados de esa elección le dan a México una oportunidad dorada para discutir y decidir sobre el perfil que debería tener el modelo económico y el sistema político. En ese proceso, que está lejos de haberse terminado, será inevitable discutir el tipo de relación que México debe establecer con Estados Unidos. Al otro lado de la frontera, el gobierno y la sociedad estadounidenses tienen el reto de entender mejor los problemas y las aspiraciones del pueblo de México.

ESTADOS UNIDOS Y EL NACIONALISMO MEXICANO



La metodología utilizada capturó los grandes trazos de lo que fue pensando la élite estadounidense sobre México, y con la información obtenida se hizo posible reinterpretar algunos aspectos de su historia reciente. Este recorrido por los últimos cincuenta años de la historia de México y de su relación con Estados Unidos demostró que algunos mitos tienen que revisarse; entre otros, que México es difícil de entender, que la élite de Estados Unidos es excepcional, y que los mexicanos no hablan con extranjeros y son políticamente pasivos.

La metodología

La principal fuente de información fueron los artículos sobre México publicados en el *Times*, y sometidos a un análisis de contenido de 215 variables. Este material se utilizó de dos formas. Una, aprovechando la enorme cantidad de información contenida en esos 6,903 artículos. Otra, interpretando las tendencias y los cambios que iban teniendo las ideas. En ambos casos los resultados se confrontaron y enriquecieron con lo escrito por funcionarios y académicos.

Una y otra vez surgieron evidencias de que, dentro de ciertos márgenes, existe una visión del mundo compartida que apareció en la percepción estadounidense de los diferentes aspectos de la vida mexicana. Con algunas excepciones que han ido creciendo en importancia desde los años ochenta, estarían el perenne optimismo con que han juzgado al partido gobernante o al gobierno y el rechazo a las fuerzas que ellos identifican como de izquierda. No estamos ante una conspiración decidida en alguna oficina de la CIA, sino frente a coincidencias que provienen de compartir creencias como la excepcionalidad de Estados Unidos y la benignidad del capitalismo y el liberalismo.

No hace falta que cada uno de los estadounidenses citados supiera que sus ideas estaban influidas por una visión colectiva. Es posible que algunos estuvieran convencidos de la originalidad de su producción individual y que ignoraran ser "hablantes colectivos". Pese a lo que opinaran de sí mismos, sus palabras estaban socialmente determinadas por ideas articuladas que evolucionaron junto con la sociedad y de esa manera modificaron los parámetros con que juzgaban a México.

Que hubiera una conciencia colectiva no elimina los aportes individuales; simplemente da un marco para ubicarlos. En los trabajos de Galdwin Hill, Oscar Lewis, Henry Giniger, Susan Kaufman, Kevin Middlebrook, Bruce Bagley, Roderic Ai Camp, Roger Hansen, John Womack, Evelyn Stevens, Alan Riding, John Bailey, Friedrich Katz, David Brooks, Susan Eckstein, Wayne Cornelius, Judith Hellman, David Ronfeldt, Peter Smith, Jonathan Fox, John Coatsworth, Ellen Lutz, George Grayson, Martin Nedler, Ann Craig, Delal Baer, Clark Reynolds, Clint Smith, Riordan Roett, Stanley Ross, Stephen Wager y tantos otros, hay aportaciones al conocimiento que fueron ampliando la conciencia colectiva. La mente de cada uno de estos individuos iba recogiendo y nutriéndose de las ideas e información que circulaban en su país, en México y en el mundo para, después de procesarlas con la imaginación y el rigor científico, fecundar nuevas ideas en una dialéctica tan interminable y tan vieja como la historia.

Una precisión es necesaria. La incorporación de una idea o hecho a la conciencia individual o colectiva no depende sólo de su validez, sino de que sea compatible con los intereses de esa persona o país. Cuando no existe esa compatibilidad son frecuentes los mecanismos de evasión, negación o racionalización.

La comprensión de México

¿Qué tan bien entiende la élite estadounidense a México? A finales del siglo XX esta pregunta, aunque inevitable, está mal planteada, porque Estados Unidos tiene la posibilidad de entender a México a la perfección. Lo correcto es, más bien, interrogarse qué tanto quiere y puede saber acerca de México. Estamos ante los límites individuales y colectivos de la conciencia y de los mecanismos mediante los cuales se disimulan dichos límites, lo que, por otro lado, no es exclusivo de Estados Unidos; aparece en todas las culturas.

Un mito bastante extendido entre los extranjeros es lo difícil que resulta entender a México y a los mexicanos, lo que en ocasiones explican por

su mutismo y pasividad. En 1985 Cathryn Thorup escribió que pocos norteamericanos parecen "comprender bien a México, pese a nuestra larga y estrecha relación".¹ Es cierto que en los años cuarenta y cincuenta la comprensión de México fue desigual tendiendo a pobre. Sin embargo, a partir de los sesenta tal conocimiento ha mejorado a pasos agigantados. Desde entonces se ampliaron los márgenes de su conciencia, se renovaron las metodologías, creció exponencialmente el número y la calidad de los mexicanólogos, quedó demostrado que los mexicanos sí hablan con los extranjeros dispuestos a escuchar, y se estableció un diálogo fecundo con académicos mexicanos que, por su parte, han tenido una enorme productividad. En 1996 la élite de Estados Unidos tiene a su disposición la información y los análisis suficientes para conocer muy, pero muy bien a México.

Lo relevante es que no todos los miembros de la élite están interesados en incorporar esa abundante información y esos complejos análisis a su entendimiento de México y de lo mexicano. Hay aspectos de la vida mexicana que algunos miembros de la élite prefieren ignorar, porque trascienden los niveles máximos de su conciencia. El engañarse a sí mismos es normal: generalmente cada uno decide lo que puede y quiere saber. Se trata de los escatomas u hoyos negros de la conciencia que surgen, entre otras razones, por falta de conocimientos o por la intención de defender intereses concretos. En las próximas páginas se mencionan algunas de las carencias más comunes y notables, pero hay que aclarar que se trata de generalizaciones que, afortunadamente, tienen excepciones individuales.

La élite estadounidense no ha sometido a un escrutinio riguroso al sector privado mexicano, pese a que durante el periodo que cubre el estudio una parte del empresariado demostró ser, en algunos momentos y circunstancias, tan ineficiente y corrupta como las instituciones gubernamentales a las que ciertamente criticó.² Por ejemplo, los estadounidenses nunca llevaron a cabo una investigación seria sobre los malos manejos o la ineficiencia de los bancos antes de su nacionalización en 1982. Reconocer estas carencias no significa estar en contra de la economía de mercado o del empresariado, sino recordar la necesidad de entenderlos. En Estados Unidos los medios de información y los académicos someten al empresariado de ese país a un escrutinio constante.

El hueco tal vez se deba a que la élite estadounidense concentró su atención en el excesivo papel desempeñado por el Estado y exageró su protección al sector privado mexicano, al cual no criticó con la esperanza de que se convirtiera en una alternativa. De ser así, a medida que avancen y se

consoliden la privatización y liberalización de la economía mexicana, aumentará la disposición estadounidense a criticar a la empresa privada.

Otra carencia ha sido la poca atención dedicada al funcionamiento perverso de la estructura coercitiva del gobierno mexicano. Entre algunos académicos es posible que la indiferencia obedeciera a falta de información, pero la actitud gubernamental ha sido deliberada, porque los gobernantes estadounidenses siempre han conocido la forma de operación y la corrupción de las policías mexicanas. En diferentes documentos aparecieron referencias aisladas a las "innumerables corporaciones policiacas que se han convertido en símbolos de corrupción, abuso de poder y, en algunos casos, criminalidad abierta".³ También existe evidencia documental de que, al menos desde 1951, la CIA conocía las relaciones entre algunos funcionarios de la Dirección Federal de Seguridad y el narcotráfico.⁴

Dicho conocimiento proviene de que las instituciones gubernamentales estadounidenses siempre han trabajado y protegido a estas corporaciones. En 1982 el sistema judicial norteamericano intentó procesar a un famoso comandante de la Dirección Federal de Seguridad, Miguel Nassar Haro, por dirigir una banda que robaba automóviles de lujo en California para venderlos en México. La CIA detuvo el proceso, argumentando que Nassar Haro era uno de sus colaboradores más importantes en México.⁵

Tal desatención la justifican de diversas maneras. Una de ellas ha sido manifestar su intención de no intervenir en los asuntos internos de un país tan nacionalista como México. En ocasiones el gobierno mexicano ha alimentado esta interpretación manipulando el nacionalismo. Si funcionó tan bien el acuerdo entre élites fue por el silencio de los estadounidenses ante los abusos. En la medida en que la sociedad mexicana ha ido cambiando y ha estado dispuesta a elevar el tono y a articular mejor un mensaje, algunos sectores norteamericanos se han mostrado dispuestos a escuchar.

El mito del mexicano pasivo

En el pensamiento estadounidense hay una veta disimulada de menosprecio hacia los mexicanos, que se expresa de diversas maneras. Una de ellas es con un cierto fatalismo sobre las posibilidades de los mexicanos para liberarse del autoritarismo y tener un régimen democrático.

En el pasado este punto de vista se expresaba abierta y públicamente. Al iniciarse como países independientes, John Adams escribió que no podía haber "democracia entre los pájaros, las bestias y los pescados, ni

entre los pueblos de la América Hispana".⁶ A principios del siglo XX, el embajador James Sheffield agregó que los mexicanos no entendían "ningún argumento salvo la fuerza".⁷ Hace unos cuantos años, Alan Riding terminó su libro *Vecinos distantes* con una frase contundente: "en espíritu, México no es —y quizá nunca será— una nación occidental".⁸ Razonamientos de este tipo se retroalimentan con la pobre opinión que manifiestan sobre la voluntad de lucha del mexicano.

Es frecuente escuchar comentarios de extranjeros y mexicanos respecto a la pasividad de estos últimos ante los abusos gubernamentales. En un artículo del *NYT* de junio de 1983 se decía que "lo más sorprendente para los extranjeros es la calma con la que el sistema mexicano parece absorber [los costos de la crisis]". Otro, de julio de 1984, añadía que, pese a la crisis, en la sociedad mexicana "no parece haber rabia ni siquiera resentimientos hacia el gobierno [...] [existe más bien] una [...] calmada resignación".⁹ En pláticas privadas pueden ser más explícitos.

Para evaluar la veracidad de tal interpretación empecé a elaborar una investigación sobre coerción estatal y resistencia social que permite adelantar algunas hipótesis. En archivos y hemerotecas, en memorias individuales y colectivas, están los testimonios de que en los últimos cincuenta años en todo el país se ha presentado una cantidad muy grande de protestas aplastadas por el régimen que fueron sistemáticamente minimizadas o distorsionadas por los medios de información mexicanos y estadounidenses. Al no reconocer ni dar legitimidad a las protestas, se ahogó a estos movimientos y se nutrió la creencia sobre la pasividad de los mexicanos.

No todos piensan así. Desde los años sesenta existe en Estados Unidos una corriente académica, periodística y política dispuesta a documentar estas violaciones. Evelyn Stevens, Susan Eckstein, Kenneth Johnson, Judy Hellman o Ellen Lutz entre otros, han documentado los costos que representa el enfrentarse al autoritarismo en México. Sin embargo, observando el tratamiento concedido por el *NYT* y analizando el contenido de los informes anuales del Departamento de Estado sobre la situación de los derechos humanos en México, resulta evidente que esa información y esos análisis siguen sin penetrar en la conciencia de la mayor parte de la élite estadounidense, que está más cómoda asumiendo los mitos del mexicano pasivo y del presidente reformista enfrentado a dinosaurios reaccionarios.]

Son formas de justificar su apoyo a un régimen autoritario y defender sus intereses. También es una proyección de la inquietud que les provoca la posibilidad de convivir con un vecino ingobernable y la obsesión

que tienen por preservar márgenes extraordinariamente amplios de seguridad. A los estadounidenses les disgusta cualquier indicio de ingobernabilidad en México, sea ésta provocada por la izquierda o la derecha. El *NYT* citó a un diplomático norteamericano que recomendaba al PAN olvidarse "de huelgas de hambre y plantones [y se dedicara a] organizarse, juntar dinero, trabajar duro para ofrecer a la gente una verdadera alternativa al PRI".¹⁰ Las elecciones de julio de 1997 forzarán una reconsideración de estas ideas y de las que a continuación se presentan.

El silencio sobre el papel de Estados Unidos

El escatoma más notable e importante fue el desinterés tan generalizado de académicos, periodistas y funcionarios por entender el papel que ha desempeñado Estados Unidos en los asuntos mexicanos. Mientras que algunos mexicanos exageran cuando culpan de todo a Estados Unidos, los estadounidenses se van al otro extremo y, con excepción de algunos analistas de izquierda, no consideran la posibilidad de que algunas políticas de Estados Unidos afecten negativamente a México.¹¹ Hay varios ejemplos.

En diversas ocasiones criticaron la presencia de servicios de inteligencia soviéticos o cubanos en México pero muy pocas veces mencionaron, y jamás censuraron, a los servicios de inteligencia estadounidenses.¹² El silencio no es producto de la ignorancia, porque en una buena cantidad de documentos oficiales se habla de los servicios de inteligencia norteamericanos que operan en México y el *NYT* llegó a decir que "la CIA tiene una representación grande".¹³

Los interesados en la seguridad nacional mexicana tampoco toman en cuenta el rol que desempeña su país. Un ejemplo sería el del teniente coronel Alden M. Cunningham que sólo reconoce, en una nota a pie de página, que "limitaciones de espacio permiten mencionar que hay otros factores importantes en la seguridad nacional [de México]. Entre otros, las relaciones México-Estados Unidos, la renovación moral o la demografía".¹⁴

Aparece aquí un fenómeno similar al de su cobertura del sector privado mexicano. En su país evalúan y monitorean lo que hacen sus servicios de seguridad e inteligencia, pero no lo hacen en México. Tras este silencio hay un supuesto extraordinariamente importante: la élite estadounidense no concibe que alguna de sus acciones pueda afectar negativamente a su vecino del sur. El supuesto se alimenta de que se creen excepcionales y de que conside-

ran que México y Estados Unidos tienen los mismos intereses. Esta idea se asume sin que nunca nadie la haya demostrado.¹⁵

Supuestos tan fundamentales tienen derivaciones. Si Estados Unidos no amenaza a la seguridad mexicana, el nacionalismo mexicano termina siendo una actitud irracional y condenable porque impide la colaboración plena de un aliado potencial. Es evidente que entre ambos países se mantienen algunos intereses compartidos (como el combate al narcotráfico), pero existen otros en los que no hay coincidencia. Es igualmente claro que algunas políticas de Estados Unidos han afectado a México y el no reconocerlo nutre los mitos sustentados en fantasías, lo que acarrea efectos nocivos sobre la realidad.

La preservación de los mitos

En el análisis de los textos se fueron mencionando los métodos y técnicas (cambiantes en el tiempo) de los que se valen los periodistas, académicos y funcionarios para no plantearse las preguntas relevantes o para evadir temas que no les interesa tocar; actitud que, por otro lado, no es exclusiva de Estados Unidos. En los próximos párrafos se comentarán estos métodos y su papel en la construcción y preservación de mitos.

Una de las formas más efectivas de detectar las preferencias que tiene el autor de un texto es observando a quien cita. El *NYT* dio la voz principalmente a miembros de la élite económica o política de México porque ésa era la versión que les parecía más importante o con la que coincidían. Para probar que la cobertura pudo ser diferente, hay que contrastarla con un gobierno al que nunca quisieron proteger, como el cubano.

El análisis de contenido de una muestra de artículos publicados en el *NYT* sobre la Cuba revolucionaria a principios de los años sesenta, revela que le daban más "voz" a la oposición y sistemáticamente negaban la posibilidad de que el gobierno cubano pudiera tener la razón. La entrada a un artículo de 1960 es representativa del método: "Cuba —decía el rotativo neoyorquino— inicia el segundo año del régimen castrista [con] miedo e incertidumbre pese al alegre panorama descrito por el gobierno".¹⁶ En esta frase resulta evidente que están descalificando la versión oficial, y en el resto del texto a quienes dan más peso es a los opositores.

El manejo de tiempos y lugares es otro mecanismo útil para evadir la objetividad y se ha utilizado muchísimo en los análisis sobre México. Para ilustrarlo, elegí una parte de una columna de James Reston de 1986:

“en Estados Unidos hay quienes prefieren concentrarse en la corrupción política y el unipartidismo mexicano en lugar de recordar que a diferencia del resto de América Latina, el gobierno de México ha podido mantener la paz y evitar una dictadura militar durante más de medio siglo”.¹⁷ Es decir, con todo y sus deficiencias, cuando se comparaba al sistema mexicano con el de otros países terminaba siendo mejor y eso justificaba el hecho de respaldarlo. Es interesante mencionar que este método se encuentra en desuso, porque la ola democratizadora y el colapso del socialismo dificultan cada vez más comparar favorablemente a México con otros países.

Otra técnica utilizada es la de fragmentar el análisis y evitar una visión globalizadora. El recurso ha sido particularmente útil para diluir las responsabilidades de los presidentes, a quienes disocian de los aspectos más negativos del sistema político. Desde Miguel Alemán hasta Ernesto Zedillo los caciques, la represión, la corrupción o las irregularidades electorales son vistos como algo ajeno al presidente en turno, a quien presentan siempre como un individuo enfrentado a las fuerzas del pasado. Nunca consideran que si los presidentes están en el poder es porque han sabido utilizar a su favor el lado siniestro del sistema. El recurso se complementa ignorando la biografía de los mandatarios que, de revisarse, mostraría lo endeble del mito de la vocación democrática que aparece como revelación divina cada seis años.

Detectar estos mecanismos es sumamente interesante, porque los estadounidenses son muy rigurosos en el manejo de la información. En sus textos es poco frecuente la inclusión de la mentira deliberada o el control gubernamental que se pueden documentar en la prensa mexicana. El suyo es un manejo sutil de la información que conduce los razonamientos en una cierta dirección. Si este manejo es el resultado de un acto deliberado o inconsciente depende de los casos individuales, pero la constancia con que aparecen confirma la existencia de un estilo propio en la negación de ciertas realidades.

Constatar estas debilidades nos conduce al tema de la excepcionalidad estadounidense. Después de más de dos décadas de convivir con ellos y de estudiar su experiencia, he llegado a respetar lo abierto de su sociedad y lo arraigado de la conciencia ciudadana que los lleva a defender sus derechos y a vigilar rigurosamente a sus funcionarios y empresarios. Es también inevitable reconocer su inmenso, gigantesco poderío económico y militar. Sin embargo, el respaldo que han dado a un gobierno autoritario y corrupto como el mexicano contradice la opinión que tienen de ellos

misimos. ¿Cómo es que los ciudadanos excepcionales, de un país excepcional protegieron y respaldaron por tanto tiempo acciones tan contrarias a su idea de democracia y buen gobierno? La respuesta más obvia es que lo hicieron porque así convino a sus intereses, entre los que no estuvo un México democrático. En su política exterior, Estados Unidos se comporta como cualquier potencia.

La evidencia presentada en este libro demuestra que la objetividad y el rigor estadounidenses son en algunos casos realidad, y en otros, mitos. La información y las ideas se convirtieron en instrumentos privilegiados para el mantenimiento de las relaciones de dominación entre los dos países y para la preservación del orden establecido, lo que ha afectado negativamente a la mayoría de los mexicanos.

Hegemonía y coerción

Regreso, una vez más, a las preguntas planteadas en las primeras páginas del libro: ¿Cuál ha sido el papel desempeñado por Estados Unidos en la historia de México?, ¿qué costo hemos pagado y qué beneficios hemos obtenido de ser vecinos de la potencia?, ¿qué papel han tenido o pueden tener ellos en la creación de un México más justo y democrático? Arriesgo algunas respuestas a un tema que conserva muchas áreas en penumbra.

No comparto la salida fácil de responsabilizar a Estados Unidos de todas nuestras crisis y calamidades. La sociedad y el gobierno mexicanos tenemos buena parte de la responsabilidad de la prolongada y multidimensional crisis que vive el país desde los años setenta. Reconociéndolo, tampoco puede ignorarse la enorme importancia que ha tenido Estados Unidos en nuestra historia. El reto está en ir desentrañado esa relación para desbrozar un tema poco explorado y poder asignar responsabilidades. Sólo conociendo la historia pueden evitarse los errores.

Cualquier balance de las relaciones entre los dos países debe reconocer lo obvio: desde que nacimos a la vida independiente hay una enorme disparidad en el poder de ambos, y Estados Unidos ha mantenido vigente su dominación sobre México utilizando diferentes combinaciones de hegemonía y coerción. En el siglo XIX y principios del XX el instrumento principal fue la fuerza bruta justificada con argumentos morales sustentados en los mitos de la superioridad racial y cultural. La guerra en la que México perdió la mitad de su territorio, por ejemplo, fue "una guerra de conquista encubierta con el manto colorido de la justificación divina lla-

mada 'Destino Manifiesto'".¹⁸ En 1914, Woodrow Wilson ordenó la intervención en Veracruz para ayudar a que México fuera democrático.

Esa etapa se acabó en 1927, cuando Morrow y Calles llegaron a un entendimiento cuyos resortes son esenciales para entender la historia mexicana de este siglo. Desde entonces Washington ha puesto el acento en la hegemonía y sólo ocasionalmente en la coerción. Este énfasis se explica por la naturaleza de su sistema de gobierno, por la vecindad (cualquier error de cálculo repercutiría inmediatamente en territorio estadounidense) y porque el gobierno mexicano ha tenido la capacidad de mantener la estabilidad respetando los intereses de Estados Unidos.

Por ello y porque siempre existieron límites implícitos, la élite estadounidense le toleró a los gobernantes mexicanos políticas y desplantes que hubieran sido inaceptables bajo otras circunstancias. En una conversación privada, un alto funcionario de la administración de George Bush explicó esa actitud con bastante claridad, confirmando la evidencia presentada previamente:

es cierto que toleramos a los mexicanos comportamientos que no aceptaríamos de otros gobiernos. Lo hacemos porque siempre hemos sabido que su posición tiene mucho de retórica y que nunca rebasa ciertos límites implícitos. Si en alguna negociación llegábamos a decir algo que no les gustaba, inmediatamente surgía el hipernacionalismo que escuchábamos sin chistar porque era algo transitorio, que no obstaculizaba la solución de problemas concretos.¹⁹

Pese a estas limitaciones es obvio que, en relación con otros países latinoamericanos, los gobernantes mexicanos han tenido mayores márgenes de acción. Se desprende entonces una pregunta: ¿qué tan bien aprovecharon estos márgenes? Es indudable que los gobiernos creados por la Revolución mexicana pudieron hacer un experimento económico novedoso, tener una diplomacia independiente y rechazar algunas exigencias estadounidenses. A cambio de estos logros de su autodeterminación, siempre atendieron algunas peticiones o exigencias de su vecino.

La mayoría de las veces la concesión vino por el convencimiento, pero en ocasiones por la coerción. Los asuntos en que Estados Unidos la utilizó públicamente fueron la migración, el narcotráfico y la economía. Si uno compara la actuación de demócratas y republicanos, estos últimos fueron más proclives a usar la coerción, mientras que los demócratas buscaron

la conciliación. Por otro lado, cuando tomaron la decisión de presionarnos siempre fue de manera unilateral y sorpresiva, y siempre obtuvieron lo que buscaban. Esto me lleva a temas delicados y difíciles.

Estados Unidos y el nacionalismo mexicano

Dedico las últimas páginas a comentar la relación entre Estados Unidos y el nacionalismo mexicano, y los retos que enfrenta México en las postrimerías del siglo XX.

Una de las características de la transición política mexicana ha sido la lentitud o, viéndolo desde otra perspectiva, la capacidad de resistencia del régimen. Las explicaciones han variado. Kevin J. Middlebrook, por ejemplo, elabora una sólida argumentación demostrando que la participación del sector obrero en el régimen autoritario ha sido fundamental para esa longevidad.²⁰ Otros estudios mencionan la complejidad de la clase política mexicana, el carácter incluyente del régimen, la pasividad de los mexicanos (atribuida por algunos a la herencia indígena), la incapacidad de la oposición para llegar a acuerdos de unidad mínima, y el uso de la coerción.

Sin negar la validez de estas u otras explicaciones sostengo que tras la capacidad de supervivencia del PRI también está el respaldo que ha recibido de la comunidad internacional, y en especial de Estados Unidos. Los montos y la prontitud de la ayuda financiera no tienen precedente ni comparación en la historia reciente del mundo, como tampoco la indiferencia y la poca atención concedida al movimiento mexicano a favor de la democracia. Democratizadores marginados y pobres, y gobernantes opulentos y protegidos, son claves indispensables para entender lo que ha sucedido en México.

Los estadounidenses han tenido que justificar la evidente contradicción de que ellos, un país democrático, apuntalen a un régimen autoritario (un dilema bastante viejo). El recurso que más emplearon fue evadir o ignorar, con diversas técnicas, los aspectos incómodos de la realidad; los sacaron de su conciencia transformándolos en escatomas, y metiéndolos a los hoyos negros del conocimiento. En otras ocasiones justificaron su política construyendo un futuro idealizado, mientras repetían que todo era por el bien de México. Hubo también el recurso de la comparación, que tuvo diversas expresiones. Una de las más paradójicas aparece en un documento del Departamento de Estado de 1984 (es decir, durante el primer gobierno de Ronald Reagan). Según este razonamiento

todas las dictaduras —tanto de izquierda como de derecha— cometen violaciones graves de derechos humanos. Por otro lado, todas las violaciones de derechos humanos deben ser condenadas. Pero mientras que las dictaduras no-comunistas son capaces, en diferentes grados, de evolucionar en democracias, las dictaduras comunistas son especialmente resistentes a la democratización.²¹

Trece años después de publicarse estas líneas, la mayoría de las dictaduras comunistas se convirtieron en democracias, mientras que el autoritarismo mexicano sigue vivo, aunque las derrotas de 1997 pueden significar el principio del fin.

No todos los miembros de la élite estadounidense han pensado igual. En los últimos treinta años un número importante de académicos, periodistas, políticos y miembros de organizaciones sociales han expresado opiniones críticas sobre la corrupción e ineficiencia del régimen mexicano, sobre la falta de democracia y la violación a los derechos humanos, y se cuestionan sobre lo positivo y benéfico de la política estadounidense. Hasta fecha muy reciente se trataba de grupos minoritarios.

¿A qué se debe la determinación estadounidense de apoyar al PRI tan acríticamente? La respuesta inmediata y obvia es que con ese partido ven satisfechos sus intereses. Aunque ése es el argumento que más se repite, tiene sus puntos débiles, porque el potencial de inestabilidad sistémica es alto. Treinta años de crisis económicas cíclicas en los que la deuda externa brincó de 3 mil millones de dólares en 1970 a casi 200 mil millones en 1996, de turbulencias políticas (pacíficas o violentas), de un deterioro brutal en los niveles de vida de la población, de aumentos en el flujo de narcóticos y en la criminalidad, entre otros problemas, no pueden ignorarse fácilmente.

Que hubieran concluido que su mejor opción está con el orden establecido tal vez se deba a la falta de un agente externo que de manera constante y sistemática se hubiera dedicado a ampliar los márgenes de su conciencia colectiva. A diferencia de lo ocurrido con los irlandeses, judíos, centroamericanos y de otras nacionalidades, los mexicanos que pensamos de manera diferente al régimen no hemos tenido la capacidad de promover en Estados Unidos una argumentación a favor de la necesidad de un México democrático. La incapacidad no ha provenido de la falta de ideas, sino de los obstáculos en la conciencia de mexicanos y estadounidenses, uno de los cuales es el nacionalismo mexicano.

Por la derrota ante Estados Unidos en 1847 y por otras agresiones es-

tadunidenses o europeos, los mexicanos nos encerramos tras una muralla de recelos y conceptuamos a los extranjeros como entes hostiles frente a los cuales teníamos que unirnos. Los gobernantes alimentaron deliberadamente estas ideas. Luis Echeverría, por ejemplo, comentó en su cuarto informe que en "1848 perdimos la mitad del territorio que nos legaron nuestros padres indígenas y españoles, después de una injusta guerra con los Estados Unidos de América en la que fue factor fundamental la división del país".²²

Este párrafo sintetiza tesis centrales de un nacionalismo que fue la consecuencia lógica de una revolución que reaccionaba a los excesos del porfiriato y a las políticas reaccionarias e intervencionistas de las potencias occidentales. En las primeras décadas del siglo, ideas como éstas sirvieron de elemento cohesionador y fueron un bálsamo que alivió y le dio sentido a la larga etapa de destrucción y muerte. El nacionalismo tuvo un papel central en la construcción de las nuevas instituciones y sirvió para que la élite incorporara y mantuviera el apoyo de las grandes masas. También fue el referente de la identidad nacional que orientó la acción del gobierno frente a un entorno exterior amenazante y difícil de entender.

El nacionalismo revolucionario se atemperó con el pragmatismo, y en 1927 los revolucionarios llegaron a una entendimiento con Estados Unidos que desde el primer momento se cubrió de ambigüedad y disimulo. Con el tiempo la Revolución se rutinizó y burocratizó y Estados Unidos se convirtió en una entidad cosificada, y el nacionalismo y la potencia fueron utilizados por la élite para mantenerse en el poder y perpetuar un sistema de privilegios. El nacionalismo y otros mitos revolucionarios dejaron de ser un sueño colectivo y se convirtieron en un mecanismo de control, quedando poco relacionados con la vida diaria. Ésa fue una de las razones para el derrumbe de la credibilidad de las instituciones.²³

Que Estados Unidos fuera presentado como una amenaza potencial también servía para inhibir a los mexicanos que querían expresar sus puntos de vista en el exterior y para justificar el insistente llamado a la unidad nacional en torno de un régimen que se presentaba como el único capacitado para defender la integridad y la soberanía nacionales. Es indudable que en diversos momentos de nuestra historia fue preciso mantener la unidad para enfrentar las amenazas de Estados Unidos o de alguna otra potencia. Sin embargo, en los últimos cincuenta años esta unidad no fue necesaria porque Estados Unidos no fue un enemigo del régimen. Todo lo contrario, fue su amigo más fiel. Incluso cuando utilizó la coerción lo hizo con la lógica de un adversario, no de un enemigo.

La élite de Estados Unidos colaboró, porque además de evadir lo que pasaba en México, guardó silencio y toleró los desplantes nacionalistas del régimen, cuya independencia no los inquietó porque recibieron garantías en privado de un gobierno que les entregó el apoyo en sus momentos difíciles. Su relajamiento también venía de saber lo que pensaban los mexicanos. De 1946 a 1980 las únicas encuestas de opinión sobre las actitudes mexicanas hacia Estados Unidos fueron las ordenadas por el gobierno norteamericano, y de ellas se desprende que México no es diverso a otros países de América Latina: un porcentaje desconfía de Estados Unidos, otro está a favor y hay una franja de indecisos que oscila entre los extremos.²⁴ A raíz de la apertura económica, las encuestas muestran que el sentimiento contra Estados Unidos se ha reducido.²⁵ Esta opinión fracturada explica las pocas resistencias a la negociación y firma del Tratado de Libre Comercio, que vino cuando el grupo gobernante decretó que la vecindad era una bendición y no una tragedia.

Son numerosos los textos donde aparece la poca inquietud que a los estadounidenses les despierta el nacionalismo oficial mexicano. Cito algunos. En 1958, un editorial del *NYT* afirmaba que el sentimiento "anti-yanqui tradicional es un artificio político, no un sentir real" de los mexicanos.²⁶ En 1980, el corresponsal Riding escribía que " pese a la retórica nacionalista de varios gobiernos, los mexicanos no son antiestadunidenses".²⁷ Por esos mismos años, Ronfeldt, Nehring y Gandara aseguraban que "el simbolismo nacionalista [de México] ha servido para embellecer la retórica interna, la demagogia parroquial y las maniobras burocráticas".²⁸ En 1984, el embajador John Gavin le comentó al corresponsal Robert Meislin que "algunos funcionarios mexicanos [tenían] relaciones muy cordiales con [él] y en privado alababan la ayuda estadounidense"; sin embargo, continuó, "en público lo criticaban [a él] y a Estados Unidos".²⁹

Estados Unidos incluso encontró ventajosa la postura oficial porque cooptó a los revolucionarios del mundo, y neutralizó o aisló a los nacionalistas e izquierdistas mexicanos que sí les inquietaban. Para la élite de Estados Unidos, el nacionalismo oficial mexicano llegó a ser como una figura de papel maché: sólida y brillante en la superficie, frágil e inconsistente en su interior.

El entendimiento entre los dos países tiene efectos diferentes. Mientras México ha sido una preocupación marginal para los estadounidenses, Estados Unidos ha sido una obsesión y un enigma para los mexicanos, que hasta fechas recientes adoptamos una actitud de indiferencia hacia los vecinos. Lo hicimos por el trauma de la guerra agresiva e injusta que padecimos en el

siglo XIX, pero la estrategia resultó suicida a medida que las relaciones se fueron estrechando y las fronteras integrando. Olvidamos que entre las armas del débil destacan el conocimiento y la inteligencia que permiten aplicar estratégicamente los recursos escasos. Por la ignorancia imaginamos conspiraciones contra México en Washington, y fuimos incapaces de percibir que las amenazas a la nación venían de un sistema político rígido, corrupto e ineficiente.

Cuando se escriba la historia de las sociedades se dirá que en los años setenta la situación descrita empezó a cambiar porque se hizo un gran esfuerzo intelectual por evaluar críticamente al sistema político y a su clase política, al mismo tiempo que se avanzó en el conocimiento de Estados Unidos y se comenzaron a abandonar las alabanzas o condenas preconcebidas. Este libro forma parte de una escuela revisionista que todavía no se identifica a sí misma y que se ha ido alimentando de ese diálogo de décadas entre académicos (en el terreno de las ideas, el poder no se mide por el tamaño de los ejércitos).

En estas tres décadas un buen número de mexicanos hemos aprendido a entender a Estados Unidos porque así servimos a los intereses nacionales. Seguramente en algo hemos influido para que algunos intelectuales incorporen enfoques e información diferentes, lo que les ha ayudado a conocer mejor a México. De los matices nace la tolerancia y de ésta las buenas relaciones. Si los mexicanos que pensamos diferente no hubiéramos intensificado la relación con los estadounidenses, tal vez no existirían esos libros y artículos que ponen en duda el optimismo azucarado y color de rosa que producen los gobiernos de los dos países.

Vivimos un final de siglo difícil en el que se derrumban los viejos mitos; las elecciones de julio de 1997 pueden ser el principio del fin del autoritarismo mexicano. Esa nueva situación plantea nuevos retos. Necesitamos un modelo de desarrollo y de un sistema político que nos permita tener democracia, justicia social y soberanía. ¿Lograremos llegar a esos puertos? De ser así, ¿cuándo y cómo? En tanto vamos respondiendo, hay decisiones estratégicas que se tomarán en Washington y en la sociedad estadounidense y en las que influirá una nueva valoración de México.

No basta rechazar al neoliberalismo o añorar las décadas del populismo. Para idear ese futuro mejor, tenemos que formular nuevas propuestas intelectuales y políticas para repensar el pasado. Entre las tareas pendientes está hacer un balance de esa Revolución mexicana inhumada clandestinamente sin nunca haber resuelto interrogantes clave: ¿estaban equivocados los supuestos y objetivos fundamentales de la Revolución mexicana?, ¿el error fue de los hombres encargados de hacer que esos supuestos y objetivos se hicieran realidad?

¿la debilidad estuvo en la sociedad que toleró tantos abusos? En todo ello y una vez más, ¿cuál fue el papel que desempeñó la élite de Estados Unidos?

El reto no es sólo intelectual. También es político, porque mientras pensamos en lo que pasó y hacemos propuestas sobre lo que sería bueno, tenemos que seguir desmontando el autoritarismo y democratizando instituciones que nos permitan aspirar a consensos que superen el presidencialismo caduco. Esta tarea es particularmente difícil, porque lograr la democracia en México requiere enfrentarse a un régimen autoritario todavía mañoso y añoso, y a una superpotencia convencida de que su seguridad nacional está ligada a la permanencia en el poder de un partido.

Y pese a todos los obstáculos, el cambio sigue dándose. Al terminar este libro el gobierno mexicano ha perdido el control sobre la sociedad y el monopolio sobre las relaciones con el mundo; también ha perdido el control de la capital y de la cámara de diputados y de varios estados ante la oposición; y se incrementa la decisión de muchos mexicanos de luchar contra el autoritarismo y expresar claramente sus opiniones ante la comunidad internacional. Lenta pero inexorablemente se amplía la conciencia estadounidense sobre México y crece —aunque de manera desigual— la actitud crítica de académicos y periodistas. ¿Podrán influir estas nuevas ideas en ese respaldo absoluto e incondicional de Washington al grupo gobernante mexicano? El encuentro que el presidente Clinton tuvo con los líderes de oposición fue una señal pública de un cambio de actitud. ¿Continuará?

Lo más probable es que muchas voces mexicanas sigan hablando simultáneamente en Estados Unidos y golpeando su conciencia en un concierto polifónico sin director en el que se distinguen dos tendencias: los partidarios del orden establecido y los que luchan por el cambio. En 1997 la segunda corriente parece ganar fuerza. De ser así habrá que revisar el supuesto de que la élite de Estados Unidos es siempre y bajo todas las circunstancias un obstáculo al cambio y a la democracia.

El futuro erige a los mexicanos un nacionalismo maduro y democrático, integrado armónicamente a un panteón de los mitos donde se funden pasado, presente y futuro. Panteón que debe ser permanentemente revisado y actualizado con la razón del científico y la pasión del patriota. Idealmente, ese nuevo panteón de los mitos tendrá una visión más exacta de Estados Unidos y llevará al límite máximo las posibilidades de independencia que tenemos como vecinos de una superpotencia. Intentarlo con el conocimiento y la inteligencia, e irlo logrando, será uno de los hilos conductores de nuestra historia para el siglo XXI.

APÉNDICE A

Metodología y manual de código

El "manual de código" es la lista de variables con que se analizaron las 6,903 unidades publicadas sobre México en *The New York Times*. La preparación de este manual pasó por varias etapas.

Inicialmente formulé un listado con aquellos aspectos que debían tomarse en cuenta en el análisis de contenido. Este listado provino de trabajos especializados en el tema,¹ de la consulta con especialistas sobre economía, política y relaciones exteriores y de una lectura de 236 artículos del *NYT* seleccionados al azar.

De ahí obtuve un primer listado de 127 variables organizadas en seis grandes categorías, que enumero porque se mantienen pese a modificaciones posteriores: a) características visibles; b) fuentes de información; c) economía; d) sistema político; e) política exterior, y f) carácter nacional mexicano.

Las características visibles son aquellas que pueden observarse a simple vista: fecha, página, columna y sección en que aparece el artículo; quién firma y desde qué lugar; posición que tiene dentro de la página ("cuadrante"); espacio medido en columnas y centímetros; tema del encabezado, etcétera.

El bloque catalogado como "fuentes de información" sirve para definir a quiénes se cita en los textos: funcionarios, empresarios, periodistas, opositores, etcétera, su nacionalidad y si la declaración fue pública o anónima. Con este indicador se puede saber, entre otras cosas, a quién le dieron "voz", lo que ayuda a detectar las preferencias de la persona que escribe. En la tradición periodística estadounidense un principio clave de la objetividad es presentar puntos de vista diferentes.

Para capturar la información sobre economía, política y relaciones exteriores elaboré una lista de variables, que expongo más adelante. En cada variable se pudo registrar si la forma en que se mencionaba un tema era positiva, negativa o neutra.

Finalmente, hubo algunas variables que titulé "carácter nacional mexicano". Con ellas me hice de un instrumento para capturar los comentarios sobre cultura mexicana, porque es indudable la diversidad entre las dos sociedades. Para formular dichas variables hice una revisión de investigaciones sobre la forma en que México y lo mexicano han sido percibidos en otro tipo de manifestaciones culturales estadounidenses (cine, novelas del oeste, libros de texto, etcétera).²

La primera versión del manual de código, con sus 127 variables y las hojas de codificación, fue probada clasificando 64 artículos seleccionados aleatoriamente: se eligió el artículo que rebasaba los 61 centímetros al principio de cada semestre entre 1946 y 1977. Para probar la objetividad del codificador, dos lectores (Mónica Guadalupe Mora y quien esto escribe) analizamos separadamente los artículos mencionados.

La prueba llevó a diversos ajustes en el manual de código: se eliminaron tres variables, se modificaron 16 y se agregaron 85 para llegar a un total de 209; también se corrigieron errores en el diseño de los formatos en donde se capturaría la información. En cuanto a la prueba de objetividad —el análisis hecho por los dos lectores— de 852 variables codificadas, hubo acuerdo en 831 y desacuerdo en 21. Esto significa que el margen de divergencia fue 2.5%, que es aceptable.

Con el manual de código de 209 variables, codifiqué 5,057 artículos publicados entre 1946 y 1979 (el resultado me permitió elaborar la tesis doctoral). Las hojas de captura fueron vaciadas en el programa Ms-Editor y se procesaron en el Statistical Package on Social Science (SPSS). Para la preparación de este libro se incluyeron los artículos publicados entre 1980 y 1986, lo que significó agregar otras 1,846 unidades, que fueron codificadas por Miguel Acosta. En esta etapa se necesitó incorporar otras seis variables, lo que llevó a la versión final del manual de código que incluye 215. Como la investigación se hizo en dos etapas hay brincos en el orden de presentación de las variables. Por ejemplo, Miguel de la Madrid aparece hasta el final de la lista, separado de los otros presidentes.

Después de la codificación numérica vinieron la depuración de los errores y el procesamiento de la información, que incluyó aspectos técnicos cuya mención me parece innecesaria; lo que sí resulta importante detallar son dos precisiones: el listado que sigue se presenta en la forma en que se manejó para el programa estadístico, pero no corresponde al que tienen las gráficas del apéndice A; y para ahorrar espacio quité: el número de tarjeta (se utilizaron tres, cada una con 80 columnas), los números de código con que se identificaban en las tarjetas, y los cuatro símbolos (+, -, o, =) empleados en la calificación de las opiniones.

Tarjeta 1

a) Características visibles

- V1 Número de identificación del artículo
- V2 Fecha del artículo (día)
- V3 Fecha del artículo (mes)
- V4 Fecha del artículo (año)
- V5 Espacio del encabezado (columnas):
 - 1
 - 2
 - 3
 - 4
 - 5 o más
- V6 Espacio del artículo (cm):
 - hasta 10
 - entre 11 y 30
 - entre 31 y 60
 - entre 61 y 121
 - medias planas o más
- V7 Localización del artículo:
 - primera sección:
 - (había la posibilidad de registrar en la página 1 a la 30)
 - otras páginas
 - página editorial
 - sección financiera:
 - primera página
 - otras páginas
 - sección libros:
 - primera página
 - otras páginas
 - magazine:
 - primera página
 - otras páginas
 - otras secciones:
 - primera página
 - otras páginas

V8 Localización de una página dividida en cuatro secciones:

derecha arriba
derecha abajo
izquierda arriba
izquierda abajo

V9 Fechado en México:

capital
Acapulco
otras ciudades

Fechado en Estados Unidos:

Washington, D.C.
otras ciudades

Fechado en otro país

V10 Tema del encabezado:

economía
política
relaciones internacionales
carácter

V11 Autor de los artículos:

corresponsal
editoriales
artículos de opinión
cartas al editor
enviado especial
especial para el *NYT*
agencias de noticias
UPI, AP y otras
nota sin firma

b) Fuentes de información incluidas en los textos

1. Fuentes identificadas:

a) mexicana:

- V12 Funcionario
- V13 Empresario
- V14 Prensa
- V15 Oposición
- V16 Otros: iglesia, ciudadanos, intelectuales, etcétera

- b) estadounidense:
 - V17 Funcionario
 - V18 Empresario
 - V19 Prensa
 - V20 Oposición
 - V21 Otros
- c) otras nacionalidades:
 - V22 Funcionario
 - V23 Empresario
 - V24 Prensa
 - V25 Oposición
 - V26 Otros

2. Fuentes anónimas:

- a) mexicanas:
 - V27 Funcionario público
 - V28 Empresario
 - V29 Prensa
 - V30 Oposición
 - V31 Otros
- b) estadounidenses:
 - V32 Funcionario
 - V33 Empresario
 - V34 Prensa
 - V35 Oposición
 - V36 Otros
- c) de otras nacionalidades:
 - V37 Funcionario
 - V38 Empresario
 - V39 Prensa
 - V40 Oposición
 - V41 Otros

c) *Economía mexicana*

- V42 Revisión de la economía en general
- V43 Situación financiera (excluyendo la balanza de pagos que aparece en otra variable)
- V44 México como modelo de desarrollo

1. Agricultura y ganadería:

- V45 Sistema de tenencia de la tierra
- V46 Técnicas agrícolas tradicionales
- V47 Técnicas agrícolas modernas
- V48 Ganadería

2. Industria:

- V49 Revisión general de la industria
- V50 Petroquímica
- V51 Energía eléctrica
- V52 Manufacturas
- V53 Minería
- V54 Hierro y acero
- V55 Bienes de capital

3. Servicios:

- V56 Turismo
- V57 Transportación
- V58 Comunicaciones
- V59 Otros

4. Comercio:

- V60 Sistema tradicional de mercadeo
- V61 Sistema moderno de mercadeo
- V62 Comercio subsidiado
- V63 Especulación

5. Balanza de pagos:

- V64 Cuenta corriente
- V65 Cuenta de capitales

6. Políticas mexicanas y problemas del crecimiento económico:

- V66 Proteccionismo
- V67 Tendencias monopólicas
- V68 Presupuesto federal
- V69 Educación
- V70 Salud

Tarjeta 2

- V1 Número de identificación del artículo
- V71 Nacionalización de empresas extranjeras

- V72 Reforma fiscal
- V73 Fuga de capitales
- V74 Endeudamiento interno/externo
- V75 Distribución del ingreso
- V76 Desempleo
- V77 Salarios
- V78 Precios
- V79 Inflación
- V80 Utilización de prestanombres mexicanos
por inversionistas extranjeros

7. Población mexicana:

- V81 Crecimiento
- V82 Migración interna
- V83 Migración internacional
- V84 Nivel de vida urbano
- V85 Nivel de vida rural
- V86 Marginalismo
- V87 Pobreza
- V88 Vivienda
- V89 Vivienda subsidiada

8. Principales sectores económicos:

- V90 Participación federal en la economía nacional
- V91 Empresas públicas
- V92 Papel del sector privado nacional
- V93 Papel del sector privado extranjero
- V94 Política federal hacia el sector privado nacional
- V95 Política federal hacia el sector privado extranjero
- V96 Relación entre sectores privados nacional y extranjero
- V97 Otros sectores económicos

d) El sistema político mexicano

- V98 Revisión general de la política
- V99 Orientación general del gobierno
- V100 Democratización

1. Parteaguas políticos:

- V101 Revolución mexicana
- V102 Nacionalización del petróleo
- V103 Movimiento estudiantil de 1968

2. Presidentes de México:

- V104 Lázaro Cárdenas del Río
- V105 Miguel Alemán Valdés
- V106 Adolfo Ruiz Cortines
- V107 Adolfo López Mateos
- V108 Gustavo Díaz Ordaz
- V109 Luis Echeverría Álvarez
- V110 José López Portillo

Nota: Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari aparecen en las variables V211 y V212

3. Los otros poderes formales:

- V111 Legislativo
- V112 Judicial

4. Instituciones oficiales:

- V113 Secretaría de Gobernación
- V114 Secretaría de la Presidencia
(posteriormente Secretaría de Programación y Presupuesto)
- V115 Secretaría de Defensa
- V116 Secretaría de Educación
- V117 Secretaría de la Reforma Agraria
- V118 Secretaría del Trabajo
- V119 Secretaría de Hacienda
- V120 Secretaría de Industria y Comercio
- V121 Procuraduría General de la República
- V122 Petróleos Mexicanos
- V123 Banco de México
- V124 Nacional Financiera
- V125 Comisión Federal de Electricidad
- V126 Otros

5. Partidos políticos:

- V127 PRI (Partido Revolucionario Institucional)
- V128 PAN (Partido Acción Nacional)
- V129 UNS-PDM (Unión Nacional Sinarquista-Partido Demócrata Mexicano)
- V130 PP-PPS (Partido Popular-Partido Popular Socialista)
- V131 PCM-PSUM (Partido Comunista Mexicano-Partido Socialista Unificado de México)
- V132 Otros partidos

6. *Las oposiciones al régimen:*

- V133 Izquierda
- V134 Derecha
- V135 Liberal
- V136 Armada

7. *Problemas políticos:*

- V137 Fraude electoral
- V138 Abstencionismo electoral
- V139 Sindicalismo independiente
- V140 Movimientos campesinos
- V141 Manifestaciones
- V142 Represión gubernamental
- V143 Relaciones políticas clientelares
- V144 Disturbios
- V145 Otros

Tarjeta 3

V1 Número de identificación del artículo

8. *Actores políticos:*

- V146 Sector privado
- V147 Sector laboral
- V148 Sector campesino
- V149 Clase media
- V150 Intelectuales
- V151 Estudiantes
- V152 Prensa
- V153 Ejército
- V154 Iglesia
- V155 Otros

e) *Las relaciones de México con el mundo*

V156 Revisión general de las relaciones exteriores

1. *Relaciones México-Estados Unidos:*

- V157 Evaluación general de la relación
- V158 Relaciones económicas
- V159 Relaciones políticas

- V160 Relaciones culturales
- V161 Relaciones militares
- V162 Actitud mexicana ante la Alianza para el Progreso
- V163 Relaciones en materia petrolera
- V164 Relaciones fronterizas
- V165 Migración de mexicanos
- V166 Narcotráfico
- V167 Contrabando entre México y Estados Unidos

2. *Encuentros presidenciales:*

- V168 Presidente de México
- V169 Presidente de Estados Unidos

3. *Ambiente en México hacia la inversión extranjera:*

- V170 En general
- V171 Hacia la inversión estadounidense
- V172 Hacia la inversión de otros países

4. *Deuda externa mexicana:*

- V173 En general
- V174 Contratada con instituciones públicas o privadas de Estados Unidos (también se incluyen organismos multilaterales como el Banco Mundial, el IMF, el Eximbank, etcétera)
- V175 Contratada en otros países

5. *México y el hemisferio occidental:*

- V176 México-Centroamérica
- V177 México-Sudamérica
- V178 México-Cuba
- V179 México-Chile

6. *México y el resto del mundo:*

- V180 México-Europa
- V181 México-Asia
- V182 México-Japón
- V183 México-China
- V184 México-URSS
- V185 México-otros países

7. *México y organismos internacionales:*

- V186 México-Organización de las Naciones Unidas
- V187 México-Organización de Estados Americanos

- V188 México-Asociación Latinoamericana de Libre Comercio
- V189 México-Mercado Común Centroamericano
- V190 México-Países no Alineados
- V191 México-Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP)
- V192 México-Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT)
- V193 México-Organismos especializados

f) Carácter nacional mexicano

- V194 Imagen pastoral de México
- V195 Diferencias raciales
- V196 Violencia
- V197 Catolicismo
- V198 Corrupción económica y política
- V199 Antiamericanismo
- V200 El síndrome del "mañana"
- V201 Machismo
- V202 Tradicionalismo
- V203 Unidad familiar
- V205 Creatividad
- V206 Folklore
- V207 Artesanías
- V208 Otros

g) Otras variables, algunas de la cuales fueron agregadas cuando se amplió el periodo que cubrió el estudio

1. Corresponsales:

- V209 Camille M. Cianfarra
Milton Bracker
William P. Carney
Sidney Gruson
Paul P. Kennedy
Henry Giniger
Juan de Onís
Alan Riding
Richard Severo
Otros
- V210 Richard J. Meislin
William Stockton

2. *Otros:*

V211	Miguel de la Madrid
V212	Carlos Salinas de Gortari
V213	Derechos humanos
V214	Sociedad civil
V215	Terremoto de 1985

REFERENCIAS DEL APÉNDICE B

Características visibles

Gráfica 1: Distribución de artículos sobre México publicados por el NYT entre 1946 y 1986	325
Gráfica 2: Lugar y fechado de los artículos del NYT (1946-1986)	325
Gráfica 3: Localización de los artículos del NYT por secciones	327
Gráfica 4: Distribución anual de las publicaciones de la primera sección	327
Gráfica 5: Autores de los artículos del NYT	328
Gráfica 6: Distribución de los artículos según sus corresponsales	328
Gráfica 7: Distribución de las columnas de opinión sobre México	329

Fuentes de información

Gráfica 8: Distribución de la nacionalidad y actividad de las citas	330
Gráfica 9: Nacionalidad de los citados (1946-1986)	330
Gráfica 10: Citas de funcionarios mexicanos	332
Gráfica 11: Citas de funcionarios estadounidenses	332

Tres parteaguas mexicanos en el NYT

Gráfica 12: Opinión del NYT sobre algunos hechos de la historia de México	333
Gráfica 13: Opiniones positivas en el NYT sobre la Revolución mexicana	333
Gráfica 14: Opiniones negativas en el NYT sobre la nacionalización petrolera en México	334
Gráfica 15: Opiniones negativas sobre el trato del gobierno al movimiento de 1968	334

La política mexicana vista por Estados Unidos

Gráfica 16: Menciones positivas sobre la política de México	336
Gráfica 17: Menciones negativas sobre la política de México	336
Gráfica 18: Comparación de menciones hechas a los tres poderes	337
Gráfica 19: Opinión de los estadounidenses sobre alguna presidentes de México	337
Gráfica 20: Menciones negativas a Lázaro Cárdenas	338
Gráfica 21: Menciones positivas a Miguel Alemán	338
Gráfica 22: Menciones positivas a José López Portillo	339
Gráfica 23: Menciones negativas a José López Portillo	339

Gráfica 24: Menciones positivas a Luis Echeverría Álvarez.....	340
Gráfica 25: Menciones negativas a Luis Echeverría Álvarez	340
Gráfica 26: Menciones positivas a Miguel de la Madrid	341
Gráfica 27: Menciones negativas a Miguel de la Madrid.....	341
Gráfica 28: Partidos políticos en México	343
Gráfica 29: Menciones positivas al [PRI]	343
Gráfica 30: Menciones negativas al [PRI]	344
Gráfica 31: Menciones positivas al [PAN]	344
Gráfica 32: Menciones negativas al [PAN]	345
Gráfica 33: Menciones negativas al [PCM-PSUM]	345
Gráfica 34: Opinión de las oposiciones	346
Gráfica 35: Visión a referencias a problemas de la democracia.....	346
Gráfica 36: Referencias positivas a la democratización	347
Gráfica 37: Referencias negativas a la democratización	347
Gráfica 38: Menciones negativas sobre fraude electoral en México	348
Gráfica 39: Actores políticos (1946-1986)	348
Gráfica 40: Referencias a problemas políticos	349
Gráfica 41: Referencias negativas al sindicalismo independiente	350
Gráfica 42: Referencias negativas a las manifestaciones	350
Gráfica 43: Referencias negativas a la represión gubernamental	351
Gráfica 44: Referencias negativas a las relaciones políticas clientelares	351

Las relaciones de México con el mundo

Gráfica 45: Menciones positivas a las relaciones exteriores	353
Gráfica 46: Menciones negativas a las relaciones exteriores	353
Gráfica 47: Relaciones México-Estados Unidos	354
Gráfica 48: Referencias positivas a las relaciones México-Estados Unidos	354
Gráfica 49: Referencias negativas a las relaciones México-Estados Unidos	355
Gráfica 50: Referencias positivas a las relaciones económicas México-Estados Unidos	355
Gráfica 51: Referencias negativas a las relaciones económicas México-Estados Unidos	356
Gráfica 52: Referencias positivas a las relaciones políticas México-Estados Unidos ...	356
Gráfica 53: Referencias negativas a las relaciones políticas México-Estados Unidos ...	357
Gráfica 54: Encuentros de presidentes de México y Estados Unidos	357
Gráfica 55: Referencias positivas de reuniones de presidentes de ambas naciones.....	358
Gráfica 56: Referencias negativas de reuniones de presidentes de ambas naciones ...	358
Gráfica 57: Referencias negativas al presidente estadounidense en dichas reuniones	359
Gráfica 58: Otros temas de las relaciones México-Estados Unidos	360
Gráfica 59: Referencias positivas de México-Estados Unidos en materia petrolera	360
Gráfica 60: Referencias negativas de México-Estados Unidos en materia petrolera	361
Gráfica 61: Referencias positivas de las relaciones fronterizas	361

Gráfica 62: Referencias negativas de las relaciones fronterizas	362
Gráfica 63: Referencias positivas de las relaciones migratorias	362
Gráfica 64: Referencias negativas de las relaciones migratorias	363
Gráfica 65: Referencias positivas del narcotráfico entre México-Estados Unidos ...	363
Gráfica 66: Referencias negativas del narcotráfico	364

La economía mexicana

Gráfica 67: Referencias positivas sobre la situación económica de México	365
Gráfica 68: Referencias negativas sobre la economía de México	365
Gráfica 69: Referencias positivas sobre la cuenta corriente de México	366
Gráfica 70: Referencias negativas sobre la cuenta corriente en México	366
Gráfica 71: Referencias positivas sobre México como modelo de desarrollo	368
Gráfica 72: Actores económicos mexicanos según el NYT (1946-1986)	368
Gráfica 73: Referencias positivas al sector privado interno en México	369
Gráfica 74: Referencias negativas al sector privado interno en México	369
Gráfica 75: Referencias positivas al sector privado externo en México	370
Gráfica 76: Referencias negativas al sector privado externo en México	370
Gráfica 77: Inversiones en México (1946-1986)	371
Gráfica 78: Referencias positivas para las inversiones en México	371
Gráfica 79: Referencias negativas para las inversiones en México	372
Gráfica 80: El sector agrícola visto por el NYT	372
Gráfica 81: Población y migración en México	374
Gráfica 82: Ramillete de problemas económicos	374
Gráfica 83: Referencias negativas a la distribución del ingreso	375
Gráfica 84: Referencias negativas al desempleo	375
Gráfica 85: Referencias negativas a sueldos y salarios	376
Gráfica 86: Nivel de vida en México	376
Gráfica 87: Referencias negativas al nivel de vida urbano en México	377
Gráfica 88: Referencias negativas al nivel de vida rural en México	377
Gráfica 89: Referencias negativas al marginalismo en México	378
Gráfica 90: Referencias negativas a la pobreza	378

Tres características mexicanas

Gráfica 91: Menciones a tres características mexicanas	379
Gráfica 92: Menciones a la violencia en México	379
Gráfica 93: Menciones a la corrupción económica y política en México	380
Gráfica 94: Menciones al nacionalismo asociado con actitudes antiestadunidenses	380

APÉNDICE B

En este apéndice se presenta, de manera organizada, una pequeña parte de la información que se obtuvo del procesamiento de las 6,903 unidades publicadas por *The New York Times* sobre México entre el primero de enero de 1946 y el 31 de diciembre de 1986. La información se ha organizado en grandes categorías que coinciden, en términos generales, con el manual de código: características visibles, fuentes de información, sistema político, política exterior, economía y carácter nacional. Las gráficas incluyen comentarios que destacan los aspectos más relevantes. Pese a haber intentado incluir todo lo importante, por razones de espacio se dejó fuera una porción abundante de las variables. A ello se debe que en el texto ocasionalmente se mencionen cifras que se encuentran en la base de datos pero no en este apéndice.

El procesamiento de la información y la preparación de las gráficas fueron realizados por Miguel Acosta. Las interpretaciones son del autor.

Características visibles

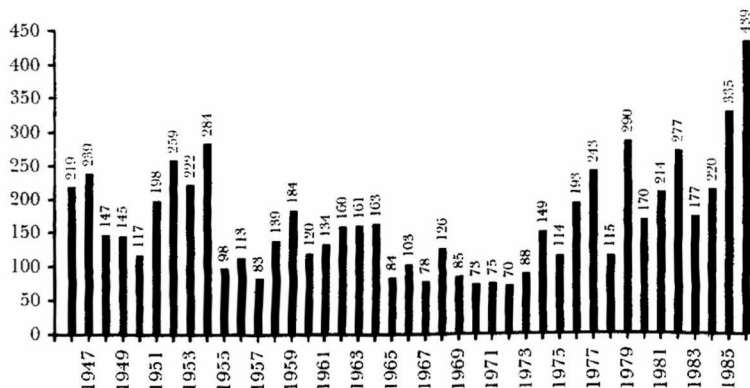
Estas características se refieren a aquellos aspectos que pueden apreciarse a simple vista: fecha, página, columna y sección en que aparece el artículo; quién lo firma y desde qué ciudad; posición que tiene dentro de la página ("cuadrante"); espacio medido en columnas y centímetros; tema del encabezado, etcétera. Incluye una selección de algunos cuadros.

Gráfica 1

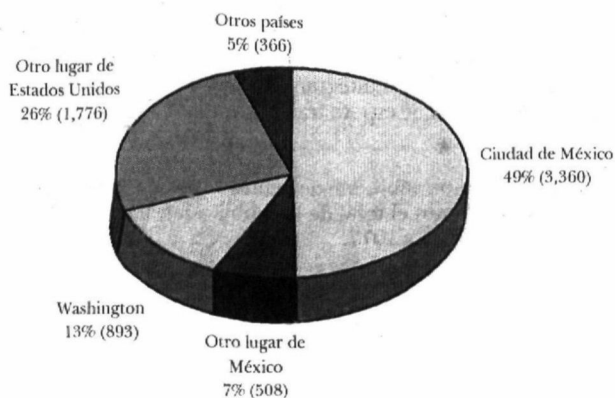
El número de artículos publicados muestra los ciclos de interés estadounidense que se asocian a temas diversos. Por ejemplo, de 1946 a 1947 el centro de interés fue el petróleo, que volvería a resurgir entre 1951 y 1954, cuando se combinó con la guerra de Corea y el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala. A principios de los años sesenta la Revolución cubana acaparó la atención, que volvió a incrementarse con el movimiento estudiantil de 1968. Finalmente, entre 1976 y 1979 destacaron la abundancia petrolera y la crisis financiera; y en el bienio 1985-1986 el tema total fue la crisis económica.

Gráfica 2

Hay dos aspectos notables en esta gráfica: la poca movilidad de quienes escribieron sobre México y se asentaron en la capital, y el fenómeno opuesto entre los que firmaron en Estados Unidos. Aquí se manifiestan la centralización mexicana y la dispersión del poder estadounidense.



Gráfica 1. Distribución de 6,903 artículos sobre México publicados en el NYT entre 1946 y 1986



Gráfica 2. Lugar donde fueron fechados los artículos sobre México publicados en el NYT entre 1946 y 1986

Gráfica 3

Es evidente aquí la escasa importancia que tuvo la información sobre México. Sólo 30% de los artículos reúne los requisitos de relevancia por su localización en las principales páginas de las diferentes secciones: de la 1 a la 5 de la primera sección, en las páginas editoriales, y en la primera página de la sección financiera.

Gráfica 4

Este dibujo ilustra la distribución en el tiempo de los artículos más importantes, que coincide con los ciclos de interés general. Un comportamiento similar se observa en los editoriales, columnas de opinión y en la primera página de la sección financiera.

Gráfica 5

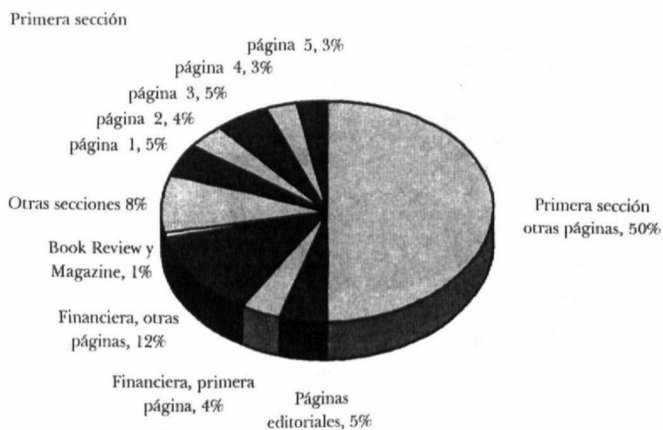
Se confirma que cerca de una tercera parte de las unidades de análisis es la más importante. Para el cálculo estoy considerando lo escrito por los corresponsales, los enviados especiales, los editorialistas y los autores de artículos de opinión.

Gráfica 6

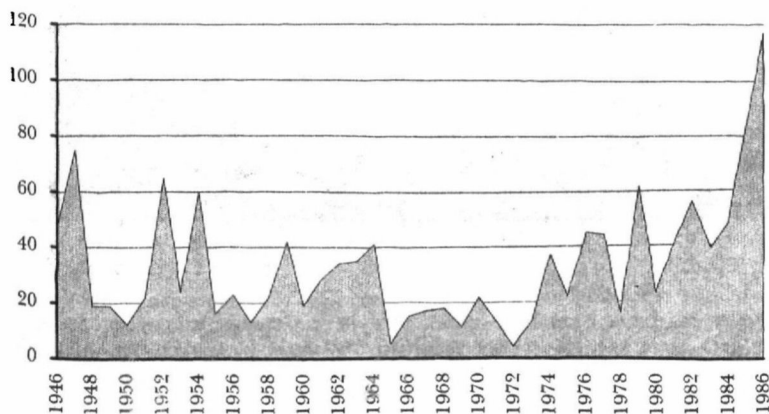
El NYT se valió de once corresponsales —todos hombres— entre 1946 y 1986. De ellos, destacan por lo prolífico y por el tiempo que permanecieron en México, Paul P. Kennedy y Alan Riding. Una comparación entre los temas que aborda cada uno y la forma en que lo hace bastaría para contrastar las etapas tan diferenciadas por las que pasó la visión estadounidense de México. Los otros nueve también darían material para otros ensayos: Camile M. Cianfarra se metió en muchos problemas por frecuentar a algunos radicales; Richard Severo y Alan Riding vivieron etapas de profundo antagonismo. Las historias de los corresponsales y de la forma en que se fueron adaptando o integrando a la cultura mexicana es un tema fascinante y digno de estudio que espero tratar más adelante.

Gráfica 7

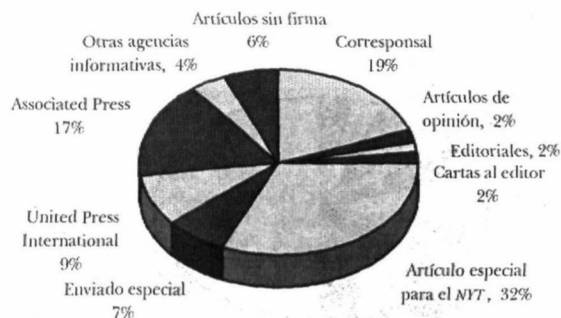
Las columnas de opinión sobre México constituyen un género poco frecuentado en el NYT. Si consideramos el total de las publicadas, llama la atención la concentración que hubo a partir de 1977.



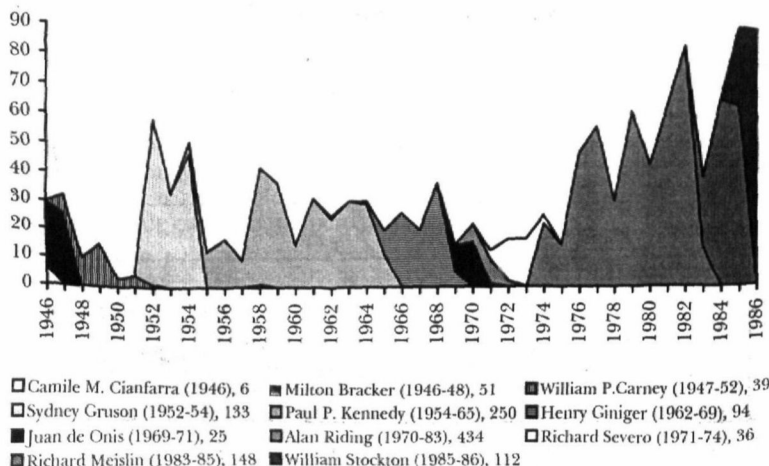
Gráfica 3. Localización de artículos sobre México publicados en el NYT entre 1946 y 1986



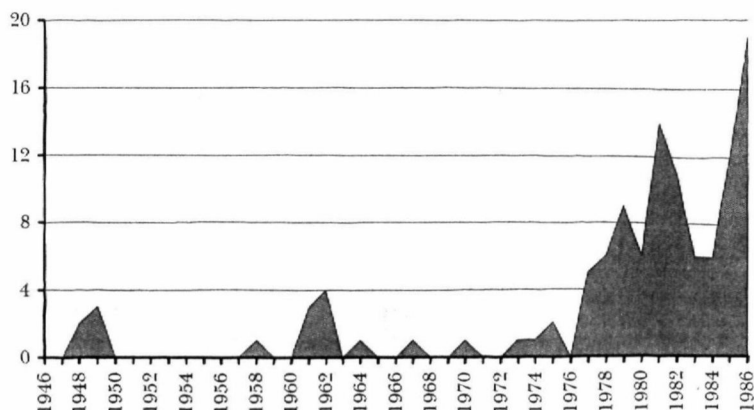
Gráfica 4. Distribución anual de los 1,368 artículos publicados en las páginas 1 a 5 de la primera sección del NYT entre 1946 y 1986



Gráfica 5. Los autores de 6,903 artículos sobre México publicados en el NYT entre 1946 y 1986



Gráfica 6. Distribución de los 1,328 artículos que publicaron los corresponsales que tuvo el NYT en México entre 1946 y 1986



Gráfica 7. Distribución anual de las 114 columnas de opinión sobre México publicadas por el NYT entre 1946 y 1986

Fuentes de información

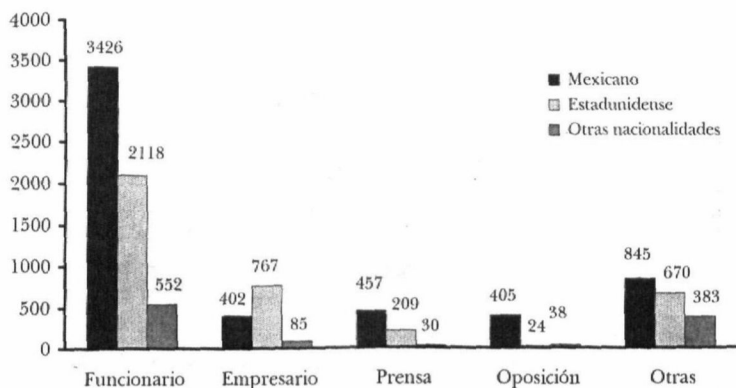
Estas variables son fundamentales en el análisis de contenido porque registran a quién se cita en los textos. Al identificar a los personajes, a los que se fue otorgando la “voz” se tiene un indicador concreto de los grados de objetividad de un corresponsal o de una nota informativa. El equilibrio en la información o en la opinión se obtiene cuando están considerados diferentes puntos de vista representativos de las posturas sobre un mismo tema. En las cuatro gráficas que seleccioné se aprecian algunas de las combinaciones que pueden hacerse con las 10,410 personas o instituciones que fueron citadas por el NYT.

Gráfica 8

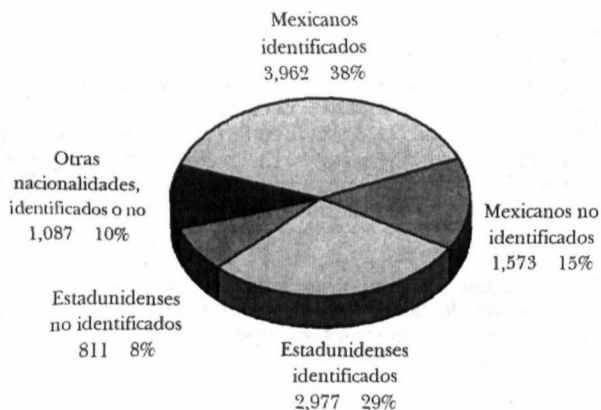
Hay imágenes que son más elocuentes que miles de palabras. En este cuadro se aprecia claramente a quién le dieron voz: el mayor número de citas corresponde a funcionarios mexicanos y estadounidenses, y la oposición fue escasamente escuchada. El NYT representa la voz de las élites.

Gráfica 9

Otras maneras de ordenar las citas es atendiendo a la nacionalidad de los informantes y al hecho de que fueran identificados o anónimos. El 55% de los citados fueron mexicanos, perteneciente, en su inmensa mayoría, a la élite gobernante.



Gráfica 8. Distribución por nacionalidad y actividad de las 10,410 citas que aparecen en 6,903 artículos publicados por el NYT sobre México entre 1946 y 1986



Gráfica 9. Nacionalidad de quienes fueron citados entre 1946 y 1986

Gráficas 10 y 11

Las distribuciones que tienen estos dibujos muestran el gradual aumento en la disposición de los funcionarios mexicanos o estadounidenses a hablar anónimamente con la prensa estadounidense. A partir de 1975, es evidente que se van derrumbando las murallas del silencio en un fenómeno paralelo. La desinhibición está explicada en capítulos anteriores.

Tres parteaguas mexicanos en el NYT

En la historia de un país existen hechos o momentos que simbolizan el tránsito de una etapa a otra (suelen conocerse como parteaguas). En torno a ellos se construyen diferentes interpretaciones que van transformándose a medida que cambia la conciencia de una sociedad o que se va conociendo información al respecto. En Estados Unidos la Guerra Civil, la Segunda Guerra o el conflicto de Vietnam son parteaguas que se han interpretado de diferente manera. Presento tres de los momentos más importantes del México del siglo XX.

Gráfica 12

Tres de los hechos más decisivos en la historia mexicana del siglo XX son la Revolución mexicana, la nacionalización petrolera y el movimiento estudiantil de 1968. Esta gráfica concentra la forma agregada en que los consideró el NYT entre 1946 y 1986. En las tres gráficas que siguen se muestra la evolución que sufrió la percepción de estas variables a lo largo de los años en los que se amplió la conciencia.

Gráfica 13

De este cuadro destaco la revaloración que hicieron los estadounidenses de la Revolución mexicana entre 1959 y 1968. Ante la amenaza planteada por la Revolución cubana necesitaban de una alternativa y México presentaba un modelo que no les provocaba muchas inquietudes.

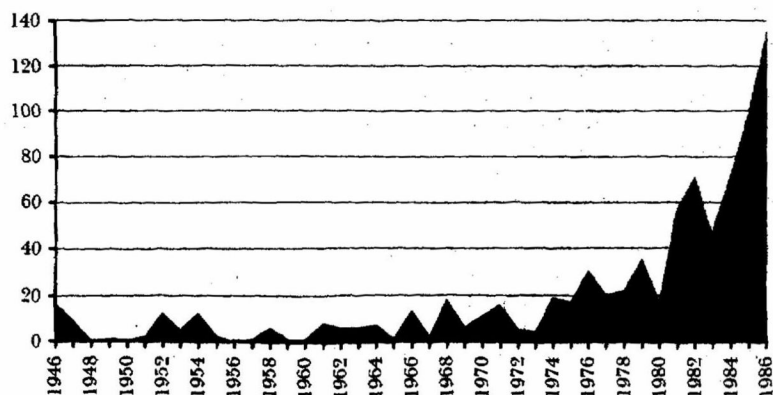
Gráfica 14

La opinión de los estadounidenses sobre la nacionalización siempre fue negativa, aunque con el tiempo disminuyó paulatinamente la intensidad de la condena. La alta incidencia de críticas (en términos relativos) en los años cuarenta y cincuenta, se debe a que tenían la esperanza de lograr que México abriera el petróleo a la inversión estadounidense.

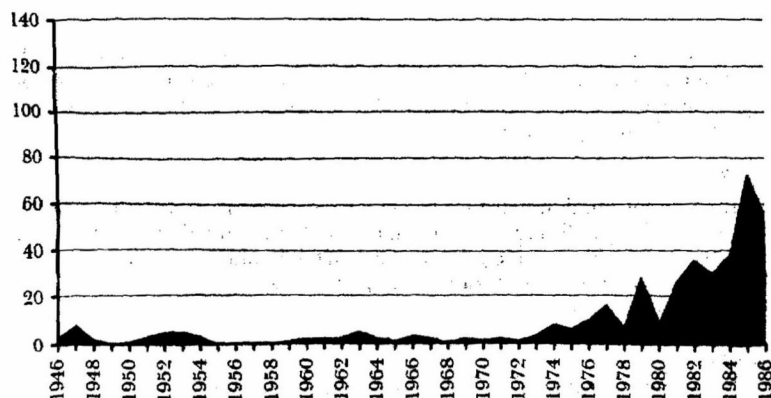
Gráfica 15

Este dibujo muestra cómo había cambiado la conciencia estadounidense para 1968. A diferencia de la forma en que se refirieron a movilizaciones sociales previas, la tendencia fue entonces la de informar y condenar el tratamiento que el régimen dio a los estudiantes.

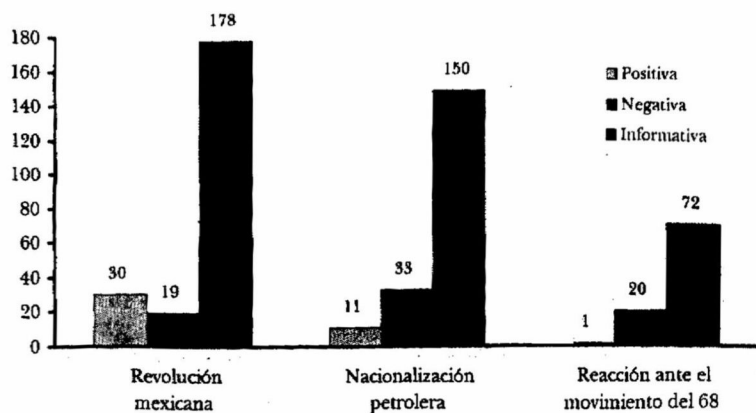
APÉNDICE B



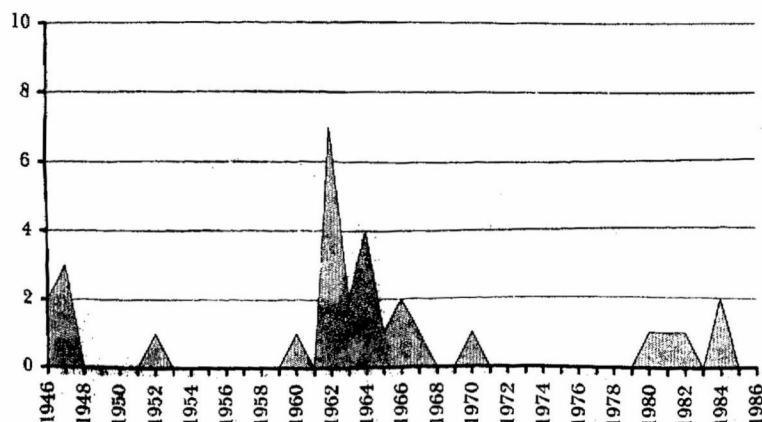
Gráfica 10. Forma como se distribuyeron en el tiempo las 810 citas de funcionarios mexicanos anónimos entre 1946 y 1986



Gráfica 11. Forma como se distribuyeron en el tiempo las 402 citas de funcionarios estadounidenses anónimos entre 1946 y 1986

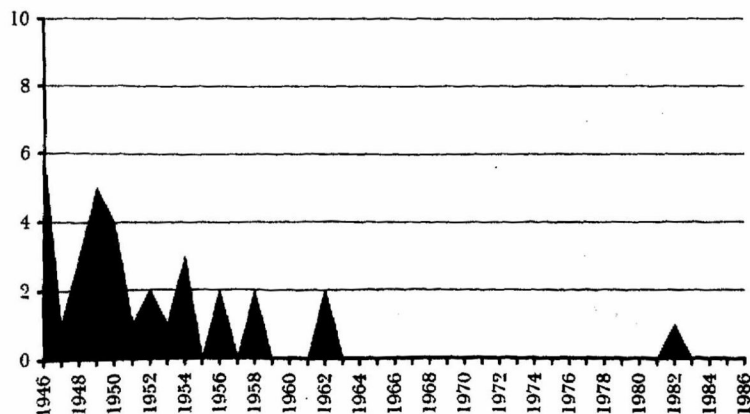


Gráfica 12. La opinión del NYT sobre tres hechos decisivos de la historia de México

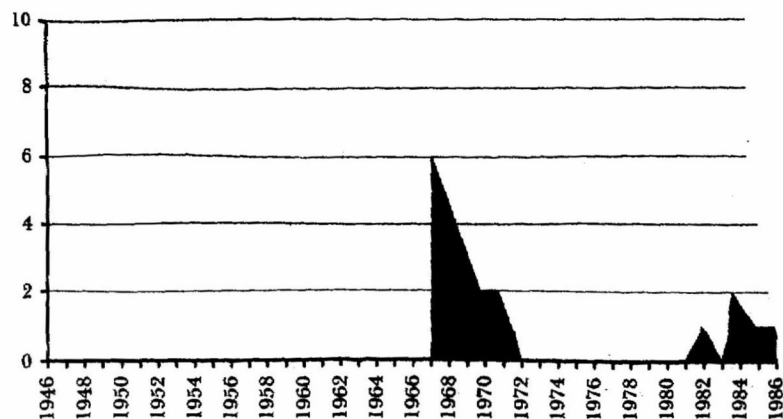


Gráfica 13. Distribución anual de las opiniones positivas sobre la Revolución Mexicana aparecidas en el NYT entre 1946 y 1986

APÉNDICE B



Gráfica 14. Distribución anual de las opiniones negativas sobre la nacionalización petrolera aparecidas en el NYT entre 1946 y 1986



Gráfica 15. Distribución anual de las opiniones negativas aparecidas en el NYT sobre la acción del gobierno ante el movimiento de 1968

La política mexicana vista por Estados Unidos

Resultó fascinante observar cómo las cifras del análisis de contenido reflejan las fobias y preferencias de una sociedad sobre otra. En las gráficas incluidas en este apartado irá apareciendo lo que los estadounidenses pensaban sobre la evolución política mexicana, los presidentes, los partidos aprobados y rechazados, y su tibio compromiso con la democracia.

Gráficas 16 y 17

Estas gráficas resumen la visión de la élite estadounidense sobre el sistema político mexicano. En la gráfica 16 aparecen las menciones positivas y debe notarse la constancia de las aprobaciones. Lo opuesto sería lo reducido de las menciones negativas (gráfica 17) hasta 1976, cuando al iniciarse las convulsiones del sistema político aparecen expresiones negativas.

Gráfica 18

Aquí hay dos aspectos que vale la pena resaltar. El primero es la abrumadora superioridad que tienen las menciones al ejecutivo frente a las que recibieron los otros dos poderes. El segundo es que las menciones positivas al ejecutivo superan a las negativas. Eso nos está diciendo que el *NYT* tenía una apreciación realista sobre quién mandaba en México, y que no le desagradaba tanto el sistema presidencialista.

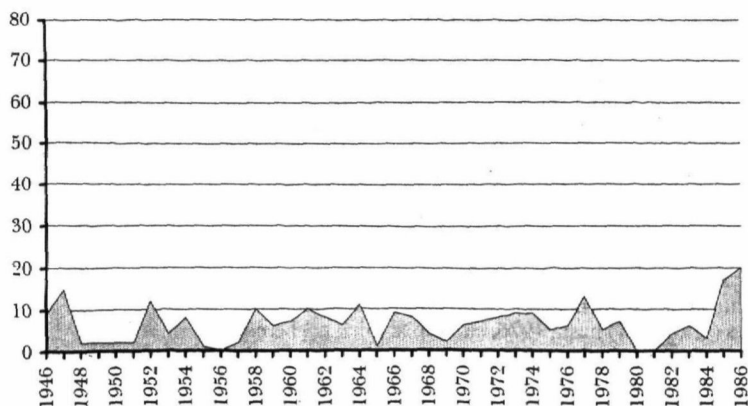
Gráficas 19 a 27

La serie de gráficas que empiezan en el número 19 y terminan en el 27 están entre las más reveladoras del estudio. En ellas puede apreciarse con toda claridad quiénes fueron los presidentes favoritos, y quiénes los apesados. En la primera gráfica puede verse que el preferido, y con mucho, fue Miguel Alemán Valdés, seguido por Miguel de la Madrid y José López Portillo. Los más criticados fueron Luis Echeverría, Lázaro Cárdenas y José López Portillo. Sin embargo, para algunos de ellos hay un cierto equilibrio entre menciones positivas y negativas.

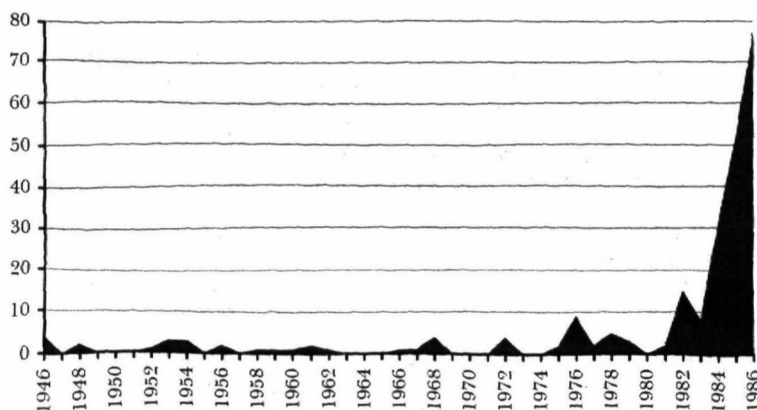
Las gráficas que siguen se refieren a las alabanzas y condenas que fueron recibiendo a lo largo del tiempo, y eso también nos dice mucho sobre las aficiones que fueron teniendo los estadounidenses por motivos, es obvio, relacionados con las políticas y los estilos de gobernar de los presidentes mexicanos.

Las interpretaciones que pueden hacerse son múltiples. Por ejemplo, las críticas a Miguel Alemán se hicieron después de que terminó su sexenio, y las que se centraron sobre José López Portillo apenas aparecieron durante el último año de su gobierno. Miguel de la Madrid fue un presidente que provocó ambivalencias, a juzgar por la simultaneidad de referencias positivas y negativas.

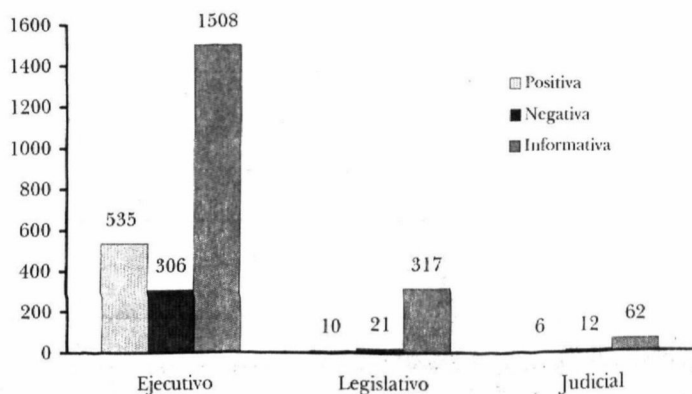
APÉNDICE B



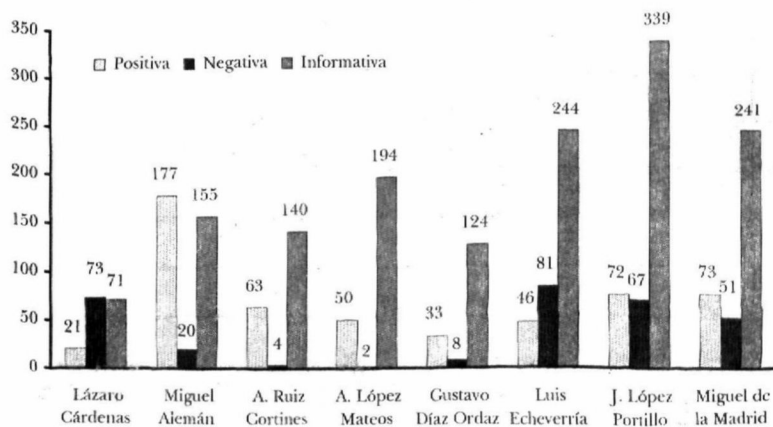
Gráfica 16. Distribución anual de las menciones positivas a la situación política general de México entre 1946 y 1986



Gráfica 17. Distribución anual de las menciones negativas a la situación política general de México entre 1946 y 1986

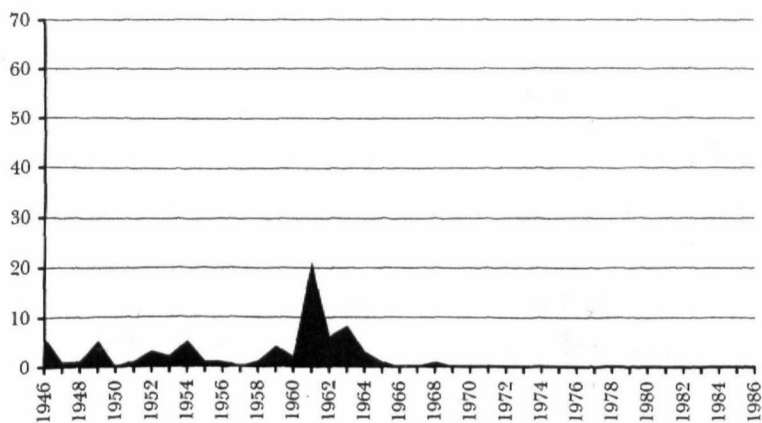


Gráfica 18. Comparación de las menciones hechas entre 1946 y 1986 al Ejecutivo, Legislativo y Judicial

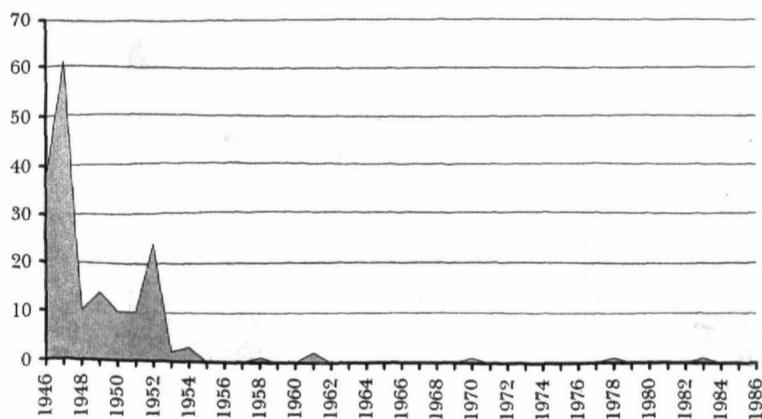


Gráfica 19. ¿Qué opinan los estadounidenses sobre ocho presidentes de México?

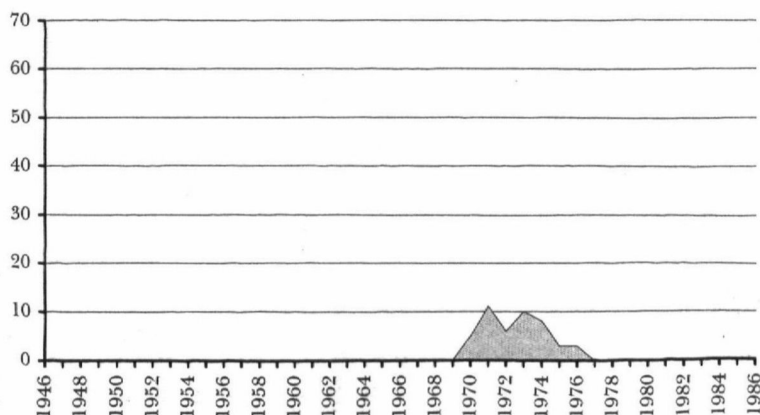
APÉNDICE B



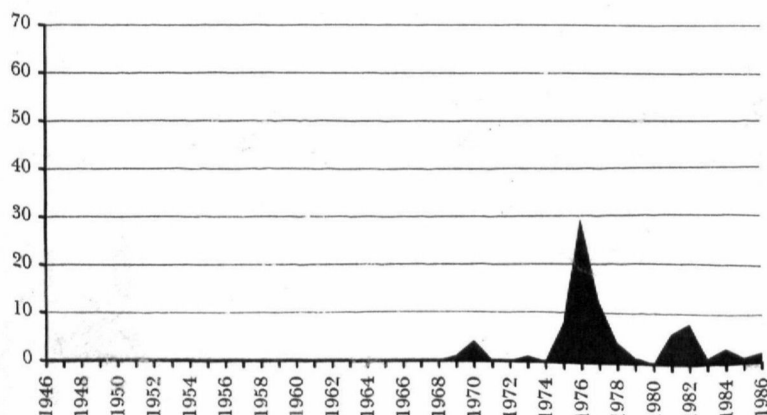
Gráfica 20. Distribución anual de las menciones negativas a
Lázaro Cárdenas (presidente de México, 1934-1940)



Gráfica 21. Distribución anual de las menciones positivas a
Miguel Alemán (presidente de México, 1946-1952)

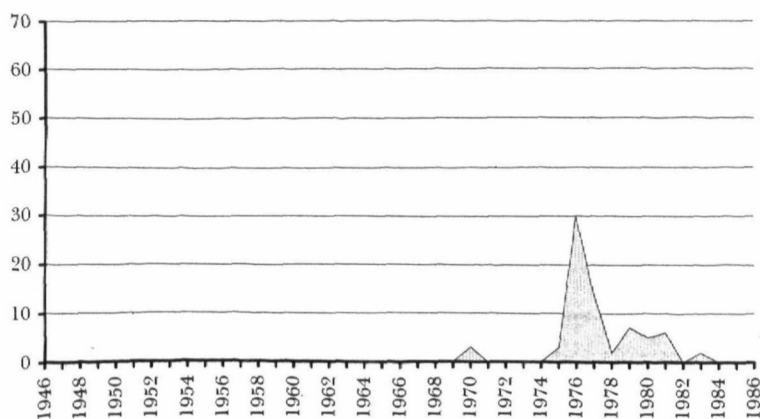


Gráfica 22. Distribución anual de las menciones positivas a
Luis Echeverría (presidente de México, 1970-1976)

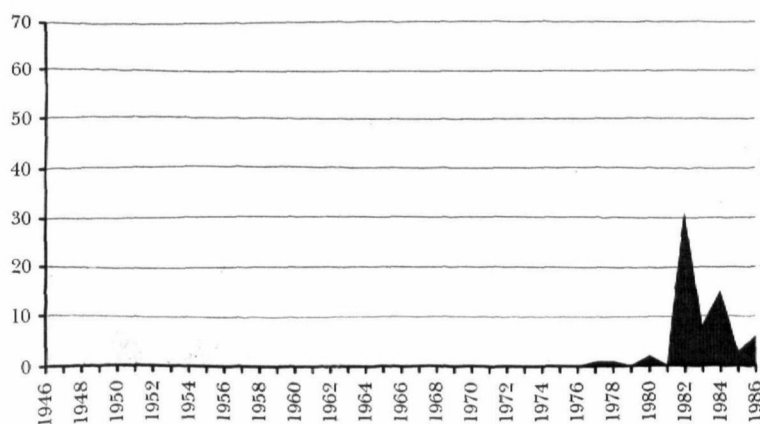


Gráfica 23. Distribución anual de las menciones negativas a
Luis Echeverría (presidente de México, 1970-1976)

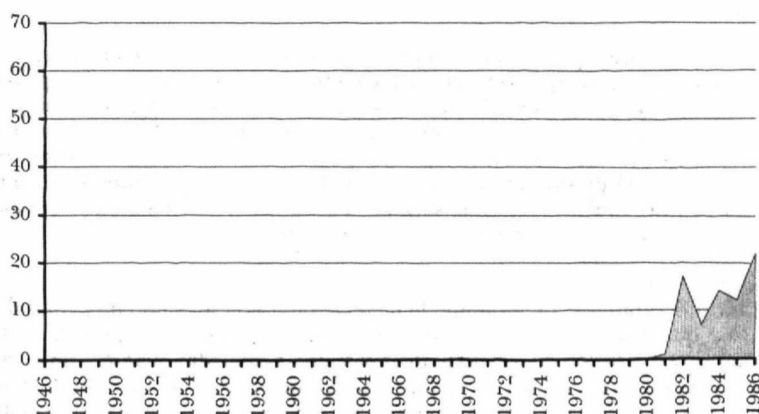
APÉNDICE B



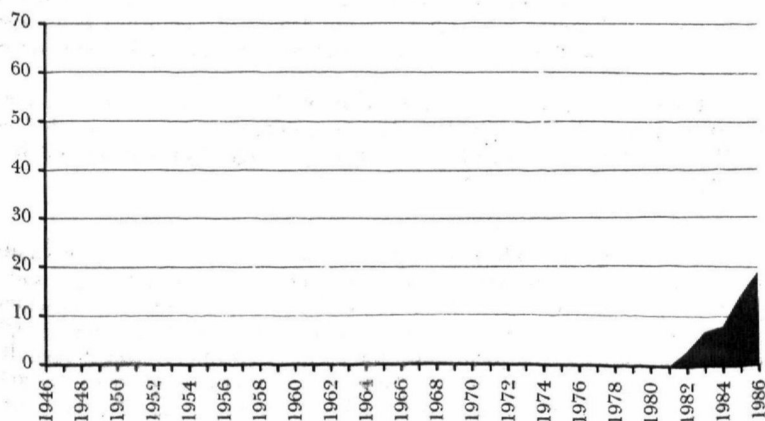
Gráfica 24. Distribución anual de las menciones positivas a José López Portillo (presidente de México, 1976-1982)



Gráfica 25. Distribución anual de las menciones negativas a José López Portillo (presidente de México, 1976-1982)



Gráfica 26. Distribución anual de las menciones positivas a Miguel de la Madrid (presidente de México, 1982-1986)



Gráfica 27. Distribución anual de las menciones negativas a Miguel de la Madrid (presidente de México, 1982-1986)

Gráficas 28 a 33

En estas seis gráficas aparece nítidamente la opinión que les merecen los partidos políticos, la orientación que tiene la visión del mundo estadounidense y el respaldo que extendieron al orden establecido en México. La izquierda partidista acumula el mayor número de menciones negativas, muchas más que el partido gobernante, respecto al cual se equilibraron los aplausos y las condenas. En el caso del PRI es notable que el *NYT* prefirió abstenerse de opinar y se fue por las simples menciones informativas. El Partido Acción Nacional, por su parte, mereció mucho menos atención, pese a que era más afín a su ideología liberal.

Gráfica 34

La gráfica 34 captura la opinión que le merecieron al *NYT* los diferentes tipos de oposición que surgieron en México; complementa y confirma lo dicho en la serie anterior y lo repetido en diferentes partes del texto: la élite estadounidense no tiene simpatía alguna por la izquierda, y mucho menos por la insurgencia armada. Sus preferencias se inclinan a la oposición liberal, aunque tampoco le dan una gran prioridad, ya que el número de menciones positivas (31) fue menor a una por año.

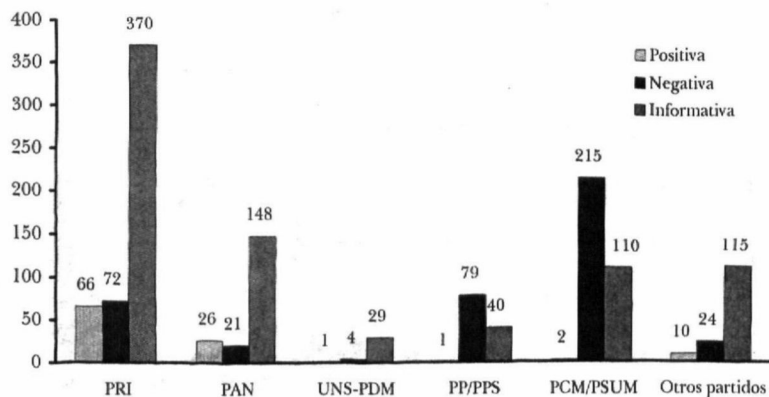
Gráficas 35 a 38

Esta secuencia confirma, desde otra perspectiva, el optimismo estadounidense ante el autoritarismo mexicano. En la gráfica 35 se puede observar que su opinión sobre la democratización de México siempre fue positiva, aunque si se atiende a la forma en que se distribuyeron los 122 elogios se detecta una lentísima reducción en el entusiasmo (gráfica 36) y un aumento igualmente gradual en las referencias negativas (gráfica 37).

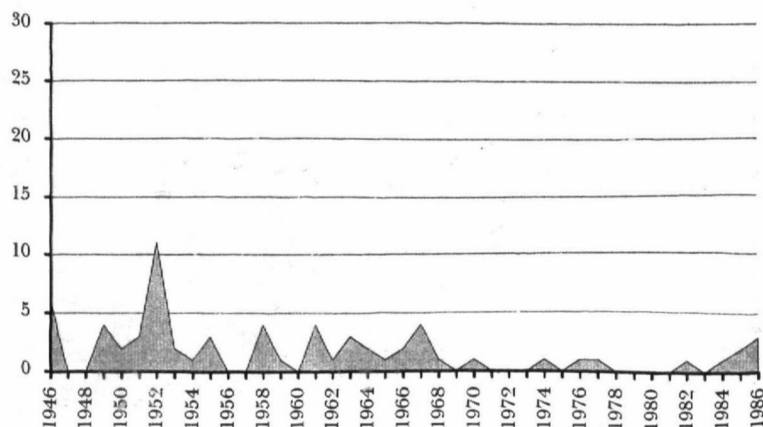
El fraude electoral, aunque constante en México, sólo fue mencionado en cuatro ocasiones, y la etapa donde realmente se dispararon las condenas fue en 1985 y 1986 (gráfica 38), un bienio en que hizo crisis la paciencia estadounidense hacia el grupo gobernante en México.

Gráfica 39

Se muestra en esta gráfica la forma en que la élite estadounidense consideró a un grupo de actores políticos seleccionados por su importancia. A simple vista resulta obvio que el ejército, el sector privado y los estudiantes llamaron más su atención. Si nos centramos en la forma como fueron tratados en diferentes momentos (algo que no incluyo por falta de espacio), observamos que su actitud refleja algunas de las batallas que se libraron en México. Por ejemplo, las críticas al sector privado mexicano se hicieron cuando éste se opuso a los intentos reformistas de los presidentes Echeverría y López Portillo.

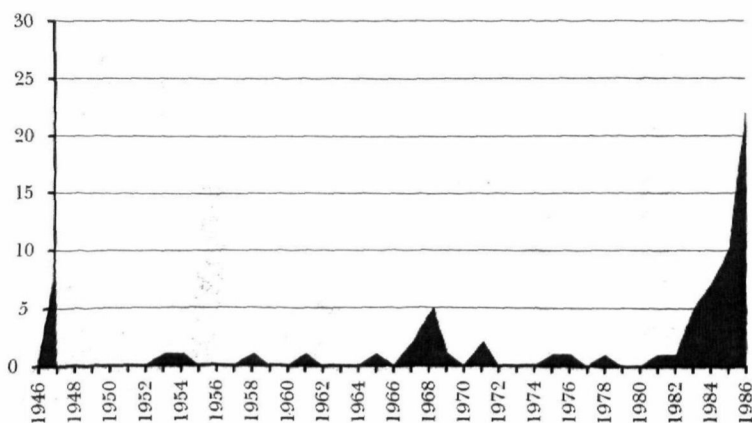


Gráfica 28. Partidos políticos de México entre 1946 y 1986

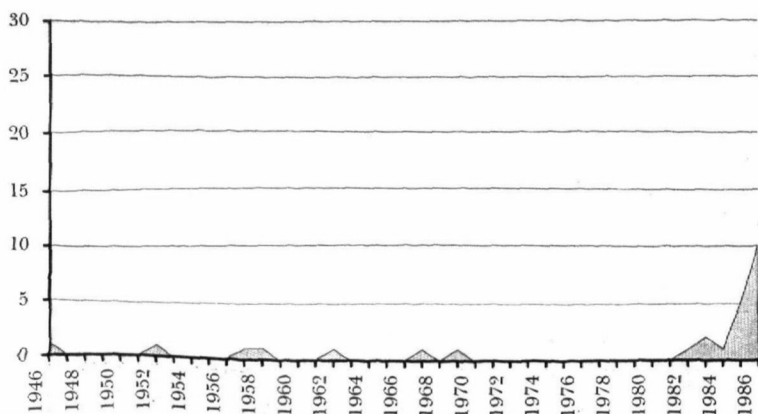


Gráfica 29. Distribución anual de las menciones positivas al Partido Revolucionario Institucional entre 1946 y 1986

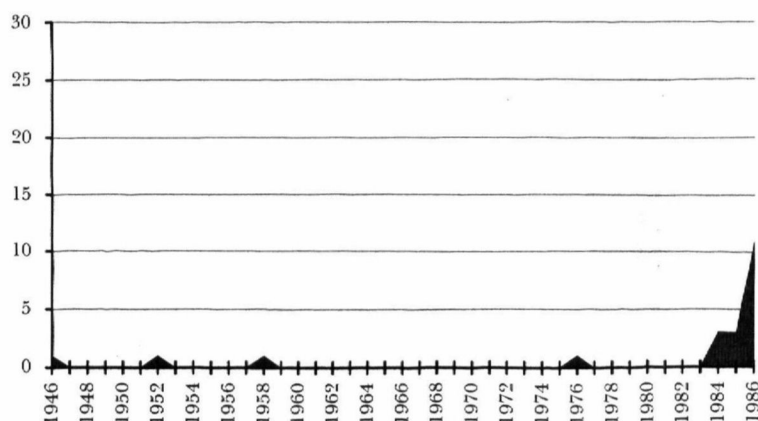
APÉNDICE B



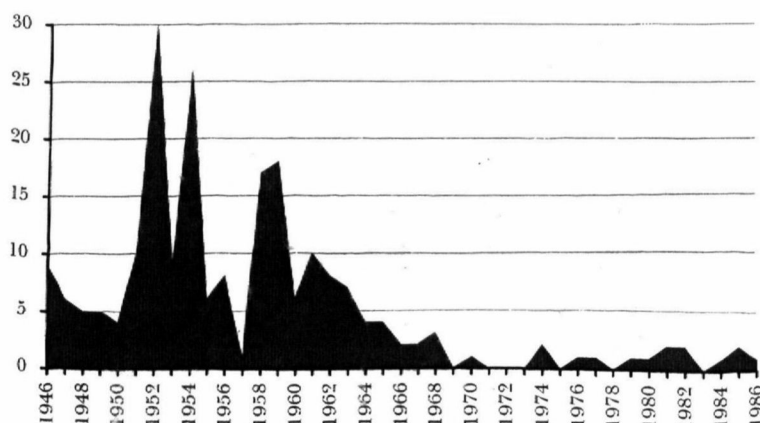
Gráfica 30. Distribución anual de las menciones negativas al Partido Revolucionario Institucional entre 1946 y 1986



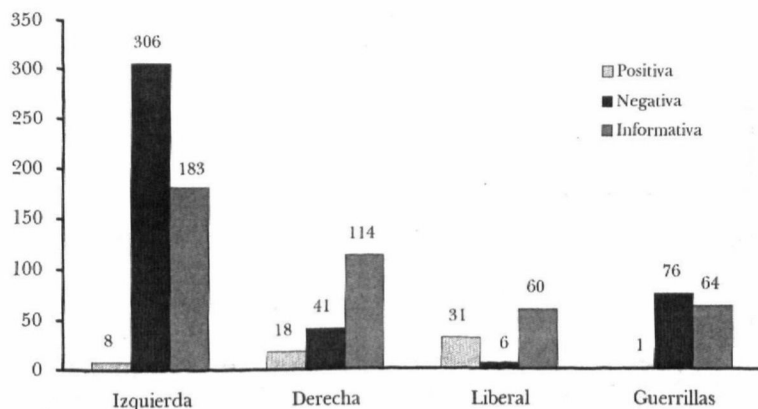
Gráfica 31. Distribución anual de las menciones positivas al Partido Acción Nacional entre 1946 y 1986



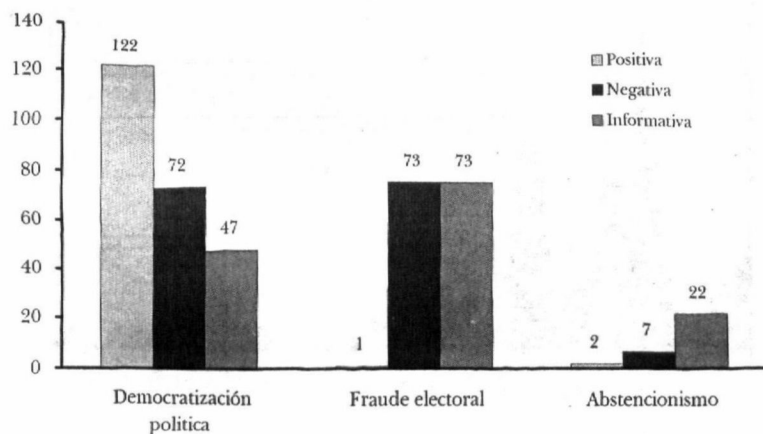
Gráfica 32. Distribución anual de las menciones negativas al Partido Acción Nacional entre 1946 y 1986



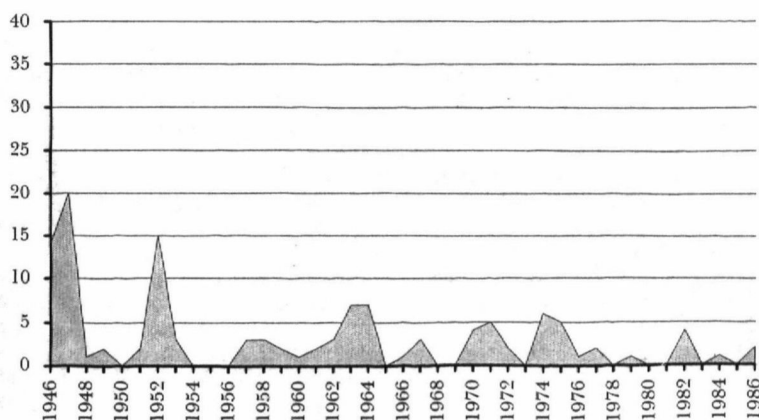
Gráfica 33. Distribución anual de las menciones negativas al Partido Comunista Mexicano-Partido Socialista Unificado de México entre 1946 y 1986



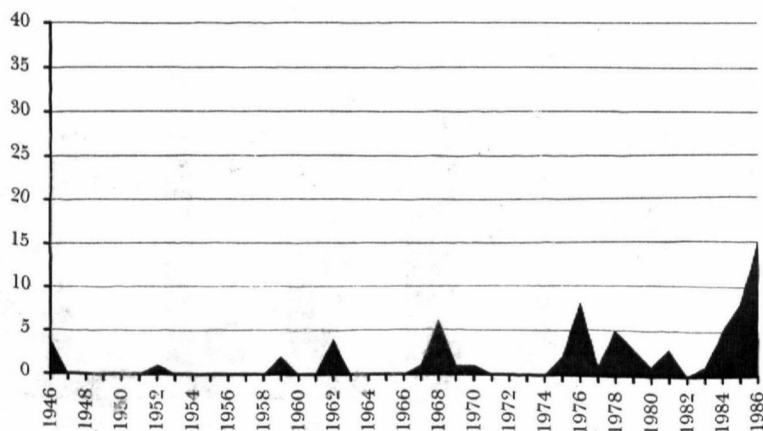
Gráfica 34. La opinión de las oposiciones entre 1946 y 1986



Gráfica 35. Una visión agregada sobre las referencias a tres temas relacionados con la democratización entre 1946 y 1986

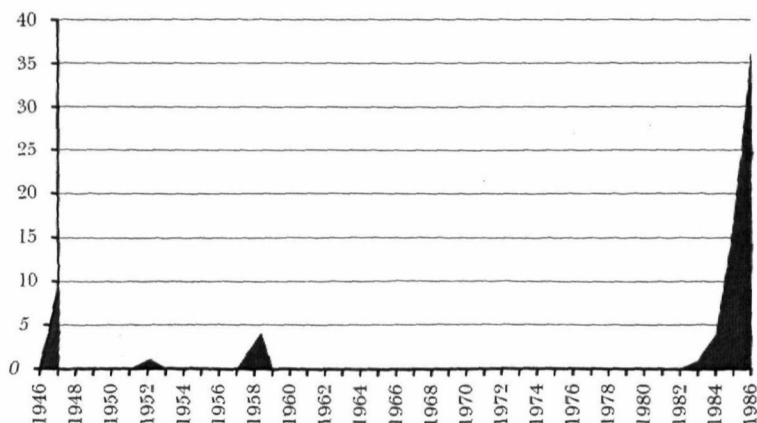


Gráfica 36. Distribución anual de las referencias positivas a la democratización de México entre 1946 y 1986

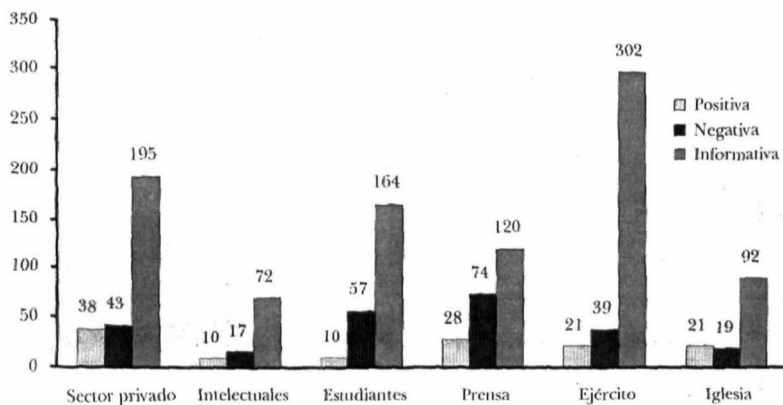


Gráfica 37. Distribución anual de las referencias negativas a la democratización de México entre 1946 y 1986

APÉNDICE B



Gráfica 38. Distribución anual de las menciones negativas sobre el fraude electoral en México publicadas por el NYT entre 1946 y 1986



Gráfica 39. Actores políticos entre 1946 y 1986

Gráficas 40 a 44

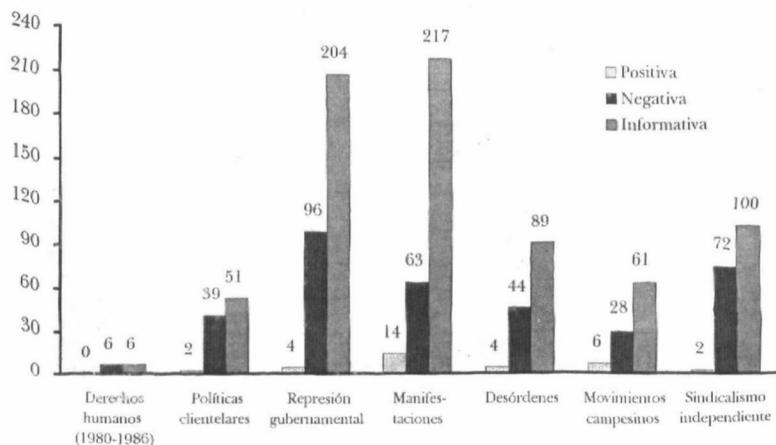
The New York Times condenó el uso de la fuerza por el gobierno y vio con desconfianza las alteraciones al orden establecido. Si observamos las cifras agregadas sobre siete problemas relacionados con el autoritarismo mexicano, resulta evidente la condena tan elevada que recibieron el sindicalismo independiente, los movimientos campesinos, los desórdenes y las manifestaciones. Tampoco consideraron aceptables la represión gubernamental y las relaciones políticas clientelares.

En este grupo fueron incluidas algunas gráficas que muestran la distribución temporal de algunas variables.

El sindicalismo independiente (gráfica 41) fue objeto de atención y críticas durante las primeras décadas (especialmente las huelgas de trabajadores petroleros y ferrocarrileros) y luego se perdió el interés aunque los trabajadores siguieron movilizándose.

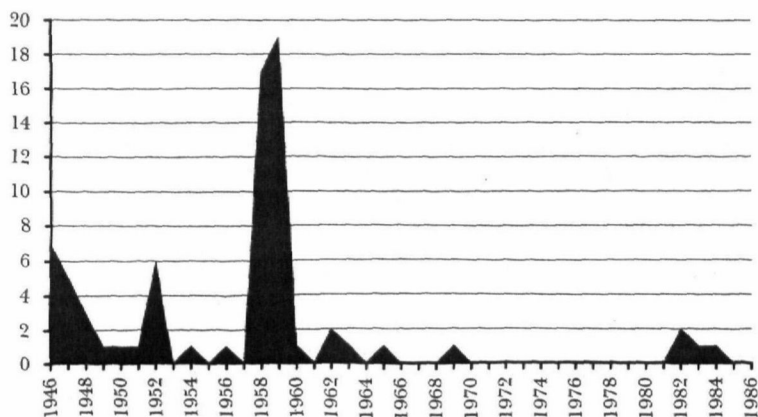
En cuanto a la represión gubernamental (gráfica 43), ésta empezó a recibir un número razonable de menciones apenas en 1968, lo que significa que el *NYT* dejó de cubrir un buen número de represiones que ocurrieron en estados del interior.

Las relaciones políticas clientelares (gráfica 44) fueron mencionadas poco y esporádicamente.

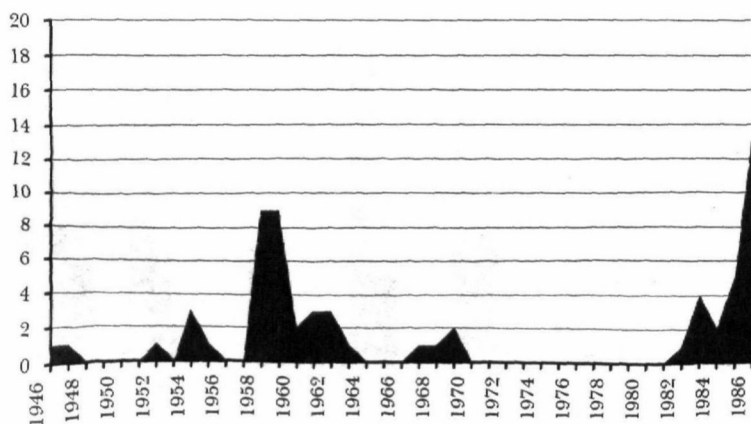


Gráfica 40. Una visión agregada de las referencias a siete problemas políticos mexicanos entre 1946 y 1986

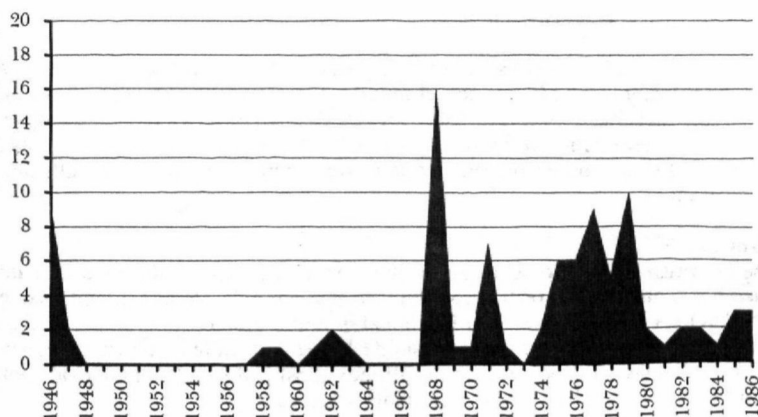
APÉNDICE B



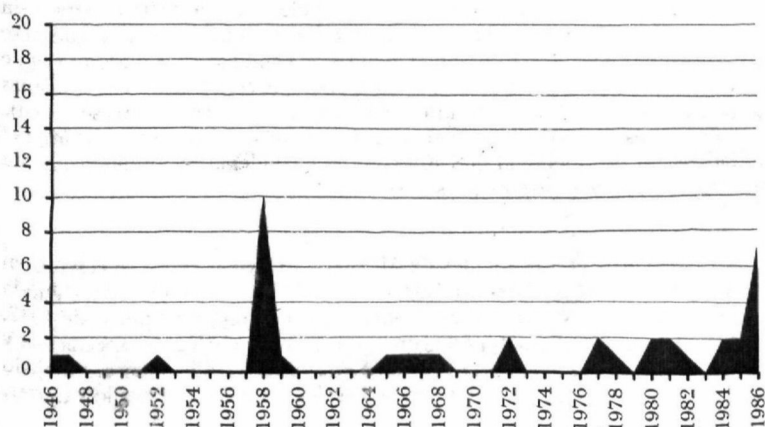
Gráfica 41. Distribución anual de las referencias negativas al sindicalismo independiente entre 1946 y 1986



Gráfica 42. Distribución anual de las referencias negativas a manifestaciones entre 1946 y 1986



Gráfica 43. Distribución anual de las referencias negativas a la represión gubernamental entre 1946 y 1986



Gráfica 44. Distribución anual de las referencias negativas a las relaciones políticas clientelares entre 1946 y 1986

Las relaciones de México con el mundo

En 22 gráficas se presenta una pequeña parte de la forma en que el *NYT* cubrió las relaciones de México con el mundo. Por razones de espacio excluí un número considerable de variables sobre los vínculos con América Latina, Europa y Asia para concentrarme en las relaciones entre México y Estados Unidos que, como era dado esperar, recibieron más atención y fueron relevantes para el análisis presentado.

Gráficas 45 y 46

Desde la óptica de Estados Unidos, los mayores éxitos en la política exterior de México hacia otros países ocurrieron durante el sexenio de Alemán, mientras que los presidentes Ruiz Cortines (por Guatemala), López Mateos (por Cuba y el activismo internacional que incluyó la visita de Charles de Gaulle a México), Echeverría (por el activismo mesiánico de sus últimos años) y Miguel de la Madrid (por América Central) recibieron mayor cantidad de críticas.

Gráficas 47 a 53

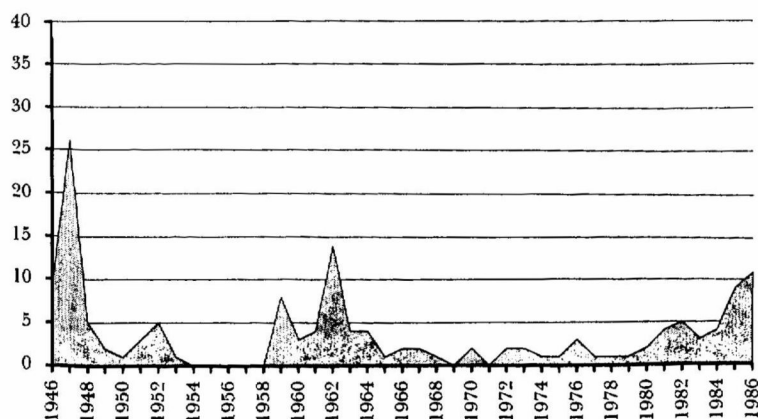
Las cifras no mienten. En la gráfica 47 está la confirmación numérica de las buenas relaciones entre México y Estados Unidos. Las tres variables tomadas en cuenta (relaciones generales, económicas y políticas) acumulan en cuarenta y un años 960 menciones positivas, 998 informativas y sólo 525 negativas.

La distribución en el tiempo de estas variables es bastante homogénea; sin embargo, es evidente que el sexenio favorito fue el de Miguel Alemán (recuérdese que Carlos Salinas no fue incluido en el análisis de contenido), seguido por el de López Mateos y el de De la Madrid. Los regímenes que concentran más condenas son los de De la Madrid, López Portillo, Ruiz Cortines y Echeverría (en ese orden).

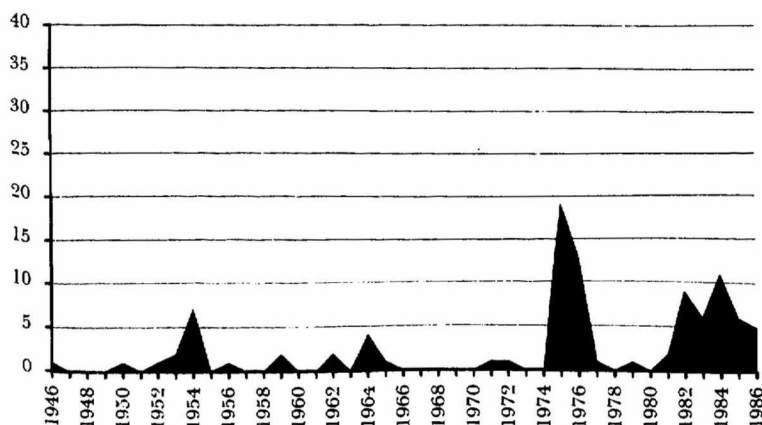
Es interesante notar la actitud tan ambivalente que tuvieron hacia Miguel de la Madrid, un presidente al que aplaudieron y condenaron simultáneamente (lo que dependía del ángulo con que se le evaluara).

Gráficas 54 a 57

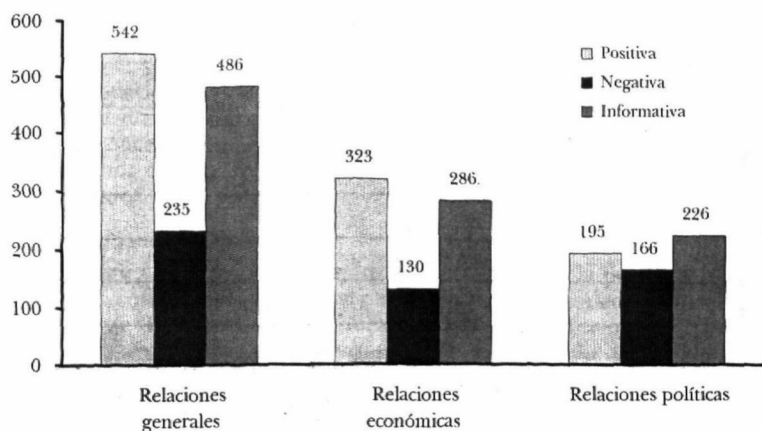
El primer encuentro de presidentes de México y Estados Unidos se celebró en 1909, entre Porfirio Díaz y Howard Taft; el segundo ocurrió durante la Segunda Guerra. Sin embargo, este tipo de reuniones se hizo costumbre a partir de 1947, cuando Truman visitó a Alemán y éste correspondió en la visita más espectacular y exitosa de la que se tenga memoria dentro de esta relación. Ello aparece reflejado claramente en la gráfica 55, así como las críticas del *NYT* a López Portillo y Carter, De la Madrid y Reagan.



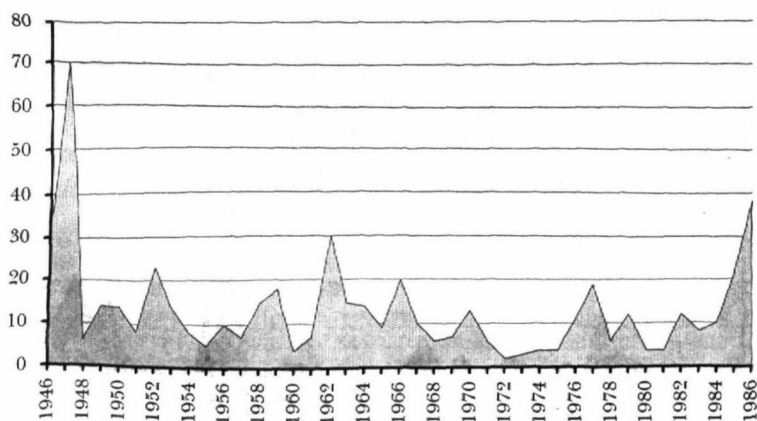
Gráfica 45. Distribución anual de las menciones positivas a las relaciones exteriores de México entre 1946 y 1986



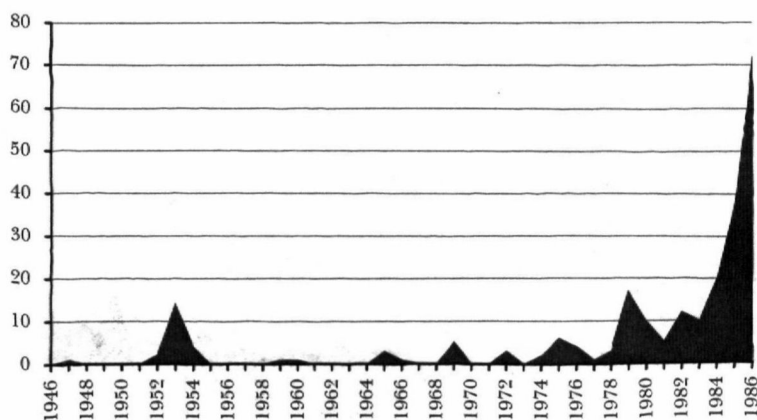
Gráfica 46. Distribución anual de las menciones negativas a las relaciones exteriores de México entre 1946 y 1986



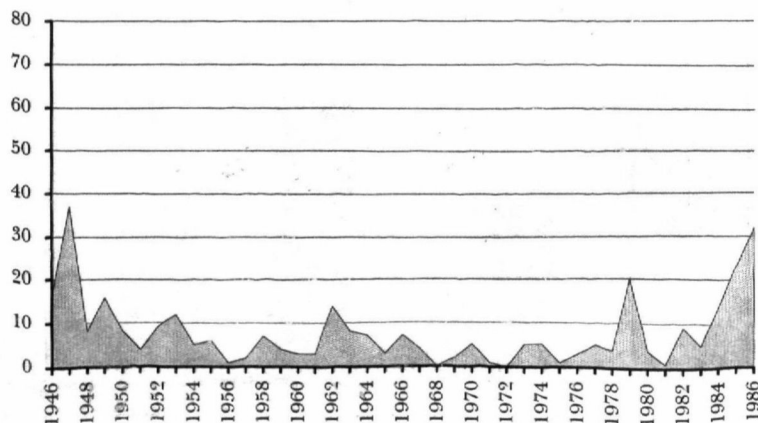
Gráfica 47. Relaciones México-Estados Unidos entre 1946 y 1986



Gráfica 48. Distribución anual de las referencias positivas a las relaciones México-Estados Unidos entre 1946 y 1986

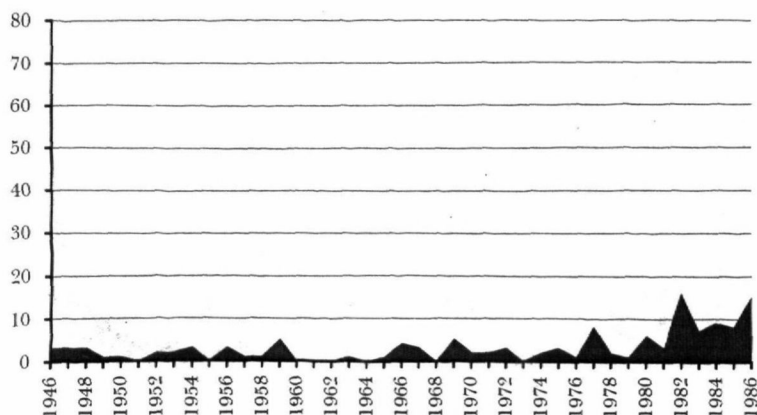


Gráfica 49. Distribución anual de las referencias negativas a las relaciones México-Estados Unidos entre 1946 y 1986

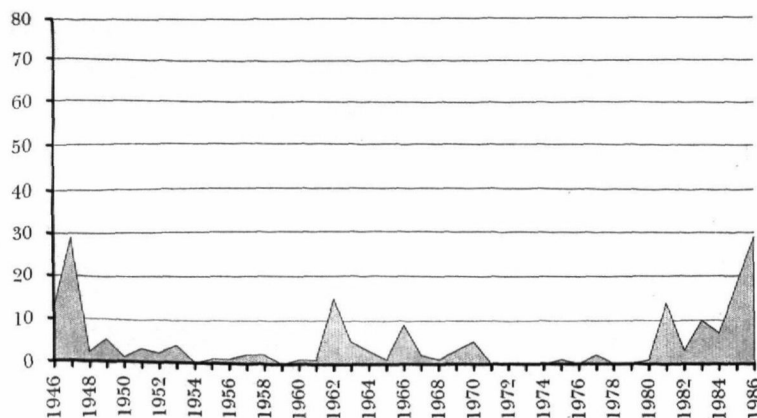


Gráfica 50. Distribución anual de las referencias positivas a las relaciones económicas México-Estados Unidos entre 1946 y 1986

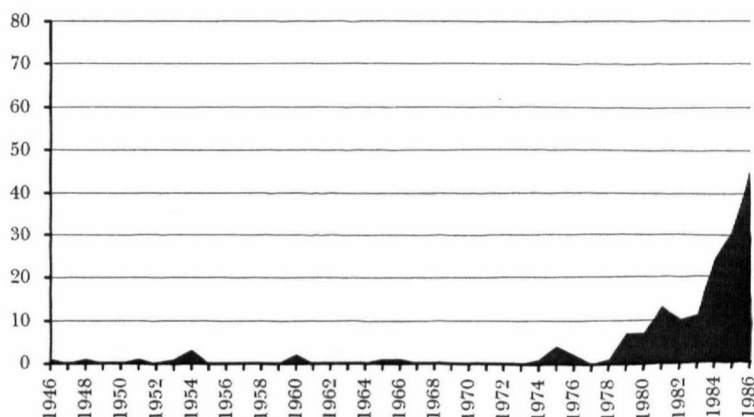
APÉNDICE B



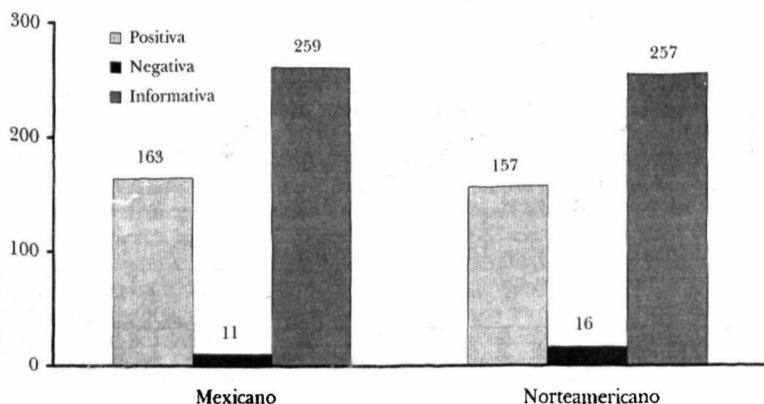
Gráfica 51. Distribución anual de las referencias negativas
a las relaciones económicas México-Estados Unidos
entre 1946 y 1986



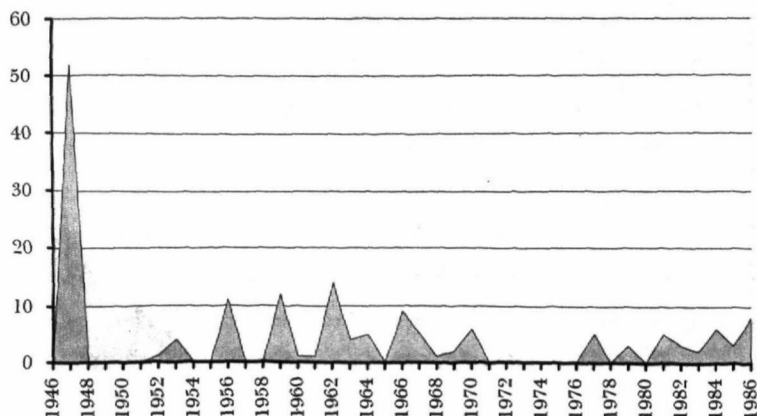
Gráfica 52. Distribución anual de las referencias positivas
a las relaciones políticas México-Estados Unidos
entre 1946 y 1986



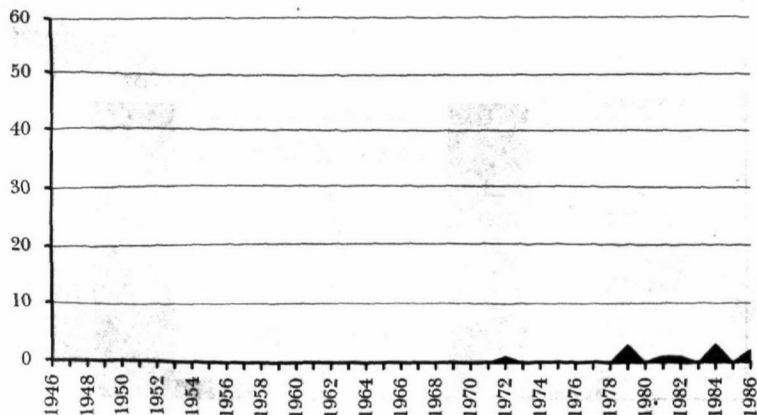
Gráfica 53. Distribución anual de las referencias negativas a las relaciones políticas México-Estados Unidos entre 1946 y 1986



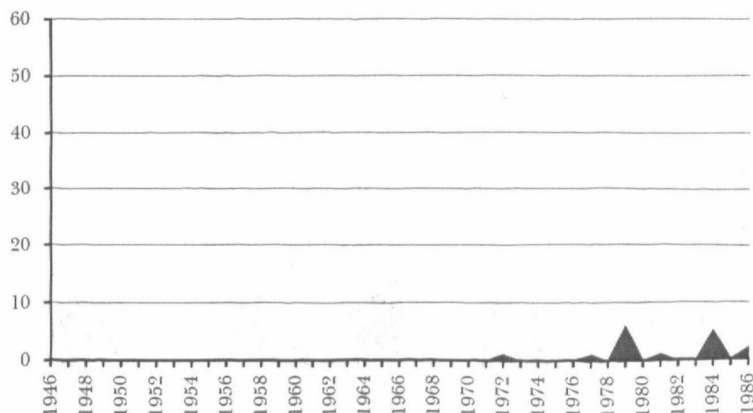
Gráfica 54. Los encuentros entre presidentes de México y Estados Unidos entre 1946 y 1986



Gráfica 55. Distribución anual de las referencias positivas al presidente mexicano en sus reuniones con el presidente de Estados Unidos entre 1946 y 1986



Gráfica 56. Distribución anual de las referencias negativas al presidente mexicano en sus reuniones con el presidente de Estados Unidos entre 1946 y 1986

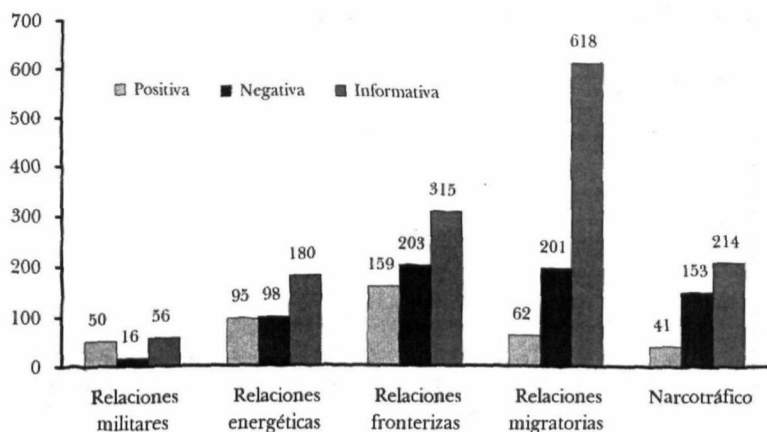


Gráfica 57. Distribución anual de las referencias negativas al presidente de los Estados Unidos en sus reuniones con el presidente de México entre 1946 y 1986

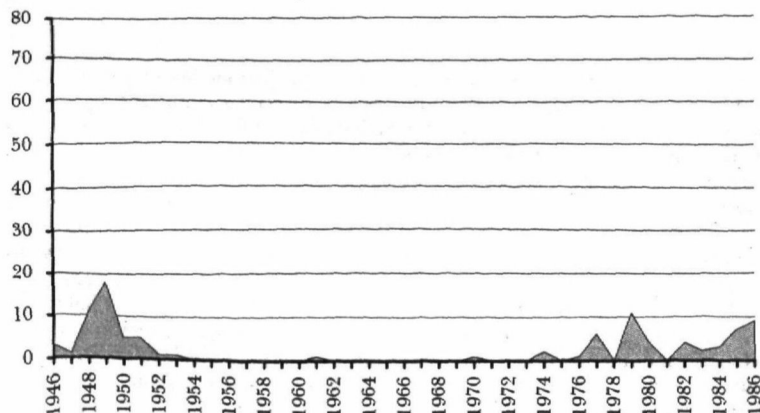
Gráficas 58 a 66

En el abanico de los principales temas (gráfica 58) que forman la estructura de una de las relaciones más complejas del mundo, puede apreciarse cuáles son los asuntos mexicanos que han recibido más atención en Estados Unidos. La migración ocupa indiscutiblemente el primer lugar, seguida con bastante lejanía por las relaciones fronterizas, narcotráfico y energía. Ahora bien, se trata de cifras agregadas que no capturan las variaciones del interés, que se fueron dando con el tiempo.

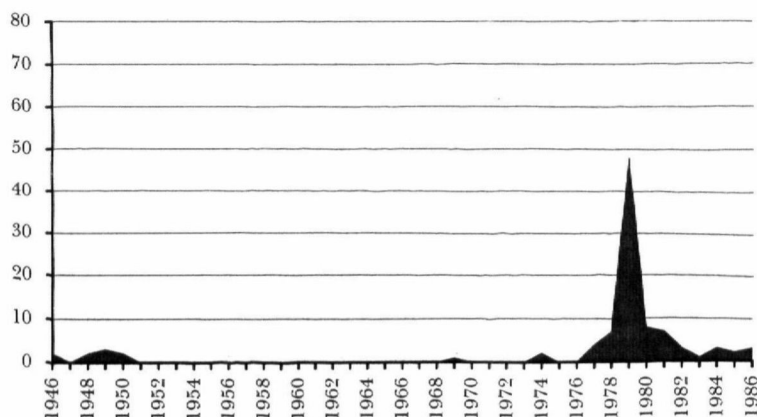
El petróleo acaparó su interés entre 1947 y 1952, y luego a partir de 1976, cuando surgieron tensiones entre los dos países por ese tema. La frontera se convirtió en un lugar conflictivo para la relación hasta finales del periodo analizado. La migración ha tenido dos momentos de especial interés (principio y final de las décadas revisadas), aunque siempre estuvo marcada por una percepción que consideraba este fenómeno como un asunto interno estadounidense. El narcotráfico, finalmente, recibió menciones esporádicas hasta antes de los ochenta; a partir de entonces se convierte en el problema más difícil de la relación.



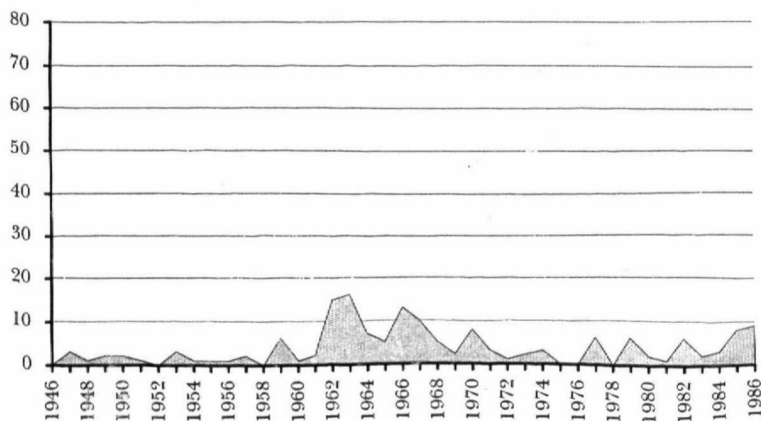
Gráfica 58. Otros temas de las relaciones México-Estados Unidos entre 1946 y 1986



Gráfica 59. Distribución anual de las referencias positivas a las relaciones México-Estados Unidos en materia petrolera entre 1946 y 1986

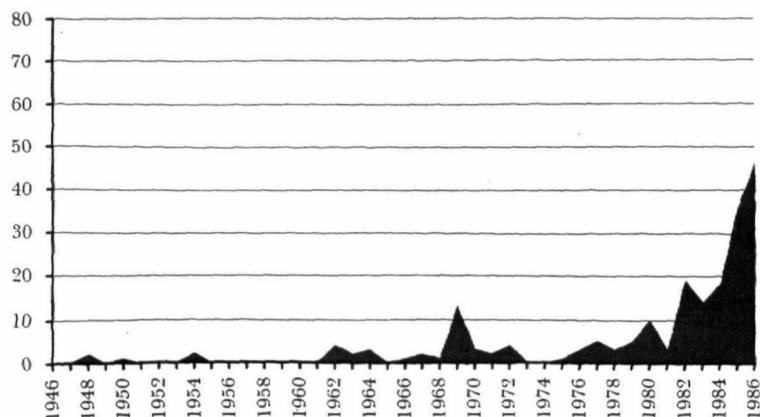


Gráfica 60. Distribución anual de las referencias negativas
a las relaciones México-Estados en materia petrolera
entre 1946 y 1986

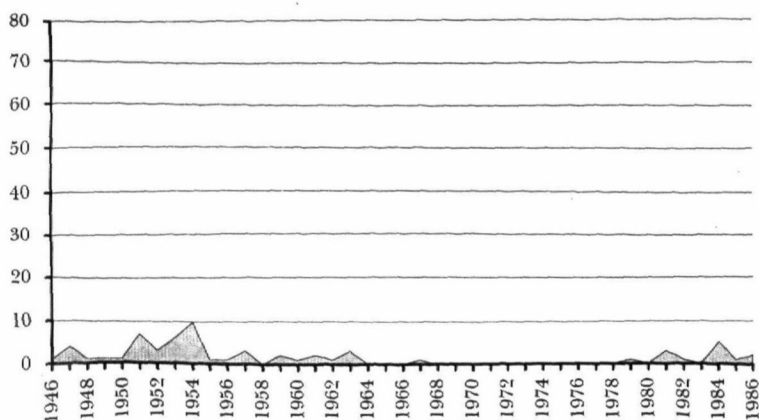


Gráfica 61. Distribución anual de las referencias positivas
a las relaciones fronteras México-Estados Unidos
entre 1946 y 1986

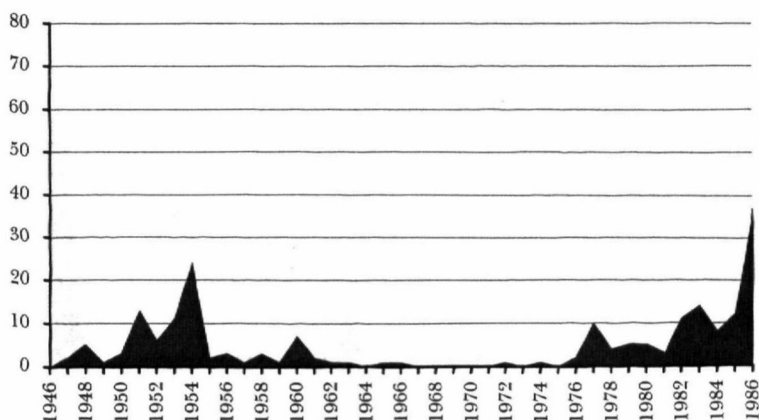
APÉNDICE B



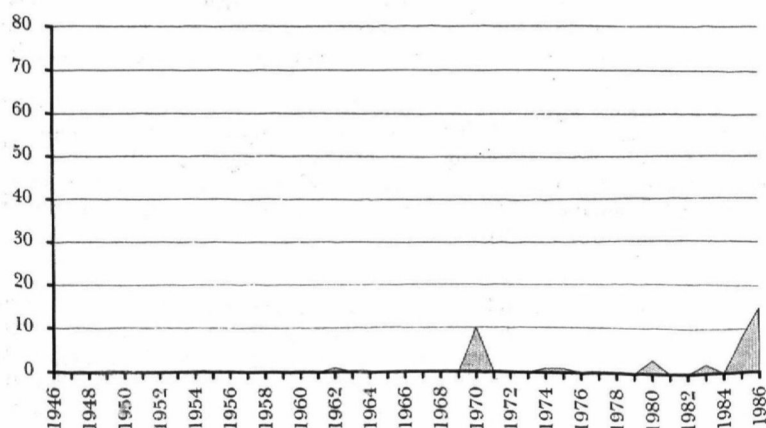
Gráfica 62. Distribución anual de las referencias negativas
a las relaciones fronterizas México Estados Unidos
entre 1946 y 1986



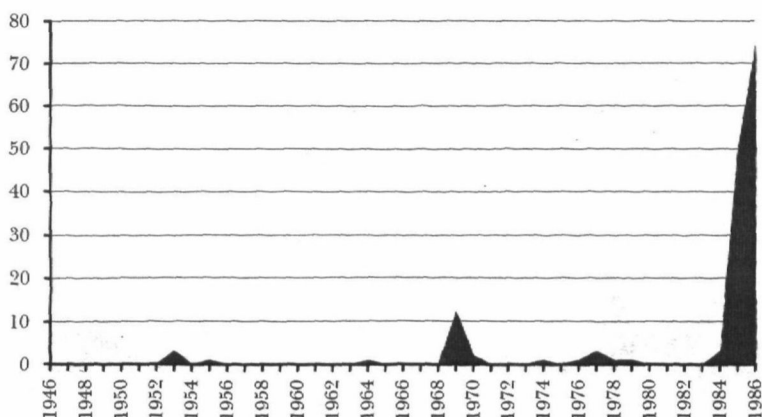
Gráfica 63. Distribución anual de las referencias positivas
a las relaciones migratorias México-Estados Unidos
entre 1946 y 1986



Gráfica 64. Distribución anual de las referencias negativas a las relaciones migratorias México-Estados Unidos entre 1946 y 1986



Gráfica 65. Distribución anual de las referencias positivas al narcotráfico entre México y Estados Unidos entre 1946 y 1986



Gráfica 66. Distribución anual de las referencias negativas al narcotráfico entre México y Estados Unidos entre 1946 y 1986

La economía mexicana

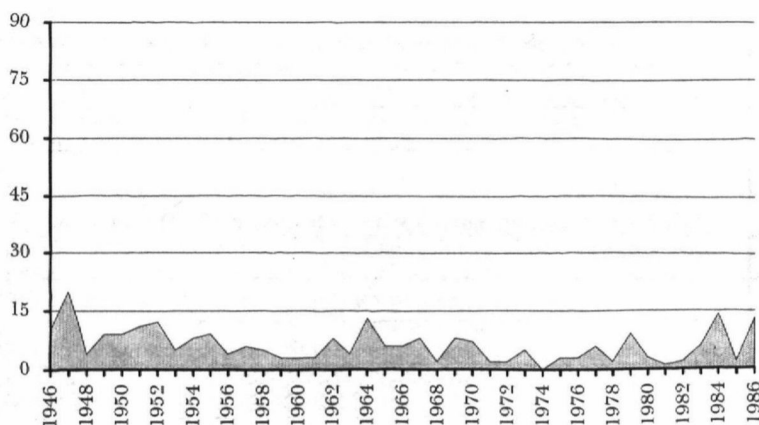
Esta sección es una de las más importantes y nutridas. Para hacerla manejable se hicieron subdivisiones que van marcando con toda claridad los diferentes temas en los que aparece reflejada la visión estadounidense del mundo, es decir, su preferencia por el capitalismo.

Otro aspecto singular de estas gráficas es que nos ofrecen la posibilidad de apreciar la pragmática combinación que los estadounidenses hicieron entre la defensa de sus intereses y principios, y la tolerancia hacia las peculiaridades del modelo mexicano (en particular la economía mixta). En los años ochenta aparecerá también gráficamente la forma en que fueron perdiendo la paciencia con el modelo mexicano.

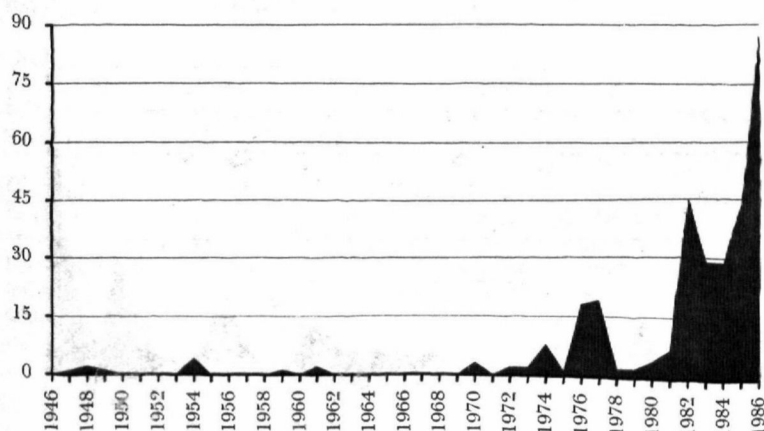
Gráficas 67 a 70

En esta serie aparecen las grandes categorías con que evaluaron la economía mexicana. Las gráficas 67 y 68 muestran la forma homogénea en que se distribuyeron en el tiempo las opiniones positivas acerca de la situación económica general. En cuanto a las referencias negativas llama la atención las pocas críticas publicadas hasta 1975, cuando percibieron con toda claridad las crecientes dificultades. El brinco que da la curva en 1985-1986 es muy elocuente.

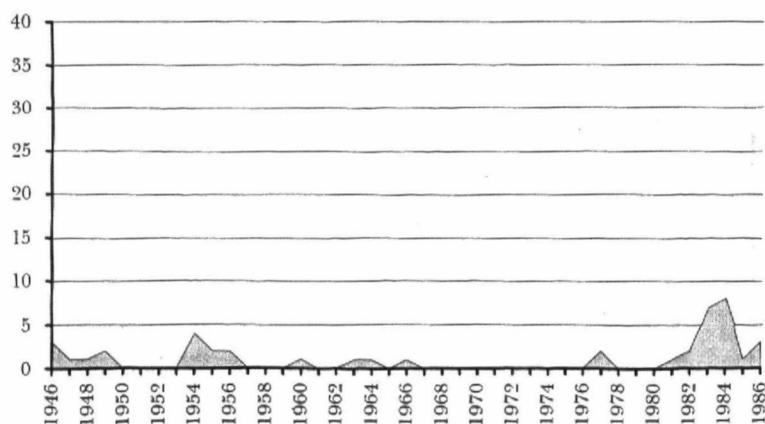
Un patrón similar aparece en las gráficas 69 y 70 que engloban las referencias a la cuenta corriente. Dicho patrón se repite en otras variables que no han sido publicadas.



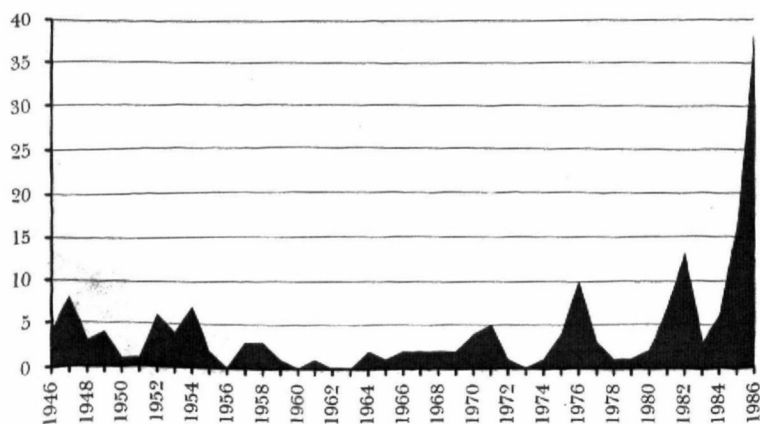
Gráfica 67. Distribución anual de las referencias positivas a la situación económica general de México entre 1946 y 1986



Gráfica 68. Distribución anual de las referencias a la situación económica general de México entre 1946 y 1986



Gráfica 69. Distribución anual de las referencias positivas a la cuenta corriente de México entre 1946 y 1986



Gráfica 70. Distribución anual de las referencias negativas a la cuenta corriente de México entre 1946 y 1986

Gráfica 71

El *NYT* mencionó 54 veces a México como modelo de desarrollo; 33 de ellas de manera positiva. La etapa en que hicieron alabanzas fue entre 1961 y 1967, un periodo en que andaban urgidos de contar con países con los que pudieran contrastar a la Revolución cubana. Las críticas, es obvio, se dieron en los ochenta, cuando crecían las condenas a la política económica.

Gráficas 72 a 76

En una economía mixta generalmente se emiten opiniones encontradas sobre los papeles de la inversión estatal y la privada (bifurcándose esta última entre nacional y extranjera). En la serie de gráficas incluidas en esta sección se aprecia visualmente la evolución que tuvieron las fobias y preferencias estadounidenses.

En la gráfica 72 las barras miden el número de menciones que merecieron. La categoría que tiene más referencias positivas es el sector privado extranjero, seguido por el empresariado nacional. Al final de su interés y con escasas menciones aparece la participación del Estado en la economía.

En las gráficas siguientes (73 a 76) se hace un contraste entre la distribución anual que presentaron las referencias positivas y negativas de los sectores privados, nacional y extranjero. La inversión extranjera recibió más elogios y su distribución fue más consistente a lo largo del tiempo. En cuanto a las referencias negativas, el sector privado extranjero salió mejor librado, porque fue criticado durante un solo periodo, mientras que los otros dos actores fueron recibiendo denuestos a lo largo del tiempo.

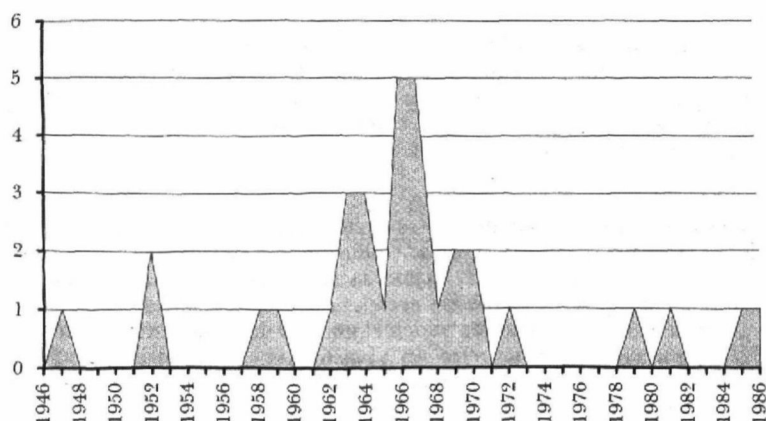
Gráficas 77 a 79

El clima ofrecido a la inversión extranjera es una de las variables que más influyen en la opinión estadounidense al apreciar un país. En estas barras y gráficas se advierte la forma positiva en que juzgaron a México.

Gráfica 80

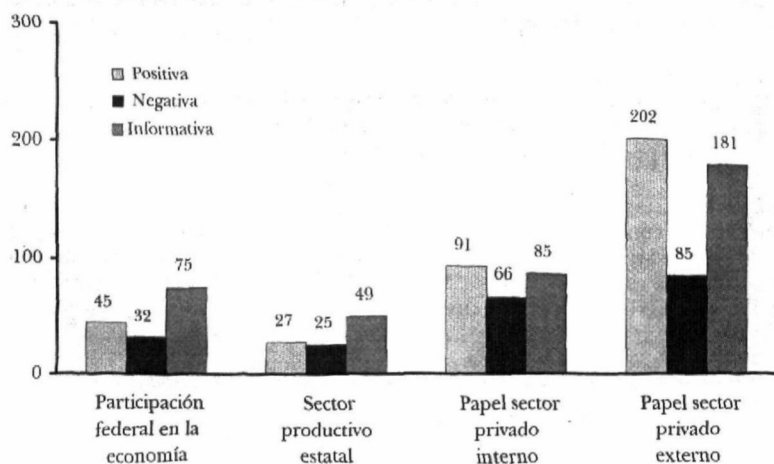
Es evidente el contraste entre la condena a las técnicas agrícolas tradicionales y la aprobación de las modernas. En cuanto a la evolución en el tiempo —no incluida por razones de espacio— es notoria la alta incidencia de menciones durante los años sesenta, periodo durante el cual el campo fue objeto de una atención sin precedentes.

APÉNDICE B

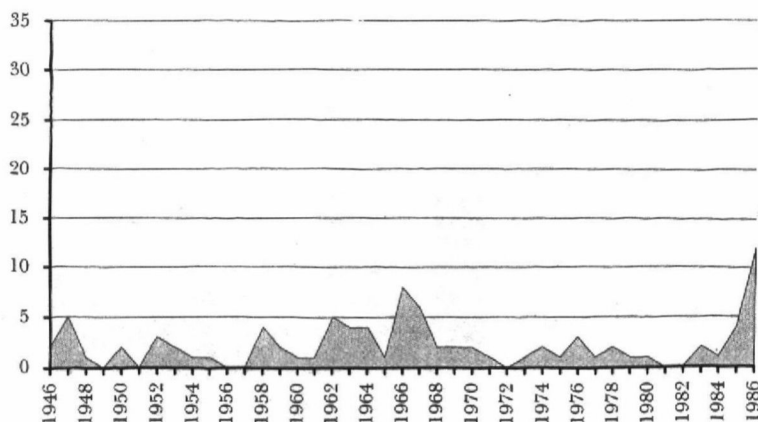


Nota: fueron 33 referencias en total

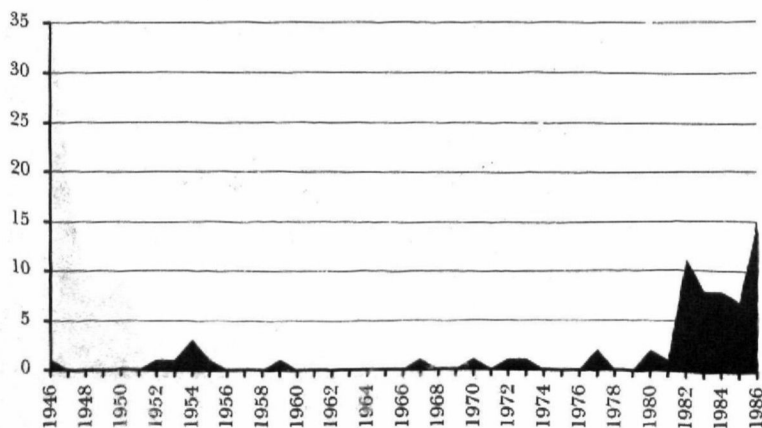
Gráfica 71. Distribución anual de las referencias positivas a México como modelo de desarrollo entre 1946 y 1986



Gráfica 72. Actores económicos mexicanos según el NYT entre 1946 y 1986

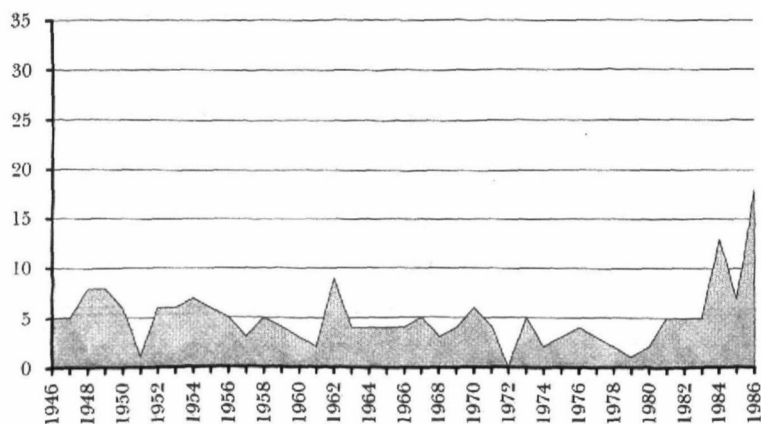


Gráfica 73. Distribución anual de las referencias positivas al papel del sector privado interno en México entre 1946 y 1986

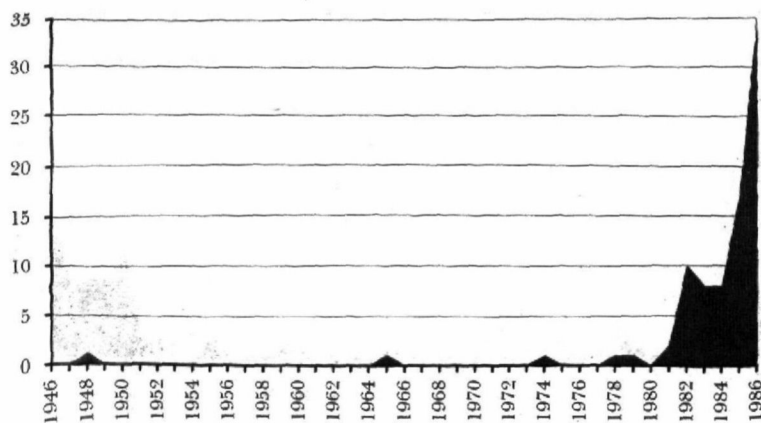


Gráfica 74. Distribución anual de las referencias negativas al papel del sector privado interno en México entre 1946 y 1986

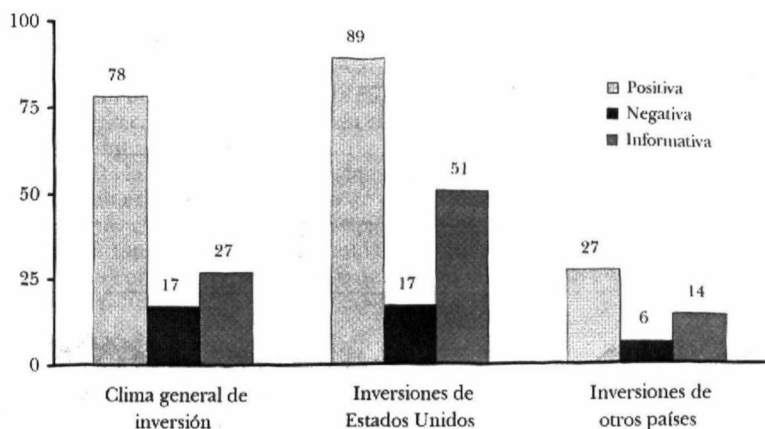
APÉNDICE B



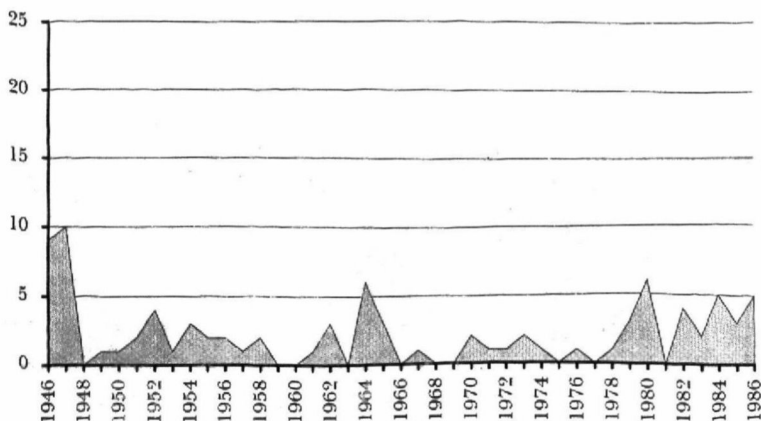
Gráfica 75. Distribución anual de las referencias positivas
al papel del sector privado externo en México
entre 1946 y 1986



Gráfica 76. Distribución anual de las referencias negativas
al papel del sector privado externo en México
entre 1946 y 1986

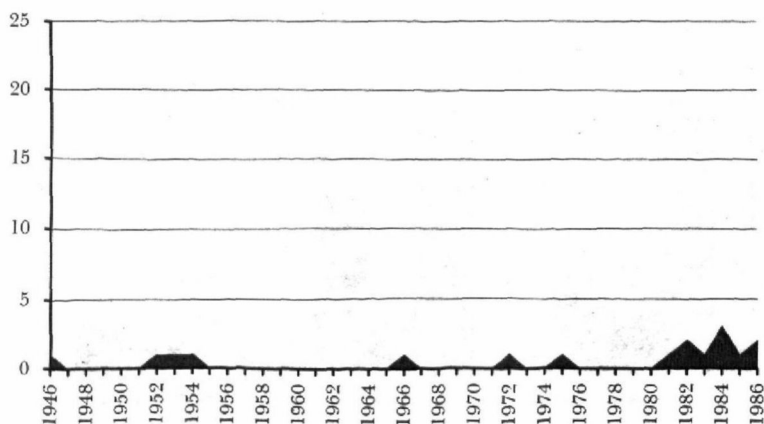


Gráfica 77. *Clima para las inversiones en México entre 1946 y 1986*

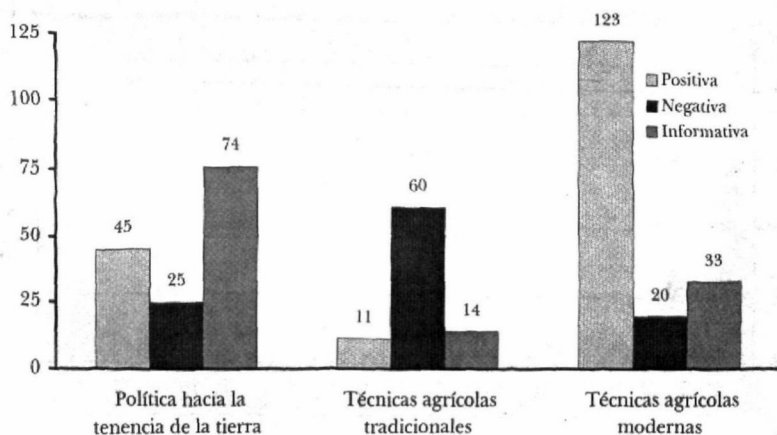


Gráfica 78. *Distribución anual de las referencias positivas al clima para las inversiones de Estados Unidos en México entre 1946 y 1986*

APÉNDICE B



Gráfica 79. Distribución anual de las referencias negativas al clima para las inversiones de Estados Unidos en México entre 1946 y 1986



Gráfica 80. El sector agrícola visto por el NYT entre 1946 y 1986

Gráfica 81

De esta gráfica destaca la mala opinión que les merecieron el crecimiento de la población y la migración internacional. Sobre la última es notorio el altísimo número de menciones referentes a la migración interna. La desproporción viene de que la migración mexicana tiene un efecto directo sobre su territorio y la consideran un asunto doméstico.

De la evolución que estos fenómenos sufrieron a lo largo del tiempo —no incluida en esta sección— destaca un par de aspectos interesantes. La atención al crecimiento de la población se disparó a finales de los sesenta, cuando el tema empezó a tomar fuerza en la agenda internacional. La migración internacional adoptó un comportamiento cíclico que, como se argumenta en el texto, fue motivado por factores exclusivamente estadounidenses.

Gráficas 82 a 85

La selección de problemas económicos muestra que el NYT sí tenía conciencia de los problemas sociales mexicanos y de su gravedad, aunque les concedió poca importancia si se toma en cuenta el número de menciones que les merecieron otras variables como turismo o transporte (no incluidas por razones de espacio).

Observando la evolución del tratamiento de estos temas es clara la ampliación de la conciencia estadounidense, ya que a medida que avanzaba el siglo iban mostrando mayor preocupación por los problemas sociales.

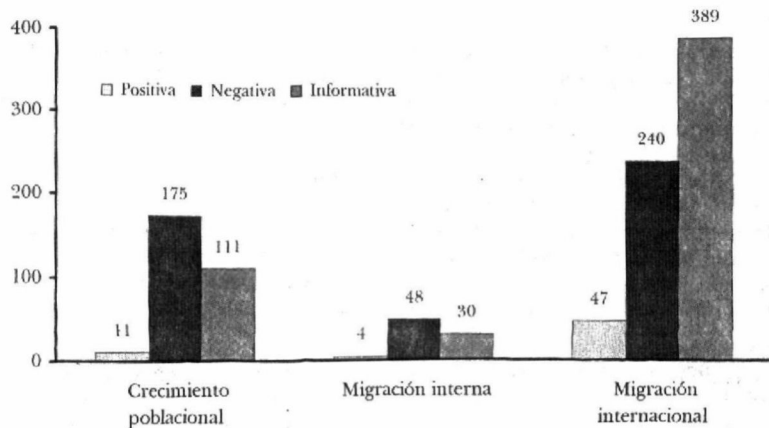
Gráficas 86 a 90

En estas gráficas fueron incluidas algunas variables que permiten medir la sensibilidad hacia algunos de los grandes problemas nacionales. En la gráfica 86 se aprecia la claridad con la que veían las características negativas de esos temas. Con la observación del tratamiento que les concedieron a lo largo del tiempo, se confirma que a partir de los sesenta se amplió su conciencia y observaron con mayor atención lo que sucedía en la sociedad. Pese a ello, es notable la poca atención relativa que otorgaban a estos temas frente a otros de menor importancia.

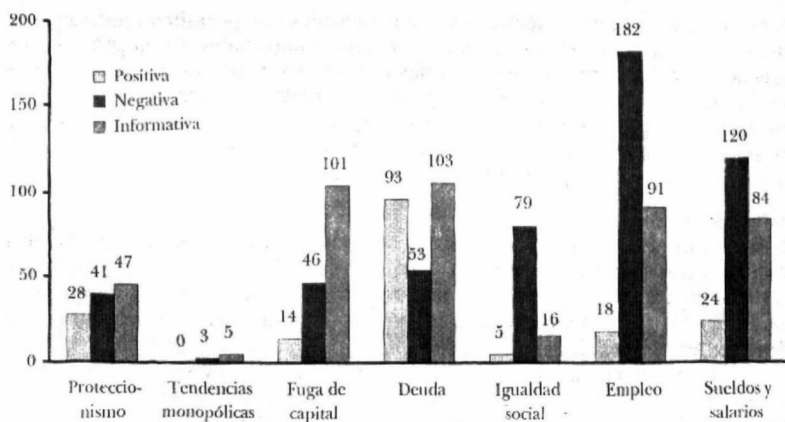
Gráficas 91 a 94

En el análisis de contenido fueron incluidas algunas variables para medir la forma en que trataron algunos aspectos culturales (véase el apéndice A). De esas variables se seleccionaron aquellas que mostraron más consistencia a lo largo de los cuarenta y un años: la violencia, la corrupción y las actitudes antiestadunidenses (generalmente asociadas al nacionalismo).

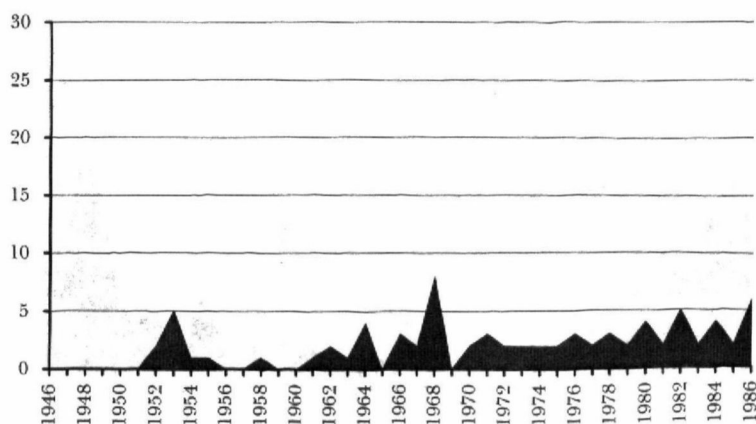
La violencia se mencionó en bastantes ocasiones y se asoció a huelgas, elecciones competidas y movimientos sociales. La corrupción tiende a aparecer al principio y final de cada sexenio, acentuándose en algunos regímenes: durante los gobiernos de Miguel Alemán, Luis Echeverría, José López Portillo y Miguel de la Madrid. Finalmente, detectaron actitudes antiestadunidenses durante los gobiernos de Ruiz Cortines, López Mateos, López Portillo y Miguel de la Madrid.



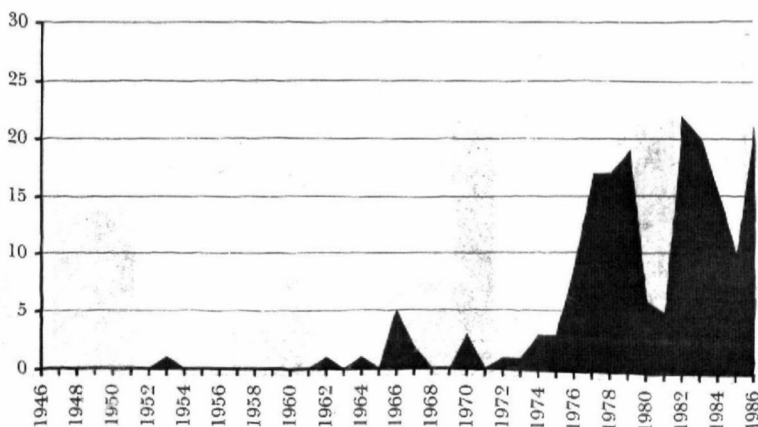
Gráfica 81. Población y migración en México entre 1946 y 1986



Gráfica 82. Un ramillete de problemas económicos mexicanos entre 1946 y 1986

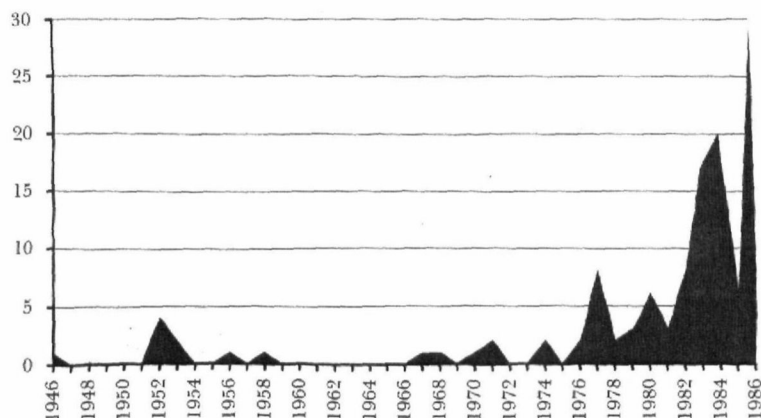


Gráfica 83. Distribución anual de las referencias negativas a la distribución del ingreso en México entre 1946 y 1986

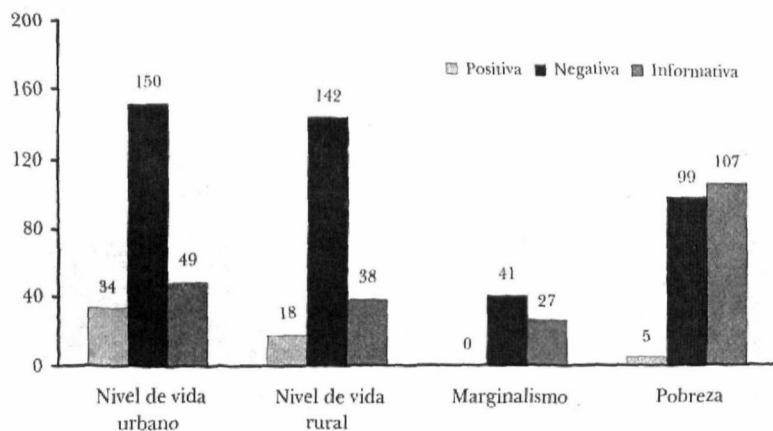


Gráfica 84. Distribución anual de las referencias negativas al desempleo en México entre 1946 y 1986

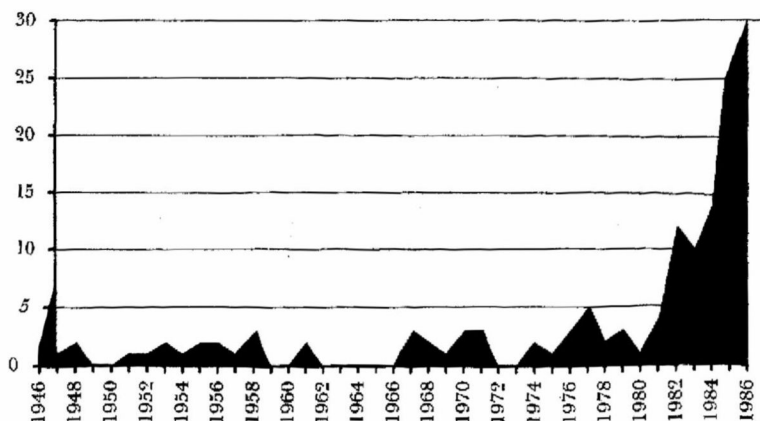
APÉNDICE B



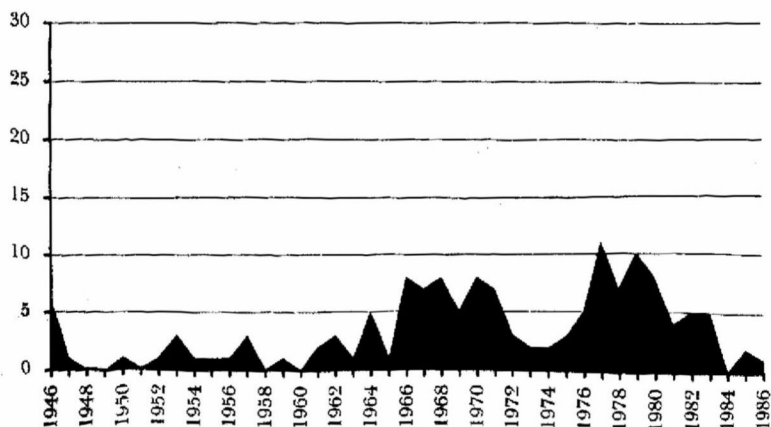
Gráfica 85. Distribución anual de las referencias negativas a sueldos y salarios en México entre 1946 y 1986



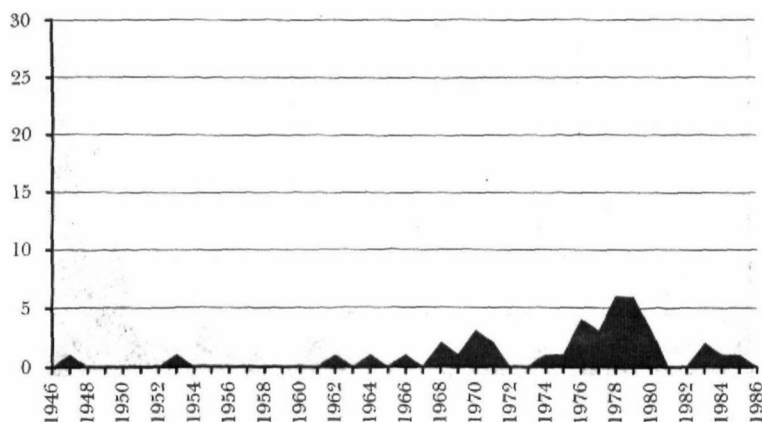
Gráfica 86. Nivel de vida en México entre 1946 y 1986



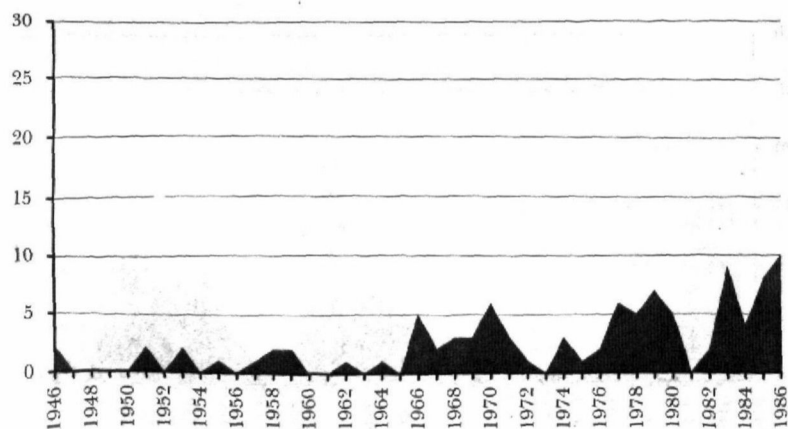
Gráfica 87. Distribución anual de las referencias negativas al nivel de vida urbano en México entre 1946 y 1986



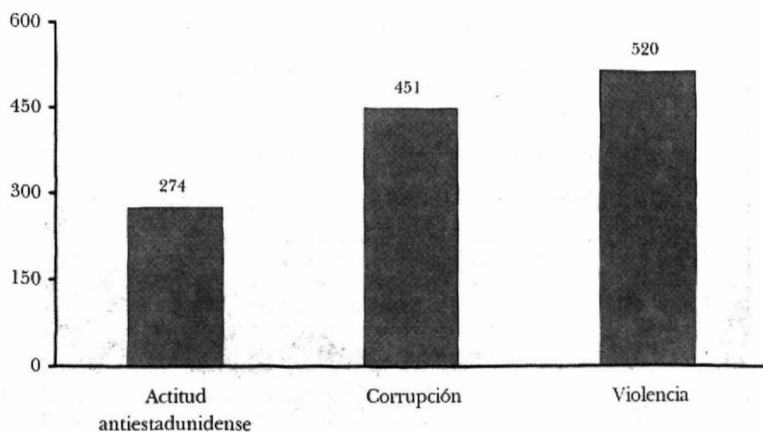
Gráfica 88. Distribución anual de las referencias negativas al nivel de vida rural en México entre 1946 y 1986



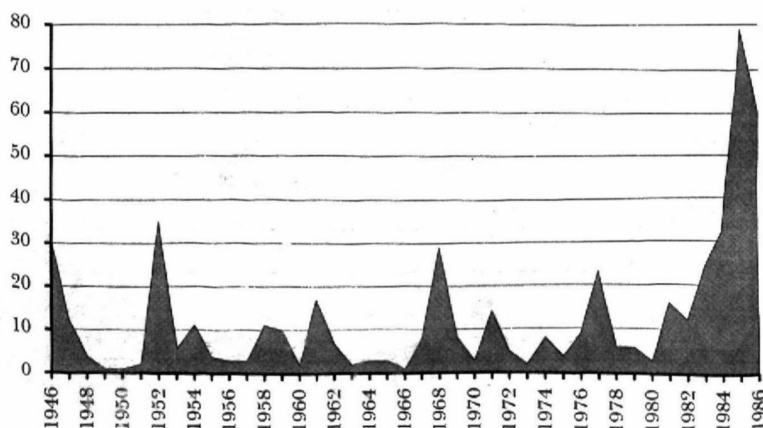
Gráfica 89. Distribución anual de las referencias negativas al marginalismo en México entre 1946 y 1986



Gráfica 90. Distribución anual de las referencias negativas a la pobreza en México entre 1946 y 1986

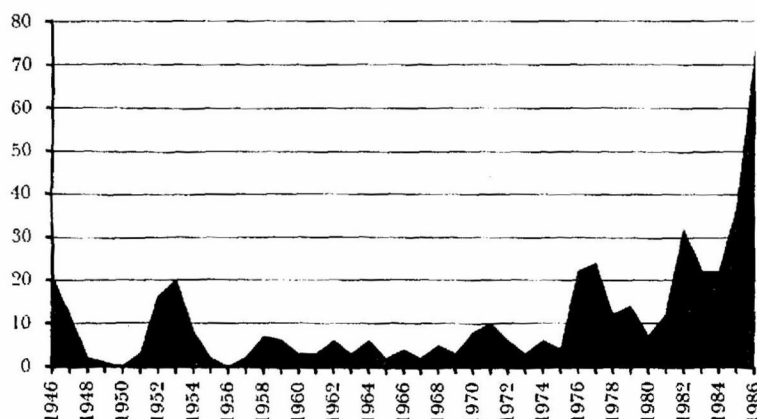


Gráfica 91. *Las menciones a tres características mexicanas entre 1946 y 1986*

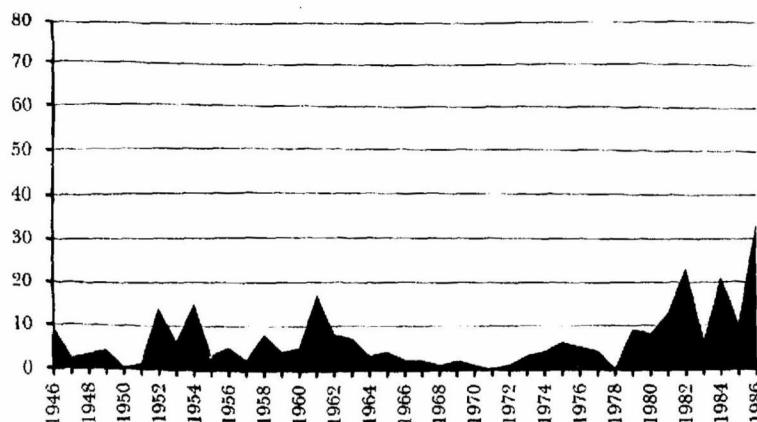


Gráfica 92. *Distribución anual de las menciones a la violencia en México entre 1946 y 1986*

APÉNDICE B



Gráfica 93. Distribución anual de las menciones a la corrupción económica y política mexicana entre 1946 y 1986



Gráfica 94. Distribución anual de las menciones al nacionalismo mexicano asociado con actitudes antiestadunidenses entre 1946 y 1986

NOTAS

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

¹ Vernon, 1963, p. x.

² Hellman, 1978, p. xiii.

LOS PROPÓSITOS Y EL MÉTODO

¹ Entre las excepciones se encuentran Huntington, 1991, y Lowenthal, 1991.

² Goldmann, 1969, p. 111.

³ Una brillante discusión sobre el estado del debate aparece en Humphrey, 1993.

⁴ Plamenatz, 1970, p. 27.

⁵ Aldous Huxley, citado por Humphrey, 1993, p. 117.

⁶ La obra de Goldmann es muy importante por los estudios que hizo sobre literatura y sociedad. Véase Goldmann 1969, 1976 y 1977.

⁷ Goldmann, 1969, p. 103.

⁸ Plamenatz, 1970, p. 15.

⁹ Goldmann, 1969, p. 103.

¹⁰ Citado en Murray, 1960, p. 309.

¹¹ Levin, 1960, p. 114.

¹² De Murray tomé la interpretación del mito como "sueño colectivo". Véase Murray, 1960, p. 316.

¹³ Un trabajo particularmente útil es el de Humphrey, 1993, especialmente el capítulo 16.

¹⁴ Goldmann, 1976, p. 34.

¹⁵ Una interrogante está en si existen límites a lo que puede comprender y explicar la mente humana, y de ser así cuándo y cómo los alcanzará la especie.

¹⁶ Lonergan, 1970, pp. 191-193.

¹⁷ Weber, 1946, p. 334.

¹⁸ Foucault, 1976, p. 184.

¹⁹ O'Donnell, 1978, pp. 1158-1159.

²⁰ Bartra, 1978, pp. 32-33.

²¹ Miliband, 1978, pp. 175-176; Poulantzas, 1975, pp. 255-256.

²² O'Donnell, 1978, pp. 1158-1173.

²³ Sobre este punto véase en especial a Gramsci, 1975, pp. 64-66.

²⁴ Poulantzas, 1975, p. 14.

²⁵ Sorel, 1961, p. 127.

²⁶ Ghandi, 1993, p. 318.

²⁷ National Security Council (NSC), 1984.

²⁸ White House (WH), 1960.

²⁹ Entrevista del autor con William Colby, 1989.

³⁰ Carr, 1963, pp. 43-48.

³¹ *Ibid.*, p. 54.

³² Goldmann, 1969, p. 128.

³³ *Ibid.*, p. 129.

³⁴ Para la discusión de este concepto véase Marcellesi y Gardin, 1974.

³⁵ Hegel, 1942, p. 295.

³⁶ Goldmann, 1976b, p. 112.

³⁷ Lippmann, 1957, p. 354.

³⁸ Mills, 1975, pp. 1-27.

³⁹ La revisión se basó en el *Air University Library Index to Military Periodicals*, Alabama, Maxwell Air Force Base, que toma en cuenta 79 revistas.

⁴⁰ Para una visión panorámica de la bibliografía académica producida entre los años cuarenta y finales de los ochenta véase Camp, 1990.

⁴¹ Scott, 1971 y 1980.

⁴² Sobre este concepto véanse Sigal, 1973; Siebert, 1963; Carey, 1974; Harrison, 1974; Monteforte, 1976, y Jensen, 1962.

⁴³ Los casos se discuten, respectivamente, en Hulten, 1973, p. 33 y DOS, 15-III-25. Véase también Sigal, 1973. Hulten ha demostrado que, independientemente de las intenciones, las opiniones de los dueños de un periódico influyen en el contenido editorial. Por ejemplo, provocan la autocensura de reporteros y columnistas.

⁴⁴ Talese, 1969, p. 93.

⁴⁵ *The New York Times*, 1986, pp. 2 y 5.

⁴⁶ Kristol, 1967, p. 37.

⁴⁷ Ottinger y Mainess, 1972, p. 1006.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 999.

⁴⁹ Cohen, 1963, pp. 134 y 231.

⁵⁰ Petrusenko, 1976, p. 56.

⁵¹ Para una discusión detallada del concepto de "periódicos de prestigio", véase De Sola Pool, 1952.

⁵² Sellitz, 1976, p. 394.

⁵³ Stone, 1966, p. 5.

⁵⁴ Berelson, 1952, p. 5.

IDEAS E INSTITUCIONES EN ESTADOS UNIDOS

¹ Hartz, 1955, p. 52.

² Smith, 1968.

³ *NYT*, 4-III-47.

⁴ Gabel, 1974, p. 245; también véanse Shils, 1968 y Aron, 1966.

⁵ Marcuse, 1960, p. 224.

⁶ Para una discusión más amplia véase Marcuse, 1968, pp. 221-239.

⁷ Hoffman, 1968, p. 112.

⁸ Armstrong, 1983, pp. 31-32.

⁹ Hartz, 1955, pp. 5, 16 y 42.

¹⁰ Handleman, 1973, pp. 28-29.

¹¹ LaFeber y Polenber, 1975, pp. 316-317.

¹² Department of State, DOS, 1975.

¹³ Piccone, 1978, p. xxi.

¹⁴ Marcuse, 1968, p. xii.

¹⁵ DOS, 1975.

¹⁶ NSC-144 (Annex), 1953, p. 1.

¹⁷ Las citas son de Joint Strategic Plans Committee, (JSPC), 1947, p. 20 y NSC-16, 1948, p. 2.

¹⁸ NSC-144, 1953.

¹⁹ DOS, 1952, pp. 34-36.

²⁰ Central Intelligence Group (CIG), 1947.

²¹ United States Information Agency (USIA), 1956, pp. iii-iv.

²² DOS, 1952, p. 22.

²³ NSC-144 (Annex), 1952, p. 11.

EL ENTENDIMIENTO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO

¹ Citados por Vázquez, 1984.

² Durante mucho tiempo la versión más común era que el gobierno mexicano fue el responsable de la guerra de 1846-1848. Véase U. S. Army, "The Mexican War", 1963.

³ Cosío Villegas, 1968 y Vázquez, 1985.

⁴ Los dos libros clave son: Meyer 1985 y 1991. También me beneficié de conversaciones que tuve con Lorenzo Meyer en diversas ocasiones.

⁵ Citado en Meyer, 1985, p. 22.

⁶ Córdova, 1989, p. 106. También véanse Bartra, 1993; Gellner, 1988; Montalvo, 1985; Segovia, 1996; y Solís, 1969.

⁷ Meyer, 1972, pp. 203-212.

⁸ Citado en Meyer, 1985, p. 17, y en Meyer, 1972, p. 223.

⁹ Citado en Melzer, 1987, p. 6.

¹⁰ Véanse, sobre todo, Ovey a Chamberlain, 25 de enero de 1926, y Ovey a Chamberlain, 4 de noviembre de 1926, en Bourne y Cameron, 1989, pp. 156-157 y 270-273.

¹¹ Dziedzic, 1996, p. 67.

¹² Las dos citas vienen de Melzer, 1987, p. 6, y Rippey, 1931, p. 377.

¹³ Citado en Melzer, 1987, p. 1.

¹⁴ Melzer, 1987, p. 5.

¹⁵ Meyer, 1985, p. 31. Véase también Meyer, 1972, pp. 266-281.

¹⁶ En el capítulo 10 de su libro, James, 1963, demuestra convincentemente esta tesis.

¹⁷ Citado en Rippey, 1931, p. 381.

¹⁸ Emilio Portes Gil, "El caso de los braceros", *El Universal*, 2-III-54, p. 1.

¹⁹ Citado en Rippey, 1931, p. 379. Subrayado mío.

²⁰ La centralidad que tiene la estabilidad de México para la seguridad estadounidense aparece en documentos y trabajos académicos. Entre otros véase War Department (WD), 1942; Secretaría de la Defensa Nacional (SDN), 1945; JIS-248/M, 1946; CIA, 1951; DOS, 1951. Lo fundamental del supuesto lo confirma su permanencia en materiales más recientes. Véanse Deagle, 1981; Linn, 1984; Moorer y Fauriol, 1984; Douglas, 1985; Fauriol, 1986; Sanders, 1987. Neuchterlein, 1985, hace la revisión más sistemática.

²¹ Vázquez y Meyer, 1982, capítulos VII y VIII.

MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA FRÍA

¹ Joint Intelligence Committee (JIC), 1946, p. 1.

² Kennan, 1947, y LaFeber, 1976.

³ NSC-68, 1954, p. 54.

⁴ Véase Freeland, 1975.

⁵ LaFeber y Polenberg, 1975, pp. 316-317.

- ⁶ Abrams, 1981.
- ⁷ Johnson, 1989, pp. 183-184.
- ⁸ *NYT*, 5-vi-55; Galloway, 1953; *Time*, 31-v-54.
- ⁹ Salisbury, 1980, pp. 478-482; entrevista con Gruson, 1983.
- ¹⁰ Loory, 1974.
- ¹¹ Véanse, respectivamente, Halberstam, 1980, pp. 76, 113 y 138-157; Wendt, 1979, pp. 691-694.
- ¹² Bray, 1980, p. 8; Halberstam, 1980, pp. 182-201.
- ¹³ Halberstam, 1980, p. 239.
- ¹⁴ Talese, 1969, p. 237.
- ¹⁵ A manera de ejemplo véase NSC-56, 1949; DOS, 1952; y NSC-144/1, 1953.
- ¹⁶ Comparte con Canadá otras ocho líneas. DA, 1949.
- ¹⁷ Una discusión más detallada de la bibliografía militar se desarrolla en Aguayo, 1991.
- ¹⁸ Camp, 1990, p. 25.
- ¹⁹ A manera de ejemplo véanse Crow, 1957 y Rodman, 1958.
- ²⁰ SDN, 1945; Cunningham, 1984; Jordan y Taylor, 1984; y Ronfeldt, 1983. En 1951 la CIA afirmó que "el gobierno mexicano [era] estable y [estaba] en control de la maquinaria política". CIA, 1951, p. 63.
- ²¹ DA, 1949, pp. 1 y 6.
- ²² Citado en Whitehead, 1991, p. 330.
- ²³ DOS, 1955, p. 2.
- ²⁴ Editorial, "Meeting of Presidents" *NYT*, 19-x-53.
- ²⁵ Esto es aceptado explícitamente por la CIA, 1977, p. 8.
- ²⁶ DOS, 1956, p. 5.

LAS CUMBRES PRESIDENCIALES

- ¹ Scott, 1959, p. 147.
- ² Este hallazgo forma parte del estudio hecho por Medina (1979) sobre el periodo alemánista.
- ³ Anita Brenner, "Newsboy to President, Mexican Style", *NYT Magazine*, 21-vii-46.
- ⁴ *NYT*, 5 y 7-iii-47, 30-iv-47.
- ⁵ *NYT*, 4-iii-47, 30-iv-47 y 6-iii-47.
- ⁶ *NYT*, 30-iv-47.
- ⁷ Editorial, "President Aleman's Visit", *NYT*, 29-iv-47.
- ⁸ *NYT*, 3-v-47, *El Nacional* y *Excelsior*, 3-v-47.
- ⁹ *NYT*, 3-v-47 y 30-iv-47.
- ¹⁰ *NYT*, 2-v-47 y 8-v-47.
- ¹¹ NSC-56, 1949, p. 3.
- ¹² *NYT*, 1, 2, 3, y 6-v-47.
- ¹³ *NYT*, 14-v-1947.
- ¹⁴ Alemán, 1987, pp. 263-272.
- ¹⁵ Truman, 1955, pp. 219 a 221 y 1956, p. 104.
- ¹⁶ Smith, Jr., 1975, p. 132.
- ¹⁷ Albini, 1971, Ianni, 1972 y Talese, 1971.
- ¹⁸ CIA, 20-X-53.
- ¹⁹ *Excelsior*, 1-v-47.

²⁰ *El Nacional*, 2-v-47.

²¹ *Excelsior*, 2-v-47.

²² *Excelsior*, 8-v-47.

²³ *NYT*, 20-x-53.

²⁴ Eisenhower, 1963, p. 240.

²⁵ White House (WH), 1956.

²⁶ *NYT*, 30-III-56.

²⁷ Editorial, "Hospitable Diplomacy", *NYT*, 29-III-56.

²⁸ NSC-56, 1949.

²⁹ Editorial, "Mexico City via Augusta", *NYT*, 1-XII-58.

LAS DIVERSAS CARAS DE LA RELACIÓN

¹ JIC, 1946, p. 31. Énfasis agregado.

² DA, 1949, p. 6.

³ El libro definitivo sobre el tema es Gleigeses, 1991.

⁴ *NYT*, 12-III-54.

⁵ *NYT*, 12-III-54.

⁶ SRE, 1958, pp. 69-76.

⁷ Pellicer y Mancilla, 1978, p. 100.

⁸ Citado en Whitehead, 1991, p. 331.

⁹ *NYT*, 17-v-54.

¹⁰ *NYT*, 11-vi-54 y 14-vi-54.

¹¹ Pellicer y Mancilla, 1978, p. 102.

¹² Estas citas son del *NYT*, 26-vii-54 y 1-ix-54.

¹³ Gleigeses, 1991, pp. 390-392.

¹⁴ Para una visión panorámica, Meyer, 1973 y 1978, y Grayson, 1980.

¹⁵ Mencionado por Arthur Krock, "The Vital Question of Mexican Oil", *NYT*, 30-xii-48.

¹⁶ *NYT*, 13-vi-48 y 14-ix-54.

¹⁷ DOS, 1952, p. 9.

¹⁸ *NYT*, 11-iv-47.

¹⁹ Editorial, "Iran and Mexico", *NYT*, 22-vi-51.

²⁰ Editorial, "American 'Exploitation'", *NYT*, 20-xii-59.

²¹ DOD, 1950.

²² *NYT*, 22, 26 y 27-vii-51. Para la perspectiva del agente que orquestó el golpe véase sus memorias, Roosevelt, 1979.

²³ DOS, 1952, p. 26.

²⁴ *NYT*, 23-iii-48.

²⁵ Arthur Krock, "The Subterranean 'Crop' of Mexico", *NYT*, 31-iii-49.

²⁶ Citado en Whitehead, 1991, p. 327.

²⁷ Smith, 1982, pp. 262-300.

²⁸ *NYT*, 16-viii-47.

²⁹ SDN, 1945, p. 5.

³⁰ Para una panorámica del tema militar, véase Wager, 1992. Entre los autores mexicanos que han profundizado en este asunto: Piñeyro, 1987, y Benítez, 1994.

³¹ NSC-56, 1949.

³² *NYT*, 5-ii-52.

³³ *NYT*, 4-XII-52 y 6-I-53.

³⁴ *NYT*, 8-VII-53.

³⁵ *NYT*, 14-IX-54.

³⁶ Whitehead, 1991, p. 331.

³⁷ Esta sección del capítulo se benefició con las sugerencias del profesor Manuel García y Griego de la Universidad de California en Irvine.

³⁸ *NYT*, 15-I-50.

³⁹ *NYT*, 16-VII-51.

⁴⁰ *NYT*, 28-VI-51.

⁴¹ *NYT*, 14-II-52.

⁴² *NYT*, 17, 21 y 26-X-48 y 13-VIII-50.

⁴³ *NYT*, 7-II-47.

⁴⁴ *NYT*, 26-III-51.

⁴⁵ *NYT*, 12-IV-51.

⁴⁶ *NYT*, 12-IV-51 y 29-I-52.

⁴⁷ *NYT*, 27-I-53, 9 y 10-II-54.

⁴⁸ Schmitt, 1965, p. 33.

⁴⁹ Las citas vienen, respectivamente, de los siguientes editoriales del *NYT*: "Migrants from Mexico", 27-III-51; "Drying Up the 'Wetbacks'", 4-XI-51, y "Migrant Labor", 18-IV-51.

⁵⁰ De los muchos artículos que publicó Hill sobre el tema, véase sobre todo la serie que apareció en marzo de 1951 y que llevó a que el Congreso realizara algunas audiencias. *NYT*, 24 al 29 de marzo, 1951.

⁵¹ Albert Steinberg, "Human Villains", *NYT Magazine*, 8-X-50. Para un artículo de Hill que incluye la perspectiva mexicana ver *NYT*, 18-I-53.

⁵² Editorial, "Migrants from Mexico", *NYT*, 27-III-51.

⁵³ *NYT*, 10-V-53.

⁵⁴ *NYT*, 17-X-48.

⁵⁵ *NYT*, 3-III-54. Para los antecedentes ver *NYT*, 8-XI-53 y 22-XII-53.

⁵⁶ *NYT*, 24, 27 y 28-I-54 y 2-II-54.

⁵⁷ *El Universal*, 30-I-54.

⁵⁸ Editorial, "Los braceros que vuelven a México", *El Nacional*, 25-I-54.

⁵⁹ Como ejemplo se pueden ver *Excelsior* del 24 al 30 de enero de 1954.

⁶⁰ *NYT*, 21-VI y 7-VIII-51.

⁶¹ *NYT*, 29-VII-60.

⁶² Letters to the Editor, *NYT*, 23-VII-60 y 21-VII-60.

⁶³ "Protection for Farm Labor", *NYT*, 11-IV-60; "Imported Mexican Labor", *NYT*, 15-VI-60; "The Forgotten People", *NYT*, 31-VIII-60; "The Farm Labor Bill", *NYT*, 14-VIII-61; "Ban on Braceros", *NYT*, 3-VI-63; "Defeat for the Migrants", *NYT*, 3-XI-63; "New Door for Braceros?", *NYT*, 9-XII-64.

⁶⁴ *NYT*, 5-X-61.

EL MITO DE LA DEMOCRACIA MEXICANA

¹ Comparé, entre otras, las represiones de León (1946), Guerrero (1960 y 1967), y San Luis Potosí (1961). También estudié la huelga ferroviaria de 1958 y el movimiento de los médicos de 1964-1965. La excepción a esta generalización fue el movimiento estudiantil de 1968.

² Al hablar de "apertura al exterior" me refiero a un doble fenómeno que puede ser económico y político: un incremento en la atención de grupos externos por lo que pasa en México, y un aumento en el número de actores mexicanos dispuestos a relacionarse con sus contrapartes en el exterior.

³ DOS, 1952, p. 24.

⁴ Editorial, "PanAmerica at Panama", *NYT*, 18-VII-56.

⁵ Scott compara frecuentemente a México y Estados Unidos. Véanse entre otras, las siguientes páginas de su libro (1971): 3, 7, 28, 29, 32, 77, 78, 84, 94, 113, 116, 183, 211, 237, 244, 257 y 296.

⁶ Lagos, 1977, p. 27.

⁷ Lerner, 1958, p. 60.

⁸ DOS, 1950.

⁹ *NYT*, 2-II-52.

¹⁰ Editorial, "Mexico City via Augusta", *NYT*, 1-XII-58.

¹¹ Editorial, "Mexico Sets an Example", *NYT*, 1-IV-57.

¹² Es decir, división de poderes, cambio de funcionarios periódicamente por medio de elecciones libres y confiables, partidos políticos, etcétera.

¹³ Scott, 1959, pp. 17 y 32.

¹⁴ Lipset, 1963, p. 51.

¹⁵ *NYT*, 2-II-52.

¹⁶ Scott, 1959, p. 29.

¹⁷ Para un análisis de este periodo véase Medina, 1979.

¹⁸ *NYT*, 17-XI-57.

¹⁹ Daniel James, "Next Door Neighbor's Next President", *NYT Magazine*, 8-VI-58. También ver *NYT*, 17-XI-56.

²⁰ *NYT*, 26-X-58 y 19-I-46.

²¹ *NYT*, 30-VI-46. Énfasis añadido.

²² Editorial, "Mexico at the Polls", *NYT*, 6-VII-52.

²³ Editorial, "Mexican Elections", *NYT*, 9-VII-52.

²⁴ Editorial, "Mexican Inaugural", *NYT*, 1-XII-52.

²⁵ *NYT*, 24-III-53.

²⁶ Editorial, "Meeting of Presidents", *NYT*, 19-X-53.

²⁷ *NYT*, 29-XII-52.

²⁸ Editorial, "How the Mexicans Do It", *NYT*, 24-XI-57.

²⁹ Sobre los militantes del PCM utilizo la cifra que da Schmitt, 1965, p. 33.

³⁰ NSC-16, 1948, p. 2 y DOS, 1952, p. 10.

³¹ *NYT*, 20-X-58.

³² *NYT*, 2-XI-58.

³³ CIG, 1947, p. 4.

³⁴ *NYT*, 17-II-52. También véase *NYT*, 5-VI-51, 9-VI-52, 1-I-53 y 29-I-54.

³⁵ Scott, 1959, p. 141.

³⁶ *NYT*, 30-VII-51.

³⁷ Editorial, "Mexican Hat in the Ring", *NYT*, 4-VIII-51 y 17-II-52.

³⁸ Para la forma en que trataron algunos movimientos entre 1950 y 1956 ver *NYT*, 17-V-50 y 13-XII-50; 1-X-54; 1-IV-56 y 18-IV-56.

³⁹ *NYT*, 22-XII-46.

⁴⁰ *NYT*, 12-IV-47.

⁴¹ NYT, 24-XII-46 y 25-XII-46.

⁴² NYT, 13-III-54.

⁴³ Este tipo de estereotipos son discutidos y explicados en tres tesis doctorales: Anderson, 1977, Paredes, 1973, y Zelman, 1969.

⁴⁴ Frank Jellinek, "Zapata and the Mexican Revolution", *The New York Times Book Review*, NYT, 2-II-69.

⁴⁵ Los párrafos sobre el movimiento ferrocarrilero se apoyan en los siguientes artículos: NYT, 3, 4, 5, 6, 7, 26 y 31-VIII-58; 2, 3, 7, 11 y 19-IX-58; 11-XI-58; 2, 4, 7, 10, 12 y 14-IV-59; 4-X-59 y 8-XI-59.

⁴⁶ Ésa es una de las tesis centrales de Stevens, 1974.

⁴⁷ Scott, 1959, p. 304.

⁴⁸ Schmitt, 1965, p. 164.

⁴⁹ Stevens, 1974, hace una excelente reconstrucción de las huelgas ferrocarrileras (véase capítulo 4).

⁵⁰ Scott, 1971, p. 309.

⁵¹ Citado en Stevens, 1974, p. 253.

⁵² Padgett, 1966, pp. vii-viii.

⁵³ NYT, 4-V-47.

⁵⁴ Véase, por ejemplo, NYT, 8 y 9-XII-58.

⁵⁵ Scott, 1959, p. 303.

⁵⁶ Matthews, 1969.

OPTIMISMO ECONÓMICO

¹ Packenham, 1973, p. xv.

² Pratt, 1973, p. 100.

³ DOS, 1948, p. 4.

⁴ Sunkel, 1977, pp. 4 y 10.

⁵ Packenham, 1973, p. 4.

⁶ *Ibid.*, pp. 4 y 11.

⁷ En algunos casos mencionaré cifras que provienen del análisis de contenido sin referencia a cuadros. Por carencia de espacio no se presentaron gráficas de algunas variables, aunque sí se utilizaron los resultados.

⁸ Anita Brenner, "Mexico's New Deal Two Years After", *NYT Magazine*, 28-XI-48.

⁹ NYT, 3-I-51.

¹⁰ NYT, 25-XI-52.

¹¹ Flora Lewis, "Industrial Drive Changing Mexico", NYT, 7-I-53.

¹² Las citas vienen de NYT, 13-XII-52 y 10-III-54 respectivamente.

¹³ NYT, 13-XII-52, 7-I-53, 17-I-53. Las prácticas agrícolas tradicionales fueron condenadas y las modernas elogiadas en la misma proporción (véanse las gráficas 49 a 51).

¹⁴ NYT, 7-I-53.

¹⁵ NYT, 8-I-58.

¹⁶ El término "desarrollo dependiente asociado" fue acuñado por Cardoso, 1973, pp. 149-157.

¹⁷ Spengler, 1965, pp. 204-206.

¹⁸ DOS, 1952, p. 25.

¹⁹ NSC-144, 1953, p. 5.

²⁰ NYT, 20-IX-54.

²¹ NYT, 11-IV-47.

²² *NYT*, 11-VI-47.

²³ Véase el *NYT*, 7-I-53, 4-I-54, 5-I-55, 5-I-56 y 8-I-58.

²⁴ *NYT*, 13-IX-59.

²⁵ *NYT*, 19-III-53.

²⁶ *NYT*, 6-I-54.

²⁷ *NYT*, 5-I-56.

ESTADOS UNIDOS EN TRANSICIÓN

¹ Halberstam, 1980, p. 400.

² Halberstam, 1980, pp. 490-491.

³ Diferentes aspectos de este episodio aparecen en Wyden, 1979, pp. 45, 46, 142, 143, 153, 155 y 165; Halberstam, 1980, pp. 447-448; Cohen, 1963, pp. 44-45; y Talese, 1969, pp. 462-464.

⁴ Abrams, 1981.

⁵ Gottlieb y Wolf, 1977, p. 327.

⁶ Halberstam, 1980, p. 599.

⁷ Gottlieb, 1977, pp. 335 y 337.

⁸ Halberstam, 1980, p. 244.

⁹ Entrevista con Giniger, 1983.

¹⁰ Halberstam, 1980, pp. 490-491.

¹¹ *Ibid.*, p. 599.

¹² Talese, 1969, pp. 466-469.

¹³ Véase USC-Senate, 1959.

¹⁴ JCS, 1959.

¹⁵ USIA, 1964a, p. 1.

¹⁶ DOD, 1965, p. 35.

¹⁷ CIA, 1964, pp. 7-8.

¹⁸ Carter, 1980.

¹⁹ Wyden, 1979; USC, 1975, pp. 71-198; sobre la política migratoria de Estados Unidos véase el capítulo 7 de Zolberg, Suhrke y Aguayo, 1989.

²⁰ WH, 1961, p. 1. Énfasis agregado.

²¹ Citado en Schlesinger, 1965, pp. 590-592.

²² Huntington, 1971, p. 283.

²³ Editorial, "The Kennedy Plan", *NYT*, 15-III-61, subrayado en el original.

²⁴ WH, 1961, p. 7.

²⁵ DOD, 1965, p. 10.

²⁶ DOS, 1961c, p. 3.

²⁷ DOS, 1965, p. 2. Énfasis agregado.

²⁸ DOS, 1961b, p. 1.

²⁹ Para una descripción de los orígenes e implicaciones de este episodio véanse a Crahan, 1982, Corradi, 1992 y Schoultz, 1987.

³⁰ Véase los ensayos en Horowitz, 1967.

³¹ DOS, 1961b, p. 7.

³² Entrevista con Celeste, 1991.

³³ Coatsworth, 1987, p. 17.

³⁴ Casaroli, 1961.

³⁵ Costello, 1979, pp. 5, ix y 16.

- ³⁶ Packenham, 1978, p. 1.
- ³⁷ *NYT*, 22-I-68 y 5-I-71.
- ³⁸ DOS, 1961a, p. 6.
- ³⁹ Entrevista, Eagleson, 1984 y *Time*, 26-XI-79.
- ⁴⁰ Douglas, 1960, y Brown, 1969.
- ⁴¹ Ross, 1966, p. 5.

UNA POLÍTICA EXTERIOR BIDIMENSIONAL

- ¹ *NYT*, 10-VI-60; Pellicer, 1972; *NYT*, 8-VII-60; *NYT*, 10-VII-60 y 13-VII-60, 19-IV-61.
- ² *NYT*, 16-IX-60.
- ³ *NYT*, 9-VI-62.
- ⁴ Reston, James, "View of Cold War from Below the Rio Grande", *NYT*, 12-XII-62.
- ⁵ DOS, 1962, p. 1.
- ⁶ DOS, 1965, p. 3. Véase CIA, 1964, pp. 3-4.
- ⁷ Citado en *NYT*, 2-XII-64.
- ⁸ Eisenhower, 1965, p. 344.
- ⁹ *NYT*, 14-VIII-60.
- ¹⁰ *NYT*, 18-IX-60.
- ¹¹ *NYT*, 10-VII-60.
- ¹² DOS, 1964d.
- ¹³ *NYT*, 28-X-62.
- ¹⁴ Editorial, "Elections in Mexico", *NYT*, 5-VII-61.
- ¹⁵ *NYT*, 30-VI-62 y 1-VII-62.
- ¹⁶ Wyden, 1979, p. 310.
- ¹⁷ *NYT*, 1-VII-62.
- ¹⁸ La repentina muerte de Kennedy impidió que escribiera memorias. El equivalente es el libro escrito por Arthur Schlesinger, Jr., 1965, p. 768.
- ¹⁹ Editorial, "Vivan los dos presidentes", *NYT*, 1-VII-62.
- ²⁰ *Idem*.
- ²¹ Editorial, "Good Neighbors and Frank", *NYT*, 28-X-67.
- ²² *NYT*, 21-X-62.
- ²³ *NYT*, 25-X-62.
- ²⁴ *NYT*, 25-I-63.
- ²⁵ CIA, 1964, p. 152.
- ²⁶ Además de la evidencia que proporcioné en la acción anterior véase, por ejemplo, *NYT*, 8-IV-63, 18-XI-62, 2-IX-63.
- ²⁷ C.L. Sulzberger, "B.C. and A.D. Attitudes in Mexico", *NYT*, 11-XI-61.
- ²⁸ James, Daniel, "Kennedy Visits a 'New' Mexico", *NYT Magazine*, 24-VI-62.
- ²⁹ Editorial, "Two Neighbors Meet", *NYT*, 21-II-64.
- ³⁰ *NYT*, 17-XI-63.
- ³¹ DOS, 1964, pp. 2-3.
- ³² *NYT*, 5-X-63.
- ³³ DOS, 1962, p. 3.
- ³⁴ *NYT*, 15-III-64.
- ³⁵ Editorial, "De Gaulle in Mexico", *NYT*, 16-III-64.
- ³⁶ *NYT*, 17-III-64.

- ³⁷ DOS, 1964c.
- ³⁸ NYT, 19-III-64.
- ³⁹ NYT, 17-III-64.
- ⁴⁰ DOS, 1964c, p. 1.
- ⁴¹ NYT, 15-III-64.
- ⁴² DOS, 1964c.
- ⁴³ Reston, James, "How to Win in Mexico and Lose in Europe", NYT, 18-III-64.
- ⁴⁴ NYT, 13-IV-66.
- ⁴⁵ NYT, 16-IV-66.
- ⁴⁶ Editorial, "Pledge on the Alliance", NYT, 18-IV-66.
- ⁴⁷ NYT, 12-IV-67.
- ⁴⁸ NYT, 16-IV-66.
- ⁴⁹ Editorial, "Pledge on the Alliance", NYT, 18-IV-66.
- ⁵⁰ DOS, 1966b.
- ⁵¹ DOS, 1966.
- ⁵² NYT, 16-IV-66.
- ⁵³ DOS, 1966.
- ⁵⁴ Johnson, 1971, p. 348. Todos los presidentes estadounidenses parecieron tomar la hospitalidad mexicana como algo dado.
- ⁵⁵ Editorial, "A Gesture for Mexico", NYT, 23-XII-63.
- ⁵⁶ Véase NYT, 20-II-63 y 28-X-67.
- ⁵⁷ Editorial, "The 'New Diplomacy'", NYT, 4-IV-65.
- ⁵⁸ CIA, 1951, p. 58.
- ⁵⁹ Heath, 1981, p. 4.
- ⁶⁰ NYT, 10-V-62.
- ⁶¹ NYT, 29-VIII y 6-IX-69.
- ⁶² NYT, 9-IX-69.
- ⁶³ WH, 1967.
- ⁶⁴ NYT, 25-IX-69.
- ⁶⁵ NYT, 2-X-69.
- ⁶⁶ Editorial, "An Operation to Intercept", NYT, 10-X-69, y editorial, "Operation Intercepted", NYT, 11-X-69.
- ⁶⁷ NYT, 30-IX-69.
- ⁶⁸ NYT, 5-X-69.
- ⁶⁹ NYT, 3-X-69.
- ⁷⁰ NYT, 8-X-69.
- ⁷¹ Entrevista a Francisco Cano Escalante, febrero de 1996.
- ⁷² NYT, 11-X-69.
- ⁷³ Editorial, "Useful Mission to Mexico", NYT, 25-VIII-70.
- ⁷⁴ Trevorton, 1989, p. 286.
- ⁷⁵ Citado en Del Villar, 1989, p. 268.
- ⁷⁶ NYT, 3-IV-70.

ECONOMÍA, CONCIENCIA, NACIONALISMO Y HEGEMONÍA

- ¹ Editorial, "A Visit to Mexico", NYT, 19-II-59.
- ² USC-Senate, 1959b, p. 20.

- ³ Véanse, por ejemplo, a Packenham, 1973, pp. 70-71; Pratt, 1973, p. 89; Whines, 1974, pp. 89-107; Seers, 1973.
- ⁴ DOS, 1961, p. 10.
- ⁵ Packenham, 1973, pp. 70-71.
- ⁶ WH, 1961, p. 3.
- ⁷ *Idem*.
- ⁸ Carl L. Sultzberger, "JFK and Another Kind of Democracy", *NYT*, 30-VI-62. También véase Sachs, 1972, p. 37.
- ⁹ Sandbrook desarrolla esta idea, 1976.
- ¹⁰ Estas citas aparecieron en dos editoriales del *NYT*, "Egyptian Socialism", 16-VIII-61, y "The Kennedy Plan", 15-II-61, respectivamente.
- ¹¹ *NYT*, 5-V-66.
- ¹² *NYT*, 2-XII-64.
- ¹³ *NYT*, 8-VI-66.
- ¹⁴ James, Daniel, "Kennedy Visits a 'New' Mexico", *NYT Magazine*, 24-VI-62.
- ¹⁵ *NYT*, 19-IX-63.
- ¹⁶ CIA, 1965, p. 5.
- ¹⁷ CIA, 1964, p. 6.
- ¹⁸ *NYT*, 18-XI-62 y 11-I-61; Brandenburg, 1972, p. 329.
- ¹⁹ *NYT*, 8-IV-63.
- ²⁰ *NYT*, 13-IX-62, 18-XI-62, y 22-XII-62.
- ²¹ *NYT*, 9-VIII-64.
- ²² CIA, 1965, p. 9.
- ²³ *NYT*, 8-II-66.
- ²⁴ *NYT*, 5-VII-68.
- ²⁵ Vernon, 1963.
- ²⁶ *Ibid.*, p. 27.
- ²⁷ *NYT*, 17-I-64.
- ²⁸ DOS, 1962.
- ²⁹ Editorial, "The U.S. and Mexico", *NYT*, 8-II-61.
- ³⁰ *NYT*, 27-II-63.
- ³¹ CIA, 1964, p. 5.
- ³² *NYT*, 30-IV-67.
- ³³ *NYT*, 9-XI-69.
- ³⁴ DOS, 1961b, p. 6.
- ³⁵ *NYT*, 17-V-66.
- ³⁶ Editorial, "Rural Mexico", *NYT*, 18-VI-66.
- ³⁷ *NYT*, 2-IX-64.
- ³⁸ *NYT*, 22-I-65.
- ³⁹ *NYT*, 11-VI-66.
- ⁴⁰ CIA, 1964, pp. 154-155.
- ⁴¹ CIA, 1965, pp. 0-1. En CIA, 1967, pp. 1-2, aparecen ideas similares.
- ⁴² *The New York Times Book Review*, 22-IX-63.
- ⁴³ DOS, 1963, p. 3.
- ⁴⁴ Citado en Page, 1972, pp. 12-13.
- ⁴⁵ CIA, 1966, p. 4.
- ⁴⁶ WH, 1961, p. 2.

⁴⁷ NYT, 9-VI-66.

⁴⁸ DOS, 1963a.

⁴⁹ Antonio Carrillo Flores, *Embajada de México en Washington* (EMW), 1963, y DOS, 1963b.

⁵⁰ Cosío Villegas, 1956, pp. 11 y 196.

⁵¹ Meyer, 1972, p. 381.

⁵² Haig, 1984, p. 99.

⁵³ Smith, 1971, p. 23.

DESCORRIENDO EL VELO DEL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO

¹ Brandenburg, 1964, p. xii.

² James Reston, "View of Cold War from Below the Rio Grande", NYT, 12-XII-62.

³ Womack, 1969.

⁴ Brandenburg, 1964, p. 2.

⁵ DOS, 1961, p. 7.

⁶ Véase, por ejemplo, los siguientes editoriales del NYT: "Mexico in 1963", 3-IX-63, y "Mexico's Anniversaries", 16-IX-60, y NYT, 5-XII-65.

⁷ Editorial, "Mexico in 1963", NYT, 3-IX-63.

⁸ Editorial, "Mexico in 1963", NYT, 3-IX-63.

⁹ Vernon, 1963, p. 189, y Brandenburg, 1964, pp. 3 y 341.

¹⁰ DOS, 1962.

¹¹ Vernon, 1963, p. 192.

¹² NYT, 5-IX-63.

¹³ NYT, 10-I-62. El Departamento de Estado coincidía con esta apreciación y en un documento oficial aseguraba que "López Mateos había adoptado una posición al centro". DOS, 1962.

¹⁴ NYT, 22-I-65.

¹⁵ Editorial, "Mexico's Prospective President", NYT, 6-XI-63.

¹⁶ CIA, 1964, p. 4.

¹⁷ NYT, 10-XI y 2-XII-63.

¹⁸ Editorial, "The Mexican Conference", NYT, 11-III-61.

¹⁹ Vernon, 1963, p. 189.

²⁰ Brandenburg, 1964, pp. 3 y 141.

²¹ Womack, 1969.

²² CIA, 1964, p. 152.

²³ CIA, 1967, p. 1.

²⁴ Carl L. Sulzberger, "JFK and Another Kind of Democracy", NYT, 30-VI-62.

²⁵ NYT, 2-XII-64.

²⁶ NYT, 14-XII-62.

²⁷ DOS, 1965b, p. 2.

²⁸ CIA, 1964, p. 153.

²⁹ CIA, 1967b, p. 2.

³⁰ El corresponsal del NYT se expresaba en términos casi idénticos a los de la CIA. Véase Paul P. Kennedy, "Revolution and Evolution South of the Border", *The New York Times Book Review*, 22-IX-63.

³¹ NYT, 17-I-64.

³² NYT, 8-I-63.

³³ Editorial, "The United States and Mexico", NYT, 8-II-61.

- ³⁴ *NYT*, 11-vi-61.
- ³⁵ Véase los ejemplares del 31 de diciembre de 1960 de *Excelsior*, *El Nacional* y *El Universal*.
- ³⁶ Editorial, "Los desorientados", *El Universal*, 10-ix-1961.
- ³⁷ *NYT*, 13-iii-54.
- ³⁸ Stevens, 1974, p. 137.
- ³⁹ *Excelsior*, 19-V-1967.
- ⁴⁰ Sobre la historia de la guerrilla mexicana, véase Montemayor, 1991; Hiraes, 1982; Hodges, 1995, y Tello, 1995.
- ⁴¹ Sauer, 1974, pp. 131-133.
- ⁴² CIA, 1965b, pp. 0-1.
- ⁴³ CIA, 1966b, p. 2.
- ⁴⁴ CIA, 1967, p. 1.
- ⁴⁵ *NYT*, 24-vii-66 y 11-vi-66.
- ⁴⁶ Sobre información de agencias véase *NYT*, 1-viii-68. En relación con la cobertura de la prensa mexicana, véase la excelente antología periodística hecha por Aurora Cano Andaluz, 1993.
- ⁴⁷ *NYT*, 4-viii-68.
- ⁴⁸ *NYT*, 9-ix-68.
- ⁴⁹ *NYT*, 9-ix-68.
- ⁵⁰ Entrevista del autor con Giniger, 1983.
- ⁵¹ Editorial, "Añoche en Tlatelolco", *Novedades*, 3-x-68.
- ⁵² *NYT*, 3-x-68.
- ⁵³ *NYT*, 5-x-68. Ver también Robert Lipsyte, *NYT*, 13-x-68.
- ⁵⁴ *NYT*, 9-i-69.
- ⁵⁵ Afirmaciones en ese sentido aparecieron en Sergio Veraza, "Dos monólogos no hacen diálogo", *El Día*, 20-vii-1968; y las caricaturas de Alberto Beltrán en *El Día*, 25-vii-1968. Estos materiales aparecen en Cano, 1993. También véase el desplegado publicado en *Excelsior* y *El Día* 10-vii-1968.
- ⁵⁶ Información proporcionada por Giniger en entrevista con el autor, 1983.
- ⁵⁷ DOS, 1969b, pp. 1-2.
- ⁵⁸ DOS, 1969b; DOS, 1969, p. 8.
- ⁵⁹ DOS, 1969b. Subrayado mío.
- ⁶⁰ Editorial, "Ferment in Mexico", *NYT*, 12-x-68. Dos años después, el rotativo mantenía la misma interpretación; véase editorial, "Mexico's President-Elect", *NYT*, 7-vii-70.

PERIODISTAS, PROFESORES Y BECARIOS

- ¹ Estas variables fueron adaptadas de Skocpol, 1979.
- ² Camp, 1990.
- ³ Por ejemplo, ésta fue una constante en las entrevistas realizadas con académicos como Bailey, Cornelius y Ronfeldt.
- ⁴ Citado en Coatsworth, 1987, pp. 17-18.
- ⁵ Taylor, 1982, p. 67.
- ⁶ Reed, 1979, pp. 4-10.
- ⁷ Bray, 1980, p. 112.
- ⁸ Halberstam, 1980, p. 567.
- ⁹ Johnson, 1989, p. 185.
- ¹⁰ Bray, 1980, pp. 148 y siguientes.
- ¹¹ Armstrong, 1983, p. 23.

- ¹² Gottlieb, 1977, p. 530. Para los cambios en la revista *Time*, véase Halberstam, 1980, pp. 544 y 666.
- ¹³ Gottlieb, 1977, p. 438.
- ¹⁴ Gottlieb, 1977, p. 455.
- ¹⁵ *Ibid.*, p. 454.
- ¹⁶ D'Antonio y From, 1965; Graham, 1968; Fagen y Tuohy, 1972; Ronfeldt, 1973 y Schmitt, 1965.
- ¹⁷ Véanse Grindle, 1977; Camp, 1985; Derossi, 1971; Shafer, 1973; Maxfield, 1987; Bennet y Sharpe, 1985; Stevens, 1974; Bailey, 1988; Camp, 1982; Smith, 1979; Ronfeldt, 1973; Sanderson, 1981; Ronfeldt, 1984; Tuohy y Ames, 1970; Mabry, 1982; Roxborough, 1986; y Thorup y Ayres, 1982, respectivamente.
- ¹⁸ Del trabajo de Lieuwen de 1968, hay que irse hasta el de Ronfeldt de 1984.
- ¹⁹ Dalessandro, 1977-1978, pp. 52 y 53.
- ²⁰ Applegate, 1985, p. 85.
- ²¹ Sanders, 1987, p. 52.
- ²² Brandenburg, 1964, p. 142.
- ²³ Lewis, 1963, p. xi.
- ²⁴ Cornelius, entrevista realizada en febrero de 1996.
- ²⁵ Por la lentitud de los tiempos académicos, el libro fue publicado hasta 1974.
- ²⁶ Padgett, 1966, p. vii.
- ²⁷ Stevens, 1974, p. 17.
- ²⁸ Johnson, 1971, pp. 3 y 4.
- ²⁹ En especial véase Cockcroft, 1983.
- ³⁰ Una panorámica de los primeros quince años de *NACLA* aparece en Shapiro, 1981, p. 48.
- ³¹ *NACLA*, 1972, y Baird y McCaughan, 1974.
- ³² Linz, 1964.
- ³³ Kaufman Purcell, 1978.
- ³⁴ Hansen, 1971.
- ³⁵ Maxfield, 1987, y Camp, 1989.
- ³⁶ Para estudios recientes sobre redes sociales, véanse Aguayo, 1993a, Frederick, 1993, Ronfeldt, 1993, y Thorup, 1993.
- ³⁷ Ross, 1966 y 1972.
- ³⁸ Cornelius, 1979, p. 1.
- ³⁹ Entrevista, Cornelius, 1996 y Cornelius, 1991a.
- ⁴⁰ Coatsworth, 1987.
- ⁴¹ Zedillo menciona haber sido becario de Conacyt en Reyes Heróles, 1994, p. 37.

ESPERANZA Y CRISIS

¹ Autores como Whitehead, 1980, argumentan que toda la estrategia de Echeverría se desprende del movimiento del 68, p. 845.

² *NYT*, 20-VI-71.

³ Editorial, "Mexico's Political Crisis", *NYT*, 11-X-95.

⁴ Smith, 1979, p. 280.

⁵ *NYT*, 12-I-75.

⁶ *NYT*, 20-VI-71.

⁷ *NYT*, 1-VIII-71.

⁸ *The Financial Times*, 26-X-71 y 14-VII-72.

- ⁹ *NYT*, 23-vi-74.
- ¹⁰ En la variable sobre democratización, la clasificación negativa que recibió el régimen de Díaz Ordaz cambió a una positiva durante los primeros años del sexenio de Echeverría.
- ¹¹ *NYT*, 23-vi-74.
- ¹² *NYT*, 1-viii-71.
- ¹³ *The Financial Times*, 26-x-71 y 14-vii-72.
- ¹⁴ *NYT*, 3-x-71.
- ¹⁵ *NYT*, 31-x-71.
- ¹⁶ *NYT*, 14-vi-71.
- ¹⁷ *NACLA*, 1972, p. 7.
- ¹⁸ Echeverría, 1974, p. 17.
- ¹⁹ *NYT*, 29-xi-71.
- ²⁰ *NYT*, 7 y 8-v-73.
- ²¹ *NYT*, 3-x-71.
- ²² *NYT*, 7-viii-71.
- ²³ Las siete referencias a la represión, publicadas en 1971, se refieren a los acontecimientos del 10 de junio.
- ²⁴ Kaufman Purcell, 1975, p. 8.
- ²⁵ *NYT*, 20-vi-71.
- ²⁶ *NYT*, 2-xii-70.
- ²⁷ *NYT*, 26-i y 20-xii-70. También véase "Las reformas fiscales para 1971", *Comercio Exterior*, marzo de 1971, p. 219.
- ²⁸ Editorial, "Mexico's President-Elect", *NYT*, 7-vii-70. El corresponsal Juan de Onís era de la misma opinión; *NYT*, 2-xii-70.
- ²⁹ Hansen, 1971, p. 71.
- ³⁰ De Severo ver *NYT*, 5-vi-72, 31-iii-73 y 19-ii-73; de Riding, *NYT*, 22-viii-71, 1-vii-76, 30-i-77 y 6-iii-78.
- ³¹ *NYT*, 13-xii-77.
- ³² Editorial, "Mexico's New President", *NYT*, 13-viii-76. Véanse también Hansen, 1971, p. 209; *NYT*, 13-v-73; James Reston, "The Coming Class War?", *NYT*, 27-viii-75; y Carl L. Sulzberger, "Too Much and Too Soon", *NYT*, 2-ii-73.
- ³³ James Reston, "The Forgotten Americans", *NYT*, 17-vii-75.
- ³⁴ *NYT*, 22-vi-72.
- ³⁵ Editorial, "Mexico's Example", *NYT*, 24-vi-72.
- ³⁶ *NYT*, 2-viii-74.
- ³⁷ *NYT*, 28-i-72.
- ³⁸ *NYT*, 7-xi-73.
- ³⁹ *NYT*, 20-vi-71; también véanse 13-v-73 y 7-xi-73.
- ⁴⁰ Baird y McCaughan, 1975, y McCaughan y Baird, 1976.
- ⁴¹ *NYT*, 13-x-71.
- ⁴² *NYT*, 28-i-73.
- ⁴³ *NYT*, 20-ix-71 y 15-ii-76.
- ⁴⁴ *NYT*, 1-xii-76.
- ⁴⁵ *NYT*, 20-x-74.
- ⁴⁶ *NYT*, 1-vii-76.
- ⁴⁷ *NYT*, 21-iv-75.
- ⁴⁸ *NYT*, 30-viii-75.

- ⁴⁹ *NYT*, 18-VIII-75.
- ⁵⁰ *NYT*, 6-VI-75.
- ⁵¹ *NYT*, 28-IV-76.
- ⁵² *NYT*, 25-I-76.
- ⁵³ *NYT*, 17-X-74.
- ⁵⁴ Entrevista del autor con Alan Riding, 1983.
- ⁵⁵ Después de 1972, estas ideas empezaron a ser constantes en la producción de Riding, véanse *NYT*, 16-VIII-72; *The Financial Times*, 30-V-73 y *NYT*, 4-XII-74.
- ⁵⁶ James Reston, "Mexico's Advice to Mr. Ford", en *NYT*, 8-X-75.
- ⁵⁷ James Reston, "The Coming Class War?", *NYT*, 27-VIII-75, y "The Forgotten Americans", *NYT*, 17-VIII-75.
- ⁵⁸ *NYT*, 30-IX-75.
- ⁵⁹ Editorial, "Protests on Spain", *NYT*, 3-X-75.
- ⁶⁰ *NYT*, 11-XI-75.
- ⁶¹ Editorial, "Shame of the United Nations", *NYT*, 13-XI-75.
- ⁶² *NYT*, 6-X-76 y 6-IX-76, 21-XI-76.
- ⁶³ *NYT*, 14-VI-76; ver también 20-VI-76.
- ⁶⁴ *NYT*, 20-XI-75.
- ⁶⁵ Editorial, "Mexico's New President", *NYT*, 13-VII-76.
- ⁶⁶ Nixon, 1978, p. 624. Subrayado mío.
- ⁶⁷ *NYT*, 6-IX-76.
- ⁶⁸ *NYT*, 26-XII-74.
- ⁶⁹ *NYT*, 23-XI-75.
- ⁷⁰ *NYT*, 1-XII-75.
- ⁷¹ *NYT*, 6-XII-75.
- ⁷² *NYT*, 16-XII-75.
- ⁷³ *NYT*, 10-XI-76.
- ⁷⁴ *NYT*, 19-VII-70.
- ⁷⁵ *NYT*, 4-XII-77.
- ⁷⁶ Véanse, por ejemplo, *NYT*, 25-I-72, 12-VII y 21-X-74, 18-XI-75 y 23-V-76.
- ⁷⁷ *NYT*, 19-VII-70.
- ⁷⁸ *NYT*, 10-V-76.
- ⁷⁹ *NYT*, 3 y 6-XI-76.
- ⁸⁰ *NYT*, 10-XII-77.
- ⁸¹ *NYT*, 11-XII-77.
- ⁸² Editorial, "Jeopardizing American Prisoners Abroad", *NYT*, 8-VIII-79.
- ⁸³ *NYT*, 11-XI-79.
- ⁸⁴ Las citas son del *NYT*, 26-XII-75, 13-XII-77 y 1-XII-75.
- ⁸⁵ Las citas son del *NYT*, 16 y 4-XII-74, respectivamente.
- ⁸⁶ *NYT*, 12-I-75.
- ⁸⁷ McCaughan y Baird, 1976, p. 21.
- ⁸⁸ *NYT*, 20-XI-73.
- ⁸⁹ *NYT*, 23-VIII-75.
- ⁹⁰ *NYT*, 25-I-76 y 23-VIII-75.
- ⁹¹ *NYT*, 20-VI-76.
- ⁹² *NYT*, 9-VII-76.
- ⁹³ Editorial, "Mexico's New President... Loses a Free Press", *NYT*, 13-VII-76.

- ⁹⁴ Editorial, "Legacy for Mr. Lopez", *NYT*, 1-XII-76.
- ⁹⁵ John B. Oakes, "Mexico's New Regime-I", *NYT*, 10-II-77.
- ⁹⁶ *NYT*, 1-XII-76, y editorial, "Legacy for Mr. Lopez", *NYT*, 1-XII-76.
- ⁹⁷ *NYT*, 20-VI-76.
- ⁹⁸ *NYT*, 22-XII-74.
- ⁹⁹ Esos documentos me fueron proporcionados por Kate Doyle de los Archivos de Seguridad Nacional de Washington, quien los obtuvo de la Biblioteca Gerald Ford.
- ¹⁰⁰ *ST*, 1976.
- ¹⁰¹ *FR*, 1976, pp. 1, 3 y 17.
- ¹⁰² Una explicación aparece en *FR*, 1976 (oct. 8) y *DOS*, 1976.
- ¹⁰³ *CIA*, 1976, p. 2.
- ¹⁰⁴ *CIA*, 1976a, pp. 4 y 5.
- ¹⁰⁵ *FR*, 1976 (oct. 8), p. 3.
- ¹⁰⁶ *CIA*, 1976a, p. 3.
- ¹⁰⁷ Smith, 1979, p. 313.
- ¹⁰⁸ Smith, 1986, p. 109.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO: LA RENOVACIÓN DE LA ESPERANZA

- ¹ *NYT*, 14-XII-76.
- ² *NYT*, 21-XI-76 y 14-XI-75.
- ³ *NYT*, 2-XII-76.
- ⁴ *NYT*, 16-II-77.
- ⁵ *NYT*, 14-II-77 y 26-XII-76.
- ⁶ *NYT*, 13-XI-77.
- ⁷ *NYT*, 11-III-78.
- ⁸ *NYT*, 14-II-77; véase también *NYT*, 26-XII-76.
- ⁹ *NYT*, 1-XII-76.
- ¹⁰ *NYT*, 18-II-77.
- ¹¹ Smith, 1979, p. 313.
- ¹² *Ibid.*, pp. 298-314.
- ¹³ *NYT*, 25-IX-75 y 29-VI-76.
- ¹⁴ *NYT*, 12-XII-76.
- ¹⁵ *NYT*, 25-IX-75 y 29-VI-76.
- ¹⁶ *NYT*, 25-IX-75 y 29-VI-76.
- ¹⁷ *NYT*, 3-XII-77 y 5-II-78.
- ¹⁸ *NYT*, 30-I-77 y 29-XI-78.
- ¹⁹ Phillip Russell, "On Mexico", *NYT*, 20-VII-78.
- ²⁰ Carta a la redacción de Aurora Schmitt, *NYT*, 15-XI-79.
- ²¹ *NYT*, 30-I-77 y 24-III-77.
- ²² *NYT*, 2-II-79.
- ²³ *NYT*, 2-II-79.
- ²⁴ *NYT*, 24-III-80.
- ²⁵ *NYT*, 19-X-78.
- ²⁶ *NYT*, 20-X-74.
- ²⁷ Daniel Yerguin, "The Mexican Oil 'High'", *NYT*, 20-XII-78.
- ²⁸ Kehoane y Nye, 1977, y Wallerstein, 1974.

- ²⁹ NSC, PRM-41, 1978, p. 2. La idea no era nueva, ya la había mencionado el secretario del Tesoro en 1976. ST, 1976.
- ³⁰ NYT, 12-x-74. Ver también NYT, 20-x-70 y 21-iii-77.
- ³¹ Fagen, 1978. Las declaraciones de Schlesinger son del NYT, 29-x-78.
- ³² Editorial, "Mexican Oil and the United States", NYT, 25-xii-78.
- ³³ NSC, PRM-41, 1978, p. 1.
- ³⁴ NYT, 15 y 16-x-74.
- ³⁵ NYT, 21-x-74.
- ³⁶ Editorial, "Dialogue with Mexico", NYT, 23-x-74.
- ³⁷ ST, 1976, p. 5.
- ³⁸ Editorial, "Mexican Oil and the United States", NYT, 25-xii-78.
- ³⁹ Kenneth E. Hill, "Three Nations Together on Energy", NYT, 23-iii-79. Para una opinión en contra de un mercado común, véase Aaron Segal, "North American Energy", NYT, 29-ix-79.
- ⁴⁰ James Reston, "Mexican Wants Full Review of Ties in Carter Talks", NYT, 8-ii-79.
- ⁴¹ NYT, 11-ii-79.
- ⁴² James Reston, "New Focus on Mexico", NYT, 7-ii-79.
- ⁴³ Karl E. Meyer, "What Mexico Remembers", NYT, 4-x-79.
- ⁴⁴ Entrevista del autor con Robert Pastor en 1985.
- ⁴⁵ Para la evolución de este asunto, véanse NYT, 5-viii, 16-viii, 24-ix, 17-xii, 24-xii y 30-xii-77.
- ⁴⁶ NYT, 6-i-78.
- ⁴⁷ NYT, 30-xii-79.
- ⁴⁸ NYT, 11-ii-79.
- ⁴⁹ Levy y Székely, 1983, p. 183.
- ⁵⁰ NYT, 15-ii-79.
- ⁵¹ Editorial, "Carter Encounters Mexican Anger", NYT, 18-ii-79. Para una crítica a Carter, véase Tom Wicker, "Time for a Leader", NYT, 18-ii-79.
- ⁵² Levy y Székely, 1983, pp. 188-191.
- ⁵³ Vance, 1983, p. 382.
- ⁵⁴ Carter, 1983, p. 468.
- ⁵⁵ Eisenhower, 1965, p. 515.
- ⁵⁶ NYT, 9-xii-79.
- ⁵⁷ NYT, 24-iv-80.
- ⁵⁸ NYT, 8-v-81.
- ⁵⁹ Eschbach, 1991.
- ⁶⁰ NYT, 29-viii-81.
- ⁶¹ NYT, 8-v-81.
- ⁶² NYT, 29-viii-81.
- ⁶³ NYT, 21-ii-81.
- ⁶⁴ Editorial, "The Tainted Ballot in El Salvador", NYT, 8-ix-81.
- ⁶⁵ Richard Fagen. "The U.S. and Mexico", NYT, 4-i-81.
- ⁶⁶ Citado en Hannon, 1984, p. 5.
- ⁶⁷ Véase Menges, 1988, y Hannon, 1984.
- ⁶⁸ NYT, 24-iv-80.
- ⁶⁹ NYT, 20-viii-80.
- ⁷⁰ NYT, 20-viii-80.
- ⁷¹ En el caso del NYT estarían los artículos de Carlos Fuentes, "Dominoes-Again?", 19-viii-80; Jorge Castañeda, "Caribbean Basin Security", 10-iii-82; y "Mexico's Peace Promoter", 20-iii-82.

- ⁷² NYT, 10-I-79.
⁷³ NYT, 22-VIII-80.
⁷⁴ NYT, 22-VIII-79.
⁷⁵ NSC, PRM-41, 1978.
⁷⁶ Ronfeldt, Nehring y Gandara, 1980, pp. v, ix y x.
⁷⁷ NYT, 6-IX-81.
⁷⁸ Morris, 1991.

LA CRISIS DE 1982 Y SUS CONSECUENCIAS

- ¹ Brittan, 1983; Carten, 1985; Hormats, 1986.
² Smith, 1982, p. 279. Para una visión resumida de los derechos humanos en la política exterior de Estados Unidos, véase a Weiss Fagen, 1980.
³ Wolfe, 1981.
⁴ Laffer y Seymour, 1979; Wanniski, 1978; Gilder, 1981.
⁵ Véase a Mkandawire, 1995.
⁶ *Op. cit.*, 1995, p. 1.
⁷ NYT, 4-VI-81.
⁸ NYT, 8-I-81.
⁹ NYT, 11-I-81.
¹⁰ NYT, 24-III-79.
¹¹ NYT, 17-VI-81.
¹² NYT, 5-VIII-81.
¹³ NYT, 18-VII-81.
¹⁴ NYT, 6-VII-81.
¹⁵ NYT, 21-VIII-81.
¹⁶ NYT, 2-IX-81.
¹⁷ *El Nacional*, 21-VIII-81.
¹⁸ NYT, 24-XII-81.
¹⁹ NYT, 23-V-82.
²⁰ NYT, 21-VIII-82.
²¹ NYT, 14-VIII-82.
²² NYT, 17-VIII-82.
²³ NYT, 21-VIII-82.
²⁴ NYT, 21-VIII-82.
²⁵ NYT, 21-VIII-82.
²⁶ NYT, 31-VIII-82.
²⁷ NYT, 2-IX-82.
²⁸ NYT, 2-IX-82 y 4-IV-82.
²⁹ NYT, 3-IX-82.
³⁰ NYT, 19-XI-82.
³¹ NYT, 13-IX-81.
³² NYT, 23-XI-80 y 21-III-82.
³³ NYT, 27 y 29-XI-81.
³⁴ William Safire, "Yankee Stick Around", NYT, 23-VIII-82.
³⁵ Susan Kaufman Purcell, "Banking on Mexico Badly", NYT, 24-VIII-82.
³⁶ NYT, 5-V-82.

- ³⁷ *NYT*, 4-IX-82.
³⁸ *NYT*, 12-IV-82.
³⁹ *NYT*, 11-I-81.
⁴⁰ *NYT*, 7-X-82.
⁴¹ *NYT*, 23-VIII-82.
⁴² NSC, PRM-41, 1978, Sección sobre derechos humanos, pp. 1 y 3.
⁴³ Las citas son del *NYT*, 31-VII-79, 17-II-80, y 11-I-81.
⁴⁴ *NYT*, 4-III-79.
⁴⁵ *NYT*, 27-XII-77.
⁴⁶ *NYT*, 23-XI-79.
⁴⁷ *NYT*, 1-X-78.
⁴⁸ *NYT*, 9-XI-81.
⁴⁹ DOS, 1944.
⁵⁰ Para una muestra de este tipo de temas, véanse 25-IX-76; 28-XII-77 y 23-X-77; 3-V-79, 17-VIII-79, 2-XII-79 y 31-XII-79; 15-VIII-80; 21-III-81, 19-III-81, 18-IV-81 y 26-XII-81; 22-VI-82.
⁵¹ *NYT*, 13-X-74.
⁵² *NYT*, 1-IV-79.
⁵³ Earl Shorris, "To Write, to Fight, to Die. The Old Gringo", *NYT*, 27-X-85.
⁵⁴ Un indicador de la atención concedida a Hellman aparece en el *Social Sciences Citation Index*. Entre 1985 y 1995 su libro tuvo 34 citas por catorce otorgadas a Peter Smith.
⁵⁵ Hellman, 1983, pp. xii-xiii.

LA LLEGADA DE LOS TECNÓCRATAS

- ¹ Smith, 1986, pp. 103 y 109.
² *NYT*, 11-I-81.
³ *NYT*, 4-IV-80.
⁴ *NYT*, 26-IX-81.
⁵ *NYT*, 2-XII-82.
⁶ *NYT*, 29-VI-82.
⁷ *NYT*, 25-V y 4-VII-82.
⁸ *NYT*, 1-I-83.
⁹ *NYT*, 8-IX-84.
¹⁰ *NYT*, 24-XII-82.
¹¹ *NYT*, 18-V-83.
¹² La información y las citas son del *NYT*, 26-IX-83; 11-I-84, 17-II-84 y 22-V-84, y 24-VII-85, respectivamente.
¹³ *NYT*, 21-IX-84.
¹⁴ *NYT*, 17-VII-83.
¹⁵ *NYT*, 23-VIII-83.
¹⁶ *NYT*, 31-XII-83.
¹⁷ *NYT*, 17-VI-83.
¹⁸ *NYT*, 29-VI-83.
¹⁹ *NYT*, 16-IV-84.
²⁰ *NYT*, 30-VI-83 y 6-VII-83.
²¹ *NYT*, 10-IV-83.
²² *NYT*, 18-I-84.

- ²³ *NYT*, 27-vii-83.
- ²⁴ *NYT*, 16-xii-84.
- ²⁵ *NYT*, 17-iv-82.
- ²⁶ 1983, pp. 9, 11 y 15. Constantine Menges, del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense, también pensaba que el destino de México se jugaba en Centroamérica. Menges, 1988, pp. 27-28.
- ²⁷ Hay múltiples referencias a la importancia de la estabilidad mexicana para Estados Unidos y los costos que sobrevendrían en caso de perderla. Véanse Schoultz, 1987; Jordan y Taylor, 1984; Hannon, 1984, 1986 y 1987; Linn, 1984; Sanders, 1987; y Wilson, 1989.
- ²⁸ Entrevista del autor con Elliot Abrahams, 1991.
- ²⁹ Véanse Russo, 1985; Williams, 1986, Hannon, 1984; y Applegate, 1985.
- ³⁰ Sanders, 1986, p. 193.
- ³¹ Citado en *NYT*, 4-vii-83.
- ³² Memorandum de Bill Alexander, Washington, D.C., 1º de junio de 1983.
- ³³ *NYT*, 20-iii-84.
- ³⁴ Para ambas partes del debate, véase *NYT*, 17-vi y 4-vii-85.
- ³⁵ Editoriales, "The Ninth Life of Contadora", *NYT*, 15-ii-86, y "It Takes Two to Contadora", *NYT*, 22-v-86.
- ³⁶ *The Washington Post*, 2-iii-84.
- ³⁷ *NYT*, 14-iv-84.
- ³⁸ *NYT*, 16-v-84.
- ³⁹ *NYT*, 27-v-83.
- ⁴⁰ Véase, por ejemplo, Carlos Fuentes, "Don't Push Mexico", *NYT*, 24-iv-84, y "The Real Latin Threat", *NYT*, 5-ix-85.
- ⁴¹ De la Madrid, 1984.
- ⁴² *NYT*, 26-ii-84.
- ⁴³ *Newsweek*, 2-iv-84.
- ⁴⁴ *NYT*, 28-ix-84.
- ⁴⁵ *NYT*, 11-viii-83.
- ⁴⁶ *NYT*, 19-vii-84. A partir de ese momento las menciones positivas en el *NYT* a la orientación de la política exterior mexicana empezaron a multiplicarse (véase gráfica 45).
- ⁴⁷ Susan Kaufman Purcel, "Why Mexico is Coming Around", *The Washington Post*, 1-viii-83.
- ⁴⁸ *NYT*, 14-iv-84.
- ⁴⁹ *NYT*, 4-viii-84.
- ⁵⁰ Hannon, 1984, p. 5.
- ⁵¹ *NYT*, 12-vii-83.
- ⁵² *NYT*, 11-iii-84.

LA MUERTE DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

- ¹ Bailey, 1989.
- ² Smith, 1986, p. 101.
- ³ Applegate, 1986, p. 87.
- ⁴ Latell, 1986, p. 3.
- ⁵ "The CIA sizes up the Mexican domino", *Harper's*, mayo 1987.
- ⁶ Camp, 1986.
- ⁷ Citado en Anderson y Atta, 1987a, p. 42 y 1987b.

- ⁸ Véanse, entre otros, Douglas, 1985, y Baer, 1988.
- ⁹ Para información agregada, véanse las gráficas 55-66; para los elogios, *NYT*, 24-II-80 y 15-VIII-83.
- ¹⁰ *NYT*, 13-IX-84.
- ¹¹ *NYT*, 22-II-85.
- ¹² *NYT*, 8-III-85.
- ¹³ *NYT*, 16-III-85.
- ¹⁴ *NYT*, 30-IV-85.
- ¹⁵ Véase Jorge G. Castañeda, "Leaning Too Hard On the Mexicans", *NYT*, 29-III-85.
- ¹⁶ *NYT*, 10-XI-85.
- ¹⁷ *NYT*, 14-V-86.
- ¹⁸ Editorial, "Where is Mexico's Pride", *NYT*, 22-III-85.
- ¹⁹ *NYT*, 2-XII-84.
- ²⁰ *NYT*, 9-VII-85.
- ²¹ Editorial, "Still One-Party Mexico", *NYT*, 13-VII-85.
- ²² Citados en Bailey, 1989, p. 85.
- ²³ *NYT*, 19-I-85.
- ²⁴ *NYT*, 11-II-85.
- ²⁵ La información es del *NYT*, 10-VI-85, 29-VI-85 y 12-VIII-85, respectivamente.
- ²⁶ *NYT*, 17-VIII-86.
- ²⁷ *NYT*, 2-IX-85.
- ²⁸ Las citas e información son del *NYT*, 21-IX-85, 22-IX-85 y 24-X-85, respectivamente.
- ²⁹ Haber, 1994, p. 282.
- ³⁰ *NYT*, 22-IX-86.
- ³¹ *NYT*, 20-X-85.
- ³² *NYT*, 31-X-85.
- ³³ *NYT*, 9-XII-85.
- ³⁴ *NYT*, 15-V-80.
- ³⁵ *NYT*, 23-I-86.
- ³⁶ *NYT*, 9-II-85 y 15-II-86.
- ³⁷ *NYT*, 10-II-86.
- ³⁸ *NYT*, 12-V-86.
- ³⁹ *NYT*, 15-V-86.
- ⁴⁰ *NYT*, 25-V-86.
- ⁴¹ *NYT*, 1-VI-86.
- ⁴² *NYT*, 3-VIII-86.
- ⁴³ *NYT*, 25-V-86. Énfasis añadido.
- ⁴⁴ *NYT*, 13-VIII-86.
- ⁴⁵ *NYT*, 18-VII-86.
- ⁴⁶ *NYT*, 14-VIII-86.
- ⁴⁷ *NYT*, 8-VI-86.
- ⁴⁸ *NYT*, 18-VI-86. Sobre las acusaciones a Silva Herzog, *El Nacional*, 20-VI-86. Un análisis muy agudo del cambio lo hizo Miguel Ángel Granados Chapa, "Plaza Pública", *La Jornada*, 22-VI-86.
- ⁴⁹ *NYT*, 18-VI-86.
- ⁵⁰ *NYT*, 14-VII-86.
- ⁵¹ *NYT*, 16-VII-85.
- ⁵² *NYT*, 21-X-85.

- ⁵³ *NYT*, 10-vii-86.
- ⁵⁴ Editorial, "Mexico Bashes Itself", *NYT*, 11-vii-86.
- ⁵⁵ Editorial, "Another Moment of Truth for Mexico", *NYT*, 11-vi-86 (subrayado del autor).
- ⁵⁶ *NYT*, 23-vii-86.
- ⁵⁷ *NYT*, 25-vii-86.
- ⁵⁸ *NYT*, 1-x-86.
- ⁵⁹ Stanley Foundation, 1986, p. 8.
- ⁶⁰ *NYT*, 12-ii-86.
- ⁶¹ Bailey, 1989, pp. 66 y 74.

BAJO EL DOMINIO NEOLIBERAL

- ¹ Cornelius, Gentleman y Smith, 1989, p. 1.
- ² Centeno, 1994, p. 16.
- ³ *Ibid.*, p. 19.
- ⁴ Benítez, 1994.
- ⁵ Para un buen análisis de los métodos que utiliza el régimen véanse a Camp, 1985, y Hellman, 1983.
- ⁶ Un análisis de estas organizaciones aparece en Aguayo y Parra, 1996.
- ⁷ Jonathan Fox, 1995.
- ⁸ Andreas, 1996, p. 23.
- ⁹ Aguayo, 1990, y Chabat, 1994.
- ¹⁰ *The Washington Post*, 8-vii-88.
- ¹¹ *NYT*, 10-vii-88.
- ¹² Editorial, "Mexico's Radical Insider", *NYT*, 3-vii-88.
- ¹³ *The Washington Post*, 12-vii-88.
- ¹⁴ Editorial, "Reading Mexico", *The Wall Street Journal*, 15-vii-88.
- ¹⁵ *The Washington Post*, 8-vii-88.
- ¹⁶ Editorial, "Mexico Shatters a Monolith", *NYT*, 9-vii-88.
- ¹⁷ *NYT*, 8-vii-88.
- ¹⁸ Editorial, *The Washington Post*, 18-vii-88.
- ¹⁹ Bailey, 1989, p. 85.
- ²⁰ Editorial, "Reading Mexico", *The Wall Street Journal*, 15-vii-88.
- ²¹ Editorial, "How Three Can Win in Mexico", *NYT*, 14-vii-88.
- ²² *NYT*, 16-vii-88.
- ²³ López, 1988, pp. 31-33, y Fox, 1996.
- ²⁴ *NYT*, 11-vii-88.
- ²⁵ *NYT*, 20-x-88.
- ²⁶ En DOS, 1981, pp. 479-480 y DOS, 1992, p. 667.
- ²⁷ DOS, 1987, p. 565. Cursivas mías.
- ²⁸ DOS, 1989, pp. 631 y 637.
- ²⁹ "A Survey of Mexico", *The Economist*, 13-19-ii-93.
- ³⁰ Pastor, 1990, p. 32. Énfasis añadido.
- ³¹ Grinspun y Cameron, 1996.
- ³² *New Perspectives Quarterly*, 1991, p. 8.
- ³³ Citado en Andreas, 1996, p. 24.

³⁴ DOS, 1991, p. 1, citado en *Proceso*, mayo de 1991. A conclusiones similares llega Orme, 1993, p. 17.

³⁵ Conversación privada con un funcionario del gobierno de Clinton, Washington, D.C., marzo de 1996.

³⁶ Jorge C. Castañeda, "Indebted Mexico Staggers On", *NYT*, 8-I-86. Castañeda empezó a criticar al gobierno mexicano desde el verano de 1985.

³⁷ *NYT*, 15-VIII-86.

³⁸ *NYT*, 29-VIII-86.

³⁹ Jack Acker y Kathy King Wouk, "Mexico Must Do Better on Human Rights", carta a la redacción, *NYT*, 15-VI-86.

⁴⁰ Entrevista telefónica con Juan Méndez, Washington, D.C., julio de 1990.

⁴¹ Entrevista telefónica con Beth Kempler de Amnistía Internacional, Nueva York, julio de 1990. Ese informe aparecería en 1991: Amnistía Internacional, *México. Tortura e impunidad*, Editorial Amnistía Internacional, Madrid, 1991.

⁴² Es necesario agregar que en los inicios del régimen salinista se crearon una Dirección General de Derechos Humanos en la Secretaría de Gobernación y otra en la de Relaciones Exteriores.

⁴³ Sobre el nuevo estilo de la política exterior mexicana véase a Todd Eisenstadt, "Nueva diplomacia. Cabildeo y relaciones públicas en Estados Unidos", *Este País*, núm. 15, junio de 1992.

⁴⁴ En las elecciones presidenciales de 1994 diferentes organizaciones pudieron hacer, por primera vez en la historia, una radiografía que muestra lo inequitativas que son las elecciones en México. Véase Aguayo, 1995; Alianza Cívica, 1994a y 1994b.

⁴⁵ Padgett, 1996, pp. 2-13.

⁴⁶ Lustig, 1995.

⁴⁷ D'Amato, 1995, pp. 7-13.

⁴⁸ Citado en Andreas, 1996, p. 26.

⁴⁹ Citado en Roett, 1996, pp. 37-38.

ESTADOS UNIDOS Y EL NACIONALISMO MEXICANO

¹ Cathryn Thorup, "Play It Smart with Mexico", *NYT*, 30-IX-85. Véanse también Richard Fagen, *NYT*, 6-IX-85; James Reston, *NYT*, 29-IX-85; y el editorial, "Stop Bullying Mexico", *NYT*, 29-IX-85.

² Hay algunos análisis críticos sobre el empresariado mexicano (el ejemplo más representativo sería NACLA), pero estos materiales recibieron poca atención en la bibliografía general, que abordó el tema de manera superficial o aislada.

³ *NYT*, 13-II-83.

⁴ CIA, 1951, p. 58.

⁵ *NYT*, 28-III-82.

⁶ Citado por Vázquez, 1974.

⁷ Meyer, 1985, p. 23.

⁸ Riding, 1985, p. 439.

⁹ *NYT*, 29-VI-83 y 7-VII-84.

¹⁰ *NYT*, 13-VII-86.

¹¹ Véanse Cunningham, 1984; Ronfeldt, 1984; Moorer y Fauriol, 1984; Applegate, 1985. La excepción es Dziedzic, 1996, que reconoce esta influencia pero no la desarrolla.

¹² Para una discusión del papel de Estados Unidos en relación con la seguridad de México, véase Aguayo, 1990.

¹³ *NYT*, 23-VI-85.

¹⁴ Cunningham, 1984.

¹⁵ Ejemplos de esto último aparecen en DAF, 1955; DOS, 1956; DOS, 1959; Fauriol, 1988; Ganster y Sweedler, 1987; y Wilson, 1989.

¹⁶ NYT, 13-I-60. La muestra incluye el primer artículo publicado en el NYT sobre Cuba a principios de cada año entre 1958 y 1964. Véanse NYT, 8-I-58, 14-I-59, 13-I-60, 11-I-61, 10-I-62, 8-IV-63 y 17-I-64.

¹⁷ James Reston, "The Mexican Time Bomb", NYT, 22-VI-86.

¹⁸ Virden, 1957. La mayor parte de los estadounidenses que escribió sobre esa guerra la justificó de una manera u otra. Véase, por ejemplo, Bauer, 1956; Rees, 1960; Logfren, 1967, y Swan III, 1983.

¹⁹ Entrevista con exfuncionario del Departamento de Estado durante la administración de George Bush, Washington, D.C., junio de 1993.

²⁰ Middlebrook, 1995, p. 288.

²¹ DOS, 1984, p. 10.

²² Echeverría, 1974, p. 22.

²³ Véase Encuesta, 1991, 1991a, y Basáñez, 1991.

²⁴ Favela y Morales, 1991.

²⁵ Encuesta, 1992.

²⁶ Editorial, "Mexico's Next President", NYT, 6-VII-58.

²⁷ NYT, 9-XI-80.

²⁸ Ronfeldt, 1980, p. 47.

²⁹ NYT, 11-XI-84.

APÉNDICE A

¹ Battaiter, 1960; Berelson, 1952; Covo, 1973; Danielson, s/f; Duverger, 1972; Gomis, 1974; Jiménez de Ottatengo, 1974; Kayser, 1966; y Stone, 1966.

² Anderson, 1967; Paredes, 1973; y Zeiman, 1969.

BIBLIOGRAFÍA Y ENTREVISTAS

Esta sección se divide en tres partes: libros y artículos académicos, documentos oficiales y entrevistas. En las dos primeras secciones sólo fueron incluidos los trabajos citados en la obra. A las entrevistas se incorporaron algunas conversaciones que, pese a no haberse citado en el texto, fueron importantes para el libro.

A. Libros y artículos

- Abrams, Floyd, "The Pentagon Papers a Decade Later", *The New York Times Magazine*, 14 de junio, 1981.
- Aguayo, Sergio, "Los usos, abusos y retos de la seguridad nacional mexicana", en Sergio Aguayo y Bruce Bagley, *En busca de la seguridad perdida*, Siglo XXI Editores, México, 1990.
- , "Mexico in United States Military Literature, 1949-1988", *International Journal of Political Economy*, vol. 21, núm. 2, verano de 1991.
- , "The Inevitability of Democracy in Mexico", en Riordan Roett, comp., *Political and Economic Liberalization in Mexico. At a Critical Juncture?*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, Col., 1993.
- , "The Evolution and Implications of Mexican Non-governmental Organizations Working on Behalf of Displaced Central Americans", RAND, DRU-257-FF, marzo de 1993a.
- , y Luz Paula Parra Rosales, "Los Organismos No Gubernamentales de Derechos Humanos en México: Entre la democracia participativa y la electoral", documentos de trabajo, Academia Mexicana de Derechos Humanos, México, 1996.
- Albini, Joseph L., *The American Mafia. Genesis of a Legend*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1971.
- Alemán Valdés, Miguel, *Remembranzas y testimonios*, Editorial Grijalbo, México, 1987.
- Almond, Gabriel y Sidney Verba, *Civic Culture. Political Attitudes and the Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1963.
- Alianza Cívica, "Las elecciones presidenciales de agosto de 1994: entre el escepticismo y la esperanza. Un informe sobre las condiciones previas", 19 de agosto de 1994a, México.
- , "La calidad de la jornada electoral del 21 de agosto de 1994", 19 de septiembre de 1994b, México.
- Americas Watch, *Human Rights in Mexico. A Policy of Impunity*, Human Rights Watch, Nueva York, 1990.
- Amnesty International, *Mexico Human Rights in Rural Areas. Exchange of Documents with the Mexican Government on Human Rights Violations in Oaxaca and Chiapas*, Amnesty International Publications, Londres, 1986.

- Anderson, Charles W. y William P. Glade, *The Political Economy of Mexico*, University of Wisconsin Press, Madison, 1963.
- Anderson, Jack y Dale Van Atta, "The Mexican Time Bomb", *Penthouse*, mayo de 1987a.
- , "CIA: Disorder Could Overwhelm Mexico", *The Washington Post*, 5 de junio de 1987b.
- Anderson, William W., "The Nature of the Mexican Revolution as Viewed from the United States, 1910-1971", tesis doctoral, University of Texas, 1977.
- Anderson-Barker, Cynthia, "A Case Study of Elections in the State of Michoacan on July 12, 1992", *International and Comparative Law Journal*, vol. 16, núm. 2, febrero de 1994.
- Andreas, Peter, "Narcotizing the State and Economy in Mexico: Side-effects of Free Market Reform and Drug Market Prohibition", Paper prepared for the panel on Transnational Organized Crime at the International Law and Society Conference, Glasgow, 10 a 13 de julio de 1996.
- Applegate, Cl. Rex, "The Evil Empire Eyes the Big Enchilada", *Soldier of Fortune*, agosto de 1985.
- Armstrong, Robert, "By What Right? U.S. Foreign Policy, 1945-1983", *NACLA. Report on the Americas*, vol. XVII, núm. 6, noviembre-diciembre de 1983.
- Aron, Raymond, *Trois Essais sur l'Age Industriel*, Plon, París, 1966.
- Baer, Delal, "Mexico: Ambivalent Ally", *The Washington Quarterly*, verano, 1987.
- , "Between Evolution and Devolution: Mexican Democracy", *The Washington Quarterly*, verano de 1988.
- Bailey, John, y Aguayo Sergio, *Strategy and Security in U.S.-Mexican Relations beyond the Cold War*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, 1996.
- , *Governing Mexico, the Statecraft of Crisis Management*, St. Martin's Press, Nueva York, 1988.
- , "Mexico in the U.S. Media, 1979-1988: Implications for the Bilateral Relation", en Coatsworth, John H. y Carlos Rico, comp., *Images of Mexico in the United States*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1989.
- Baird, Peter y Ed McCaughan, "Golden Ghetto. The American Colony in Mexico", *NACLA's Latin America and Empire Report*, vol. VIII, núm. 1, enero de 1974.
- , "Hit and Run. U.S. Runaway Shops on the Mexican Border", *NACLA's Latin America and Empire Report*, vol. IX, núm. 5, julio-agosto de 1975.
- Baker, III, James A., *The Politics of Diplomacy. Revolution, War and Peace, 1989-1992*, G.P. Putnam's Sons, Nueva York, 1995.
- Bartra, Roger, *El poder despótico burgués*, Editorial Era, México, 1978.
- , *El oficio mexicano*, Editorial Grijalbo, México, 1993.
- Basáñez, "Encuesta Electoral, 1991", *Este País*, núm. 5, agosto de 1991.
- Battailier, Francine, Alain Schitres y Claude Tannery, *Analyses de Presse*, Presses Universitaires de France, París de 1963.

- Bauer, K.J., "The Veracruz Expedition of 1847", *Military Affairs*, núm. 20, otoño de 1956.
- Benítez Manaut, Raúl, "Las fuerzas armadas mexicanas a fin de siglo: su relación con el Estado, el sistema político y la sociedad", *Sociología*, núm. 25, año 9, mayo-agosto de 1994.
- Berelson, Bernard, *Content Analysis in Communication Research*, Stratford Press, Nueva York, 1952.
- Birnbaum, Norman, "The Sociological Study of Ideology (1940-1960): A Trend Report and Bibliography", *Current Sociology* 2, 1960.
- Bourne, Kenneth y D. Cameron Watt, comp., *British Documents on Foreign Affairs*, Part II, Series D, Latin America, vol. 4-South America and Mexico, 1924-1927, University Publications of America, Bethesda, Md., 1989.
- Brandenburg, Frank, *The Making of Modern Mexico*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1964.
- Bray, Howard, *The Pillars of the Post. The Making of a New Empire in Washington*, W.W. Norton, Nueva York, 1980.
- Brittan, Samuel, "A very painful world adjustment", *Foreign Affairs*, vol. 61, núm. 3, 1983.
- Brown, Betty H., "Make Mine Guadalajara (for retirement)", *Air Force Times*, 13 de agosto de 1969.
- Camp, Roderic A., *Mexico's Leaders: Their Education and Recruitment*, University of Arizona Press, Tucson, 1980.
- , "Mexican Military Leadership in Statistical Perspective since the 1930s", en James Wilkie y Peter Reich, comps., *Statistical Abstract of Latin America 20*, University of California, Los Angeles, 1980a.
- , *Mexican Political Biographies, 1935-1981*, segunda edición, University of Arizona Press, Tucson, 1982.
- , *The Making of a Government. Political Leaders in Modern Mexico*, University of Arizona Press, Tucson, 1984.
- , *Mexico's Leaders. Their Education and Recruitment*, University of Arizona Press, Tucson, 1985.
- , *Intellectuals and the State in Twentieth Century Mexico*, University of Texas Press, Austin, 1985a.
- , (comp.), *Mexican Political Stability: The Next Five Years*, Westview Press, Boulder, 1986.
- , *Entrepreneurs and Politics in Twentieth Century Mexico*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.
- , "Mexico", en David W. Dent, comp., *Handbook of Political Science Research on Latin America*, Greenwood Press, Nueva York, 1990.
- , "Camarillas in Mexican Politics: The Case of the Salinas Cabinet", *Mexican Studies*, vol. 6, núm. 1, invierno, 1990a.
- Cano Andaluz, Aurora, 1968. *Antología periodística*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993.

- Cannon, Lou, *President Reagan. The Role of a Lifetime*, Simon and Schuster, Nueva York, 1991.
- Cardoso, Miriam L., *La ideología dominante*, Siglo XXI, México, 1975.
- Cardozo, Fernando H., "Associated-Dependent Development: Theoretical and Practical Implications", en Alfred Stepan, ed., *Authoritarian Brazil. Origins, Policies, and Future*, Yale University Press, New Haven, 1973.
- Carey, James W., "Journalism and Criticism: The Case of an Underdeveloped Profession", en *The Review of Politics*, abril, 1974.
- Carr, Edward Hallett, *What is History?*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1963.
- Carter, Jimmy, "Speech Before the Caribbean/Central American Action", *In Action*, julio, 1980.
- , *Keeping Faith. Memoirs of a President*, Bantam Books, Nueva York, 1983.
- Casaroli, Monsignor Agostino, "Appeal of the Pontifical Commission to North American Superiors", Segundo Congreso Religioso de Estados Unidos, Indiana, Universidad de Notre Dame, 17 de agosto, en Costello (1979), 1961.
- Centeno, Miguel Ángel, *Democracy within Reason. Technocratic Revolution in Mexico*, University Park, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1994.
- Chabat, Jorge, "Seguridad nacional y narcotráfico: vínculos reales e imaginarios", *Política y Gobierno*, vol. 1, núm. 1, 1994.
- Chalmers, Douglas, Judy Gearhart et al., *Mexican NGO Networks and Popular Participation*, Papers on Latin America núm. 39, Columbia University, Institute of Latin American and Iberian Studies, enero, Nueva York, 1995.
- Cline, Howard F., "Mexico: A Matured Latin American Revolution, 1910-1960", en Stanley R. Ross, comp., *Is the Mexican Revolution Dead?*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1966.
- Coatsworth, John H., "Student, Academic and Cultural Exchanges Between Mexico and the United States: A Report with Recommendations", ponencia presentada en el Workshop on Cultural Relations, Bilateral Commission on the Future of United States-Mexican Relations, Chicago, Illinois, 26 de octubre de 1987.
- , "The CIA Sizes Up the Mexican Domino", *Harper's*, mayo de 1987.
- Cockcroft, James D., *Mexico: Class Formation, Capital Accumulation, and the State*, Monthly Review Press, Nueva York, 1983.
- Cohen, Bernard C., *The Press and Foreign Policy*, Princeton University Press, Princeton, 1963.
- Córdoba, Arnaldo, *La nación y la constitución. La lucha por la Democracia en México*, Claves Latinoamericanas, México, 1989.
- Cornelius, Wayne, *Politics of the Migrant Poor in Mexico City*, Stanford University Press, Stanford, Cal., 1975.
- , Judith Gentleman y Peter H. Smith, *Mexico's Alternative Political Futures*, Center for U.S.-Mexican Studies, San Diego, 1989.

- , "The Center for U.S.-Mexican Studies at the University of California, San Diego: An Overview", discurso pronunciado ante un grupo de empresarios, 14 de mayo, mecanografiado, 1991a.
- , y Ann L. Craig, *The Mexican Political System in Transition*, Center for U.S.-Mexican Studies UCSD, San Diego, 1991b.
- Corradi, Juan E., Patricia Weiss Fagen y Manuel Antonio Garretón, *Fear at the Edge. State Terror and Resistance in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1992.
- Cosío Villegas, Daniel, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, Editorial Hermes, México, 1956.
- , "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", *Anglia*, núm. 1, 1968.
- Costa, Dalmau, "Transfer of Technology and the Fuel Cycle", *AEI Foreign Policy and Defense Review*, núm. 1, 1979.
- Costello, Gerald M., *Mission to Latin America. The Successes and Failures of a Twentieth Century Crusade*, Orbis Books, Maryknoll, Nueva York, 1979.
- Covo, Milena E., *Conceptos comunes en la metodología de la investigación sociológica*, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, México, 1973.
- Crow, John A., *Mexico Today*, Harper and Row, Nueva York, 1957.
- Cunningham, Alden M., "Mexico's National Security in the 1980s-1990s", en David Ronfeldt, *The Modern Mexican Military: A Reassessment*, Center for U.S.-Mexican Studies, La Jolla, California, 1984.
- D'Amato, Senator Alfonse, "Report on the Mexican Economic Crisis", Washington, D.C., 29 de junio de 1995.
- D'Antonio, William V. y William H. Form, *Influentials in Two Border Cities: A Study in Community Decision-Making*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, 1965.
- Dalessandro, James, "Where are the next revolutions", *Military Electronics/Countermeasures*, (parte 2), vol. 3, diciembre de 1977-enero de 1978.
- Danielson, Wayne A., "El análisis de contenido y la investigación sobre la comunicación", mimeografiado, México, [s.f.].
- Davis, Charles L. y Kenneth M. Coleman, "Political Symbols, Political Decay and Diffuse Support for the Mexican Political System", *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 3, primavera de 1975.
- De la Madrid, Miguel, "Mexico: The New Challenge", *Foreign Affairs*, vol. 66, núm. 1, otoño, 1984.
- De Sola Pool, Ithiel, *The Prestige Papers*, Hoover Institute Studies, Stanford, 1952.
- Deagle Jr., Edwin A., "México y la política de seguridad nacional de los Estados Unidos", en Carlos Tello y Clark Reynolds, *Las relaciones México-Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- Del Villar, Samuel I., "El mercado ilegal de narcóticos en México y Estados Unidos: El fracaso de una política y una alternativa", en Riordan Roett, *México y Estados Unidos. El manejo de la relación*, Siglo XXI, México, 1989.

- Derossi, Flavia, *The Mexican Entrepreneurs*, Development Center of the Organization for Economic Cooperation and Development, París, 1971.
- Donneley, Jack, "International human rights: a regime analysis", *Internationalization*, vol. 40, núm. 3, verano de 1986.
- Douglas, H. Eugene, "The United States and Mexico: Conflict and Comity", *Social Review*, primavera de 1985.
- Douglas, Joyce, "Mexican Journey Family Plan", *U.S. Lady*, octubre de 1960.
- Dunn, Delmer D., *Public Officials and the Press*, Addison-Wesley, Reading, 1969.
- Duverger, Maurice, *Métodos de las ciencias sociales*, Arie, Buenos Aires, 1972.
- Dziedzic, Michael, "Mexico and U.S. Grand Strategy: The Geo-strategic Link to Security and Prosperity", en Bailey y Aguayo, *op. cit.*, 1996.
- , *The Mexican Challenge. Managing Change and Preserving a Strategic Relationship*, Adelphi Papers, Londres, 1989.
- Echeverría, Luis, *IV Informe de Gobierno*, México, Presidencia de la República, 1977.
- Eckstein, Susan, *The Poverty of Revolution, the State and the Urban Poor in Mexico*, Princeton University Press, Princeton, 1977.
- Eisenhower, Dwight D., *Mandate for Change, 1953-1956. The White House Years*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1963.
- , *Waging Peace, 1956-1961. The White House Years*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1965.
- EMW, Carrillo Flores, Antonio, al presidente de México Adolfo López Mateos, y memorándum, 4 de septiembre de 1963.
- Encuesta, "Integración económica y nacionalismo: Canadá, Estados Unidos y México", *Este País*, núm. 1, abril de 1991.
- Encuesta, "Convergencias y divergencias en América del Norte", *Este País*, núm. 14, mayo de 1991a.
- Encuesta, "Opinión sobre Estados Unidos y México", *Este País*, núm. 14, mayo de 1992.
- Engels, Federico, "Letter to J. Bloch, 21-22 September 1890", en Karl Marx y Federico Engels, *Selected Correspondence*, Progress Publishers, Moscú, 1971.
- Eschbach, Cheryl, "Mexico's Relations with Central America: Changing Priorities and Persisting Interest", en Riordan Roett, comp., *Mexico's External Relations in the 1990s*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, Col., 1991.
- Fagen, Richard R., "El petróleo mexicano y la seguridad nacional de Estados Unidos", *Foro Internacional*, octubre-diciembre de 1978.
- Fagen, Richard R. y William Tuohy, *Politics and Privilege in a Mexican City*, Stanford University Press, Stanford, 1972.
- Fauriol, Georges, "Mexico: In a Superpower's Shadow", en Rodney W. Jones y A. Hildreth, *Emerging Powers. Defense and Security in the Third World*, Nueva York, 1986.
- , *The Third Century: U.S. Latin American Policy Choices for the 1990s*, Center for Strategic and International Studies, Washington, D.C., 1988.

- Favela, Margarita y Pilar Morales, "México ante los ojos de Estados Unidos", *Este País*, julio de 1991.
- Fedler, Fred, *An Introduction to the Mass Media*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1978.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores, México, 1976.
- Fox, Jonathan, "How Does Civil Society Thicken? The Political Construction of Social Capital in Rural Mexico", Paper presented to "Government Action, Social Capital Formation and Third World Development", American Academy of Arts and Sciences, Cambridge, Massachusetts, 5 y 6 mayo de 1995.
- , "National Electoral Choices in Rural Mexico", en Laura Randall, comp., *Reforming Mexico's Agrarian Reform*, Sharpe, Armonk, M.E., 1996.
- Fox, Jonathan y Luis Hernández, "Mexico's Difficult Democracy: Grassroots Movements, NGOs and Local Government", *Alternatives*, vol. 17, 1992.
- Foweraker, Joe, "Popular Movements and the Transformation of the System", en Wayne Cornelius, Judith Gentleman y Peter Smith, comps., *Mexico's Alternative Political Futures*, Center for US Mexican Studies UCSD, San Diego, 1989.
- Frederick, Howard H., "North American NGO Computer Networking on Trade and Immigration: Computer Communications in Cross-Border Coalition Building", RAND, DRU-234-FF, marzo de 1993.
- Freeland, Richard, *The Truman Doctrine and the Origins of McCarthyism*, Alfred Knopf, Nueva York, 1975.
- Gabel, Joseph, *Ideologies*, Anthropos París, 1974.
- Galloway, Clark H., "When Communists Take Over", *U.S. News and World Report*, 20 de febrero de 1953.
- Gandhi, Mohandas K., *An Autobiography. The Story of My Experiments with Truth*, Beacon Press, Boston, 1993.
- Ganster, Paul y Alan Sweedler, "U.S. Mexican border region: Implications for U.S. Security", San Diego, abril de 1987 (manuscrito).
- Garten, Jeffrey E., "Gunboat economics", *Foreign Affairs*, vol. 63, núm. 3, 1985.
- , "Trading blocks and the evolving world economy", *Current History*, vol. 88, núm. 534, enero de 1989.
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Alianza Editorial, México, 1988.
- Gentleman, Judith, comp., *Mexican Politics in Transition*, Westview Press, Boulder, Col., 1987.
- Gilder, George, *Wealth and Poverty*, Basic Books, Nueva York, 1981.
- Gill, Stephen R. y David Law, "Global hegemony and the structural power of capital", *International Studies Quarterly*, vol. 33, núm. 4, diciembre de 1989.
- Gleijeses, Piero, *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States*, Princeton University Press, Princeton, Nueva York, 1991.
- Goldmann, Lucien, *The Human Sciences and Philosophy*, Jonathan Cape, Londres, 1969.

- , "The Importance of the Concept of Potential Consciousness for Communication", en Goldmann, *Cultural Creation in Modern Society*, Telos Press, San Louis, 1976.
- , "The Revolt of Arts in Advanced Civilizations", en *Cultural Creation*, Telos Press, San Louis, 1976b.
- , *The Hidden God*, Routledge, Londres, 1977.
- Gomis, Lorenzo, *El medio media. La función política de la prensa*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1974.
- González Casanova, Pablo, *Democracy in Mexico*, Oxford University Press, Nueva York, 1970.
- Gottlieb, Robert e Irene Wolf, *Thinking Big. The Story of The Los Angeles Times, its Publishers, and their Influence on Southern California*, Putnam & Sons, Nueva York, 1977.
- Graham, Lawrence S., *Politics in a Mexican Community*, University of Florida Press, Gainesville, 1968.
- Gramsci, Antonio, *Note sul Machiavelli*, Editori Riuniti, Roma, 1975.
- Grayson, George W., *The Politics of Mexican Oil*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1980.
- , (comp.), *Prospects for Democracy in Mexico*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1990.
- Greenberg, Martin H., *Bureaucracy and Development: A Mexican Case Study*, D.C. Heath, Lexington, 1970.
- Grindle, Merilee S., *Bureaucrats, Politicians, and Peasants in Mexico: A Case Study in Public Policy*, University of California Press, Berkeley, 1977.
- , "Power, Expertise and the 'Tecnico': Suggestions from a Mexican Case Study", *Journal of Politics*, núm. 36, pp. 399-426, mayo de 1977b.
- Grinspun, Ricardo y Maxwell A. Cameron, "NAFTA and the Political Economy of Mexico's External Relations", *Latin American Research Review*, otoño, 1996.
- Haber, Paul Lawrence, "The Art and Implications of Political Restructuring in Mexico: The Case of Urban Popular Movements", en Maria Lorena Cook, Kevin J. Middlebrook y Juan Molinar Horcasitas, comps., *The Politics of Economic Restructuring. State-Society Relations and Regime Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1994.
- Halberstam, David, *The Powers that Be*, Basic Books, Nueva York, 1980.
- Handleman, William S., "How Wars End", *Armed Forces*, 110, pp. 28-29, enero de 1973.
- Hannon, Esther Wilson, "Why Mexico's Foreign Policy Still Irritates the U.S.", *The Backgrounder*, Heritage Foundation, 26 de septiembre, Washington, 1984.
- , 1986, "What the U.S. Should Do as Mexico Heads for Crisis", *The Backgrounder*, Heritage Foundation, 17 de julio, Washington.
- , "Keys to Understanding Mexico: Challenges for the Ruling PRI", *The Backgrounder*, Heritage Foundation, Washington, 7 de abril de 1987.

- Hansen, Roger, *The Politics of Mexican Development*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1971.
- Harrison, John M., "Media, Men and Morality", *The Review of Politics*, abril de 1974.
- Hartz, Louis, *The Liberal Tradition in America*, Harcourt, Nueva York, 1955.
- Harvey, Neil, *Rebellion in Chiapas: Rural Reforms, Campesino Radicalism, and the Limits to Salinismo*, Center for U.S. Mexican Studies, UCSD, San Diego, 1994.
- Heath, Edward Allen, "Mexican Opium Erradication Campaign", A Thesis Presented to the Faculty of the Consortium of the California State University and Colleges, In Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree Master of Public Administration, 1981.
- Hegel, G.W.F., *Philosophy of Right*, Oxford University Press, Oxford, 1942.
- Hellman, Judith, *Mexico in Crisis*, Holmes and Meier (la primera edición apareció en, 1978), Nueva York, 1983.
- Hirales, Gustavo, "La Guerra Secreta, 1970-1978", *Nexos*, junio de 1982.
- Hodges, Donald C., *Mexican Anarchism after the Revolution*, University of Texas Press, Austin de 1995.
- Hoffmann, Stanley, *Gulliver's Troubles or the Setting of American Foreign Policy*, Nueva York, McGraw Hill de 1968.
- Hormats, Robert, "The world economy under stress", *Foreign Affairs*, vol. 64, núm. 3, 1986.
- Horowitz, Irving Louis, ed., *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship between Social Science and Practical Politics*, MIT Press, Cambridge, 1967.
- Hulteng, John, *The Opinion Function*, Harper and Row, Nueva York, 1973.
- Humphrey, Nicholas, *A History of the Mind. Evolution and the Birth of Consciousness*, Harper Perennial, Nueva York, 1993.
- Huntington, Samuel P., "The Change to Change. Modernization, Development, and Politics", *Comparative Politics*, abril de 1971.
- , *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma, 1991.
- Ianni, Francis A.J., *A Family Business. Kinship and Social Control in Organized Crime*, Russell Sage Foundation, Nueva York, 1972.
- International Review Group of Social Science Research on Population and Development, 1979, *Social Science Research for Population Policy, Directions for the 1980s*, El Colegio de México, México.
- Islam, Shafiqi, "Capitalism in conflict", *Foreign Affairs*, vol. 68, núm. 1, 1990.
- Jacobson, Harold, William Reisinger y Todd Mathers, "National entanglements in international governmental organizations", *American Political Science Review*, vol. 80, núm. 1, marzo de 1986.
- James, Daniel, "Showdown in Guatemala", *The New York Leader*, 15 de febrero de 1954.
- , *Mexico and the Americans*, Praeger, Nueva York, 1963.
- Jensen, Jay, "Freedom of the Press: A Concept in Search of a Philosophy", *Social Responsibility of the Newspaper*, Marquette University School of Journalism, Milwaukee, Wisc, 1962.

- Jiménez de Ottalengo, Regina, *Las fuentes de información en México (la prensa como ilustración)*, Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1974.
- Johnson, Kenneth F., *Mexican Democracy: A Critical View*, Allyn and Bacon, Boston, 1971.
- Johnson, Loch K., *America's Secret Power. The CIA in a Democratic Society*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.
- Johnson, Lyndon Baines, *The Vantage Point, Perspectives of the Presidency, 1963-1969*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1971.
- Jordan, Amos y William J. Taylor Jr., *American National Security: Policy and Process*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1984.
- Kauffman Purcell, Susan, "Decision-Making in an Authoritarian Regime: Theoretical Implications from a Mexican Case Study", *World Politics*, octubre de 1973.
- , *The Mexican Profit-Sharing Decision. Politics in an Authoritarian Regime*, University of California Press, Berkeley, 1975.
- , "The Prospects for Political Change in Mexico", ponencia presentada en la conferencia "Intereses estadounidenses en México: Programa para la Próxima Década", Washington, D.C., 21 y 22 de agosto de 1986.
- Kayser, Jacques, *El periódico. Estudios de morfología, metodología y prensa comparada*, CIESPAL, Quito, 1966.
- Kennan, George, "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs*, julio de 1947.
- Keohane, Robert O. y Joseph S. Nye Jr., "Transgovernmental relations and international organizations", *World Politics*, vol. 27, núm. 1, octubre de 1974.
- , *Power and Interdependence. World Politics in Transition*, Little, Brown and Company, Boston de 1977.
- Kristol, Irving, "The Underdeveloped Profession", *The Public Interest*, invierno.
- LaFeber, Walter y Richard Polenberg, *The American Century*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1975.
- LaFeber, Walter, *America, Russia and the Cold War, 1945-1975*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1976.
- Laffer, Arthur y Jan P. Seymour, *The Economics of the Tax Revolt*, Harcourt, Nueva York, 1979.
- Lagos, Ricardo, "The Old Model and Its Abandonment", *The Development of Development Thinking*, Development Center for the Organization of Economic Cooperation and Development, París, 1977.
- Latell, Brian, *Mexico at the Crossroads: The Many Crises of the Political System*, Hoover Institution, Palo Alto, 1986.
- Lerner, Daniel, 1958, *The Passing of Traditional Society. Modernizing the Middle East*, The Free Press, Glencoe, Ill., 1967.
- Levin, Harry, "Some Meanings of Myth", en Henry Murray, comp., *Myth and Myth-making*, Beacon Press, Boston, 1960.
- Levy, Daniel C., *University and Government in Mexico: Autonomy in an Authoritarian System*, Praeger, Nueva York, 1980.

- , y Gabriel Székely, *Mexico: Paradoxes of Stability and Change*, Westview Press, Boulder, Col., 1983.
- , "The Political Consequences of Changing Socialization Patterns", en Roderic Camp, comp., *Mexican Political Stability: The Next Five Years*, Westview Press, Boulder, Col., 1986.
- Lewis, Oscar, *The Children of Sanchez*, Vintage Books, Nueva York, 1963.
- Lieuwen, Edwin, *Mexican Militarism*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1968.
- Linn, Mayor Tom (USMC), "Mexico and the United States: Recognition at Last", *Defense and Foreign Affairs*, diciembre de 1984.
- Linz, Juan, "An Authoritarian Regime: Spain", en Erik Allardt y Yrjö Littunen, comps., *Cleavages, Ideologies and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology*, Turku, Abo Eidnings. Tryckeri Arktibolag, 1964.
- Lippmann, Walter, *Public Opinion*, The MacMillan Co., Nueva York, 1957.
- Lipset, Seymour Martin, *Political Man. The Social Bases of Politics*, Anchor Books, Garden City, Nueva York, 1963.
- Logfren, Charles A., "Force and Diplomacy, 1846-1848: The view from Washington", *Military Affairs*, núm. 31, verano de 1967.
- Loneragan, Bernard, S.J., *Insight: A Study of Human Understanding*, Philosophical Library, Nueva York, 1970.
- Loory, Stuart, "The CIA's Use of the Press: A 'Mighty Writter'", *Columbia Journalism Review*, septiembre-octubre, 1974.
- López, Arturo et al., *Geografía de las elecciones presidenciales en México. 1988*, Fundación Arturo Rosenblueth, México, 1988.
- López Portillo, José, *Sexto Informe de Gobierno*, Presidencia de la República, México, 1982.
- Lowenthal, Abraham, *Exporting Democracy. The United States and Latin America*, Baltimore, Md. Johns Hopkins University Press, 422 p., 1991.
- Lustig, Nora, "The Mexican Peso Crisis: The Foreseeable and the Surprise", Washington, D.C., Brookings Discussion Papers in International Economics, junio de 1995.
- Mabry, Donald, *Mexico's Acción Nacional: A Catholic Alternative to Revolution*, Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York, 1973.
- , *The Mexican University and the State: Student Conflicts, 1910-1971*, College Station, Texas A & M Press, 1982.
- MacLuhan, Marshall, "Myth and Mass Media", en Murray, op. cit., 1960.
- Mannheim, Karl, *Ideology and Utopia*, Harcourt, Nueva York, 1945.
- Marcellesi, Jean Baptiste y Bernard Gardin, *Introduction à la sociolinguistique, la linguistique sociale*, Librairie Larousse, París, 1974.
- Marcus, John T., "The World Impact of the West: The Mystique and the Sense of Participation in History", en Murray, op. cit., 1960.
- Marcuse, Herbert, *One-Dimensional Man. Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Beacon Press, Boston, 1968.

- Margiotta, Franklin D., "Civilian Control and the Mexican Military: Changing Patterns of Political Influence", en Claude E. Welch Jr., comp., *Civilian Control of the Military: Theory and Cases from Developing Countries*, State University of New York Press, Albany, 1976.
- Marx, Carlos, *El capital, crítica de la economía política*, vol. 1, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.
- Marx, Karl y Federico Engels, *The Holy Family, or Critique of Critical Criticism, Against Bruno Bauer and Company*, Progress Publishers, Moscú, 1975.
- Masset, Pierre, *Les 50 Mots-cles du Marxisme*, E. Privat, Toulouse, 1970.
- Matthews, Herbert L., *Fidel Castro*, Simon and Schuster, Nueva York, 1969.
- Maxfield, Sylvia, comp., *Government and the Private Sector in Contemporary Mexico*, University of California, San Diego, Mexico-U.S. Studies Center, La Jolla, 1987.
- McCaughan, Edward y Peter Baird, "Harvest of Anger. Agro-imperialism in Mexico's Northwest", *NACLA's Latin America and Empire Report*, vol. X, núm. 6, julio-agosto de 1976.
- Medina, Luis, *Civilismo y modernización del autoritarismo*, El Colegio de México, México de 1979.
- Melzer, Richard, "The Ambassador Simpático: Dwight Morrow in Mexico, 1927-1930", en C. Neale Ronning y Albert P. Vannucci, comp., *Ambassadors in Foreign Policy*, Praeger, Nueva York de 1987.
- Menges, Constantine, *Inside the National Security Council. The true story of the making and unmaking of Reagan's foreign policy*, Simon and Schuster, New York, 418 p., 1988.
- Merrill, John C. y Harold A. Fisher, *The World's Great Dailies: Profiles of 50 Elite Newspapers*, Hasting House Publishers, Nueva York, 1980.
- Meyer, Lorenzo, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, El Colegio de México, segunda edición, México, 1972.
- , *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, El Colegio de México, México, 1973.
- , "El auge petrolero y las experiencias mexicanas disponibles. Los problemas del pasado y la revisión del futuro", *Foro Internacional*, vol. XVIII, núm. 4, abril-junio de 1978.
- , *The Mexican Revolution and the Anglo-American Powers: The End of Confrontation and the Beginning of Negotiation*, Center for U.S.-Mexican Studies, La Jolla, 1985.
- , *Su majestad británica contra la Revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, El Colegio de México, México, 1991.
- Middlebrook, Kevin, "Dilemmas of Change in Mexican Politics", *World Politics*, núm. 41, octubre, pp. 120-141, 1988.
- y Juan Molinar, comp., *The Politics of Economic Restructuring. State-Society Relations and Regime Change in Mexico*, Center for US Mexican Studies UCSD, San Diego, 1994.

- , *The Paradox of Revolution. Labor, the State, and Authoritarianism in Mexico*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995.
- Milliband, Ralph, *El estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, México, 1978.
- Mills, Wright, *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- Minnesota Advocates for Human Rights, *Conquest Continued. Disregard for Human and Indigenous Rights in the Mexican State of Chiapas*, Minnesota Advocates for Human Rights, Minneapolis, 1992.
- , *Civilians at Risk: Military and Police Abuses in the Mexican Countryside*, World Policy Institute at the NSSR, Nueva York, 1993.
- Mitchelmore, Maj. Garry E., "The other side of the border", *Airman*, núm., 19, enero de 1975.
- Montemayor, Carlos, *Guerra en el paraíso*, Diana, México de 1991.
- New Perspectives Quarterly*, "North American Free Trade: Mexico's route to upward movility (interview with Carlos Salinas de Gortari)", *New Perspectives Quarterly*, vol. 8, núm. 1, invierno de 1991.
- New York Times*, "Conflict-of-interest policy", julio, fotocopia de 1986.
- Mkandawire, Thandika, "The Adjustment Debacle and Democratic Consolidation in Africa", ponencia presentada en la conferencia "Winners and Losers in Neo-Liberal Experiments: Toward More Equitable Development", Universidad de Princeton, 8-9 de diciembre de 1995.
- Montalvo, Enrique, *El nacionalismo contra la nación*, Editorial Grijalbo, México, 1985.
- Monteforte Toledo, Mario, *Literatura, ideología y lenguaje*, Editorial Grijalbo, México, 1976.
- Moorer Thomas H. y Georges A. Fauriol, *Caribbean Basin Security*, Praeger, Nueva York, 1984.
- Morris, Stephen D., *Corruption and Politics in Contemporary Mexico*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1991.
- Mosk, Sanford A., *Industrial Revolution in Mexico*, University of California Press, Berkeley, 1954.
- Moynihan, Daniel P., "The Presidency and the Press", *Commentary*, marzo de 1971.
- Murray, Henry A., "The Possible Nature of a 'Mithology' to Come", en Henry A. Murray, *op. cit.*, 1960.
- NACLA, "A New Stage in the Mexican Struggle: Interview with a Political Exile", *NACLA's Latin America and Empire Report*, vol. VI, núm. 3, marzo de 1972.
- Needler, Martin, "The Political Development of Mexico", *American Political Science Review*, núm. 55 (junio), pp. 308-312, 1961.
- Needleman, Carolyn y Martin Needleman, "Who Rules Mexico? A Critique of Some Current Views of the Mexican Political Process", *Journal of Politics*, núm. 31, noviembre, pp. 1011-1134, 1969.
- Neuchterlein, Donald E., *America Overcommitted. U.S. National Interests in the 1980's*, Kentucky University Press, Knoxville, 1985.
- Nixon, Richard, *The Memoirs of Richard Nixon*, Grosset and Dunlap, Nueva York, 1978.

- O'Donnell, Guillermo, "Apuntes para una teoría del Estado", *Revista Mexicana de Sociología*, 4, octubre-diciembre de 1978.
- Orme, Jr., William A., *Continental Shift: Free Trade and the New North America*, The Washington Post Company, Washington, D.C., 1993.
- Ottinger, John C. y Patrick D. Mainess, "Is it true what they say about *The New York Times*?", *National Review*, 15, septiembre de 1972.
- Packenham, Robert A., *Liberal America and the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1973.
- , "The New Utopianism: Political Development Ideas in the Dependency Literature", The Wilson Center, Washington, D.C., 29 de septiembre de 1978.
- Padgett, L. Vincent, *The Mexican Political System*, Houghton-Mifflin, Boston, 1966.
- Padgett, Tim, "Confessions of a Gringo Correspondent: 'Salinas fooled me too'", Paper, Wabash College, 16 p., 15 de febrero de 1996.
- Page, Joseph A., *The Revolution that Never Was. Northeast Brazil, 1955-1964*, Grossman, Nueva York, 1972.
- Paredes, Raymond, "The Image of the Mexican in American Literature", tesis doctoral, University of Texas at Austin, 1973.
- Pastor, Robert A. y Jorge G. Castañeda, *Limits to Friendship. The United States and Mexico*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1988.
- , "Salinas takes a gamble", *The New Republic*, 10 y 17 de septiembre de 1990.
- Pellicer, Olga, *México y la Revolución cubana*, El Colegio de México, México, 1972.
- y Esteban L. Mancilla, *El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador*, El Colegio de México, México, 1978.
- Petrusenko, Vitalii, *The Monopoly Press*, The International Organization of Journalists, Praga, 1976.
- Piccone, Paul, "Introduction", en Andrew Arato y Eike Gebhardt, comps., *The Essential Frankfurt School Reader*, Urizen Books, Nueva York, 1978.
- Piñeyro, José Luis, *El ejército mexicano: pasado y presente*, UAM-A y UAP, México, 1987.
- Plamenatz, John, *Ideology*, Praeger, Nueva York, 1970.
- Portes, Alejandro, "Legislatures under Authoritarian Regimes: The case of Mexico", *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 5, otoño, 1977.
- Poulantzas, Nicos, *Political Power and Social Classes*, New Left Books, Londres, 1975.
- Pratt, Raymond B., "The Underdeveloped Political Science of Development", *Studies in Comparative International Development*, núm. 8, 1973.
- Reagan, Ronald, *Discurso del presidente Reagan sobre Centroamérica en la sesión conjunta del Congreso, el 27 de abril de 1983*. Servicio informativo y cultural de la E.U. de América, 16 p., 1983.
- Reed, Fred, "Fading Away in Mexico", *Air Force Times*, 17 de septiembre de 1979.
- Rees, David, "Texas, Buena Vista, and the Mexican War", *Royal United Service Institution Journal*, núm. 105, noviembre de 1960.
- Reuter, Peter y David Ronfeldt, *Quest for Integrity: The Mexican-U.S. Drug Issue in the 1980s*, The RAND Corporation, Santa Mónica de 1992.

- Reyes Heróles, Federico, *50 preguntas a los candidatos. Elecciones mexicanas del 21 de agosto de, 1994*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Reyna, José Luis y Richard Weinert, *Authoritarianism in Mexico*, Institute for the Study of Human Issues, Filadelfia, 1977.
- Riding, Alan, *Vecinos distantes*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1985.
- Rippy, J. Fred, *The United States and Mexico*, Crofts, Nueva York, 1931.
- Rodinson, M., "Sociologie Marxiste et Ideologies Marxiste", *Diogene* 64 (octubre-diciembre de 1968).
- Rodman, Selden, *Mexican Journal: The Conquerors Conquered*, Devin Adair, Nueva York, 1958.
- Roett, Riordan, "The Mexican Devaluation and the U.S. Response: Potomac Politics, 1995-Style", en Riordan Roett, comp., *The Mexican Peso Crisis. International Perspectives*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, Col., 1996.
- Ronald, *Discursos sobre Centroamérica en la Sesión Conjunta del Congreso*, Servicio Informativo y Cultural de Estados Unidos, 27 de abril de 1983.
- Ronfeldt, David, *Atencingo, the Politics of Agrarian Struggle in a Mexican Ejido*, Stanford University Press, Stanford, 1973.
- , "The Mexican Army and Political Order since, 1940", en Abraham F. Lowenthal, comp., *Armies and Politics in Latin America*, Holmes and Meier, Nueva York, 1976.
- , Richard Nehring y Arturo Gándara, *Mexico's Petroleum and U.S. Policy: Implications for the, 1980s. Prepared for the U.S. Department of Energy*, The Rand Corporation, junio, Santa Mónica, 1980.
- , *Geopolitics, Security, and U.S. Strategy in the Caribbean Basin*, The Rand Corporation, Santa Mónica, 1983.
- , (comp.), *The Modern Mexican Military*, University of California, San Diego, U.S.-Mexico Studies Center, La Jolla, Cal., 1984.
- , "Institutions, Markets, and Networks: A Framework About the Evolution of Societies", RAND, DRU-590-FF, diciembre de 1993.
- Roosevelt, Kermit, *Countercoup. The Struggle for the Control of Iran*, McGraw-Hill, Nueva York, 1979.
- Ross, Stanley R., "Introduction", en Stanley R. Ross, comp., *Is the Mexican Revolution Dead?*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1966.
- Roxborough, Ian, *Unions and Politics in Mexico: The Case of the Automobile Industry*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1986.
- Russo, Daniel, L. Lieutenant Colonel, U.S. Air Force, *Conflict on Mexico's Other Border. A Challenge for United States Political and Military Relations*, Miami, 1985.
- Sachs, Ignacy, "The Logic of Development", *International Social Science Journal*, vol. XXIV, núm. 1, 1972.
- Salisbury, Harrison E., *Without Fear or Favor. The New York Times and its Times*, Times Books, Nueva York, 1980.

- Sandbrook, Richard, "The 'Crisis' in Political Development Theory", *Journal of Development Studies*, vol. 12, núm. 2, enero de 1976.
- Sanders, Sol, *Mexico: Chaos On Our Doorstep*, Madison Books, Lanham, Maryland, 1986.
- , "Crisis Looms Down Mexico Way", *Pacific Defense Reporter*, abril de 1987.
- Sanderson, Steven, *Agrarian Populism and the Mexican State*, University of California Press, Berkeley, Cal., 1981.
- Sanderson, Susan Walsh, *Land Reform in Mexico: 1910-1980*, Academic Press, Orlando, Florida, 1984.
- Sauer, Franz A. von, *The Alienated "Loyal" Opposition. Mexico's Partido Accion Nacional*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1974.
- Schlesinger, Jr., Arthur M., *A Thousand Days. John F. Kennedy in the White House*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1965.
- Schmitt, Karl, *Communism in Mexico Today*, University of Texas Press, Austin, 1965.
- Schoultz, Lars, "The Carter Administration and Human Rights", en Margaret E. Crahan, comp., *Human Rights and Basic Needs in the Americas*, Georgetown University Press, Washington, D.C., 1982.
- , *National Security and United States Policy toward Latin America*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1987.
- Scott, Robert E., *Mexican Government in Transition*, University of Illinois Press, Urbana, 1959.
- , "Politics in Mexico", en Gabriel Almond y G. Bingham Powell, comp., *Comparative Politics Today: A World View*, Little Brown, Boston, 1980.
- SDN, Secretaría de la Defensa Nacional, "Informe final de los delegados que sostienen las pláticas conjuntas de Estados Mayores de México y Estados Unidos" (secreto), 27 de marzo de 1945.
- SRE, Secretaría de Relaciones Exteriores, *México en la Décima Conferencia Internacional Americana*, México, 1958.
- Seers, Dudley, "What are we Trying to Measure?", *Development Digest*, vol. XI, núm. 1, 1973.
- Segovia, Rafael, *Lapidaria política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Selltiz, Claire, Lawrence S. Wrightsman y Stuart W. Cook, *Research Methods in Social Relations*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York, 1976.
- Shafer, Robert J., *Mexican Business Organizations*, Syracuse, Syracuse University Press, Nueva York, 1973.
- Shaff, Adam, *Sociología e Ideología*, Anthropos, Barcelona, 1969.
- Shapiro, Helen, "NACLA Reminiscences. An Oral History", en NACLA, septiembre-octubre de 1981.
- Shils, Edward, "Ideology", *International Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol. 7. Macmillan, Nueva York, 1968.
- Siebert, Fred S. et al., *Four Theories of the Press*, University of Illinois Press, Urbana, 1963.

- Sigal, León V., *Reporters and Officials*, D.C. Heath Company, Lexington, 1973.
- Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions: a Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Nueva York, 1979.
- Smith, Brian H., "U.S.-Latin American Military Relations. Since World War II: Implication for Human Rights", en Margaret E. Crahan, *op. cit.*, 1982.
- Smith, David G., "Liberalism", *International Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol. 9. Macmillan, Nueva York, 1968.
- Smith, Jr., Dwight, *The Mafia Mystique*, Basic Books, Nueva York, 1975.
- Smith, Peter H., *Labyrinths of Power: Political Recruitment in Twentieth Century Mexico*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1979.
- , "Leadership and Change, intellectuals and technocrats in Mexico", en Camp, *op. cit.*, 1986.
- Smith, Phillip R., "Amigos-Americans All," *Soldiers*, núm. 26, septiembre de 1971.
- Solís, Leopoldo, "La política económica y el nacionalismo mexicano", *Foro Internacional*, vol. IX, enero-marzo de 1969.
- Sorel, Georges, *Reflections on Violence*, Collier Books, Nueva York, 1961.
- Spengler, Joseph H., "Bureaucracy and Economic Development", en Joseph Lapolombara, ed., *Bureaucracy and Political Development*, Princeton University Press, Princeton, 1965.
- Spero, Joan, "Guiding global finance", *Foreign Policy*, núm. 73, invierno de 1988.
- Stanley Foundation, *U.S. Policy Toward Mexico. U.S. Foreign Policy Conference*, 1986. *Report Excerpt*, Muscatine, The Stanley Foundation, octubre de 1986.
- Stevens, Evelyn, P., *Protest and Response in Mexico*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1974.
- Stone, Philip J., *The General Inquirer. A Computer Approach to Content Analysis*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1966.
- Story, Dale, *Industry, the State, and Public Policy in Mexico*, University of Texas Press, Austin, 1986.
- Summers Jr., Harry G., *On Strategy. A Critical Analysis of the Vietnam War*, Presidio Press, Novato, Cal., 1982.
- Sunkel, Osvaldo, "The Development of Development Thinking", *The Development of Development Thinking*, Development Center for the Organization of Economic Cooperation and Development, París, 1977.
- Swan III, Capt. Guy C. et al., "Scott's Engineers", *Military Review*, núm. 63, marzo.
- Talese, Gay, 1969, *The Kingdom and the Power*, The New American Library, Nueva York, 1983.
- , *Honor Thy Father*, World Publishing, Times Mirror, Nueva York, 1971.
- Tannenbaum, Frank, "Some Reflections on the Mexican Revolution", en Stanley R. Ross, *op. cit.*, 1966.
- Taylor, John M., "Lt. Grant and the Missing Money", *Army*, 32, pp. 67-68, febrero de 1982.
- Teichman, Judith A., *Policymaking in Mexico: From Boom to Crisis*, Allen and Unwin, Boston, 1988.

- Tello Díaz, Carlos, *La rebelión de las cañadas*, Cal y Arena, México, 1995.
- Thorup, Cathryn L., "Redefining Governance in North America: The Impact of Cross-Border Networks and Coalitions on Mexican Immigration into the United States", RAND, DRU-257-FF, marzo de 1993.
- y Robert L. Ayres, "Central America: The Challenge to United States and Mexican Foreign Policy", U.S.-Mexico Project Series, núm. 8, Washington, D.C., Overseas Development Council, julio de 1982.
- Treverton, Gregory V., "Los narcóticos en la relación de México y Estados Unidos", en Riordan Roett, *México y Estados Unidos. El manejo de la relación*, Siglo XXI, México, 1989.
- Truman, Harry S., *Memoirs, Volume One. Year of Decision*, Garden City, Doubleday and Company, Nueva York, 1955.
- , *Memoirs, Volume Two. Years of Trial and Hope*, Doubleday and Company, Garden City, Nueva York, 1956.
- Tucker, William P., *The Mexican Government Today*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1957.
- Tuohy, William S. y Barry Ames, *Mexican University Students in Politics: Rebels Without Allies?*, University of Denver, Monograph Serie World Affairs, Denver, 1970.
- Vance, Cyrus, *Hard Choices. Critical Years in America's Foreign Policy*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983.
- Vázquez, Josefina Zoraida y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-1980*, El Colegio de México, México, 1982.
- , "Cultural Linkages: A Mexican View", *The Mexican Forum*, The University of Texas at Austin, vol. 4, núm. 1, enero de 1984.
- , "Teaching and Research in Mexico on United States History", en Lewis Hanke, comp., *Guide to the Study of United States History outside the U.S., 1945-1980*. Volume III, White Plains, Kraus International Publications, Nueva York, 1985.
- Vernon, Raymond, *The Dilemma of Mexico's Development. The Roles of the Private and Public Sectors*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1963.
- Virden, John M., "Destiny and Glory", *Army, Navy, Air Force Register*, núm. 78, 19 de enero de 1957.
- Wager, Stephen J., "The Mexican Army, 1940-1982: The Country Comes First", tesis doctoral, Universidad de Stanford, 1992.
- y Donald E. Schulz, *The Awakening: The Zapatista Revolt and Its Implications for Civil-Military Relations and the Future of Mexico*, U.S. Army War College, Carlisle Barracks, Pa., 1994.
- Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System I. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Academ Press, Nueva York, 1974.
- Walton, Richard, *Cold War and Counterrevolution*, Penguin Books, Baltimore, 1973.
- Wanniski, Jude, *The Way the World Works*, Basic Books, Nueva York, 1978.

- Washington Office on Latin America and Mexican Academy of Human Rights, *The 1994 Mexican Election: A Question of Credibility*, D.C. WOLA, Washington, 1994.
- Weber, Max, *From Max Weber: Essays in Sociology* (compilados por H.H. Gerth y C. Wright Mills), Oxford University Press, Londres y Nueva York, 1946.
- Weiss Fagen, Patricia, "The United States and International Human Rights, 1946-1977", *Universal Human Rights*, vol. 2, núm. 3, julio-septiembre de 1980.
- Wendt, Lloyd, *Chicago Tribune. The Rise of a Great American Newspaper*, Rand McNally, Chicago de 1979.
- Whines, David K., "The Measurement of Comparative Development -A Survey and Critique", *The Journal of Modern African Studies*, vol. 12, núm. 1, 1974.
- Whitehead, Lawrence, "Mexico from Bust to Boom: A Political Evaluation of the 1976-1979 Stabilization Program", *World Development*, núm. 8, 1980.
- , "México y la hegemonía de Estados Unidos: pasado, presente y futuro", en Riordan Roett, comp., *Las relaciones de México con el mundo, Siglo XXI, México*, 1991.
- Williams, Edward J., *The Evolution of the Mexican Military and its Implications for Civil-Military Relations, In Mexico's Political Stability: The Next Five Years*, Westview Press, Boulder, Col., 1986.
- Williams, William A., *The Great Evasion*, New Viewpoints, Nueva York, 1974.
- Wilson, Michael G., "The security component of U.S.-Mexico relations", *The Backgrounder*, 26 de enero, Washington, D.C., 1989.
- Wionczek, Miguel S., *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, Siglo XXI, México, 1967.
- Wolfe, Alan, "Sociology, Liberalism, and the Radical Right", *New Left Review*, núm. 128, julio-agosto de 1981.
- Womack, John, *Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1969.
- Wyden, Peter, *The Bay of Pigs. The Untold Story*, Simon & Schuster, Nueva York, 1979.
- Zamba, Michael, "Mexican political machine", *Journal of Defense and Diplomacy*, vol. 6, junio de 1988.
- Zelman, Donald L., "American Intellectual Attitudes Toward Mexico, 1908-1940", tesis doctoral, Ohio State University, 1969.
- Zolberg, Aristide, Astri Shurke y Sergio Aguayo, *Escape from Violence*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.

B. Documentos oficiales de Estados Unidos y de organismos internacionales

Central Intelligence Agency (CIA)

CIA, "México", SR-18, 24 de enero de 1951.

CIA, "Survey of Latin America", 1 de abril de 1964.

- CIA, "Some Political and Economic Problems Arising from State Enterprise in Latin America", 15 de enero de 1965.
- CIA, "The Role of Public Opinion in Latin American Political Stability", 13 de mayo de 1965b.
- CIA, "Security Conditions in Mexico", Special National Intelligence Estimate Number 81-66, 7 de abril de 1966.
- CIA, "Security Conditions in Mexico and Elsewhere in Latin America", 6 de mayo de 1966b.
- CIA, "Mexico: The Problems of Progress", 20 de octubre de 1967.
- CIA, "Developments Relative to President Johnson's Trip to Mexico", 25 de octubre de 1967b.
- CIA, "Mexico's Tenuous Policy Toward Foreign Investment", Washington, D.C., memorándum, noviembre de 1973.
- CIA, "Mexican Economic Situation", octubre de 1976.
- CIA, "Policy Guidelines for the Incoming Administration of President-elect José López Portillo", Intelligence Information Cable, Directorate of Operations, 27 de octubre de 1976a.
- CIA, "The Forces for Change in Mexican Foreign Policy", junio de 1977.

Central Intelligence Group (CIG)

- CIG, "Soviet Objectives in Latin America", 10 de abril de 1947.

Department of the Army (DA)

- DA, Plans and Operations Divisions, General Staff, "Defense Plan for the Continental United States (DA-DPI-49)", Washington, D.C., 4 de abril de 1949.

Department of the Air Force (DAF)

- DAF, Coronel T.E. Holland, "Memorandum for Cor. R.P. Grenshaw, Jr. Outline Plan of Operations for Mexico", Washington, 9 de septiembre de 1955.

Department of Defense (DOD)

- DOD, "Interests of Department of Defense in Development of Mexican Oil", memorándum de Spiegel a Moline, 2 de agosto de 1950.
- DOD, "US Policies toward Latin America Military Forces", 25 de febrero de 1965.

Department of State (DOS)

- DOS, Scoville a F.R. Marttin, Record Group 59, 15 de marzo de 1925.
- DOS, Carta del embajador [de Estados Unidos en México] George Messersmith a E.L. James del NYT, NAW, RG59, 5 de agosto de 1944.
- DOS, "A Report to the National Security Council on US Policy Regarding Anti-Communist Measures which Could be Planned and Carried Out within the Inter-American System", 28 de junio de 1948.

- DOS, "A Mexican Oil Loan", memorándum de Dean Acheson al presidente, 30 de enero de 1950.
- DOS, "Policy Statement. Mexico", Washington, D.C., 1^o de octubre de 1951.
- DOS, "Latin America and US Policy", Washington, D.C., 11 de diciembre de 1952.
- DOS, embajador Francis White, "Letter to the President", México, D.F., 29 de agosto de 1955.
- DOS, "Outline Plan of Operations for Mexico", Washington, D.C., 13 de enero de 1956.
- DOS, "Memorandum for the President. Visit to Acapulco, México, febrero, 19-20 de, 1959", Washington, D.C., 14 de febrero de 1959.
- DOS, "Basic and Continuing Specific Themes for Latin America and the World at Large", Johnson Library, Vice Presidential Security File, NSC, 1961.
- DOS, "Brookings' Paper on Political Development", 2 de mayo de 1961a.
- DOS, "Fourth Regional Operations Conference, Lima, Peru", 10 de octubre de 1961b.
- DOS, "Fifth Regional Operations Conference. San José, Costa Rica, 16-18 de octubre de, 1961", 16 de octubre de 1961c.
- DOS, Carta del embajador Thomas Mann a Robert M. Sayre, Officer in Charge, Mexican Affairs, 8 de enero de 1962.
- DOS, "Current Situation in Mexico", memorándum de Woodward a la Secretaría, 16 de enero de 1962a.
- DOS, Amembassy Mexico City, "Sino-Soviet Rivalry in Latin America", memorándum, 12 de febrero de 1963.
- DOS, Rostow, Walt W., "A Strategy for Mexico", memorándum, 2 de septiembre de 1963a.
- DOS, Rostow, Walt W. to the President of the U.S., memorándum, 18 de septiembre de 1963b.
- DOS, "Mexican Policy Toward the Chinese Communists, Background Paper for the Meeting of President Johnson and López Mateos in California, February 20-22, 1964", 14 de febrero de 1964.
- DOS, "Memorandum for Mr. Bundy", 18 de febrero de 1964b.
- DOS, "Visit by General Charles de Gaulle to Mexico, March 16-19, 1964", 26 de marzo de 1964c.
- DOS, "Memorándum de Conversación entre Presidente Lindon B. Johnson, Presidente electo Gustavo Díaz Ordaz, Embajador Antonio Carrillo Flores y Thomas C. Mann, Parte II de II", 12 de noviembre de 1964d. El texto fue publicado íntegramente en Carlos Puig, "Díaz Ordaz proponía a Johnson aceptar divergencias menores", *Proceso*, 24 de junio de 1996.
- DOS, "Latin American Relations with Communist Governments", 18 de enero de 1965.
- DOS, "The Popular Socialist Party (PPS) and Vicente Lombardo Toledano", 8 de mayo de 1965b.
- DOS, "Conversation between Presidents Johnson and Díaz Ordaz, Los Pinos, Mexico City", 14 y 15 de abril de 1966.

- DOS, "Reaction to the President's Visit to Mexico", 13 de mayo de 1966b.
- DOS, "Report of the Student Unrest Study Group", Memorandum from Ambassador-at-Large to the Secretary, 17 de enero de 1969.
- DOS, "Student Violence and Attitudes in Latin America", INR Working Draft, 3 de septiembre de 1969b.
- DOS, *Department of State Bulletin*, 5 de mayo de 1975.
- DOS, "Economic Trend Report-Mexico-CERP-0004", Amembassy Mexico to Department of State, 13 de julio de 1976.
- DOS, "Government of Mexico External Borrowing", Cable from Lucey to Secretary of State, september de 1977.
- DOS, "Human Rights Practices in Countries Receiving U.S. Security Assistance", Report Submitted to the Committee on International Relations, House of Representatives, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1977a.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices", Report Submitted to the Committee on International Relations, House of Representatives, and Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1978.
- DOS, "Reports on Human Rights Practices in Countries Receiving U.S. Aid", Report Submitted to the Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, and Committee on International Relations, U.S. House of Representatives, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1979.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1979", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, U.S. House of Representatives, and Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1980.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, U.S. Senate, and Committee on Foreign Relations, House of Representatives, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1981.
- DOS, *The Planetary Production in, 1980*, Washington, Bureau of Public Affairs, 1981b.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1981", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, U.S. House of Representatives, and Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1982.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1982", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, U.S. Senate, and Committee on Foreign Relations, House of Representatives, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1983.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1983", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives, and Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1984.

- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1984", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, U.S. Senate, and Committee on Foreign Relations, House of Representatives, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1985.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1985", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives, and Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1986.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1986", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, U.S. Senate, and Committee on Foreign Relations, U.S. House of Representatives, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1987.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1987", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives, and Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1988.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1988", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, U.S. Senate, and Committee on Foreign Relations, U.S. House of Representatives, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1989.
- DOS, "Country Reports on Human Rights Practices for, 1989", Report Submitted to the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives, and Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1990.
- DOS, "Cable from John Negroponte to Assistant Secretary Bernard Aronson", abril de 1991.

Joint Chiefs of Staff (JCS)

- JCS, "To determine what the U.S. Should do to Better its World Position vis-a-vis the Soviet Bloc", (Confidential) memorandum, 15 de septiembre de 1954.
- JCS, N.F. Twining, Chairman, "Memorandum for the Secretary of Defense, JCSM-52-59. Subject: U.S. Policy Toward Latin America (NSC-5902)", Washington, 1959.

Joint Intelligence Committee (JIC)

- JIC, "Joint Basic War Plan -Mexico", Reference, JIS 248/M, Washington, D.C., 29 de abril de 1946.

Joint Intelligence Service (JIS)

- JIS, 248/M, "Report by the Joint Intelligence Committee, Basic War Plan, Mexico", Washington, D.C., 29 de abril de 1946.

Joint Strategic Plans Committee (JSPC)

JSPC, "Estimates of Probable Developments in the World Political Situation up to, 1957", 11 de diciembre de 1947.

National Security Council (NSC)

NSC-16, "A Report to the National Security Council on U.S. Policy Regarding Anti-Communist Measures which Could be Planned and Carried Out within the Inter-American System", 28 de junio de 1948.

NSC-29, Department of the Army, "A Report to the National Security Council on Security of Strategically Important Industrial Operations in Foreign Countries", 26 de agosto de 1948b.

NSC-56, Secretary of Defense, "Report to the National Security Council on US Policy Concerning Military Collaboration Under the Inter-American Treaty of Reciprocal Assistance," 31 de agosto de 1949.

NSC-144, "United States Objectives and Courses of Action with Respect to Latin America", 4 de marzo de 1953 (mecanografiado).

NSC-144, "Note by the Executive Secretary to the National Security Council on United States Objectives and Courses of Action with Respect to Latin America", 4 de marzo de 1953b.

NSC-144/1, "A Report to the National Security Council. United States Objectives and Courses of Action with Respect to Latin America", Washington, D.C., 18 de marzo de 1953c.

NSC-68, 1954, "A Report to the National Security Council by the Executive Secretary on United States Objectives and Programs for National Security", Publicado en *Naval War College Review*, mayo-junio, 1975.

NSC, "The Mexican Float—Many Unanswered Questions", Memorandum for Brent Scowcroft from Robert Hormats, 14 de septiembre de 1976.

NSC PRM-41, "Presidential Review Memorandum NSC-41: Review of U.S. Policies Toward Mexico", Washington, D.C., 21 de noviembre de 1978.

NSC, Documento publicado por el *New York Times*, 7 de abril de 1984.

Federal Reserve (FR)

FR, "Possible increase in swap line with Bank of Mexico". From Arthur L. Broida to Federal Open Market Committee, 13 de agosto de 1975.

FR, "Comments on the Mexican Program in the Light of Recent Developments", Prepared by Yves Maroni, Division of International Finance, 8 de octubre de 1976.

FR, "\$800 million loan to Mexico", From R. H. Mills, Jr., to Mr. Gemmill, 19 de octubre de 1976.

FR, "Executive Session November 16, 1976. Tape 6", versión estenográfica, Biblioteca Gerald F. Ford, 1976.

Secretary of the Treasury (ST)

ST, "Trip to Chile, Brazil and Mexico", Memorandum for the President from the Secretary of the Treasury William E. Simon, 24 de mayo de 1976.

ST, "Financial Arrangements with Mexico", Memorandum for the President from the Secretary of the Treasury William E. Simon, 20 de septiembre de 1976a.

U.S. Army

U.S. Army, "The Mexican-War", *Army Information Digest*, septiembre de 1963.

United States Information Agency (USIA)

USIA, "Mexican and Brazilian Public Opinion on International Issues", 18 de julio de 1956.

USIA, "De Gaulle Visits Mexico", 13 de marzo de 1964.

USIA, "Some Latin American Attitudes on Current Issues", 11 de julio de 1964a.

US Congress (USC)

USC (Senate), Committee on Foreign Relations, United States-Latin American Relations, Seven Volumes, Washington, D.C., Government Printing Office, 1959.

USC (Senate), Committee on Foreign Relations, United States-Latin American Relations. Post World War II Developments in Latin America, Washington, D.C., Government Printing Office, 1959b.

USC (Senate), Subcommittee on Western Hemisphere Affairs, Committee on Foreign Relations, United States Policies and Programs in Brazil, 92d Congress, 1st. session, mayo de 1971.

USC (Senate), Select Committee to Study Governmental Operations, Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders, Washington, D.C., Government Printing Office, 1975.

War Department (WD)

War Department, 1942, General Staff, "War Department's Objectives Respect to Mexico", Memorandum, Washington, D.C., 5 de febrero.

White House (WH)

WH, "Memorandum of Conversation. Participants: Dwight D. Eisenhower, President Ruiz Cortines, Lt. Col. Vernon A. Walters", 27 de marzo de 1956.

WH, Gen. Brigadier A.J. Goodpaster, "Memorandum of Conversation with the Presidente. October 15, 1960", Washington, 15 de octubre de 1960.

WH, Schlesinger Jr., Arthur, "Report to the President on Latin American Mission, February 12-March 3, 1961", 10 de marzo de 1961.

WH, Turkel, Harry R., "Report to the President on US-Mexican Border Trade Problems", 15 de marzo de 1967.

World Bank

World Bank, Accelerated Economic Development: An Agenda for Action, Washington, D.C., World Bank, 1981.

C. Entrevistas

En los últimos 20 años he mantenido un intenso y fructífero diálogo sobre Estados Unidos y México, con un buen número de estadounidenses cuya idea tomé en cuenta para esta investigación. Aquí incluyo los más significativos. Cuando se trató de una entrevista formal, incluyo el año y la institución en que se realizó. La fecha no aparece cuando la entrevista fue llevada a cabo durante varias sesiones. Las instituciones se incluyen solamente para identificación.

Adams, Ruth, Fundación MacArthur, Chicago Ill.

Abrahams, Elliot, subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos en el gobierno de Ronald Reagan, Washington, abril de, 1991.

Arnson, Cindy, Wilson Center, Washington, D.C.

Assman, David, *Wall Street Journal*, Nueva York.

Baer, Delal, Centro de Estudios Estratégicos Internacionales, Washington, D.C.

Bagley, Bruce, Universidad de Miami, Miami, Florida.

Bailey, John, Universidad Georgetown, Washington, D.C.

Bolioli, Óscar, director de la Comisión del Caribe y América Latina, Consejo Nacional de Iglesias, Nueva York.

Brooks, David, *Diálogos*, Nueva York.

Camp, Roderic Ai, Universidad de Tulane, 1991.

Celeste, Richard, octubre de, 1991.

Chalmers, Douglas, Universidad de Columbia, Nueva York.

Coatsworth, John, Universidad de Chicago, 1988.

Colby, William, ex director de la CIA, Washington, D.C., 1989.

Conroy, Mike, profesor de la Universidad de Texas, Austin.

Constable, Pamela, *Boston Globe*, Boston.

Cornelius, Wayne, Centro de Estudios Mexico-Estados Unidos, Universidad de California, San Diego, 1988.

Crahan, Margaret, Luce professor of Religion, Politics and Society, Occidental College, Los Ángeles, California.

Cunmy, Fred, Intertec, Dallas, Texas.

Domínguez, Jorge I., Universidad de Harvard, Cambridge, Mass.

Dyal Jr., William M., American Friends Service Committee, Nueva York, Nueva York.

Dziedziec, Michael, Fuerza Aérea de los EU, Washington, D.C.

Eagleson, John, Orbis Books, Maryknoll, Nueva York.

Erkstad, Richard, Comité de Servicios de los Amigos, Filadelfia.

Fagen, Patricia Weiss, Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados, Ginebra, Suiza.

- Feinberg, Richard, *Diálogo Interamericano*, Washington, D.C.
Fife, John M., pastor de Tucson, Arizona.
Fromson, Murray, Universidad del Sur de California, Los Ángeles, Cal.
Gallagher, Dennis, Refugee Policy Group, Washington, D.C.
García y Griego, Manuel, Universidad de California en Irvine.
Gershman, Carl, National Endowment for Democracy, Washington, D.C.
Giniger, Henry, ex corresponsal del NYT en México, Nueva York.
Gleigeses, Piero, Universidad John Hopkins, Washington, D.C.
Golden, Tim, ex corresponsal del NYT a partir de, 1991, México.
Grayson, George, William and Mary College, 1988, Virginia.
Gruson, Sidney, ex corresponsal del NYT, Nueva York.
Hakim, Peter, *Diálogo Interamericano*, Washington, D.C.
Hansen, Roger, profesor de la Escuela de Altos Estudios Internacionales, Universidad Johns Hopkins, Washington, D.C.
Jamail, Milton, University of Texas, Austin.
Kauffman, Susan, Consejo de las Américas, 1988.
Keely, Charles, Universidad Georgetown, Washington, D.C.
Kotler, Jared, Washington Office on Latin America, Washington, D.C.
Leogrande, William, Universidad Católica, Washington, D.C.
Lowenthal, Abe, Universidad del Sur de California.
Montgomery, Tommie Sue, Universidad de Miami, Miami, Florida.
Moss, Richard, Universidad de Princeton, Nueva Jersey.
Nuccio, Richard, *Diálogo Interamericano*, 1988.
Pastor, Robert, Universidad Emory, México, 1985.
Portes, Alejandro, Universidad John Hopkins, Baltimore.
Reynolds, Clark, Universidad Stanford, Palo Alto, California.
Riding, Alan, ex corresponsal del NYT, entrevistado en, 1981 y, 1983.
Roett, Riordan, School of Advanced International Studies, Johns Hopkins University, Washington, D.C.
Ronfeldt, David, The Rand Corporation, Santa Mónica, California.
Schultz, Lars, Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill.
Schmitt, Arthur, Universidad de Temple, Filadelfia.
Severo, Richard, ex corresponsal del NYT, Nueva York, 1983.
Sharp, Gene, Albert Einstein Institution, Cambridge, Mass.
Shelton-Colby, Sally, Universidad Georgetown, Washington.
Shifter, Michael, *Diálogo Interamericano*, Washington, D.C.
Silver, Diane, Inter-Religious Task Force on El Salvador and Central America, Nueva York.
Smith, Clint, Fundación Hewlett, California.
Smith, Peter, Universidad de California, San Diego.
Stanton, Kimberly, Fundación MacArthur, Chicago, Ill.
Valenzuela, Arturo, Universidad de Georgetown, Washington, D.C.

- Vickers, George, Washington Office on Latin America. Washington, D.C.
- Wager, Stephen J., Academia Militar de West Point, West Point, Nueva York.
- Welna, Christopher, Fundación Ford, Oficina de México.
- Wollack, Kenneth, National Democratic Institute for International Affairs, Washington, D.C.
- Zimmerman, Martin, Iglesia Metodista Unida, Nueva York, 1984.
- Zolberg, Aristide, New School for Social Research, Nueva York.

ÍNDICE DE NOMBRES



- Abrams, Elliott, 384, 389
Agnew, Spiro, 128
Aleman, Miguel, 23, 75-77, 79-82, 90, 91, 103, 105, 108, 110, 113, 162, 164, 198, 278,
280, 298, 315, 320, 335, 352, 373
Alexander, William, 164, 247
Alianza Cívica, 16, 274, 286
Alianza para el Progreso, 131, 143, 317
América Central, 32, 136, 222-224, 229, 230, 235, 246-250, 352
Americas Watch, 285
Amnistía Internacional, 197, 284, 285
Andreas, Peter, 274
Apple, R.W., Jr., 278
Applegate, Rex, 186, 253, 395
Arbenz, Jacobo, 32, 72, 82-85, 87, 100, 126, 130, 221, 229, 324
Aspe, Pedro, 211, 265
Ávila Camacho, Manuel, 64, 105
- Bahía de Cochinos, 142, 145
Bailey, John, 253, 277, 292, 394, 395
Baja California, 173, 251
Banco Mundial, 36, 52, 70, 160, 230, 233, 240, 244, 265, 266, 317
Bennet, Robert, 395
Bentsen, Lloyd, 221
Bonior, David, 289
Bowles, Chester, 132, 160
Bracker, Milton, 105, 318
Brandenburg, Frank, 137, 166, 167, 169, 186, 392, 393, 395
Brenner, Anita, 76, 116, 384, 388
Bush, George, 76, 184, 238, 300
- Cabañas, Lucio, 206
Camacho, Manuel, 64, 105, 211, 286
Camarena, Enrique, 255-257
Cameron, Maxwell, 281, 383
Camp, Roderic, 73, 182, 189, 292, 382, 384, 394, 395
Canadá, 53, 55, 82, 191, 281, 284, 289, 384
Cano Escalante, Francisco, 153, 391
Cárdenas, Cuauhtémoc, 33, 273, 278
Cárdenas, Lázaro, 64, 88, 89, 142, 171, 219, 278, 315, 320, 335

- Carr, Edward, 33, 381
 Carranza, Venustiano, 57
 Carrillo Flores, Antonio, 163, 164, 275, 393
 Carrillo, Alejandro, 113
 Carter, Jimmy, 79, 130, 133, 182, 216, 218-222, 225, 228, 229, 238, 352, 389
 Casey, William, 249
 Castañeda, Jorge, 191, 224
 Castillo Nájera, Francisco, 164
 Castillo, Heberto, 239
 Castro, Fidel, 114, 130, 138, 139, 141, 144, 145, 157
 CCI (Central Campesina Independiente), 170, 171
 Celler, Emmanuel, 94
 Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria, 251
 CIA (Agencia Central de Inteligencia), 33, 36, 37, 70-72, 74, 80, 87, 111, 126, 130, 144, 151, 157, 158, 160, 161, 168, 170, 173, 174, 176, 184, 190, 192, 199, 209, 210, 249, 254, 267, 291, 294, 296, 383, 384, 389-394
 Cianfarra, Camille, 109, 239, 318, 326
 CIDE (Centro de Investigación y Docencia Económicas), 192
 Clinton, Bill, 24, 238, 283, 289, 290, 306
 Club de Roma, 201
 CNDH (Comisión Nacional de Derechos Humanos), 285
 Cockcroft, James, 188, 395
 Cohen, Bernard, 382, 389
 Colby, William, 33, 381
 Colosio, Luis Donaldo, 286
 Coolidge, Calvin, 60
 Corea, 74, 91, 92, 124, 324
 Cornelius, Wayne, 186, 191, 270, 292, 394, 395
 Corriente Democrática, 192
 Cosío Villegas, Daniel, 96, 164, 190, 383, 393
 Crossette, Barbara, 244
 CTM (Confederación de Trabajadores de México), 108
 Cuba, 49, 123, 124, 126, 129-131, 138-145, 149, 157, 158, 160, 167, 168, 201, 210, 223, 224, 229, 258, 297, 317, 352
 Cuerpos de Paz, 133, 134, 190, 228
 Cunningham, Alden M., 296, 384

 Chandler, Otis, 127
 Chapman, Oscar, 89
 Chiapas, 15, 235, 251, 252, 274, 278, 284, 286, 287, 290
Chicago Tribune, 39, 72
 Chile, 126, 135, 188, 201, 228, 258, 284, 317

- China, 124, 130, 146, 317
 Christopher, Warren, 289
- D'Antonio, William, 185, 395
 Daniels, Josephus, 64
 Davis, Sterling Blake, 205
 de Gaulle, Charles, 146, 352
 de la Madrid, Miguel, 193, 211, 231, 234, 236, 240-243, 245, 246, 251, 259, 264, 265,
 309, 315, 319, 320, 335, 352, 373
 de Onis, Juan, 160, 318
 DEA (Drug Enforcement Agency), 151, 153, 192, 255
 Denegri, Carlos, 81
 Departamento de Estado (E.U.), 36, 37, 53, 54, 59, 62, 72, 88, 89, 97, 103, 104, 108,
 117, 132, 136, 141, 142, 146, 148, 161, 162, 167, 176, 192, 205, 228, 233,
 238, 249, 254, 262, 279, 280, 289, 295, 301, 393
 DFS (Dirección Federal de Seguridad), 103
 Díaz Ordaz, Gustavo, 98, 105, 142, 148-150, 152, 153, 158, 163, 168, 196, 315, 396
 Díaz Serrano, Jorge, 220, 225, 231, 245
 Díaz, Porfirio, 164, 352
 Dillon, Sam, 258
 Doctrina Carranza, 58
 Doctrina Truman, 124
 Dulles, Allen, 71
 Dulles, John Foster, 74, 86, 125
- Eckstein, Susan, 187, 292, 295
 Echeverría, Luis, 106, 148, 177, 191-207, 209-217, 242, 277, 303, 315, 320, 335, 342,
 352, 373, 395, 396
 Edwards, Willard, 72
 Eisenhower, Dwight, 33, 74, 82, 125, 129, 141, 221, 229, 385, 390
 Ejército, 251, 274, 316
 El Barzón (movimiento), 274
 El Colegio de México, 13, 16, 17, 190, 192
 El Chamizal, disputa, 150
El Nacional, 81, 98, 384-386, 394
El Norte (Monterrey), 278
 El Salvador, 223, 228, 229, 235, 258
El Universal, 98, 172, 383, 386, 394
 Elías Calles, Plutarco, 53, 59, 61-63, 118, 248, 267, 300
 Ellsberg, Daniel, 128
 Embajada, 61, 393
Excelsior, 78, 80, 81, 98, 172, 196, 207, 211, 251, 384-386, 394

EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), 274, 286

Fagen, Richard, 185, 217, 223, 395

Farnsworth, Clyde, 216

FBI (Federal Bureau of Investigation, E.U.), 92, 176

FMI (Fondo Monetario Internacional), 209, 234, 243, 259, 261, 264-267

FMLN (Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional), 223

Ford, Gerald, 17, 208, 217, 243, 397, 398

Form, William, 185

Foster, John W., 164

Foucault, Michel, 29, 35, 381

Franco, General Francisco, 202

Fraser, Donald, 227, 228

Fuentes, Carlos, 224, 239, 311, 312, 320, 329

Fundación MacArthur, 17, 287

Gandhi, Mohandas, 32

Gaston, Herbert, 116

GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio), 216, 261, 266, 318

Gavin, John, 249, 256, 257, 304

Giniger, Henry, 127, 160, 161, 174-176, 187, 292, 318, 389, 394

Global Exchange, 287

Goldmann, Lucien, 25-28, 34, 381, 382

Gorman, Paul, 249

Gorostiza, José, 87

Graham, Lawrence, 185, 395

Grinspun, Ricardo, 281

Grupo Contadora, 246, 247

Gruson, Sidney, 72, 86, 87, 107, 116, 318, 384

Guatemala, 72, 74, 82, 85-87, 210, 228, 246, 324, 352

Guerrero, 171, 172, 197, 206, 274, 386

Haig, Alexander, 164, 393

Halberstam, David, 125, 128, 184, 384, 389, 394, 395

Hansen, Roger, 188, 198, 292, 395, 396

Harriman, Averell, 70

Hearst, William Randolph, 39

Heath, Edward Allen, 151, 391

Hegel, 32, 34, 382

Helms, Jesse, 256, 262, 264, 265, 284

Hellman, Judith Adler, 15, 240, 292, 295, 381

Henríquez Guzmán, Miguel, 109, 110, 162

- Heritage Foundation, 250
Hernández, Héctor, 243
Hill, Gladwin, 95, 292, 386
Horton, John, 249
Huerta, Victoriano, 57
- Iglesia católica, 196, 239, 316
Irán, 70, 88, 89, 221
Iturbide, Aníbal, 158
- James, Daniel, 58, 105, 129, 131, 132, 140, 145, 148, 156, 157, 160, 186, 202, 216,
218, 219, 228, 295, 297, 383, 387, 390-393, 396, 397
Jaramillo, Rubén, 110, 111, 113, 114, 172
Javits, Jacob, 157
Johnson, Kenneth, 187, 295
- Kasten, Robert, 247
Kastenmeier, Robert, 247
Kennan, George, 70, 125, 383
Kissinger, Henry, 50, 52
Krock, Arthur, 90, 385
- La Jornada*, 16, 251, 260
Latell, Brian, 254
León, 109, 113, 258, 386
Lewis, Flora, 116, 119, 222, 388
Liddy, G. Gordon, 154
Lindbergh, Charles, 61, 62
Linowitz reports, 228, 247
Linz, Juan, 188, 395
Lipset, Seymour, 104, 387
Lombardo Toledano, Vicente, 108, 110, 170
López Mateos, Adolfo, 105, 111, 139-144, 146, 148, 150, 163, 168, 315, 352, 373, 393
López Portillo, José, 79, 193, 207, 210, 212-215, 217-226, 231-234, 237, 240, 242,
243, 245, 255, 261, 277, 315, 320, 335, 342, 352, 373
Los Angeles Times, 39, 72, 127, 185
Luce, Henry R., 72
- Mann, Thomas, 141, 167
Marcuse, Herbert, 51, 382
Margáin, Hugo, 164, 213
Martínez Verdugo, Arnoldo, 192, 239

- Mata, José María, 164
 Matthews, Herbert, 114, 129, 388
 McBride, Robert, 200, 203
 McCarthy, Joseph, 71, 72
 McCartney, Robert, 258
 McCormick, Robert, 39
 McNamara, Robert, 230
 Meese, Edwin, 263
 Meislin, Richard, 244, 258, 265, 304, 318
 Messersmith, George, 239
 Meyer, Lorenzo, 14, 16, 61, 190, 218, 383, 385, 393
 Middlebrook, Kevin, 17, 192, 292, 301
 Monasterio, Juan, 110
 Montgomery, Paul, 175
 Morelos, 17, 110, 113, 134
 Moreno Sánchez, Manuel, 142
 Morrow, Dwight, 53, 60-62, 64, 77, 118, 132, 267, 278, 300
 Movimiento de Liberación Nacional, 170
 Muñoz Ledo, Porfirio, 192
 Murray, Henry, 27, 381

 NACLA (North American Congress on Latin America), 136, 188, 196, 215, 395, 396
 Nassar Haro, Miguel, 294
 Nava, Salvador, 113, 172, 261
 Negroponte, John, 282
New York Times, 23, 33, 39, 41, 113, 162, 212, 253, 308, 324, 349, 382, 388, 392, 393
 Nicaragua, 222, 223, 228, 229, 235, 249, 258
 Nixon, Richard, 124, 127-129, 152, 153, 203, 397
 Nueva Derecha, 228
 Nuevo Orden Económico Internacional, 207

 O'Dwyer, William, 78, 79
 Oaxaca, 274
 Obregón, Álvaro, 59, 61
 Ochoa, Luis, 81
 OEA (Organización de Estados Americanos), 140, 142
 ONG (organizaciones no gubernamentales), 181, 251, 252, 274, 283-286
 ONU (Organización de las Naciones Unidas), 91, 202, 204
 OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), 214, 216, 217, 318
 Operación Cooperación, 153
 Operación Dignidad, 153
 Operación Interceptación, 152

- Ortiz Rubio, Pascual, 62
 Ovey, Esmond, 59, 60, 383
 Packenham, Robert, 135, 388, 390, 392
 Padgett, Vincent, 113, 187, 287, 288, 388, 395
 Padilla Nervo, Luis, 86
 Padilla, Ezequiel, 162, 176
 Pagliai, Bruno, 158
 PAN (Partido Acción Nacional), 26, 173, 192, 239, 250, 254, 264, 268, 273, 296, 306, 315, 320
 Pastor, Robert, 191, 219, 281
 PCM (Partido Comunista Mexicano), 108, 315, 320, 387
 PEMEX (Petróleos Mexicanos), 89, 150, 220, 225, 231, 236
 Pentágono, 91, 92, 125, 126, 128, 152
 Perón, Juan Domingo, 104
 Petricioli, Gustavo, 264
 Petrusenko, Vitalii, 41, 382
 Piccone, Paul, 51, 382
 Plamenatz, John, 26, 381
 Plan de Defensa Continental, 73
 PNR (Partido Nacional Revolucionario), 278
 Portes Gil, Emilio, 62, 383
 Poulantzas, Nicos, 31, 381
 PP (Partido Popular), 108, 315, 381-385, 387-390, 392-395, 398
 PPS (Partido Popular Socialista), 108, 315
 PRD (Partido de la Revolución Democrática), 273
 Presidential Review Memorandum, 182, 217, 225, 237
 PRI (Partido Revolucionario Institucional), 102, 105, 106, 108, 141, 166, 167, 170, 176, 187, 192, 196, 210, 236, 238, 250, 253, 254, 258, 265, 266, 272, 273, 275-280, 286, 290, 296, 301, 302, 315, 320, 342
 Proyecto Camelot, 133
 Purcell, Susan Kaufman, 188, 197, 236, 395, 396
 Rabasa, Emilio, 204
 Reagan, Nancy, 257
 Reagan, Ronald, 32, 47, 218, 221, 228, 301
 Reed, Fred, 183, 184, 394
 República Dominicana, 135, 149
 Reserva Federal (E.U.), 37, 208, 210, 233, 264
 Reston, James, 129, 140, 148, 160, 202, 218, 297, 390, 391, 393, 396, 397
 Rhodes, William, 243
 Riding, Alan, 189, 194, 196-199, 201-206, 213-215, 220, 222, 225, 234, 236, 238, 239, 241, 242, 258, 264, 277, 292, 295, 304, 318, 326, 396, 397

- Roel, Santiago, 213
 Ronfeldt, David, 185, 225, 292, 304, 384, 394, 395
 Roosevelt, Franklin D., 69, 126, 385
 Ross, Stanley, 138, 190, 292, 390, 395
 Rostow, Walter, 162, 163
 Rother, Larry, 276, 279
 Ruiz Cortines, Adolfo, 82, 83, 86, 87, 91, 97, 98, 105-107, 109, 118, 162, 315, 352, 373
 Ruiz Massieu, José Francisco, 286
 Rusia, 49, 50, 57, 70
 Russell, Philip, 215

 Saire, William, 236
 Salinas de Gortari, Carlos, 14, 168, 193, 231, 234, 264, 265, 275, 276, 280, 287, 315, 319
 San Luis Potosí, 113, 172, 386
 Sánchez Gavito, Vicente, 140, 142
 Sánchez Piedra, Emilio, 140, 142
 Sanders, Sol, 186, 246, 383, 395
 Scott, Robert, 38, 73, 75, 104, 105, 109, 112, 113, 164, 382, 384, 387, 388
 Scherer García, Julio, 196, 207
 Schlesinger, James, Jr., 131, 132, 156, 161, 217, 219, 389, 390
 Schmitt, Karl, 112, 185, 386-388, 395
 Seguridad Nacional, 32, 53, 70, 108, 118, 219, 246, 247, 249, 398
 Sellitz, Claire, 41, 382
 Sepúlveda, Bernardo, 234, 248, 250
 Serrano, Antonio, 80, 151, 220, 225, 231, 245
 Severo, Richard, 197, 198, 206, 318, 326, 396
 Seward, William, 164
 Sheffield, James, 58-60, 295
 Shultz, George, 255, 262
 Silva Herzog, Jesús, 232, 233, 264, 265
 Smith, Peter, 211, 214, 238, 240, 253, 270, 292, 382, 384, 385, 393, 395
 Somoza, Anastasio, 222, 228
 Sorel, George, 31, 381
 Spota, Luis, 81
 SRE (Secretaría de Relaciones Exteriores), 385
 St. Laurent, Louis, 82
 Steinberg, Albert, 95, 386
 Stern, Ernest, 244
 Stevens, Evelyn, 172, 187, 292, 295, 388, 394, 395
 Stockton, William, 264, 265, 318
 Sulzberger, Carl, 39, 145, 156, 390, 392, 393, 396
 Szulc, Tad, 126, 128, 161

- Tello, Manuel, 142, 144, 394
Teología de la Liberación, 135
Tesoro, E.U., 36, 208, 209, 218
Texas Proviso, 94
Thorup, Cathryn, 293, 395
TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca), 90
Tito, Marshal, 146, 220
Tlatelolco (masacre de 1968), 175, 202, 394
TLC (Tratado de Libre Comercio), 281-283
Truman, Harry, 45, 76, 77, 79-81, 110, 118, 124, 126, 143, 220, 352, 384
Tuohy, William, 185, 395
- UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), 192, 214
Unión Soviética, 50, 70, 72, 115, 124, 130, 202, 223
Universidad de las Américas, 192
UNS (Unión Nacional Sinarquista), 315
- Vallejo, Demetrio, 111, 112
Vance, Cyrus, 221
Vasconcelos, José, 62
Vázquez, Josefina, 14, 190, 383
Veracruz, 57, 162, 185, 300
Vernon, Raymond, 15, 137, 159, 167, 169, 188, 381, 392, 393
Vietnam, guerra de, 14, 36, 50-52, 123-129, 132, 134, 149, 150, 160, 184, 227-229, 247, 289, 331
Volker, Paul, 264
Von Raab, William, 263
- Warren, Virginia Lee, 106, 289
Washington Post, 128, 216, 247, 253, 258, 276, 277
Watergate (escándalo), 14, 51, 128, 154, 228
Weber, Max, 29, 381
Welles, Sumner, 39, 164
White, Francis, 74, 381, 385
Whitehead, Laurence, 92, 384-386, 395
Wilson, Woodrow, 57, 69, 126, 300
Williams, William, 125
Wise, Sidney Thomas, 175
- Yerguin, Daniel, 216
- Zedillo Ponce de León, Ernesto, 106, 193, 194, 211, 271, 289, 298, 395

Esta obra se terminó de imprimir
en septiembre de 1998, en
Diseño Editorial, S.A. de C.V,
Bismark 18
México 13, D.F.

La edición consta de 6,000 ejemplares

¿Qué tanto influye Estados Unidos en la vida mexicana? ¿Qué tan bien entienden los estadounidenses a México? Para responder esas preguntas, Sergio Aguayo Quezada hizo una investigación de 16 años. Revisó archivos y bibliotecas, conversó con protagonistas y analizó siete mil artículos del *New York Times*. En *El panteón de los mitos* nos entrega una polémica reinterpretación de la historia de México y del papel jugado por Estados Unidos. Demuestra, por ejemplo, que la permanencia del PRI en el poder se ha prolongado por el apoyo de Estados Unidos; que la política exterior de México no es de principios, y que la élite estadounidense prefirió ignorar fraudes electorales y masacres en México. *El panteón de los mitos* —cuya versión en inglés está despertando enorme interés— presenta el conocimiento especializado en un lenguaje accesible y elegante. Es una lectura indispensable para entender la historia contemporánea de México.

En su origen, el nacionalismo mexicano fue una fuente real de energía política, aunque no exenta de pasos en falso y simulaciones. Sin embargo, con la conclusión de la Revolución Mexicana, esa fuerza fue perdiendo vitalidad hasta llegar a ser más forma que fondo, un mero cascarón. En El panteón de los mitos, Sergio Aguayo confronta al discurso nacionalista mexicano posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial con su prueba más difícil —la relación con un Estados Unidos obsesionado por la guerra fría— para concluir que si el nacionalismo mexicano aún tiene sentido, debe encontrar la forma de volver a conectarse con sus bases sociales, única manera de recuperar la autenticidad.

LORENZO MEYER

Sergio Aguayo es uno de los analistas políticos más objetivos que he conocido en México, y uno de los más destacados actores de la sociedad civil de su país. Su nuevo libro El panteón de los mitos será una herramienta indispensable para entender cómo Estados Unidos está cambiando su forma de ver a México, y para vislumbrar las consecuencias de este proceso para ambos países.

ANDRÉS OPPENHEIMER

ISBN 970-05-1001-8



9 789700 510019